

IMÁGENES DE LA FAMILIA EN EL CAMBIO DE SIGLO

MÉXICO: ESCENARIOS DEL NUEVO SIGLO

3

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

IMÁGENES DE LA FAMILIA EN EL CAMBIO DE SIGLO

Marina Ariza
Orlandina de Oliveira
coordinadoras



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México, 2004

Este texto fue sometido a un proceso de dictaminación de acuerdo con las normas establecidas por el Consejo Editorial de Colecciones del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Primera edición: 2004

IMÁGENES DE LA FAMILIA EN EL CAMBIO DE SIGLO

D. R. © 2004. UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

Derechos exclusivos de edición reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin la autorización escrita de los editores.

Coordinación editorial: SERGIO REYES CORIA
Cuidado de la edición: HORTENSIA MORENO
Diseño de portada: CYNTHIA TRIGOS SUZÁN
Formación tipográfica: MARÍA G. ESCOTO RIVAS

Hecho en México

ISBN: 970-32-1812-1

ÍNDICE

Universo familiar y procesos demográficos MARINA ARIZA y ORLANDINA DE OLIVEIRA	9
<i>I. Familias y división social y sexual del trabajo</i>	
El mercado laboral y la división intrafamiliar del trabajo TERESA RENDÓN	49
Actividades domésticas y extradomésticas de los jóvenes mexicanos ROSA MARÍA CAMARENA CÓRDOVA	89
Familia y quehaceres entre los jóvenes MARTA MIER y TERÁN y CECILIA RABELL	135
Público, doméstico y privado: relaciones de género en la cámara de diputados TERESITA DE BARBIERI	181
<i>II. Formación de parejas, prácticas y vivencias de roles familiares</i>	
El emparejamiento conyugal: una dimensión poco estudiada de la formación de las parejas JULIETA QUILODRÁN SALGADO y VIRIDIANA SOSA MÁRQUEZ	217
La parentalidad en la familia: cambios y continuidades ROSARIO ESTEINOU	251
El ejercicio de la paternidad en el México urbano BRÍGIDA GARCÍA y ORLANDINA DE OLIVEIRA	283

III. Migración, arreglos familiares y representaciones sociales

Vivir del Norte: perfil sociodemográfico de los hogares perceptores de remesas en una región de alta emigración ALEJANDRO I. CANALES	321
Migración rural temporal y configuraciones familiares (los casos de Sinaloa, México; Napa y Sonoma, EE.UU.) HUBERT C. DE GRAMMONT, SARA MARÍA LARA FLORES y MARTHA JUDITH SÁNCHEZ GÓMEZ	357
Miradas masculinas y femeninas de la migración en Ciudad Juárez MARINA ARIZA	387
Azares y devenires de las familias rurales del sur de Veracruz frente a la pérdida de prácticas colectivas y a su futuro ambiental ELENA LAZOS CHAVERO	429

IV. Envejecimiento de la población y redes de apoyo familiar

Envejecimiento demográfico y arreglos familiares de vida en América Latina RALPH HAKKERT y JOSÉ MIGUEL GUZMÁN	479
Envejecimiento y protección familiar en México: límites y potencialidades del apoyo en el interior del hogar VERÓNICA MONTES DE OCA	519
Colaboradores	565

UNIVERSO FAMILIAR Y PROCESOS DEMOGRÁFICOS

*Marina Ariza
Orlandina de Oliveira*

Introducción

DE MANERA DIRECTA O INDIRECTA, la familia constituye una unidad de análisis privilegiada en la evaluación del impacto de los cambios demográficos sobre la dinámica social. Sus diversas vinculaciones con múltiples esferas sociales, y su centralidad en el entramado de las relaciones primarias, hacen de su análisis un campo de estudio *sui generis* para el conocimiento de los procesos sociodemográficos. En este campo de investigación es habitual realizar la distinción conceptual entre familias y unidades domésticas (Yanagisako, 1979; Jelín, 1998). Mientras las primeras están fundadas en relaciones de parentesco, las segundas se conforman por grupos residenciales de personas que comparten la vivienda, un presupuesto común y una serie de actividades imprescindibles para la reproducción cotidiana,¹ y que pueden o no estar unidas por lazos de sangre. No obstante esta diferenciación analítica, familia y unidad doméstica son conceptos que necesariamente se superponen y complementan. Cuando las investigaciones se centran en la unidad doméstica, tienden con frecuencia a destacar los rasgos sociodemográficos y económicos de su organización social. Si, por el contrario, enfatizan los referentes sociosimbólicos y culturales, la formación de los valores y la afectividad, es la familia —como unidad que rige los aspectos axiológi-

¹ La unidad doméstica se define como el grupo social que asegura el mantenimiento y la reproducción al crear y disponer de un fondo de ingresos común proveniente de actividades productivas, de rentas, remesas y salarios (Wood, 1982). Se restringe al grupo residencial —con vínculos consanguíneos o no— que comparte un presupuesto común. No es infrecuente, sin embargo, tomarla como equivalente de la familia en un esfuerzo de simplificación.

cos de la conducta, la elaboración de los sentidos y significados sociales, y la intensidad de los lazos primarios— el aspecto que sale a relucir.

Entre las múltiples dimensiones de la vida familiar podemos destacar tres relevantes para nuestro objeto de interés: la sociodemográfica, la socioeconómica y la sociocultural; las que a su vez nos permiten poner de relieve el carácter jerárquico y relacional del mundo familiar. La dimensión sociodemográfica es la que mayor atención ha recibido de la investigación en población. Los estudios sobre demografía de la familia analizan algunos rasgos de los hogares, tales como el tamaño, la composición de parentesco (familias nucleares, extensas o unipersonales), el ciclo de vida familiar, el tipo de jefatura, el número y la edad de los hijos. Estos aspectos son importantes no sólo para describir la familia residencial como objeto en sí, sino también para analizar su impacto sobre otros procesos sociales, tales como la migración, la participación económica familiar y la división familiar del trabajo, por ejemplo.

La dimensión socioeconómica del mundo familiar también ha sido objeto de un interés especial. A través de ella se resalta la condición de las familias como unidades de producción —de bienes transables o no— y su interrelación con la esfera del mercado a través de la división sexual del trabajo. Gran parte de la evolución de las familias en el curso de los procesos de modernización vividos por la región a lo largo del pasado siglo xx ha implicado el despojo (o el replanteamiento) por el circuito mercantil de algunas de sus funciones productivas tradicionales, que sin embargo vuelven a ganar terreno en contextos de crisis económica y de reducción salarial.

La descripción de la particular articulación familia-mercado vigente en cada momento histórico brinda un panorama privilegiado del modo en que las sociedades resuelven sus ineludibles necesidades de reproducción social, que a su vez se ven condicionadas por la situación demográfica imperante (familias numerosas o no, con altos o bajos niveles de sobrevivencia, sociedades rurales o urbanas, a modo de ejemplo).

La dimensión sociocultural de las familias alude a su cualidad productora de sentidos y valores estratégicos para la sociedad, tales como los significados del matrimonio, la maternidad, la paternidad o la lealtad filial, pero también a su papel sancionador de los roles sociales existentes y

a su conexión con las instituciones que refuerzan la reproducción de los mismos (escuelas, medios de comunicación, disposiciones legales, etc.). Adquiere relevancia en este terreno el modo en que las familias colaboran en la construcción de las representaciones sociales de la feminidad y la masculinidad, ejes de significación básicos que atraviesan toda la estructura social. El conjunto de dimensiones anotadas se relaciona con otro de los aspectos destacados: la naturaleza jerárquica del mundo familiar. En virtud de ella, la familia ha sido estudiada como ámbito de interacción y convivencia, como espacio en el que se gestan relaciones asimétricas entre sus integrantes (hombres, mujeres, adultos jóvenes). Desde esta perspectiva, el mundo familiar es concebido como un entramado de vínculos afectivos y solidarios cargado de ambivalencias, donde además de ciertos acuerdos tácitos tienen lugar conflictos y enfrentamientos entre géneros y generaciones (Yanagisako, 1979; Jelín, 1998; García y Oliveira, 1994). En otro lugar hemos resaltado dos mecanismos que nos parecen centrales para el sistema de estratificación genérica (Ariza y Oliveira, 1999):² la segregación de espacios socialmente diferenciados entre hombres y mujeres —espacios masculinos y femeninos— y el control que en dichos espacios se ejerce sobre las mujeres como parte subordinada de la asimetría de género. La diferenciación etérea se entrecruza con la condición de género para producir un mosaico variable de situaciones de inequidad y autoridad familiar: no es lo mismo ser hombre joven que mujer anciana, adulto que menor de edad. Debe resaltarse el papel crucial del sistema de parentesco, muy destacado por los estudios antropológicos, en la conformación de estas asimetrías. Como eje de organización social, el parentesco establece un elaborado sistema de jerarquías, vínculos y reciprocidades en virtud del cual cada integrante del grupo familiar ocupa una determinada posición social.

La vinculación de la familia con los procesos de desigualdad social se manifiesta también en las marcadas diferencias existentes entre los sectores sociales en cuanto a las formas de organización y la dinámica

² El concepto de estratificación genérica alude al acceso desigual de hombres y mujeres a los bienes y valores sociales por el simple hecho de su pertenencia de género (Chafetz, 1984).

interna. Esto es, la naturaleza jerárquica del ámbito familiar se relaciona tanto con las asimetrías a partir de las cuáles tiene lugar la interacción familiar (su *cara interna*) como con el modo en que reproducen las desigualdades de clase existentes (su *cara externa*). El papel de las familias en la reproducción de las desigualdades sociales ha suscitado más de una reflexión analítica. Para algunos autores ésta, junto con el sistema de parentesco por un lado y la jerarquía ocupacional, por otro, es responsable de la mayoría de las situaciones de inequidad inherentes al mundo moderno (Stacey, 1986). Siguiendo esta línea de reflexión hay quienes postulan desde una posición extrema que la familia debe ser considerada la unidad de análisis por excelencia del sistema de estratificación social (Delphy y Leonard, 1986).

En lo referente a su carácter relacional, el valor de las familias como reserva de capital social es otro de los aspectos de pertinencia para el estudio de los procesos poblacionales. La extraordinaria inversión con que a este capital contribuye la intensidad propia de los lazos consanguíneos, convierte a la familia en un recurso de importancia estratégica, en un apoyo de valor inestimable, en determinadas situaciones sociales, como por ejemplo la migración o la atención a las personas de la tercera edad. En contextos de incertidumbre, como pueden ser los abiertos por la migración, en especial la internacional, los lazos familiares inherentes a las relaciones de parentesco proporcionan no pocas veces las certezas y los recursos necesarios para hacer más viable la incorporación de los migrantes a la sociedad receptora. Las familias constituyen así un eje de organización básico de los recursos en su doble dimensión material y simbólica, como elemento estratégico y referente de identidad (Ariza, 2002).

Ya sea por el establecimiento de redes sociales de apoyo interfamiliares o a través de sus vínculos con la economía y el Estado (Rapp, 1982), las familias tienen una relevancia social que excede el ámbito inmediato en el que se desenvuelven. Dicha relevancia queda de manifiesto, por ejemplo, en la elaboración de políticas públicas encaminadas a incidir sobre ella, como es el caso de las iniciativas de control de la fecundidad, de amplia vigencia en los países latinoamericanos; o del establecimiento de mecanismos legales y jurídicos para garantizar los derechos de sus integrantes (Jelín, 1998). De importancia singular para los procesos que

nos atañen es la mediación del Estado en el tipo de vinculación mercado-familia que incide en la división sexual del trabajo prevaleciente en cada momento sociohistórico.

En este libro se abordan tanto temas clásicos como emergentes en el estudio de las interrelaciones entre familia y procesos demográficos, que nos permiten entrever nuevas líneas de reflexión. Debe aclararse que ésta, la sociodemográfica, es la perspectiva predominante en el libro, aun cuando se abreva también del saber proporcionado por otras disciplinas afines. Reciben en el texto una atención singular las vinculaciones entre familia y trabajo en su conexión con los procesos de división social y sexual del trabajo, pero se abordan también temas menos estudiados en la sociodemografía mexicana, como el emparejamiento conyugal y la homo-gamia, el ejercicio de los roles parentales, el papel de la migración en la constitución de nuevos arreglos familiares, o la importancia de las redes de apoyo familiar en la atención a la población de tercera edad. Tales aspectos son estudiados teniendo como telón de fondo las repercusiones de los recientes procesos macrosociales sobre la vida familiar. Este acercamiento que podríamos llamar socioestructural a nuestro objeto de estudio se enriquece con la inclusión de trabajos que incorporan la importancia de la familia como marco de referencia simbólico, como productora de valores y significados sociales.

A continuación nos detenemos en cada uno de los ejes temáticos en los que hemos organizado los capítulos del libro, para bosquejar en la segunda parte los escenarios pasados y presentes del mundo familiar que sus hallazgos nos sugieren, y plantear posibles hipótesis acerca de su evolución.

Mundo familiar y procesos demográficos: ejes temáticos

Cuatro son los ejes temáticos que estructuran el libro: familias y división social y sexual del trabajo, formación de parejas y vivencias de roles, migración y arreglos familiares, y envejecimiento de la población y redes familiares de apoyo. A continuación pasaremos revista a cada uno de ellos haciendo un breve bosquejo de los conceptos y herramientas analíticas que en cada caso los sustentan.

Familias y división social y sexual del trabajo

Las interrelaciones entre trabajo y familia han sido abordadas desde distintas perspectivas analíticas. Una de ellas enfatiza el modo en que los *condicionantes familiares* limitan o promueven la participación económica de sus integrantes. Desde esta óptica, el aumento de la oferta laboral, en especial la femenina y la juvenil, obedece a un cúmulo de factores vinculados con el proceso de formación familiar (estado conyugal, cambios en la edad a la unión y al tener el primer hijo, descenso de la fecundidad, incidencia de las separaciones y divorcios). Otra concepción la visualiza como una unidad que despliega *estrategias* para asegurar su reproducción económica, o como una *instancia* mediadora entre los procesos de cambio socioeconómico y la mano de obra disponible en los hogares.

En años más recientes, el interés se ha dirigido hacia la familia como *espacio de reproducción de las desigualdades de género*, en particular de aquéllas prolijadas por la división sexual del trabajo. En el esfuerzo por tornar visibles estas desigualdades se han emprendido desarrollos analíticos importantes, como la distinción entre trabajo extradoméstico y doméstico, y su integración en una noción integral de trabajo.³ En el terreno más empírico se ha documentado con precisión el modo en que la desigual distribución de los trabajos reproductivos en el ámbito familiar condiciona y limita las posibilidades de inserción de las mujeres en la actividad extradoméstica, entre otros aspectos.⁴

³ Bruschini y Cavasin (1984) conciben la esfera doméstica como “un espacio propio, con reglas específicas de funcionamiento, pero en constante articulación con el espacio de producción. [El trabajo doméstico comprende] un conjunto de actividades necesarias para el bienestar de los miembros de la familia, que son realizadas principalmente por la mujer en el ámbito de la casa. La posición de la mujer en la familia define una relación de trabajo que se establece entre ella y esas actividades, en la medida en que son concebidas como funciones naturales de la esposa, son ejecutadas gratuitamente por ella para los demás miembros de la unidad familiar”. De Barbieri (1984b) conceptualiza el trabajo doméstico como una actividad que transforma mercancías y produce servicios como valores de uso directamente consumibles, mediante la cual se realiza una parte fundamental del mantenimiento, reposición y reproducción de la fuerza de trabajo

⁴ Véase Jelín, 1978; Wainermann y Recchini de Lattes, 1981; De Barbieri, 1984b; Oliveira y Ariza, 2000; Rendón, 2000.

Uno de los conceptos clave en el análisis de las interrelaciones entre familia y trabajo ha sido la noción de división sexual del trabajo. Ésta ha permitido vincular analíticamente ambas esferas y destacar sus mecanismos de relación e interdependencia con la reproducción social. Ha quedado en evidencia así la desigual participación de hombres y mujeres en ambas actividades. En la medida en que la creciente incursión de las mujeres en el trabajo extradoméstico no ha estado acompañada de una participación equivalente de los varones en la reproducción doméstica, se ha multiplicado la carga de trabajo que pesa sobre ellas.⁵

Con diferentes abordajes analíticos y metodológicos, varios de los trabajos que conforman este libro tienen como objeto de estudio las interrelaciones antes señaladas entre el trabajo (la actividad extradoméstica) y el mundo familiar. *Rendón* se propone examinar la evolución del mercado laboral en México y sus posibles repercusiones sobre la división intrafamiliar del trabajo por sexo y generación. Su interés es vincular los cambios en el mundo del trabajo y la familia con procesos macroestructurales, económicos y sociodemográficos de más largo aliento. Propone así hipótesis analíticas que tratan de vincular la división del trabajo en el seno de las familias con los modelos económicos en curso en cada momento histórico, explorando una posible relación de correspondencia entre la flexibilidad laboral, como rasgo distintivo del nuevo esquema de crecimiento, y una relativa menor rigidez de los esquemas tradicionales de división sexual del trabajo en las familias. Sus evidencias provienen de tres fuentes estadísticas de cobertura nacional: el Censo de Población y Vivienda, la Encuesta Nacional de Empleo (ENE) y la Encuesta Nacional de Trabajo, Aportaciones y Uso del Tiempo (ENTRAU, 1996).

Con la finalidad de ahondar en el conocimiento de la división del trabajo en las nuevas generaciones, *Camarena* centra su análisis en una subpoblación particular, los jóvenes de 12 a 20 años, evaluando su participación en tres ámbitos estratégicos: la escuela, el trabajo extra-

⁵ Algunas investigaciones cuantifican la magnitud de la sobrecarga de trabajo de las mujeres mexicanas de 12 años y más que desempeñan alguna actividad extradoméstica: si se toman en cuenta sus componentes doméstico y extradoméstico, la semana laboral de las mujeres excede en promedio 9.3 horas a la de los hombres (Oliveira, Ariza y Eternod, 1996; Oliveira y Ariza, 1997).

doméstico y el doméstico. Su propósito es destacar las diferencias que se desprenden de la condición de ser hombre o mujer, y pertenecer al mismo tiempo a un determinado sector social. Con la información de la Encuesta Nacional de Empleo (ENE, 1997), la autora establece un mínimo de horas (más de 10 semanales) para considerar que los jóvenes desempeñan cada una de las actividades señaladas. El recorte de la población impone la condición de que los jóvenes analizados sean hijos del jefe, convivan con él y no hayan tenido hijos propios. Se interroga si los cambios ocurridos en el país en las últimas décadas, en el sentido de una ampliación de oportunidades para las mujeres en distintos campos de actividad y en un plano de mayor igualdad con los hombres, han significado también una participación más equitativa de *los* y *las* jóvenes en tales esferas sociales.

Al estudiar las interrelaciones entre familia y trabajo, *Mier y Terán, y Rabell* privilegian también un subgrupo particular, en este caso los jóvenes de 15 a 16 años (rango que se reduce a los 13-14 en el sector agrícola). La mirada analítica se dirige a desentrañar el impacto de la familia sobre el bienestar de esta población y su carácter diferencial por sector social. A partir de la información proporcionada por la ENADID, 1997, las autoras buscan conocer la influencia del tipo de estructura familiar (nuclear, extensa y monoparental) sobre las principales actividades (estudio/trabajo) que los jóvenes emprenden, en el sobreentendido de que el abandono de la escuela es de por sí una consecuencia indeseable. Engloban en el concepto de *trabajo* las actividades domésticas y extradomésticas, y procuran determinar si existen diferencias por sexo y sector social (medio, popular, y agrícola). La pregunta que guía la reflexión es si el sector social de pertenencia determina desigualdades importantes en el bienestar que cada tipo de familia es capaz de brindar a los jóvenes. Se trata de medir —a través de modelos estadísticos— la probabilidad de que los jóvenes de diversos sectores y distintas estructuras familiares abandonen la escuela como un hecho que merma sus posibilidades futuras.

Centrándose en el estudio del trabajo legislativo, actividad compleja y diversa, *De Barbieri* se pregunta, en el capítulo que cierra la primera parte del libro, en qué medida la incorporación de las mujeres al mundo público altera los aspectos más relevantes de la asimetría de género. Parte

de la premisa de que las ocupaciones que demandan jornadas de trabajo intensas y de larga duración resultan, para las mujeres, de suyo incompatibles con la vida de pareja. Sus datos provienen de los registros de la Cámara de Diputados y de una muestra intencional de 14 diputadas y 15 diputados de los tres principales partidos políticos mexicanos (PAN, PRD y PRI) entrevistados durante los dos últimos periodos de sesiones de la LVII legislatura (1997-2000). Sus resultados dejan entrever la rigidez de la estratificación de género prevaleciente en México en los albores del siglo XXI, expresada en la poca flexibilidad que muestra para aceptar arreglos poco convencionales en los que la fuente del estatus de la pareja proviene principalmente de la ocupación de la mujer y no de la del hombre. La mayor conflictividad en la articulación de los espacios público, doméstico y privado en la vida de las diputadas corrobora las tensiones que en la dominación masculina generan los roles públicos de las mujeres, en especial el que sin duda puede calificarse como el más público de todos: la representación ciudadana.

Formación de parejas, prácticas y vivencias de roles familiares

Las investigaciones sobre formación familiar se han orientado en general al análisis de las pautas de nupcialidad y procreación, abordando diferentes aspectos del proceso de constitución de las parejas: la selección del cónyuge, los motivos para unirse, el número de las uniones y la edad en que tienen lugar, así como el carácter legal, religioso o consensual de éstas (Oliveira, Eternod y López, 1999). Estos estudios han descrito con claridad las reglas que rigen el proceso de formación conyugal, entre ellas el principio de la homogamia (residencial, etárea, educativa, de clase, etc.). Así, a pesar de que el sentido común sugiere que el azar intervendría de manera importante en el establecimiento de las uniones, éstas suscriben reglas de inclusión y exclusión muy definidas, que en conjunto tienden a reproducir el *statu quo*. La mayoría de las veces, la homogamia forma parte de una estrategia de mantenimiento del nivel de clase al que se pertenece o, en su defecto, de ascenso social. Por regla general, tiende a ser más acentuada en las clases altas y bajas que en las medias (Segalen, 1992).

Es precisamente el análisis de la homogamia el objeto de interés del trabajo de *Quilodrán y Sosa* incluido en el libro, tema prácticamente inexplorado en el país. Las autoras examinan el grado de homogamia de las parejas formadas en el transcurso de 1990 en México a partir de tres aspectos: la edad al casarse, la proximidad residencial y los niveles de escolaridad de los cónyuges. Para ello se valen de las estadísticas vitales sobre los matrimonios legales, que representan más de dos terceras partes de las uniones. Sus resultados las mueven a reflexionar acerca de la influencia de los procesos de formación familiar sobre las relaciones conyugales y la autonomía femenina. Se preguntan si el aumento de la homogamia etárea es una expresión de un mayor estatus femenino y, por extrapolación, de una probable relación más equitativa entre los cónyuges.

Esta interrogante remite a la importancia de examinar aspectos centrales de las relaciones de género, tales como la vivencia y las prácticas de los roles familiares, de los papeles clásicamente adjudicados a las mujeres y a los varones en el seno de las familias (esposas/cónyuges, amas de casa/proveedores, madres/padres, hijas/hijos, entre otros). El estudio de la diversidad de experiencias en el desempeño de estos roles es una manera de acercarse al análisis de la heterogeneidad social. Una pregunta relevante es en qué medida dichas experiencias se distancian o no del patrón estereotipado de los roles familiares clásicos, dando lugar a una pauta de segregación genérica más o menos acentuada.

No cabe duda de que la maternidad es el rol central en la experiencia familiar femenina. Implica la supeditación del tiempo y la vida personal de las mujeres a las necesidades familiares, su continua adscripción al ámbito doméstico; pero también la ascendencia moral de la madre sobre el padre en el conjunto de los roles parentales, dado que sobre ella descansa la estabilidad cotidiana del grupo familiar.⁶ La exaltación de la maternidad por encima de otras funciones sociales tiene sin duda consecuencias

⁶ De acuerdo con Valdés (1991), la maternidad en sus múltiples dimensiones es la reserva tradicional de poder de las mujeres en América Latina, en sus aspectos tanto material como simbólico. En el primero, porque se han visto en la necesidad de luchar por la sobrevivencia cotidiana del grupo; en el segundo, porque asumen un rol —el de madres— que se vincula principalmente con lo sagrado.

decisivas para las concepciones predominantes de lo que es ser mujer en términos sociales, y para la subordinación femenina en sentido general.⁷ De acuerdo con Bartra (1996), la historia del culto a la Virgen de Cristo recoge las concepciones que cada época enarbola sobre la mujer. En lo que a México concierne, serían la Malinche y la Virgen de Guadalupe, las dos Marías, aquellas en las que se funde el arquetipo de la mujer mexicana, inextricablemente unido por lo demás al proceso en el que se fragua la identidad nacional (ibídem).

En contraste con la maternidad, la concepción y la práctica de la paternidad configuran un campo de estudio bastante menos explorado, aunque de interés creciente. Las investigaciones dan cuenta de atisbos de una nueva noción de paternidad, menos anclada en el rol de proveedor y orientada a establecer relaciones más cercanas y afectivas entre padres e hijos, visible en algunos sectores ya desde los años ochenta. Se trata de un ejercicio paternal que incluye compromiso, responsabilidad y co-participación en una serie de aspectos estratégicos: decisión de cuántos hijos tener, presencia en la gestación y procreación, en el cuidado físico y emocional, en la reproducción cotidiana y en la educación.⁸

Entre los múltiples roles que pueblan el universo familiar hemos privilegiado dos en este libro: el de padre (paternidad), y éste junto con su complemento (parentalidad). La investigación llevada a cabo por

⁷ Algunos estudios antropológicos han mostrado que existen casos en los que los lazos intersexuales más significativos para la obtención del prestigio no son los fundados en el orden matrimonial o sexual, sino en vínculos consanguíneos, como por ejemplo los que unen a los hermanos. En esas situaciones, la fraternidad (lazo hermana/hermano) se encuentra por encima de la maternidad (madre/hijo) en la estima social, lo que determina una distinta constelación de significados acerca de lo que es ser hombre o mujer. Tal es el caso del sistema hereditario de rangos de la Polinesia, según lo documentan Ortner y Whitehead (1996), basándose en Ortner (1972); aunque refieren que no sólo se encuentra allí, sino en gran parte del sudeste de Asia. En palabras de las autoras: “en las culturas donde privan definiciones de la feminidad basadas en la consanguinidad (especialmente la fraternidad), las consideraciones que incluyen aspectos sexuales y maritales parecen apuntar hacia una mayor igualdad entre los sexos y, por ende, a un menor antagonismo entre ellos” (Ortner y Whitehead, 1996: 172).

⁸ Véase Morgan, 1990; Guttman, 1996; Doherty, Kouneski y Rickson, 1998; Rojas, 2000; Wainermann, 2000; Fuller, 2000, y García y Oliveira, 2001.

Esteinou tiene precisamente como eje de reflexión la parentalidad, es decir, la manera en que hombres y mujeres ejercen sus papeles de padres y madres en relación a sus hijos, un aspecto poco abordado en el campo de los estudios sociológicos. Rastrea cambios y continuidades en el cruce intergeneracional de padres e hijos, y compara los valores y los recursos que recibieron los entrevistados en su infancia con aquellos que emplean ahora al ejercer sus roles parentales en la crianza de sus hijos. El estudio se basa en 15 entrevistas a profundidad realizadas con hombres y mujeres de estratos medios de la ciudad de México. Si bien se constatan importantes continuidades en el ejercicio de la parentalidad, la autora percibe ciertos “deslizamientos” que alteran —aunque no radicalmente— la estructura tradicional de los roles de los padres y las madres entrevistados. Estos deslizamientos se abren camino a través de la emergencia de nuevas orientaciones de valor ligadas a la creciente participación económica femenina, y de la aceptación de un mayor espacio comunicativo, de un menor distanciamiento afectivo, en la convivencia cotidiana entre padres-madres e hijos.

García y Oliveira analizan uno de los aspectos centrales del ejercicio de la paternidad en el México contemporáneo: la atención que los varones dedican a sus hijos. Apoyándose en análisis estadísticos multivariados, examinan los diversos factores de carácter individual, familiar y contextual que contribuyen a explicar la mayor o menor participación de los hombres en el cuidado de los hijos e hijas y la supervisión de sus tareas. Utilizan información de una encuesta probabilística dirigida expresamente a estudiar la dinámica familiar, aplicada a varones residentes en dos de las principales áreas metropolitanas del país: ciudad de México y Monterrey. Entre los resultados destaca la importancia de la escolaridad, de la socialización en áreas urbanas y de las concepciones más igualitarias sobre la crianza de los hijos en la explicación del ejercicio de una paternidad más activa.

Migración y arreglos familiares

Varias son las vinculaciones entre la migración y la dinámica familiar. Su análisis forma parte de una consolidada rama de la investigación en

América Latina. En una de sus vertientes, los estudios de migración han retomado la perspectiva analítica desde la cual la familia (o la unidad doméstica) es vista como una instancia de intermediación entre los procesos macroestructurales motores de los desplazamientos y las decisiones individuales. A partir de su composición sociodemográfica (edad y sexo, tamaño), del momento del ciclo familiar en que se encuentre (formación, expansión, fisión, etc.) y de las restricciones impuestas por una determinada estructura de oportunidades, la familia evalúa las posibilidades disponibles para ella en su entorno y opta entre otras alternativas por la migración de uno (o varios) de sus miembros. Desde esta perspectiva analítica, el desplazamiento migratorio constituye una *estrategia* económica de la unidad doméstica para asegurarse un cierto nivel de reproducción.

Los conocidos estudios de Arizpe (1980) y Szasz, (1993, 1995), entre otros, documentan fehacientemente la centralidad de las migraciones temporales para la reproducción de las unidades campesinas sometidas a procesos de cambio por efecto de la penetración de las relaciones capitalistas. En algunos contextos rurales, la migración temporal constituye una estrategia permanente de la mayoría de los hogares para garantizar la reproducción de sus condiciones de vida; en otros, se trata de un recurso al que apelan sólo los hogares que ven amenazada su subsistencia cotidiana.⁹

Ya desde los años ochenta, los conceptos de unidad doméstica y estrategia de los hogares suscitaron varios planteamientos críticos. Sobresalen entre ellos la reducción de la unidad doméstica a su función estrictamente económica y los supuestos de racionalidad e instrumentalidad detrás de la noción de estrategia (Bach y Schramel, 1982; Schmink, 1984; Wolf, 1990).¹⁰ Estudios posteriores han puesto en entredicho el carácter

⁹ Arizpe plantea una relación entre el ciclo de vida de las unidades campesinas y la migración temporal de sus distintos miembros, acuñando el concepto de *migración por relevos*. De acuerdo con ella, “la migración por relevos constituye una estrategia para asegurarle al grupo doméstico un ingreso asalariado en cada una de las etapas del ciclo doméstico” (Arizpe, 1980: 36).

¹⁰ Se señala en particular que los migrantes no son vistos como actores sociales, sino como entes racionales que despliegan acciones siempre coherentes desde el punto de vista económico; entes que no dan cabida a acciones antiestratégicas.

estratégico de la migración para la unidad doméstica al sacar a relucir la ausencia de consenso o instrumentalidad en el seno de la familia cuando se lleva a cabo el proceso de toma de decisión en torno a la migración (Hondagneu-Sotelo, 1994). Ha sido quizás la perspectiva de género la que más acervamente ha criticado los supuestos de cohesión y ausencia de conflictividad inherentes a esta perspectiva de análisis.

Las relaciones entre migración y familia han sido contempladas también en el sentido opuesto: en el modo en que la primera modifica la estructura y la dinámica interna de las familias y su estabilidad relativa. En virtud del carácter selectivo del proceso, y de los distintos tipos de movimiento, la migración modifica de manera más o menos permanente la estructura de los hogares promoviendo la formación de hogares extensos, incompletos o de jefatura femenina (en los casos de emigración masculina). Si se trata de una migración familiar por etapas, tales arreglos asumen un carácter transitorio hasta que se produce la reunificación familiar. En una migración temporal, con toda probabilidad el arreglo familiar en que se sustente (familia extensa, nuclear incompleta, jefatura femenina) pasará a formar parte del *modus vivendi* habitual de la unidad familiar en el largo plazo. En cualquiera de las situaciones, las redes sociales y de parentesco adquieren una importancia central para la vida de las familias migrantes.

Resulta evidente que los distintos tipos de movimiento (nacional, internacional, individual, familiar, temporal, permanente) plantean condiciones diversas de adaptación para las unidades familiares. Una línea de reflexión emergente se aboca al estudio de las tensiones que en la estructura de los hogares introduce la migración internacional en el contexto de la globalización económica (Guarnizo, 1997; Ariza, 2002). Los desplazamientos internacionales han complejizado aún más los arreglos y las relaciones familiares.¹¹ Los procesos de transnacionalidad han contribuido a dispersar tanto los hogares como los lazos familiares (Popkin, Lawrence y Andrade-Eekhoff, 2000). Se habla así de la formación de *hogares multinucleares* y de *familias transnacionales multilocales*, para dar

¹¹ Véase, Hondagneu-Sotelo (1994); Guarnizo (1995) y Ariza (2000).

cuenta de la tendencia a la fragmentación y a la dispersión espacial de las familias en el contexto internacional global (Glick *et al*, 1992; Guarnizo, 1997).¹²

Una cara poco conocida de las repercusiones de los procesos socioeconómicos actuales sobre las dinámicas familiares generadas por la migración nos la proporciona el trabajo de *C. de Grammont, Lara y Sánchez* referido en este caso a la situación particular de la migración temporal rural mexicana, tanto nacional como internacional. Al evaluar el impacto de las migraciones sobre los procesos de cambio de la agricultura tradicional en México, los autores destacan la emergencia de nuevas *configuraciones familiares*¹³ al calor de la complejización de los movimientos migratorios rurales que las recientes transformaciones económicas han propiciado. Mediante la descripción de las pautas de migración rural-rural entre regiones expulsoras del sur de México hacia Sinaloa (por un lado) y hacia el estado de California en Estados Unidos (por otro), los autores ilustran la manera en que los ciclos migratorios movilizan un conjunto de relaciones y redes, y dan lugar a un mosaico de configuraciones familiares (hogares migrantes conformados por una pareja con o sin hijos, con parientes o paisanos; hogares de jefe solo con hijos y con parientes o paisanos; jefe de grupo sin o con parientes; migración individual, etc.). Es a partir de estas redes que los migrantes establecen puentes entre su lugar de residencia y los distintos espacios laborales. En la hipótesis que sostienen, el nuevo contexto económico de la agricultura de exportación, unido al creciente deterioro de la agricultura tradicional y de los ingresos campesinos, ha llevado a un extremo la tensión que la

¹² Las llamadas familias multinucleares (Guarnizo, 1997) están disociadas espacialmente, pero unidas afectivamente; no comparten una misma vivienda, pero sí el presupuesto requerido para la manutención cotidiana a través de las remesas de los migrantes. Algunas de las consecuencias de estos cambios se dejan sentir en las relaciones intrafamiliares y en los procesos de asimilación y pertenencia de los migrantes (Ariza, 2002).

¹³ Parten del concepto utilizado por Heinen (2001), quien a su vez se basa en Nobert Elías, para ilustrar la complejidad de lazos que unen a un individuo con el conjunto social en el que vive, así como las alianzas y redes sociales de que dispone. Este concepto torna visible el ámbito de relaciones sociales que engloba las familias, la frecuencia de los lazos que las unen a otros individuos y el tipo de ayuda que se procuran entre sí.

migración introduce en el mundo familiar al punto de quebrar en ocasiones la identificación entre el hogar y el espacio residencial.

Por lo que concierne al importante tema de la remesas internacionales, *Canales* muestra ampliamente en su capítulo la centralidad que revisten para la reproducción de los hogares del lugar de origen de los migrantes, en este caso, una localidad del estado de Jalisco de fuerte expulsión. Antes que en el plano macroeconómico o como transferencia externa, las remesas tienen un impacto decisivo en el nivel micro de los hogares, pues resultan indispensables para su sobrevivencia cotidiana.¹⁴ Este aspecto ilustra una vez más las vinculaciones existentes entre la migración, la constitución de los hogares (los arreglos familiares) y la reproducción doméstica, destacadas desde hace tiempo por la investigación sociodemográfica. En la hipótesis del autor, antes que dedicarse al gasto suntuario o permitir una forma de acumulación, las remesas conforman de hecho un salario más entre los que integran el ingreso familiar, el llamado “salario migratorio”. Sostiene la idea de que, en sí mismo, este salario es un factor que contribuye a disminuir la desigualdad social existente entre los hogares.

Ariza evalúa, por su parte, la medida en que el género constituye un eje de referencia principal en la atribución de significado que hombres y mujeres realizan de la experiencia de migrar en sus vidas, centrándose así en los aspectos socioculturales y simbólicos de la migración como acción social. Encuentra no sólo que la familia es un aspecto crucial en la simbolización que llevan a cabo, sino que la feminidad y la masculinidad —el género— le imprimen un sentido particular a la valoración que de ella sostienen: mientras que para los hombres es un medio de reafirmación de su presencia pública y de su rol de proveedores, para las mujeres es principalmente el ámbito de realización de la maternidad. Independientemente de ello, para la mayoría de los migrantes internos entrevistados en Ciudad Juárez, la migración representó una oportunidad inestimable de cambio en sus vidas, una experiencia positiva altamente valorada por los espacios o los bienes a los que se piensa permitió acceder.

¹⁴ De acuerdo con datos presentados por el autor, en los años noventa, las remesas familiares representaron 93% del total de las transferencias externas recibidas por México.

Tomando como referencia la modificación en los estilos de producción económica familiar de ciertas comunidades rurales del sur de Veracruz, *Lazos* analiza en el último capítulo de esta parte las percepciones de hombres y mujeres de distintas generaciones sobre su entorno y su futuro ambiental. Encuentra que a la ruptura del carácter colectivo de la producción, ocasionada por la “tragedia de los individuales”, corresponde una individualización en el modo de relacionarse con el entorno, así como en el horizonte de futuro. El eje intergeneracional atraviesa de manera importante las percepciones sostenidas: mientras que los jóvenes muestran un mayor desapego hacia el entorno y vuelven la mirada hacia la ciudad y a la migración como posibilidad de acceder a ella, las viejas generaciones siguen teniendo una vinculación integral con la naturaleza (“la montaña”) y un terrible sentimiento de dolor ante la erosión paulatina que ésta viene sufriendo. Estas diferencias adquieren matices distintos en el cruce de género.

Envejecimiento de la población y redes familiares de apoyo

Como algunos estudios han demostrado (Sven, 1998), las pautas institucionales de atención a la tercera edad están enraizadas en los sistemas familiares a los que cada sociedad se adscribe. En sentido general, las sociedades mediterráneas (y latinoamericanas), en oposición a las noreuropeas y a la estadounidense, descansan en estructuras familiares fuertes, con vínculos firmes e intensos, que poseen mecanismos muy definidos de solidaridad para dar cobijo a la vejez, no obstante la heterogeneidad de pautas familiares que encierran.¹⁵ En ellas, el espacio dejado a la atención institucional de los ancianos es relativamente angosto, y se torna aún más exiguo en contextos de restricción del gasto social del Estado y de deterioro de la seguridad social. En las sociedades no mediterráneas y anglosajonas, por el contrario, con una vieja tradición de ruptura temprana

¹⁵ Esta heterogeneidad ha levantado dudas acerca de la existencia de una “familia mediterránea” como tal, destacando la enorme diversidad de modelos familiares que la caracterizan.

del ámbito familiar, el bienestar de los ancianos reposa principalmente en la autonomía residencial individual, o en los asilos o entidades de beneficencia subvencionados con fondos públicos, antes que en el seno de las familias (Sven, 1998).

En ambas situaciones, pero sobre todo en la primera, adquiere relevancia el análisis de los apoyos recibidos por los ancianos, ya sea de parte de sus familiares corresidentes, de redes sociales más amplias o del Estado. Aunque en principio la cohabitación de los ancianos con sus familiares ha de proporcionarles una vivienda, infraestructura doméstica y ciertos servicios básicos, no siempre da lugar a una convivencia humana satisfactoria o a la provisión de todos los cuidados necesarios. Es en este contexto en el que ganan importancia singular las redes sociales. Habitualmente éstas son concebidas como configuraciones dinámicas, sin límites definidos, dentro de las que algunos de sus integrantes mantienen vínculos entre sí (Bott, 1971). Estos vínculos pueden asumir o no la forma de un intercambio recíproco de información, bienes y servicios. Las redes sociales simétricas se sustentan en relaciones de intercambio, solidaridad y ayuda mutua, y se encuentran pautadas por el principio de la reciprocidad; enlazan a familiares, amigos y vecinos en nexos de compadrazgo. Aunque las relaciones entre los integrantes de una red social se mantienen gracias a principios de confianza y lealtad, no excluyen tensiones, ambivalencias y conflictos (Lomnitz, 1971, 1973 y 1988; Roberts, 1973; González de la Rocha, 1986).

Las redes sociales son un recurso central en el proceso de reproducción social de los individuos y sus familias: permiten el acceso a otros recursos (educación, trabajo, ingresos, salud); cumplen un papel decisivo en el desempeño cotidiano de ciertas actividades (cuidado de los hijos, trabajo doméstico, atención a los enfermos, actividad extradoméstica) y facilitan en ocasiones la transición entre estadios del curso de vida: de la soltería a la maternidad, del matrimonio al divorcio, de la adolescencia a la edad adulta. Es menester recordar que pertenecer a una red de relaciones sociales no implica necesariamente la provisión de ayuda. En otras palabras, los apoyos presuponen relaciones sociales, pero éstas no garantizan la obtención de las ayudas requeridas (Gottlieb, 1981, citado por Oakley, 1992; Vega *et al.*, 1991).

Las redes de apoyo constituyen un subconjunto de redes sociales más amplias, a las cuales los individuos recurren para obtener asistencia en el logro de metas específicas o en la gestión de demandas particulares (Wellman, 1981). Su activación amerita la participación de personas que procuran ayuda, aunque en ocasiones ésta pueda llegar de manera espontánea. Son los propios individuos insertos en diversos vínculos sociales los que son capaces de discriminar cuáles de éstos pueden llegar a constituir apoyos efectivos.

En años recientes de crisis e inestabilidad económica y contracción del gasto social del Estado, las redes han jugado un papel esencial como amortiguadores de las secuelas negativas de los cambios socioeconómicos en el bienestar de los hogares. En cierta medida, han ocupando el hueco dejado por las instituciones gubernamentales al suscribir políticas que descuidan la atención social de la población. Uno de los grupos que mayor vulnerabilidad presenta en este nuevo escenario es el de los adultos mayores o personas de la tercera edad, habida cuenta de la exigua cobertura de los servicios de seguridad social en el país. Este panorama deja los apoyos familiares (de dinero y despensa), en particular los femeninos, como uno de los contados y valiosos recursos con que cuenta la población senescente para asegurarse un cierto nivel de vida (Conapo, 1996). El esfuerzo desplegado por las familias no alcanza sin embargo a remediar la situación de pobreza que aqueja a un segmento de esta población y a buena parte del resto; además de que la solidaridad entre parientes, amigos y vecinos encuentra sus límites en las mismas restricciones marcadas por el contexto económico (De Barbieri y Oliveira, 1986; Roberts, 1990; González de la Rocha, 2000).

Dos de los artículos que integran el libro examinan el proceso de envejecimiento de la población y discuten la relevancia de los arreglos y redes familiares para la sobrevivencia de los adultos mayores. *Hakkert y Guzmán* analizan, con base en los datos de censos y encuestas de 19 países latinoamericanos, los arreglos familiares de las personas de la tercera edad. Sus interrogantes giran alrededor de los factores demográficos y económicos que determinan la coresidencia de los adultos mayores con sus hijos y otros familiares más jóvenes. Sostienen que, en un contexto en que el Estado ha transferido al sector privado responsabilidades de polí-

tica social que antes eran de su competencia, la coresidencia con otros familiares se convierte en una de las pocas alternativas con que cuenta la población anciana para lograr una cierta calidad de vida. Consideran la cohabitación como una de las formas más comunes de solidaridad intergeneracional, pues permite reducir los gastos de vivienda por persona, crea economías de escala en la compra y preparación de alimentos y facilita la asistencia directa a los parientes con necesidades especiales. Sus datos muestran que, a diferencia de la que ha sido la pauta de evolución predominante en los países del Primer Mundo, en América Latina no se observa aún una tendencia clara ni generalizada a que los adultos mayores vivan solos a medida que avanza la transición demográfica, quizás porque es ahora cuando la disponibilidad promedio de hijos adultos para las personas de 65-69 años se encuentra en su tope histórico.¹⁶ Nos encontramos así en la región ante la poco promisorio situación de un rápido envejecimiento y un escaso desarrollo institucional para enfrentarlo.

En su capítulo acerca de los límites y las potencialidades del apoyo proporcionado a los ancianos en los hogares mexicanos, *Montes de Oca* parte de la hipótesis de que la coresidencia no necesariamente implica la provisión de toda la ayuda requerida por la población adulta mayor. Con la finalidad de profundizar en el papel de la familia en el cuidado de ésta, se detiene en el examen pormenorizado de los apoyos intradomésticos, diferenciándolos según su carácter: cuidado personal, trabajo doméstico, provisión de alimentos y ayuda monetaria. Su información proviene de la Encuesta Nacional sobre la Sociodemográfica del Envejecimiento (ENESE, 1994); a partir de ésta, procura desentrañar cuáles factores propician que los ancianos cuenten realmente con ayuda familiar, las formas que dicha ayuda asume y la frecuencia con que se otorga. Sus hallazgos confirman que existen importantes segmentos de la población adulta mayor que, aun en condiciones de dependencia física, no reciben asistencia alguna (intrafamiliar o no) y que la problemática que aqueja a las personas senescentes excede con mucho el ámbito familiar.

¹⁶ De acuerdo con sus estimaciones, actualmente en América Latina cada persona de ese rango de edad puede esperar contar en promedio con 4.4 hijos adultos; la proporción se reducirá 4.0 en 10 años y a menos de tres en treinta (ibídem).

Mundo familiar y procesos sociodemográficos: escenarios pasados y presentes

Desde una mirada procesual y sociohistórica, la centralidad de la familia en las grandes transformaciones demográficas ocurridas en México en la segunda mitad del siglo XX adquiere visibilidad cuando se enumeran sus conexiones con la evolución seguida por la llamada transición demográfica. En efecto, tanto en el régimen demográfico que predominó en los años de expansión económica (1940-1960/70, de altas tasas de crecimiento poblacional e intensa migración interna) como en el que ha acompañado los más recientes de crisis y reestructuración productiva (1982-2002, de bajas tasas de crecimiento, envejecimiento, desaceleración y diversificación de la migración interna), la familia se encuentra, directa o indirectamente, en el vértice de las pautas demográficas imperantes. En el primero de estos escenarios, y haciendo un esfuerzo de generalización en aras de la claridad analítica, primaron estructuras familiares con hegemonía del modelo nuclear, cuyo correlato era un esquema de gestión del hogar encabezado por el jefe proveedor. Se trataba de familias numerosas con una pirámide de edad relativamente joven y en las que estaban lejos de percibirse las secuelas del envejecimiento. Este panorama tenía como corolario la baja participación económica femenina, dadas sus fuertes cargas familiares, sus magros recursos humanos para competir en el mercado de trabajo y las pocas oportunidades abiertas para ellas en el sector industrial masculinizado. En el plano socioespacial, este primer escenario demográfico estuvo acompañado de grandes movimientos internos de población que confluyeron en la configuración o el afianzamiento de los principales centros urbanos del país.

En el segundo de los escenarios mencionados, el que se bosqueja a partir de los años ochenta y que corre paralelo con los reiterados episodios de crisis económica y con la reestructuración productiva, las familias han disminuido su tamaño promedio. Continúa siendo predominante el modelo nuclear, pero ganan peso arreglos familiares antes marginales en la estructura social, como la jefatura femenina o los hogares unipersonales; tales arreglos restan fuerza al modelo tradicional del jefe proveedor único. Es de destacar el papel decisivo de las políticas de control de la fecundi-

dad sobre la reducción del tamaño de las familias, sin minimizar el efecto secular del proceso de escolarización. Los efectos de la prolongación de la esperanza de vida al nacer han envejecido relativamente la estructura por edad de las familias e impuesto requerimientos de atención particulares para las personas de la tercera edad, aumentando las demandas sobre la organización familiar. Se trata de un entorno en el que las funciones económicas de las familias se han diversificado gracias al incremento de la participación económica de las mujeres, impulsado tanto por la terciarización económica como por la elevación de la escolaridad y el descenso de la fecundidad, sin dejar de mencionar el efecto propulsor de los recurrentes episodios de contracción económica. En este segundo escenario ha disminuido la intensidad de las migraciones internas, se afianza la dependencia económica de los hogares de las remesas internacionales de los migrantes y cobran importancia los vínculos transnacionales. Por supuesto que al patrón general descrito en cada escenario subyacen situaciones de discrepancia con el mismo que hablan de la enorme heterogeneidad existente en el país. La generalización implícita en cada escenario es sólo indicativa de la tendencia global observada en el país, con base en grandes agregados y limitada al contexto de la segunda mitad del siglo xx.

La aceleración de la transición demográfica es el punto que enlaza ambos escenarios. El pronunciado descenso de la fecundidad y la reducción del tamaño promedio de los hogares han tenido lugar en el contexto de una ligera expansión de las unidades domésticas monoparentales y unipersonales. El descenso de la mortalidad produjo un aumento de la esperanza de vida al nacer que ha prolongando inesperadamente, y en ocasiones modificado, la duración de los roles familiares. Así, en la actualidad, el papel de esposo o esposa puede abarcar cuarenta años y más en la vida de una persona (López, 1998). Estos mismos procesos han sido responsables del acortamiento del tiempo total que las mujeres dedican a la esfera de la reproducción sociobiológica (embarazo, parto, crianza y socialización de los hijos). La extensión del uso de anticonceptivos, junto con ciertas transformaciones socioculturales, han debilitado en el mediano plazo y en ciertos sectores sociales el lugar central de la reproducción como función primordial de la familia. La desaceleración de las migraciones internas ha diversificado los puntos de destino, mientras que el

carácter principalmente urbano del país ha llevado a un primer plano los desplazamientos entre ciudades, sin dejar de mencionar la revitalización de algunos flujos rurales ocasionada por el crecimiento de la agricultura de exportación.

A ambos escenarios demográficos corresponden contextos socioeconómicos muy dispares. El primero vivió el auge y el declive del llamado modelo de industrialización por sustitución de importaciones. En su momento de expansión, dicho modelo económico proporcionó las tasas de crecimiento económico históricamente más altas, tanto en México como en América Latina. Fueron años de bonanza y de considerable movilidad social de la población.¹⁷ Por el contrario, al escenario que se inaugura con la devaluación de 1982 y los subsecuentes periodos de crisis y recuperación económica corresponden más bien momentos de incertidumbre e inestabilidad económica, con breves repuntes, costo aparentemente insalvable del esfuerzo por implantar un nuevo esquema de crecimiento. En este contexto, han sido mayores las cuotas de movilidad social descendente sufridas por la población en relación con las cohortes de nacimiento inmediatamente anteriores (Zenteno, 2002). En el mundo del trabajo es posible percibir con claridad las secuelas de algunas de estas transformaciones: proliferación del trabajo de tiempo parcial, de los niveles de subempleo y desempleo, y creciente inseguridad laboral; todo lo cual ha terminado por erosionar las coordenadas sociales que enmarcaban el funcionamiento del ámbito laboral desde la posguerra.

A la par de estos cambios demográficos y socioeconómicos, asistimos en las últimas décadas del siglo XX a un conjunto de transformaciones culturales relevantes para el mundo familiar. Dichas transformaciones han contribuido directa o indirectamente a modificar en algunos sectores de la sociedad mexicana —urbanos y de elevada escolaridad— las expectati-

¹⁷ De acuerdo con las estimaciones realizadas por Zenteno (2002), la cohorte de hombres nacida entre 1951-1953 que llegó a la edad adulta en los años en los que predominaba el modelo de industrialización por sustitución de importaciones fue la que tuvo una mayor movilidad intergeneracional, comparada con las nacidas tanto en 1936-1938 como en 1966-1968.

vas culturales de ser *mujer* o *varón*.¹⁸ La creciente urbanización, la exposición continua a otras culturas a través de los medios de comunicación de masas, la entrada masiva de las mujeres en la educación media superior y su cada vez mayor incorporación a la actividad económica remunerada, el control de la fecundidad y la separación entre sexualidad y reproducción, además del carácter contestatario de los movimientos feministas, han propiciado en esos sectores una cierta redefinición de las imágenes sociales de mujer y varón. Para las mujeres, esta redefinición se manifiesta en la defensa de un proyecto de realización personal más autónomo; para los varones, en una idea de masculinidad fundada no sólo en el rol de proveedor económico y en la sexualidad, sino también en el ejercicio de una paternidad más activa y cercana a los hijos (Wainerman, 2000; Rojas, 2000; Esteinou; y García y Oliveira, en este volumen). Cabe señalar, no obstante, que estas nuevas imágenes se restringen a algunos sectores sociales, por lo que sólo pueden tomarse como indicativas del sentido previsible de los cambios culturales; distan mucho de constituir todavía valores generalizados en la sociedad mexicana.¹⁹

Mirada prospectiva: a modo de hipótesis

Los trabajos incluidos en este libro y la acumulación del conocimiento existente en este campo de la investigación social nos alientan a plantear algunas hipótesis tentativas de cara al siglo XXI. La más general de ellas

¹⁸ En opinión de Hobsbawm (1996: 336), esta sola mutación representa de por sí una verdadera *revolución cultural* entendida en el sentido amplio de transformación en el comportamiento y en las costumbres, en el modo de disponer del ocio y en las artes comerciales.

¹⁹ Así, por ejemplo, estudios enfocados al examen del cambio cultural en México constatan la ocurrencia de modificaciones importantes en la valoración social de las mujeres entre 1984 y 1994, expresadas en una mayor ponderación del valor del trabajo en detrimento de cualidades más tradicionalmente asociadas con la feminidad, como la fidelidad, la comprensión y el gusto por el hogar. Subsisten, sin embargo, considerables tensiones normativas entre valores estratégicos como la “libre sexualidad” y el “matrimonio”; y en general, entre los principios sociales de jerarquía-igualdad, solidaridad-eficacia, y lazos familiares *versus* ambición personal (Flores, 1998: 243 y ss; véase también, Salles y Tuirán, 1998).

nos habla de un panorama de incipientes cambios y no pocas continuidades, de modificaciones y persistencias en un escenario de acusada heterogeneidad, fiel expresión de las contradicciones que este mundo encierra. Las transformaciones macroestructurales en curso ejercen efectos contrapuestos sobre las familias: en unos casos, incentivan la relativa flexibilización de su estructura y su dinámica interna; en otros, refuerzan los patrones tradicionales y la resistencia al cambio.

Resulta difícil deslindar el sentido de los cambios ocurridos en los procesos de formación y disolución familiar, en parte por tratarse de tendencias emergentes. Nos referimos a cierto retraso de la edad al casarse, disminución de los matrimonios, incremento de las uniones consensuales y aumento de la fecundidad adolescente. La reducción de la diferencia de edad entre los cónyuges (la menor heterogamia etárea), encontrada por Quilodrán y Sosa en este volumen, apunta hacia un patrón de emparejamiento más moderno que en principio puede dar cabida a relaciones de género más igualitarias.

Por sí mismo, el incremento de la esperanza de vida y la prolongación del tiempo que se vive en pareja —ya reseñados— han elevado la probabilidad de ocurrencia de separaciones, divorcios y segundas uniones conyugales (CEPAL, 1994; Quilodrán, 2001). Este conjunto de transformaciones familiares asume rasgos mucho más acentuados en los países europeos, en los que recibe el nombre de “segunda transición demográfica”.²⁰ En ellos denota cambios globales asociados con el aumento de los niveles de escolaridad, mayores participación económica y autonomía femeninas, el uso frecuente de anticonceptivos, la división sexual del trabajo y las imágenes sociales de mujer, fenómenos que en México distan mucho de haberse generalizado (Van der Kaa, 1987, 1994; Lesthaeghe, 1998; Ariza y Oliveira, 1999, Quilodrán, 2001).

Con seguridad, el aumento de las uniones consensuales, el leve retraso en la edad de la unión entre las mujeres y el incremento de las separaciones

²⁰ Como sintetiza Quilodrán (2001), la segunda transición demográfica incluye el incremento de la edad del matrimonio, de la población que vive sola, de las uniones libres, del periodo de residencia con los padres, de los nacimientos fuera del matrimonio, de los divorcios y separaciones, y de las nuevas nupcias (véase Lesthaeghe, 1998).

y divorcios, tienen un sentido distinto en cada sector social (medio, alto y popular). En algunas situaciones es posible que estén asociados con una búsqueda de mayor autonomía femenina; en otros, que se vinculen con el deterioro de los niveles de vida; aunque a este respecto no pueden establecerse linealidades. La dificultad que enfrentan los jóvenes de los sectores populares para ingresar al mercado de trabajo, unida a la contracción de los salarios y a la escasa cobertura de la seguridad social, podrían hipotéticamente contribuir a retrasar la salida de la casa paterna. En los sectores medios, el mismo hecho podría obedecer a la prolongación del proceso de escolarización formal. A pesar del fortalecimiento de arreglos familiares a contracorriente con el modelo tradicional (jefatura femenina, hogares unipersonales), éste conserva su lugar preeminente como ideal de vida familiar en el conjunto de la sociedad; preeminencia que es reconocible en las leyes, la organización de la economía y las políticas sociales, entre otros aspectos.

En lo que se refiere a la parentalidad (roles de padre y madre) y a la paternidad como rol diferenciado, los hallazgos de las autoras de este libro (Esteinou; García y Oliveira) dan cuenta de una cierta flexibilización de los modelos de autoridad intrafamiliar tradicionales en algunos sectores urbanos de la ciudad de México, pero muestran también que la asunción de un modelo de paternidad cercano y menos restrictivo, más comprometido, es una pauta que se afianza sólo en una reducida parte de la población urbana mexicana de principios del siglo XXI. Tenemos, por tanto, pocas evidencias de modificaciones sostenidas en este ámbito del mundo familiar.

La diversidad del mundo familiar sigue planteando condiciones de bienestar disímiles para los menores y los jóvenes, que adquieren un diverso matiz según el sector social de pertenencia (Mier y Terán, y Rabell). La familia nuclear es un ambiente más propicio para los jóvenes de los sectores medios, pero lo es tanto como la familia extensa en los sectores agrícolas. La monoparental, sin embargo, las más de las veces comandada por una mujer, parece albergar condiciones menos favorables en todos los sectores sociales analizados por las autoras citadas (medio, popular y agrícola), siempre que éstas sean medidas en términos del diferente equilibrio o la exclusividad del tiempo dedicado al trabajo o la educación.

Dado que la jefatura femenina es uno de los arreglos familiares en franco ascenso dentro la estructura de los hogares mexicanos actuales, este hallazgo debe constituir un llamado de atención respecto de las necesidades de atención particulares que estos hogares plantearán en los años venideros. Valdría la pena conocer también qué condiciones de bienestar propicia la jefatura femenina en los sectores altos de la sociedad, los menos estudiados de todos, y si también allí la familia nuclear ofrece condiciones más ventajosas.

Algunas tendencias económicas en curso, como la erosión de la agricultura tradicional a favor de los cultivos de exportación y la integración económica global, han tenido repercusiones contradictorias sobre las familias. Desconocemos en qué medida constituyen tendencias a afianzarse en un futuro cercano. La escisión entre el espacio residencial y el hogar, observada en los migrantes temporales rurales analizados por C. de Grammont, Lara y Sánchez, constituye un fenómeno novedoso cuyas secuelas sobre la dinámica familiar son difíciles de entrever. ¿Qué significa para un grupo familiar (nuclear, extenso o monoparental) que se traslada completo, siguiendo los ritmos marcados por la estacionalidad de varios cultivos agrícolas, carecer de un *locus* espacial en el cual anclar su sentido de pertenencia territorial? A su vez, la desestructuración del modo de vida comunitario que produjo en las familias del sur de Veracruz el paso de la milpa a la ganadería, analizado por Lazos, alteró algunas coordenadas clave del mundo familiar en su vinculación con el medio ambiente: la solidaridad, el esquema de división sexual del trabajo y el sentido de pertenencia comunitaria. A la individualización de la tierra correspondió una individualización en la visión de futuro, en detrimento del sentido familiar colectivo. ¿Qué nuevos referentes sociales nuclea a los individuos así escindidos?

Como hemos señalado, los cambios culturales acaecidos (elevación del nivel de escolaridad, universalización de la primaria, proliferación y extensión de los medios masivos y modernos de comunicación, etc.) apuntan hacia una mayor autonomía de las mujeres y a una tímida redefinición del papel de los varones. Ciertos aspectos sugieren la afirmación de un proceso de individuación en ellas (mujeres que ocupan puestos reservados a los hombres, como las legisladoras) en aparente contradicción

con los valores tradicionales de unidad, solidaridad y apoyo familiar. Las respuestas son múltiples: mujeres que tienen que renunciar a una vida en pareja (las diputadas entrevistadas por De Barbieri, por ejemplo) o a quienes no les queda más que aceptar el regreso a situaciones de mayor inequidad de género (como las campesinas analizadas por Lazos).

Si alguna de las tendencias en curso se fortalecieran, se esperaría en el mediano plazo una resignificación de la opción de vida familiar como eje de la trayectoria personal para un subconjunto de la población, propulsada en parte por las tensiones crecientes entre los valores antitéticos del familismo, la solidaridad de grupo y el desarrollo individual; así como por la aparición de otras alternativas de convivencia (familiares y no familiares) (véase Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999). Ante la opción tradicional, podríamos llamar normativa, de realización personal a través del matrimonio, la constitución de una familia y la procreación, podrían surgir alternativas más individualizadas de realización no exclusivamente centradas en la procreación. Se esperaría así una diversificación de los itinerarios familiares, una ampliación de las posibilidades de elección.

La persistencia del esquema tradicional de división sexual del trabajo en las nuevas generaciones, no obstante algunos signos de flexibilidad en ciertos sectores sociales y grupos de edad, es un rasgo de continuidad que pone al descubierto la rigidez del sistema de estratificación genérica prevaleciente en México. El trabajo de Camarena muestra cómo la tendencia a la polarización genérica, a la aceptación de un esquema tradicional de división entre los roles masculinos y femeninos, se afianza con la edad, no obstante los considerables aumentos ocurridos en el nivel de escolaridad de las nuevas generaciones. A ésta corresponde un modelo de jornada laboral asimétrico, como destaca Rendón: jornada masculina larga *vs.* jornada femenina corta, que debería transitar en el largo plazo hacia una doble jornada corta, si es que se llegaran a hacer las modificaciones institucionales que permitirían reconciliar las esferas de la producción económica y la reproducción doméstica en un esquema de división sexual menos asimétrico. Para ello sería necesario que el Estado estableciera un vínculo social independiente con la mujer trabajadora como ente productivo, una relación que no estuviera mediada por su nexos conyugal (Perrons, 1995).

Si bien las tendencias socioculturales anotadas abren espacios de cambio en el mundo familiar, cambios no lineales y con retrocesos, los altibajos económicos que han signado la historia del país en las últimas décadas (crisis recurrentes, apertura externa, polarización ocupacional, dispersión salarial) profundizan las ya de por sí agudas desigualdades sociales existentes y tensan de manera particular la relación entre los mundos de la familia y el trabajo. No parece que el escenario próximo, de fuerte demanda laboral debida al extraordinario crecimiento de la población en edad de trabajar, sea un contexto propicio para mejorar dichas relaciones. Los procesos económicos en curso (inestabilidad económica, precariedad laboral, fuerte competitividad externa e integración global) afectan medularmente la vida familiar al aumentar las situaciones probables de riesgo e incertidumbre. No cabe duda de que las restricciones en el nivel de vida que las actuales condiciones económicas imponen, y la fragmentación y polarización de los mercados de trabajo, menoscaban el papel tradicional de las familias como vehículo de movilidad social y como unidad socioeconómica de producción y consumo. Son crecientes las dificultades que ellas enfrentan para anticiparle a sus miembros, con un mínimo de certidumbre, un determinado itinerario social.

No resulta ocioso afirmar que, en el escenario que se avecina, las familias continuarán desempeñado en lo esencial sus funciones tradicionales, si bien en un entorno socioeconómico distinto y en las condiciones cambiantes planteadas por las transformaciones sociodemográficas y la apertura de horizontes culturales. En sentido general, continuarán siendo un referente sociosimbólico importante para sus integrantes, como también un ámbito central para la reproducción cotidiana y generacional de éstos, pero es evidente que algunos de sus miembros no ofrecen ya la estabilidad de antaño. Los capítulos que conforman este libro muestran perfiles diversos de las familias mexicanas, perfiles que nos hablan de la heterogeneidad que encierran, pero también de un universo familiar complejo y coherente, que responde contradictoriamente a las múltiples tensiones que lo atraviesan. Dejan ver también que vivir en familia puede ser una fuente de apoyo importante para los adultos mayores y que el significado de la familia es un referente básico para los migrantes, más allá de su adscripción de género. Pero no nos engañan acerca del

potencial conflictivo que encierran cuando, por ejemplo, las mujeres se deciden a emprender proyectos laborales propios o los jóvenes ven defraudadas sus expectativas de movilidad social e independencia.

Bibliografía

- Ariza, Marina, 2000, “*Ya no soy la que dejé atrás...*” *Mujeres migrantes en República Dominicana*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM/Plaza y Valdés.
- Ariza, Marina, 2002, “Migración, familia y transnacionalidad en el contexto de la globalización. Algunos puntos de reflexión”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 64, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 53-84.
- Ariza, Marina, y Olandina de Oliveira, 1999, “Género y clase como ejes de inequidad: una mirada metodológica”, ponencia presentada en el Primer Congreso Nacional de Ciencias Sociales, Consejo Mexicano de Ciencias Sociales A. C., México, 2 de abril.
- Arizpe, Lourdes, 1980, “Migración por relevos y la reproducción social del campesinado”, *Estudios Sociológicos*, núm. 28 México, El Colegio de México.
- Arraigada, Irma, 1998, “Familias latinoamericanas: convergencias y divergencias de modelos y políticas”, *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, núm. 65, agosto, pp. 85-102.
- Bach, R., y L. A. Schramel, 1982, “Migration, Crisis and Theoretical Conflict”, *International Migration Review*, 16 (2), pp. 320-341.
- Bartra, Roger, 1996, *La jaula de la melancolía*, México, Editorial Grijalbo.
- Bott, Elizabeth, 1971, *Family and Social Network*, Londres, Tavistock.
- Bruschini, Cristina, y Silvia Cavasin, 1984, “O cotidiano em famílias urbanas: trabalho doméstico, distribuição de papeis e uso de tempo”, en *Seminário de Investigación sobre la Mujer e Investigación Feminista: Balance y Perspectivas de la Década de la Mujer en América Latina*, Montevideo, Greemu, 8 de diciembre, 50 pp.
- Castells, Manuel, 1996, *The Information Age. Economy, Society and Culture*, Massachusetts, Blackwell.
- CEPAL, 1994, *Panorama social de América Latina*, Santiago de Chile, CEPAL.

- Cicchelli-Pugeault, Catherine, y Vincenzo Cicchelli, 1999, *Las teorías sociológicas de la familia*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Consejo Nacional de Población (Conapo), 1996, *Programa Nacional de la Mujer 1995-2000*, México, Conapo.
- Chafetz, Janet Saltzman, 1984, *Sex and Advantage. A Comparative Macro-Structural Theory of Sexual Stratification*, Totowa, New Jersey, Rowman and Allanheld.
- De Barbieri, Teresita, 1984a, *Mujeres y vida cotidiana*, México, Fondo de Cultura Económica/UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales.
- De Barbieri, Teresita, 1984b, “Incorporación de la mujer a la economía en América Latina”, en *Memoria del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, México, Programa de Investigaciones Sociales en Población sobre América Latina (PISPAL)/El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 355-389.
- De Barbieri, Teresita, y Orlandina de Oliveira, 1986, “Nuevos sujetos sociales: la presencia política de las mujeres en América Latina”, *Nueva Antropología*, núm. 30, pp. 5-29.
- De Grammont, Hubert C., Sara María Lara Flores y Martha Judith Sánchez Gómez, 2004, “Migración rural temporal y configuraciones familiares (los casos de Sinaloa, México; Napa y Sonoma, EE.UU.)”, en este volumen.
- Delphy, Christine, y Diana Leonard, 1986, “Class Analysis, Gender Analysis, and the Family”, en Rosemary Crompton y Michael Mann (comps.), *Gender and Stratification*, Cambridge, Polity Press, pp. 57-73.
- Doherty, William J., Edward F. Kouneski y Rickson, 1998, “Responsible Fathering: An Overview and Conceptual Framework”, *Journal of Marriage and the Family*, Minneapolis, vol. 60, núm. 2, pp. 277-292.
- Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica* (Enadid), 1997, Aguascalientes, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- Encuesta Nacional sobre la Sociodemográfica del Envejecimiento* (ENESE), 1994, México, Conapo/Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia.
- Encuesta Nacional de Empleo* (ENE), 1997, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI)/Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS).

- Encuesta Nacional de Empleo Urbano* (ENEU), 2000, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI)/Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS).
- Encuesta Nacional de Trabajo, Aportaciones y Uso del Tiempo*, 1996, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI)/Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS).
- Flores, Julia Isabel, 1998, “Persistencia y cambios en algunos valores de la familia mexicana de los noventa”, en José Manuel Valenzuela y Vania Salles (coords.), *Vida familiar y cultura contemporánea*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 227-246.
- Fuller, Norma (comp.), 2000, *Paternidades en América Latina*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- García, Brígida, y Olandina de Oliveira, 1994, *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- García, Brígida, y Olandina de Oliveira, 2001, “Cambios socioeconómicos y división del trabajo en las familias mexicanas”, *Investigación Económica*, México, vol. 51, núm. 236, abril-marzo, pp. 137-162.
- García, Brígida, y Edith Pacheco, 2000, “Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la ciudad de México en 1995”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, México, El Colegio de México, vol. 15, núm. 1, enero-abril, pp. 35-64.
- Glick Schiller, N., L. Bash y C. Blanc-Szanton, 1992, *Towards a Transnational Perspective on Migration. Race, Class, Ethnicity and Nationalism Reconsidered*, Nueva York, Academy of Sciences.
- González de la Rocha, Mercedes, 1986, *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*, México, El Colegio de Jalisco/CIESAS y SSP.
- González de la Rocha, 2000, “Assets and Vulnerability: The Limits of Survival Strategies”, ponencia presentada en el taller Latin American Labour and Globalisation, organizado por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) y el Social Science Research Council, San José, Costa Rica, 10-11 de julio.
- Gottlieb, B. H. (comp.), 1981, *Social Networks and Social Support*, Beverly Hills, California, Sage Publications.
- Guarnizo, Luis, 1995, “Regresando a casa. Clase, género y transformación del hogar entre migrantes dominicanos-as”, *Género y Sociedad*, vol. 2, núm. 3, enero-abril, pp. 53-127.

- Guarnizo, Luis, 1997, "The Emergence of a Transnational Social Formation and the Mirage of Return Migration Among Dominican Transmigrants", *Identities*, vol. 42, núm. 2, pp. 281-322.
- Guttman, Mathew, 1996, *The Meanings of Macho. Being a Man in Mexico City*, Berkeley, University of California.
- Heinen, Jacqueline, 2001, "Configurations familiales et vie domestique", *Cahiers du Genre*, pp. 5-26, núm. 30, l'Harmattan.
- Hobsbawm, Eric, 1996, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Grijalbo.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette, 1994, *Gendered Transitions. Mexican Experiences of Immigration*, Berkeley, University of California Press.
- Jelín, Elizabeth, 1978, "La mujer y el mercado de trabajo urbano", *Estudios CEDES*, vol. 3, núm. 8-9, pp. 9-45.
- Jelín, Elizabeth, 1998, *Pan y afectos. La transformación de las familias*, México, Fondo de Cultura Económica, Col. Popular, núm. 554.
- Lazos Chavero, Elena, "Azares y devenires de las familias rurales del sur de Veracruz frente a la pérdida de prácticas colectivas y a su futuro ambiental", en este volumen.
- Lesthaeghe, Ron, 1998, "On Theory Development and Applications to the Study of Family Formation", *Population and Development Review*, vol. 24, núm. 1, marzo, pp. 1-14.
- López Barajas, María de la Paz, 1998, "Composición de las unidades domésticas: revisión de los cambios recientes", en José M. Valenzuela y Vania Salles, *Vida familiar y cultura contemporánea*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta-Culturas populares), pp. 303-352.
- López B., María de la Paz, 2000, "Cambios sobresalientes en la composición de los hogares", *Demos. Carta Demográfica de México*, 13, pp. 33-34.
- Lomnitz, Larissa, 1971, "Reciprocity in the Urban Middle Class of Chile", en George Dalton (comp.), *Studies in Economic Anthropology*, Washington, American Anthropological Association, 330.9/D152s.
- Lomnitz, Larissa, 1973, "Supervivencia en una barriada de la ciudad de México", *Demografía y Economía*, vol. 7, núm. 19.
- Lomnitz, Larissa, 1988, "Informal Exchange Networks in Formal Systems: A Theoretical Model", en *American Anthropologist*, vol. 90, núm. 7 pp. 42-55.

- Morgan, David H. J., 1990, "Issues of Critical Sociological Theory: Men in Families", en Jetse Sprey (comp.), *Fashioning Family Theory New Approaches*, Newbury Park, Sage Publications, pp. 67-106.
- Oakley, Ann, 1992, *Social Support and Motherhood. The Natural History of a Research Project*, Oxford-Cambridge, Blackwell.
- Oliveira, Orlandina de, y Marina Ariza, 1997, "División sexual del trabajo y exclusión social", *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, núm. 5, pp. 183-202.
- Oliveira, Orlandina de, y Marina Ariza, 2000, "Hogares y familias en contextos de crisis, ajuste y reestructuración económica", Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso)/Social Science Research Council, San José, Costa Rica, mimeo.
- Oliveira, Orlandina de, Marina Ariza y Marcela Eternod, 1996, "Trabajo e inequidad de género", en *La condición femenina: una propuesta de indicadores. Informe final*, México, Sociedad Mexicana de Demografía (Somede)/Consejo Nacional de Población (Conapo).
- Oliveira, Orlandina de, Marcela Eternod y María de la Paz López, 1999, "Familia y género en el análisis sociodemográfico", en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población*, México, El Colegio de México, pp. 211-271.
- Oliveira, Orlandina de, Marina Ariza y Marcela Eternod, 2001, "La fuerza de trabajo en México: un siglo de cambios", en José Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.), *Cien años de cambios demográficos en México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ortner, Sherry B., y Harriet Whitehead, 1996, "Indagaciones acerca de los significados sexuales", en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Editorial Porrúa/Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM; originalmente publicado como "Introduction: Accounting for Sexual Meanings", en *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality*, Cambridge University Press, 1981.
- Ortner, Sherry B., 1972, "Is Female to Male as Nature is to Culture?", en *Feminist Studies* 1, pp. 5-31.
- Perrons, Diane, 1995, "Gender Inequalities in Regional Development", *Regional Studies*, vol. 29.5, pp. 465-476.

- Popkin, Eric, Sarah Lawrence y Kay Andrade-Eekhoff, 2000, "The Construction of Household Labor Market Strategies in Central America Transnational Migrant Communities", trabajo presentado en el taller Latin America Labor and Globalization Trends Following a Decade of Economic Adjustment, organizado por Social Science Research Council (SSRC) y Flacso-Costa Rica, San José, Costa Rica, 10 y 11 de julio.
- Quilodrán, Julieta, 2001, *Un siglo de matrimonio en México*, México, El Colegio de México.
- Rapp, Rayna, 1982, "Family and Class in Contemporary America: Notes Toward an Understanding of Ideology", en Barrie Thorne y Marilyn Yalom (comps.), *Rethinking the Family. Some Feminist Questions*, Nueva York y Londres, Longman.
- Rendón, María Teresa, 2000, "Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en México durante el siglo XX", tesis de doctorado, México, Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Roberts, Bryan, 1973, *Organizing Strangers: Poor Families in Guatemala City*, Austin, University of Texas Press.
- Roberts, Bryan, 1990, "The Informal Sector in Comparative Perspective", en M. Estellie Smith (comp.), *Perspectives on the Informal Economy*, Lanham, MD, University Press of America.
- Rojas, Olga, 2000, "Paternidad y vida familiar en la ciudad de México: un acercamiento cualitativo al papel desempeñado por los varones en los ámbitos doméstico y reproductivo", tesis de doctorado en estudios de población, México, CEDDU/El Colegio de México.
- Salles, Vania, y Rodolfo Tuirán, 1998, "Cambios demográficos y socioculturales: familias contemporáneas en México", en Beatriz Schmukler (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe*, México, Population Council/Edamex.
- Salles, Vania, 2000, "Familias en transformación y códigos por transformar", en Cristina Gomes (comp.), *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre la vida doméstica*, México, Flacso/Miguel Ángel Porrúa, pp. 103-126.
- Schmink, Marianne, 1984, "Household Economic Strategies: Review and Research Agenda", *Latin American Research Review*, núm. 19.
- Segalen, Martine, 1992, *Antropología histórica de la familia*, Taurus, Madrid.

- Stacey, Margaret, 1986, "Gender and Stratification", en Rosemary Crompton y Michael Mann (comps.), *Gender and Stratification*, Cambridge, Polity Press, pp. 214-223.
- Sven, 1998, "Family ties in Western Europe: Persistent Contrasts", *Population and Development Review*, vol. 24, núm. 2, junio, pp. 203-234.
- Szasz Pianta, Ivonne, 1993, *Migración temporal en Malinalco. La agricultura de subsistencia de tiempos de crisis*, México, El Colegio de México/El Colegio Mexiquense.
- Szasz, Ivonne, 1995, "La migración femenina y los mercados de trabajo en México", en K. Appendini (comp.), *La mujer en la economía*, PIEM, El Colegio de México.
- Valdés, Adriana, 1991, "Women, Cultures and Development: Views from Latin America", Serie Mujer y Desarrollo, Santiago de Chile, Naciones Unidas.
- Van der Kaa, D., 1987, "Europe Second Demographic Transition", *Population Bulletin*, Nueva York, Population Reference Bureau, vol. 42, núm. 1.
- Van der Kaa, D. J., 1994, "The Second Demographic Transition Revisited: Theories and Expectations", en G. C. N. Beets *et al.* (comps.), *Population and Family in the Low Countries 1993: Late Fertility and Other Current Issues*, Lisse, Swets y Zeitlinger-NIDI CBGS, núm. 30, pp. 81-126.
- Vega, William, A., Kolody Bohdan, Ramon Valle y Judy Weir, 1991, "Social Networks, Social Support, and their Relationship to Depression among Immigrant Mexican Women", *Human Organization*, vol. 50, núm. 2, pp. 154-161.
- Wainerman, Catalina, 2000, "División del trabajo en familias de dos proveedores. Relato desde ambos géneros y dos generaciones", *Estudios Demográficos y Urbanos*, México, El Colegio de México, vol. 15, núm. 1, enero-abril, pp. 149-184.
- Wainerman, Catalina, y Z. Recchini de Lattes, 1981, *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados. La medición censal en América Latina*, México, Population Council/ Terra Nova.
- Wellman, Barry, 1981, "Applying Network Analysis to the Study of Support", en B. H. Gottlieb (comp.), *Social Networks and Social Support*, Beverly Hills, Sage.

- Wolf, D., 1990, "Daughters, Decisions and Domination: an Empirical and Conceptual Critique of Household Strategies", *Development and Change*, Londres, vol. 21, pp. 34-74.
- Wood, Ch., 1982, "Equilibrium and Historical-Estructural Perspectives on Migration", *International Migration Review*, vol. 16, núm. 2, pp. 298-319.
- Yanagisako, Sylvia Junko, 1979, "Family and Household: The Analysis of Domestic Groups", *Annual Review of Anthropology*, núm. 8, pp. 161-205.
- Zenteno, René, 2002, "Polarización de la movilidad social en México", en *Demos. Carta Demográfica sobre México*, núm.15, Coordinación de Humanidades e Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM/Fondo de Población de las Naciones Unidas/INEGI, pp. 17-18 (en prensa).



I. Familias y división social y sexual del trabajo



EL MERCADO LABORAL Y LA DIVISIÓN INTRAFAMILIAR DEL TRABAJO

*Teresa Rendón**

Introducción

DESDE EL ESTALLIDO DE LA CRISIS de la deuda en 1982, que marcó la cancelación definitiva del modelo de acumulación¹ que estuvo vigente durante más de cuatro décadas, México ha experimentado profundas transformaciones económicas y sociales.

Estas transformaciones, en interacción con la dinámica demográfica y los cambios registrados en las pautas de convivencia de la población, han tenido impactos significativos tanto en el mercado de trabajo como en la organización de la vida familiar: ha ido en aumento el desequilibrio entre oferta y demanda de fuerza de trabajo y se observan ciertas modificaciones en los roles que desempeñan los distintos miembros del hogar.

El objetivo general de este capítulo consiste en analizar la evolución del mercado de trabajo y de la división intrafamiliar del trabajo doméstico y extradoméstico² por sexos y generaciones, vinculando a la vez esos cambios con los procesos económicos y sociodemográficos. Para ello,

* Agradezco ampliamente la valiosa colaboración de mi colega y amigo Pablo Serrano Vallejo en el definición de las variables y el procesamiento de la información estadística. Asimismo agradezco las oportunas sugerencias de Orlandina de Oliveira y Marina Ariza a la primera versión del texto.

¹ Sobre el concepto de patrón o modelo de acumulación y las modalidades que éste ha adoptado en México, véase Valenzuela (1990).

² Se considera como trabajo doméstico el esfuerzo (no remunerado) desplegado en la producción de bienes y servicios para el consumo directo de la familia, con excepción de los bienes agropecuarios. En contrapartida, el trabajo extradoméstico incluye el esfuerzo (remunerado y no remunerado) involucrado tanto en la producción de mercancías como en la producción de bienes agropecuarios de autoconsumo. El tratamiento especial que se da a las actividades agropecuarias se debe a que en las estadísticas sobre empleo no se

en la segunda sección se aborda el estudio del mercado laboral haciendo especial énfasis en la composición de la fuerza de trabajo por sexos y edades. En la tercera sección se examinan las modificaciones que están experimentando los hogares mexicanos, así como la participación de los distintos miembros de la familia (en particular el jefe, su cónyuge y los hijos) en el trabajo doméstico y extradoméstico, destacando aquellos aspectos de la organización familiar que se están modificando y los que permanecen sin alteración o cambian muy lentamente. Se parte de la hipótesis de que la mayor flexibilización del mercado laboral ocurrida en las últimas dos décadas ha propiciado una cierta flexibilización en la división intrafamiliar del trabajo. En la cuarta sección se exponen algunas conclusiones respecto a los desafíos que en materia de empleo y protección social habrá de enfrentar la sociedad mexicana como resultado de los cambios demográficos y de las pautas de convivencia previsibles para las siguientes décadas del siglo que se inicia.

El análisis se basa en los resultados de los estudios y la información estadística más recientes sobre los tópicos a tratar. Los cuadros estadísticos contenidos en el capítulo permiten constatar algunos hallazgos originados en información cualitativa y añaden nuevas evidencias en lo que toca al comportamiento del mercado de trabajo y a los cambios generacionales que están ocurriendo en la división del trabajo por sexo. Los datos provienen principalmente de tres fuentes estadísticas de cobertura nacional complementarias entre sí: el Censo de Población, la Encuesta Nacional de Empleo (ENE) y la Encuesta Nacional de Trabajo, Aportaciones y Uso del Tiempo de 1996³ (Entrau-96), con un procesamiento especial.

distingue qué parte del trabajo involucrado en esas actividades (número de personas ocupadas o de horas de trabajo) corresponde a la producción mercantil y qué otra parte a la producción para autoconsumo.

³ La Entrau consiste en un módulo que se incorpora a la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH), en el cual se capta información sobre el tiempo que dedican las personas de ocho y más años a las actividades económicas (domésticas y extradomésticas) y a las actividades no económicas (estudio, traslado al centro de trabajo o de estudio, deportes, esparcimiento y arreglo personal). La Entrau se levantó por primera vez en 1996; en 1998, INEGI realizó otro levantamiento, pero los resultados no se han publicado; además, no son comparables con los de 1996 debido a que se utilizó un

A la fecha es posible afirmar que el estudio del impacto de los procesos económicos y sociodemográficos sobre el mercado de trabajo y sobre la división intrafamiliar del trabajo se ha consolidado como una línea importante de investigación en México. Éste es el resultado del trabajo sistemático que se viene realizando en el país desde los años setenta, mismo que se intensificó a raíz de la crisis de los años ochenta, cuando surgió un interés renovado por estudiar las interacciones entre los procesos económicos, la calidad de los empleos y las estrategias de sobrevivencia de las familias. Como ejemplos de este cauce de investigación académica se encuentran: García, Muñoz y Oliveira, 1982; Gabayet, García, González de la Rocha, Laison y Escobar (comps.), 1988; Christenson *et al.*, 1989; González de la Rocha 1989 y 1995; Chant, 1994, Tuirán, 1993; García y Oliveira, 1990, 1994 y 2001; González de la Rocha, 1994 y 1995, Pedrero, 1997; García y Pacheco, 2000; Rendón, 2002; Zenteno, 2002.

En un inicio, la preocupación central era conocer la inserción laboral de las mujeres e identificar los principales determinantes de su participación en la fuerza de trabajo. En contraste, la inserción laboral de los varones era vista, si acaso, como una variable adicional a las características sociodemográficas de las mujeres (edad, estado civil, años de escolaridad, lugar de residencia, etc.) para explicar la condición de actividad de éstas en su calidad de esposas o hijas. Con el desarrollo de las investigaciones en la materia, de forma paulatina se ha ido reconociendo la importancia de estudiar también los determinantes de la participación de los hombres en el trabajo remunerado e incluso en el trabajo doméstico, ya que dicha participación ha resultado ser más cambiante de lo que se suponía.

Hasta hace muy poco tiempo, la participación de las personas en el trabajo doméstico no remunerado se infería a partir de su condición de actividad principal. Debido a la falta de información, los estudios referidos a las labores en el hogar eran muy escasos, se circunscribían a ciertos

cuestionario distinto. La encuesta más reciente sobre el uso del tiempo tuvo lugar en 2002 entre la población de 12 años y más, y se utilizó un cuestionario semejante al de 1996; los resultados de esta encuesta se encuentran en la etapa de procesamiento.

grupos sociales y se basaban en pequeñas encuestas (p.e.: Pedrero, 1977 y De Barbieri, 1984). En los años noventa, el panorama cambia radicalmente debido a la captación y procesamiento de datos sobre el tiempo dedicado al trabajo doméstico en las encuestas nacionales y urbanas de empleo, así como a la decisión de añadir a la encuesta periódica de ingreso-gasto una adicional sobre el uso del tiempo.

Reestructuración económica y mercado de trabajo

Evolución del empleo

En los años setenta del siglo xx empezaron a manifestarse diversos síntomas de agotamiento del modelo de crecimiento “hacia adentro” también conocido como “industrialización sustitutiva de importaciones” (Ibarra, 1970). No obstante, la entonces abundante disponibilidad de créditos de la banca privada internacional y el cuantioso ingreso de divisas derivado de la exportación de petróleo a precios altos permitieron postergar el estallido de la crisis hasta 1982. En ese año los flujos de capital cambiaron de sentido⁴ propiciando una recesión sin precedente desde la Gran Depresión (MacEwan, 1992; Madison, 1988) y, como ocurrió en el resto de América Latina, la política económica cambió hacia una más cercana a la promovida por los organismos internacionales, la cual enfatiza la apertura al exterior y la reducción del papel del Estado.

A dos décadas del cambio de estrategia de desarrollo “hacia afuera” no se han consolidado las bases de un crecimiento económico sostenido, como lo muestra la tendencia al desequilibrio en las cuentas con el exterior (Cardero, 2001), además de que las carencias en materia de desarrollo social siguen siendo abrumadoras (Tuirán, 2000).

La crisis de los años ochenta y los procesos de reestructuración productiva iniciados entonces, y profundizados en los noventa, trajeron

⁴ En ese año el volumen de préstamos internacionales privados se contrajo abruptamente. Debido a esta contracción y al aumento de las tasas de interés, entre 1982 y 1990 México fue un exportador neto de capitales.

consigo la agudización del viejo problema de insuficiente generación de empleos productivos y satisfactoriamente retribuidos (García, 1999; Rendón y Salas, 2000; García y Oliveira, 2003; Rendón 2003).

La modificación de la estructura sectorial del empleo resultante de la nueva estrategia económica ha traído aparejada una creciente feminización de la fuerza de trabajo, ya que el sector más dinámico en la generación de empleos (el de los servicios)⁵ se ha caracterizado tradicionalmente por una importante presencia de mujeres. En cambio, las actividades caracterizadas por un fuerte predominio de la fuerza de trabajo masculina han visto mermada su capacidad de generar empleos al ser las más afectadas por la competencia externa y la reestructuración productiva; tal es el caso de la agricultura, las industrias extractivas y una parte significativa de las industrias manufactureras orientadas al mercado interno, donde ocurrió una destrucción de las cadenas productivas que se habían gestado en la etapa de sustitución de importaciones (Cardero, 2001; Rendón y Salas, 2000).

Al no existir seguro de desempleo, el creciente desequilibrio del mercado de trabajo se manifiesta, más que en aumentos de la tasa de desempleo abierto,⁶ en la proliferación de micronegocios unipersonales y familiares, y en el deterioro de las condiciones de trabajo. Entre los trabajadores asalariados ha aumentado el porcentaje de los que ganan poco, tienen relaciones de trabajo inestables y carecen de seguridad social y otras prestaciones; mientras que los trabajadores no asalariados ganan en promedio menos que los asalariados y se encuentran al margen de la seguridad social (Alcalde *et al.*, 2000).

⁵ De acuerdo con el censo de población, entre los trabajadores remunerados en actividades no agropecuarias había 38 mujeres por cada 100 hombres en 1970; mientras que en 1990 y 2000, la relación era respectivamente de 42 y 54 mujeres por cada 100 hombres. Según la misma fuente, la parte de la población ocupada ubicada en los servicios aumentó de 34% en 1970 a 48% en 1990 y a 55% en 2000.

⁶ La tasa de desempleo abierto en México se mantiene baja conforme a los estándares internacionales. De acuerdo con los resultados de la ENE, a nivel nacional dicha tasa fluctuó entre 1.7 y 4.7 entre 1991 y 2000.

Estructura de la fuerza de trabajo por sexo y edad

El bajo nivel de los ingresos derivados del trabajo y la inestabilidad de los empleos han inducido a muchas familias a incorporar a la fuerza de trabajo a personas que otrora hubieran podido dedicarse exclusivamente al estudio o a los quehaceres del hogar: ha aumentado de manera significativa la participación de las mujeres casadas y de los jóvenes solteros de uno u otro sexo en la producción o distribución de mercancías.

El incremento de la actividad extraeconómica de las esposas se revela como el cambio más importante en el perfil de la mano de obra familiar, particularmente en el medio urbano, según lo reportan diversos estudios realizados en distintos contextos geográficos del país (por ejemplo: González de la Rocha, 1989 y 1995; García y Oliveira, 1994 y 2001; Zenteno, 2002). Este impulso generado por las circunstancias económicas se superpuso, reforzándola, a la tendencia de largo plazo atribuible a factores demográficos, sociales y culturales (García y Oliveira, 1990, 1994 y 2001).

La incorporación masiva de las mujeres al trabajo extradoméstico ha sido posible gracias al aumento de sus niveles de escolaridad (INEGI, 2000a: 97-140) y a la aceptación, cada vez más generalizada en la sociedad mexicana, de que ellas trabajen fuera de su hogar cualquiera que sea su estado civil. Otro factor decisivo ha sido el descenso de la fecundidad⁷ que, aunado al aumento de la edad al matrimonio,⁸ ha propiciado que las mexicanas de hoy puedan dedicar menos años de sus vidas y menos horas diarias a la crianza de sus hijos que las mexicanas de antaño. Por otra parte, al aumentar la frecuencia de los divorcios y las separaciones conyugales,⁹ muchas mujeres se convierten en jefas de familia-proveedoras del sustento de sus hijos.

⁷ La tasa global de fecundidad se redujo de poco más de siete hijos en promedio por mujer en la década de los sesenta a 2.9 en 1994 y 2.4 en 2000 (Conapo, 1999 y 2000).

⁸ La edad promedio a la unión conyugal de las mujeres aumentó de 18.8 años al inicio de la década de los setenta a 23.1 años en 1997 (Conapo, 1997).

⁹ La fracción de personas separadas o divorciadas se duplicó de 1970 a 1997 de 4.1 a 8.2% en el caso de las mujeres y de 1.8 a 3.6 en el caso de los hombres (Conapo, 2000, p. 32).

El efecto combinado de las transformaciones económicas y culturales y de los procesos demográficos sobre la organización familiar del trabajo se sintetiza en la conducta de las tasas específicas de participación en el trabajo extradoméstico. Estas tasas también reflejan de manera indirecta el aumento o disminución de la importancia del modelo familiar de un generador único de ingresos-varón. Las gráficas 1 y 2,¹⁰ que se derivan de los censos de población, permiten apreciar los cambios ocurridos en la división del trabajo por sexo y grupos de edad durante la última mitad del siglo xx.

Siguiendo la trayectoria de los países más industrializados, las tasas femeninas de actividad tienden a aumentar; mientras que las tasas masculinas presentan una tendencia generalizada al descenso, sobre todo en los primeros y los últimos grupos de edad. Pero la velocidad a la que ocurrieron esos cambios y la magnitud de los mismos fueron muy distintas en el periodo 1970-2000 que en las dos décadas previas, lo cual tuvo implicaciones diferentes en cuanto a la división del trabajo antes referida.

La proporción de mujeres en la fuerza de trabajo inició su etapa de ascenso paulatino a partir de los años treinta del siglo xx, cuando México empezaba a cambiar de una sociedad rural a una urbana.¹¹ Sin embargo, todavía en 1950 la división tradicional del trabajo estaba plenamente vigente. La gran mayoría de la población femenina en edad laboral se dedicaba de manera exclusiva al trabajo doméstico (gráfica 2), que incluía una gama mucho más amplia de tareas que en la actualidad, además del cuidado de una numerosa prole. Por otra parte, las oportunidades ocupacionales para mujeres eran muy limitadas en ese entonces. En esas circunstancias, la caída de los salarios reales ocurrida entre finales de los años treinta y principios de los cincuenta se vio paliada por la

¹⁰ No se incluyeron las cifras correspondientes a 1980 y 1990 debido a que en el primer caso hubo serias deficiencias en la captación y procesamiento de la información y en 1990 se subestimó el contingente de trabajadores familiares no remunerados como resultado de deficiencias en el cuestionario utilizado.

¹¹ Entre 1900 y 1930, el número de mujeres ocupadas en actividades orientadas al mercado se redujo en 60%. Sobre este fenómeno y sus causas véase Rendón, 1990.

producción doméstica de alimentos y de otros productos de consumo no duradero, como las prendas de vestir,¹² más que mediante la contribución de las mujeres al ingreso familiar.

A mediados del siglo xx, cuando la sociedad mexicana aún tenía un fuerte componente rural,¹³ los varones ingresaban a la fuerza de trabajo desde muy temprana edad¹⁴ y duraban laborando prácticamente hasta el final de sus vidas (gráfica 1). De la curva de participación masculina de 1950 se infiere que en muchos hogares debe haber habido varios proveedores de ingreso: el padre y sus hijos varones. Veinte años después, la conducta laboral de los hombres había cambiado sustancialmente: la edad de ingreso a la fuerza de trabajo se había postergado debido a la prolongación de la etapa estudiantil, y muchos individuos salían de la actividad económica antes de los 65 años. En ese lapso, se observa cierto aumento de las tasas femeninas de actividad, pero el incremento se concentró entre los 15 y los 24 años, mientras que en las edades restantes el cambio fue insignificante, lo cual se explica por el hecho de que la tasa global de fecundidad permaneció alta hasta la década de los setenta (Conapo, 1999).

Obsérvese que la magnitud de la caída de las tasas masculinas de actividad ocurrida entre 1950 y 1970 supera con creces al aumento que registraron las tasas correspondientes a las mujeres, lo que implica que durante este periodo —que corresponde a la consolidación del patrón de desarrollo orientado hacia adentro— se fortaleció el modelo de familia con un único generador de ingresos: el jefe de familia-varón.

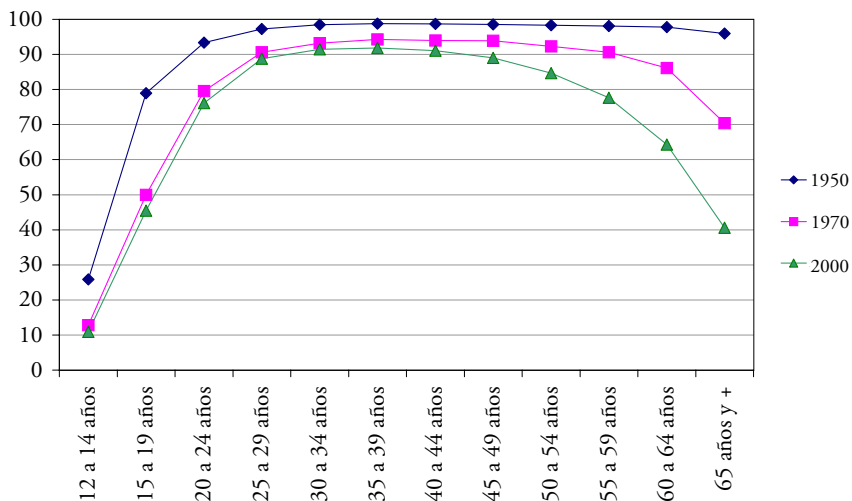
¹² Como lo muestran los censos industriales de 1930, 1940 y 1950, en los años treinta y cuarenta la industria de transformación del país estaba poco diversificada. La oferta de productos alimenticios industrializados y de prendas de vestir era muy limitada, de lo cual se infiere que una buena parte del consumo de esos productos se satisfacía mediante producción doméstica. Es sólo a partir de los años cincuenta cuando el proceso de industrialización se consolida y la producción mercantil abarca una gama creciente de bienes que van sustituyendo paulatinamente a los de elaboración doméstica.

¹³ La población que habitaba en áreas rurales era de 57%, 58% de la población ocupada laboraba en el campo y 54% estaba integrado por trabajadores no asalariados (INEGI, 1996).

¹⁴ En 1950, el primer grupo de edad abarca de los 10 a los 14 años, mientras que en 1970 y 2000, abarca de los 12 a los 14 años.

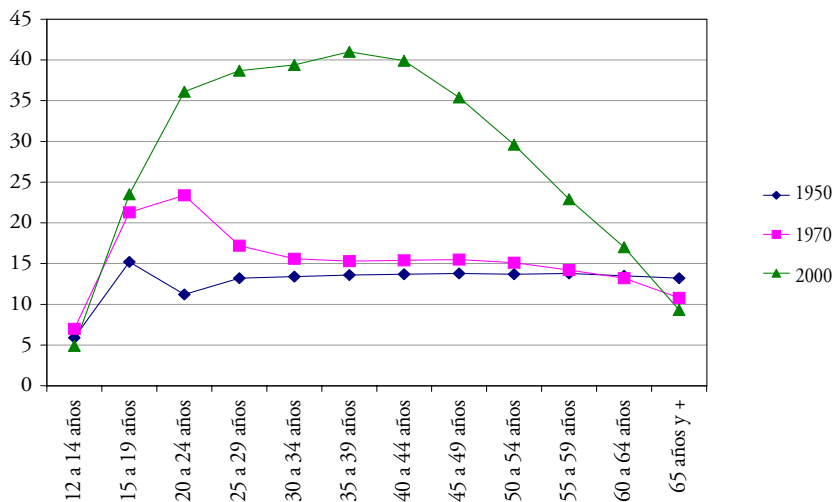
GRÁFICA 1

TASAS MASCULINAS DE ACTIVIDAD ECONÓMICA



GRÁFICA 2

TASAS FEMENINAS DE ACTIVIDAD ECONÓMICA



Tal fortalecimiento fue posible debido los incrementos logrados en la productividad del trabajo y al constante aumento de los salarios reales.

Por el contrario, durante el periodo comprendido entre 1970 y 2000 (particularmente en las dos últimas décadas), ese modelo de familia pierde importancia. Por una parte, se acelera el ritmo de incorporación de las mujeres casadas con hijos a la fuerza de trabajo, con lo cual cambia radicalmente la forma de la curva de participación por edades (gráfica 2), hecho que coincide con el mencionado descenso de la fecundidad y con la existencia de una gama relativamente amplia de posibilidades de empleo asalariado y por cuenta propia para las mujeres.

Por otra parte, se registra una disminución importante de las tasas de participación de los hombres en edades maduras y avanzadas (en su mayoría jefes de familia), mientras que las tasas correspondientes a los jóvenes de 12 a 24 años (quienes en su mayoría ocupan en la familia la posición de hijos) acusan una reducción insignificante (gráfica 1), lo que indica que está ocurriendo cierto reemplazo intergeneracional en el mercado de trabajo. Más aún, en etapas recesivas se han registrado incrementos en las tasas de actividad de los jóvenes de uno u otro sexo (Pedrero *et al.*, 1997; Rendón y Salas, 2000; García y Oliveira, 2001).

En 2000, una proporción considerable de los varones que tenían 45 o más años formaba parte de la así llamada población económicamente inactiva. Es de suponerse que estos inactivos (temporales o definitivos) dependen para su subsistencia primordialmente del ingreso de otros miembros de su hogar o de transferencias desde otros hogares,¹⁵ ya que sólo una parte minoritaria de ellos percibe ingresos por jubilación o pensión, la cual varía según la edad de 1.1% en el grupo de 45 a 49 años a 20% en el de 65 o más años (INEGI, Censo de Población de 2000).

¹⁵ Esta conjetura se ve apoyada por los indicadores siguientes: el número de preceptores de ingreso es sistemáticamente mayor que la suma de personas ocupadas y pensionadas. Por ejemplo, en 2000 el número de preceptores por hogar era de 1.92 miembros, el número de ocupados por hogar de 1.67 y el de pensionados y jubilados por hogar de 0.05 (ENIGH-2000 y Censo de Población de 2000). En ese año, 10% de los hogares percibía ingresos por jubilación o pensión, mientras que 19.1% percibía ingresos por regalos y donativos originados dentro y fuera del país (ENIGH-2000).

La división intrafamiliar del trabajo

Jefatura de los hogares

Los cambios en las normas de convivencia han propiciado cierto aumento en la proporción de hogares encabezados por una mujer (López, 2000), pero sobre todo han incidido en las características de la jefatura femenina. La separación o el divorcio en el medio urbano y la emigración del marido en el medio rural están sustituyendo a la viudez como causa principal de que las mujeres asuman la jefatura de sus hogares;¹⁶ además, en las ciudades es cada vez más usual encontrar mujeres solteras con hijos. Esto ha implicado un proceso de rejuvenecimiento y un cambio en la condición de actividad de las jefas de familia: el porcentaje de las que son económicamente activas está aumentando. En 1996, las jefas de familia que tenían un empleo remunerado representaban ya 18.5% de la población femenina remunerada (trabajadoras asalariadas y por cuenta propia).

Salvo que se indique lo contrario, los datos estadísticos que se presentan en esta sección provienen de una elaboración propia a partir de la base de datos de la Entrau-96. Tomando en cuenta que la principal distinción de los hogares encabezados por mujeres es la ausencia de una pareja conyugal, más que cualquier otra característica (como el hecho de ser nucleares o extensos), para los fines de este análisis se clasificó a los hogares de acuerdo con el sexo del jefe,¹⁷ distinguiendo si éste tiene o no una pareja conyugal.

¹⁶ Entre 1990 y 2000, en las localidades rurales, la mayor tasa de crecimiento de la jefatura femenina se localiza en el grupo de 25 a 34 años. En las localidades urbanas, la tasa más alta se aprecia en el grupo de edad de 35 a 44 años, seguida de la correspondiente a los grupos de menos de 20 y de más de 65 años. (López, 2000: 34). En coincidencia con el grupo de mayor crecimiento de la jefatura femenina, la edad media a la disolución de la primera unión conyugal es de poco más de 36 años (INEGI, 2000: 274).

¹⁷ Debido a la escasa importancia relativa que todavía tienen los hogares no familiares (unipersonales y de corresidentes), que en 1996 representaban 6.3%, en este texto se usarán indistintamente los términos: hogar, familia y unidad doméstica.

CUADRO 1

DISTRIBUCIÓN DE LOS JEFES DE HOGAR POR GRUPOS DE EDAD
SEGÚN SEXO, 1996

	<i>Mujeres</i>	<i>Hombres</i>
Total (absolutos)	3 656 482	17 117 564
Total (relativos)	100.0%	100.0%
15 a 19 años	0.1%	0.5%
20 a 29 años	4.4%	16.0%
30 a 39 años	12.4%	30.8%
40 a 49 años	27.5%	20.4%
50 a 59 años	22.0%	14.9%
60 y más años	33.7%	17.4%

FUENTE: Elaboración propia a partir de la base de datos de la Entrau-96.

CUADRO 2

NÚMERO DE HOGARES CON Y SIN PAREJA CONYUGAL,
SEGÚN EL SEXO DEL JEFE, 1996

	<i>Total</i>	<i>Jefe</i>	<i>Jefa</i>
Total	20 774 046	17 117 564	3 656 482
Sin pareja conyugal	4 827 692	1 241 298	3 586 394
Con pareja conyugal	15 946 354	15 876 266	70 088
<i>Distribución porcentual</i>			
	Total	Jefe hombre	Jefe mujer
Total	100.0%	82.4%	17.6%
Sin pareja conyugal	23.3%	6.0%	17.3%
Con pareja conyugal	76.7%	76.4%	0.3%

FUENTE: Elaboración propia a partir de la base de datos de la Entrau-96.

Como se observa en el cuadro 2, de los 20.8 millones de hogares reportados por la Entrau-96, un poco más de las cuatro quintas partes tienen como jefe a un hombre. El resto de los hogares, de jefatura femenina, está integrado casi en su totalidad por unidades domésticas donde no hay una pareja conyugal; la excepción representa apenas 0.3% del total.

En estas pocas familias, el reconocimiento de liderazgo femenino coincide con el hecho de que el cónyuge no aporta ingresos, lo cual hace suponer que se trata de maridos “sistemáticamente inactivos”. Este conjunto de unidades domésticas pertenece mayoritariamente a los sectores populares urbanos del país, con un ingreso mensual de entre 2.1 y 4 salarios mínimos, cuyo origen principal o único es el salario de la jefa.

La organización familiar del trabajo

A fin de facilitar la interpretación de los resultados acerca de la división intrafamiliar del trabajo que se derivan de la Entrau, enseguida se hace una descripción sucinta de las principales características de esta novedosa encuesta, comparándola con la fuente de información en que se basa la mayor parte de los estudios recientes sobre la fuerza de trabajo de México, la ENE.

Es importante mencionar que las tasas de actividad en el trabajo doméstico y extradoméstico que arroja la Entrau difieren de las que arrojan otras fuentes como la ENE, debido a los distintos criterios de captación utilizados en una y otra encuesta. Por ejemplo, las tasas masculinas de participación en la actividad económica remunerada de la Entrau-96 son considerablemente inferiores a las de la ENE-96 (excepto en las edades extremas); mientras que en el caso de las mujeres, la primera fuente reporta niveles de actividad más altos que la segunda en todos los grupos de edad, y la diferencia se incrementa con la edad.¹⁸

¹⁸ Tales discrepancias se deben a que la Entrau únicamente incluye a quienes efectivamente participaron en alguna actividad económica para el mercado durante la semana de referencia, mientras que la ENE añade a las personas que tenían empleo pero no laboraron, perciban o no ingresos y cualquiera que sea la causa de esa situación (vacaciones, enfermedad, huelga, falta de clientes o de materia prima, fluctuaciones de la actividad económica, etc.), siempre y cuando se declare que volverán a laborar en un lapso no mayor de cuatro semanas. De estos distintos criterios se infiere que la Entrau subestima las tasas de participación en las actividades para el mercado, en tanto que la ENE las sobreestima; aunque la diferencia entre ambas fuentes revela, en buena medida, la existencia de empleos inestables. Por otra parte, en la Entrau se incluye una pregunta específica sobre cría de animales y cuidado de la parcela familiar, actividades que son desempeñadas

En cuanto al trabajo doméstico, la Entrau registra tasas de participación y tiempo de dedicación superiores que la ENE, siendo mayores las diferencias en el caso de los hombres.¹⁹

Otra causa de las diferencias entre ambas encuestas puede estar en el tipo de informante, pues en la Entrau la información correspondiente a las personas adultas es proporcionada directamente por cada una de ellas. Esto hace suponer que los datos son más precisos que cuando las preguntas referidas a todos los integrantes del hogar son respondidas por un informante único, como ocurre en la ENE.

Las principales limitaciones de la Entrau consisten en que a la fecha sólo se dispone de información para un determinado periodo (1996), ofrece muy poco detalle sobre la distribución sectorial de la población ocupada y los datos provienen de una muestra relativamente pequeña en comparación con la ENE.

Los jefes y las jefas de familia

Si bien existe una especialización relativa de los jefes en las actividades productivas y de las jefas en las actividades reproductivas, tal especialización se atenúa o profundiza dependiendo de la edad de las personas, como lo reflejan las tasas específicas de participación en el trabajo extradoméstico y doméstico (gráficas 3 y 4).

principalmente por mujeres, niños y ancianos, quienes —por lo general— les dedican algunas horas a la semana sin recibir pago a cambio. La inclusión de esta pregunta hizo posible detectar a un número considerable de trabajadores familiares sin pago, que de otro modo hubieran pasado inadvertidos. Por su enorme magnitud, este contingente contrarresta los efectos de la inestabilidad en el empleo sobre las tasas de participación de las mujeres, los varones jóvenes y los de avanzada edad.

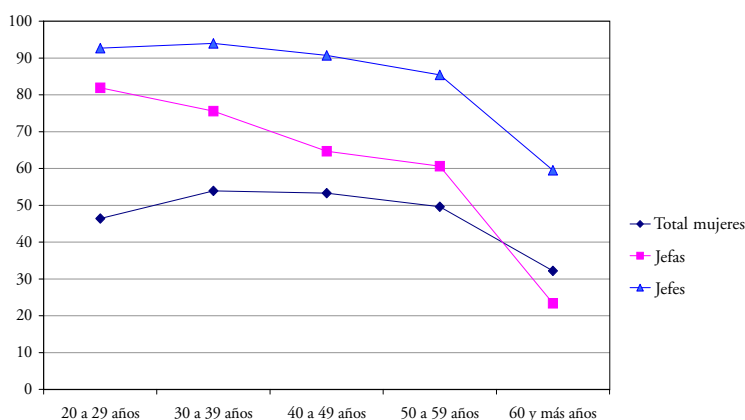
¹⁹ Estas diferencias resultan atribuibles al hecho de que en la Entrau se pregunta específicamente sobre cada una de las actividades que constituyen el trabajo doméstico, varias de las cuales podrían realizarse de manera simultánea, lo que implicaría cierta sobreestimación del tiempo de dedicación (sobre todo en el caso de las mujeres). En cambio, en la ENE, se hace una pregunta única acerca del trabajo doméstico, con lo cual es probable que se omitan algunas de las tareas que lo integran, dando lugar a cierta subestimación.

El trabajo extradoméstico

Los cambios que están ocurriendo en la condición de actividad de las jefas de familia se aprecian claramente al comparar sus tasas de participación en el trabajo extradoméstico con las correspondientes al conjunto de la población femenina en edad laboral, determinadas básicamente por el perfil laboral de las casadas, quienes constituyen el sector predominante (gráfica 3).

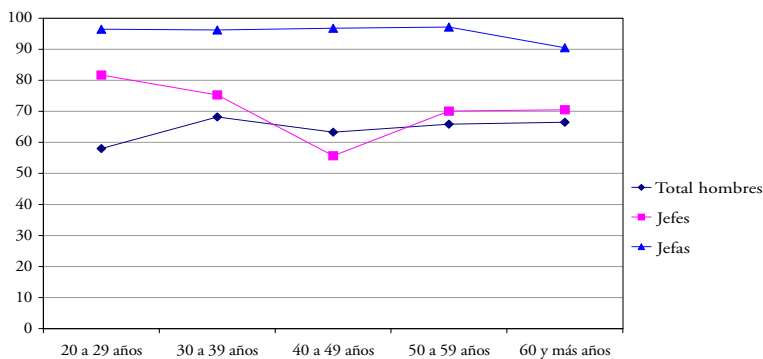
GRÁFICA 3

TASAS DE PARTICIPACIÓN EN EL TRABAJO EXTRADOMÉSTICO



GRÁFICA 4

TASAS DE PARTICIPACIÓN EN EL TRABAJO DOMÉSTICO



La jornada media laboral de las jefas (de 36 horas semanales) también está muy por encima de la jornada media femenina (de 28 horas semanales) y es inferior en 15 horas a la que realizan en promedio los jefes de familia del sexo opuesto. Esta última diferencia resulta más que compensada por el tiempo que ellas dedican al trabajo de la casa.

Las jefas de hogar más jóvenes (de 20 a 29 años) tienen un nivel de participación menor sólo en once puntos porcentuales al de sus homólogos varones. Pero dicho nivel se reduce en los siguientes grupos de edad, ampliándose así la brecha entre los sexos, particularmente en las edades de 30 a 39 y de más de 60 años.

Un hallazgo sorprendente es que las jefas de familia que realizan trabajo remunerado obtienen en promedio un ingreso mensual semejante al de los jefes varones (de alrededor de 3.1 salarios mínimos).²⁰ Sin embargo, la situación de estas mujeres dista mucho de ser homogénea; por el contrario, es observable una fuerte polarización. La proporción de personas que perciben cuando mucho un salario mínimo es más alta entre las jefas que entre los jefes; pero ellas también están mejor representadas que los varones en los estratos de ingreso medio bajo y alto (de 4.1 a 6 y de más de 9 salarios mínimos) (Rendón, 2003).

Un hecho importante a resaltar es que la diferencia entre los ingresos medios de las jefas y los jefes de familia varía según la edad. En los grupos de 20 a 29 y de 50 a 59 años, ambos ingresos se asemejan; mientras que en el grupo de 40 a 49 años el ingreso medio femenino rebasa en 20% al masculino debido a que es en estas edades donde se concentran las mujeres que obtienen ingresos medios y altos. En cambio, entre los 30

²⁰ Existe la idea muy difundida en el mundo de que los hogares encabezados por mujeres son, en general, más pobres que los encabezados por varones. Sin embargo, no hay evidencias suficientes al respecto (Unifem, 2000). En México, según los resultados de la Entrau-96, el ingreso medio de los hogares comandados por mujeres es inferior en 7% al ingreso medio de los hogares con jefe varón, pero el ingreso per cápita de los primeros supera en 25% al de los segundos, debido a que estos últimos tienen en promedio un número mayor de miembros (Rendón, 2003). Un estudio basado en la ENIGH-94 apunta en el mismo sentido (INEGI, 1999: 49-50). En estos cálculos están incluidos aquellos hogares donde el jefe es económicamente inactivo, situación mucho más frecuente entre las mujeres.

y los 39 años, y sobre todo después de los 60, las jefas ganan en promedio bastante menos que los jefes (cuadro 3); en ambos grupos de edad hay una alta incidencia de ocupaciones de tiempo parcial para las mujeres. Es precisamente en las edades de 30 a 39 años cuando el número de horas de trabajo doméstico alcanza su máximo nivel entre las mujeres, pues la familia se encuentra en etapa de expansión. De las jefas de más de 60 años, la gran mayoría trabaja a tiempo parcial, mientras que la mayoría de los varones de más de 60 años realiza jornadas de tiempo completo.

CUADRO 3

DISTRIBUCIÓN DE LOS JEFES DE HOGAR QUE REALIZAN TRABAJO REMUNERADO
POR GRUPOS DE EDAD Y SU INGRESO MEDIO MENSUAL SEGÚN SEXO, 1996

<i>Grupos de edad</i>	<i>Trabajadores remunerados</i>		<i>Ingreso medio mensual*</i>		<i>Ingreso relativo 2/1</i>
	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Hombres (1)</i>	<i>Mujeres (2)</i>	
Total	100%	100%	1 904	1 922	101%
20 a 29 años	17%	7%	1 718	1 776	103%
30 a 39 años	34%	19%	1 908	1 633	86%
40 a 49 años	22%	36%	2 203	2 645	120%
50 a 59 años	15%	25%	1 779	1 798	101%
60 y más años	12%	13%	1 736	715	41%

*Pesos de 1996.

FUENTE: Elaboración propia a partir de la base de datos de la Entrau-96.

Actividades reproductivas

Las tasas de participación de los jefes de sexo masculino en las labores domésticas son sorprendentemente altas. Sin embargo, como ya se ha demostrado en varios estudios (p. e.: Casique, 2001; Rendón, 2002), si se toma en cuenta el tiempo de dedicación, el aporte de los jefes consiste más en una “ayuda” que en una corresponsabilidad compartida con sus esposas. Ellos dedican en promedio 13 horas semanales a dichas tareas, mientras que el tiempo promedio de dedicación de las esposas es de 68 horas y el de las jefas de familia de 37 horas. La ayuda de los maridos se concentra en el cuidado de los hijos, mientras que participan muy poco en las actividades restantes (limpiar la casa, cocinar, etc.) que son los que más tiempo de trabajo absorben (Rendón, 2002).

Las tasas de actividad doméstica de los jefes son muy inferiores a las de las jefas (la diferencia fluctúa entre 15 y 30%), pero superan a las del conjunto de la población masculina en todos los grupos de edad excepto el de 40 a 49 años (gráfica 4). El bajo nivel de participación de los jefes de estas edades se debe a que destinan en promedio un número mucho menor de horas semanales al cuidado de sus hijos que quienes tienen entre 20 y 39 años, lo que se explica por la distinta etapa del ciclo biológico por la que atraviesan las familias. Cuando los jefes tienen más de 40 años, es común que uno o varios de sus hijos estén en edad de colaborar en las tareas hogareñas o incluso de incorporarse al trabajo extradoméstico.

La forma de la gráfica de participación de los jefes varones da cuenta de un mayor involucramiento masculino en los trabajos reproductivos entre las generaciones más jóvenes. Las tasas relativamente altas de los jefes de 50 o más años se deben al creciente peso relativo de los que se han retirado de la fuerza de trabajo y se dedican de manera exclusiva a las labores domésticas.²¹

La frecuencia con que colaboran los jefes de familia en las tareas hogareñas y el tiempo promedio que les dedican son mayores cuando sus parejas combinan el trabajo doméstico con el trabajo extradoméstico que cuando se dedican de tiempo completo al hogar, y la colaboración es mayor cuando la esposa tiene un empleo remunerado que cuando se desempeña como trabajadora familiar sin pago. El menor aporte corresponde a los jefes cuyas esposas se dedican de manera exclusiva al trabajo extradoméstico remunerado (cuadro 4), lo que estaría indicando que en esos casos la contribución monetaria de ellas permite sustituir los productos domésticos por productos adquiridos en el mercado.

La contribución de los jefes al trabajo del hogar también guarda relación con el número de hijos menores de 15 años que hay en la familia, pero cuando los hijos crecen y empiezan a colaborar en el trabajo del hogar son los jefes, antes que sus esposas, quienes resultan beneficiados de esa colaboración (cuadro 5).

²¹ 7.8% del grupo de 50 a 59 años y 25.5% del de 60 y más se dedican en forma exclusiva al trabajo doméstico.

CUADRO 4

TASAS DE PARTICIPACIÓN EN EL TRABAJO DOMÉSTICO DE LOS JEFES CON PAREJA
Y PROMEDIO DE HORAS SEMANALES DESTINADAS A ESE TRABAJO,
SEGÚN CONDICIÓN DE TRABAJO DE LA ESPOSA, 1996

<i>Condición de trabajo de la esposa</i>	<i>Tasa de participación</i>	<i>Horas semanales</i>
Total	71.9%	13
Realiza sólo trabajo doméstico	69.7%	12
Realiza sólo trabajo extradoméstico	33.2%	10
Trabajo doméstico y extradoméstico sin ingreso	77.0%	15
Trabajo doméstico y extradoméstico con ingreso	78.7%	16

FUENTE: Elaboración propia a partir de la base de datos de la Entrau-96.

CUADRO 5

TASAS DE PARTICIPACIÓN EN EL TRABAJO DOMÉSTICO Y PROMEDIO DE HORAS SEMANALES
DESTINADAS A ESE TRABAJO DE LOS JEFES (VARONES) CON
PAREJA, SEGÚN NÚMERO DE HIJOS MENORES DE 15 AÑOS, 1996

<i>Número de hijos menores de 15 años</i>	<i>Tasa de participación</i>	<i>Horas semanales</i>
Total	71.5%	13
Ninguno	70.0%	11
Uno	69.2%	14
Dos	72.4%	15
3 o 4	73.7%	14
5 y más	71.4%	13

FUENTE: Elaboración propia a partir de la base de datos de la Entrau-96.

Por último, se relacionó la tasa de participación doméstica de los jefes con su nivel de ingreso²² y su edad, a fin de verificar la hipótesis de que la participación de los varones en los trabajos reproductivos difiere entre generaciones y por estratos socioeconómicos (cuadro 6). Aquí se está

²² De acuerdo con su poder adquisitivo, el estrato de hasta dos salarios mínimos podría considerarse como de infrasubsistencia, el de 2.1 a 4 salarios mínimos de subsistencia, el de 4.1 a 6 como de nivel medio bajo, el de 6 a 9 salarios mínimos de nivel medio alto y el de más de 9 salarios mínimos de nivel alto.

suponiendo que el nivel de ingresos es un indicador aceptable de estrato socioeconómico; es decir, que esta variable, además de implicar un distinto poder de compra, también refleja el acceso diferenciado a satisfactores tales como la información, la educación y la cultura universal.

CUADRO 6

PORCENTAJE DE JEFES DE HOGAR (VARONES) CON TRABAJO REMUNERADO QUE REALIZAN TRABAJO DOMÉSTICO POR GRUPOS DE EDAD, SEGÚN SU ESTRATO DE INGRESO, 1996

<i>Grupos de edad</i>	<i>Total</i>	<i>Estratos de ingreso mensual del jefe</i>				
		<i>Hasta 2 SM</i>	<i>De 2.1 a 4 SM</i>	<i>De 4.1 a 6 SM</i>	<i>De 6 a 9 SM</i>	<i>Más de 9 SM</i>
Total	76%	82%	71%	73%	74%	78%
20 a 29 años	85%	81%	86%	87%	89%	100%
30 a 39 años	78%	80%	73%	76%	79%	90%
40 a 49 años	69%	81%	59%	63%	70%	80%
50 a 59 años	73%	84%	72%	69%	61%	59%
60 y más años	75%	84%	66%	70%	67%	64%

FUENTE: Elaboración propia a partir de la base de datos de la Entrau-96.

En primer término es necesario señalar que el alto nivel de participación doméstica observable entre los jefes con ingresos de infrasubsistencia (hasta 2 salarios mínimos) se explica por el hecho de que en ese estrato de ingreso están altamente concentrados los hogares de las zonas rurales, y que en esas zonas las tasas de participación doméstica de los hombres son superiores que en el medio urbano. En el campo, el trabajo doméstico incluye actividades (como el acarreo de leña y la construcción y reparación de la vivienda familiar) que son inexistentes o poco comunes en las ciudades, las cuales son realizadas principal o exclusivamente por hombres. El tiempo destinado por los jefes al cuidado de los niños también es mayor en el medio rural que en el urbano, ya que es muy probable que estén incluidas las horas en que los padres enseñan a sus hijos a cultivar la tierra.

A partir de los 2.1 salarios mínimos, en todos los estratos de ingreso el nivel de participación en las tareas reproductivas es mayor entre los

jefes de 20 a 39 que entre los de 40 y más. Además, en los tres primeros grupos de edad (que comprenden entre los 20 y los 49 años) se observa una relación positiva entre tasa de participación doméstica y nivel de ingreso; no así en las edades más avanzadas. En el grupo de 50 a 59 años se advierte una relación inversa entre las dos variables, y entre los mayores de 60 años no hay relación.

Los datos del cuadro 6 indican que hay un mayor involucramiento masculino en el trabajo doméstico entre los jóvenes y que este cambio es más profundo y se inició antes entre los estratos de ingreso medio y alto. Así, los resultados que se derivan de esta encuesta probabilística de cobertura nacional apoyan la conjetura, surgida de estudios basados en pequeñas muestras, acerca de que estaría ocurriendo “un cambio generacional y en los sectores más favorecidos de la sociedad mexicana respecto a la construcción de la identidad masculina” (García y de Oliveira, 2001: 153). Sin embargo, las evidencias no son contundentes acerca del grado de involucramiento de los jefes de familia de las distintas edades en las responsabilidades domésticas. Se requiere de análisis más finos donde se tomen en cuenta las horas de dedicación a las diferentes actividades que integran el trabajo doméstico (cuidado de niños, reparación de la vivienda, producción de bienes y servicios en el hogar, servicios de apoyo, etc.), controlando variables tales como el tipo de localidad de residencia (rural o urbano) y el nivel de escolaridad.

Las esposas

El ingreso inusitado de esposas al trabajo extradoméstico ocurrido en las últimas dos décadas se refleja en los resultados de la Entrau-96. No obstante, todavía predomina el modelo de pareja: varón proveedor-mujer ama de casa (cuadro 7), lo cual no implica necesariamente que el jefe sea el proveedor exclusivo, puesto que la colaboración de los hijos al ingreso familiar suele ser importante. Este aspecto se analizará en el inciso siguiente.

La gran cantidad de horas que las esposas tienen que dedicar a las labores del hogar y al cuidado de los hijos explica que muchas de ellas sean amas de casa de tiempo exclusivo y es también la causa de que la

mayoría de las que realizan trabajo extradoméstico le dediquen tiempo parcial; 48% labora menos de 15 horas a la semana y 18% entre 15 y menos de 35 horas.

CUADRO 7

DISTRIBUCIÓN DE LAS ESPOSAS POR CONDICIÓN DE TRABAJO,
SEGÚN NÚMERO DE HIJOS MENORES DE 15 AÑOS,* 1996

<i>Condición de trabajo</i>	<i>Número de hijos</i>		
	<i>Total</i>	<i>Ninguno</i>	<i>Uno</i>
Total (absolutos)	15 876 266	3 083 892	3 281 119
Total (relativos)	100.0%	100.0%	100.0%
Sólo trabajo doméstico	53.4%	55.2%	50.9%
Sólo trabajo extradoméstico	0.9%	0.0%	0.7%
Trabajo doméstico y extradoméstico sin ingreso	16.1%	13.6%	15.0%
Trabajo doméstico y extradoméstico con ingreso	28.0%	27.9%	32.2%
Ni trabajo doméstico ni extradoméstico	1.6%	3.4%	1.2%

<i>Condición de trabajo</i>	<i>Número de hijos</i>		
	<i>Dos</i>	<i>Tres o cuatro</i>	<i>Cinco o más</i>
Total (absolutos)	4 169 866	4 116 564	1 224 825
Total (relativos)	100.0%	100.0%	100.0%
Sólo trabajo doméstico	51.1%	56.0%	55.6%
Sólo trabajo extradoméstico	1.6%	0.7%	2.0%
Trabajo doméstico y extradoméstico sin ingreso	14.7%	18.8%	21.6%
Trabajo doméstico y extradoméstico con ingreso	31.3%	23.5%	20.5%
Ni trabajo doméstico ni extradoméstico	1.3%	1.1%	0.4%

* Este universo está integrado por los hogares con pareja conyugal de jefatura masculina.

FUENTE: Elaboración propia a partir de la base de datos de la Entrau-96.

El cuadro 7 muestra la importancia que tiene la crianza de los hijos como determinante de la condición de trabajo de las esposas. El porcentaje que representan las que se dedican sólo a las tareas del hogar, o combinan estas actividades con el trabajo extradoméstico sin retribución, es mayor conforme aumenta el número de hijos menores de 15 años. Como contrapartida, disminuye la importancia relativa de las que combinan el trabajo doméstico con el trabajo extradoméstico remunerado.

Es importante aclarar que el conjunto de familias sin hijos menores de 15 años está constituido no sólo por parejas de reciente formación que aún no han tenido hijos, sino también por parejas de edad madura o avanzada cuyos hijos rebasan esa edad e incluso se han ido del hogar paterno. De allí que una alta proporción de las esposas de este grupo se dedique exclusivamente al trabajo doméstico.

La información del cuadro 8, que complementa la del cuadro anterior, muestra una relación inversa entre el número de hijos menores de 15 años y la tasa de participación en el trabajo extradoméstico. Asimismo, conforme aumenta el número de hijos menores, se reduce el número de horas que las esposas-madres dedican en promedio a ese trabajo, a la vez que aumenta el tiempo destinado al trabajo doméstico.

Pero la relación entre número de hijos menores de 15 años y la condición de trabajo de la esposa es un hecho observable únicamente en los dos estratos sociales de menores ingresos (donde se concentra 70% de los hogares), no así en los estratos de ingresos medios y alto.

CUADRO 8

TASA DE ACTIVIDAD EXTRADOMÉSTICA DE LAS ESPOSAS Y PROMEDIO DE HORAS SEMANALES DEDICADAS AL TRABAJO EXTRADOMÉSTICO Y AL TRABAJO DOMÉSTICO POR NÚMERO DE HIJOS MENORES,* 1996

<i>Número de hijos menores de 15 años</i>	<i>Tasa de actividad extradoméstica</i>	<i>Horas semanales promedio</i>	
		<i>Trabajo extradoméstico</i>	<i>Trabajo doméstico</i>
Total	45.0%	22	54
Ninguno	41.7%	24	37
Uno	49.5%	25	53
Dos	48.6%	24	60
3 o 4	41.4%	19	61
5 y más	41.3%	15	58

* Mismo universo del cuadro 7.

FUENTE: Elaboración propia a partir de la base de datos de la Entrau-96.

Si bien la tradición cultural que impulsa a las mujeres a privilegiar el trabajo reproductivo permea toda la sociedad, la posibilidad de que ellas

participen en el trabajo remunerado en beneficio propio y de sus familias varía según el estrato socioeconómico de pertenencia, como puede verse en el cuadro 9, donde se relaciona la condición de trabajo de las esposas con el estrato de ingreso familiar.

Estos datos evidencian la relevancia de la contribución de las esposas en la determinación del ingreso familiar. Las que se dedican de tiempo exclusivo al trabajo doméstico están mejor representadas en las familias con ingreso de infrasubsistencia que en los hogares restantes, mientras que la importancia relativa de la combinación trabajo doméstico-trabajo extradoméstico con ingreso crece conforme aumenta el ingreso familiar hasta llegar al estrato de ingreso medio alto, donde se registra la mayor participación en el trabajo remunerado (51%). En el estrato de mayores ingresos, la proporción de esposas que aportan recursos a la economía del hogar mediante la venta de su fuerza de trabajo o emprendiendo un negocio propio es mucho menor que en el estrato anterior, lo que parecería indicar que en muchas de estas familias tal aportación se considera prescindible en virtud del alto nivel de ingreso del jefe.

De los 15.9 millones de hogares con pareja conyugal encabezados por varones, en 3.4 millones de ellos (que representan 22%) ambos miembros de la pareja perciben ingresos. En las tres cuartas partes de estas parejas de preceptores, el jefe gana más que la esposa, mientras que en la otra cuarta parte la esposa gana igual o más que el jefe. Las mujeres que se encuentran en esta situación trabajan en promedio seis horas más a la semana que las que perciben un ingreso inferior al del marido. La jornada de estas últimas (de 33 horas semanales en promedio) es inferior en 16 horas a la jornada media de sus maridos, lo cual podría explicar la diferencia de ingresos. Pero lo sorprendente es que las mujeres que ganan igual o más que sus maridos también tienen una jornada media (de 39 horas semanales) inferior a la de ellos (de 48 horas a la semana). En estos casos, la única explicación posible para la superioridad del ingreso femenino es que ellas tengan empleos asalariados mejor retribuidos o realicen actividades autónomas más rentables que sus esposos.

CUADRO 9

DISTRIBUCIÓN DE LAS ESPOSAS POR CONDICIÓN DE TRABAJO
SEGÚN ESTRATO DE INGRESO FAMILIAR*, 1996

<i>Condición de trabajo</i>	<i>Estratos de ingreso</i>		
	<i>Total</i>	<i>Hasta 2 SM</i>	<i>2.1 a 4 SM</i>
Total (absolutos)	15 876 266	6 202 950	5 049 008
Total (relativos)	100.0%	100.0%	100.0%
Sólo trabajo doméstico	53.4%	58.3%	53.7%
Sólo trabajo extradoméstico	0.9%	0.6%	1.4%
Trabajo doméstico y extradoméstico sin ingreso	16.1%	20.6%	12.2%
Trabajo doméstico y extradoméstico con ingreso	28.0%	17.0%	29.5%
Ni trabajo doméstico ni extradoméstico	1.6%	1.8%	1.9%

<i>Condición de trabajo</i>	<i>Estratos de ingreso</i>		
	<i>4.1 a 6 SM</i>	<i>6 a 9 SM</i>	<i>Más de 9 SM</i>
Total (absolutos)	2 039 466	1 398 906	1 185 936
Total (relativos)	100.0%	100.0%	100.0%
Sólo trabajo doméstico	50.4%	41.0%	46.3%
Sólo trabajo extradoméstico	0.4%	1.3%	0.8%
Trabajo doméstico y extradoméstico sin ingreso	15.0%	12.8%	15.8%
Trabajo doméstico y extradoméstico con ingreso	35.1%	50.8%	39.4%
Ni trabajo doméstico ni extradoméstico	0.5%	0.9%	1.8%

* Mismo universo del cuadro 7.

FUENTE: Elaboración propia a partir de la base de datos de la Entrau-96.

El trabajo sin pago en el negocio o predio familiar es particularmente importante entre las esposas de los estratos de ingreso de infrasubsistencia, medio bajo y alto. En el primer estrato, donde están concentradas las unidades domésticas campesinas de producción y consumo, el trabajo familiar sin pago corresponde principalmente a la ayuda en los trabajos de la parcela agrícola familiar y sobre todo a la cría de ganado menor y de aves.²³ Este trabajo que realizan cotidianamente las amas de casa hace posible el consumo de proteínas animales por parte de las familias

²³ Mediante preguntas específicas acerca de la cría de animales y el cuidado de la parcela, la Entrau-96 captó aproximadamente a unos cuatro millones de trabajadores familiares sin pago (en su mayoría mujeres amas de casa) quienes dedican a estas actividades varias horas a la semana, y que de otro modo hubieran pasado inadvertidos.

campesinas. En los estratos de ingreso restantes, el trabajo extradoméstico sin ingreso de las esposas tiene lugar principalmente en los abundantes negocios familiares micro y pequeños que hay en el país, con niveles de rentabilidad muy distintos.

Los hijos

En México, la contribución de los hijos a la economía familiar ha recibido poca atención en los estudios socioeconómicos referidos a la población nacional o de grandes regiones.²⁴ Este vacío se explica por el hecho de que, hasta un pasado relativamente cercano, se había detectado una tendencia decreciente en el largo plazo de la tasa de participación laboral de este sector demográfico (véase por ejemplo Tuirán, 1993; García y Pacheco, 2000). Sin embargo, como se argumentó en la segunda sección de este capítulo, desde los años ochenta tal tendencia se ha visto frenada (véase la gráfica 2).

La Entrau-96 permite apreciar la relevancia que está adquiriendo el trabajo extradoméstico de los hijos en edad laboral en el ingreso familiar, además de su contribución mediante trabajo doméstico; 9.6 millones de hogares, que representan 46% del total, contaban por lo menos con un hijo o una hija de 15 o más años, con un promedio de dos por hogar. La incidencia de hijos de estas edades es mayor entre las familias de jefatura femenina (67 de cada 100) que entre las encabezadas por varones (42 de cada 100). Esta discrepancia se explica por la diferente estructura por edades de los miembros de unas y otras familias, misma que guarda relación con la edad de quienes las encabezan. Los jefes de familia son mucho más jóvenes que las jefas (cuadro 1).

Entre los hijos e hijas en edad laboral que residen en el hogar de sus padres, el grupo más numeroso es el de 15 a 19 años, ya que la gran mayoría de la población de estas edades está integrada por personas

²⁴ Si bien abundan los estudios acerca de las estrategias de reproducción y supervivencia de determinados grupos de familias campesinas, obreras o de sectores populares urbanos, sus resultados no son generalizables al conjunto de la población regional o nacional.

solteras, aunque el contingente de los que tienen entre 20 y 29 años es casi de la misma magnitud. Los hijos de uno u otro sexo de 30 y más años representan apenas 14% del total. Los varones son más numerosos que las mujeres; hay 108 hijos por cada 100 hijas, pero la composición por sexo cambia al aumentar la edad.²⁵

CUADRO 10

DISTRIBUCIÓN DE LOS HIJOS DE 15 Y MÁS AÑOS POR SEXO Y GRUPOS DE EDAD SEGÚN
CONDICIÓN PRINCIPAL DE TRABAJO,* 1996

Sexo y grupos de edad	Total	Realiza sólo trabajo doméstico	Realiza trabajo extradoméstico**		No realiza trabajo doméstico ni extradoméstico
			Sin ingreso	Con ingreso	
Total	19 173 985	34%	10%	39%	17%
15 a 19 años	8 498 197	46%	13%	24%	17%
20 a 29 años	8 021 819	25%	8%	49%	19%
30 a 39 años	2 052 444	18%	5%	62%	15%
40 y más años	601 524	30%	3%	54%	14%
Hombres	9 974 985	23%	11%	44%	22%
15 a 19 años	4 555 537	34%	16%	29%	21%
20 a 29 años	4 228 718	15%	8%	53%	25%
30 a 39 años	964 907	9%	5%	70%	17%
40 y más años	225 823	12%	1%	77%	11%
Mujeres	9 199 000	46%	8%	34%	12%
15 a 19 años	3 942 660	61%	8%	18%	12%
20 a 29 años	3 793 101	37%	8%	44%	12%
30 a 39 años	1 087 537	27%	5%	54%	14%
40 y más años	375 702	41%	4%	40%	15%

* Las cifras de este cuadro se refieren al universo de los hogares con hijos de 15 o más años.

** La gran mayoría también realiza trabajo doméstico.

FUENTE: Elaboración propia a partir de la base de datos de la Entrau-96.

²⁵ El índice de masculinidad varía desde 116 en el grupo de 15 a 19 años hasta 60 en el de 40 y más años. Estas diferencias se deben a que, en general, las mujeres dejan el hogar paterno antes que los hombres ya que realizan su primera unión conyugal a edades más tempranas; pero la soltería prolongada es más frecuente entre las mujeres que entre los varones (Welti, 2000).

Como se observa en el cuadro 10, una tercera parte de los hijos de uno u otro sexo contribuye a la economía familiar dedicando varias horas de la semana a las labores del hogar o al cuidado de los hermanos menores²⁶ y cerca de la mitad realiza trabajo extradoméstico, aunque la forma de colaboración varía según el sexo y la edad.

La división tradicional del trabajo entre los géneros sigue teniendo cierta vigencia entre las generaciones de jóvenes, ya que la aportación monetaria es más frecuente entre los hijos, mientras que la colaboración de las hijas se da primordialmente mediante trabajo doméstico. El trabajo doméstico y el trabajo extradoméstico sin pago tienen una mayor incidencia entre las personas muy jóvenes que entre las de mayor edad, en tanto que con el trabajo remunerado ocurre lo contrario. Conforme aumenta la edad, los hijos de uno u otro sexo tienden a especializarse en el trabajo extradoméstico y le dedican más tiempo; no obstante, 14% de los hijos y 26% de las hijas de 20 o más años trabaja menos de 35 horas a la semana.

La tasa de participación de los hijos y las hijas en el trabajo remunerado (de 44 y 34% respectivamente) supera a la correspondiente a las esposas (28%). En cambio, se desempeñan como trabajadores familiares sin pago con menos frecuencia que ellas. Esta diferente inserción laboral se explica por el hecho de que los hijos disponen de más tiempo para participar en el mercado de trabajo que sus madres y de que, en general, tienen más posibilidades de conseguir empleo asalariado debido a su edad. Hay evidencias de que existe un acceso diferenciado a los empleos asalariados según la edad de las personas (Rendón y Salas, 2000: 38-42; García y Oliveira, 2003).

El porcentaje de hijos de uno u otro sexo que no realiza trabajo doméstico ni extradoméstico es extraordinariamente alto²⁷ (en especial

²⁶ Esta forma de colaboración por lo general se inicia desde la niñez, casi siempre en combinación con el estudio y con frecuencia (sobre todo en el campo) también en combinación con el trabajo extradoméstico no remunerado (Rendón, 2002).

²⁷ Si bien una parte de estos inactivos estaría integrada por estudiantes de tiempo exclusivo, no es el caso general. En las edades de 15 a 29 años, la suma de los que no realizan trabajo alguno más los que realizan trabajo doméstico supera en 60% al monto

en el caso de los hombres) y supera con mucho al que se registra entre los jefes de familia, que es de 4.3% para las mujeres y de 6.8% para los hombres. Este hecho parece indicar que entre los hijos adultos que residen en el hogar paterno es más frecuente pasar periodos de inactividad que entre los jefes, quienes tendrían más apremio para aceptar cualquier empleo o crear su propia fuente de trabajo debido al lugar que ocupan en la familia.

El ingreso medio que obtienen los hijos que realizan trabajo remunerado es sumamente bajo, particularmente el que corresponde a los más jóvenes.²⁸ Hay una relación positiva entre edad y nivel de ingreso (cuadro 11). Las diferencias entre grupos de edad resultan atribuibles a jornadas de trabajo de distinta magnitud y a diferencias en experiencia y calificación. La mayoría de las personas de 15 a 19 años habría concluido, en el mejor de los casos, el segundo ciclo de la educación básica o alguna carrera técnica.

CUADRO 11

DISTRIBUCIÓN DE LOS HIJOS DE 15 AÑOS O MÁS QUE REALIZAN TRABAJO REMUNERADO POR GRUPOS DE EDAD Y SU INGRESO MEDIO MENSUAL SEGÚN SEXO, 1996

<i>Grupos de edad</i>	<i>Trabajadores remunerados</i>		<i>Ingreso medio mensual*</i>		<i>Ingreso relativo 4/3</i>
	<i>Hombres (1)</i>	<i>Mujeres (2)</i>	<i>Hombres (3)</i>	<i>Mujeres (4)</i>	
Total	100%	100%	1 054	1 055	100%
15 a 19	30%	23%	696	726	104%
20 a 29	51%	54%	1 072	1 026	96%
30 a 39	15%	19%	1 438	1 391	97%
40 y más años	4%	5%	2 066	1 625	79%

* Pesos de 1996.

FUENTE: Elaboración propia a partir de la base de datos de la Entrau-96.

de personas que durante la semana de referencia dedicaron alguna parte de su tiempo al estudio, y después de los 29 años la diferencia es mucho mayor.

²⁸ En 1996 el ingreso medio del conjunto de los hijos y de las hijas equivalía a 1.7 salarios mínimos; mientras que los y las que tenían entre 15 y 19 años ganaban en promedio respectivamente 1.1 y 1.2 salarios mínimos.

Al comparar los ingresos de los hijos según sexo, se observa que, entre los más jóvenes, las mujeres ganan en promedio un poco más que los hombres, pero a partir del grupo de 20 a 29 años, la brecha cambia de sentido y se incrementa después de los 39 años. No obstante, el ingreso medio del conjunto de las hijas se equipara al de los hijos debido a que estos últimos están mejor representados entre los más jóvenes, que son quienes menos ganan (cuadro 11).

El ingreso medio mensual de los hijos equivale apenas a 55% del ingreso medio de los jefes, lo cual podría atribuirse a diferencias en calificación y experiencia asociadas con la discrepancia de edades entre unos y otros. En los grupos de edad comparables (de 20 a 29 y de 30 a 39 años) la brecha se reduce, pero sigue siendo de magnitud considerable.²⁹ Tal discrepancia resulta atribuible, por lo menos en parte, al distinto tiempo de dedicación, pues los hijos realizan jornadas más cortas que los jefes. La diferencia es en promedio de nueve horas semanales en el caso de los hombres y de siete en el caso de las mujeres. Pero también puede estar ocurriendo que los hijos estén ubicados en empleos peor retribuidos, como lo refleja un estudio reciente referido a las áreas metropolitanas de las ciudades de México y Monterrey, donde los hijos y las hijas perciben por hora trabajada mucho menos que los jefes de familia en igualdad de condiciones en cuanto a edad, escolaridad, ciudad de residencia e inserción laboral (asalariados o por cuenta propia) (García y Oliveira, 2003).

Los bajos ingresos que obtienen por su trabajo las personas adultas que aún residen en el hogar paterno parecerían ser una de las causas del aumento de la importancia relativa de los hogares extensos a costa de los nucleares ocurrido en la última década del siglo xx (López, 2000).

Que los hijos obtengan un ingreso propio puede significar para la familia un ingreso adicional, o por lo menos una disminución del gasto, en la medida que puedan solventar algunos de sus gastos personales.

²⁹ En el grupo de 20 a 29 años el ingreso medio de los hijos representa 62% del ingreso medio de los jefes y el de las hijas, 58% del de las jefas. En el grupo de 30 a 39 años, las proporciones son de 75 y 85% respectivamente.

CUADRO 12

DISTRIBUCIÓN DE LOS HIJOS DE UNO U OTRO SEXO DE 15 Y MÁS AÑOS QUE REALIZAN TRABAJO EXTRADOMÉSTICO REMUNERADO POR GRUPOS DE EDAD, SEGÚN SU CONTRIBUCIÓN AL INGRESO FAMILIAR, 1996

<i>Sexo y grupos de edad</i>	<i>Total</i>	<i>Hasta 25%</i>	<i>25.1 a 50%</i>	<i>50.1 a 75%</i>	<i>75.1 a 100%</i>
Total	100%	33%	47%	11%	9%
15 a 19 años	100%	45%	43%	7%	4%
20 a 29 años	100%	28%	53%	12%	7%
30 a 39 años	100%	29%	42%	13%	16%
40 y más años	100%	25%	30%	11%	34%

FUENTE: Elaboración propia a partir de la Entrau-96.

Cerca de la mitad de los hijos (de uno u otro sexo) que cuentan con un empleo remunerado aporta entre 25 y 50% del ingreso familiar, una quinta parte entre 50 y 100% y un tercio contribuye cuando mucho con 25%. El hecho de que el nivel de remuneración aumente con la edad se refleja en la existencia de una relación positiva entre la edad de los hijos y su participación en el ingreso familiar (cuadro 12).

Nuevos desafíos

Los estudios y estadísticas recientes dan cuenta de un debilitamiento de las formas tradicionales de la familia patriarcal³⁰ en México, fenómeno que está ocurriendo a escala mundial y con particular fuerza en los países más industrializados de Occidente (Castells, 2001: 159-201).

La transformación de la economía y del mercado laboral de México, en combinación con la creciente inestabilidad de las uniones conyugales, ha restado predominio al modelo de la familia nuclear tradicional integrada por una pareja casada en primeras nupcias y sus hijos, donde el hombre es el proveedor de sustento y la esposa la encargada del funcio-

³⁰ Se denomina familia patriarcal al modelo de familia basado en el ejercicio estable de la autoridad/dominación sobre toda la familia por parte del hombre adulto cabeza de familia (Castells, 2001: 163).

namiento del hogar. La ideología que ha legitimado la dominación patriarcal, basándose en el privilegio del esposo-padre que mantiene a la familia, resulta así debilitada frente a la importancia creciente que tiene la contribución financiera de las esposas y los hijos al presupuesto familiar en los hogares con pareja conyugal. En el mismo sentido, en lo que hace al ejercicio de la autoridad, actúa la experiencia vivida por las mujeres y sus hijos en los hogares nucleares monoparentales de jefatura femenina. Se trata aún de un proceso incipiente, que podría profundizarse durante las próximas décadas debido a los cambios sociodemográficos previsibles y dadas las tendencias de la economía, aunque persisten factores que obstaculizan el camino hacia relaciones de género más igualitarias.

La relativa especialización de los hijos en las actividades para el mercado y de las hijas en las actividades del hogar ilustra la lentitud con que evolucionan la conducta y los patrones culturales de la población. Las familias siguen reproduciendo la división tradicional del trabajo por género y reforzando el modelo: varón-proveedor, mujer-ama de casa.

Si bien la flexibilización del mercado laboral ha propiciado cierta flexibilización de la división intrafamiliar del trabajo, también existen elementos objetivos que dificultan una distribución más equitativa del trabajo doméstico y extradoméstico en las parejas conyugales. Uno de ellos es la amplitud de la jornada laboral de los empleos asalariados, que restringe el acceso al mercado de trabajo de la mujeres con obligaciones domésticas, a la vez que limita las posibilidades de que los jefes de familia varones participen de manera más significativa en las labores del hogar. Este obstáculo se ha visto reforzado por la ampliación de la jornada de trabajo como estrategia de los empleadores para reducir costos laborales.³¹ Hacia finales del siglo XX, la jornada media masculina en el empleo asalariado era de 46.5 horas semanales, y la femenina de 40.5 horas (INEGI, 2001: 77).

³¹ Esta estrategia contrasta con la seguida por el capital en la mayoría de los países industrializados, consistente en sustituir puestos de trabajo de tiempo completo por puestos de trabajo a tiempo parcial en los cuales, por lo general, se otorgan menos prestaciones. Estos nuevos puestos de trabajo son ocupados mayoritariamente por mujeres (Rendón, 2001).

Otro impedimento para lograr un mejor reparto del trabajo entre los sexos es la enorme cantidad de horas diarias de trabajo que absorben las tareas de la casa y la crianza de los hijos. A pesar de la reducción del tamaño de los hogares, en la familia promedio, la producción doméstica implica más que un “empleo” de tiempo completo. Esta situación, dados los usos y costumbres, condiciona la participación de las mujeres casadas en el trabajo extradoméstico.

En la magnitud de las jornadas de trabajo doméstico y extradoméstico está la base objetiva de la predominancia del modelo “jornada masculina larga-jornada femenina corta” en las parejas donde ambos miembros trabajan, modelo que mantiene la condición económicamente dependiente y subordinada de la mujer. Como ha señalado acertadamente Hartmann (1981), el tiempo que se dedica a las actividades domésticas puede ser usado como indicador de las relaciones de poder. El empleo a tiempo parcial como forma principal de inserción de las esposas-madres en el trabajo remunerado no es privativo de México o del subdesarrollo, sino que se observa también en las economías más desarrolladas (Fagan *et al.*, 2000; Rendón, 2001).

Los países donde la desigualdad entre los géneros ha logrado abatirse de manera considerable son aquellos donde la diferencia entre las jornadas masculina y femenina en el empleo asalariado ha disminuido significativamente, dando pie a una tendencia hacia un modelo de pareja con “doble jornada corta”.³² Para que esto fuera factible en México, tendría que lograrse una reducción importante de la jornada laboral media, que a su vez aumentaría la capacidad de la economía de generar nuevos puestos de trabajo. Asimismo, tendría que darse una elevación significativa y generalizada de los salarios, de tal manera que el poder de compra de las familias les permitiera transferir al mercado una parte considerable de la carga doméstica. Se requeriría, además, de la expansión de los servicios de cuidado de niños para dar pie a una participación más igualitaria

³² Éste es el caso de los países escandinavos y más recientemente de Holanda, lugares en los cuales la jornada media de los empleos asalariados es ya inferior a 36 horas semanales.

en el mercado de trabajo de las mujeres en edad reproductiva y a un mayor número de empleos acordes con las necesidades de las familias.

Además, por lo que respecta a la conformación de los hogares, debido a la mayor propensión a la disolución de las parejas y a que el envejecimiento de la población habrá de acentuarse en las próximas décadas,³³ es previsible que continúe en aumento la proporción de hogares unipersonales y de familias nucleares con uno solo de los progenitores. También es de esperar que aumente la tendencia a formar unidades domésticas donde convivan varias generaciones, y que surjan nuevos y más complejos arreglos residenciales y domésticos como estrategias frente a los bajos ingresos individuales, al envejecimiento de la población y a su cada vez más insuficiente acceso a la seguridad social.³⁴

Las proyecciones de los procesos sociodemográficos permiten prever que durante las próximas décadas se incrementará el ritmo de incorporación de las mujeres al trabajo remunerado. Habrá más mujeres viviendo solas o con sus hijos, sin pareja conyugal; el nivel educativo de las mujeres continuará acercándose al de los varones (INEGI, 2000) y la fecundidad pronto alcanzará el nivel de reemplazo (Conapo, 2000: 21-22).

Al incremento de la participación femenina habrá que sumar el crecimiento de la demanda de puestos de trabajo resultante de la amplia expansión que habrá de experimentar la población en edad laboral (de 15 a 64 años) como resultado del alto crecimiento demográfico del pasado. Se calcula que entre 2000 y 2020 será necesario generar entre 21 y 22 millones de nuevos empleos como condición para aprovechar lo que algunos autores denominan el “bono” demográfico, consistente en los beneficios que podrían derivarse del descenso *transitorio* de la tasa de dependencia demográfica³⁵ que habrá de continuar durante dos décadas

³³ Se calcula que hacia el año 2050, uno de cada cuatro habitantes tendrá más de 64 años de edad (Conapo 2000: 14).

³⁴ En 2000, 58% de los mexicanos no eran derechohabientes de los servicios y las instituciones de salud (Tuirán, 2000).

³⁵ La tasa de dependencia es el cociente que resulta de dividir la población de niños y adolescentes ((0-14 años) y de adultos mayores (65 años o más) entre la población en edad laboral (15-64). De acuerdo con los resultados del censo de población de 2000, en

debido a los cambios en la estructura por edades de la población (Partida y Tuirán, 2002). Esta oportunidad, que se presenta por primera y única vez, debería ser aprovechada para instrumentar respuestas institucionales que permitan superar los enormes rezagos sociales acumulados y tomar las previsiones necesarias para hacer frente a los requerimientos de una creciente población de 65 años o más, que se calcula llegará a 27.3 millones de personas en 2050 (Ordorica, 2002). En la tercera década de este siglo, cuando el proceso de envejecimiento se encuentre en una etapa más avanzada, la tasa de dependencia demográfica retomará su pendiente positiva, lo cual implica nuevas presiones y demandas sobre la estructura industrial y sobre los servicios sociales y de salud.

Sin embargo, nada en el horizonte apunta hacia un fortalecimiento del poder adquisitivo de los salarios ni a una expansión significativa de los empleos formales y estables, por lo que el uso del factor trabajo por parte del tejido productivo en México viene a determinar, estructuralmente, los límites hacia una mejor distribución del trabajo doméstico entre los géneros.

En el mismo tenor, no hay una política de Estado encaminada a edificar un sistema de seguridad social —mecanismos de jubilación, pensiones, renta básica, asistencia médica y sanitaria— que pueda garantizar en el futuro cercano un nivel de vida digno para todos aquellos que engrosaran las cohortes de la tercera edad. Sin instancias adecuadas para el cuidado de ancianos y enfermos, dada la división tradicional del trabajo es de preverse que sean las mujeres quienes asuman esa responsabilidad. Una vez más, los avances en la equiparación de género registrados en las últimas décadas del siglo xx encuentran en el diseño del pacto social mexicano —o en la ausencia de éste y de un Estado de bienestar— su principal limitante en el siglo que apenas comienza.

ese año había 64 dependientes por cada 100 personas en edad laboral y se calcula que en el año 2020, cuando dicho indicador alcance su nivel mínimo, la relación de dependencia será de 44 por cada 100.

Bibliografía

- Alcalde, Arturo, *et al.*, 2000, *Trabajo y trabajadores en el México contemporáneo*, México, Miguel Ángel Porrúa.
- Cardero, María Elena, 2001, “The External Relationship of the Mexican Economy with the United States, and its Implications Beyond Trade”, en Puchet y Punzo (comps.), *Mexico Beyond NAFTA. Perspectives for the European Debate*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Casique, Irene, 2001, *Power, Autonomy and the Division of Labor in Mexican Dual-Earner Families*, Nueva York, University of America Press.
- Castells, Manuel, 2001, “El fin del patriarcado, movimientos sociales, familia y sexualidad en la era de la información”, en *La era de la información. Economía, cultura y sociedad*, vol. 2: *El poder de la identidad*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 159-269.
- Chant, Sylvia, 1994, “Women, Work and Household Survival Strategies in México, 1982-1992: Past Trends, Current Tendencies and Future Research”, *Bulletin of Latin American Research*, 13 (2), pp. 203-233.
- Christenson, Bruce, Brígida García y Orlandina de Oliveira, 1989, “Los múltiples condicionantes del trabajo femenino en México”, *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 20, mayo-julio, pp. 251-280.
- Consejo Nacional de Población (Conapo), 1997, 1999 y 2000, *La situación demográfica de México*, México, Consejo Nacional de Población.
- De Barbieri, Teresita, 1978, “Notas para el estudio del trabajo de las mujeres: el problema del trabajo doméstico”, *Demografía y Economía*, vol. XII, núm. 1 (34).
- De Barbieri, Teresita, 1984, *Mujeres y vida cotidiana*, México, Fondo de Cultura Económica/Instituto de Investigaciones sociales de la UNAM.
- Fagan, Colette, *et al.*, 2000, “El trabajo a tiempo parcial en los Países Bajos, Alemania y el Reino Unido: ¿un nuevo contrato social entre los sexos?”, en Margaret Maruani, Chantal Rogerat y Teresa Torns (dirs.), *Las nuevas fronteras de la desigualdad*, Barcelona, Icaria.
- Gabayet Ortega, Luisa, Patricia García, Mercedes González de la Rocha, Silvia Laison y Agustín Escobar (comps.), 1988, *Mujeres y sociedad, salarios, hogar y acción social en el occidente de México*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco/Centro de Estudios Superiores en Antropología Social.

- García, Brígida, 1999, “Los problemas laborales de México en el siglo XXI”, *Papeles de Población*, año 5, núm. 21, julio-septiembre, pp. 9-19.
- García, Brígida, y Edith Pacheco, 2000, “Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la ciudad de México” *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 1, pp. 35-63.
- García, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, 1982, *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, México, El Colegio de México/UNAM.
- García, Brígida, y Orlandina de Oliveira, 1990, “Trabajo, fecundidad y condición femenina en México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. V, núm. 3, septiembre-diciembre, pp. 693-710.
- García, Brígida, y Orlandina de Oliveira, 1994, *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira, 2001, “Cambios socioeconómicos y división del trabajo en las familias mexicanas”, *Investigación Económica*, núm. 236, abril-junio, pp. 137-162.
- García, Brígida, y Orlandina de Oliveira, 2003, “Inserción laboral y niveles de ingreso de la mano de obra familiar en el México metropolitano”, en Enrique de la Garza y Carlos Salas (coord.), *La situación del trabajo en México*, México, Plaza y Valdés.
- González de la Rocha, Mercedes, 1989, “Crisis, economía doméstica y trabajo femenino en Guadalajara”, en Orlandina de Oliveira (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 159-175.
- González de la Rocha, Mercedes, 1995, “Reestructuración social en dos ciudades metropolitanas: un análisis de grupos domésticos en Guadalajara y Monterrey”, *Estudios Sociológicos*, vol. 13, núm. 38, mayo-agosto, pp. 261-281.
- Hartmann, Heidi, 1981, “The Family as a locus of Gender, Class and Political Struggle: The example of Housework”, *Radical Political Economy*, primavera, pp. 366-393.
- Ibarra, David, 1970, “Mercados, desarrollo y política económica: perspectivas de la economía mexicana”, en *El perfil de México en 1980*, vol. 1, México, Siglo XXI, pp. 89-199.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), 1996, *Cien años de censos de población*, Aguascalientes, INEGI.
- INEGI, 1999, *Los hogares con jefatura femenina*, Aguascalientes, INEGI.

- INEGI, 2000, *Mujeres y hombres en México*, Aguascalientes, INEGI.
- INEGI, 2001a, *Estadísticas de trabajo doméstico y extradoméstico en México 1995-1999*, Aguascalientes, INEGI.
- INEGI, 2001b, *XII Censo General de Población y Vivienda 2000. Tabulados Básicos (CD)*, Aguascalientes, INEGI.
- López B., María de la Paz, 2000, “Cambios sobresalientes en la composición de los hogares”, *Demos. Carta Demográfica de México*, 13, pp. 33-34.
- MacEwan, Arthur, 1992, *Deuda y desorden*, México, Siglo XXI.
- Madison, Angus, 1988, *Dos crisis: América y Asia 1929-1938 y 1973-1983*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ordorica Mellado, Manuel, 2002, “Un viaje en el tiempo por la demografía de México”, en Brígida García (coord.), *Población y sociedad al inicio del siglo XXI*, México, El Colegio de México, pp. 55-73.
- Partida, Virgilio, y Rodolfo Tuirán, 2002, “Evolución futura de la población mexicana: envejecimiento y bono demográfico”, en Brígida García (coord.), *Población y sociedad al inicio del siglo XXI*, México, El Colegio de México, pp. 25-53.
- Pedrero Nieto, Mercedes, 1977, *La participación femenina y su presupuesto de tiempo. Notas sobre problemas relativos a conceptos y captación*, México, Centro de Estudios del Trabajo, Secretaría del Trabajo y Previsión Social.
- Pedrero, Mercedes 1997, “Algunos resultados significativos sobre organización familiar de la encuesta del Grupo de Educación Popular con Mujeres, A. C.”, en *Familias con futuro. Derecho a una sociedad más justa*, México, Grupo de Educación Popular con Mujeres, A. C., pp. 50-94.
- Pedrero, Mercedes, *et al*, 1997, *Segregación ocupacional por género en México*, México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM.
- Rendón, Teresa, 1990, “Trabajo femenino remunerado en el siglo veinte. Cambios, tendencias y perspectivas”, en Hilda Dávila y Elía Ramírez (comps.), *Trabajo femenino y crisis en México*, México, UAM-Xochimilco.
- Rendón, Teresa, 2001, “La división del trabajo por sexo en el mundo”, *Investigación Económica*, núm. 238, octubre-diciembre, pp. 157-202.
- Rendón, Teresa, 2002, “La división sexual del trabajo en el México contemporáneo” en Brígida García (coord.), *Población y sociedad al inicio del siglo XXI*, México, El Colegio de México, pp. 319-374.

- Rendón, Teresa, 2003, “Empleo, salarios y segregación por género” en Enrique de la Garza y Carlos Salas (coord.), *La situación del trabajo en México*, México, Plaza y Valdés, pp. 129-150.
- Rendón, Teresa, y Carlos Salas, 2000, “La evolución del empleo”, en Arturo Alcalde *et al.*, *Trabajo y trabajadores en el México contemporáneo*, México, Miguel Ángel Porrúa, pp. 25-91.
- Tuirán, Rodolfo, 1993, “Vivir en familia: hogares y estructura familiar en México, 1976-1987”, *Comercio Exterior*, 43 (8), pp. 662-676.
- Tuirán, Rodolfo, 2000, “Estructura por edad y desarrollo humano”, *Demos. Carta Demográfica de México*, 13, pp. 6-7.
- Unifem (Fondo de Desarrollo de la Naciones Unidas para la Mujer), 2000, *El progreso de las mujeres en el mundo. Informe bienal de Unifem*, Nueva York, Unifem.
- Valenzuela Feijoó, José C., 1990, *¿Qué es un patrón de acumulación?*, México, Facultad de Economía de la UNAM.
- Welti, Carlos, 2000, “Las uniones tempranas y el celibato permanente”, *Demos. Carta Demográfica de México*, 13, pp. 18-20.
- Zenteno, René, 2002, “Tendencias y perspectivas en los mercados de trabajo local en México, ¿Más de lo mismo?”, en Brígida García (coord.), *Población y sociedad al inicio del siglo XXI*, México, El Colegio de México, pp. 283-318.



ACTIVIDADES DOMÉSTICAS Y EXTRADOMÉSTICAS DE LOS JÓVENES MEXICANOS

Rosa María Camarena Córdova

LA DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO HA CONSTITUIDO uno de los pivotes de los movimientos feministas de las últimas décadas y principal punto de atención de un gran número de estudios de género. Dichos estudios han mostrado las marcadas diferencias que existen en las actividades que hombres y mujeres desempeñan, así como las desigualdades y desequilibrios tanto en el nivel de participación como en las responsabilidades y cargas de trabajo que unos y otras asumen en los distintos ámbitos de la vida social, económica, política y familiar.

Sin embargo, dentro del vasto cúmulo de estudios sobre el tema, la atención se ha centrado básicamente en la población adulta y, dentro de ella, en las parejas maritales. Si bien es posible que la división del trabajo alcance su máxima expresión durante la vida marital (Kemmer, 2000), también está presente en otras etapas de la vida y entre individuos no insertos en una unión conyugal. En particular, es relativamente poco lo que se sabe acerca de lo que ocurre con otros miembros del hogar distintos de la pareja, especialmente los más jóvenes, y la medida en que la tradicional división sexual del trabajo de los adultos se produce y reproduce en éstos.

Aun cuando la población juvenil no ha estado totalmente ausente de los estudios que abordan la participación y distribución del trabajo entre los sexos, generalmente ha sido incorporada de manera marginal, como complemento y/o parte de los intentos de explicación de la división del trabajo de los adultos y bajo los mismos enfoques utilizados para éstos, sin reconocer necesariamente la especificidad de la condición juvenil.

Es posible que la poca atención que se ha prestado a la participación de los jóvenes en las distintas esferas de actividad se derive de una concepción idealizada de la juventud, que la mira como una etapa de transición, moratoria, de existencia con pocas responsabilidades que vayan más allá de las relacionadas con la propia formación y preparación para

asumir los papeles de adultos. Al hablar de jóvenes, generalmente se piensa en su papel de estudiantes, de personas dependientes de sus padres u otros adultos; de individuos que, si bien paulatinamente y conforme aumenta su edad, se introducen en los roles y responsabilidades adultas, lo hacen en un proceso gradual, dosificado, a manera de un aprendizaje y preparación para el futuro y en una posición secundaria frente al mundo adulto. Así, la actividad principal que se asocia con la condición juvenil es la de estudiante y, en menor medida conforme avanza la edad, la de trabajador y responsable de una familia, y suele verse la incorporación a estas últimas como parte de los acontecimientos que marcan el tránsito a la vida adulta.

No obstante, esa visión idealizada de la juventud es continuamente desmentida por la realidad, donde se presentan situaciones muy diferentes. Con elevada frecuencia las oportunidades de desarrollo y crecimiento son muy limitadas para sectores importantes de los jóvenes, dado que recaen sobre ellos, desde edades tempranas —muchas veces desde la niñez— responsabilidades y cargas de trabajo no siempre reconocidas y valoradas, ni iguales para hombres y mujeres.

En esa línea, es bien conocido que aun a edades muy cortas, no todos los jóvenes estudian y una parte importante de ellos trabaja. Pero existe, además, un tercer campo de actividad juvenil de gran relevancia, sobre todo para las mujeres, al que se le ha prestado poca atención: el del trabajo doméstico.¹ Si bien se reconoce que éste puede ser uno de los inhibidores de la actividad y el rendimiento escolares (véase por ejemplo Gomes, 1989; Progesa, 1999), así como de la incorporación laboral, o bien una actividad alternativa al estudio o al trabajo, en México es poco lo que se sabe de él o de la frecuencia e intensidad con que es realizado por los jóvenes mexicanos, no sólo por los que no estudian ni trabajan, sino también por los que, desempeñando los roles de estudiante y/o trabajador, tienen simultáneamente cargas de trabajo doméstico.

¹ Al trazar un perfil de los jóvenes mexicanos de 12 a 24 años en 1995, Camarena (1998) encuentra que una parte importante de ellos no estudia ni trabaja, y sugiere que el trabajo doméstico es una de sus posibles esferas de ocupación, no sólo para los que ya han establecido una familia de procreación propia, sino también para una parte significativa de los solteros.

Tomando en cuenta lo anterior, la intención de este trabajo es analizar la participación de las y los jóvenes mexicanos en las tres esferas de actividad mencionadas: la escuela, el trabajo y las labores domésticas. Además de conocer la medida en que los jóvenes participan en ellas, la pregunta central que se plantea es si los significativos cambios que se han dado en el país en las últimas décadas, que han permitido ampliar progresivamente las oportunidades de participación de las mujeres en los distintos campos de actividad y en un plano de mayor igualdad con los hombres, se han traducido en una participación equitativa de los y las jóvenes en dichas esferas.

El documento está organizado en tres partes. En un primer momento, se analiza la participación de los jóvenes en cada actividad por separado. Retomando uno de los postulados centrales de la perspectiva del curso de vida, que mira la edad como símbolo de las diferentes etapas de desarrollo del individuo y como indicador social determinante para establecer sus roles y responsabilidades,² y el género en tanto mecanismo mediante el cual se asignan y asumen tareas de manera diferenciada para hombres y para mujeres, se ha optado por trabajar a nivel de edad desplegada y sexo. Esta elección obedece no sólo al hecho de que se trata de una etapa de la vida en la que se producen fuertes cambios no siempre iguales para hombres y mujeres, sino también porque dichos cambios pueden tener significados e implicaciones muy distintos en razón de la edad en la que se producen y el sexo de quienes los viven.

Partiendo de otro de los postulados del curso de vida, que reconoce la pertenencia secuencial o simultánea de los individuos a distintos ámbitos o dominios institucionales y mira la vida de éstos como estructurada a partir del cruce y articulación de las diversas e interdependientes trayectorias que siguen en dichos dominios, en un segundo momento la atención se centra en el análisis conjunto de las tres actividades. Con ello se busca conocer no sólo la participación que los jóvenes de uno u otro sexo y de las distintas edades tienen en cada una de ellas, sino, y sobre todo,

² Para un desarrollo completo y por demás sugerente de la perspectiva del curso de vida, véanse los trabajos de Glen Elder (1978, 1994, entre otros), uno de sus principales exponentes.

la medida en que, aun teniendo sus propios requerimientos de esfuerzos y de tiempo, y de no ser siempre compatibles entre sí, tales actividades se realizan de manera simultánea. Asimismo, se exploran los patrones de participación de los jóvenes de distintos sectores sociales, considerando para ello la actividad económica desarrollada en sus hogares. En el tercer y último apartado se analiza la carga de trabajo que el desempeño de los roles de estudiante, trabajador y/o trabajador doméstico representa para los jóvenes, tomando como indicador de esa carga al promedio de horas semanales que invierten en cada actividad.

La información que se utiliza proviene de la base de datos de la Encuesta Nacional de Empleo (ENE) de 1997, la cual es una de las pocas encuestas levantadas en el país con representatividad nacional que proporcionan información sobre el número de horas que los jóvenes dedican a cada una de las tres actividades que aquí interesan,³ y ofrece la posibilidad de vincular las características y comportamientos juveniles con el entorno del hogar del que los jóvenes forman parte.

Debido a que tanto las condiciones de vida como las oportunidades que se brindan a los jóvenes y las responsabilidades y cargas de trabajo que en ellos se delegan o, incluso, ellos mismos asumen, son altamente sensibles al lugar que ocupan dentro de los hogares y al momento de la vida en que se encuentran, se ha optado por trabajar exclusivamente con jóvenes de uno u otro sexo que tienen en común residir todavía en el hogar paterno y ser hijos del jefe/a del hogar, ser solteros y no haber iniciado aún su vida reproductiva (esto es, no tienen a su vez hijos propios). Con ello se busca evitar comparaciones entre jóvenes que, ya sea por la posición de parentesco que tienen dentro de los hogares o por haber iniciado ya la formación de una familia de procreación propia, pueden tener situaciones de vida radicalmente distintas.⁴ Asimismo, dado que a partir de los veintiún años menos de la mitad de las mujeres cumplen con esos

³ En ella se pregunta, para la población de doce años y más, el tiempo dedicado a: a) estudiar; b) los quehaceres del hogar y el cuidado de niños, ancianos o enfermos, sin pago alguno; c) la actividad económica, remunerada o no; y d) los servicios gratuitos a la comunidad. En este trabajo consideramos solamente las tres primeras.

⁴ El ingreso a la vida marital y/o a la paternidad conlleva generalmente cambios no sólo en las posibilidades, sino también en las necesidades de participar en cada una de las

criterios, hemos optado por circunscribir nuestro análisis a los y las jóvenes de doce a veinte años de edad.⁵

Así pues, la información sobre la que se basa este trabajo proviene de los 25 176 jóvenes de 12 a 20 años de edad, residentes en el hogar paterno, hijos del jefe del hogar, solteros y sin hijos, que fueron captados por la ENE-97, los cuales viven en poco menos de 15 000 hogares. Las características de los hogares que se manejan en el segundo apartado derivan de la base de datos a nivel de hogar que fue construida para este estudio a partir de los registros individuales. Antes de pasar al análisis, es preciso señalar que, como una manera de disminuir el riesgo de sobredimensionar la participación de los jóvenes en cada una de las tres actividades, se ha optado por considerar que dicha participación ocurre cuando la actividad correspondiente es realizada durante un tiempo mayor a diez horas semanales.⁶

tres esferas de actividad consideradas, dificultando o exigiendo mayores esfuerzos para hacerlo en unas y haciendo casi inevitable la participación en otras.

⁵ Todavía a los 20 años, 79% de los hombres y 59% de las mujeres viven en el hogar paterno y son hijo/as del jefe del hogar; las cifras se reducen a 72 y 54% a los veintiún años. No obstante, 11% de los hijos y 7% de las hijas están o han estado maritalmente unidos, así como 13% de los y las hijas de veintiún años. Muy sintomáticamente, y tal vez reflejando los sesgos que aún persisten en la atribución diferencial de la responsabilidad de la maternidad y la paternidad, en la ENE-97 no se pregunta a los hombres si tienen hijos, siendo ésta una pregunta exclusiva para las mujeres. Se sabe así que 11 y 16% de las hijas de veinte y veintiún años ya han sido madres. En suma, 70 y 63% del total de hombres de veinte y veintiún años cumplen el criterio de ser hijos solteros del jefe, mientras que a esas edades 52 y sólo 45% de las mujeres son hijas del jefe, solteras y no tienen hijos.

⁶ Con ello se trata de evitar que consideremos como participantes en las distintas actividades a jóvenes que las realizan esporádicamente o por tiempos muy reducidos, quizás lo estrictamente necesario para cubrir sus propias necesidades personales, lo cual es especialmente frecuente en las actividades domésticas. La cifra de diez horas corresponde al valor modal estadístico de los que realizan tareas del hogar. Del total de jóvenes de 12-20 años, 28% no destinan tiempo alguno a ellas y otro 32% lo hace de una a diez horas semanales. Por lo que hace a la actividad laboral, 67% de los jóvenes no participan en ella en absoluto, y menos de 3% trabaja de una a diez horas por semana. A su vez, 37% no dedica tiempo alguno al estudio y menos de uno por ciento (0.9%) le dedica de una a diez horas por semana.

Participación en la escuela, la actividad laboral y los quehaceres domésticos

Actividad escolar

La expansión del sistema educativo mexicano en las últimas décadas y la creciente valoración y concientización por parte de la población de la importancia de la educación escolarizada, no sólo como medio de movilidad social sino, y quizás principalmente, como herramienta indispensable para moverse e interactuar en las sociedades actuales, son elementos que han propiciado la incorporación creciente de hombres y mujeres a la escuela, y sobre todo de estas últimas, quienes durante mucho tiempo estuvieron en una marcada condición de rezago respecto de aquéllos. Si bien se está aún lejos de alcanzar un nivel satisfactorio que llegue al menos a los nueve años de escuela que desde 1993 se ha planteado como la escolaridad mínima que cada mexicano debe idealmente tener, es preciso reconocer que casi todos los niños y jóvenes actuales han asistido a la escuela en algún momento de su vida⁷ y que la brecha educativa que antaño separaba a hombres y mujeres de todas las edades ha disminuido entre la población juvenil.⁸

De las tres actividades analizadas, la de ‘estudiar’ es la más acotada a un cierto grupo de edad. Siendo altamente valorada por la sociedad y vista como una actividad eminentemente formativa, tanto en el campo de lo cognitivo como en el de la socialización, y proveedora de capacidades y credenciales para el desempeño de actividades productivas, la escolarización suele llevarse a cabo durante la infancia y la juventud. De hecho, el ser estudiante es el rol básico que socialmente se atribuye y con el que principalmente se identifica a los niños y jóvenes de hoy; aunque, como se verá más adelante, no todos ellos desempeñan ese rol.

⁷ El ingreso a la escuela es, no obstante, sólo el punto de arranque de una trayectoria que todavía con mucha frecuencia es interrumpida precozmente, de manera que la problemática educativa actual del país no radica ya tanto en incorporar a los niños a la escuela, sino en lograr que permanezcan y avancen en ella.

⁸ Para un análisis de la situación educativa de los jóvenes véase Camarena, 2000.

Al igual que en la mayoría de las sociedades, en México la edad juega un papel importante en la definición de oportunidades y en la asignación y asunción de responsabilidades, de manera que, tanto en el nivel de las expectativas sociales como en la realidad, la participación de los jóvenes en las tres esferas de actividad puede ser muy variada en razón de la edad. Por lo que hace a la escuela, la permanencia en ella se vuelve más difícil conforme la edad avanza, ya sea por la disponibilidad de recursos materiales para hacerlo, por el costo de oportunidad que puede representar, o incluso por los intereses, gustos, capacidades y proyectos de vida de los propios jóvenes.

Lo anterior se refleja claramente en la gráfica 1, en la que se advierte la rápida reducción de los porcentajes de jóvenes que a cada edad siguen estudiando y la relativa similitud con la que, hasta los diecisiete años, hombres y mujeres lo hacen. Si bien a los doce años casi nueve de cada diez niños y niñas hijos del jefe del hogar siguen estudiando, a los catorce años ya sólo 77% lo hace. El abandono escolar se acelera en los tres años siguientes, lapso en el que más de la cuarta parte del total de jóvenes deja la escuela, y a los diecisiete años ya sólo la mitad de ellos y ellas siguen en ésta. Contra lo observado en otras épocas y lo que suele creerse, después de esa edad los hijos dejan el rol de estudiante más que las hijas, al grado de que a los diecinueve años 31% de ellos y 43% de ellas siguen estudiando, y 25 y 31% a los veinte años.⁹

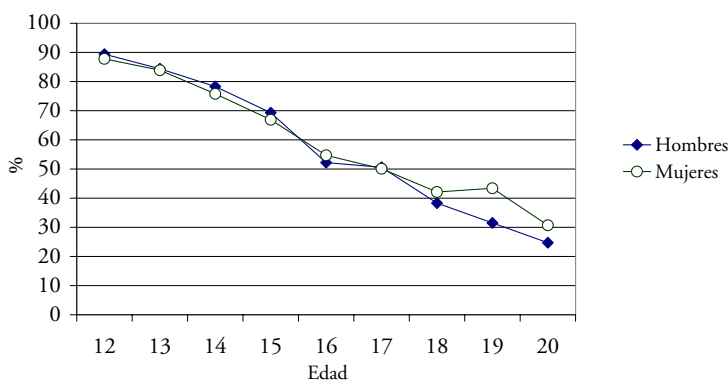
Es posible que las diferencias por sexo entre los jóvenes de mayor edad se deban, al menos en parte, a un factor de selectividad que opera en mayor medida en las mujeres que en los hombres. Dada la temprana edad a la unión marital que aún prevalece entre las mujeres del país (mediana de 19 años) y las dificultades que implica combinar la vida

⁹ Esta situación, referida exclusivamente a los hijos del jefe del hogar que no han iniciado la formación de su propia familia de procreación, difiere de lo que se observa al considerar el total de jóvenes con independencia de su relación de parentesco, situación marital y paternidad/maternidad. La proporción de estos últimos que permanece en la escuela no sólo es siempre menor que la de los primeros en todas las edades —sobre todo a partir de los dieciséis años— sino que en casi todas las edades los hombres tienden a permanecer en una ligera mayor medida que las mujeres, aunque las diferencias por sexo alcanzan un máximo de cuatro puntos porcentuales.

marital y/o el cuidado de los hijos con el papel de estudiante, es posible que las hijas de mayor edad que aún viven en el hogar paterno sin haberse unido ni iniciado su reproducción constituyan un grupo selecto que ha aplazado esos eventos para seguir estudiando, o bien que, como no se han unido ni tenido hijos, y en tanto lo hacen, sigan estudiando. Pero también es posible que sigan operando las tradicionales normas y expectativas sociales que hacen recaer sobre los hombres la mayor parte de la responsabilidad en la obtención de ingresos económicos, induciendo más a los hijos que a las hijas, una vez llegados a la mayoría de edad, a dejar la escuela para incorporarse al trabajo o dedicarse de lleno a él.

GRÁFICA 1

PORCENTAJE DE HIJOS E HIJAS DE CADA EDAD QUE ASISTEN A LA ESCUELA



FUENTE: Elaboración propia a partir de la Encuesta Nacional de Empleo, México, 1997.

Pese a esas diferencias, es notable la semejanza que se ha alcanzado en la permanencia escolar de hombres y mujeres, lo que, sin embargo, está lejos de significar que se haya alcanzado un nivel de permanencia satisfactorio. Aún con las mejoras de los últimos años, la vida estudiantil sigue siendo muy corta para hombres y mujeres.¹⁰

¹⁰ Cabe señalar que, de los dieciséis años en adelante, la escolaridad promedio de las hijas es cerca de medio grado mayor que la de los hijos.

Actividad laboral

Desde la óptica socialmente generalizada que mira la vida como transcurriendo a través de una serie de etapas ordenadas y sucesivas, suele esperarse que la incorporación al trabajo ocurra hacia el final de los años juveniles, cuando se ha concluido la formación escolar. Bajo ese supuesto, la participación laboral y la emancipación de la dependencia económica de los padres que en teoría ello supone es considerada como una de las principales transiciones que marcan el paso a la vida adulta. No obstante, como se ha constatado en diversos estudios (por ejemplo, Gomes, 1989; Rendón y Salas, 2000; Camarena, 2001; entre otros) y se confirma en lo que se presenta enseguida, ni el ingreso al trabajo se realiza siempre al final de los años juveniles —sino con gran frecuencia mucho antes— ni necesariamente al haber concluido la escuela.¹¹ Además —aunque no se aborda en este documento—, la participación laboral de los jóvenes no siempre conlleva la obtención de un ingreso suficiente que les permita alcanzar la independencia económica.

El esquema tradicional de la familia nuclear postula la existencia de una marcada división del trabajo entre los miembros del hogar, en donde corresponde al marido la generación y provisión de los recursos económicos para el sustento material del hogar, la mujer se encarga de las tareas domésticas y la provisión de cuidados y afecto a sus integrantes, y los hijos tienen como principal tarea estudiar. No obstante, gran número de estudios han mostrado que la generación de ingresos en los hogares está cada vez más lejos de recaer exclusivamente en manos masculinas y sobre todo del jefe varón del hogar. Como señala González de la Rocha (1994: 105):

El modelo de familia nuclear que vive del salario del jefe del hogar de sexo masculino se aplica sólo a un número muy reducido de casos. La gran mayoría de los hogares pobres requiere la combinación de diversas fuentes de ingresos y la participación de más de un miembro en el mer-

¹¹ Con datos de la misma encuesta que aquí se utiliza, Camarena (2001) estima que la mitad de los jóvenes varones comienza a trabajar antes de los 15.8 años, mientras que las mujeres lo hacen después de los 18.5 años de edad.

cado de trabajo. El trabajo de las mujeres, los jóvenes y los niños es un recurso del que se echa mano en caso de necesidad.

Según datos de la ENE-97, a pesar de que cerca de 61% de los hogares mexicanos responde en su composición a una estructura nuclear —es decir, una pareja con o sin hijos—, en apenas 35% del total de hogares del país el jefe es la única persona que trabaja y en otro 16% el trabajo es compartido por el jefe y al menos un hijo de entre 12 y 20 años de edad.

Visto con frecuencia como una actividad transitoria o coyuntural,¹² en México se ha conferido poca importancia y atención al estudio del trabajo infantil y juvenil. No obstante, su relevancia dentro del contexto nacional se hace patente al considerar que en 1997 uno de cada seis trabajadores del país (17%) tenía veinte años o menos, en 21% de los hogares había al menos un joven trabajador de esa edad, en 14% alguno de éstos percibía algún ingreso monetario por su trabajo y en 6% de los hogares es un joven de esa edad el que aporta el mayor (o único) ingreso del hogar.

El trabajo infantil y juvenil suele ser un tema polémico. Mientras que el trabajo en general es una actividad altamente valorada por la sociedad y es visto como una vía para acceder no sólo a la seguridad de un ingreso, sino también a buena parte de los servicios sociales, a un estatus o posición social, a una identidad (Oliveira y Ariza, 2000) y, en general, como una fuente de autonomía e independencia y de realización y desarrollo personal, la percepción del trabajo cambia cuando involucra a niños y jóvenes de corta edad.

Actualmente, la incorporación a la actividad laboral a una edad temprana suele verse como un riesgo para el bienestar y el desarrollo físico y emocional de los niños y jóvenes, y como elemento que contribuye a la reproducción de la pobreza, limitando el horizonte de oportunidades actuales y futuras de aquéllos, sobre todo cuando conduce al abandono

¹² En el mismo estudio, Camarena (2001) rebate la hipótesis de la transitoriedad del trabajo juvenil, mostrando que éste se realiza con mayor continuidad de lo que se cree. Se muestra asimismo la precaria situación que en términos de salario, de seguridad y estabilidad laboral y de prestaciones enfrentan los jóvenes trabajadores.

escolar, y cuando la inserción laboral se produce en condiciones precarias, como ocurre casi siempre con los más jóvenes (UNICEF, 1999; González de la Rocha, 1994; Coto y Vargas, 1998). No obstante, y aún sin descartar esos peligros, otros autores (por ejemplo Gomes, 1989; Lasida, 1998) encuentran el lado positivo del trabajo juvenil y lo ven como parte del proceso de formación y crecimiento y, junto con la educación, como uno de los principales agentes de socialización que cumple un papel decisivo para la asunción de roles adultos y en el proceso de construcción de identidad de los jóvenes. Pero, independientemente de la valoración que se haga del trabajo juvenil, un hecho cierto es que su realización implica, para los jóvenes, esfuerzos, cargas de tiempo y responsabilidades no siempre reconocidos.

Contra lo que pudiera suponerse, dada la prolongación del tiempo que las generaciones actuales permanecen en la escuela —que haría esperar una postergación en la edad de entrada al trabajo—, la participación laboral de los jóvenes se incrementó en la última década,¹³ lo que ha sido atribuido por algunos autores (Tuirán, 1993; Rendón y Salas, 2000), al menos en parte, a la mayor utilización por parte de los hogares de su fuerza de trabajo disponible como estrategia para proteger el ingreso familiar ante la caída de los salarios reales y el desempleo, originados por las recurrentes crisis económicas que ha vivido el país en los últimos tiempos.

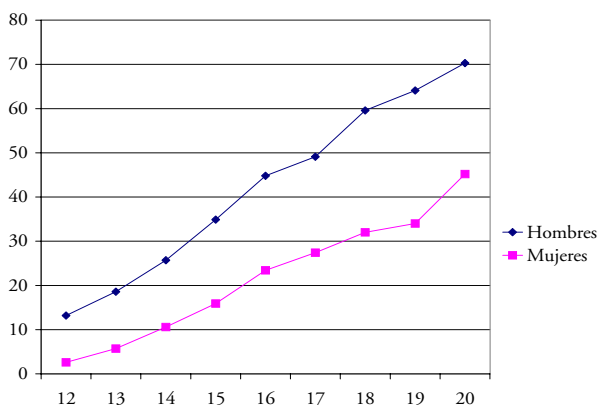
A diferencia de lo que ocurre con la escuela, la intensidad con la que los hijos participan en la actividad laboral es muy distinta a la de las hijas en todas las edades. La gráfica 2 muestra que más de uno de cada ocho varones de doce años (13%) y menos de 3% de las niñas de esa edad trabajaron más de diez horas la semana anterior a la encuesta. Las fracciones de trabajadores se elevan sustancialmente con la edad, de tal suerte que a los catorce años la cuarta parte de los hijos y 10% de las hijas trabajan, lo mismo que casi la mitad y más de la cuarta parte a los diecisiete años, y

¹³ Según la Encuesta Nacional de Empleo Urbano, en el primer trimestre de 1987, 24.7% de los jóvenes de 12 a 19 años y 63.1% de los de 20 a 24 años trabajaban o estaban en busca de un empleo. Diez años después, en 1997, los porcentajes pasaron a 27.0 y 64.5%, respectivamente, alcanzando su nivel máximo en 1993 (30.8 y 66.4%). Tuirán (1993) va más atrás en el tiempo y documenta la existencia de ese incremento desde el periodo 1982-1987.

cerca de dos terceras partes y un tercio a los diecinueve, para llegar, a los veinte años, a siete de cada diez hombres y más de cuatro de cada diez mujeres. Es decir, aun cuando proporciones relativamente importantes de los y las hijas trabajan desde edades muy cortas, los primeros lo hacen en mucho mayor medida, y las diferencias tienden a acentuarse con la edad.

GRÁFICA 2

PORCENTAJE DE HIJOS E HIJAS QUE TRABAJAN MÁS DE DIEZ HORAS A LA SEMANA



FUENTE: Elaboración propia a partir de la Encuesta Nacional de Empleo, México, 1997.

Quehaceres domésticos

La participación de los jóvenes en el trabajo doméstico ha sido un tema aún menos tratado en la bibliografía nacional, especialmente cuando se le compara con la vasta producción que existe sobre la división sexual del trabajo de los adultos. Aunque suele reconocerse la existencia del trabajo doméstico infantil y juvenil, se ha tendido a centrar la atención en las mujeres adultas, sobre todo las esposas y/o madres. Con contadas excepciones (por ejemplo, Sánchez, 1989), el trabajo doméstico infantil y juvenil suele tocarse en relación al trabajo de la madre, como un asunto colateral a la discusión de la división sexual del trabajo de las parejas maritales (véase, por ejemplo, Blanco, 1989), o bien, al buscar explicaciones sobre el rendimiento escolar o la participación laboral de niños y jóvenes.

En la bibliografía anglosajona el estudio del tema ha merecido atención por sí mismo y es más abundante (véase, por ejemplo, Brody y Steelman, 1985; Benin y Edwards, 1990; McHale y cols., 1990; Spitze y Ward, 1995; White y Brinkerhoff, 1981; Morris, 1990). Dentro de ella se pueden reconocer dos tendencias explicativas principales, no excluyentes entre sí del trabajo doméstico infantil y juvenil. Por un lado, desde el punto de vista de la socialización, el trabajo del hogar se considera como una parte natural de la educación sobre todo de las niñas, y es visto como una preparación para la futura vida adulta, el matrimonio y la paternidad/maternidad (UNICEF, 2000), de manera que los padres asignan tareas domésticas a sus hijos como un experiencia socializadora, de aprendizaje y promotora de la responsabilidad. Es, quizás, debido a esa visión de *naturalidad* que, como se ha argumentado reiteradamente para el caso de las mujeres adultas, el trabajo que realizan los jóvenes en el ámbito doméstico ha permanecido también invisible y su estudio ha ameritado poca atención en México.

La segunda tendencia propone que el trabajo doméstico de los hijos es utilizado cuando existen condiciones que dificultan a los adultos la realización de las tareas del hogar, como puede ocurrir en los hogares donde la madre participa en el mercado laboral, o bien que producen una fuerte demanda de trabajo doméstico, en cuyo caso están los hogares de gran tamaño, o donde hay niños pequeños, ancianos o enfermos que demandan cuidados especiales, entre otros.

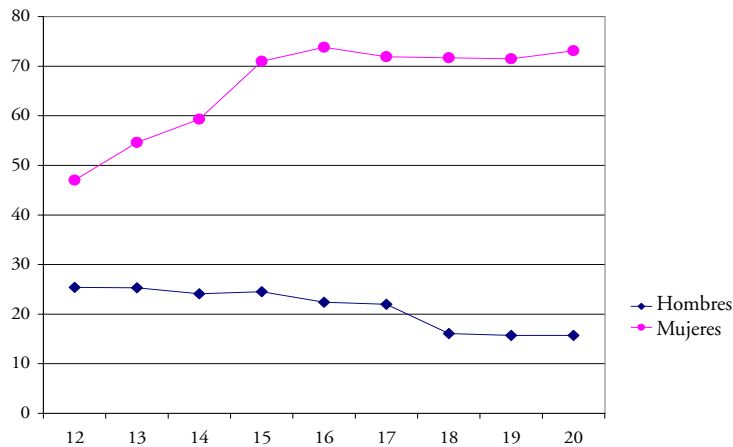
Sea cual sea la explicación, la participación infantil y juvenil en los quehaceres del hogar es considerada como una actividad marginal, tanto para los propios niños y jóvenes que los realizan como en relación a lo que su contribución en dichas tareas representa para los hogares. Esa participación se plantea en términos de ayuda, generalmente a una mujer adulta, a quien se considera responsable de esas labores, mas no como una actividad que consuma con frecuencia una parte importante del tiempo y los esfuerzos de los niños y jóvenes que las realizan.

Ante la creciente incursión de las mujeres de todas las edades, especialmente de las más jóvenes, en terrenos otrora vistos como masculinos, como la escuela y el mercado laboral, sería de esperar, a cambio, una creciente participación de los hombres en los espacios considerados como

femeninos, en especial el de las tareas domésticas, y un mayor equilibrio en la distribución de éstas. Sin embargo, la gráfica 3 muestra las enormes diferencias que existen en la participación de los hijos de cada sexo en las tareas del hogar. En todas las edades, entre los doce y los veinte años, no sólo las hijas las realizan en mucho mayor medida que los hijos, sino que las diferencias por sexo tienden a ampliarse como resultado de las tendencias opuestas en la participación de unos y otras al avanzar la edad. Ya a los doce años, cerca de la mitad de las niñas dedican más de diez horas semanales a los quehaceres domésticos. La fracción que lo hace aumenta aún más en las edades siguientes, de manera que a partir de los quince años entre 71 y 74% de las hijas realizan tareas del hogar. Entre los hombres, en cambio, el involucramiento en lo doméstico no sólo es mucho menor, sino que tiende a disminuir con la edad. Entre los doce y los quince años, una cuarta parte de los varones realizan tareas del hogar, disminuyendo su participación a 22% a los dieciséis y diecisiete años, y a alrededor de 16% entre los dieciocho y los veinte años de edad.

GRÁFICA 3

PORCENTAJE DE LOS HIJOS E HIJAS QUE REALIZAN QUEHACERES DOMÉSTICOS



FUENTE: Elaboración propia a partir de la Encuesta Nacional de Empleo, México, 1997.

Los resultados anteriores se suman a las evidencias que, con referencia a la división del trabajo entre parejas conyugales, muestran que a pesar de las

expectativas creadas por la creciente toma de conciencia pública en torno a la igualdad de género y la creciente participación femenina en actividades extradomésticas, el trabajo del hogar sigue recayendo sobre todo en las mujeres (Baxter, 2000; García, 1999; Oliveira, 1999b). Si consideramos que en nuestro estudio se trata de jóvenes que han crecido en una época en la que se pugna por la equidad de género, y en la que las mujeres han tenido un creciente acceso al mundo de la escuela y del trabajo, resulta inquietante constatar que en el plano de lo doméstico se siguen reproduciendo los viejos esquemas en los que, si bien los hombres participan en las tareas del hogar, lo hacen mucho menos que las mujeres.

Conjugación de actividades

En el apartado anterior se vio el distinto nivel de participación de los jóvenes de cada sexo en cada una de las tres actividades, tomándolas por separado. Sin embargo, los individuos suelen moverse a lo largo de su vida en diferentes esferas de actividad, tanto en forma secuencial como simultánea, de manera que una misma persona puede pasar sucesivamente por dichas esferas, entrando y saliendo de ellas en distintos momentos de su vida, pero también puede realizar al mismo tiempo actividades pertenecientes a más de una de ellas, con la respectiva multiplicación de roles, responsabilidades, esfuerzos y, con frecuencia, de conflictos para conciliar y coordinar las distintas actividades. De ahí que, para tener un panorama más completo y contar con mayores elementos para tratar de entender la diferente participación de los y las jóvenes en las distintas actividades, sea necesario analizarlas en forma conjunta,¹⁴ lo cual hacemos en este apartado, para abordar más adelante la carga de trabajo que ello representa en términos de tiempo.

Entre los enfoques teóricos que han tratado de explicar la división del trabajo doméstico entre cónyuges, dos en especial resultan pertinentes para el caso de los jóvenes: el de la disponibilidad de tiempo y el de la

¹⁴ En esa línea, García, Blanco y Pacheco (1999) apuntan la necesidad de analizar en forma conjunta los trabajos productivos y reproductivos al estudiar la fuerza de trabajo femenina desde una perspectiva de género.

ideología de los roles de género (Benin y Edwards, 1990).¹⁵ El primero plantea que cada miembro del hogar participa en las tareas domésticas en razón del tiempo que tiene disponible para ello, mientras que el segundo ve la división sexual del trabajo como resultado del proceso de socialización, incluyendo tanto lo relativo al moldeo e inculcación de ideas acerca de lo que se consideran actividades propias de cada sexo, como a la creación de habilidades durante los años formativos para realizar ciertas tareas, en particular las referidas al trabajo del hogar (Benin y Edwards, 1990). Desde el segundo enfoque, la construcción de roles de género se realiza mediante la asunción de las características y conductas de una figura de identificación o modelo de rol, usualmente el progenitor del mismo sexo (McHale y cols., 1990), o de la asignación de tareas diferentes a los niños y jóvenes de uno u otro sexo y el desarrollo de actitudes y habilidades que la realización de tareas segmentadas produce (Spitze y Ward, 1995).

La información de que disponemos no permite conocer la medida en que las actividades que realizan los jóvenes de uno u otro sexo están condicionadas por su disponibilidad de tiempo, u obedecen a un aprendizaje e imitación de modelos de roles inculcados, o a necesidades sentidas en los hogares o, incluso, a elecciones de tipo personal. Lo que sí podemos constatar es la medida en que unos y otras participan en las tres actividades vistas en conjunto, y las diferencias por sexo que en ello existen, como un posible indicador de la magnitud en que los tradicionales roles de género y las desigualdades a ellos asociadas se reproducen durante la etapa juvenil. Para ello seguimos los mismos criterios utilizados antes, considerando que el o la joven participa en una cierta actividad cuando la semana anterior dedicó a ella más de diez horas, y centrando el

¹⁵ Otras perspectivas, no necesariamente desvinculadas con éstas, ponen el énfasis en la distribución de poder entre los esposos y en la dependencia económica. La primera de ellas ve el trabajo doméstico como parte de las prácticas de dominio/sumisión entre las parejas, mientras que la segunda supone que si uno de los miembros de la pareja provee los recursos económicos, resulta natural que el otro miembro, que depende económicamente del primero, realice el trabajo doméstico (véase Baxter, 2000; Benin y Edwards, 1990; Spitze y Ward, 1995).

análisis en los hijos del/la jefe del hogar que no han formado una familia de procreación propia.

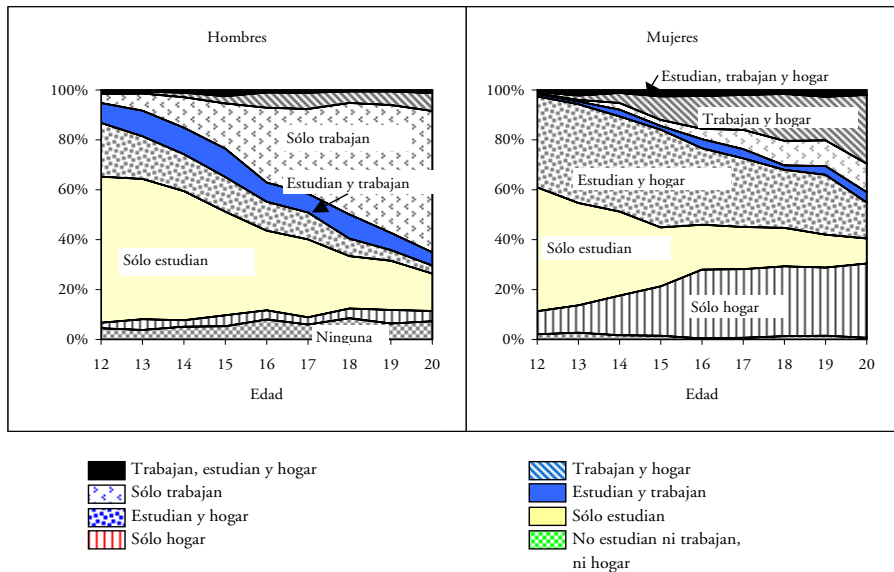
Tomando como base las tres actividades, existen ocho posibles combinaciones de participación o no participación en ellas: *a)* los que no realizan ninguna de ellas, o dedican a cada una diez horas o menos a la semana; *b)* los que llevan a cabo tareas del hogar por más de diez horas semanales y no estudian ni trabajan o lo hacen diez horas o menos; *c)* los que estudian más de diez horas a la semana y no trabajan ni se ocupan de lo doméstico por ese tiempo; *d)* los que estudian más de diez horas, dedican también más de diez horas al hogar y menos de ese tiempo al trabajo; *e)* los que estudian y trabajan más de diez horas en cada caso y emplean menos tiempo en lo doméstico; *f)* los que trabajan más de diez horas y dedican menos tiempo al estudio y al hogar; *g)* los que dedican más de diez horas al trabajo y al hogar y estudian menos de ese tiempo; y finalmente, *h)* los que dedican más de diez horas a cada una de las tres actividades. Para facilitar la exposición haremos referencia a las categorías anteriores como ninguna actividad, sólo hogar, sólo estudian, estudian y hogar, estudian y trabajan, sólo trabajan, trabajan y hogar, y estudian, trabajan y hogar, respectivamente, manteniendo ese orden de abajo hacia arriba en las gráficas correspondientes.

Aun cuando, como antes se vio, la permanencia de hombres y mujeres en el rol de estudiante es similar, encierra tras de sí condiciones muy distintas para unos y otras. Si bien en ambos casos destaca la elevada proporción de jóvenes que, además de estudiar, realizan otra actividad, ésta es mayor entre las mujeres, para quienes el rol de estudiante se acompaña crecientemente de actividades adicionales (véase gráfica 4). El estudio es la única actividad de dos tercios de los varones de doce a catorce años y de 57-64% de los de quince a veinte años.¹⁶ Entre las hijas, la dedicación exclusiva al estudio en una medida análoga a la de aquéllos es privilegio sólo de las estudiantes de doce años (58%). Conforme aumenta la edad, la actividad estudiantil femenina es ejercida cada vez más junto a otras actividades, de manera que a los trece años ya me-

¹⁶ De acuerdo con los criterios empleados, también pueden trabajar o realizar quehaceres domésticos, pero de manera marginal, durante diez o menos horas a la semana.

GRÁFICA 4

PARTICIPACIÓN DE LOS HIJOS EN EL ESTUDIO, EL TRABAJO Y LOS QUEHACERES DEL HOGAR



FUENTE: Elaboración a partir de la Encuesta Nacional de Empleo, México, 1997.

nos de la mitad de las estudiantes se dedican por entero a estudiar y, a partir de los quince años, apenas dos de cada cinco permanecen ajenas a las responsabilidades domésticas y laborales.

Pero además, mientras que cerca de uno de cada cinco hijos estudiantes menores de diecinueve años y uno de cada diez de los mayores de esa edad combinan el estudio con las tareas del hogar, estas últimas son realizadas por cerca de la mitad de las estudiantes de todas las edades. En cambio, los hijos tienden a combinar más el estudio y el trabajo que las hijas, de manera que uno de cada siete estudiantes varones menores de dieciocho años y poco más de uno de cada cinco de los de mayor edad, también trabajan, haciendo lo mismo menos de una de cada once mujeres estudiantes menores de veinte años, y una de cada seis de esta última edad.

Lo anterior se refleja claramente en la gráfica, en donde se hace evidente la gran diferencia entre la proporción del total de jóvenes de cada sexo que a cada edad sólo estudian y, aunque en mucho menor medida, de los que estudian y trabajan, siempre a favor de los hombres, así como

la forma en que esto es compensado por las mayores fracciones de hijas que estudian y llevan a cabo tareas domésticas. Ello parece indicar que la permanencia femenina en la escuela se logra en buena medida sobre la base no sólo de una duplicidad de tareas y responsabilidades mucho más acentuada que en el caso masculino, sino también con tareas adicionales cualitativamente distintas, con un fuerte predominio de las de tipo doméstico en todas las edades, y con una fracción muy pequeña que estudia y trabaja, la cual llega a lo sumo a 6% de las hijas de veinte años. Si bien una parte considerable de los estudiantes varones realiza también tareas del hogar, éstos forman una franja decreciente con la edad que, de incluir a cerca de la quinta parte del total de hijos de doce-trece años, comprende a menos de 3% de los mayores de dieciocho años, mientras que los que estudian y trabajan representan 7-11% de los varones de las distintas edades.

Pero aún más notable y preocupante resulta la elevada fracción de mujeres que desde temprana edad tienen lo doméstico como su único campo de acción, así como su incremento sustancial conforme la edad avanza. Ya desde los doce años, la actividad de una de cada diez niñas se circunscribe al trabajo del hogar, y esta situación aumenta gradualmente hasta los dieciséis años, edad desde la cual cerca de 28% de las hijas se dedican exclusivamente al hogar, lo cual es significativo si se recuerda que estas mujeres aún no forman una familia de procreación propia. En cambio, los hijos dedicados sólo al hogar representan siempre, en todas las edades, menos de 5%. Si bien su baja dedicación exclusiva al hogar pudiera asociarse con su participación en alguna de las otras actividades, destaca la existencia de una parte de los hijos que no realiza ninguna de las tres actividades, al menos no por el tiempo tomado como criterio. En esa relativa inactividad llega a estar 4-5% de los hijos menores de dieciséis años y 6-9% de los de mayor edad,¹⁷ en contraste con menos de 3% de las hijas de las distintas edades.

¹⁷ Conviene aclarar que la inclusión en esta categoría no significa una ausencia total de las tres actividades. De los hijos de dieciséis años y más catalogados como inactivos, 47% realiza una o más de ellas, pero durante un tiempo no mayor a diez horas semanales cada una. Asimismo, 10% dicen estudiar aunque no lo hayan hecho la semana

Como contraparte de la mucho mayor participación de las hijas en los quehaceres domésticos, los hijos no sólo participan mucho más que ellas en la actividad laboral, sino que tienden a tener más que ellas al trabajo como su única actividad desde edades tempranas. Como ya se vio, un nada despreciable 13% de los niños de doce años trabaja, una cuarta parte de los cuales se dedica nada más a ello, es decir, casi 4% del total de niños de esa edad. Junto al creciente porcentaje de hijos que trabajan al aumentar la edad, también crece la parte que se dedica sólo a trabajar: cerca de la mitad de los trabajadores de 14-15 años —esto es, 12 y 18% del total de adolescentes de esas edades— y más de dos tercios de los de 16-17 años —29 y 34% de los respectivos totales. Tal vez ligado a la llegada a la edad legalmente establecida para la incorporación plena al trabajo, éste se convierte en la única actividad de más de tres de cada cuatro trabajadores a partir de los dieciocho años, de manera que 44% del total de los hijos de dieciocho años, y más de la mitad de los de mayor edad, sólo trabajan. A su vez, entre los que combinan el trabajo con otra actividad, ésta es básicamente el estudio, aunque de manera decreciente con la edad, formando, como antes se vio, una franja de 7-11% de los hijos de las distintas edades. Si bien la fracción que trabaja y realiza labores domésticas tiende a ser menor, es notable que, de los dieciséis años en adelante, exista una franja de alrededor de 6% del total de los varones que a la actividad laboral le suma el trabajo doméstico.

A diferencia de los hijos, la participación laboral de las hijas no conlleva la exención del trabajo doméstico, al menos no en la misma medida que entre aquéllos. A la menor participación laboral femenina, en todas las edades, se añade el hecho de que una fracción muy importante de las que trabajan (de cerca de la tercera parte en las menores de quince años hasta 60% de las trabajadoras de edades superiores), dedican parte de su tiempo al hogar. No obstante, como se aprecia en la gráfica, el incremento de trabajadoras al avanzar la edad se debe tanto al aumento de las que trabajan

previa, y 11% dicen trabajar pero por alguna razón no lo hicieron la semana anterior, ya sea por algún impedimento (descanso obligado sin sueldo, falta de dinero o de clientes para realizar la actividad, descompostura de los instrumentos de trabajo, terminación de la temporada de trabajo o mal tiempo para hacerlo, enfermedad), o bien, aunque en mucho menor medida, por vacaciones o permisos.

y se ocupan del hogar como de las que sólo trabajan. Si bien a los quince años apenas 8% de las hijas trabajan y llevan a cabo labores del hogar, y menos de 3% se dedica sólo a trabajar, a los veinte años más de una quinta parte tiene ya la doble carga de lo laboral y lo doméstico y 14% se dedica sólo a trabajar. Por lo que hace a la tercera combinación que involucra al trabajo (la de las que estudian y trabajan), ya antes se vio que forman una fracción pequeña y más o menos estable a través de la edad, que llega a lo sumo a seis por ciento.

Finalmente, existe una reducida porción de jóvenes, hombres y mujeres, que desarrolla de manera simultánea las tres actividades, con la consiguiente carga de trabajo y de tiempo que ello representa. Sin embargo, y aun cuando la fracción de mujeres en esta situación es mayor a la de los hombres, aún entre ellas la proporción se ubica por debajo de tres por ciento.

Conjugación de actividades y actividad económica del hogar

Hasta aquí se ha considerado a los jóvenes como un conjunto poblacional diferenciado sólo por la edad y el sexo. Sin embargo, los jóvenes del país constituyen un grupo heterogéneo formado por individuos que, si bien comparten la pertenencia a un grupo de edad, tienen distintas condiciones y experiencias de vida, y diferentes posibilidades de desarrollo personal. Las características del entorno socioeconómico y cultural en que se desenvuelve la vida de los jóvenes, definidas en buena parte por la posición que el hogar de pertenencia guarda dentro de la estructura social, así como por las propias características de estructura, funcionamiento y organización interna del hogar, son factores que condicionan el campo de oportunidades para los jóvenes y las posibilidades de aprovecharlas, así como sus situaciones de vida cotidiana, posibilitando, limitando o haciendo necesaria su participación en las distintas esferas de actividad.

Es así que la participación en las actividades analizadas puede variar entre jóvenes pertenecientes a distintos sectores sociales. Más aún, esa participación puede incluso variar en el interior de cada sector, dependiendo tanto de las condiciones y características específicas de los hogares como de las de los propios jóvenes, una de las cuales es el sexo de los mismos.

Tomando la actividad económica desarrollada en los hogares como un indicador de la posición social, en este apartado se analiza el nivel de participación de los jóvenes pertenecientes a distintos sectores sociales y la diferenciación por sexo que existe dentro de cada sector.

Aparte de ser la fuente a partir de la cual se generan el ingreso y los recursos materiales de la mayoría de los hogares mexicanos, condicionando con ello el campo de oportunidades de los jóvenes y sus posibilidades materiales de acceder a ellas, la actividad económica del hogar puede jugar también un papel importante en la definición de las actividades que realizan, a través de su influencia sobre las formas de organización interna de los hogares y sobre la distribución de tareas y responsabilidades entre sus miembros, posibilitando o limitando la permanencia en la escuela de algunos, haciendo necesaria para otros la participación laboral y/o la generación de ingresos, así como la colaboración en las tareas del hogar. Su influencia sobre la actividad juvenil puede darse también a través de los efectos que las diferentes actividades económicas pueden tener en la creación de estímulos, capital cultural, actitudes, aspiraciones y percepciones sobre diversos aspectos de la vida —incluyendo el referente a los roles a desempeñar por hombres y mujeres—, así como por el establecimiento de relaciones sociales que en un momento dado pueden facilitar el acceso a algunas actividades y definir las condiciones en que éstas se realizan.

En este apartado se analiza la participación de los jóvenes en las tres actividades de acuerdo con la actividad económica desarrollada en los hogares a los que pertenecen. Para ello se ha agrupado a los jóvenes en cuatro categorías:¹⁸ los pertenecientes a hogares dedicados a actividades

¹⁸ Dada la frecuente existencia de hogares en los que varias personas trabajan y dado que sus ocupaciones no son homogéneas, se adoptaron los siguientes criterios para clasificar los hogares dentro de alguno de los grupos de actividad mencionados. En los casos en que un solo miembro del hogar trabaja, generalmente el/la jefe/a del hogar, se tomó la ocupación de éste/a. Cuando existen dos o más trabajadores, y no todos se dedican a la misma ocupación, se tomó la más frecuente. Si cada uno tiene una ocupación distinta, se tomó la del jefe/a del hogar y si éste/a no trabaja, se considera la de su cónyuge; a falta de ésta, la del adulto mayor de 25 años que tiene el mayor ingreso. En ningún caso se toma en cuenta la ocupación de los propios jóvenes, sean o no hijos del jefe/a, ni la de las personas que viven en el hogar en calidad de trabajadores domésticos. Del total de jóvenes de 12-20 años, 32% viven en hogares dedicados a la agricultura,

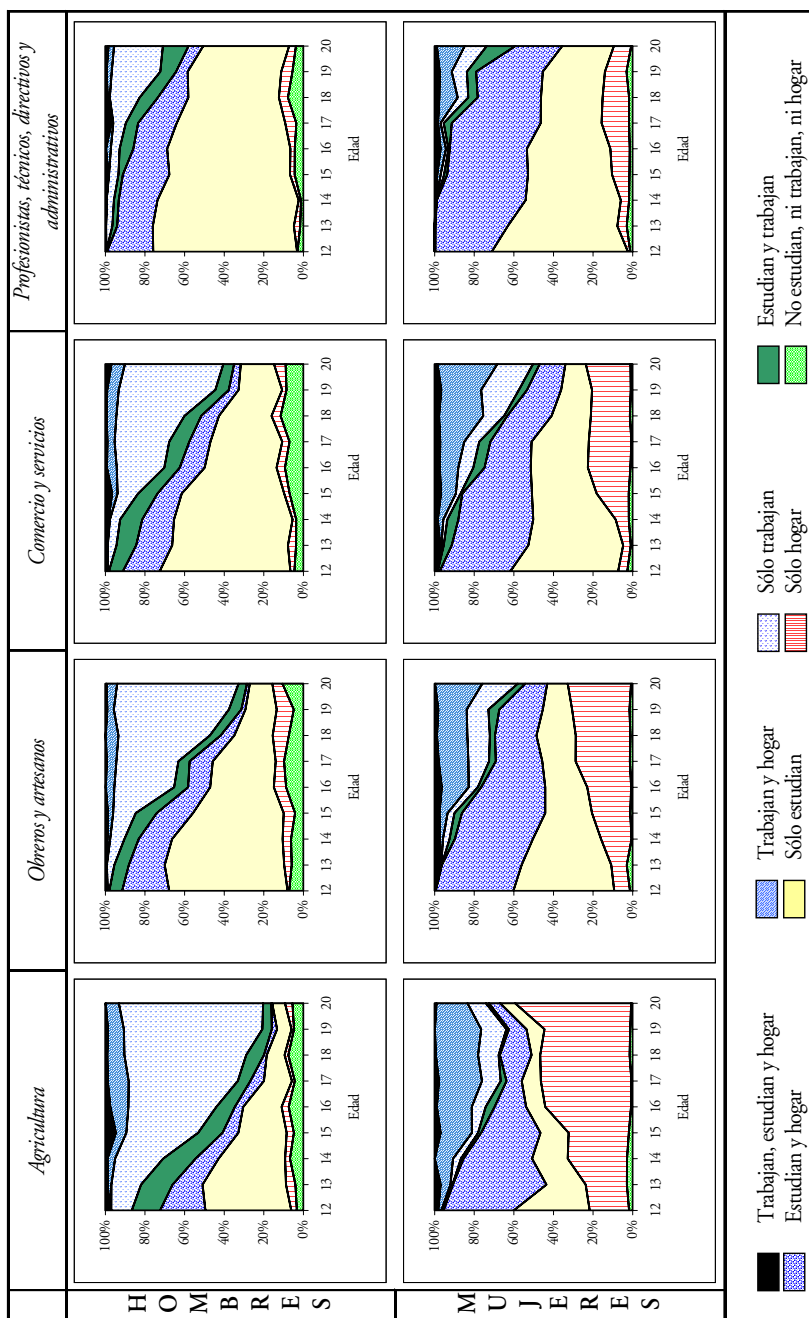
agrícolas y agropecuarias; los que viven en hogares que se ocupan del comercio o la prestación de servicios; los de hogares de obreros y trabajadores de la industria; y los que viven en hogares de profesionistas, técnicos, directivos o personal en labores administrativas.

La participación de los jóvenes en los tres campos de actividad analizados varía notablemente según el tipo de actividad económica del hogar. En términos generales, al considerar al conjunto de jóvenes de 12 a 20 años, se tiene que el rol de estudiante es desempeñado de manera creciente y durante un tiempo más prolongado al pasar de una categoría ocupacional a la siguiente, siendo los jóvenes de los hogares agrícolas los que lo desempeñan en menor medida. Las diferencias son de gran magnitud: mientras 84 de cada cien hijos e hijas de doce a veinte años de hogares de profesionistas, directivos, técnicos o administrativos estudian, solo 66% de los hijos y 68% de las hijas en los hogares de comerciantes son estudiantes, 63 y 67% en los obreros, y apenas 47 y 45% en los agrícolas. Por su lado, la participación laboral masculina, siempre mayor que la femenina, alcanza niveles muy distintos en los cuatro grupos de hogares, siendo más alta en los agrícolas, mientras que la femenina es similar entre los grupos, salvo en los de profesionistas. En el sector agrícola, 58 y 22% de los y las hijas trabajan, frente a 34 y 22% en el de comerciantes, 35 y 19% en el de obreros y apenas 18 y 12% en el de profesionistas. En cambio, la participación masculina en las tareas del hogar es similar en los distintos grupos ocupacionales y muy inferior a la de las mujeres, pero entre ellas hay variaciones de un grupo a otro: 75% de las hijas y apenas 19% de los hijos campesinos hacen trabajo doméstico, 61 y 22% en los hogares obreros, 55 y 20% en los de comerciantes y 49 y 22% en los de profesionistas.

Además, como se puede observar en la gráfica 5, en el interior de cada grupo ocupacional, hombres y mujeres combinan de manera diferente las tres actividades, y existen variaciones con la edad. Aun cuando

25% en hogares obreros, 26% en hogares dedicados al comercio y los servicios, y 17% en hogares de profesionistas, técnicos, directivos y personal administrativo, con porcentajes muy similares entre hombres y mujeres. Para facilitar la exposición, en lo sucesivo, al hacer referencia a cada grupo ocupacional, se empleará únicamente la primera ocupación que lo identifica.

GRÁFICA 5
 PARTICIPACIÓN DE LOS HIJOS DE CADA EDAD EN LA ESCUELA, EL TRABAJO Y LAS TAREAS DEL HOGAR,
 SEGÚN SEXO Y ACTIVIDAD ECONÓMICA PRINCIPAL DEL HOGAR



esa diferenciación por sexo está presente en los cuatro grupos ocupacionales, se acentúa en los hogares agrícolas, que se perfilan como aquellos en los que la segmentación de roles de género entre los jóvenes es más marcada.

Dentro de los hogares agrícolas destaca, en particular, la generalizada y temprana participación de las hijas en el trabajo doméstico y, sobre todo, la elevada fracción de hijas para quienes éste es la única actividad. No es sólo que 60% de las niñas de doce años y una fracción que se eleva a 73-83% de las mayores de esa edad realicen tareas del hogar, sino que a los doce y trece años, una quinta parte de las niñas se dedica exclusivamente a ello, así como un tercio de las de catorce y quince años. De los dieciséis a los diecinueve años, son ya casi la mitad (alrededor de 45%) las jóvenes campesinas que tienen al hogar como único ámbito de acción, y la fracción se eleva a 59% a los veinte años. Vale la pena recordar que se trata de hijas del jefe del hogar, todavía solteras y sin hijos.

De igual importancia resulta la elevada participación de los varones campesinos en la actividad laboral. Ésta se inicia a edades muy cortas, al grado de que poco más de la cuarta parte de los niños de doce años trabaja más de diez horas semanales, ya sea de manera exclusiva o en combinación con otras actividades. A los catorce años, cerca de la mitad de los niños (46%) ya trabaja, así como 65% a los dieciséis años y más de 80% a partir de los dieciocho años. Más aún, como sucede con las mujeres respecto al trabajo doméstico, una gran parte de los hijos se dedica sólo a trabajar; así ocurre con uno de cada diez niños campesinos de doce años, uno de cada seis a los trece años, uno de cada cuatro a los catorce años, cerca de la mitad a los quince y dieciséis años, tres quintas partes a los dieciocho y más de 70% después de esta edad.

Lo anterior deja entrever, por un lado, la abismal lejanía de los jóvenes de hogares agrícolas de lo que idealmente se supone es el rol principal durante los años juveniles, con la consiguiente cancelación de posibilidades de desarrollo personal que el prematuro abandono escolar puede implicar. Pero muestra también, por el otro, la persistencia en esos hogares de una marcada segmentación de las actividades que hijos e hijas realizan, y la canalización de éstos, desde muy corta edad, hacia lo que tradicionalmente se ha visto como propio de cada sexo. En todo ello seguramente

influyen las precarias condiciones de vida que aún persisten en el campo mexicano. Entre otras, las vinculadas con la insuficiencia de servicios educativos y/o de recursos en los hogares para mantener a los hijos en la escuela o afrontar el costo de oportunidad que ello representa ante la necesidad de su incorporación como generadores de ingreso o proveedores de servicios en el hogar. No obstante, ello no explica el uso diferenciado por sexo de la fuerza de trabajo juvenil; es posible que en esto intervengan tanto las características de la actividad agrícola desarrollada¹⁹ como el arraigo de factores culturales que asignan papeles diferentes a hombres y mujeres, contribuyendo a que, dentro de las precarias condiciones de estos hogares, los hijos de cada sexo desempeñen tareas distintas, incluso los que tienen la oportunidad de estudiar.

El papel de estudiante termina muy pronto para gran parte de los jóvenes campesinos que se incorporan desde muy corta edad, como ya se vio, al ejercicio de otras actividades. Hasta los diecisiete años, los hijos permanecen más en la escuela que las hijas de su misma edad; la relación se invierte después y la escasa fracción de mujeres que siguen estudiando es levemente mayor a la de los hombres.²⁰ Pero además, la dedicación exclusiva al estudio es menos común entre los estudiantes campesinos que entre los pertenecientes a hogares con otras ocupaciones, sobre todo entre las mujeres. En todas las edades, alrededor de la mitad de los estudiantes varones de hogares agrícolas se dedica exclusivamente a estudiar, siendo ello privilegio de una parte aún menor de las estudiantes, al grado de que, a los doce años, apenas 38 y 43% del total de niñas y niños se dedican sólo a estudiar, para disminuir a 18 y 33% a los catorce años, a 10 y 19% a los dieciséis, y a porcentajes aún menores después de esta edad.

A cambio, la mayoría de las estudiantes de hogares agrícolas tiene a su cargo tareas del hogar, de manera que entre 30 y 47% de las hijas de doce a quince años y menos de 16% de las mayores a esa edad realizan

¹⁹ Rendón (1999) señala la agricultura como una de las actividades económicas con mayor predominio masculino.

²⁰ El promedio de años de escuela aprobados por los hijos de 18 a 20 años que siguen estudiando es también un poco menor al de las mujeres de la misma edad: 10.1 y 10.6 años. Este fenómeno está presente también en los restantes grupos ocupacionales y se acentúa en los hogares obreros.

ambas actividades, y sólo una muy pequeña parte (2% en promedio) estudia y trabaja. En contraste, de los varones que estudian y llevan a cabo otras actividades, la mayoría combina estudio y trabajo, siendo sólo entre los de menor edad que una parte importante se ocupa del hogar. De los doce a los quince años, cerca de 15% del total de varones estudia y trabaja, y menos de 10% después de esa edad. A su vez, si bien 23% de los niños campesinos de doce años estudian y realizan tareas del hogar, la cifra baja rápidamente en las edades siguientes y ya apenas 8% lo hace a los quince años y menos de 3% de los dieciocho años en adelante.

Si bien la participación laboral masculina es siempre mayor que la femenina, la diferencia se acentúa en los hogares agrícolas, en donde por cada mujer de 12-20 años que trabaja hay 2.6 hombres que lo hacen. Como se vio, la mayoría de los jóvenes trabajadores se dedica sólo a trabajar y otra fracción estudia y trabaja, en tanto que la conjunción trabajo-labores del hogar se produce a lo sumo en 9% de los hijos de dieciséis a dieciocho años. La participación laboral femenina se produce más tarde y reviste características distintas. Menos de 5% de las niñas trabaja a los doce años, a los catorce años lo hace ya 15% y 30-37% de los dieciséis a los diecinueve años, bajando a 27% la fracción que lo hace a los veinte años.²¹ A diferencia de los varones, tres quintas partes de las trabajadoras de todas las edades se ocupan también del hogar, de manera que, desde los quince años, entre 16 y 23% del total de hijas juegan ese doble papel; en cambio, es muy pequeña la fracción que estudia y trabaja (menos de 5%), en tanto que la dedicación exclusiva al trabajo de las hijas sólo es relevante a partir de los diecisiete años, con una proporción de la décima parte.

A su vez, la participación doméstica masculina en los hogares agrícolas es mucho menor que la femenina y claramente decreciente con la edad. Si bien hasta los diecisiete años 20-28% de los jóvenes llevan a cabo tareas del hogar, menos de 13% lo hace posteriormente. La mayor parte de los que realizan estas tareas hasta los quince años son estudian-

²¹ Es posible que, dadas las precarias condiciones de los hogares agrícolas y de su entorno, las jóvenes de esta edad con posibilidad o necesidad de trabajar hayan dejado ya el hogar paterno, y se queden en éste principalmente las jóvenes dedicadas sólo al hogar, como lo sugiere la alta proporción de 59 por ciento.

tes y trabajadores después de esa edad, y es menor a 5% la fracción que a todas las edades se dedica únicamente al hogar.

Al igual que en el resto de los hogares, la fracción de jóvenes que realizan simultáneamente las tres actividades es muy pequeña: representa menos de 3% de los hijos e hijas de todas las edades. De mayor relevancia resulta la existencia de una parte de jóvenes campesinos que en el momento de la encuesta no estudiaban ni trabajaban ni se ocupaban del hogar en la medida de tiempo fijada para este estudio; llegó a estar en esta situación 7-8% de los varones de catorce, dieciséis y dieciocho años y 5% o menos en las edades restantes.²² Las edades en las que se registra la mayor inactividad masculina sugieren la posibilidad de que ésta se asocie en alguna medida a la conclusión de algún nivel escolar (primaria, secundaria, etc.) y con el periodo que puede mediar en el tránsito al nivel educativo siguiente o a la inserción laboral, pudiéndose tratar de una situación transitoria para una parte de los inactivos.²³ Sin embargo, para las mujeres ese periodo de espera se manifiesta en menor medida, como sugiere el hecho de que las inactivas a ninguna edad constituyen más de 3%. Puede ser que al concluir un nivel educativo o al dejar de estudiar por completo, ellas continúen, y tal vez intensifiquen, las tareas domésticas que venían realizando desde antes.

Los y las jóvenes de hogares con otras ocupaciones participan también de manera distinta en las tres actividades, pero la segmentación

²² De los jóvenes considerados aquí como inactivos, sólo una parte lo es en sentido estricto (un promedio de 35% de los jóvenes inactivos de 12-20 años de hogares obreros, 37% de los de hogares agrícolas y de profesionistas, y 42% de los de comerciantes), ya que el resto realiza alguna(s) de las actividades durante diez horas semanales o menos.

²³ Al considerar otras preguntas de la misma encuesta, como las razones por las que los jóvenes no trabajaron la semana anterior y si se encuentran en busca de trabajo, se tiene que del total de varones inactivos de 12-20 años en hogares agrícolas, 18% se declara como estudiante, aunque no haya estudiado la semana anterior, 8% dice no haber trabajado por causas ajenas a él (se acabó el trabajo, mal tiempo, descompostura de instrumentos de trabajo, etc.) y 12% busca trabajo. El primer dato plantea la posibilidad de que se encuentren en un periodo de espera para seguir estudiando (ya sea por los distintos calendarios escolares entre niveles educativos, por dificultades para ingresar a ellos y/o por interrupciones temporales), mientras que el segundo puede ser indicio de la precariedad e inestabilidad del empleo juvenil y el tercero de las dificultades para encontrar trabajo.

por sexo es menos aguda. En los hogares obreros, los hijos permanecen como estudiantes en mucho mayor medida y hasta edades más avanzadas que en los hogares agrícolas, siendo las diferencias muy importantes a partir de los quince años, cuando la proporción de estudiantes obreros es más de cincuenta por ciento mayor a la de aquéllos, mientras que la cifra de hijas estudiantes de 17 a 19 años llega a duplicar a la de las jóvenes del campo. En los hogares obreros, hijos e hijas estudian en similar medida hasta los diecisiete años; después, ellas lo hacen más que ellos, con una diferencia promedio de catorce puntos porcentuales.

Pero además, las condiciones bajo las que los jóvenes de hogares obreros desempeñan el rol de estudiante son distintas a las de los estudiantes de hogares agrícolas, pese a lo cual, persisten las diferencias por sexo. En los hogares obreros es mayor la fracción de estudiantes de uno u otro sexo dedicados por completo al estudio, de manera que a todas las edades cerca de dos tercios de los estudiantes varones se dedican sólo a estudiar, a la vez que combinan el estudio y las tareas del hogar más que sus pares del campo, y menos el estudio con el trabajo. Si bien las estudiantes de hogares obreros se dedican sólo al estudio en mayor proporción que las de hogares agrícolas, persiste la diferencia con los varones. La condición estudiantil femenina se acompaña en gran medida con labores del hogar y muy poco con lo laboral, aunque en ambos casos la doble carga es menor que la de las estudiantes del campo. Sólo entre los doce y los trece años la mitad de las estudiantes obreras se dedican por entero a estudiar, y apenas dos de cada cinco de las mayores de esa edad gozan de ese privilegio. Visto en relación con el total de hijos e hijas de cada edad, se tiene que cerca de 59% de los niños y 44% de las niñas obreras menores de quince años son exclusivamente estudiantes, pero ya sólo lo son 37 y 21% de los y las de quince-diecisiete años y 15% de uno u otro sexo a partir de los dieciocho años. Paralelamente, 19% de los hijos y 40% de las hijas de doce a quince años estudian y hacen trabajo doméstico, al igual que un promedio de 7 y 22% de los mayores de quince años, en tanto que sólo cerca de 7% de los hijos y 3% de las hijas de las distintas edades estudian y trabajan simultáneamente.

Por su parte, la participación laboral de los jóvenes es mucho menor en los hogares obreros que en los agrícolas, siendo más de veinte

puntos menor el porcentaje de varones de los primeros hogares que trabajan, en promedio, y de cinco puntos, también en promedio, en el caso de las mujeres. Con ello, la brecha en la participación laboral de hijos e hijas es menor en los hogares obreros, aunque ellos trabajan más que ellas, en una relación promedio de 1.8 hombres por cada mujer que trabaja, subsistiendo además las diferencias en las condiciones en las que la actividad laboral de unos y otras se realiza. Siete de cada diez trabajadores varones de doce-trece años también estudian, así como dos de cada cinco de los de catorce-quince años, edad a la que una fracción igual se dedica ya sólo al trabajo. Éste se torna la única actividad de más de tres cuartas partes de los trabajadores de mayor edad, mientras que el resto se divide a partes casi iguales entre trabajadores-estudiantes y trabajadores con tareas domésticas. Así, en los hogares obreros, 11% de los hijos de quince años y un tercio de los de 16-17 años sólo trabajan, lo mismo que la mitad de los de dieciocho y 60% de los mayores de esa edad, al tiempo que los que estudian y trabajan forman una franja cercana a 7% en todas las edades, siendo sólo a partir de los dieciséis años que cerca de 5% trabajan y se ocupan del hogar.

En el grupo de trabajadoras de hogares obreros, la dedicación exclusiva al trabajo es aún menor y abarca a menos de dos quintas partes de las trabajadoras de las distintas edades. Del resto, la mayoría, sobre todo de los dieciséis años en adelante, combina el trabajo con las tareas del hogar y, en menor medida, con el estudio. Es así que hasta los dieciséis años, menos de 5% de las jóvenes obreras se dedican sólo a trabajar, elevándose la cifra a 11% de los diecisiete a los diecinueve años y a 18% a los veinte, al tiempo que menos de 4% de las menores de dieciséis años, alrededor de 15% de las de dieciséis a diecinueve años y 24% de las de veinte, trabajan y llevan a cabo tareas del hogar, siendo menor a 6% el porcentaje que estudia y trabaja en todas las edades.

El caso de las actividades domésticas es distinto. Los varones de hogares obreros participan en ellas un poco más que los de hogares agrícolas (cuatro puntos más en promedio); 22-28% de los hijos realizan trabajo doméstico hasta los dieciocho años, aunque después la fracción se reduce a cerca de 14%. Entre las hijas sucede lo contrario. Aun cuando a los doce años cerca de la mitad se ocupa ya del hogar y más de dos tercios

lo hace a partir de los quince años, su participación es menor que en los hogares agrícolas, sobre todo en las edades más tempranas. Pero además, de sesenta a ochenta por ciento de las menores de dieciséis años que se ocupan del hogar y un tercio en promedio de las de mayor edad también estudian. Otra fracción, importante sobre todo desde los quince años, conjuga lo doméstico y lo laboral, y es hasta los diecisiete años que más de dos quintas partes de las que hacen trabajo doméstico se dedican sólo a él, de manera que, sin dejar de ser muy alta, la dedicación exclusiva al hogar es mucho menor que en el ámbito agrícola (8% del total de niñas de doce-trece años, menos de la cuarta parte de las de catorce-dieciséis y 27-32% de las de diecisiete a veinte años). De los varones que hacen tareas del hogar, la mayoría de los menores de dieciocho años las combina con el estudio, y con lo laboral después de esa edad; es digno de notarse que a los dieciocho y diecinueve años, 8% se dedican exclusivamente al hogar.

La condición de inactividad en los hogares obreros es vivida por alrededor de uno por ciento de las hijas, pero es en cambio una situación común a por lo menos 4% de los varones de todas las edades y llega a afectar a 9-11% de los hijos de dieciséis, diecisiete y veinte años. Si bien esta situación es ligeramente más acentuada que en los hogares agrícolas, resulta menor que en los hogares dedicados al comercio o los servicios, especialmente desde los quince años, cuando de 7 a 12% de los hombres de estos últimos hogares no estudian ni trabajan ni hacen quehaceres del hogar,²⁴ mientras que la inactividad femenina es escasa, menos de 2% en todas las edades.

La permanencia en condición de estudiante es también un poco mayor en los hogares dedicados al comercio y los servicios que en los hogares obreros, sobre todo entre los hombres mayores de quince años, cuando los varones de aquéllos estudian de 7 a 13 puntos porcentuales más que los obreros. Si bien las diferencias entre las mujeres de cada

²⁴ Al igual que lo señalado antes para los hogares campesinos, 31% de los varones inactivos de hogares obreros declaran estudiar y 11% trabajar, aunque no lo hayan hecho la semana anterior, y 17% está en busca de un trabajo. Las respectivas cifras para los inactivos de hogares de comerciantes son 21, 4 y 19 por ciento.

tipo de hogar son menores, en los dedicados al comercio, hijos e hijas estudian en similar medida hasta los dieciocho años, después de lo cual nuevamente ellas lo hacen más que ellos, aunque con diferencias menores que en los hogares obreros. Pero además, la dedicación exclusiva al estudio es mayor en los hogares de comerciantes: están en esta situación cerca de la mitad de las estudiantes menores de dieciocho años y alrededor de cuarenta por ciento de las de mayor edad, para disminuir a cambio el peso relativo de las que combinan estudio y tareas del hogar. Entre los varones, en tanto, se observa que, al igual que en los hogares obreros, cerca de dos tercios de los jóvenes se dedican sólo a estudiar, mientras que la combinación estudio-trabajo es más frecuente hasta los diecisiete años, y menor la de estudio-tareas del hogar, para invertirse la situación después de esa edad. Con ello, y sin dejar de ser muy grandes, las diferencias entre hijos e hijas dedicados sólo al estudio o que combinan estudio-tareas del hogar disminuyen en los hogares de comerciantes, aunque crece levemente la de los que estudian y trabajan respecto a los tipos de hogares antes vistos.

Hasta los quince años, la participación laboral de los varones de hogares dedicados al comercio y los servicios es similar a la de sus pares de hogares obreros. No obstante, después de esa edad los primeros trabajan con menos frecuencia que los segundos, y a los dieciocho años existe una diferencia de diez puntos en el porcentaje de trabajadores de ambos tipos de hogares. A ello se suma el hecho de que la dedicación exclusiva al trabajo es menor en los hogares de comerciantes, siendo hasta los veinte años cuando la mitad de los hijos detenta ya sólo el rol de trabajador, mientras que eso sucede a los dieciocho años en los hogares obreros y a los dieciséis en los agrícolas. A cambio, los trabajadores de hogares de comerciantes son un poco más propensos a combinar trabajo y estudio, formando una franja de alrededor de 9-11% del total de hijos de 13 a 18 años, que disminuye posteriormente a 6%, al tiempo que la parte que trabaja y se ocupa del hogar aumenta de menos de 3% antes de los dieciséis años, a 5-9% a partir de esa edad.

Entre las mujeres, en cambio, la participación laboral es mayor en los hogares de comerciantes que en los obreros, sobre todo a partir de los dieciocho años, cuando las primeras trabajan de seis a catorce puntos por-

centuales más que las segundas. Aún así, la fracción de hijas de quince años y más que trabajan es más de doce puntos porcentuales menor que la de los hijos. Ellas también combinan más el trabajo y el estudio que las de hogares obreros, aunque la parte que lo hace es siempre menor a 6%. A diferencia de los hombres, la mayor parte de las trabajadoras combina trabajo y hogar, especialmente desde los quince años cuando 8% realiza ambas tareas, subiendo la cifra a 12% a los diecisiete años, a más de 20% a los dieciocho y a 30% a los veinte, en tanto que hasta los quince años una parte muy pequeña (menos de 2%) se dedica sólo a trabajar, pero a los dieciséis años lo hace ya 8%, 11% a los dieciocho y 19% a los diecinueve y veinte años.

Aun cuando se mantiene como una constante la elevada participación femenina en las labores domésticas, ésta es menos frecuente entre las hijas de hogares de comerciantes que en los obreros, sobre todo de los catorce a los diecisiete años, edades en las que aquéllas se involucran diez puntos porcentuales menos que éstas, en promedio. Si bien hasta antes de los quince años poco menos de la mitad de las niñas de hogares de comerciantes tiene responsabilidades del hogar, la mayor parte las realiza en paralelo con el estudio, estando en esta situación 35-39% del total de niñas de esa edad. A partir de los quince años, cerca de 60% de las hijas se involucran en las labores del hogar, y desde entonces ésta es la única actividad de alrededor de una quinta parte de las hijas, junto a lo cual, no obstante, una fracción similar combina las tareas del hogar y el estudio hasta los dieciocho años, y con la actividad laboral desde esa edad. A su vez, la participación masculina en el trabajo doméstico tiende a ser menor en los hogares comerciantes que en los obreros, a pesar de lo cual antes de los diecinueve años cerca de una quinta parte de los varones participa en él, para disminuir posteriormente. Hasta esa edad, la mayor parte de los que se ocupan del hogar también estudian, mientras que los mayores combinan más lo doméstico y lo laboral, siendo la parte de los varones que se dedican sólo al trabajo doméstico menor que en los hogares obreros, sin pasar de 6% a ninguna edad.

La segmentación de las actividades por sexo está presente incluso entre los jóvenes de hogares de profesionistas, técnicos, directivos y personal administrativo, aunque en menor medida. Es éste el grupo en el

que el desempeño del rol de estudiante es común a una mayor parte de los jóvenes de uno u otro sexo y hasta edades más avanzadas. A los doce años, 97% de los y las niñas de estos hogares estudian, a los dieciséis años todavía lo hace cerca de 85%, y 70% a los dieciocho; hasta esta edad, la participación estudiantil de hombres y mujeres es prácticamente igual. A partir de los diecinueve años, la de ellas es un poco mayor que la de ellos: 69 y 66% en promedio.

Por el contrario, los jóvenes de estos hogares son los que menos participan en la actividad laboral, al grado de que por cada hijo de 13 a 17 años que trabaja hay 2.7 hijos de la misma edad de hogares comerciantes y obreros que lo hacen y 5.7 en los hogares agrícolas. Asimismo, por cada trabajador de 18 a 20 años hay, respectivamente, 1.7, 1.9 y 2.4 trabajadores en el resto de los hogares. Entre las mujeres ocurre algo similar. Por cada mujer de 15 años y más de hogares profesionistas que trabaja, hay 1.9, 1.7 y 1.8 mujeres de los otros grupos.²⁵

Mientras tanto, la participación masculina en el trabajo doméstico es un poco mayor en los hogares profesionistas que en el resto de hogares, sobre todo en comparación con los agrícolas. En los hogares de profesionistas, 22-29% de los hijos de doce a dieciocho años realizan tareas del hogar y todavía 15% lo hace después de esa edad. Por el contrario, las hijas de estos hogares participan menos en las tareas domésticas que las de otros hogares. A los doce años lo hace 30% de las primeras frente a más de cuarenta por ciento de las segundas. De los catorce años en adelante, un promedio de 54% de las hijas de hogares profesionistas se ocupa del hogar, mientras que en los dedicados al comercio y servicios lo hace 60%, 67% en los obreros y 79% en los agrícolas. Además, de las jóvenes de hogares profesionistas menores de dieciocho años que llevan a cabo tareas del hogar, más de tres cuartas partes también estudian, así como más de la mitad de las de mayor edad y existe también una considerable fracción de estas últimas que combina lo doméstico con lo laboral. De

²⁵ Las diferencias relativas entre las menores de quince años son mucho más grandes, dado el muy escaso porcentaje de niñas de hogares profesionistas que trabajan antes de esa edad: 1% o menos.

esta manera, la proporción de hijas dedicadas exclusivamente al hogar es relativamente baja en comparación con las del resto de los hogares, llegando a su máximo nivel a los 17-18 años, cuando la actividad de 14% se circunscribe al hogar. Si bien esta situación es compartida por apenas 5% de los hijos a partir de los diecisiete años, los que hacen labores domésticas y estudian forman una banda más ancha que la observada en otros hogares, pues comprende a la quinta parte de los hijos hasta los dieciocho años y a cerca de 7% después de esa edad, en tanto que muy pocos, menos de 3% en todas las edades, trabajan y se ocupan del hogar.

Además de que los jóvenes de hogares profesionistas permanecen más en la escuela que los de otros hogares, una mayor parte de ellos se dedica sólo a estudiar, pese a lo cual persisten fuertes diferencias por sexo. La única actividad de 70% de los hijos de doce a catorce años es el estudio, lo mismo que la de 60% a los quince-dieciséis años y de casi la mitad de los de más edad. Entre las hijas, en cambio, si bien a los doce años 69% se dedica sólo a estudiar, la cifra baja a 55% a los trece años, a cerca de 44% a los catorce-dieciséis y a 30% a partir de los diecisiete años, a la vez que por lo menos 29% de las jóvenes de todas las edades estudian y se ocupan del hogar, proporción que llega a un promedio de 42% de las hijas de catorce a diecisiete años.

La participación de las y los jóvenes de hogares profesionistas en la actividad laboral es mucho menor y ocurre más tarde que en el resto de los hogares. A los quince años menos de 9 y 6% de los hijos e hijas trabajan, y aunque ellos lo hacen siempre más que ellas, las diferencias son mucho menores que en el resto de los hogares, llegando a ser casi igual el porcentaje de hombres y mujeres que trabajan a los veinte años: 42 y 41%. La dedicación exclusiva al trabajo es también menor que en los otros hogares, siendo hasta los dieciocho años que 15% de los hijos y 5% de las hijas se dedican sólo a él, y aún a los veinte años solamente 25 y 11% lo hacen. Similarmente, hasta los diecinueve años menos de 9% de los hijos y de 5% de las hijas tienen la doble carga del trabajo y el estudio, alcanzándose el máximo de jóvenes en esta situación a los veinte años, cuando 14% de los y las hijas estudian y trabajan. Aun cuando las hijas comparten el trabajo y las tareas del hogar en mayor medida que los hijos, las que lo hacen representan menos de 3% hasta los diecisiete años, aunque

son ya 9 y 14% de las jóvenes de dieciocho y veinte años, en tanto que los hombres que lo hacen no pasan de 3% a ninguna edad.

Finalmente, la inactividad de los varones de hogares profesionistas es también menor que en los otros tipos de hogares, a pesar de lo cual 8% de los hombres de dieciocho años no estudian ni trabajan ni hacen trabajo doméstico, ubicándose por debajo de 5% la fracción de inactivos en las edades restantes. Al igual que en los otros hogares, la inactividad masculina es mayor que la femenina, la cual se ubica por debajo de 3% en todas las edades, siendo también menor a tres por ciento la fracción de hombres y mujeres que realiza de manera conjunta las tres actividades.

Tiempo dedicado a las actividades

En el apartado anterior se vieron las significativas diferencias que existen en la participación de los jóvenes de uno u otro sexo en las distintas actividades. Sin embargo, y aun cuando se estableció un límite para considerar que un joven participa o no en cierta actividad (es decir, más de diez horas semanales), éste nos dice poco acerca de la carga de trabajo que esa participación representa y es posible que dicha carga no guarde una estricta correspondencia con el número y tipo de actividades que se realizan.

Para completar el panorama, en este apartado analizamos la carga de trabajo de los jóvenes de uno u otro sexo de las distintas edades, tomando como indicador de ella el número promedio de horas que invierten semanalmente en cada actividad y en su conjunto. Los promedios de horas están referidos exclusivamente a quienes realizan las actividades respectivas durante más de diez horas a la semana y, nuevamente, se hace referencia sólo a los hijos del jefe, solteros y sin descendencia. Por razones de espacio, nos limitamos a analizar lo concerniente al conjunto de jóvenes, sin distinguir la actividad económica de sus hogares.

Tal vez por ser una de las actividades sujetas a una mayor normatividad, el tiempo promedio que los estudiantes dedican semanalmente a estudiar presenta pocas variaciones por sexo. Si bien el tiempo de estudio aumenta ligeramente con la edad, varía en torno a las 35-36 horas semanales y es muy similar el número de horas que, a cada edad, hombres y mujeres invierten en el estudio, como se muestra en el cuadro 1.

El tiempo dedicado a la actividad laboral también crece con la edad, y debe destacarse que, sin importar lo corto de ésta, los y las jóvenes que trabajan lo hacen, en promedio, en jornadas más largas de lo que se considera como medio tiempo, es decir, veinte horas semanales. A partir de los dieciséis años, el tiempo de trabajo de hombres y mujeres se acerca e incluso excede a la jornada completa de cuarenta horas a la semana. No obstante, junto a la menor participación laboral femenina en comparación con la masculina, el tiempo que ellas trabajan suele ser un poco menos que el de ellos en casi todas las edades, de manera que al considerar al conjunto de jóvenes de 12 a 20 años, los varones trabajan en promedio una hora más que las mujeres.

Algo diferente ocurre con el tiempo dedicado a las actividades domésticas, las cuales no sólo son realizadas por una fracción mucho menor de hombres que de mujeres, sino también por periodos significativamente menores. Mientras que los hijos de las distintas edades que realizan tareas del hogar invierten un promedio de 16-18 horas semanales en ellas, las hijas de todas las edades lo hacen en mayor medida y en forma creciente con la edad, de modo que de los dieciocho a los veinte años, ellas dedican 40-50% más tiempo al hogar que sus pares varones. A primera vista, ello parecería compensar con creces el mayor tiempo que ellos dedican a la actividad laboral.

Pero veamos ahora lo que ocurre al tomar las tres actividades en conjunto. En el mismo cuadro se muestran las distintas implicaciones de tiempo de las diversas combinaciones de actividades. Así, se advierte que la carga más leve es para los y las jóvenes dedicados sólo al hogar, aunque con sustanciales y crecientes diferencias por sexo. Mientras el pequeño porcentaje de hijos dedicados sólo a tareas del hogar destina 19-24 horas semanales a ellas —con una tendencia decreciente desde los dieciséis años—, para la mayor y creciente fracción de hijas dedicadas al hogar, hacerlo supone un tiempo mucho mayor, incluso para las niñas de doce y trece años, cuya carga semanal de trabajo doméstico es de 27 horas, variando de 31 a 34 horas en el resto de las edades.

A su vez, la carga de los que se dedican solamente a estudiar es de 35-36 horas semanales en promedio, siendo un poco mayor en el caso de las mujeres, especialmente a los diecinueve y veinte años, cuando ellas

invierten, en promedio, tres horas más que los hombres. Es posible que esto último se asocie, en parte, con el mayor nivel escolar que cursa el selecto grupo de mujeres de edad más avanzada que puede dedicarse sólo a estudiar, en comparación con los varones.²⁶ Por su lado, los y las jóvenes que tienen la actividad laboral como única ocupación, invierten en ésta 46 horas semanales en promedio, y debe notarse que dentro de este grupo sólo las niñas menores de catorce años no trabajan la jornada completa. Asimismo, aun cuando en todas las edades la fracción de hijas dedicadas sólo al trabajo es mucho menor a la de los hijos, las que lo hacen a partir de los quince años tienden a trabajar un tiempo similar al de éstos.

Como es de suponer, la carga de trabajo es mayor cuando se realizan dos actividades simultáneamente, aunque la magnitud varía dependiendo del tipo de actividades involucradas. Así, la combinación estudio-tareas del hogar, realizada por una mucho menor fracción de hombres que de mujeres, demanda además un menor tiempo de ellos que de ellas: 51 y 53 horas semanales en promedio; esa diferencia reside básicamente en el mayor tiempo que ellas dedican al hogar, mientras que el tiempo destinado al estudio es el mismo en ambos casos. Al desagregar por edad se tiene que los varones destinan entre 49 y 56 horas a la semana al conjunto de las dos actividades, y las mujeres entre 50 y 55 horas, sin que exista una tendencia definida por edad.

Las combinaciones que incluyen la actividad laboral implican mayores inversiones de tiempo por parte de los jóvenes. Si bien las diferencias por sexo en el número total de horas dedicadas a ellas son relativamente pequeñas, su composición es distinta. Las mujeres que acompañan la actividad laboral con el trabajo doméstico —que son quienes más realizan esta combinación— invierten en ambas 61 horas semanales, frente

²⁶ Si bien la proporción de mujeres de diecinueve y veinte años que se dedican de manera exclusiva a estudiar es menor que la de los hombres, una mayor parte de ellas que de ellos (73 y 54%) cursa estudios de nivel superior, los cuales son generalmente más demandantes de tiempo. La dedicación exclusiva al estudio en esas edades por parte de las mujeres parece ser privilegio sobre todo de las más educadas, mientras que entre los varones ese privilegio es gozado por una considerable fracción que no ha terminado el bachillerato.

ACTIVIDADES DOMÉSTICAS Y EXTRADOMÉSTICAS DE LOS JÓVENES MEXICANOS

CUADRO 1

HORAS PROMEDIO POR SEMANA DEDICADAS AL ESTUDIO, TRABAJO Y QUEHACERES
DEL HOGAR, Y PROMEDIO TOTAL DEDICADO AL CONJUNTO DE ELLAS, SEGÚN TIPO DE
ACTIVIDADES REALIZADAS, SEXO Y EDAD

<i>Edad y sexo</i>	<i>Horas promedio en la actividad</i>			<i>Total de horas promedio dedicado al conjunto de actividades</i>							<i>Total</i>
	<i>Estudio</i>	<i>Trabajo</i>	<i>Hogar</i>	<i>Sólo hogar</i>	<i>Sólo estudio</i>	<i>Estudio y hogar</i>	<i>Estudio y trabajo</i>	<i>Sólo trabajo</i>	<i>Trabajo y hogar</i>	<i>Estudio trabajo y hogar</i>	
Hombres											
12	33	28	16	24	33	49	54	44	41	65	39
13	35	30	17	19	35	50	55	40	55	73	40
14	35	35	17	22	35	51	57	44	59	66	42
15	36	37	17	21	36	52	62	44	56	66	44
16	36	41	18	23	36	51	57	46	62	86	44
17	36	43	17	21	37	55	65	46	57	79	46
18	36	43	18	21	38	54	62	46	58	70	46
19	36	46	17	20	37	54	63	48	64	72	47
20	38	44	17	19	39	56	64	46	65	81	46
Total	35	40	17	21	35	51	59	46	60	72	43
Horas de estudio					35	35	33			31	
Horas de trabajo							26	46	43	24	
Horas quehac. domést.				21		16			17	17	
Mujeres											
12	33	30	19	27	33	50	55	31	53	82	39
13	35	24	19	27	36	52	58	28	50	71	43
14	36	32	21	31	36	53	59	42	53	79	44
15	36	37	22	33	36	53	62	45	61	70	46
16	36	39	25	33	38	55	60	47	64	80	46
17	36	39	25	32	37	55	61	46	61	78	46
18	37	42	25	33	39	55	61	48	60	83	47
19	37	42	26	34	40	54	67	47	62	75	48
20	38	42	26	33	42	54	67	45	64	72	48
Total	35	39	23	32	36	53	62	46	61	76	45
Horas de estudio					36	35	33			33	
Horas de trabajo							29	46	40	26	
Horas quehac. domést.				32		18			21	17	

FUENTE: Elaboración propia a partir de la Encuesta Nacional de Empleo, México, 1997.

a 60 horas en los hombres. No obstante, esas cifras resultan de una dedicación mayor de las mujeres al trabajo doméstico —cuatro horas más en promedio que los hombres— y una mayor dedicación de éstos a la actividad laboral —tres horas más que ellas.

Algo similar ocurre entre los que estudian y trabajan, situación que, si bien presenta un ligero mayor porcentaje de hombres que de mujeres, absorbe mayor tiempo de ellas que de ellos: 62 y 59 horas semanales en promedio. En este caso, el tiempo dedicado a ambas actividades crece con la edad y las diferencias por sexo se deben principalmente a un promedio de horas de trabajo mayor en las hijas que en los hijos, sobre todo desde los quince años, lo cual en algunas edades es en parte compensado por un ligero menor promedio de horas de estudio de ellas. Para el conjunto de las distintas edades, las mujeres de este grupo trabajan en promedio tres horas más que sus pares varones y estudian semanalmente el mismo tiempo que ellos.

Finalmente, y como es de suponer, la carga de tiempo de los jóvenes que realizan las tres actividades —estudio, trabajo y quehaceres domésticos— es sustancialmente mayor que la de cualquiera de los grupos anteriores. Aunque la fracción de los jóvenes que se encuentran en esta situación es sumamente pequeña (menos de 3%), vale la pena destacar el elevado número de horas que la realización de las tres actividades conlleva, siendo nuevamente un poco mayor para las mujeres: 76 horas frente a 72 en los hombres.

En suma, de lo antes expuesto resulta clara la distinta carga de tiempo que el desarrollo de las diversas actividades conlleva para hombres y mujeres. Quizás por referirse a la actividad mayormente normada y reglamentada, el desempeño del rol de estudiante es el que presenta menores variaciones por edad y sexo, independientemente de que se realice como actividad única o en combinación con otras. Por el contrario, la actividad laboral y los quehaceres domésticos presentan tiempos de realización más elásticos, tanto por edad y sexo como en razón de las otras actividades desempeñadas. En relación con la primera, vale la pena señalar que si bien los hijos participan más que las hijas en la actividad laboral, ello no implica que el tiempo que ellos dedican al trabajo sea necesariamente mayor al de ellas, sino que quienes lo hacen, hombres

y mujeres, dedican un tiempo promedio muy similar, siendo incluso en algunas combinaciones de actividades ligeramente mayor el número promedio de horas que las mujeres trabajan. Por el contrario, en lo que hace a las labores domésticas, no es sólo mayor la participación de las mujeres en ellas, sino que casi invariablemente, el tiempo promedio que ellas dedican a estas tareas es significativamente mayor al que los hombres destinan a ellas.

Consideraciones finales

En las páginas anteriores se ha puesto de manifiesto la persistencia de marcadas diferencias en las actividades que los y las jóvenes mexicanos realizan. Esas diferencias están presentes no sólo entre jóvenes pertenecientes a distintos sectores sociales, sino también en el interior de cada sector. Las desiguales oportunidades y condiciones de vida que enfrentan los jóvenes que viven en hogares con distintas ocupaciones se ven reflejadas en una también desigual participación en la actividad escolar, laboral y doméstica, y son los jóvenes de hogares campesinos —el sector tradicionalmente menos favorecido de la sociedad mexicana— quienes participan menos en la primera, considerada actualmente como la actividad por excelencia de la población juvenil, y más en las dos restantes, vistas generalmente como propias de los adultos.

Pero además, a las diferencias derivadas de su posición dentro de la estructura social se agrega una diferenciación por sexo dentro de cada uno de los sectores, que es también más acentuada entre los jóvenes situados en la parte más baja de la escala social, de manera que la actividad de los jóvenes campesinos, hombres y mujeres, no sólo está muy lejos de las expectativas sociales para su edad, sino que lleva impresa una marcada segmentación en los roles jugados por los jóvenes de uno y otro sexos. Ambos mecanismos de diferenciación de las actividades de los y las jóvenes tienden a diluirse conforme se asciende en la escala ocupacional, de manera que una gran parte de los y las jóvenes pertenecientes a hogares de profesionistas, directivos, técnicos o en ocupaciones administrativas, juega el rol de estudiante planteado como la actividad ideal básica de esta etapa de la vida. Sin embargo, la estrategia de análisis de considerar de

manera conjunta la participación en las tres actividades permite descubrir la persistencia de una segmentación sexual de roles aun entre los jóvenes de este último tipo de hogares —que pueden ser vistos como los más privilegiados—, la cual se esconde principalmente detrás del desempeño del rol de estudiante. En efecto, si bien las oportunidades de acceso a la escuela se han ampliado para los jóvenes de uno y otro sexo, lográndose casi la equidad de acceso de hombres y mujeres dentro de cada sector (aunque en una magnitud distinta entre sectores, como ya se apuntó), las condiciones en las que los hombres y las mujeres participan en la actividad estudiantil son distintas, pues ellas tienen a cargo la responsabilidad de realizar otras actividades adicionales al estudio, principalmente de tipo doméstico, en mayor medida que los varones, lo cual ocurre incluso entre los jóvenes del sector más privilegiado.

Todo lo anterior apunta a la existencia, en un grado variable entre sectores, de una división sexual del trabajo entre los jóvenes que tiende a acentuarse con la edad. Los beneficios de los importantes cambios que han tenido lugar en el país en las últimas décadas no han llegado por igual a los jóvenes de los distintos sectores sociales, pero tampoco han logrado erosionar suficientemente los factores de índole cultural y socio-económica que llevan a las familias a otorgar derechos, responsabilidades y oportunidades de manera diferenciada a los hijos de uno y otro sexo, y a éstos a adoptar y asumir roles también de manera diferenciada, lo cual adquiere una importancia especial en la medida que afecta tanto la vida personal actual y futura de los jóvenes como el logro de una sociedad menos desigual.

En relación con el presente, la desigual participación de los jóvenes en las distintas esferas de actividad y las condiciones en las que participan pueden incidir en sus condiciones actuales de vida en términos tan variados como las cargas de trabajo, presiones y esfuerzos a los que están sujetos, la exposición a espacios de socialización más amplios o restringidos, las posibilidades de interacción con sus pares, la creación de aspiraciones y la construcción de un proyecto de vida propio y, en general, el acceso a, o la exclusión de, las oportunidades de desarrollo actualmente existentes para los jóvenes. Todo ello puede tener importantes implicaciones para su vida futura, dotándolos de mayores o menores capaci-

dades y ampliando o restringiendo su horizonte de oportunidades para su desempeño como adultos. Si bien no es posible adelantar con certeza las implicaciones que la desigual participación de los y las jóvenes en las esferas de actividad consideradas puede tener en la definición de la división sexual del trabajo de los futuros adultos, sobre todo al formar una pareja, es posible que los aprendizajes y experiencias de roles durante los años de socialización y formación se reflejen en aquélla, contribuyendo a reproducir y perpetuar las desigualdades de género actualmente existentes. En ese sentido, resta todavía mucho por hacer para lograr una participación más igualitaria de los y las jóvenes en las distintas esferas de actividad.

Bibliografía

- Ariza, Marina, y Orlandina de Oliveira, 1996, "Propuesta de un marco analítico de las inequidades de género y clase", en *La condición femenina: una propuesta de indicadores*, México, Somede/Conapo, pp. 1-78.
- Baxter, Janeen, 2000, "The joys and justice of housework", *Sociology*, vol. 34, núm. 4, pp. 609-631.
- Benin, Mary, y Debra Edwards, 1990, "Adolescent Chores: The Difference Between Dual- and Single-Earner Families", *Journal of Marriage and the Family*, núm. 52 (2), pp. 361-374.
- Blair, S. L., 1992, "Children's Participation in Household Labor-Child Socialization versus the Need for Household Labor", *Journal of Youth and Adolescence*, vol. 21, núm. 2, abril, pp. 241-258.
- Blanco, Mercedes, 1989, "Patrones de división del trabajo doméstico: un estudio comparativo entre dos grupos de mujeres de sectores medios" en O. de Oliveira (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 133-158.
- Brody, Charles, y Lala C. Steelman, 1985, "Sibling Structure and Parental Sex-typing of Children's Household Tasks", *Journal of Marriage and the Family*, núm. 47, pp. 265-274.
- Camarena, Rosa María, 1998, "La población joven", en Conapo, *La situación demográfica de México*, México, Consejo Nacional de Población, pp. 135-146.

- Camarena, Rosa María, 2000, "Familia y educación en México", en Conapo, *La población de México, situación actual y desafíos futuros*, México, Consejo Nacional de Población, pp. 231-280.
- Camarena, Rosa María, 2001, "Los jóvenes y el trabajo", en E. M. Navarrete (coord.), *Los jóvenes ante el siglo XXI*, México, El Colegio Mexiquense, (en prensa).
- Coto, Mayela, y Hazel Vargas, 1998, "El trabajo infante juvenil ¿para qué sirve?", *Jóvenes, Revista de Estudios sobre Juventud*, Causa Joven/Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, cuarta época, año 2, núm. 5, México, jul.-dic., pp. 162-170.
- De Barbieri, Teresita, 1993, "Crisis y relaciones de género en América Latina. Cambios y resistencias", *Demos. Carta demográfica sobre México*, núm. 6, México, pp. 18-19.
- Elder, Glen, 1978, "Family History and the Life Course" en Tamara Hareven, *Transitions. The Family and the Life Course in Historical Perspective*, Nueva York, Academic Press, pp. 17-64.
- Elder, Glen, 1994, "Time, Human Agency and Social Change. Perspectives on the Life Course", *Social Psychology Quarterly*, vol. 57, núm. 1, pp. 4-15.
- García, Brígida, y Edith Pacheco, 2000, "Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la ciudad de México en 1995", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 1, enero-abril, México, pp. 35-63.
- García, Brígida, Mercedes Blanco y Edith Pacheco, 1999, "Género y trabajo extradoméstico", en B. García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 273-316.
- García, Brígida, 1999, "Dinámica familiar, pobreza y calidad de vida: una perspectiva mexicana y latinoamericana", en B. Schmukler, *Familias y relaciones de género en transformación*, México, Population Council/Edamex, pp. 53-82.
- Gomes, Candido Alberto, 1989, "Trajetória educacional e ocupacional de jovens empregados do Brasil", *La Educación, Revista Interamericana de Desarrollo Educativo*, núm. 105, año XXXIII, 1989-III, pp. 103-128.
- González de la Rocha, Mercedes, 1994, "Familia urbana y pobreza en América Latina", en CEPAL, *Familia y futuro. Un programa regional en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, pp. 89-108.

- INEGI, 2000, *XII Censo General de Población y Vivienda 2000. Tabulados de la muestra censal. Cuestionario ampliado*, México, INEGI.
- Kemmer, Debbie, 2000, "Tradition and Change in Domestic Roles and Food Preparation", *Sociology* (British Sociological Association), vol. 34, núm. 2, pp. 323-333.
- Lasida, Javier, 1998, "Los jóvenes pobres frente al trabajo", *JOVENes, Revista de Estudios sobre Juventud*, Causa Joven/Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, cuarta época, año 2, núm. 7, México, abril-dic., pp. 120-141.
- McHale, S. M., W. T. Bartko, A. C. Crouter y M. Perry-Jenkins, 1990, "Children's Housework and their Psychosocial Functioning: the Mediating Effects of Parents' Sex-role Behaviors and Attitudes", *Child Development*, núm. 61, pp. 1413-1426.
- Mier y Terán, Marta, y Cecilia Rabell, 1997, "Living arrangements, school attainment and child labor in rural Mexico, 1995", ponencia presentada en la XXIII Conferencia Internacional de Población, IUSSP, Beijing, China.
- Morris, Lydia, 1990, *The Workings of the Household*, Cambridge, Gran Bretaña, Polity Press and Basil Blackwell Inc.
- Mummert, Gail, 1979, "La participación de niños y ancianos en la actividad económica: el caso de una comunidad rural de México", tesis de maestría en demografía, México, El Colegio de México.
- Oliveira, Orlandina, y Marina Ariza, 2000, "Género, trabajo y exclusión social en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 43, enero-abril, pp. 11-34.
- Oliveira, Orlandina, 1999a, "Familia y relaciones de género en México", en B. Schmukler, *Familias y relaciones de género en transformación*, México, Population Council-Edamex, pp. 23-52.
- Oliveira, Orlandina, 1999b, "Políticas económicas, arreglos familiares y perceptores de ingresos", *Demos. Carta demográfica sobre México*, núm. 12, México, pp. 32-33.
- Progresá, 1999, *Más oportunidades para las familias pobres. Evaluación de resultados del Programa de Educación, Salud y Alimentación*, México, Progresá.
- Rendón, Teresa, 1999, "Género y economía", ponencia presentada en el Primer Congreso Nacional de Ciencias Sociales, Clacso, México.

- Rendón, Teresa, y Carlos Salas, 2000, "Educación y empleo juvenil", en J. A. Pérez Islas (coord.), *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México. 1986-1999*, tomo I, México, SEP/ Instituto Mexicano de la Juventud, pp. 13-58.
- Salles, Vania, 1990, "Las familias, las culturas, las identidades (notas de trabajo para motivar una discusión)", mimeo.
- Sánchez, M. J., 1989, "Consideraciones teórico-metodológicas en el estudio del trabajo doméstico en México", en O. de Oliveira (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 59-79.
- Shelton, Beth Anne, 1996, "The Division of Household Labor", *Annual Review of Sociology*, vol. 22, núm. 1, 299-322.
- Spitze, Glenna, y Russell Ward, 1995, "Housework in Intergenerational Households", *Journal of Marriage and the Family*, núm. 57, pp. 355-361.
- Tuirán, Rodolfo, 1993, "Estrategias familiares de vida en época de crisis: el caso de México", en CEPAL, *Cambios en el perfil de las familias: la experiencia regional*, Santiago de Chile, pp. 319-354.
- UNICEF, 1999, *Trabajo infante juvenil en América Latina y el Caribe*, UNICEF, Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
- UNICEF, 2000, "Trabajo doméstico infantil", *Innocenti Digest*, núm. 5, Centro Internacional para el Desarrollo del niño, UNICEF, Florencia, Italia.
- White, Lynn, y David Brinkerhoff, 1981, "The Sexual Division of Labour: Evidence from Childhood", *Social Forces*, vol. 60, núm. 1, pp. 170-181.

FAMILIA Y QUEHACERES ENTRE LOS JÓVENES

*Marta Mier y Terán
Cecilia Rabell*

EL OBJETIVO DE ESTE TRABAJO es conocer el efecto de la estructura familiar (nuclear, monoparental y extensa¹) sobre las principales actividades, estudios y/o trabajo de los jóvenes en México. Además, nos interesa definir si las relaciones son diferentes según el género y si hay discriminación contra las mujeres.

La relación entre la estructura de la familia y las condiciones de bienestar y los logros escolares y profesionales de niños y jóvenes es un tema que ha sido abordado por las ciencias sociales desde mediados del siglo pasado.

En sociedades desarrolladas, y en especial en Estados Unidos, se inició hacia la década de 1950-59 una tendencia creciente en la proporción de hogares encabezados por mujeres (Arias y Palloni, 1999).² Esta ruptura del modelo familiar tradicional, donde los roles estaban bien diferenciados (el hombre como proveedor, la mujer como cuidadora en el hogar), estimuló la investigación en torno a las ventajas y desventajas que estas nuevas estructuras familiares tenían para niños y jóvenes.

Hacia mediados de la década de 1960-69, el reporte Moynihan marcó un hito en la opinión pública estadounidense y ejerció fuerte influencia sobre los investigadores dedicados a estos temas; de acuerdo con este documento, la ausencia del padre tiene efectos destructivos sobre los hijos porque las familias de madre sola tienen menos recursos económi-

¹ Definimos a la familia nuclear como aquella en la que conviven el padre, la madre y los hijos solteros; la familia monoparental es aquella en la que convive uno de los progenitores —con mucha más frecuencia la madre—, con los hijos solteros; la familia extensa incluye a los padres, los hijos solteros y otros parientes, y también a la madre sola, o al padre solo, con hijos y otros parientes, es decir familias nucleares o monoparentales con algún otro pariente.

² En 1960, 7.4% de los hogares estaba encabezado por mujeres en Estados Unidos; en 1985 esta proporción había aumentado a 23% (Arias y Palloni, 1999).

cos, los hijos carecen de modelos de roles que les den identidad y que los guíen, de disciplina y de buen consejo. Los hijos de estas familias obtienen menos logros intelectuales y se enfrentan con procesos más difíciles de adaptación social que los de familias donde conviven con ambos padres. Con este informe se inicia una corriente de estudios que caracteriza como “patológica” a la familia de madre e hijos (Biblarz y Raftery, 1998).

Esta postura fue insistentemente criticada en la década siguiente con argumentos metodológicos (MacLanahan, 1997): el problema de las familias de madre sola no radica en su estructura, sino en el hecho de que estas familias son más pobres y discriminadas por motivos raciales que las familias de padre y madre. A la vez, se inician estudios sobre las redes familiares que apoyan a las familias sin padre.

En América Latina, el proceso de modernización económica y, en especial, el ingreso de las mujeres al mercado de trabajo, favoreció el debilitamiento de la familia patriarcal tradicional y, por analogía con el proceso estadounidense, se supone que aceleró la formación de familias encabezadas por mujeres y de madres solas.

En la década de 1980-89, el Population Council y el Centro Internacional de Investigación sobre Mujeres organizaron una reunión en la que se concluyó que en su mayoría, las familias encabezadas por mujeres son más pobres que las dirigidas por hombres en todas las sociedades en desarrollo. Sin embargo, no se logró establecer si realmente hubo un aumento en la proporción de hogares encabezados por mujeres en América Latina (Arias y Palloni, 1999).³

³ En un reciente trabajo, Arias y Palloni aplican el método de componentes para separar el efecto que tiene la “propensión” femenina a encabezar el grupo familiar de los efectos de cambios en la estructura marital y por edad sobre las tasas de jefatura por sexo. Encuentran que en Argentina, Costa Rica y Chile hay una proporción creciente de hogares encabezados por mujeres, producto de una cada vez mayor propensión femenina a la jefatura. En cambio, en los otros países que analizan (Colombia, República Dominicana, Ecuador, Panamá y Paraguay) hay una reducción en la proporción de jefas causada por una decreciente propensión, a pesar de que los cambios de estructuras operan en el sentido inverso.

En México ha habido un nutrido debate en torno a las condiciones económicas de las familias encabezadas por mujeres, pero hay pocos trabajos basados en observaciones empíricas rigurosas. En un trabajo reciente (Parker, 2002) se muestra que la jefatura femenina está asociada con una menor probabilidad de ser pobre. Sin embargo, la cuestión es compleja porque otros indicadores de bienestar no favorecen a las familias dirigidas por mujeres; si bien los hogares encabezados por mujeres tienen ingresos más altos que los dirigidos por hombres, también es cierto que las jefas tienen jornadas laborales más largas que los jefes, y en los hogares de jefas, los jóvenes varones tienen mayor probabilidad de trabajar y menor de permanecer estudiando.

En general, en las investigaciones sobre la familia a partir de la década de 1980-89 se cuestionan los efectos negativos que tiene la disolución de la familia. En la siguiente década, en los estudios en países desarrollados parece haberse llegado nuevamente a un consenso: los niños y jóvenes que crecen con un solo padre biológico tienen menos logros escolares y menor éxito profesional que los que crecen con los dos padres biológicos. El efecto de los distintos tipos de convivencia depende del indicador que se use: número de años de escuela, calificaciones, problemas de comportamiento, embarazo adolescente. En los dos últimos es más claro el efecto de la estructura familiar (McLanahan, 1997).

Esta discusión, que ha durado varias décadas, ha aportado interesantes elementos teóricos que han enriquecido la visión que se tenía de las relaciones entre la estructura familiar y las condiciones de bienestar de niños y jóvenes.

La discusión se ha centrado en los recursos que la familia proporciona a niños y jóvenes: económicos, educativos, de tiempo. La forma como se distribuyen los recursos está relacionada con la estructura de la familia. Las teorías que explican las decisiones sobre la distribución de los recursos familiares se refieren al altruismo en las relaciones entre generaciones, al sentido del intercambio generacional o a la inversión de la familia en el capital humano de sus hijos (Brooks-Gunn *et al.*, 1997). Esta última proviene del modelo de economía de la producción doméstica desarrollado por Becker (1981). Este autor define la educación de los hijos como un bien deseado por la familia. Para obtenerlo, los padres

invierten tiempo y dinero de acuerdo con la evaluación que hacen de los costos y los beneficios. En la producción doméstica intervienen las horas dedicadas al mercado laboral con el fin de obtener ingresos para la compra de bienes y servicios consumidos por la familia, y también las horas que los padres dedican a los hijos. El resultado en la educación depende de la habilidad de los padres para combinar estos dos recursos: ingresos y tiempo. De acuerdo con esta teoría, los logros educativos de los hijos deben aumentar en la medida en que los padres puedan dedicar mayores recursos a su crianza y educación. Empíricamente, se ha demostrado que los logros escolares de los hijos están relacionados con el tiempo que los padres les dedican y el monto del ingreso familiar (Fitzgerald y Beller, 1988).

También se está desarrollando un área de investigación sobre las conductas que tienen los padres hacia los hijos [*parenting behavior*], porque se parte del supuesto de que estas conductas pueden, si son adecuadas, amortiguar los efectos adversos causados por la escasez de recursos económicos u otros (Thomson *et al.*, 1994)

Lloyd (1998), en un estudio sobre estructura familiar y pobreza, previene contra la identificación entre familia y grupo de corresidentes, tan frecuente en los estudios demográficos. Ella plantea que los individuos pueden estar económica y emocionalmente vinculados con personas con las que no residen, más aún que con miembros de su grupo de residencia. Esta observación es muy pertinente, y los estudios antropológicos sobre los sistemas de parentesco aportan evidencias concluyentes. Sin embargo, en América Latina donde no existe la tradición del *fosterage*,⁴ generalmente la relación de los niños y jóvenes con las personas que viven con ellos es más fuerte que con personas con las que no conviven.

Un sesgo que ciertamente no ha sido investigado es la posible existencia de una preselección debido a la cual las organizaciones familiares

⁴ En las familias extensas de países al sur del Sahara, la crianza de los hijos es una responsabilidad compartida; los niños crecen con varias “madres” y varios “padres”. Tienen por ello más apoyo de este amplio círculo de parientes que cuando viven en una familia nuclear. En estos sistemas familiares los niños tienen bastante movilidad y usualmente no conviven con sus padres biológicos durante toda su infancia (Lloyd y Blanc, 1996).

alternativas a la nuclear, en sociedades desarrolladas, estarían integradas por personas menos competentes para la vida familiar, es decir, entre otras cosas, menos competentes para criar y educar hijos.

Las teorías para explicar las diferencias en los logros escolares y laborales de los hijos se han basado en el análisis de los tres tipos más frecuentes de familia en los países desarrollados: nucleares, monoparentales y “recompuestas” (los hijos viven con uno de los padres y su nueva pareja). Estas teorías también están siendo aplicadas en las investigaciones sobre las familias extensas, muy frecuentes en sociedades en vías de desarrollo.

Las familias extensas pueden ser consideradas como un entorno ventajoso para la crianza de los hijos porque, en condiciones de escasez de recursos económicos, el costo de su manutención se reparte entre más adultos, y los niños o jóvenes tienen más posibilidades de dedicarse a estudiar en vez de trabajar. Dicho en términos de la teoría de Becker, hay más recursos provenientes de los adultos por niño que en otros tipos de familia y el efecto de dilución de recursos debido al número de hijos se minimiza (Lloyd y Blanc, 1996).

Los aspectos negativos de las familias extensas que se describen en la bibliografía están referidos a las relaciones intrafamiliares. Las familias extensas están organizadas a partir de principios jerárquicos basados en la edad y el género: la generación mayor ejerce el control sobre los recursos y los emplea en su propio beneficio, y los hombres dominan a las mujeres. Cuando el sistema de parentesco es patrilineal y patrilocal, como sucede con frecuencia, las mujeres constituyen una carga sobre los recursos del grupo doméstico, puesto que cuando alcanzan la edad de ser productivas son transferidas al grupo doméstico del marido (Das Gupta, 1999).⁵

Sin embargo, no parece haber consenso sobre el efecto negativo de las familias extensas en los miembros más jóvenes; un estudio reali-

⁵ En este interesante trabajo, Das Gupta compara el sistema de familia troncal con el extenso, tomando como ejemplo sistemas familiares de China, el norte de la India y Corea del Sur. En Punjab, en las familias extensas patrilocales se observa una mayor tasa de mortalidad infantil entre niños que nacen en casa de parientes del padre con relación a los que nacen en casa de parientes de la madre. En países donde los sistemas de parentesco son bilaterales, no hay estas diferencias en la mortalidad infantil.

zando en Filipinas mostró que las mujeres con hijos que viven en familias extensas encabezadas por mujeres están en mejor situación que las que viven sólo con sus hijos, y que los hogares extensos están mejor que los nucleares (Lloyd, 1998).

Otra forma de considerar el problema es aplicando la propuesta de Sen, quien sostiene que en el hogar juegan dos fuerzas opuestas: las de la cooperación y las del conflicto. Las decisiones sobre quién realiza qué tareas son la respuesta a estas dos fuerzas. En las familias extensas hay más necesidad de cooperación, puesto que hay un mayor número de personas, y también más fuentes de conflicto, porque las lealtades y las estructuras de autoridad entran en competencia (Lloyd, 1998).

En América Latina, hacia 1990, entre una tercera y una cuarta parte de las familias eran extensas, de acuerdo con los resultados de los censos (Naciones Unidas, CEPAL, 1993). Sin embargo, estas familias de estructura extensa funcionan de acuerdo con las reglas de diversos sistemas de parentesco que no han sido descritos ni interpretados en la bibliografía demográfica referida a este tema.

Desde un punto de vista descriptivo, en México podemos distinguir varios tipos de familia extensa, de acuerdo con su estructura y su probable patrón de formación; entre la población dedicada a actividades agrícolas subsiste la familia extensa, casi siempre patrilocal y patrilineal, en la que los hijos varones permanecen en la casa paterna y tienen acceso a los bienes familiares, generalmente la tierra, y derechos de herencia sobre ellos; las hijas pueden o no heredar de sus padres el derecho al acceso a la tierra. Las hijas casadas viven con la familia del marido; pero, en ciertas condiciones de maltrato o cuando son repudiadas, pueden volver a la casa paterna. Las viudas, cuando son madres de niños pequeños, también suelen convivir con parientes masculinos. En estos casos, la familia extensa es una fase del ciclo familiar que termina cuando mueren los padres y los hermanos se dispersan.

En contextos urbanos hay otro tipo de familias extensas que provienen de un proceso de reincorporación nuclear.⁶ En esta sociedad, donde

⁶ Similar al descrito por Alter en Bélgica durante el siglo XIX, que él denominó *nuclear reincorporation household system* (1996).

los lazos familiares tienen aún mucha fuerza, la madre o el padre viudos casi siempre suelen incorporarse a la familia de alguna hija casada y, a veces, de un hijo.⁷

Un tercer patrón, también urbano, es el de aquellas familias en las que varios parientes conviven por necesidades económicas. La familia extensa responde, en este caso, a una estrategia de sobrevivencia desarrollada como respuesta a la pobreza urbana. Con frecuencia, los migrantes originarios del campo se desplazan ayudados por la posibilidad de convivir con parientes en los centros urbanos.

A pesar de los procesos de modernización en varios ámbitos de la sociedad mexicana, la familia extensa, en sus diversas formas, no parece estar en vías de extinción; cabría preguntarse si hay una “propensión” hacia la formación de familias extensas o, dicho de otro modo, si los valores culturales asociados con la vida familiar favorecen la convivencia en familias extensas. El envejecimiento de la población y la sobrevivencia cada vez mayor de los abuelos propician la formación de familias nucleares “reincorporadas”. Por estas dos razones —una relacionada con fenómenos demográficos y la otra con procesos sociales— es importante tomar en cuenta las distintas formas que adquiere la familia extensa, analizar el efecto que este tipo de familia tiene sobre sus niños y jóvenes, y compararlo con el ejercido por familias nucleares y familias monoparentales.

Uno de los rasgos característicos del patrón de escolaridad en América Latina es que casi todos los hijos de familias pobres ingresan al ciclo primario, pero abandonan muy pronto los estudios. La diferencia en la mediana del número de años de asistencia escolar entre hijos de familias pobres y no pobres es de 4 a 6 años (Filmer y Pritchett, 1999).⁸ Otros autores (Knodel y Jones, 1996) sostienen que las diferencias de género se están reduciendo en prácticamente todos los países en vías de desarrollo, mientras que las diferencias debidas al grupo socioeconómico al

⁷ Solís (2001) muestra cómo las personas de la tercera edad, viudas, viven con frecuencia en casa de las hijas; los hijos, en cambio, brindan apoyo económico.

⁸ Los autores analizan la escolaridad de jóvenes de 15 a 19 años en 35 países del mundo en vías de desarrollo y encuentran que las mayores diferencias en la asistencia escolar provienen de las diferencias económicas entre las familias.

que pertenece la familia son sumamente grandes; en América Latina, por ejemplo, los hijos de trabajadores no manuales asisten a la escuela postsecundaria once veces más que los hijos de trabajadores manuales. Estos hallazgos ponen de manifiesto la necesidad de tomar en cuenta las condiciones socioeconómicas de las familias en cualquier análisis sobre la escolaridad de los niños y jóvenes en sociedades tan desiguales como la mexicana.

El trabajo infantil y juvenil es un tema controvertido. Los organismos internacionales tienen generalmente una posición opuesta al trabajo infantil, puesto que sostienen que es negativo para el desarrollo de los niños, y proponen acciones para erradicarlo. No obstante, los resultados de la investigación sobre los aspectos nocivos del trabajo infantil y juvenil no son concluyentes. Las condiciones en las que niños y jóvenes realizan su trabajo son sumamente variadas y, dependiendo de ellas, el trabajo tendrá repercusiones más o menos nocivas en el desarrollo del niño, y será más o menos compatible con la permanencia y el avance en la escuela. Las actividades laborales pueden desempeñarse en el mercado laboral, en el hogar o en la empresa familiar; pueden desarrollarse como actividad única o durante pocas horas y permitir la combinación con los estudios; pueden ser permanentes o estacionales; pueden involucrar riesgos para la salud o no, etc. Además, la evaluación de las consecuencias del trabajo en edades tempranas es difícil, porque deben atenderse tanto los efectos inmediatos como los efectos a mediano y largo plazos.

En México, la legislación prohíbe la utilización del trabajo de menores de 14 años, y de jóvenes de 14 y 15 años que no hayan terminado la escuela secundaria. A pesar de ello, en 1995, uno de cada cinco niños de 12 a 14 años trabajaba (Mier y Terán, y Rabell, 2001). Las actividades laborales de los niños se concentran en el sector agrícola y las de las niñas en el servicio doméstico; los varones obtienen con frecuencia remuneración por su trabajo mientras que las mujeres se dedican a quehaceres domésticos en su hogar. La duración de la jornada puede ser muy prolongada, en especial cuando se trata de empleos remunerados.

Aunque no es sencillo establecer una causalidad, el atraso escolar y el abandono temprano de la escuela están relacionados con el trabajo infantil. Al igual que en otros países, en México, la duración de la jornada

es un elemento fundamental para entender el rendimiento escolar de los niños que trabajan. Cuando la jornada laboral es menor de 20 horas por semana, el atraso de los niños en la escuela es similar al de los niños que no trabajan, mientras que, cuando el número de horas de trabajo es mayor, la probabilidad de atraso es significativamente más elevada (Knaul y Parker, 1998; Mier y Terán, y Rabell, 2001). Además, estar rezagados en la escuela es el factor que más explica el abandono escolar tanto de niñas como de niños. En las localidades rurales marginadas, se observa que el trabajo infantil afecta la escolaridad mediante una reducción en la asistencia, pero no una disminución del tiempo dedicado a hacer las tareas ni del tiempo de permanencia en la escuela (Gómez de León y Parker, 2000).

Entre los jóvenes trabajadores en edades de asistir a la secundaria, casi la mitad asiste a la escuela. La combinación de ambas actividades es más frecuente entre los varones (Knaul y Parker, 1998; Mier y Terán, y Rabell, 2001).

Con base en información de una encuesta de seguimiento (sólo estudia, estudia y trabaja, sólo trabaja y no declara actividad alguna), Knaul y Parker (1998) muestran que hay una gran movilidad de los jóvenes de 12 a 17 años en cuanto a sus actividades. El único movimiento que no es frecuente es el retorno a la escuela una vez que se ha iniciado el trabajo con dedicación exclusiva. Knaul (2000) muestra que el trabajo en edades tempranas tiene utilidad para las edades adultas, pero que esta utilidad depende de la permanencia en el sistema educativo. Entre las mujeres, las ventajas de la experiencia laboral temprana son menores, mientras que las de haber cursado estudios posteriores a la primaria son mayores que entre los hombres. Esto muestra claramente el efecto positivo a largo plazo de permanecer en la escuela, en especial entre las jóvenes.

Otro aspecto que se desprende de las investigaciones es la importancia del nivel socioeconómico de la familia en la participación laboral del joven y en el abandono de la escuela (Mier y Terán, y Rabell, 2001). El nivel de ingreso del hogar tiene un efecto importante en la participación en el mercado laboral de los jóvenes varones (Knaul y Parker, 1998).

Estos hallazgos señalan la necesidad de distinguir entre las tres actividades que desempeña la gran mayoría de los jóvenes: sólo estudio, estudio y trabajo, y trabajo exclusivo. Sobre los jóvenes que declaran no

trabajar ni estudiar se tienen pocos elementos, porque su condición puede ser resultado de una mala captación o bien de un periodo corto entre actividades, de una discapacidad, de dificultades para obtener un empleo, etc.; en nuestra muestra, los jóvenes que ni estudian ni trabajan son muy pocos y decidimos excluirlos del análisis.

Para entender las actividades de los jóvenes, resulta relevante incluir el trabajo doméstico. En la definición de las actividades de los jóvenes consideramos que el trabajo doméstico es equiparable al trabajo extradoméstico porque tiene similares efectos en la escolaridad de los jóvenes. Esta postura es la sugerida en varios trabajos sobre la escolaridad en México y en otros países de América Latina (Knaul y Parker, 1998; Knaul, Levison y Moe, 1999).

En este estudio, dividimos a las familias en tres sectores según la ocupación del jefe: en el sector medio ubicamos a los jefes con ocupaciones no manuales, en el sector popular a los trabajadores manuales urbanos y en el sector agrícola a los trabajadores dedicados a ocupaciones en la agricultura, ganadería, silvicultura y pesca.

Nuestro objetivo no es medir la magnitud de la desigualdad entre los sectores, sino comprender las relaciones entre la estructura familiar y las actividades —escuela y/o trabajo— de los jóvenes en México; consideramos que las diferencias sociales y económicas son tan acentuadas como para suponer que los patrones de relación entre la estructura familiar y las actividades de los jóvenes pueden ser muy distintos en cada sector.

Elegimos trabajar con personas de 15 y 16 años porque a estas edades los jóvenes de los sectores medio y popular están por terminar la secundaria y ya ingresaron a la adolescencia tardía, lo cual puede marcar una transición hacia la edad adulta cuando los jóvenes dejan la escuela, ingresan al mercado laboral y en ocasiones abandonan la casa paterna para vivir con parientes. En el sector agrícola, optamos por tomar al grupo de jóvenes de 13 a 14 años, porque el abandono de la escuela y el inicio del trabajo son más tempranos. Además, en este sector los jóvenes se empiezan a casar a partir de los 15 años.⁹

⁹ En el análisis incluimos a jóvenes no unidos que no fueran jefes; excluimos a los jóvenes que se dedican al trabajo doméstico y viven en la casa donde trabajan.

En este momento de la vida de los jóvenes, en el que hay o no una transición a los roles de adulto en la esfera pública, nos interesa saber si las familias desarrollan distintos patrones para encauzar las actividades de hombres y mujeres. En especial, si hay diferencias asociadas con el tipo de familia, pues en la bibliografía se afirma que, por ejemplo, en la familia extensa las relaciones intrafamiliares son desiguales, a favor del mayor bienestar de los adultos y de los varones.

La fuente de datos que empleamos en este trabajo es la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica de 1997 (Enadid). En esta encuesta fueron entrevistados cerca de 80 000 hogares de todo el país. El cuestionario que se aplicó es particularmente adecuado para el estudio de niños y jóvenes en sus familias, puesto que permite conocer la convivencia con sus padres y sus abuelos.

Caracterización de las familias en que viven los jóvenes

Como nos interesa saber si el tipo de familia influye en las actividades de los jóvenes, en su escolaridad y en su trabajo, conviene conocer diversas características demográficas y socioeconómicas de las familias que suelen asociarse con el desempeño escolar y laboral de los jóvenes. Estas características están vinculadas con los recursos de que dispone la familia, y la pregunta entonces es si cada tipo de familia dispone de recursos distintos que puede poner en juego en favor de los jóvenes, propiciando que estudien y evitando su participación laboral temprana.

Inicialmente, intentamos relacionar el tipo de familia con la presencia de los padres en el hogar. Comparamos las familias extensas donde están presentes los padres del joven con las familias nucleares y, por otro lado, las extensas donde el joven vive con uno solo de sus padres con las monoparentales. La idea era aislar el efecto de la estructura familiar del efecto de la presencia de los padres, dado que en diversos estudios se muestra que la presencia de los padres afecta la escolaridad de los hijos (Parker y Pederzini, 1999; De Vos, 2001). Los resultados del análisis fueron muy interesantes: la ausencia del padre influye cuando no hay componente extenso, pero cuando lo hay, su ausencia no tiene repercusiones en las actividades de los jóvenes. Estos resultados nos obligaron

a analizar por separado las familias nucleares y las monoparentales, y estas dos aparte de las extensas.

CUADRO 1

DISTRIBUCIÓN DE LAS FAMILIAS SEGÚN TIPO Y SECTOR SOCIOECONÓMICO (%) Y VALORES RESIDUALES AJUSTADOS PARA PROBAR INDEPENDENCIA DE LOS TIPOS DE FAMILIA SEGÚN SECTOR SOCIOECONÓMICO

Sector	Tipo de familia			Número de familias
	Nuclear	Monoparental	Extensa	
Medio	60 (-1.7)	13 (8.5)	27 (-3.8)	5 086
Popular	61 (-0.7)	11 (3.6)	28 (-1.0)	6 998
Agrícola	63 (3.3)	6 (-10.7)	31 (5.7)	4 618
Todos	61	10	29	16 702

FUENTE: Enadid-97. Muestra ponderada y no expandida. Las cifras entre paréntesis corresponden a los valores de los residuales ajustados; si la hipótesis de independencia se verifica, el residual ajustado proporciona el número de errores estándar que separan el valor observado del valor esperado. Hay sólo 5% de probabilidades de que cualquier residuo ajustado sea superior a 2.0 en valores absolutos; un valor superior a 3.0 proporciona una fuerte evidencia de que la hipótesis de independencia no se verifica (Agresti y Finlay, 1999); las cifras en negritas tienen probabilidades inferiores a 5 por ciento.

Hay diferencias significativas en la distribución de los tipos de familia según sector (cuadro 1).¹⁰ La proporción de familias nucleares es casi la misma aunque, contrariamente a lo esperado, en el sector medio es menos común que en el agrícola. Los arreglos de tipo extenso son también más frecuentes en el sector agrícola y menos en el medio. No obstante, las mayores diferencias entre sectores están dadas por el peso de las familias monoparentales; en el sector medio este tipo de arreglos es mucho más frecuente, mientras que en el agrícola son muy pocas las mujeres que son jefas y viven solas con sus hijos. El sector popular tiene una

¹⁰ Las distribuciones de los tipos de familias son significativamente distintas entre sectores. Al aplicar la prueba de chi cuadrada de Pearson con cuatro grados de libertad en curvas de dos colas la significancia es de .000.

distribución muy cercana a la del total de la población; sólo se distingue por una probable mayor frecuencia de familias monoparentales.¹¹

Las familias nucleares están compuestas por entre 5 y 6.5 miembros en promedio (cuadro 2). La mitad de sus miembros son niños y jóvenes menores de 17 años. Los jefes de estos hogares son varones relativamente jóvenes (de alrededor de 45 años en promedio).

Las familias monoparentales son más pequeñas que las nucleares y ello se debe a que tienen menos niños pequeños y menos adultos varones. La casi ausencia de menores de seis años muestra que este tipo de arreglo familiar no es una opción aceptable cuando hay hijos pequeños. Predomina la jefatura femenina en los arreglos monoparentales aunque, en el sector agrícola, además de que este tipo de familia es muy poco frecuente, los jefes varones alcanzan a constituir una tercera parte. Los jefes tienen edades similares a los de las nucleares.

Las familias extensas son las más numerosas: tienen alrededor de un miembro y medio más que las nucleares. En ellas hay más niños pequeños y mayor cantidad de adultos. Esto es lo inverso a lo encontrado en las familias monoparentales, lo que indica que, cuando los hijos son pequeños (menores de seis años), se recurre con más frecuencia al arreglo familiar de tipo extenso. El número de hermanos es menor que en las nucleares, lo que puede estar asociado a que, en los arreglos extensos, el núcleo familiar del joven se encuentra aún en etapa de expansión; otra explicación es que en estas familias viven mujeres solas con menos hijos. La mayoría de las familias extensas tienen jefes varones aunque, en el sector medio, una tercera parte, y en el popular, más de una cuarta parte, están encabezadas por jefas. Un rasgo específico de estas familias es la edad más avanzada de los jefes, entre cinco y ocho años mayores que los de otros tipos de familia. Este rasgo está asociado con el hecho que en algunos casos quien encabeza estas familias no es el padre ni la madre de los jóvenes, y pertenece a la generación de los abuelos.

¹¹ A principios de la década de 1980-89, en Argentina y Panamá, la proporción de familias monoparentales es muy similar a la encontrada en México, casi veinte años después, en los sectores urbanos. La proporción de familias extensas es mayor en estos dos países que la encontrada en México. Estas distribuciones corresponden a familias donde viven jóvenes de 13 a 16 años (De Vos, 2001).

CUADRO 2

CARACTERÍSTICAS DE LOS TIPOS DE FAMILIA SEGÚN SECTOR SOCIOECONÓMICO

	<i>Nuclear</i>	<i>Monoparental</i>	<i>Extensa</i>
Sector medio			
Número medio de miembros	5.2	3.7	6.5
Número medio de menores de seis años	0.3	0.1	0.6
Número medio de hermanos [♦]	2.3	1.8	1.8
Hogares encabezados por mujeres (%)	2	85	35
Edad promedio de los jefes	44	43	51
Escolaridad media del jefe (años aprobados)	11	9	8
Ingreso mensual promedio por adulto equivalente (en pesos)	2 297	1 973	1 646
Sector popular			
Número medio de miembros	5.7	4.2	7.5
Número medio de menores de seis años	0.3	0.2	0.8
Número medio de hermanos [♦]	3.0	2.6	2.6
Hogares encabezados por mujeres (%)	2	86	29
Edad promedio de los jefes	43	43	48
Escolaridad media del jefe (años aprobados)	7	5	6
Ingreso mensual promedio por adulto equivalente (en pesos)	1 061	1 030	977
Sector agrícola			
Número medio de miembros	6.5	4.6	8.3
Número medio de menores de seis años	0.5	0.3	0.9
Número medio de hermanos [♦]	4.0	2.6	3.2
Hogares encabezados por mujeres (%)	1	65	12
Edad promedio de los jefes	46	46	54
Escolaridad media del jefe (años aprobados)	4	3	3
Ingreso mensual promedio por adulto equivalente (en pesos)	594	646	570

[♦] Se obtuvo a partir de la historia de embarazos de la madre del joven.
Hogares en los que viven jóvenes de 12 a 16 años. Muestra ponderada de los hogares.

La composición de la organización familiar extensa es la que más puede variar y, por ende, el lugar del joven en la familia. A continuación nos proponemos caracterizar este tipo de arreglos en cada uno de los sectores socioeconómicos.

Familias extensas en las que viven jóvenes

Estas familias pueden incluir el núcleo familiar completo del joven, o bien a él con uno o ninguno de sus padres. El padre o la madre que convive con el joven puede ser el jefe o no. El componente que hace que el arreglo sea extenso puede ser el de los abuelos u otros parientes. Podemos suponer que estas características de las familias extensas expresan estructuras distintas que dependen de diferentes procesos de formación familiar.

Los datos muestran que la presencia de los padres del joven en las familias extensas difiere significativamente entre sectores (cuadro 3).¹² En el medio, las características distintivas son la menor presencia de ambos padres y la mayor frecuencia de madres sin pareja. En el sector agrícola, la situación es la opuesta: la presencia de ambos padres es mayoritaria, en casi dos de cada tres hogares extensos el joven vive con su núcleo familiar completo, y las madres sin pareja son muy poco comunes. En el sector popular es notable la baja frecuencia de arreglos donde el joven vive con parientes y sin sus padres.

El entorno de la madre sola con sus hijos en familias extensas parece ser un fenómeno urbano, al igual que el caso de las familias monoparentales.

Es interesante constatar que la poca frecuencia de familias monoparentales en el sector agrícola no se debe a que, en las áreas rurales, las mujeres no puedan vivir solas con sus hijos y acudan a los arreglos extensos. La menor frecuencia con que las mujeres rurales viven solas con sus hijos está asociada con la mayor estabilidad de las uniones.¹³

En pocos casos se encuentra a los padres solos con sus hijos en familias extensas en cualquiera de los tres sectores, al igual que es poco frecuente la familia monoparental con jefe varón. Ello muestra que, cuando los padres se separan, los hijos permanecen casi siempre con la madre.

¹² Con la chi cuadrada de Pearson con seis grados de libertad en curvas de dos colas, la significancia es de .000.

¹³ Quilodrán (1991: 61) muestra que entre las mujeres rurales es mayor el tiempo que pasan en unión conyugal (10%) que entre las mujeres urbanas y metropolitanas. Además la proporción de uniones interrumpidas es menor entre las mujeres que viven en localidades rurales.

Alrededor de una quinta parte de los jóvenes que viven en familias extensas reside sin sus padres. Esta no coresidencia puede deberse a varios motivos. Entre otros, el hijo puede ir a vivir con otros parientes por razones de estudio o de trabajo. Podemos suponer que los jóvenes del sector medio se desplazan más para estudiar, mientras que los del sector agrícola para trabajar; el sector popular es en el que los jóvenes conviven más con alguno o con ambos padres.¹⁴ Estos arreglos incluyen también a los jóvenes huérfanos; no obstante, la probabilidad de ser huérfano de ambos padres a estas edades, con el nivel de mortalidad de las últimas décadas, es sumamente baja, de menos de dos de cada mil jóvenes.¹⁵

Un elemento de interés para conocer la forma de funcionamiento de la familia extensa es saber cómo se constituyó. Con la fuente transversal que usamos no es posible saberlo, pero se logra cierta aproximación al estudiar quién tiene la jefatura de estas familias. Cuando ambos padres están presentes, casi siempre el padre es el jefe en los tres sectores (cuadro 3). En cambio, cuando la madre está sola, únicamente en la mitad de los casos tiene la jefatura en los sectores urbanos y, en el agrícola, sólo en uno de cada tres casos. Cuando la pareja se encuentra presente, es probable que los otros familiares sean los que se establecen con ella, mientras que cuando la mujer está sola es más frecuente que ella y sus hijos vayan a vivir con los parientes.

Asimismo, puede uno preguntarse si la propensión a formar parte de familias extensas es distinta cuando el núcleo familiar del joven está completo. Observamos que alrededor de una quinta parte de los núcleos completos está integrada a un arreglo extenso; esta proporción es algo menor en el sector medio y más elevada en el agrícola (cuadro 3). Cuando la madre se encuentra sola con sus hijos, su propensión a coresidir con

¹⁴ Del total de jóvenes, alrededor de 5% viven sin sus padres, y esta proporción es semejante en los tres sectores.

¹⁵ Aplicamos la mortalidad estimada por Camposortega (1990) para los años 1983-1985, y supusimos que la edad promedio al nacimiento de los hijos es de 30 años y que la edad promedio de los jóvenes de 12 a 16 años es de 13. A esta edad, la probabilidad de ser huérfano de madre es de 0.027 y, de padre, 0.059; la probabilidad de ser huérfano de ambos es de 0.0016.

CUADRO 3

COMPOSICIÓN DE LAS FAMILIAS EXTENSAS EN LAS QUE VIVEN JÓVENES

	<i>Sector medio</i>	<i>Sector popular</i>	<i>Sector agrícola</i>
<i>Proporciones y residuales de la distribución de las familias según la presencia de:</i>			
ambos padres	44 (-8.2)	53 (-0.2)	63 (8.2)
madre sola	28 (6.3)	24 (4.1)	12 (-10.6)
padre solo	4 (0.7)	4 (-0.1)	4 (-0.6)
ningún padre	24 (3.3)	19 (-3.8)	22 (0.4)
Total	100	100	100
<i>Proporción (%) de hogares encabezados por el padre o la madre cuando hay presencia de:</i>			
ambos padres	91	93	90
madre sola	48	55	35
padre solo	53	50	62
<i>Proporción (%) de familias extensas cuando en el núcleo familiar del joven hay presencia de:</i>			
ambos padres	17	20	24
madre sola	39	41	51
<i>En las familias en las que hay algún padre del joven, presencia de:</i>			
algún abuelo	42	32	30
<i>En las familias con ambos padres, presencia de:</i>			
abuela materna	16	14	6
abuelo materno	7	5	4
abuela paterna	13	12	15
abuelo paterno	5	4	9
<i>En las familias con madre sola, presencia de:</i>			
abuela materna	51	37	45
abuelo materno	19	20	35

Muestra ponderada de las familias.

otros parientes es mucho mayor, en especial en el sector agrícola, donde una de cada dos mujeres solas forma parte de una familia extensa.

La presencia de los abuelos también es un rasgo importante en la caracterización de estos arreglos familiares. En el sector medio es donde los abuelos conviven más con sus nietos; en 42% de las familias extensas hay algún abuelo (cuadro 3). Cuando el núcleo familiar del joven está completo, lo más frecuente es la presencia de las abuelas, en especial de las maternas en este sector urbano.¹⁶ El rol de cuidadora de los parientes mayores se le asigna con mucha mayor frecuencia a las hijas que a los hijos (Solís, 2001). Cuando las madres están solas con sus hijos, también es muy frecuente la presencia de las abuelas maternas.

En el sector agrícola lo más común es la presencia de los padres del padre; en este caso, los patrones familiares patrilineales son los que explican que haya más parientes paternos. Los núcleos familiares compuestos por la madre y sus hijos conviven mucho más con ambos abuelos maternos que los núcleos completos.

En el sector popular las familias extensas tienen rasgos semejantes a los del sector medio (como la frecuencia con la que los padres conviven con los abuelos paternos y maternos), mientras que otros reproducen patrones del sector agrícola (la frecuencia de la presencia de algún abuelo). Un rasgo distintivo de las familias extensas de este sector es la elevada frecuencia de jefas entre las madres solas (55 por ciento).

Podemos concluir que la familia extensa tiene distintos patrones de formación en cada sector. En el medio, los núcleos familiares de los jóvenes tienden a vivir menos con otros parientes, en especial si el núcleo está completo. En estos casos, el jefe es el padre y sólo una tercera parte de las familias es de tres generaciones por la presencia de alguna abuela. A este tipo de familia extensa le podemos llamar “nuclear reincorporada”.

Cuando la madre del joven está sola, sea como jefa o no, con mucha frecuencia reside con su madre, la mayoría de las veces también sola; se forman familias de tres generaciones con predominio femenino entre las personas adultas.

¹⁶ La mayor sobrevivencia de las abuelas y en especial de las abuelas maternas se debe a la menor edad de las mujeres al matrimonio y al tener hijos, y a la mayor longevidad femenina.

En el otro extremo está el sector agrícola, en el que la propensión a formar arreglos extensos es significativamente más elevada. La mayoría de estos arreglos está conformada por el núcleo familiar completo del joven, el padre es el jefe y hay otros parientes que sólo en pocos casos son los abuelos. Cuando los abuelos están presentes, son abuelos paternos. En este sector, las familias de tres generaciones son muy probablemente familias extensas tradicionales en las que al menos uno de los hijos no abandona la casa paterna.

Recursos educativos y económicos de las familias

El nivel de escolaridad formal de los padres es un excelente predictor de la escolaridad de los hijos. Tiene importantes efectos sobre las expectativas y las oportunidades educativas y de empleo de los hijos; entre más elevada la escolaridad de los adultos, mayor será su capacidad de invertir en el capital humano de sus hijos y, por lo tanto, de acrecentar el capital social de la familia (Astone *et al.*, 1999).

En los estudios sobre el desempeño escolar, se emplea tanto la escolaridad del jefe como la de la madre. La escolaridad del jefe suele tener una influencia mayor en los jóvenes de edades intermedias, por lo que utilizamos esta última variable.

En las familias nucleares que analizamos, los jefes tienen mayor escolaridad formal que en las extensas y monoparentales (cuadro 2).¹⁷ En las dos últimas, las diferencias en la escolaridad del jefe son pequeñas y su sentido varía entre sectores: en el sector medio, los de menor escolaridad son los jefes de las extensas, en el popular los de las monoparentales y en el agrícola no hay diferencias.

Pudiera ser que la mayor escolaridad en los arreglos nucleares se deba, al menos en parte, al género y a la generación de sus jefes, ya que los

¹⁷ Aplicamos la prueba t para probar igualdad de medias del número de años aprobados por el jefe en la escuela. En los tres sectores hay amplia evidencia para desechar la hipótesis de igualdad de medias entre la escolaridad del jefe en los arreglos nucleares y la de los jefes en los otros arreglos familiares. Sin el supuesto de igualdad de varianzas, la significancia en pruebas de dos colas es siempre de .000.

hombres más jóvenes tienen mayor escolaridad que las jefas de las monoparentales y que los hombres de mayor edad que encabezan las extensas.

Para poner a prueba la hipótesis de que los recursos educativos familiares son mayores en los arreglos nucleares, independientemente del sexo y la edad del jefe, analizamos la escolaridad de las madres.¹⁸ Los resultados muestran que, en el sector medio, los niveles de escolaridad en las familias nucleares y en las monoparentales son semejantes, pero difieren del de las extensas donde tanto jefes como madres tienen una escolaridad significativamente menor. En los otros dos sectores, el sexo y la edad no explican la mayor escolaridad de las familias nucleares, ya que en ellas la escolaridad materna también es siempre más elevada; en las monoparentales y extensas la escolaridad de la madre, así como la del jefe, son semejantes. Podemos afirmar que las familias nucleares tienen mayores recursos educativos y, en el sector medio, también las monoparentales.

De acuerdo con la teoría de la economía de la producción doméstica, los padres dotan a los hijos de características biológicas y culturales e invierten tiempo y recursos para formar el capital humano de sus hijos que, en gran medida, consiste en la educación formal que reciben. En consecuencia, los ingresos familiares tienen fuertes efectos en los niveles de escolaridad alcanzados por los hijos. Otra teoría que da cuenta del efecto de los ingresos familiares en la escolaridad de los hijos se basa en la idea de que la falta de recursos, y el consiguiente estado de estrés, deterioran la calidad de la conducta que tienen los padres para con sus hijos; el efecto puede darse también a través del modelo de rol que los padres le transmiten a los hijos (Mayer, 1997).

El ingreso total de las familias, convertido en ingreso por adulto equivalente, resultó ser un buen indicador de las diferencias económicas entre los tipos de familia en el sector medio, en donde hay ingresos significativamente distintos: las nucleares tienen el ingreso más alto y las extensas el más bajo. En cambio, en los otros dos sectores este indicador del ingreso no muestra diferencias.

¹⁸ También aplicamos la prueba t a las medias del número de años aprobados por la madre.

Otra forma de caracterizar los distintos tipos de familia es analizando la fuente de sus ingresos. Hasta ahora nos hemos ocupado del monto total de las percepciones en dinero, sin distinguir si provienen del trabajo de los miembros o de otras fuentes. En los siguientes párrafos nos ocupamos del tipo de ingresos familiares que no se derivan del trabajo.

En especial, nos interesa conocer las aportaciones de parientes, puesto que revelan la existencia de fuertes redes familiares de solidaridad. La idea es que estas redes podrían sustituir, económica y afectivamente, las carencias de las familias monoparentales.¹⁹

En las familiares nucleares, la proporción que recibe otros ingresos es muy baja en el sector medio y, en especial, en el popular (cuadro 4); la “ayuda” de parientes, de México o de fuera, es casi inexistente.²⁰ En este sentido, la familia nuclear de estos sectores es económicamente autónoma. En el sector agrícola, la familia nuclear participa un poco más de los beneficios de las redes de parientes, en especial de la ayuda económica del exterior.

Las familias monoparentales y las extensas reciben ingresos de otras fuentes: más de la cuarta parte de ellas tiene apoyos externos. Entre 12 y 15% de este tipo de familias cuenta con apoyos familiares en dinero.²¹ En los sectores medio y popular la ayuda familiar proviene, en mayor medida, del país, mientras que en el sector agrícola el apoyo proviene sobre todo de remesas de los trabajadores en Estados Unidos.

Las familias monoparentales y extensas de los sectores urbanos, en especial del sector medio, reciben apoyos institucionales mediante ingresos por jubilación o pensión. Las madres solas con sus hijos, en familias ya sea monoparentales o extensas, también reciben otros ingresos por jubilación o pensión (quizás del padre ausente). En las familias extensas

¹⁹ La encuesta proporciona dos montos de ingreso: el proveniente del trabajo y el recibido por otros conceptos. Desafortunadamente no permite distinguir los montos que se reciben en cada rubro de ingreso que no provenga del trabajo.

²⁰ En el sector medio, las diferencias en “algún ingreso no proveniente del trabajo” entre tipos de familia son significativas. En los sectores popular y agrícola, las diferencias significativas sólo aparecen entre las familias nucleares y las otras dos.

²¹ En la monoparental del sector agrícola, la proporción asciende a 21 por ciento.

en las que se encuentran los abuelos, éstos son los que perciben los ingresos por jubilación.

CUADRO 4

FAMILIAS QUE RECIBEN ALGÚN TIPO DE INGRESO QUE NO PROVIENE
DEL TRABAJO DE SUS MIEMBROS (%)

	<i>Ayuda familiar (país)</i>	<i>Ayuda familiar (EE.UU.)</i>	<i>Renta</i>	<i>Jubilación o pensión</i>	<i>Procampo</i>	<i>Beca</i>	<i>Total</i>
Sector medio							
Nuclear	0.7	1.1	2.7	4.9	1.6	3.4	15.5
Monoparental	9.9	4.7	2.0	15.4	0.7	3.4	35.5
Extensa	10.4	5.3	3.0	21.3	1.3	2.5	41.0
Sector popular							
Nuclear	1.1	1.4	1.0	3.4	0.9	2.5	10.7
Monoparental	6.7	5.6	2.7	7.8	0.9	2.3	25.7
Extensa	8.7	3.5	2.1	11.1	2.3	1.7	28.9
Sector agrícola							
Nuclear	2.8	3.8	0.4	1.5	28.3	4.0	37.9
Monoparental	6.9	15.2	0.0	2.2	14.7	2.6	40.7
Extensa	7.6	7.7	0.7	5.3	33.8	4.9	53.2

Muestra ponderada de las familias.

En el sector agrícola, es notable la proporción de familias nucleares y extensas que cuenta con beneficios de Procampo: una de cada cuatro familias nucleares y una de cada tres extensas.

Entre las familias que reciben ingresos provenientes de fuentes distintas al trabajo de sus miembros, éstos representan una proporción elevada de su ingreso familiar total: para la familia nuclear es de 25-33%, para la familia monoparental 41%, para la familia extensa 31-34%. Estos datos también apoyan la hipótesis de una mayor autonomía de la familia nuclear.

A pesar de que nuestra fuente de datos no proporciona información sobre el monto de la ayuda de los familiares, existen evidencias de que la magnitud de las remesas que provienen de Estados Unidos es decisiva

para la subsistencia de las familias que las reciben. En un estudio sobre este tema (Castro y Tuirán, 1999) se estima que, respecto al ingreso monetario corriente de los hogares perceptores de remesas, éstas representan más de la mitad: 60% en las localidades de menos de 2 500 habitantes y 51% en las localidades mayores. En ambos tipos de localidades, los ingresos por remesas se destinan en gran medida al sustento familiar; alrededor de ocho de cada 10 pesos gastados por las familias, receptoras de remesas o no, van al gasto corriente, que incluye principalmente alimentos, vestido, salud, educación y transporte.

En conclusión, el análisis de los recursos educativos y económicos muestra que existen marcadas diferencias por sector socioeconómico y que las familias del sector medio, cualquiera que sea su estructura, son las que se encuentran mejor y las del sector agrícola las que tienen menores recursos. El tipo de familia que tiene más recursos es el nuclear en los sectores no rurales. En el sector agrícola, las diferencias entre los distintos tipos de familias son pequeñas, en parte porque las monoparentales y extensas reciben apoyos externos.

Estudio y trabajo de jóvenes según tipo de familia y sector socioeconómico

Al analizar la distribución de los jóvenes de trece a dieciséis años según su actividad en los distintos sectores socioeconómicos a los que pertenecen sus familias, encontramos que hay diferencias notables tanto entre mujeres como entre varones. En el sector medio, más de ochenta por ciento de los jóvenes se dedica sólo a estudiar y uno de cada diez ha dejado de estudiar y se dedica sólo a trabajar. En el sector popular, menos de setenta por ciento de los jóvenes sólo estudia y casi una cuarta parte se dedica sólo a trabajar. En el agrícola, apenas cuarenta por ciento está dedicado a los estudios y una proporción aún mayor se dedica sólo a trabajar (cuadro 5). En los sectores medio y popular, fundamentalmente urbanos, las proporciones de jóvenes dedicados al estudio así como las de los que sólo trabajan no son tan disímiles, mientras que en el sector agrícola los estudiantes son una proporción mucho más baja y quienes trabajan una proporción más alta. La opción de trabajar y estudiar es se-

mejante en los tres sectores, entre hombres y mujeres, a excepción de los varones del sector agrícola, entre quienes es más frecuente.

CUADRO 5

ACTIVIDADES DE LOS JÓVENES SEGÚN SEXO Y TIPO DE FAMILIA (%)

	<i>Hombres</i>			<i>Mujeres</i>		
	<i>nuclear</i>	<i>monoparental</i>	<i>extensa</i>	<i>nuclear</i>	<i>monoparental</i>	<i>extensa</i>
<i>Sector medio</i>						
Sólo estudia	85	80	77	85	76	72
Est. y trabaja	9	12	11	6	11	7
Sólo trabaja	6	8	12	9	13	21
<i>Sector popular</i>						
Sólo estudia	72	61	66	71	54	67
Est. y trabaja	10	11	10	6	11	6
Sólo trabaja	18	28	24	23	35	27
<i>Sector agrícola</i>						
Sólo estudia	40	30	37	44	31	43
Est. y trabaja	19	25	21	8	10	8
Sólo trabaja	41	45	42	48	59	49

Muestra ponderada de todos los jóvenes de 13 a 16 años.

Si comparamos las diferencias entre sectores con las observadas entre tipos de familia, es evidente que las condiciones socioeconómicas y el medio (rural/urbano) generan desigualdades más acentuadas que la organización familiar. Sin embargo, hay diferencias significativas asociadas con el tipo de familia en el que viven los jóvenes en los distintos sectores.

Las familias nucleares tienen más recursos que las demás, y los jóvenes de esas familias son los que se dedican sólo a estudiar en mayor proporción. Podría entonces decirse que constituyen el entorno más favorable para el desarrollo de los jóvenes.

En las familias monoparentales, a pesar de que hay menos recursos y que los jóvenes se dedican sólo a estudiar en menor proporción que en las nucleares, la estrategia para no abandonar los estudios pareciera ser combinar estudios y trabajo.

En las familias extensas es donde las condiciones de los jóvenes parecen ser las peores; los jóvenes de estas familias son los que en menor proporción se dedican sólo a estudiar y también en ellas es donde encontramos mayores diferencias de género a favor de los varones.

Estos hallazgos muestran que cada tipo de familia tiene diferentes recursos y que también varían las actividades desarrolladas por los miembros jóvenes. Lo que este análisis no nos dice es si la diferencia en las actividades se debe a que las familias no tienen los mismos recursos, o bien si la distribución de recursos en el interior de la familia depende del tipo de familia. De acuerdo con la bibliografía, el flujo de recursos puede ir solamente de padres a hijos (independientemente de los recursos familiares, los padres harían todos los esfuerzos posibles para que los hijos no dejaran de estudiar) o bien los hijos pueden haberse integrado, como adultos, a las actividades de la producción doméstica (por ejemplo, cuando las hijas se dedican a los quehaceres domésticos y los hijos trabajan en el mercado o en empresas familiares).

Además, falta también establecer la magnitud del efecto de cada uno de los recursos familiares en las actividades de los jóvenes.

Resultados de los modelos multivariados y discusión

Usamos modelos de regresión logística multinomial para estimar la probabilidad de que los jóvenes estudien, trabajen o combinen ambas actividades y para conocer el efecto del tipo de familia, la escolaridad del jefe, el número de hermanos y el ingreso (en el sector agrícola se tomó el material de los pisos y el acceso a agua entubada y electricidad dentro de la vivienda).²² Las cifras que se obtienen de estos modelos (cuadros 6 a 8) representan la probabilidad de que se dé una determinada situación en las actividades de los jóvenes, para cada categoría de cada variable explicativa, manteniendo las demás variables en el valor medio. Por consi-

²² Aplicamos el ingreso por adulto equivalente (primer adulto=1, subsecuentes=0.5, niños de 0 a 16 años=0.3), dividido en cuartiles. Trabajamos cada sector por separado. Excluimos los ingresos de los jóvenes del cálculo.

guiente, estas probabilidades difieren de las proporciones observadas que aparecen en el cuadro 5.²³

Aplicamos un modelo para cada sexo porque suponemos que los factores que las familias toman en cuenta al tomar decisiones sobre las actividades de sus hijos varían según el rol asignado a hijos y a hijas.

El número de hermanos es una variable que ha jugado un papel muy importante en la explicación de las diferencias en la escolaridad y en los logros profesionales de los jóvenes: en las familias grandes tiene efectos negativos porque se supone que los recursos familiares disponibles (por ejemplo, tiempo de los padres, energía emocional y física, atención, habilidad para interactuar con los hijos como individuos), además de los recursos materiales (espacio habitacional, cuidados médicos, etc.) se distribuyen entre los hijos; los recursos de los que dispone cada hijo disminuyen a medida que aumenta el número de hermanos. Esta teoría, desarrollada por Blake (1989) se basa en la idea de la dilución de recursos, formalizada por Becker (1981). Estudios más recientes ofrecen otra explicación de las diferencias encontradas en la escolaridad de niños y jóvenes de familias grandes y chicas. De acuerdo con Knodel (1989), las parejas preocupadas por dar mayor educación a sus hijos no tienen tantos hijos como aquellas que valoran menos la educación. El número de hermanos, al igual que su escolaridad, es resultado de decisiones previas. Por tanto, el número de hermanos no explica las diferencias en la escolaridad. Esta interpretación supone que los padres pueden controlar el tamaño de su descendencia.

En la bibliografía se sostiene con frecuencia que en las familias encabezadas por mujeres los hijos tienen mejores condiciones que en las encabezadas por hombres, *ceteris paribus*, porque las mujeres distribuyen el ingreso familiar de manera que beneficie más a los hijos (Desai, 1992; Lloyd y Blanc, 1996). Sin embargo, en los modelos que aplicamos la variable “sexo del jefe” resultó no significativa en todos los casos.

Los resultados de los modelos multinomiales confirman que en el sector medio (cuadro 6) la familia nuclear es la más ventajosa, aun des-

²³ Para conocer la magnitud del efecto de cada una de las variables, conviene consultar también los resultados originales del modelo en los cuadros A1 y siguientes del anexo.

pués de controlar el efecto de los recursos familiares.²⁴ Aquí es donde las probabilidades de dedicarse a estudiar son más altas y las de sólo trabajar son más bajas. Como a través del modelo se controlan los recursos económicos y los educativos, la familia nuclear resulta ser aquella donde la distribución de recursos favorece más a los hijos, puesto que fluyen de los padres a los hijos.

En las familias monoparentales, la probabilidad de que los jóvenes se dediquen a estudiar es menor y es mayor la de combinar el estudio con el trabajo. La diferencia con respecto a las nucleares puede atribuirse al hecho de que estas familias disponen de menos tiempo adulto; además, los jóvenes carecen, en muchos de los casos, de modelo de rol por la ausencia de padre. Por otro lado, las carencias en este tipo de familias se ven atenuadas por el apoyo de parientes que, como ya vimos, es mucho más frecuente que entre las familias nucleares.

En las familias extensas, las probabilidades de que los jóvenes se dediquen a diversas actividades son similares a las de los jóvenes de familias monoparentales. Este tipo de familias cuenta con más tiempo adulto y más apoyo de parientes que las nucleares, por lo que las desventajas para los jóvenes observadas se deben a una distribución de los recursos menos beneficiosa para ellos; no todos los recursos fluyen de padres a hijos. En ese sentido, podemos pensar que se trata de organizaciones familiares jerárquicas que privilegian a la generación de los padres.

Con respecto al efecto de las otras variables, encontramos que la escolaridad del jefe es la que tiene mayor fuerza de predicción. A mayor escolaridad del jefe, mayor es la probabilidad de que los jóvenes de uno u otro sexo se dediquen sólo a estudiar. Este hecho confirma que la escolaridad está vinculada con la valoración que hacen los padres de la educación formal de sus hijos o, dicho de otro modo, con la disposición que tengan para invertir en el capital humano de sus hijos y su habilidad para incrementarlo. El efecto de la escolaridad del jefe es más fuerte en las jóvenes que en los varones porque, en la medida en que el rol de la

²⁴ Los valores de la chi cuadrada son mucho más altos en los modelos del sector medio que en los de los otros dos sectores, lo que indica que las variables elegidas explican más las diferencias en las actividades de los jóvenes.

mujer no se limita al de cuidadora, los padres perciben más los beneficios laborales futuros que las hijas van a tener (cuadros A1 y A2).²⁵

CUADRO 6

SECTOR MEDIO, PROBABILIDAD DE QUE EL JOVEN (15 Y 16 AÑOS)
SÓLO ESTUDIE, ESTUDIE Y TRABAJE O SÓLO TRABAJE (%)

<i>Variables:</i>	<i>Hombres</i>			<i>Mujeres</i>		
	<i>sólo estudie</i>	<i>estudie y trabaje</i>	<i>sólo trabaje</i>	<i>sólo estudie</i>	<i>estudie y trabaje</i>	<i>sólo trabaje</i>
<i>Tipo de familia:</i>						
Nuclear	64	31	5	74	19	6
Monoparental	56	38	6	67	23	10
Extensa	60	33	8	66	24	11
<i>Escolaridad del jefe (en años):</i>						
17 y más	77	21	2	83	14	3
9 a 16	64	31	5	74	21	5
0 a 8	51	39	11	59	23	18
<i>Ingreso por adulto equivalente:</i>						
Cuarto cuartil	68	31	2	78	17	5
Tercer cuartil	63	30	7	75	19	6
Segundo cuartil	56	36	8	65	24	12
Primer cuartil	57	31	12	64	25	11
<i>Número de hermanos:</i>						
0 a 2	64	31	5	77	17	7
3 o más	56	35	9	62	29	10
Chi cuadrada del modelo	242.5(16 g.l.)			288.6 (16 g.l.)		

Nota: Probabilidades calculadas a partir de un modelo de regresión logística multinomial (cuadros A.1 y A.2).

El ingreso influye de manera diferente; es muy clara la relación entre el monto del ingreso y la probabilidad de que los jóvenes, de uno u otro

²⁵ Parker y Pederzini (1999) estudian las diferencias de género en la educación en México y encuentran que el nivel educativo de los padres favorece a las niñas y jóvenes de 12 a 15 años más que a los varones.

sexo, se dediquen sólo a trabajar: entre menor el ingreso, mayor la probabilidad de que los jóvenes trabajen. La relación entre el ingreso y las probabilidades de sólo estudiar va en el mismo sentido, aunque no es tan acentuada. En el caso de los varones, el hecho de combinar estudio y trabajo no está asociado con el monto del ingreso, por lo que podemos suponer que no es resultado de presiones económicas.

En las familias chicas (que tienen de uno a tres hijos), los jóvenes tienen más probabilidades de dedicarse sólo a estudiar que en las grandes (cuatro o más hijos). La situación puede deberse al efecto de la dilución de los recursos familiares (tiempo de adultos). Sin embargo, también puede decirse que las familias chicas controlan su fecundidad porque valoran más la formación escolar de los hijos. Por estas mismas razones, los jóvenes tienen una probabilidad mayor de trabajar en las familias grandes. Debido a que incluimos los quehaceres domésticos en la categoría de trabajo, el efecto del número de hermanos es más fuerte entre las jóvenes.

Comparando los resultados para los hombres con los resultados para las mujeres, la principal diferencia está en que las mujeres tienen probabilidades mucho menores de combinar el estudio con el trabajo, y se dedican con mayor frecuencia sólo a trabajar; además, tienen probabilidades más altas de dedicarse a estudiar.²⁶ Esta situación se da en todos los tipos de familias. Si usamos como indicador de discriminación la probabilidad de sólo trabajar, resulta que las mujeres están en peor situación que los hombres. Este índice es más claro porque, con los elementos de los que disponemos, no podemos afirmar que la combinación entre estudio y trabajo desfavorezca la continuación de los estudios.

En el sector popular, el efecto de la estructura familiar es menos claro; los varones que viven en familias nucleares tienen mejores condiciones que los demás porque son los que tienen menos probabilidades de trabajar (cuadro 7). Sin embargo, las jóvenes que viven en familias nucleares tienen condiciones menos favorables que las de ellos, y similares a las de las que viven en familias extensas. En estas familias, a diferencia de lo que

²⁶ Knaul y Parker (1998) observan que, en México, la formación escolar está relacionada con el mercado de trabajo entre los varones y con el trabajo doméstico entre las mujeres.

ocurre en el sector medio, las jóvenes tienen más probabilidades de combinar el estudio con el trabajo, sin duda porque en el trabajo está incluido el trabajo doméstico.

CUADRO 7

SECTOR POPULAR, PROBABILIDAD DE QUE EL JOVEN (15 Y 16 AÑOS)
SÓLO ESTUDIE, ESTUDIE Y TRABAJE O SÓLO TRABAJE (%)

<i>Variables:</i>	<i>Hombres</i>			<i>Mujeres</i>		
	<i>sólo estudie</i>	<i>estudie y trabaje</i>	<i>sólo trabaje</i>	<i>sólo estudie</i>	<i>estudie y trabaje</i>	<i>sólo trabaje</i>
<i>Tipo de familia:</i>						
Nuclear	59	25	16	51	36	12
Monoparental	43	39	18	40	47	13
Extensa	56	21	23	50	37	13
<i>Escolaridad del jefe (en años):</i>						
9 a 21	69	20	11	59	36	5
6 a 8	59	25	16	51	38	12
0 a 5	47	28	25	43	38	20
<i>Ingreso por adulto equivalente:</i>						
Cuarto cuartil	59	23	18	49	42	9
Tercer cuartil	59	22	19	52	34	13
Segundo cuartil	59	24	18	47	40	13
Primer cuartil	47	35	19	47	34	19
<i>Número de hermanos:</i>						
0 a 2	61	22	17	55	34	11
3 o más	52	28	19	44	42	15
Chi cuadrada del modelo	107.8 (16 g.l.)			145.0 (16 g.l.)		

Nota: Probabilidades calculadas a partir de un modelo de regresión logística multinomial (cuadros A.3 y A.4).

La familia monoparental se caracteriza porque en ella los jóvenes de uno u otro sexo tienen altas probabilidades de combinar el estudio con el trabajo. Una hipótesis para explicar esta situación es que en estas familias, donde suele faltar el padre, los jóvenes asumen tempranamente el rol de adultos.

La escolaridad del jefe resulta, al igual que en el sector medio, una excelente variable para predecir las actividades de los jóvenes. Las razones son similares a las del sector medio.

El efecto del ingreso varía según el sexo del joven.²⁷ En las familias del primer cuartil los varones tienen mayores probabilidades de combinar estudio y trabajo que en las demás familias; suponemos que la presión económica es muy fuerte y que el hecho de recurrir a la combinación de actividades muestra que en estas familias se valora la educación formal de los hijos. En cambio, en el caso de las jóvenes la presión económica se traduce en una creciente probabilidad de dedicarse sólo a trabajar.

El efecto del número de hermanos es fuerte y similar al que tiene en el sector medio. Esto coincide con lo observado por Parker y Pederzini (1999) quienes sostienen que la presencia de niños pequeños afecta la asistencia escolar de niños y niñas, sobre todo en las localidades urbanas.

Al comparar las actividades de los hombres con las de las mujeres hay un dato notable: las probabilidades que tienen las jóvenes de dedicarse a estudiar son siempre más bajas que las de los varones. Se podría entonces concluir que en este sector la educación de las jóvenes está menos apoyada por el entorno familiar que la de los hombres. Sin embargo, lo singular en este sector es la alta probabilidad de que las jóvenes estudien a la vez que trabajan. Sin duda, esta probabilidad está influida por la importancia que tiene el trabajo doméstico en este sector. Los hombres, en cambio, tienen probabilidades más altas de dedicarse sólo a trabajar. De acuerdo con el indicador del trabajo exclusivo, las mujeres no estarían en peores condiciones que los varones.

En el sector agrícola es donde las probabilidades de estudiar son las más bajas de los tres sectores (cuadro 8). Como en este sector, la oferta de escuelas secundarias es insuficiente, la falta de escuela es uno de los factores que explica la menor escolaridad de los jóvenes. Parker y Pederzini (1999) muestran que la oferta escolar influye en la asistencia a la escuela sólo en las localidades rurales, y que esta influencia afecta más a las jóvenes.

²⁷ Parker y Pederzini (1999) también encuentran que el efecto del ingreso en la asistencia a la escuela es mayor (30%) entre los varones que entre las mujeres.

CUADRO 8

SECTOR AGRÍCOLA, PROBABILIDAD DE QUE EL JOVEN (15 Y 16 AÑOS)
SÓLO ESTUDIE, ESTUDIE Y TRABAJE O SÓLO TRABAJE (%)

<i>Variables:</i>	<i>Hombres</i>			<i>Mujeres</i>		
	<i>sólo estudie</i>	<i>estudie y trabaje</i>	<i>sólo trabaje</i>	<i>sólo estudie</i>	<i>estudie y trabaje</i>	<i>sólo trabaje</i>
<i>Tipo de familia:</i>						
Nuclear	54	28	19	59	19	22
Monoparental	51	26	23	51	17	32
Extensa	52	30	18	59	21	19
<i>Escolaridad del jefe (en años):</i>						
6 y más	62	26	12	70	18	13
1 a 5	50	28	21	60	18	24
sin estudios	49	29	22	50	24	25
<i>Material de los pisos en la vivienda:</i>						
Firme u otros	55	28	16	60	20	20
Tierra	49	28	24	56	19	25
<i>Servicios de agua y luz en la vivienda:</i>						
Con agua y luz	56	27	17	63	17	19
Sin luz y/o agua	47	31	22	50	24	25
<i>Número de hermanos:</i>						
0 a 4	58	26	17	65	17	18
5 o más	48	30	21	53	22	25
Chi cuadrada del modelo	157 (14 g.l.)			211(14 g.l.)		

Nota: Probabilidades calculadas a partir de un modelo de regresión logística multinomial (cuadros A.5 y A.6).

En este sector, las probabilidades asociadas con las distintas actividades de los jóvenes en familias nucleares y extensas son similares. Esta semejanza puede explicarse porque una alta proporción de las familias extensas recibe ayuda institucional y de parientes que reduce las diferencias que normalmente favorecen a la familia nuclear. Por otra parte, es imposible distinguir a las familias nucleares por formación de las nucleares que proceden de una familia extensa y que, en algún momento de su ciclo familiar, van a convertirse nuevamente en extensas. Por ello, no puede

esperarse que haya marcadas diferencias en el sentido de las transferencias entre padres e hijos y, por consiguiente, que se encontraran diferencias en las actividades de los jóvenes. En la familia monoparental es donde los jóvenes tienen menores probabilidades de estudiar y mayores de trabajar, por lo que resulta un entorno muy negativo. Parker y Pederzini (1999), analizando la asistencia escolar, encuentran que en las localidades rurales, el efecto de la ausencia del padre tiene un impacto negativo muy marcado. Además, nosotras podemos agregar que, en los hogares rurales donde falta uno de los padres, las jóvenes tienen que encargarse de una gran parte de los quehaceres domésticos.

La escolaridad del jefe tiene el efecto previsto y ya descrito. Este efecto, al igual que en los otros dos sectores, es más fuerte entre las jóvenes que entre los varones.²⁸

Las condiciones materiales de la vivienda se usaron en estos modelos porque el ingreso, tal como se captó en la encuesta, no era significativo. Entre población agrícola es muy difícil medir el ingreso, porque una parte de los bienes que las familias consumen ha sido producida por ellas mismas. El material de los pisos es una variable que mide el grado de pobreza de la familia y está asociada con las condiciones sanitarias y de morbilidad y mortalidad. El acceso a luz y agua entubada en la vivienda tiene varias consecuencias: reduce la cantidad de trabajo doméstico, genera condiciones propicias para el estudio en casa y refleja la situación de aislamiento de la localidad.²⁹

En la variable de número de hermanos de este sector cambiamos las categorías. La familia con pocos hermanos tiene cinco o menos hijos, mientras que la familia de muchos tiene seis o más. El efecto del número de hermanos es mucho más fuerte para las jóvenes por la importante carga de trabajo doméstico.³⁰

²⁸ En otro estudio se encontró que, en las localidades rurales, los efectos de la escolaridad de los padres sobre la asistencia escolar de los hijos son dos veces más fuertes que en las zonas urbanas (Parker y Pederzini, 1999).

²⁹ Al revisar la información encontramos que, cuando había agua entubada en la localidad, casi todas las viviendas contaban con este servicio, y lo mismo sucede con la electricidad.

³⁰ La estadística Wald para “sólo estudiar” respecto de “sólo trabajar” es de 17 en el caso de los hombres y 29 en el de las mujeres (cuadros A5 y A6)

En este sector, la probabilidad de sólo estudiar es más alta entre las mujeres, pero también lo es la de sólo trabajar. La discriminación de género que desfavorece a las jóvenes está en el hecho de que ellas abandonan más temprano los estudios para dedicarse sólo a trabajar. Esta conclusión coincide con lo encontrado por Parker y Pederzini (1999), quienes muestran que el problema de las niñas en las localidades rurales es el abandono de la escuela.

Conclusiones

En este trabajo quisimos conocer la influencia que tiene la organización familiar en el bienestar de los jóvenes, medido a través de las principales actividades que realizan: sólo estudiar, estudiar y trabajar o sólo trabajar. A diferencia de otros trabajos en los que se pone el énfasis en la convivencia de hijos y padres, nosotros decidimos dividir a las familias de acuerdo con su estructura (nuclear, monoparental y extensa) porque supusimos que ésta explica mejor la dinámica familiar en la que están insertos los jóvenes. Por ejemplo, encontramos que la ausencia del padre tiene efectos negativos sobre los jóvenes solamente cuando éstos no viven en familias extensas.

Dividimos a la población en tres sectores socioeconómicos porque para las actividades de los jóvenes, tanto las oportunidades de educación formal como las de trabajo dependen en primera instancia del contexto, rural o urbano, y del nivel socioeconómico de la familia. Además, planteamos que las estructuras familiares de cada uno de los sectores pueden estar asociadas a diferentes patrones de relaciones intrafamiliares y, por ende, tener un efecto distinto en las actividades de los jóvenes.

Los recursos con los que cuentan las familias (económicos y educativos) varían de acuerdo con el tipo de familia de que se trate. Por ello, una primera pregunta que nos planteamos fue determinar si las familias nucleares tenían más recursos que las demás, y cómo se comparaban con las monoparentales y las extensas. Encontramos que las familias nucleares son las que cuentan con más recursos educativos y económicos en el sector medio. En los sectores popular y agrícola, tienen más recursos educativos, pero los económicos no se diferencian de los encontrados en

las familias monoparentales y extensas. Las familias nucleares son el mejor entorno para los jóvenes, de acuerdo con este análisis.

Además, nos interesaba saber si, una vez controlados los recursos educativos y económicos, subsisten diferencias en las actividades de los jóvenes que puedan ser atribuidas a la existencia de distintos patrones intrafamiliares de distribución de los recursos. El análisis multivariado mostró que, en el sector medio, los jóvenes que viven en familias nucleares tienen mayores probabilidades de estudiar y menores de trabajar; cuando viven en familias monoparentales tienen mayores probabilidades de combinar el estudio con el trabajo; en las familias extensas, la probabilidad de que los jóvenes sólo trabajen es más alta. En la familia nuclear, la distribución de recursos favorece a los jóvenes, mientras que en la extensa los desfavorece; es difícil pronunciarse sobre el efecto de la familia monoparental, en la que los jóvenes asumen roles adultos muy pronto, pero logran seguir estudiando.

En el sector popular, la distribución de los recursos en el interior de las familias es similar a la encontrada en el sector medio.

En el sector agrícola, los jóvenes que viven en familias nucleares y extensas tienen actividades semejantes. La familia monoparental es aquella donde más se dedican sólo a trabajar.

Otro de los objetivos de este trabajo fue determinar si hay diferencias de género en las actividades de los jóvenes y, de haberlas, si trascienden los sectores socioeconómicos. Encontramos que hay diferencias de género en todos los casos analizados; sin embargo, no siempre tienen el mismo sentido. Es difícil afirmar que un género esté desfavorecido con relación al otro, ya que no es claro si el hecho de estudiar y trabajar es positivo porque no se abandonan los estudios, o negativo porque ya se inició el trabajo; las diferencias de género más pronunciadas se dan precisamente en esta categoría. Cada uno de los sectores tiene su propia dinámica de género y no puede sostenerse que haya una situación generalizada de discriminación hacia las mujeres.

En el sector medio, los jóvenes tienen mayores probabilidades de sólo estudiar que los jóvenes, lo que nos llevaría a plantear que están en ventaja; sin embargo, si se prioriza el hecho de no abandonar el sistema educativo, los hombres, que combinan más el estudio con el trabajo, es-

tán en mejores condiciones. Podemos concluir que en el sector medio no puede hablarse de discriminación en contra de uno de los géneros, y que lo que observamos son diferentes patrones.

Por el contrario, en el sector popular, los hombres tienen probabilidades más altas de sólo estudiar; sin embargo, si consideramos como determinante el hecho de no abandonar los estudios, las mujeres están en ventaja puesto que frecuentemente combinan el trabajo doméstico con el estudio. Nuevamente nos encontramos ante una situación compleja donde no podemos afirmar que haya discriminación contra las mujeres.

En el sector agrícola, las diferencias en las probabilidades de hombres y mujeres son poco acentuadas; las mayores diferencias se dan en la categoría de estudiar y trabajar, combinación frecuente entre los varones. Podemos concluir que, al menos a estas edades, las diferencias de género no desfavorecen sistemáticamente a las mujeres.

Bibliografía

- Agresti, A., y B. Finlay, 1999, *Statistical Methods for the Social Sciences*, Upper Saddle River, Nueva Jersey, Prentice Hall, Inc.
- Alter, G., 1996, "The European Marriage Pattern as Solution and Problem: Households of the Elderly in Verviers Belgium, 1831", en A. Bideau *et al.*, *Les systemes démographiques du passé*, Lyon, Programme Rhone-Alpes de Recherche en Sciences Humaines, núm. 32.
- Arias, E., y A. Palloni, 1999, "Prevalence and Patterns of Female Headed Households in Latin America: 1970-1990", *Journal of Comparative Family Studies*, vol. 30, núm. 2, primavera.
- Astone, N. M., *et al.*, 1999, "Family Demography, Social Theory, and Investment in Social Capital", *Population and Development Review*, v. 25, núm. 1, marzo.
- Becker, G., 1981, *Tratado sobre la familia*, Madrid, Alianza.
- Biblarz, T. T., y A. E. Raftery, 1998, "Family Structure, Educational Attainment, and Socioeconomic Success: Rethinking the 'Pathology of Matriarchy'", Families and Inequalities Research Group Working Paper, núm. 98-02 (6/30/98), Department of Sociology, University of Southern California.

- Blake, J., 1986, "Number of Siblings, Family Background and the Process of Educational Attainment", *Social Biology*, 33 (1-2): 5-21.
- Blake, J., 1989, *Family Size and Achievement*, Berkeley, University of California Press.
- Brooks-Gunn, J., *et al.*, 1997, "Poor Families, Poor Outcomes: The Well-Being of Children and Youth", en G. Duncan y J. Brooks-Gunn (comps.), *Consequences of Growing Up Poor*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- Camposortega, S., 1990, "La mortalidad en los años ochenta", *Revista Mexicana de Sociología* LII (1): 83-110.
- Castro, J., y R. Tuirán, 1999, "Remesas enviadas a México por trabajadores migrantes en Estado Unidos", *La situación demográfica de México*, México, Consejo Nacional de Población.
- Das Gupta, M., 1999, "Lifeboat versus Corporate Ethic: Social and Demographic Implications of Stem and Joint Families", *Social Sciences and Medicine*, 49: 173-184.
- Desai, S., 1992, "Children at Risk: the Role of Family Structure in Latin America and West Africa", *Population and Development Review*, 18: 689-717.
- De Vos, S., 2001, "Family Structure and School Attendance among Children 13-16 in Argentina and Panamá", *Journal of Comparative Family Studies*, 32 (1).
- Filmer, D., y L. Pritchett, 1999, "The Effect of Household Wealth on Educational Attainment: Evidence from 35 Countries", *Population and Development Review*, 25(1): 85-120, marzo.
- Fitzgerald Krein, Sh., y A. H. Beller, 1988, "Educational Attainment of Children from Single-Parent Families: Differences by Exposure, Gender and Race", *Demography*, 25(2): 221-234
- Gómez de León, J., y S. W. Parker, 2000, "The Impact of Anti-poverty Programs on Children's Time Use: the Case of Progresá in Mexico", trabajo presentado en la reunión anual de Population Association of America, Los Angeles, Ca.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 1997, *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica 1997*, México, Secretaría de Gobernación.

- Knaul, F. M., 2000, "Gender Differentials in the Impact of Child Labor and School Drop Out on Returns to Human Capital in Mexico", mimeo.
- Knaul, F. M., y S. Parker, 1998, "Patterns Over Time and Determinants of Early Labor Force Participation and School Drop Out: Evidence from Longitudinal and Retrospective Data on Mexican Children and Youth", documento presentado en la reunión anual de la Population Association of America, Chicago.
- Knaul, F. M., D. Levison y K. Moe, 1999, "Youth Education and Work in Mexico", documento presentado a la reunión anual de Population Association of America, Nueva York.
- Knodel, J., *et al.*, 1989, "Family Size and Children's Education in Thailand: Evidence from a National Sample", *Demography*, 28: 119-132.
- Knodel, J., y G. W. Jones, 1996, "Post Cairo Population Policy: Does Promoting Girls' Schooling Miss the Mark?", *Population and Development Review*, 22 (4), diciembre.
- Lloyd, C. B., 1998, "Household Structure and Poverty: What are the Connections?" en M. Livi-Bacci y G. de Santis (comps.) *Population and Poverty in Developing Countries*, Oxford, International Studies in Demography, Clarendon Press, pp. 84-102.
- Lloyd, C. B., y A. K. Blanc, 1996, "Children's Schooling in sub Saharan Africa", *Population and Development Review* 22 (2): 265-298.
- Mayer, S. E., 1997, "Trends in the Economic Well-Being and Life Chances of America's Children", en G. Duncan y J. Brooks-Gunn (comps.), *Consequences of Growing Up Poor*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- McLanahan, Sara S., 1997, "Parent Absence or Poverty: Which Matters More?", en G. Duncan y J. Brooks-Gunn (comps.), *Consequences of Growing Up Poor*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- Mier y Terán, M., y C. Rabell, 2001, "Condiciones de vida de los niños en México, 1960-1995. El entorno familiar, la escolaridad y el trabajo" en J. Gómez de León y C. Rabell (comps.), *La población de México: tendencias sociodemográficas y perspectivas hacia el siglo XXI*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Organización de las Naciones Unidas, 1993, *Cambios en el perfil de la familia: la experiencia regional*, Santiago de Chile, CEPAL.

- Parker, S. W., 2002, “Bienestar y jefatura femenina en los hogares mexicanos”, mimeo.
- Parker, S. W., y C. Pederzini, 1999, “Gender Differences in Education in Mexico”, documento presentado a la reunión anual de Population Association of America (PAA), Nueva York.
- Quilodrán, J., 1991, *Niveles de fecundidad y patrones de nupcialidad en México*, México, El Colegio de México.
- Retherford, R. D., y M. K. Choe, 1993, *Statistical Models for Causal Analysis*, Nueva York, John Wiley & Sons Inc.
- Solís, P., 2001, “La población en edades avanzadas”, en J. Gómez de León y C. Rabell (comps.), *La población de México: tendencias sociodemográficas y perspectivas hacia el siglo XXI*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Thomson, E., Th. Hanson y S. McLanahan, 1994, “Family Structure and Child Well-Being: Economic Resources vs Parental Behaviors”, *Social Forces*, 73(1): 221-242.

ANEXO

CUADRO A. 1

SECTOR MEDIO, HOMBRES. REGRESIÓN LOGÍSTICA MULTINOMIAL DE LA PROBABILIDAD DE SÓLO TRABAJAR, DE TRABAJAR Y ESTUDIAR Y DE SÓLO ESTUDIAR

<i>VARIABLES:</i>	<i>Sólo estudia</i>			<i>Estudia y trabaja</i>		
	<i>B</i>	<i>error tipo</i>	<i>Wald</i>	<i>B</i>	<i>error tipo</i>	<i>Wald</i>
<i>Tipo de familia:</i>						
Nuclear	0.4 *	0.2	5.1	0.3	0.2	1.6
Monoparental	0.1	0.3	0.3	0.3	0.3	1.1
Extensa	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Escolaridad del jefe (en años):</i>						
9 a 21	2.0 ***	0.4	22.3	0.9	0.5	3.4
6 a 8	1.0 ***	0.2	28.2	0.5 *	0.2	5.3
0 a 5	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Ingreso por adulto equivalente:</i>						
Cuarto cuartil	2.0 ***	0.4	25.2	1.7 ***	0.4	16.2
Tercer cuartil	0.7 **	0.2	9.9	0.5	0.3	3.5
Segundo cuartil	0.4 *	0.2	4.7	0.6 *	0.2	5.1
Primer cuartil	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Número de hermanos:</i>						
0 a 2	0.8 ***	0.2	22.8	0.5 *	0.2	6.7
3 o más	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Chi cuadrada del modelo	242.5 (16 g.l.)					

Significancia: p < .000 *** p < .01 ** p < .05 *

CUADRO A. 2

SECTOR MEDIO, MUJERES. REGRESIÓN LOGÍSTICA MULTINOMIAL DE LA PROBABILIDAD DE SÓLO TRABAJAR, DE TRABAJAR Y ESTUDIAR Y DE SÓLO ESTUDIAR

<i>Variables:</i>	<i>Sólo estudia</i>			<i>Estudia y trabaja</i>		
	<i>B</i>	<i>error tipo</i>	<i>Wald</i>	<i>B</i>	<i>error tipo</i>	<i>Wald</i>
<i>Tipo de familia:</i>						
Nuclear	0.6 ***	0.2	14.4	0.3	0.3	1.5
Monoparental	0.1	0.3	0.1	0.0	0.4	0.0
Extensa	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
0						
<i>Escolaridad del jefe (en años):</i>						
9 a 21	2.3 ***	0.4	30.9	1.5 **	0.5	7.2
6 a 8	1.5 ***	0.2	62.9	1.2 ***	0.3	18.4
0 a 5	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Ingreso por adulto equivalente:</i>						
Cuarto cuartil	0.9 **	0.3	10.2	0.3	0.4	0.6
Tercer cuartil	0.7 **	0.2	10.6	0.3	0.3	0.6
Segundo cuartil	-0.1	0.2	0.4	-0.2	0.3	0.4
Primer cuartil	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Número de hermanos:</i>						
0 a 2	0.6 ***	0.2	16.7	-0.1	0.2	0.2
3 o más	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Chi cuadrada del modelo	288.6 (16 gl)					
Significancia: p < .000 ***	p < .01 **	p < .05 *				

CUADRO A. 3

SECTOR POPULAR, HOMBRES. REGRESIÓN LOGÍSTICA MULTINOMIAL DE LA PROBABILIDAD DE SÓLO TRABAJAR, DE TRABAJAR Y ESTUDIAR Y DE SÓLO ESTUDIAR

<i>Variables:</i>	<i>Sólo estudia</i>			<i>Estudia y trabaja</i>		
	<i>B</i>	<i>error tipo</i>	<i>Wald</i>	<i>B</i>	<i>error tipo</i>	<i>Wald</i>
<i>Tipo de familia:</i>						
Nuclear	0.5 **	0.1	9.2	0.6 *	0.2	5.9
Monoparental	0.0	0.2	0.0	0.9 **	0.3	8.5
Extensa	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Escolaridad del jefe (en años):</i>						
9 a 21	1.2 ***	0.2	38.6	0.5	0.3	3.0
6 a 8	0.7 ***	0.2	21.2	0.4	0.2	2.7
0 a 5	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Ingreso por adulto equivalente:</i>						
Cuarto cuartil	0.3	0.2	2.6	-0.3	0.3	1.5
Tercer cuartil	0.2	0.2	1.6	-0.4	0.3	2.2
Segundo cuartil	0.3	0.2	2.0	-0.3	0.3	1.4
Primer cuartil	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Número de hermanos:</i>						
0 a 2	0.3 *	0.1	3.8	-0.1	0.2	0.3
3 o más	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Chi cuadrada del modelo	107.8 (16 gl)					

Significancia: p < .000 *** p < .01 ** p < .05 *

CUADRO A. 4

SECTOR POPULAR, MUJERES. REGRESIÓN LOGÍSTICA MULTINOMIAL DE LA PROBABILIDAD DE SÓLO TRABAJAR, DE TRABAJAR Y ESTUDIAR Y DE SÓLO ESTUDIAR

<i>Variables:</i>	<i>Sólo estudia</i>			<i>Estudia y trabaja</i>		
	<i>B</i>	<i>error tipo</i>	<i>Wald</i>	<i>B</i>	<i>error tipo</i>	<i>Wald</i>
<i>Tipo de familia:</i>						
Nuclear	0.0	0.2	0.3	0.0	0.3	0.0
Monoparental	-0.2	0.2	0.6	0.3	0.3	0.6
Extensa	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Escolaridad del jefe (en años):</i>						
9 a 21	1.6 ***	0.2	57.5	1.3 ***	0.3	15.2
6 a 8	0.7 ***	0.1	23.7	0.5 *	0.3	4.6
0 a 5	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Ingreso por adulto equivalente:</i>						
Cuarto cuartil	0.8 ***	0.2	18.2	1.0 **	0.3	9.0
Tercer cuartil	0.5 *	0.2	6.1	0.4	0.4	1.2
Segundo cuartil	0.4 *	0.2	4.2	0.6	0.3	2.8
Primer cuartil	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Número de hermanos:</i>						
0 a 2	0.5 ***	0.2	15.2	0.1	0.2	0.2
3 ó más	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Chi cuadrada del modelo	145.6 (16 gl)					

Significancia: p < .000 *** p < .01 ** p < .05 *

CUADRO A. 5

SECTOR AGRÍCOLA, HOMBRES. REGRESIÓN LOGÍSTICA MULTINOMIAL DE LA PROBABILIDAD DE SÓLO TRABAJAR, DE TRABAJAR Y ESTUDIAR Y DE SÓLO ESTUDIAR

<i>Variables:</i>	<i>Sólo estudia</i>			<i>Estudia y trabaja</i>		
	<i>B</i>	<i>error tipo</i>	<i>Wald</i>	<i>B</i>	<i>error tipo</i>	<i>Wald</i>
<i>Tipo de familia:</i>						
Nuclear	0.0	0.1	0.0	0.0	0.1	0.5
Monoparental	-0.3	0.2	1.3	-0.4	0.3	2.0
Extensa	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Escolaridad del jefe (en años):</i>						
6 y más	0.8 ***	0.2	27.0	0.5 **	0.2	7.0
1 a 5	0.0	0.1	0.2	0.0	0.1	0.0
Sin estudios	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Material de los pisos en la vivienda:</i>						
Firme u otros	0.5 ***	0.1	20.9	0.4 **	0.1	9.6
Tierra	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Servicios de agua y luz en la vivienda:</i>						
Con agua y luz	0.4 ***	0.1	15.9	0.0	0.1	0.6
Sin luz y/o agua	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Número de hermanos:</i>						
0 a 4	0.4 ***	0.1	17.3	0.1	0.1	0.9
5 o más	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Chi cuadrada del modelo	157.1 (14 gl)					
Significancia: p < .000 *** p < .01 ** p < .05 *						

CUADRO A. 6

SECTOR AGRÍCOLA, MUJERES. REGRESIÓN LOGÍSTICA MULTINOMIAL DE LA PROBABILIDAD DE SÓLO TRABAJAR, DE TRABAJAR Y ESTUDIAR Y DE SÓLO ESTUDIAR

<i>Variables:</i>	<i>Sólo estudia</i>			<i>Estudia y trabaja</i>		
	<i>B</i>	<i>error tipo</i>	<i>Wald</i>	<i>B</i>	<i>error tipo</i>	<i>Wald</i>
<i>Tipo de familia:</i>						
Nuclear	-0.1	0.1	1.5	-0.2	0.2	2.0
Monoparental	-0.7 **	0.2	8.5	-0.8	0.4	3.1
Extensa	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Escolaridad del jefe (en años):</i>						
6 y más	1.0 ***	0.1	54.2	0.4	0.2	2.4
1 a 5	0.2	0.1	3.2	-0.3	0.2	2.2
Sin estudios	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Material de los pisos en la vivienda:</i>						
Firme u otros	0.3 **	0.1	9.4	0.3	0.2	2.6
Tierra	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Servicios de agua y luz en la vivienda:</i>						
Con agua y luz	0.5 ***	0.1	26.4	0.0	0.2	0.2
Sin luz y/o agua	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
<i>Número de hermanos:</i>						
0 a 4	0.5 ***	0.1	29.3	0.0	0.2	0.0
5 o más	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Chi cuadrada del modelo	211.0 (14 gl)					
Significancia: p < .000 *** p < .01 ** p < .05 *						



PÚBLICO, DOMÉSTICO Y PRIVADO: RELACIONES DE GÉNERO EN LA CÁMARA DE DIPUTADOS¹

Teresita De Barbieri

Para Ivonne y Mónica, por tantos años, por tantos lugares

AUNQUE LAS FAMILIAS NUCLEARES COMPLETAS constituyen la mayoría de las unidades domésticas en México, algunas investigaciones han puesto de manifiesto, en conjuntos acotados de población, que otras modalidades de organización familiar pueden cobrar importancia. Así por ejemplo, ciertas actividades ocupacionales desarrolladas por las mujeres adultas y adultas jóvenes en los mercados de trabajo están asociadas con arreglos extensos. Varias de las obreras que entrevisté a mediados de la década de los setenta integraban hogares de ese tipo, en los que por lo menos una mujer —que podía ser madre, suegra, hermana o tía de la trabajadora— atendía a los hijos menores de aquéllas mientras salían a las fábricas (De Barbieri, 1984). Diez años después, Teresa Hidalgo (1986) encontró que enfermeras en hospitales públicos y meseras de una cadena de restaurantes en la ciudad de México, mayoritariamente, eran jefas de sus hogares, integrados por sus hijos e hijas y las madres de las trabajadoras; es decir, convivencia de tres generaciones en la que madre y abuela ejercían los papeles adultos: la última, las funciones de amas de casa —aseo de la vivienda, cocina, cuidado de las y los menores y adolescentes— en tanto que la primera resultaba la responsable económica del hogar. Tales profesiones tienen en común jornadas de ocho horas diarias de trabajo intenso, que exigen atención permanente, rapidez física y mental, destreza para evitar errores y equivocaciones que pueden llegar a tener resultados fatales, además de buen trato con el público demandante de sus servicios. Estas trabajadoras permanentemente son vigiladas por supervisores

¹ Este artículo es un subproducto del proyecto de investigación *Relaciones de género en el trabajo parlamentario*, que ha contado con el apoyo de la beca Clacso-Asdi-SAREC 1998-1999. Agradezco a Irene Ramos Gil su valiosa colaboración.

directos, controladores del cumplimiento estricto de las tareas. En los hogares de esas mujeres no había un varón adulto esposo-padre-jefe de familia-proveedor económico principal. La conclusión apuntaba a la incompatibilidad entre dichas actividades y la vida de pareja, y dejaba abierta esa hipótesis para otras ocupaciones que requirieran jornadas de trabajo de duración e intensidad por encima de la media.

Recordé esas hipótesis cuando, al iniciar una investigación sobre relaciones de género en el trabajo parlamentario,² tuve delante los primeros cuadros con una discrepancia de treinta puntos en el estado civil de las y los legisladores. Según los registros de la Honorable Cámara de Diputados (HCD), se declaraban casados 90.7% de los varones y 61.5% de las mujeres.³ Si bien este problema no era el asunto central de esa investigación, me llevó a prestar una mayor atención de la prevista inicialmente a los ámbitos privado y doméstico en el cotidiano de las y los legisladores. La información recogida en el trabajo de campo permite analizar otra ocupación particular y de alta significación para la sociedad y el Estado: el hacer complejo, diverso, con exigencias y formalidades a veces muy estrictas, pero también con ámbitos de autonomía y potencialidades para el desarrollo personal, como es el de la representación ciudadana en el poder legislativo federal.

En este artículo me interesa presentar algunas de las dimensiones exploradas y formular hipótesis que contribuyan al debate sobre relaciones de género, familia y ocupación. Trataré de mostrar similitudes y diferencias en los hogares conformados por diputadas y diputados, sus respectivas organizaciones domésticas, las vinculaciones y los compromisos de las y los restantes integrantes de las familias con el trabajo de las y los legisladores en las distintas facetas de la vida parlamentaria y del cumplimiento del rol de legislador; así como de profundizar en las

² Teresita De Barbieri, *Relaciones de género en el trabajo parlamentario*, Clacso-IISUNAM, noviembre de 2001, en dictamen.

³ Cálculos propios a partir de Cámara de Diputados, LVII legislatura, *Información general de diputados que integran la LVII legislatura. Por grupo parlamentario*, México, septiembre de 1999.

relaciones entre mujeres y varones en esa intersección entre vida pública, vida doméstica, vida privada.

Los datos provienen de los registros de la HCD y de una muestra intencional conformada por 14 diputadas y 15 diputados de los tres partidos principales —Revolucionario Institucional (PRI), de la Revolución Democrática (PRD) y Acción Nacional (PAN)— que fueron entrevistados durante los dos últimos periodos ordinarios de sesiones de la LVII legislatura (1997-2000).⁴

Los ámbitos de la acción social y política

Desde el punto de vista teórico, este artículo se inserta en la corriente que cuestiona la neutralidad de género de los procesos sociales, las instituciones, los ámbitos de la interacción, etc., que, a partir de mediados de los años sesenta formularon las mujeres autonombradas feministas organizadas bajo el lema “lo personal es político”. Retomaban la representación que distingue los espacios público y privado, considerada hasta entonces fuera y más allá de todo tinte sexista, con un agregado: el primero de carácter masculino mientras el segundo, femenino. A partir de esta intuición, la politóloga australiana Carole Pateman (1987; 1988) puso de manifiesto el sesgo original de tal representación de la sociedad al analizar el desarrollo del pensamiento contractualista durante los siglos XVII y XVIII. Según demuestra, los autores que propusieron la democracia moderna crearon estos dos ámbitos de acción organizando —teóricamente— lo público como espacio de los varones adultos, mientras que en lo privado —no bien definido— se ubicó a las mujeres, los menores de edad, el mundo doméstico, las relaciones laborales, etc. Es decir, todo

⁴ La información se obtuvo mediante entrevistas realizadas a cinco diputados y otras tantas diputadas de cada uno de esos partidos, salvo entre las legisladoras del PAN, que fueron sólo cuatro, dada su baja presencia numérica. La selección de los casos fue intencional, no aleatoria, tratando de cubrir un espectro amplio de situaciones. Del total de 29 legisladores, que provienen de 20 entidades federativas, 16 fueron elegidos por voto directo —diputaciones de mayoría, ocho de distritos rurales y otros tantos de urbanos— y 13 por la vía plurinominal.

lo que quedaba excluido de ese pequeño ámbito de interacción entre jurídicamente iguales donde se discutía sobre los asuntos colectivos más generales, como se definió lo público.

La comprensión de estos temas no puede realizarse sin tomar en cuenta los aportes del sociólogo alemán Jürgen Habermas, quien desde la formulación del *cambio estructural de lo público* (1962) ha dado cuenta de las transformaciones del Estado y la sociedad, principalmente en Europa Occidental, una vez que el ideal democrático cobró existencia real. Sin embargo, como lo ha señalado Hauser (1990), en sus análisis él no tomó en consideración los procesos concomitantes de eliminación paulatina de las mujeres de lo público ni su segregación en la esfera privada, cada vez más definida en tareas, encomiendas y responsabilidades para ellas; Habermas tampoco incorporó los esfuerzos y luchas de las mujeres para revertir esas tendencias.

Hace ya unos años (De Barbieri, 1991), expresé mi preocupación por el empleo de la representación público-privado por feministas y estudiosas de las relaciones de género. En numerosas exposiciones escritas y orales, predominaba una acepción apegada al espacio físico —lo público de la puerta de la casa hacia afuera; lo privado de la puerta hacia adentro— perdiéndose el rico significado sociológico de contextos de relaciones sociales con normas específicas que tiene en el pensamiento originario.⁵ También me llamaban la atención las zonas grises que aparecen reiteradamente en los estudios empíricos, en los que hechos y procesos sociales no pueden ser ubicados sin más en uno u otro ámbito de interacción. ¿Puede hablarse de esferas semipúblicas, como lo hace el derecho con las relaciones laborales, el derecho agrario, las nuevas normas en torno al consumo y la ecología? ¿No será necesario ampliar la representación de los ámbitos de la interacción social? Por ejemplo, deslindar de lo público la esfera del Estado, de la de la política y de la acción social organizada; separar el espacio de lo doméstico del privado y reconocer una esfera íntima específica.

Más concretamente conviene recordar, a grandes rasgos, las transformaciones tecnológicas y la ampliación de los mercados de consumo de

⁵ Steinberger (1999) hace una crítica en el mismo sentido.

bienes y servicios de uso cotidiano, que ofrecen un mundo de mercancías; los cambios derivados de la reducción de la fecundidad, la ampliación de la participación femenina en los sistemas educativos, los mercados de trabajo y la vida social y política; el movimiento de ampliación de los derechos de las mujeres, de los niños, niñas y adolescentes, los y las ancianas, las y los enfermos, etc., a partir de 1970, que han reducido el poder del jefe de familia-padre-esposo. De esta manera, el ámbito de lo doméstico debe responder a imposiciones de lo público —estatal y no estatal— que determina tareas y horarios rígidos, especifica las relaciones, sin dejar de ser un espacio de autonomía, fuera del control y la coerción del Estado. Parafraseando a Habermas, es posible hablar del “cambio estructural de lo doméstico”, proceso más reciente, tal vez acaecido en las últimas tres décadas.

¿Qué puede abarcar el ámbito doméstico? En la búsqueda de disminuir ambigüedades, es posible incluir en él un territorio —la vivienda— aunque no de manera exclusiva, puesto que existen responsabilidades propias que se realizan fuera del hogar; sociológicamente hablando, es el contexto donde se desarrollan las relaciones de conyugalidad, parentesco y amistad, que requieren de una organización económica con una lógica particular, diferente de la de las unidades que producen ganancia, y con procesos de asignación de funciones y división del trabajo. Por otra parte, esas relaciones entre particulares son asimétricas, con líneas de autoridad legítima, por lo que los derechos y las responsabilidades de sus integrantes son otorgados por la ley —mayoría de edad, condición de progenitor, hijo, etc.— y reacomodados según las relaciones de poder prevalecientes entre sus integrantes. Estas notas hacen de lo doméstico un ámbito específico, distinto del acuerdo y desacuerdo entre iguales que caracteriza lo privado.

En este artículo me interesa estudiar las articulaciones entre lo doméstico y lo privado en un grupo de varones y mujeres que se desempeñan en el ámbito público por excelencia: el de la representación ciudadana, el de los y las pares entre iguales. El espacio doméstico, identificado con lo femenino y las mujeres ¿pierde ese carácter o se redefine entre los y las diputadas? La incorporación de las mujeres a lo público ¿altera los aspectos más relevantes de la dominación masculina?

Acerca del trabajo parlamentario

Antes de continuar con el tema, conviene describir someramente algunas de las características del trabajo desempeñado por las y los legisladores, todavía poco conocido en diversos segmentos de la sociedad mexicana. Tres elementos son importantes. En primer lugar, como toda cosa pública, las atribuciones, periodizaciones, espacios, procedimientos, retribuciones, etc., están determinados por la Constitución, leyes, reglamentos y acuerdos parlamentarios cuyo incumplimiento es causa de nulidad de las resoluciones y actos. Derivados de esta característica, en segundo lugar, los tiempos de trabajo están establecidos a lo largo del año, en el que se suceden periodos ordinarios de sesiones y recesos, y la posibilidad, siempre abierta, de la convocatoria a periodos extraordinarios y de la integración de la Comisión Permanente. En tercer término, la ley fija la sede de la HCD en la ciudad de México, Distrito Federal, en cuyo recinto legislativo se realizan las sesiones y los trabajos, a donde deben concurrir las y los representantes que residen a lo largo y ancho del territorio nacional. Esto obliga a quienes no habitan en la capital a permanecer en ella como mínimo tres días a la semana durante los periodos de sesiones, viajar constantemente y mantener dos domicilios los tres años del mandato.

Pero el trabajo parlamentario se desarrolla en otros espacios más allá de la sala de sesiones del pleno. La mayor parte del tiempo se lo llevan dos ámbitos fundamentales en el quehacer legislativo: las comisiones donde se preparan, estudian y dictaminan las iniciativas de todas las leyes, con ritmos y cargas de trabajo muy diferentes entre ellas;⁶ y los grupos parlamentarios o bancadas, en los que se conocen y discuten los temas a debate, se fijan las posiciones partidarias y se establecen las estrategias a seguir para cada situación o problema. Para responder a los requerimientos de

⁶ En la LVII Legislatura estaban integradas 64 comisiones y comités. Pero no todas trabajaban y las que sesionaban con regularidad, lo hacían con intensidad diversa, derivada de la importancia sustantiva en el quehacer legislativo y la valoración política del o la presidenta, quien tenía la facultad de convocar a las sesiones respectivas. La *Ley Orgánica del Congreso General de los Estados Unidos Mexicanos*, aprobada el 31 de agosto de 1999, redujo el número de comisiones legislativas y comités e impuso restricciones para la creación de comisiones especiales.

estos tres ámbitos, las y los legisladores trabajan individualmente en sus cubículos y estudian los asuntos que integran los órdenes del día de cada uno, para lo que deben allegarse información, procesarla, asesorarse; necesitan hablar y entablar diálogos con los y las colegas de dentro y de fuera del grupo parlamentario y de las comisiones que integran, para sentar las bases de futuros acuerdos y consensos. El trabajo y la responsabilidad es mayor para quienes suman un cargo en la coordinación del grupo parlamentario o en la mesa directiva de alguna comisión legislativa o comité. En sus cubículos también atienden a individuos y grupos ciudadanos que llegan al recinto a hacerse oír por sus representantes legítimos.

En el palacio legislativo de San Lázaro no se detiene el hacer de las y los diputados. Además, deben responder a los compromisos partidarios⁷ y a la vinculación con las bases votantes. Según haya sido el acceso a la HCD —mayoría o plurinominal—, la definición del rol de diputado⁸ en cada partido y los márgenes de autonomía que permitan para las definiciones del trabajo individual, serán los tiempos dedicados a cada una de esas tareas. Quienes llegaron por votación directa, no podrán eludir el contacto permanente con la población de sus distritos a través de las visitas y re-

⁷ Por ejemplo, integrar órganos colectivos estatales y federales, brindar y recibir información a y de los cuadros dirigentes, realizar encomiendas especiales dentro y fuera del país, etcétera.

⁸ Tomo esta categoría de Norris (1996), quien define los estilos y roles legislativos como “las percepciones de los y las políticas sobre las actividades propias y las prioridades que dan a los diferentes aspectos del trabajo parlamentario. [...] Los roles muestran qué hacen, cómo lo hacen y por qué piensan que es el comportamiento adecuado” (p. 98). Para Norris la categoría es un atributo de individuos que permite “comprender las actividades propias y ligar las metas cognitivas con las predisposiciones de la personalidad”. Entre las y los integrantes del parlamento británico que encuestó, ella encuentra tres roles fundamentales: trabajadores con la membresía partidaria, cuadros partidarios leales y parlamentarios, según se centre la actividad en el trabajo con las bases votantes, en la acción en la fracción o bancada y sus relaciones con las dirigencias del partido, o en la asistencia y participación activa en las comisiones y las sesiones plenarias. A partir de la información que recogí en la HCD, estimo que esta clasificación puede extenderse a los partidos y considerar los roles o papeles como atributos partidarios, en tanto que obligan o favorecen a sus diputados y diputadas a que dediquen sus mayores esfuerzos en alguno de ellos. Esto es particularmente ajustado en el caso del PRI, como se verá más adelante.

corridos frecuentes. Allí reciben las demandas de gestión, dan cuenta del estado de las mismas y entregan los bienes y servicios solicitados. Quienes son plurinominales no están tan presionados por las y los votantes, aunque las expectativas de sus carreras políticas les llevan a mantener la presencia y los contactos. Por otra parte, en el PRI, tradicionalmente, el rol de diputado se define por la gestoría, razón por la cual para gran parte de sus legisladores es una tarea indeludible y la que más tiempo les exige, más allá de la satisfacción o insatisfacción que les produzca. Asimismo, y dependiendo de las comisiones que integren, responden a invitaciones de los congresos, gobiernos, instituciones y grupos sociales de las entidades federativas distintas a las que representan para informar, asesorar, recibir opiniones y discutir cuestiones relativas a reformas a las leyes e iniciativas aprobadas, en trámite o proyectos de próxima presentación en la HCD.

En la práctica, la jornada de trabajo les insume un promedio de 13 horas diarias, por lo general durante seis días de la semana en los periodos de sesiones, misma que se reduce en algo durante los recesos. Como se desprende de la breve descripción anterior, son tareas que cambian en el espacio y en las normas que rigen en cada uno de los contextos. Como trabajo concreto, los y las legisladores hablan, leen, estudian, escuchan, escriben, todas ellas actividades no manuales. No obstante, cargar con la representación parlamentaria les exige esfuerzos de concentración, rapidez mental, sentido de ubicuidad; capacidad de argumentar y contrargumentar, de discernir entre hablas confusas o que encierran trampas, distinguir dónde se puede ceder y en qué momentos ser intransigentes. Todo esto cuidando las normas jurídicas, las formalidades y los modos que rigen en cada ámbito de trabajo. No olvidemos, diputadas y diputados son personalidades públicas desde que salen hasta que entran de regreso a sus casas y, como tales, sujetas al escrutinio de los medios, los y las colegas, las jerarquías partidarias, y los votantes que los llevaron al cargo y que podrían ser potenciales electores en futuras contiendas. Un mediano desempeño de la representación ciudadana, que permitirá mantenerse en la competencia política —al o la diputada y al partido— al final de la legislatura, lleva una carga de tensión emocional que puede afectar el entorno familiar y doméstico.

Diputadas y diputados desigualmente casados

La distancia de 30 puntos entre las y los legisladores de la LVII Legislatura se amplía o se reduce según el grupo parlamentario, la modalidad de acceso a la HCD y la densidad de los distritos representados, tal como se observa en el cuadro 1.

Las tres primeras líneas muestran dos características fundamentales: los diputados no presentan diferencias significativas entre los partidos, mientras que las diputadas arrojan variaciones de hasta cuarenta puntos con la media.⁹ Contra lo que podría suponerse, es la bancada de izquierda, PRD, la que tiene el porcentaje más alto de mujeres casadas (73.3%), seguida por la de la derecha, PAN (66.7%), en tanto que en el PRI constituyen sólo algo más de la mitad (56.1%). En términos generales, estas dos características se repiten en las otras variables consideradas. Las y los legisladores electos directamente elevan los promedios con estado civil casado, característica que se acentúa entre las diputaciones urbanas, donde las distancias entre uno y otro sexo se reducen a 20 puntos, no así en las rurales. En estos distritos, la comparación sólo puede hacerse para el PRI, puesto que las diputadas perredistas no llegan a cinco casos y en el PAN ninguna representa este tipo de población.

En las plurinominales, cuyo acceso es resultado de la acumulación de los votos en cada una de las cinco circunscripciones en que se divide el territorio nacional —dependiendo por lo tanto del número de sufragios del partido correspondiente y del lugar ocupado por las o los candidatas en las listas respectivas—, perredistas y priístas disminuyen la presencia de mujeres casadas por debajo de los promedios anotados en las primeras líneas del cuadro.

La edad mediana es de 47 años para los diputados y 45 para las diputadas. Las cifras se elevan a 50 y 48 respectivamente en el grupo parlamentario del PRI, pero desciende en los partidos de oposición en el entorno de los 45 para varones y mujeres en el PRD y el PAN, y llega a 42.5 y 40 en los partidos agrupados en “Otros”.

⁹ Las legisladoras comprendidas en el grupo “Otros” (Partido del Trabajo, PT, Partido Verde Ecologista de México, PVEM, e independientes) son sólo cinco.

CUADRO 1

H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LVII LEGISLATURA, PORCENTAJES DE LEGISLADORES DE ESTADO CIVIL CASADO SEGÚN SEXO, PARTIDO, TIPO DE DIPUTACIÓN Y CARACTERÍSTICAS DEL DISTRITO

	<i>PRI</i>	<i>PRD</i>	<i>PAN</i>	<i>Otros</i>	<i>Total</i>
<i>Total</i>	84.9 238	87.1 124	86.3 117	76.2 21	85.4 500
Diputadas	56.1 41	73.3 30	66.7 15	20.0 5	61.5 91
Diputados	90.9 197	91.5 94	89.2 102	93.8 16	90.7 409
<i>Mayoría</i>					
Diputadas	60.7 28	83.3 12	* 2	— —	66.7 42
Diputados	91.2 136	96.5 57	90.0 60	100.0 5	92.2 258
<i>Rurales</i>					
Diputadas	55.6 18	* 3	— —	— —	61.9 21
Diputados	93.1 87	90.0 10	85.7 7	* 1	92.4 105
<i>Urbanos</i>					
Diputadas	70.0 10	77.8 9	* 2	— —	71.4 21
Diputados	87.8 49	97.9 47	90.6 53	* 4	92.2 153
<i>Plurinominales</i>					
Diputadas	46.2 13	66.7 18	69.2 13	20.0 5	57.1 49
Diputados	90.2 61	83.8 37	88.1 42	90.9 11	88.1 151

* Menos de cinco casos.

Fuente: H. Cámara de Diputados LVII Legislatura, 1999 (*op. cit.*).

De los y las 29 legisladores entrevistados sólo 62% declararon vivir en pareja conyugal, 43% de las diputadas y 80% de los diputados. La distribución por estado civil de este conjunto de representantes populares se muestra en el cuadro 2.

CUADRO 2

LEGISLADORES ENTREVISTADOS SEGÚN ESTADO CIVIL Y SEXO

	<i>Diputadas</i>	<i>Diputados</i>	<i>Total</i>
Soltero	5	2	7
Casado, en unión	6	12	18
Separado, viudo, divorciado	3	1	4
Total	14	15	29

Fuente propia, De Barbieri (2001).

Entre las 14 diputadas, ninguna tenía niños menores de seis años y cuatro no han tenido hijos. Además tres, una en cada partido, se declararon madres solteras. Entre los diputados, sólo dos —jóvenes, solteros— no tenían hijos y otros tres tenían entre recién nacidas y menores de seis años.

La convivencia doméstica

La composición familiar predominante para unas y otros es de tipo nuclear, como se observa en el cuadro 3, pero mientras los varones se concentran en la modalidad nuclear completa y en parejas conyugales, las mujeres presentan una mayor dispersión, incluidas dos diputadas que viven solas. Llama la atención el escaso número de hogares extendidos, especialmente entre las diputadas, dados los conocimientos señalados anteriormente. ¿El trabajo legislativo no resulta tan intenso como los de enfermería y de meseras de restaurante? ¿Existen arreglos extensos no coresidenciales como los que encontró Blanco (1986) entre las secretarías de la UNAM?

En relación con el ciclo de vida familiar, más de la mitad de los hogares se encuentra en la etapa de fisión. La distribución de las mujeres es la siguiente: cinco están en la fase de formación —dos parejas jóvenes sin hijos y las madres sin cónyuge—, una en la de estabilidad y ocho corresponden a hogares donde uno o más de los hijos e hijas han salido a formar los propios, incluidas las dos personas solas. Entre los varones, tres corresponden al tiempo de la formación, cinco al de estabilidad y siete al de fisión.

CUADRO 3

COMPOSICIÓN DE LOS HOGARES DE LAS Y LOS LEGISLADORES ENTREVISTADOS

	<i>Diputadas</i>	<i>Diputados</i>	<i>Total</i>
Nuclear completa	4	10	14
Nuclear incompleta	4	1	5
Pareja conyugal	2	3	5
Extensa	2	1	3
Personas solas	2	—	2
Total	14	15	29

Fuente propia, de Barbieri (2001).

Otra diferencia importante es el papel que las y los legisladores desempeñan en sus hogares. Los diputados son jefes, abastecedores económicos principales o únicos (12) o hijos (tres) que aportan de manera irregular al gasto. Las diputadas presentan mayor variación de situaciones: tres son jefas de hogares nucleares incompletos; sumadas a las que viven solas, hacen un total de cinco proveedoras económicas exclusivas; otras cinco viven con sus respectivos cónyuges y ejercen jefaturas compartidas, pero sólo tres aportan a los gastos del hogar, puesto que las dos restantes destinan partes significativas de las dietas al trabajo político en sus distritos. Las que integran hogares extendidos (dos) así como las solteras-hijas (dos) entregan una cuota para el mantenimiento y gasto domésticos.

Todas las diputadas funcionan como proveedoras afectivas. Hijos e hijas, cónyuges, padres y madres, nietos, aunque no compartan el domicilio, son motivo de atención, cuidado y vigilancia; a ellos dedican unas horas a la semana, ya sea diariamente, los fines de semana o cuando son requeridas. Destacan las madres solteras con niños en edad escolar, a quienes acompañan en sus actividades académicas, recreativas y del cuidado de la salud. Las diputadas, salvo las que son hijas, cumplen con el papel de amas de casa como organizadoras del quehacer doméstico y cuentan con personal que realiza todo o parte del mismo. Aunque las 14 dijeron realizar, por lo menos, las tareas relativas al cuidado de sus ropas. Varias han dejado en suspenso la cocina y, no sin cierta añoranza, se resignan a no ser ellas las responsables de la comida en las reuniones familiares.

Entre los diputados existe una variación mayor. Los padres más jóvenes procuran, cuando pueden, jugar con las y los niños, llevarlos a la escuela y a las actividades extracurriculares, platicar y atender sus requerimientos afectivos. Pero el eje del hogar lo constituyen las esposas o las madres. Según las preferencias de ellas, contratan personal doméstico o prescindan de él, realizando todas las actividades dentro del hogar. Nueve entrevistados dicen no tener participación en las tareas domésticas; cuatro —todos menores de 40 años— realizan varias: preparación de comida, lavado de trastes, compras, aseo del hogar y uno no rechaza lavar y planchar ropa, principalmente cuando no hay personal doméstico que lo haga. Sólo dos, en unidades conyugales después que los hijos e hijas se han ido, declaran ser responsables, de manera sistemática, de una serie de labores: compras, preparar el desayuno, partes del aseo de la casa, cuidar y jugar con los nietos.

Familia y trabajo parlamentario

Legislar y cumplir con los papeles de representantes de la ciudadanía constituyen un trabajo absorbente, con agendas llenas de juntas, reuniones, encuentros, entrevistas y citas, desayunos y comidas dentro y fuera del recinto parlamentario, cargando documentos.

Sin embargo, tanto mujeres como varones señalaron que sus domicilios no son lugares de encuentros y reuniones políticas. Buscan preservar la privacidad e intimidad, salvo en situaciones imprevistas y urgentes o cuando —como sucede con los y las diputadas de mayoría en distritos rurales— son buscadas en sus domicilios al llegar a ellos. Dada la dispersión de la población, en esos casos la casa funciona como despacho y no se exige más que servir un refrigerio. Las y los legisladores del PRD y el PAN hablaron de “antes”, es decir, cuando el régimen de partido de Estado era fuerte y las oposiciones pequeñas, de carácter testimonial, sin recursos y a merced de los arranques autoritarios del sistema, utilizaban sus viviendas como lugares de reunión, trabajo partidario y organización. Pero durante la década de los noventa, las condiciones cambiaron con la legislación electoral y sus reformas. Hoy en día, el financiamiento público a los partidos registrados permite disponer de

locales partidarios con personal permanente y a los que acuden los y las diputadas en días y horarios preestablecidos para atender a las y los votantes, las membresías partidarias y el público en general. Como medida de disciplinamiento de la ciudadanía y para gozar de unas horas de tranquilidad reparadora, intentan con éxito no abrir el hogar más que a las relaciones personales de amistad y parentesco. Sin embargo, esta regla puede suspenderse cuando se trata de cuestiones en las que conviene que el diputado o diputada muestre a colegas y dirigencias partidarias sus formas de vida, el círculo familiar más cercano, los gustos y preferencias que actúen como aval de coherencia de quienes ocupan el espacio público. Una próxima candidatura, la aspiración a un cargo partidario de relativa importancia, una encomienda especial, pueden ser las ocasiones para abrir esa esfera celosamente guardada.

Conviene recordar que el trabajo parlamentario, en tanto actividad público-estatal, no puede ser delegado a terceras personas, salvo que medie la renuncia y acceda el o la suplente con todas las formalidades y solemnidades que exigen las normas. En las sesiones de los grupos parlamentarios, las comisiones y el pleno, se requiere la presencia del o la titular de la curul. No son válidos los votos por correo, fax o correo electrónico ni la presencia virtual. De manera que esposas, hijos e hijas, yernos y nueras, hermanos y cuñadas, etc., no tienen espacios para acompañar ni menos sustituir al diputado o diputada. En las tareas estrictamente legislativas, los apoyos familiares son de tipo moral, afectivo, antes y después de realizarlas, y a lo sumo de acercar información o intercambiar puntos de vista cuando en ese círculo hay una o más personas interesadas o capacitadas para hacerlo. Pueden asistir a las sesiones del pleno como espectadores en las galerías, y de hecho lo hacen en momentos particulares, como la ceremonia de toma de posesión, cuando están a debate iniciativas del o la legisladora, alguna ocasión solemne en que será la o el orador principal, etcétera.

Sin embargo, hay dos momentos en que la participación familiar se puede desplegar y constituye auxilio fundamental. Me refiero al periodo electoral, los tres a cuatro meses en que las y los candidatos se movilizan para darse a conocer a la ciudadanía del distrito en el que compiten, presentarle sus programas de trabajo y convencerla de que son la mejor

opción. En esta situación se encuentran las y los candidatas a ocupar los 300 escaños uninominales o de mayoría que se eligen por votación directa. El segundo consiste, una vez en posesión de la curul, en el desarrollo del trabajo de gestoría y atención a las demandas y necesidades de la población de los distritos, la presencia en fiestas, ceremonias y situaciones críticas, la vinculación con las bases partidarias y de simpatizantes.

Las campañas electorales

La información recogida de 16 legisladores de mayoría, siete mujeres y nueve varones —cuatro diputadas y otros tantos diputados del PRI, tres y tres del PRD y dos varones del PAN— se basa exclusivamente en los relatos de los actores y no fue cotejada con otras fuentes.¹⁰ No obstante las limitaciones, se pueden trazar algunas líneas sobre la participación de familiares y parientes en las mismas.

Si bien hay diferencias importantes entre las campañas de las y los priístas y de los y las candidatas de los partidos de oposición en la LVII Legislatura en torno a la organización, división del trabajo, recursos, financiamiento, etc., la vinculación de familiares parecería ser independiente del partido. He podido distinguir tres modalidades: una de prescindencia, otra de acompañamiento solidario y una tercera de compromiso activo.

En la primera situación, los y las candidatas realizaron campañas institucionales, es decir, constituyeron equipos con militantes y simpatizantes partidarios con los que diseñaron la estrategia general, dividieron y repartieron las responsabilidades y buscaron la participación ciudadana para provocar una movilización creciente. Familiares cercanos y parientes se mantuvieron alejados, más allá del apoyo moral y afectivo. Aunque una diputada aceptó contribuciones en dinero de sus hermanos para sufragar algunos gastos. Tal ha sido el caso de dos diputadas del PRD, una

¹⁰ Dos diputadas plurinominales, una del PRI y otra del PAN, hicieron campaña para compañeros de partido, candidatas a diputaciones de mayoría en distritos trabajados con anterioridad. La información que proporcionaron ha sido un aporte valioso para comprender las modalidades partidarias, pero en este artículo prescindo de ella.

del PRI y uno del PAN. Los cuatro son representantes de distritos urbanos: Clara Brugada el 22, Iztapalapa, Distrito Federal; Olga Medina, el 32 del Estado de México formado por Los Reyes-La Paz y Chalco-Solidaridad; Antonia Mónica García, el 1 de Tamaulipas, Nuevo Laredo; Fernando Castellanos, el distrito 3 de Yucatán correspondiente a la ciudad de Mérida.

En la segunda, la participación de cónyuges, hijas, hijos y otros parientes es de acompañamiento y presencia en algunas actividades, sugerencias y ayudas puntuales, sin llegar a compromisos ni responsabilidades permanentes. Fue la experiencia relatada por dos priístas y un diputado de cada uno de los partidos considerados, que corresponden a dos distritos rurales y tres urbanos. Los apoyos consistieron en estar presentes en algunas giras, actos, visitas domiciliarias, reparto de volantes, dar ideas en torno a la propaganda, mientras que otros parientes se hicieron presentes con donativos en dinero. La relativa distancia familiar la explica de la siguiente manera Joel Guerrero, del grupo parlamentario del PRI, representante del distrito 7 de Hidalgo con cabecera en Tepeapulco y cuyo grupo doméstico se encuentra en la etapa de fisión:

es importante en razón de la solidaridad de la familia con uno como político. Sin embargo, yo creo que también es importante y yo he sido muy cuidadoso de respetar. Ninguno de mis hijos ni mi esposa se dedican a la política. Se solidarizan conmigo, pero no tienen inquietud para dedicarse profesionalmente a la política.

Su compañera de fracción, Emilia García Guzmán, en un distrito rural muy grande y heterogéneo de Oaxaca, el 2 con sede en Teotitlán del Camino, en parte de los actos y recorridos estuvo acompañada por su esposo, ya que sus hijos, algunos casados y otros adolescentes, tenían sus propias ocupaciones, responsabilidades en sus hogares y pocos deseos de compartir la experiencia. Adoración Martínez, también priísta y competidora en un distrito rural, el 4 de San Luis Potosí, cabecera en Río Verde, es viuda y contó con el asesoramiento profesional de una hija licenciada en comunicaciones. La esposa de Víctor Galván, candidato externo por el PRD en Mazatlán, distrito 7 de Sinaloa, participó en algunas

reuniones proselitistas con mujeres; el hijo de ambos, en edad escolar, se incorporó a las movilizaciones en las calles, plazas y centros comerciales de la ciudad. Porque el tiempo de las campañas electorales es un lapso excepcional, de fiesta y alegría que atrae a las y los niños. Para Felipe Vicencio, candidato por el PAN en el distrito 6 de Jalisco, que corresponde a Zapopan, con familia en la fase de expansión, la campaña electoral tuvo un carácter lúdico y didáctico a la vez:

Yo hacía visitas domiciliarias el fin de semana —cuando no tenían clase mis hijas— con toda la familia. Me conmovía ver a mis hijas echándome porras y repartiendo volantes en los mercados, era algo muy gratificante. A mí me interesaba que vieran esos contrastes de opulencia y pobreza y mis hijas son muy reflexivas. Yo disfruto mucho los diálogos que a partir de eso se llevaron a cabo y lo que ellas podían ir descubriendo. Mis hijas ya entienden lo que ocurre en su país de forma distinta.

Pero esa práctica fue malinterpretada por algún compañero de partido:

Alguien se me acercó una vez y me dijo algo que me cayó muy gordo: “Te felicito. Te avientas un puntazo cargando a tu niña”. Porque mi niña más pequeña tenía en aquella época un año y pico, casi dos y yo la llevaba [...] y alguien como creyendo que era parte de una estrategia de mercadotecnia de campaña [me felicitó]. Y a mí me molestó mucho, porque yo no lo hacía por ese motivo. Yo lo hacía porque voy con mi familia y me vale, punto. Alguien pensaba que yo estaba utilizando a mis hijas para mi propósito político. Lo seguí haciendo, pero ya no con la misma espontaneidad y la misma naturalidad. Me hizo ver otra parte de la jugada que yo no había tomado en cuenta.

En la tercera modalidad, algunas categorías de parientes muy cercanos se comprometen activamente en lugares clave de las campañas y asumen responsabilidades fundamentales para el éxito de las mismas. En ésta se ubican dos mujeres —del PRI y del PRD— y cinco varones, tres del PRI y dos del PRD. Se trata de distritos principalmente rurales y de otros en que, aun cuando más de la mitad de la población reside en localidades

superiores a los 15 000 habitantes, existen segmentos no despreciables de electorado en pequeñas comunidades. Se pueden distinguir dos formas principales: una, en la que los familiares tienen a su cargo la organización y el control de toda la campaña; la otra, mayoritaria, en que son parientes quienes adquieren la responsabilidad en algunas de las actividades más importantes.

El ejemplo de la primer submodalidad es el de María de la Luz Núñez, candidata externa del PRD por el distrito 3 con sede en José Azueta y que abarca la región conocida como la Costa Grande del estado de Guerrero. Ella formó un equipo integrado por su yerno, un hermano y la candidata suplente, al que intermitentemente se agregaba el esposo de Núñez. El primero se desempeñó como jefe de campaña: procesó la información electoral disponible del distrito y elaboró un primer diagnóstico, agrupando localidades y municipios fáciles de ganar, los más o menos empatados y los focos rojos o decididamente perdidos. Sobre esa base, diseñó la estrategia; incorporó la información que recogía la candidata en las visitas domiciliarias, con la que actualizaba cada día el diagnóstico; esbozó la publicidad y la propaganda; trabajó con la candidata el discurso y la propuesta sustantiva de campaña. Una vez elaborado el plan, se distribuyeron las tareas entre el equipo y, a partir de allí, se fueron agregando voluntarios en las localidades y municipios. A medida que se acercaba la jornada electoral, pusieron en práctica un plan para la vigilancia del proceso en las casillas y el entrenamiento de los y las delegadas partidarias para cada una de ellas. En este equipo, por lo menos el yerno y el hermano de Núñez trabajaron con remuneración.

En la segunda submodalidad cabe distinguir la participación de las esposas —uno del PRD y dos del PRI—, de padre y madre —varón del PRD padre, madre y algunos hijos —mujer del PRI— y un diputado de ese mismo partido que incorporó a una amplia gama de parientes. Comencemos con las esposas.

El médico ginecobstetra Santiago Padilla, del PRD, debió competir en la elección interna de su partido para ganar la candidatura en el distrito 5 de Michoacán, con cabecera en la ciudad de Zamora. Recorrió entonces todo el distrito para saber si contaba con apoyo suficiente para obtener la postulación. Ese recorrido y dos más, ya en campaña, que

incluyeron la zona urbana y un amplio territorio de pequeños poblados, fueron realizados en compañía de la esposa: visitas casa por casa, reuniones, actos, etc. No parece haber habido tareas diferentes realizadas por uno u otra, sino el trabajo paciente de la pareja. La especialización focalizada se dio en las campañas de los priístas Miguel Rubiano en Matamoros, distrito 4 de Tamaulipas, y Francisco Loyo, que compitió en el distrito 17 de Veracruz con sede en Cosamaloapan.

Pese a que Matamoros es una ciudad, el distrito 4 abarca una zona de ejidos y localidades rurales donde se localiza 10% del electorado, y Miguel Rubiano no quería perderlo. Ideó su llamada “campaña sin candidato” a cargo de su esposa y un grupo de mujeres que tenía infraestructura propia. Ella visitó ese segmento del electorado, organizó reuniones y preparó un acto-comida con las y los posibles votantes al que asistió el candidato. También la esposa “trabajó en las colonias, sobre todo con las mujeres [...], ella me reunía a las mujeres en las colonias; trabajaba muy bien con las maestras”. Asimismo, se preocupó por realizar gestiones con la población demandante de bienes y servicios:

una señora que había tenido un niño con deformidades y me traía esos problemas. Me distraía un montón, pero había que hacerlo. Yo tenía amigos entre los médicos y se hicieron varias intervenciones plásticas sobre niños con deformidades [...] o me traía casos de problemas muy diversos que tenía la mujer en esos lugares y yo le ponía a su disposición la estructura y ella lo atendía directamente. En el caso de la prensa, ella tenía amistades y también me ayudó mucho su relación con los medios, hay muchas mujeres, y las periodistas son las más difíciles, las más críticas.

El distrito 17 de Veracruz es predominantemente rural. El diputado Francisco Loyo afirma: “Mi esposa me ayudó mucho en la campaña haciendo actividades para las mujeres”. Ella participó en la instrumentación de un programa de comercialización de alimentos a bajo precio: arroz, aceite y leche pasteurizada. Además

hicimos un programa en donde se enseñaba a utilizar la soya como producto de alimentación, que no se lo conocía en la zona. Y mi espo-

sa y un grupo de mujeres, en cada municipio, lograron hacer hasta un recetario especial a base de soya, que difundieron, e hicieron programas en donde esta soya la guisaron a los estilos en los que guisaban el cerdo y el pollo, etc. [...] Lo mismo en materia de salud, mi esposa conectó a muchas mujeres en cada uno de los municipios a fin de que permanentemente se trabajara en orientar a muchos casos que necesitaban atención especial en clínicas que no había en la zona y logramos mandarlos al ISSSTE o al Seguro Social o a los hospitales de salud del gobierno del estado y además, se hizo una campaña sobre planificación familiar. [...] La gente aprendió a comunicarse directamente a la casa para que cualquier problema que tenían en la zona, mi esposa directamente lo atendía y me auxiliaba a resolver sus problemas.

La incorporación de los padres de los candidatos es más restringida, aunque no menos importante. Tal el caso de Mariano Sánchez, en el distrito 11 de Michoacán con sede en Tacámbaro, en cuya campaña su madre y su padre, ampliamente conocidos en los municipios que lo conforman, asumieron la responsabilidad de ubicar y seleccionar a los y las responsables de casilla para el día de la elección así como el cuidado del desarrollo normal de la contienda. Los de Martha Palafox en Chiautempan, distrito 3 de Tlaxcala, realizaron una parte considerable de las visitas casa por casa promoviendo la candidatura de su hija y comprometiendo el voto. Uno de sus hijos, periodista, también le ayudó en la inserción de propaganda en periódicos y radios del distrito. Cabe señalar que ella es la única diputada de mayoría que integra una familia extensa, la que atraviesa la fase de fisión. Finalmente, Cupertino Alejo, que compitió por el distrito 7 de Puebla, con cabecera en Tepeaca, por el PRI, y que también vive en una unidad doméstica extensa, dice que sus parientes le ayudaron a preparar y atender a las y los asistentes a los diversos desayunos y comidas que ofreció durante el periodo a los posibles votantes.

De los relatos presentados llaman la atención algunas cuestiones. En primer lugar, el compromiso activo de los familiares cercanos en la contienda electoral parecería mostrar, además de la solidaridad propia del parentesco, una búsqueda de lealtades que aseguren que en ese campo competitivo, en el que se mueven muchos intereses contrapuestos, habrá control y juego limpio a favor del candidato o candidata. En segundo

lugar, que sea en los distritos predominantemente rurales donde dicha participación es más fuerte. Algo así como que incorporar a los parientes directos y más cercanos —cónyuges, padres, hijos, hermanos— permite mostrar signos más personales y otras dimensiones para evaluar a las y los candidatos. En otras palabras, podría ser la respuesta a una exigencia de esos segmentos del electorado, que necesitan traspasar el discurso de las y los candidatos, observar directamente cómo son y con quiénes comparten la vida para otorgar la confianza que significa el voto. Así lo deja entrever Mariano Sánchez:

Algo que le llegó mucho a la gente fue —que a mí me salió del corazón— agradecer a mi papá, a mi mamá, a mi familia, el hecho de que hubieran estado conmigo y de recalcar [...] que el apoyo familiar era algo que nos respaldaba. Era una muestra de que alguien creía en nosotros.

En tercer lugar, se perciben apoyos desiguales a mujeres y varones por los varones y las mujeres de la familia. Las candidatas tenderían a prescindir de sus cónyuges o a ser acompañadas selectivamente por éstos. Con ellas se han visto más cercanos un hermano, una hija, un hijo político, padres y madres. Los candidatos, en cambio, reciben un compromiso mucho más decidido de sus esposas, en particular focalizado a la captación del voto femenino o en sectores del electorado de accesos más difíciles, en áreas de poco prestigio y fuera de los focos y las pasarelas de sus maridos.

La gestoría

En la tradición política mexicana, la procuración de bienes y servicios a los segmentos del electorado está identificada con el que fue el partido oficial durante siete décadas. Se ha tratado de un eslabón clave en el clientelismo político que aseguró la legitimidad del sistema: a cambio del voto cada tres años, las y los electores recibían como dádiva toda clase de mercancías, agilización de trámites y permisos, transporte, vivienda, salud, mejoras en las instalaciones de escuelas y hospitales, y un largo etcétera. Ya se ha señalado con anterioridad la importancia que tiene este

rubro de actividades para el PRI y, como se pudo ver en algunos de los testimonios anteriores, es motor importante de las campañas electorales. Aún hoy, que ha perdido el control de los poderes ejecutivo y legislativo, el rol de diputado es el de gestor en su distrito o donde existe un segmento del electorado que pueda dar su voto a cambio de favores. Los partidos de oposición han sido críticos de dichas actividades pero, frente al peso de una realidad abrumadora —por las necesidades y carencias de la población, el uso y abuso de los recursos estatales y la disyuntiva de mantener o perder posibles segmentos del electorado trabajados con dedicación y sacrificios—, han reconsiderado posiciones anteriores.¹¹

Puesto que la gestoría no es una función pública, permite la participación activa de familiares y parientes. Sin embargo, el compromiso es menor que el anotado para las campañas. Por ejemplo, María de la Luz Núñez mantenía una oficina en Zihuatanejo a cargo de su suplente en la HCD, donde recibía las demandas de la población y procesaba las que se referían al ámbito local. Las estatales y federales eran tramitadas por el hermano de la diputada en Chilpancingo y la ciudad de México. Él y la diputada se trasladaban, alternándose, a la sede distrital cada quince días. En realidad, Núñez dedicaba poco tiempo a la gestión, poniéndole más atención y esfuerzo a rendir informes del trabajo legislativo propiamente dicho y a acompañar a las y los ciudadanos en sus fiestas, crisis y desgracias. La esposa del diputado Francisco Loyo continuó con su trabajo de recepción y orientación de las demandas del distrito, principalmente de las mujeres, mientras el diputado y sus asistentes en la HCD realizaban las gestiones ante las instancias federales y estatales.

¹¹ De hecho, los y las 16 entrevistadas para esta investigación elegidos por votación directa dedican parte de sus jornadas laborales a la atención de personas en sus distritos. Para ello cuentan con recursos monetarios brindados por la HCD, entregados contra la presentación de los comprobantes correspondientes, que les permiten mantener locales con personal dedicado a recibir las demandas muy variadas de la población, y a las que concurren con regularidad las y los diputados correspondientes. En el PAN la organización parecería estar bien aceptada y a esas sedes partidarias pueden concurrir no sólo los y las legisladores de mayoría, sino también algunas plurinominales que toman compromisos a más largo plazo con estas tareas. En el PRD, la organización queda librada a la iniciativa de las y los diputados y las dirigencias locales y estatales. En el PRI, la

Un poco más adentro

Una investigación cuya principal fuente de información son los testimonios vertidos por las y los entrevistados permite revelar hechos, percepciones y sentimientos que dan pistas sobre el problema que interesa analizar, aun cuando hayan sido sólo unas pocas personas dentro del conjunto en cuestión. En esta situación se encuentran algunos diputados y diputadas, que en el correr de la entrevista plantearon situaciones y reflexionaron sobre la articulación entre vida doméstica, vida privada y trabajo parlamentario.

Una primera cuestión pone de relieve que deben ausentarse sistemáticamente, semana a semana, del domicilio habitual donde reside la familia, situación en la que se encuentra una buena parte de las y los diputados que viven en otras regiones más allá del Distrito Federal y la zona que lo circunda, es decir, quienes deben fijar una segunda residencia en la ciudad de México, ya sea que se trasladen por avión o por transporte carretero. Una diputada panista apunta la queja reiterada de sus compañeros de grupo parlamentario por esta situación. Estas personas sienten que el trabajo legislativo deja muy pocos momentos para la vida familiar, la convivencia y el diálogo entre cónyuges y con los hijos e hijas. La distancia y las ausencias reiteradas producen sufrimientos y dolor tanto en el que se traslada como entre los y las que permanecen.

Más complejas han sido las consecuencias para dos jóvenes varones. Para el menor de los diputados de la LVII Legislatura, el priísta Omar Bazán, de 23 años a finales de 1999, plurinominal y originario de la ciudad de Chihuahua, los cambios en su vida fueron profundos:

En cuestiones personales ha sido muy difícil porque tú como mujer sabrás y yo creo que si tú tuvieras algún novio, algún pretendiente con esta situación, pues poco le aguantarías el ritmo.¹² En primer lugar, te pasas la mayor parte del tiempo fuera de tu ciudad y cuando estás en tu ciudad andas en el partido, en trabajos de la legislatura, y abandonas muchas

experiencia acumulada y el acceso expedito a las dependencias y oficinas gubernamentales y a los funcionarios de primer nivel facilitaba el fluir de las gestiones.

¹² Se dirige a Irene Ramos, de su misma edad, que realizó la entrevista.

situaciones de tu misma índole como joven. Muchas veces se habla sobre los beneficios [...]. Y sí, lo es, obviamente. Pero poco se habla de qué dejamos los jóvenes fuera de nuestro entorno por tener una responsabilidad como ésta.

¿Cuáles son las situaciones calificadas como “duras” por este diputado que nunca había salido de la casa de sus padres ni de su estado más allá de las vacaciones familiares y viajes cortos? Enumera: hacer un paréntesis en sus estudios de licenciatura; vivir fuera de su ciudad, en un espacio casi desconocido, sin parientes ni amistades cercanas; el medio competitivo y difícil al que ingresó; la responsabilidad adquirida ante el partido, la organización de jóvenes que promovió su candidatura y la ciudadanía que no lo votó directamente; la pérdida del anonimato. Particularmente dolorosa fue la separación del grupo de jóvenes de su generación, sus compañeros de universidad y bachillerato. Ellos continuaron sus vidas, pero él vino a otro ambiente muy diferente, al que debió adaptarse. Aquí se encontró con personas de la edad de sus padres de los que recibió trato de hijo: la mayoría de ellos “te sacan de en medio”. Para ser tomado en cuenta, se tuvo que “poner en sintonía de competencia y de preparación”. ¿Estos costos fueron compensados por haber llegado joven a la legislatura, la buena experiencia adquirida y la satisfacción de haber enfrentado retos con éxito? En el momento de la entrevista, Omar Bazán no parecía estar seguro de hacia qué lado se inclinaba la balanza.

Para Mariano Sánchez, abogado de 30 años, también “una vez que entré a la Cámara cambiaron muchas cosas”. Dejó de litigar, de leer; se le abrió un mundo que no conocía; sintió cargar con una responsabilidad para la que no estaba preparado. Descubrió que “la política no es como la pintan, el ‘gran poder’ que puedes tener...” Halló un mundo superficial al que no quiso abandonarse y entabló una lucha consigo mismo. “Es una lucha por no dejar de ser Mariano”, dice con firmeza.

Las diputadas jóvenes entrevistadas coinciden con los anteriores en relación con la discriminación de sus colegas en razón de la de edad o incluso de una apariencia física que la reduce, si bien ninguna de ellas llegó con menos de 28 años a la HCD. Pero fue un lapso breve —los primeros dos periodos de sesiones— cuando no dominaban las normas

y los modos del quehacer parlamentario y hasta se perdían en los laberintos del edificio de San Lázaro. Una vez superadas las limitaciones, sus experiencias arrojaron saldos positivos, sin desfases ni saltos en sus desarrollos profesionales y personales ni sentir amenazas a la identidad individual.

Dos mujeres adultas, ambas plurinominales, en la etapa de fisión de sus hogares, muestran otra dimensión del problema que nos ocupa. La primera llegó a la ciudad de México con una pareja relativamente nueva, muy enamorados, dispuestos a continuar una vida en común con buenos augurios. Después de varios meses, ella dejó de sentirse mirada por su compañero. Éste, paralelamente, empezó a viajar a su ciudad de origen donde tenía un negocio, y cada vez prolongaba más sus estancias fuera, so pretexto de los malos manejos de un socio del que sospechaba lo estaba estafando. Hasta que ella viajó y lo confrontó en ese ambiente. La firma no tenía dificultades; el socio seguía siendo tan honesto y confiable como hasta entonces. La razón de las ausencias residía en que el compañero no soportaba ser la pareja de “la Señora Diputada”. La segunda llevaba muchos años de compartir vida y proyectos de toda índole con su esposo. Ya con hijos en las fases finales de la adolescencia, ella incrementó los compromisos y responsabilidades partidarias. Fue nombrada para la dirigencia nacional del partido en que ambos militaban, debió atender reuniones en todo el país y, en consecuencia, se ausentaba con frecuencia de la casa varios días a la semana.

Eso fue parte del problema con mi esposo, que yo nunca estaba en la casa; que estaba en todos los lugares y uno de los mensajes que me daba era que si yo tenía un querido, que si andaba con otra persona. Yo no sé por qué a los hombres les da por pensar que si llegas tarde o andas viajando es porque sales con otros hombres.

Con conflictos cada vez más frecuentes e intensos continuó la convivencia hasta que llegó el día de tomar posesión de su curul. En el acto de toma de protesta —“me sentía que estaba yo como en la cumbre”— llegaron todos sus hijos e hijas, pero no su marido. Este hecho y la necesidad de fijar residencia en la ciudad de México fueron la causa final de la

separación. Más de dos años después, con dolor, se preguntaba hasta qué punto son los típicos celos conyugales o fue el desasosiego de aceptar que, en materia política, ella había obtenido logros y ocupaba espacios a los que él no había podido acceder.

Una tercera diputada plurinominal relató su experiencia ocurrida varios años atrás. Ella era candidata a una curul de mayoría en su estado por un distrito que tenía una parte importante del electorado residente en pequeñas localidades dispersas en un territorio montañoso y con dificultades de acceso. Por lo tanto, debía ausentarse del domicilio por varios días seguidos. Además, estaba embarazada. De regreso a la casa después de una jornada de campaña, encontró al esposo junto a la trabajadora doméstica en la cama matrimonial. A partir de entonces, decidió vivir sola y asumir todas las responsabilidades del niño que nació unos meses después. En el momento de la entrevista, continuaba como jefa de uno de los hogares nucleares incompletos, pero recurría a la ayuda de su madre para la atención y cuidado del niño —que ya va a la escuela— cada vez que se ausentaba de su residencia por varios días. Con razón, Mariano Sánchez afirma: “Para las mujeres es muy difícil ser diputada, luego los esposos se sienten menos. Así hay muchos casos en la Cámara”.

No sé cuántas habrán sido las parejas deshechas en la LVII legislatura. Pero en este pequeño grupo de 29 legisladores, ninguno de los varones mencionó separación o divorcio en los tres años, mientras que dos de las 14 diputadas entrevistadas sufrieron desamor y el quiebre de sus parejas, y una ya los había sufrido antes de ingresar a una legislatura anterior.

Unas reflexiones

Es el momento de intentar unir los cabos sueltos presentados en las páginas anteriores para dar sentido a las diferencias en el estado civil de diputados y diputadas. Para unos y otras el trabajo es igualmente intenso, tensionante, diverso, sometido a las mismas normas cambiantes, regulaciones y demandas. Unos y otras requieren, al final de la jornada y los días de descanso —por lo general los domingos— un lapso repara-

dor. Para la mayoría de los primeros, el ámbito doméstico y las relaciones familiares parecería ofrecer las condiciones para restaurar las energías perdidas y dejar de lado las situaciones conflictivas y estresantes. Según sus palabras, ellos llegan a sus casas a jugar con los niños, platicar con la esposa, hijos e hijas, leer, mirar televisión. Si hubo una emergencia o no se contó con ayuda doméstica, unos pocos entrarán a suplir lo que haga falta y ayudar a la esposa. Para las diputadas, volver al hogar es asumir el control de la unidad doméstica, revisar que el trabajo doméstico se haya hecho o de plano hacerlo y que todo quede en orden. Las madres deben atender a sus niños: ayudarlos en las tareas escolares, cenar con ellos, bañarlos, acompañarlos a dormir. Y también, como sus colegas, leer, platicar, mirar televisión. No se puede hablar en este caso de una doble jornada, pero se podría pensar en una doble responsabilidad o conjuntos de las mismas. Al igual que las trabajadoras-amas de casa, las diputadas tienen “el hogar y todos sus pendientes en la cabeza” prontos a emerger cada vez que sean llamadas a cumplir con esos compromisos ineludibles.

Los diputados mantienen sus hogares, aportan dinero y prestigio a sus integrantes, mientras son apoyados y cuidados material y afectivamente. ¿Qué sucede con sus iguales en la HCD? Que cinco integrantes de nuestra muestra permanezcan solteras y entre ellas tres asuman la exclusividad de ser proveedoras económicas y afectivas; que dos vivan solas; que dos hayan disuelto sus parejas por las dificultades de sus maridos para aceptar la pertenencia de ellas a la HCD; que de las seis casadas, dos no aporten más que una parte marginal de sus ingresos al gasto doméstico; que el compromiso de los cónyuges sea distante y menos activo que el que reciben los diputados de sus esposas, son elementos que muestran conflictividad para las diputadas en la articulación de los espacios público, doméstico y privado. Sin olvidar las primeras evidencias presentadas en este artículo, esto es: ¿qué puede estar detrás de las diferencias entre las perredistas y las priístas en el estado civil, o entre las diputadas plurinominales y las representantes de distritos urbanos?

Comencemos por estas dos últimas preguntas, bajo la premisa de que no dispongo de información suficiente para arribar a conclusiones sólidas. Para responder a las diferencias entre mujeres del PRD y del PRI es necesario remitirse, brevemente, a dichos partidos. En el PRI las mu-

jeros que llegan a la HCD tienen trayectorias previas en la organización partidaria, la gubernamental y la representación ciudadana. Pero en ese partido, el problema de la desigualdad de género no parece estar suficientemente elaborado desde el punto de vista ideológico-político, más allá de las declaraciones y documentos. Los y las priístas entrevistadas difieren en la definición, valoración y jerarquización de la desigualdad de género, ubicándola en la familia, la educación o como una cuestión de orden filosófico, que no puede ser objeto de tratamiento en el partido ni formar parte de la acción política. Por otro lado, entre las diputadas se pusieron de manifiesto tensiones y resentimientos fuertes por el carácter instrumental que se ven obligadas a desempeñar y el control que ejercen sobre ellas las dirigencias partidarias masculinas en todos los ámbitos de trabajo y responsabilidad. Es probable que ante esta situación de segregación en el partido, las mujeres se hayan visto compelidas, desde que se iniciaron en la política, a eliminar focos de conflicto adicionales en los ámbitos privado y doméstico. Pero ¿por qué prefieren tener hijos a tener marido?

El PRD es un partido que sólo ha accedido de modo limitado al ejercicio de la representación ciudadana y la gestión gubernamental en algunas entidades federativas y municipios. Sus integrantes y los cuadros medios y altos, por lo tanto, tienen trayectorias cortas e intermitentes en dichos espacios. Asimismo, desde su fundación han participado militantes de los movimientos feministas y de mujeres, con la fuerza suficiente para que sus documentos, plataformas y planes de acción incorporen las reivindicaciones de igualdad y equidad entre los géneros y de ser el primer partido que estableció cuotas mínimas de mujeres para sus cargos directivos y las listas electorales plurinominales. Si bien sus integrantes no están exentos de conductas y actitudes sexistas, existe una densidad indeterminada pero suficiente de varones sensibles a esas cuestiones y en la búsqueda de relaciones más igualitarias en los ámbitos doméstico y privado. De ahí que sea posible que este tipo de parejas tenga una presencia más fuerte entre las diputadas de ese partido que en los otros dos.

Para la integración de las listas plurinominales, cada partido sigue sus propios procedimientos, que no es del caso detallar aquí. No obstante, en los tres las candidaturas para estas curules se conforman tratando

de equilibrar las fuerzas internas, incorporar grupos y sectores, así como elevar el nivel de conocimientos, experiencia y pericia legislativa y política de la representación parlamentaria. A título de hipótesis puede pensarse que estas candidaturas son cubiertas con militantes y cuadros consolidados, con capacidad de entrega, que es más fácil encontrar entre las no casadas. Aquí reitero la pregunta: ¿por qué algunas mujeres prefieren hacerse responsables de los hijos y no mantienen una vida de pareja?

No sé si en la LVII Legislatura hubo diputadas madres de bebés e infantes demandantes de atención en la vigilia y en el sueño. En el tiempo del trabajo de campo no existía en el edificio de San Lázaro guardería donde niños y niñas pequeños fueran recibidos durante las largas jornadas de trabajo que allí tienen lugar. Las soluciones son privadas y las dietas suficientes para permitir a las legisladoras acceder a servicios de alta calidad y tener el personal doméstico necesario, a diferencia de lo que es probable que sucediera entre las obreras que entrevisté en 1975-1976 y las que encuestó Hidalgo en 1986. Además, conviene recordar que el trabajo materno exige entrega y dedicación, pero una vez pasados los primeros años, en situaciones de normalidad, son demandas sustituibles y controlables. Cuando no disponen de nanas, guarderías y colegios, están las madres y los padres de las diputadas dispuestos a recibir a los nietos, en prácticas más laxas que las que describe Blanco (1986). Y en el límite, justifican cualquier inasistencia o incumplimiento de compromisos adquiridos. En contrapartida con los esfuerzos invertidos, las relaciones y los trabajos con los hijos son estimulantes, fuente permanente de satisfacciones, enriquecimiento y crecimiento personal. Tan trascendentes o más que un desarrollo profesional y político exitoso. De ahí que en las condiciones de trabajo de las diputadas no aparezcan incompatibles con sus actividades.

¿Qué sucede con las parejas? Ya he dicho que ocupar una curul tiene una carga simbólica fuerte. Es ser una personalidad pública, destacada, señalada, sobre la que se puede tejer una gran variedad de fantasías por parte de las personas en muy distintos sectores de la sociedad. Para dos diputados jóvenes, el peso de la investidura no fue fácil de procesar y afectó sus espacios privados. Ser legislador o legisladora es fuente de prestigio personal que se expande a las y los familiares y parientes más

próximos. ¿Cómo procesan y viven este prestigio las personas que lo adquieren mediado y no directamente? En concreto, ¿cuáles pueden ser las diferencias entre las esposas y los esposos?

La información presentada me permite pensar —una vez más— que, como en tantos otros aspectos de la vida social, tampoco aquí existe neutralidad de género. Una cosa es ser la esposa de un diputado; al final de cuentas, ellas están dentro de la norma que dice que el estatus social de una mujer casada en una sociedad de dominación masculina está en función del que goce el esposo. Otra muy distinta es, en esa misma sociedad, recibir el estatus a través de la esposa. Aquí se rompe la norma en un lugar de extrema visibilidad social. Sabemos poco, demasiado poco, en México, sobre los matrimonios entre personas provenientes de clases distintas; esto pudiera echar luz sobre el caso que nos ocupa, más allá de anécdotas y secretos de familia celosamente guardados. En particular, cuando es la mujer la propietaria de un patrimonio superior al del marido. Pero en la situación que me ocupa, hay especificidades que no se pueden dejar fuera. El estatus de diputada es adquirido y no adscrito, como sucede por lo general con los patrimonios. Son logros obtenidos por las esposas en un medio masculino celosamente defendido como tal. Ellas llegaron hasta allí bajo la presencia y aquiescencia de sus cónyuges, quienes seguramente compartieron una parte del camino y en algunos momentos clave les brindaron auxilio y sostén. Un éxito de ellas, y del que los esposos no fueron ajenos. Pero llegaron a un trabajo absorbente que refuerza la independencia de las mujeres y que los maridos no pueden siquiera observar directamente. Demasiadas barreras, inconsistencias, faltas a la norma. No todos los esposos están armados con el convencimiento y la fuerza interior suficientes para vivir bajo estas condiciones. La violencia de las reacciones anotadas en los tres casos hablan de resentimiento, dolor intenso alimentado en solitario, ánimo de revancha, incluso cierto sadismo.

Dejemos el tratamiento de los aspectos psicológicos y de dinámica familiar a los expertos y tratemos de ubicar el problema en términos sociológicos. En la vertiente funcionalista estamos ante una acepción particular de la inconsistencia de estatus propuesta y debatida en los años cincuenta del siglo XX por Kenkel (1956), Lenski (1956), Goffman (1957) y Malewski (1966) entre otros. Pero tratarlo dentro de esta teo-

ría significa quedar en el marco de las expectativas incumplidas —algo que probablemente aconteció— por uno de los individuos integrantes de una relación. Sin embargo, desde mi punto de vista el problema tiene una entidad mayor. Podría apuntarse a la legitimidad de la dominación masculina en la sociedad mexicana, su profundidad, extensión, arraigo, rigidez. La ley —social, no jurídica— de la subordinación estatutaria de las mujeres a sus cónyuges no admite violaciones. Campos en los que, pese a la producción existente sobre género y sistema de género, sabemos muy poco. Preguntas e hipótesis para nuevas investigaciones.

Unas reflexiones abiertas

El problema de las vinculaciones entre género, familia y ocupación plantea interrogantes que ameritan estudiarse con detenimiento, tanto por sus repercusiones prácticas, como por sus derivaciones en términos sociológicos. En una primera aproximación, se puede sostener que las distintas estrategias que desarrollan mujeres que desempeñan jornadas de trabajo fuera del hogar —intensas y largas para la atención y cuidado de sus hijos e hijas y el trabajo doméstico— no pueden eludir la consideración de los niveles de los ingresos percibidos en cada actividad. Con ingresos altos, como los de las diputadas, es posible acceder al mundo de las mercancías, incluida la fuerza de trabajo doméstica. Sin embargo, no quedan excluidas las recurrencias a parientes para situaciones en que el mercado no resuelve el cuidado y la atención personalizada, como es la requerida por niños y adolescentes. Porque la asignación de género de lo doméstico es femenina y son las mujeres —madres y amas de casa— las que deben resolver las exigencias planteadas ahí.

En términos más generales, parece posible pensar en un espacio doméstico con cierta autonomía relativa, que lo diferencia del privado que, además, no aparece con una asignación de género clara, como el primero.

Por otro lado, se ha visto que la incorporación al mundo público, y en particular a la representación parlamentaria, con el prestigio que conlleva, puede conducir a alteraciones del ámbito privado y del íntimo en las que intervienen algunos elementos, no suficientemente analizados,

sobre las relaciones de género en un sistema de dominación masculina. Porque el estatus adquirido por tal condición se irradia de manera diferente a las relaciones de conyugalidad y amistad, según sean los diputados varones adultos, legisladores jóvenes varones o diputadas. Hechos que hablan sobre la rigidez de la estratificación de género en una sociedad, como la mexicana, organizada sobre la base de tal dominación. Y que vuelve a plantear el viejo problema de los estudios de estratificación social: ¿la pertenencia a la clase o estrato es individual o familiar?

¿Hipótesis sobre las que valdría el esfuerzo de poner a prueba?

Bibliografía

- Blanco, Mercedes, 1986, "Condiciones del trabajo doméstico y asalariado en dos grupos de mujeres pertenecientes a los sectores medios", tesis de maestría en ciencias sociales, Flacso, México.
- De Barbieri, Teresita, 1984, *Mujeres y vida cotidiana*, México, SEP-Ochentas/Fondo de Cultura Económica.
- De Barbieri, Teresita, 1991, "Los ámbitos de acción de las mujeres", *Revista Mexicana de Sociología*, año LIII, núm. 1, enero-marzo, pp. 203-224.
- De Oliveira, Orlandina *et al.*, 1999, "Familia y género en el análisis sociodemográfico", en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía.
- Goffman, I. W., 1957, "Status Consistency and Preference for Change in Power Distribution", *American Sociology Review*, vol. 22, núm. 3, pp. 275-281.
- Habermas, Jürgen, 1986, "La esfera de lo público", en Francisco Galván Díaz (comp.), *Touraine y Habermas: ensayos de teoría social*, México, Universidad Autónoma de Puebla/Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco.
- Hauser, Karin, 1990, "Überlegungen zum geschlechtsspezifischen Strukturwandel der Öffentlichkeit", en Ute Gerhard, M. Jansen, A. Maihofer, P. Schmid, I. Schultz (comps.), *Differenz und Gleichheit. Menschen Rechte haben (k)ein Geschlecht*, Frankfurt a. M., Ulrike Helmer Verlag.
- Hidalgo, Teresa, 1986, "Vida cotidiana y trabajo asalariado de la mujer", tesis de maestría en ciencias sociales, Flacso, México.

- Kenkel, W. F., 1956, "The Relationship Between Status Consistency and Politic-Economic Attitudes", *American Sociological Review*, vol. 21, núm. 1, pp. 365-368.
- Lenski, G., 1956, "Comment on Kenkel's Communication", *American Sociological Review*, vol. 21, núm. 2, pp. 368-369.
- Lovenduski, Joni, y Pippa Norris, 1993, *Gender and Party Politics*, Londres, Sage.
- Malewski, Andrzej, 1966, "The Degree of Status of Incongruence and its Effects", en Reinhard Bendix y Seymour Martin Lipset, *Class, Status and Power*, Nueva York, The Free Press, pp. 303-308.
- Norris, Pippa, 1996, "Women politician: Transforming Westminster?", *Parliamentary Affairs*, vol. 49, núm. 1, pp. 89-102.
- Pateman, Carole, 1988, *The Sexual Contract*, Stanford, California, Stanford University Press.
- Pateman, Carole, 1989, "God Hath Ordained to Man a Helper': Hobbes Patriarchy and Conjugal Right", *British Journal of Political Science*, Londres, vol. 19, núm. 4, pp. 445-464.
- Steinberger, Peter J., 1999, "Public and Private", *Political Studies*, vol. XLVII, núm. 2, pp. 292-313.



II. Formación de parejas, prácticas y vivencias de roles familiares



EL EMPAREJAMIENTO¹ CONYUGAL: UNA DIMENSIÓN POCO ESTUDIADA DE LA FORMACIÓN DE LAS PAREJAS²

Julieta Quilodrán Salgado
Viridiana Sosa Márquez

Antecedentes

LAS PAREJAS CONYUGALES NO SE FORMAN al azar; por el contrario, su conformación constituye uno de los aspectos más controlados en toda sociedad. Si tenemos que la reproducción social ocurre, básicamente en el seno de las familias, la forma en que éstas se generan reviste un interés fundamental.

Las modalidades a través de las cuales se establece una pareja conyugal han sido muy variadas a través del tiempo y del espacio: hay épocas, y existen todavía lugares, donde la familia o la comunidad impone a la mujer el cónyuge con el cual deberá convivir y formar una familia. Sin embargo, desde hace algunos siglos, en el mundo occidental, la elección del cónyuge se ha tornado cada vez más un asunto de carácter privado que involucra principalmente a la pareja. Aún así, el emparejamiento [*matching*] continúa produciéndose, en la mayoría de los casos, entre semejantes. Es decir, entre un hombre y una mujer que comparten un cierto número de características sociales y, por lo mismo, un cierto grado de homogamia. Según se ha observado en los estudios llevados a cabo a este respecto (Girard, 1964; Bozon y Héran, 1988), la libertad de elegir al cónyuge se circunscribe a un abanico de opciones, más o menos rígidas, definidas socialmente y cuyo propósito, como lo expresa Bourdieu (1975), “es asegurar la transmisión del capital —económico y

¹ Traducción del término *matching* utilizado en inglés.

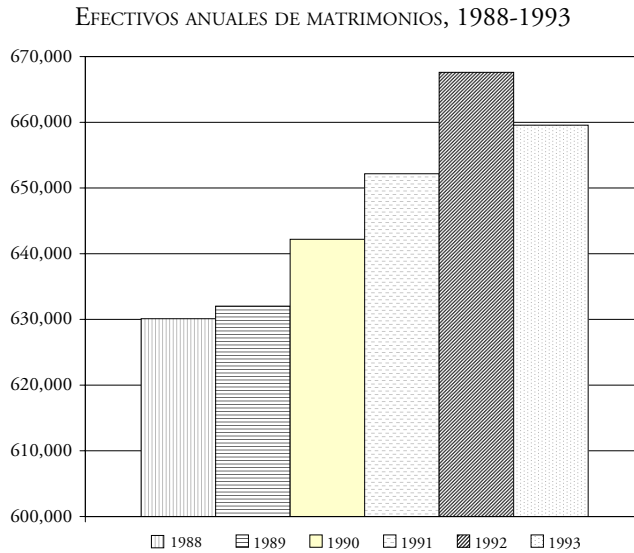
² Trabajo realizando en el marco del proyecto “Las parejas conyugales jóvenes, su formación y descendencia”, financiado por CONACYT núm. 29051-s. Agradecemos la colaboración de Jaime Ramírez, miembro del proyecto, por su participación en el diseño y elaboración de mapas y gráficas.

cultural— acumulado por una generación a la siguiente de manera relativamente armónica”.

Este tema no ha sido abordado en México desde el ángulo de la demografía y los trabajos de índole antropológica que lo han hecho son escasos. Nuestro propósito en esta oportunidad es realizar una primera incursión, utilizando para ello información proveniente de las estadísticas vitales sobre matrimonios. Si bien los matrimonios legales no constituyen la única manera de ingresar en una unión conyugal, alcanzan en México alrededor de 80% del total de uniones ocurridas en el país. Esto avala la utilización de las estadísticas vitales de matrimonios. Las series disponibles de matrimonios son muy largas, pero la información desagregada y automatizada está disponible en las estadísticas a partir de 1985. Es importante abrir aquí un paréntesis y hacer notar que el énfasis del presente trabajo se pondrá más en el tratamiento metodológico de la información que en los resultados en sí mismos, ya que hasta el momento no existen estudios al respecto.

Nuestro análisis pretendía en un inicio referirse a las cohortes de matrimonios de 1989 a 1993; sin embargo, se centrará exclusivamente en los matrimonios ocurridos en 1990. Una primera exploración mostró que el número de matrimonios crecía de manera más o menos constante de año en año, entre 1988 y 1993, con excepción de 1992. Así que decidimos considerar únicamente los matrimonios de 1990 por tratarse de un año censal y encontrarse a mitad del periodo considerado en un inicio. Esto facilitaba el manejo de los datos, ya que su volumen para el periodo era excesivo (3 883 664 casos *vs.* 642 201 casos para 1990), además de permitirnos comparar los resultados que se obtengan con algunos otros de estudios anteriores sobre nupcialidad, fincados en la información de este mismo año. Hay que hacer notar que las variaciones observadas en los volúmenes anuales de matrimonios son normales y se deben a cuestiones generalmente coyunturales; sin embargo, no es objetivo del presente trabajo buscar las razones que las han provocado. En suma, consideramos en este estudio a todas las parejas conyugales que se unieron legalmente en 1990, se trate de primeras nupcias o nuevas nupcias, debido a que las estadísticas mexicanas no han separado, hasta ahora, los matrimonios por orden.

GRÁFICA 1



FUENTE: Estadísticas vitales de matrimonios, CD Nupcialidad, México, INEGI, 1994.

El grupo de generaciones involucradas en los matrimonios celebrados en 1990 representa, en realidad, alrededor de la mitad de aquellas que están iniciando su vida marital, reproductiva y laboral con el nuevo siglo. Los jóvenes que pertenecen a ellas nacieron en una gran proporción a comienzos de los años setenta y, por lo mismo, no nos debe sorprender que se trate de cohortes sumamente abundantes, puesto que la población mexicana nunca creció más que en esos momentos. Su tránsito, así como el de los hijos que vayan teniendo, marcará la historia de los próximos 30 años. Se trata de generaciones mucho más educadas que las precedentes (casi las tres cuartas partes completaron al menos su educación primaria) y con una menor brecha de escolaridad entre los sexos, lo cual permite, entre otras cosas, vislumbrar la persistencia de un modelo de fecundidad con tendencia a la baja (entre dos y tres hijos en promedio). Otro aspecto que debería caracterizar a estas generaciones sería la mayor cercanía de edad entre los cónyuges. Este proceso, conocido como de homogamia cronológica, ha venido acentuándose en los últimos 20 años en el país (Quilodrán, 1996) y ha debido contribuir al mayor empoderamiento de la mujer en el interior de la pareja

conyugal. En efecto, se considera que el poder de negociación de una mujer es más grande cuando su pareja tiene una edad similar a la suya, en razón de que ambos son contemporáneos y además tuvieron más o menos el mismo tiempo para educarse, trabajar e incluso madurar. En esta situación disminuiría la fuerte relación de dependencia de la mujer que caracteriza a las parejas en las sociedades tradicionales, en donde las diferencias de edad son por lo general mucho más elevadas; entre siete e incluso 10 años (Peristiany, 1976; McDonald, 1989; Bartiaux, 1991).

Si atendemos a las razones antes expuestas no cabe duda de que el momento en el cual se forman las parejas es clave en la reproducción de la población. En realidad, el matrimonio va a definir dos tipos de relaciones esenciales en la estructuración de toda sociedad:³

1. Las relaciones entre grupos sociales. ¿Qué tanto se asemejan los cónyuges en cuanto a sus características sociales, económicas, culturales y etarias?

—> *Homogamia*

2. Las relaciones entre hombres y mujeres en el interior de las parejas conyugales.

—> *Relaciones de género*

Estas dos dimensiones están, por lo demás, estrechamente relacionadas. La homogamia asegura la reproducción del capital social de una generación a otra, y las relaciones de género son inherentes a este proceso. Efectivamente, cada sexo posee sus propias expectativas y atributos que hacer valer en el mercado matrimonial; esto es, desde que se realiza propiamente la elección del cónyuge y, por ende, se produce la formación de la pareja. Visto así, el tema de la elección del cónyuge es vasto, de aquí que este trabajo se circunscriba a contestar la pregunta siguiente de una manera muy general: ¿qué tan homogámicas son las parejas formadas en el transcurso de 1990 en cuanto a las edades al casarse, la proximidad residencial y los niveles de educación de cada uno de sus miembros?

³ Ver Girard, 1964; De Singly, 1987; Bozon y Héran 1988; Bartiaux y Wattelar, 2000.

La hipótesis —en términos todavía muy generales— que orienta esta propuesta de investigación es que en la sociedad mexicana los matrimonios se efectúan entre semejantes a pesar de las distorsiones que sobre los mercados matrimoniales pudieran estar provocando los flujos migratorios diferenciales por sexo.

Para elaborar el presente estudio se cuenta con la información sobre matrimonios de las estadísticas vitales. Los datos más recientes publicados por INEGI en 1994 (vía magnética CD-ROM) se refieren a los matrimonios llevados a cabo en México desde 1985 hasta 1993. Esta fuente proporciona el número de matrimonios que se celebran ante el Registro Civil cada año, así como también algunas características demográficas y socioeconómicas de cada uno de los contrayentes. En la actualidad, sólo las estadísticas vitales nos permiten realizar un análisis de los hombres y de las mujeres por pares, al proporcionarnos información simultánea para ambos miembros de la pareja en cuanto a sus edades, sus localidades de residencia, sus niveles de escolaridad y la naturaleza de la ocupación desempeñada al momento de contraer nupcias. Otra de las razones para utilizar este tipo de información, como ya lo expresamos anteriormente, es el predominio de las uniones legales en el país.⁴

En los hechos, la información disponible permite combinar las características recién enumeradas para ambos contrayentes, lo que nos lleva a tener como unidad de análisis a la pareja y no a hombres y mujeres por separado. Dado que la gran mayoría de las mujeres no trabajaban al momento de casarse (68.5%), tomamos la decisión de no incluir la homogamia ocupacional en el presente análisis. Como decíamos anteriormente, trabajar con datos que nos brindan información sobre una misma pareja nos permite relacionar las características (*i.e.* edad, lugar de residencia, escolaridad) de ambos miembros y con ello enriquecer las posibles respuestas a nuestra pregunta inicial, relativa a las distancias espaciales, demográficas y sociales entre los cónyuges.

Los indicadores que estimamos a efecto de responder a nuestra pregunta inicial son: las diferencias de edad entre cónyuges, la frecuencia

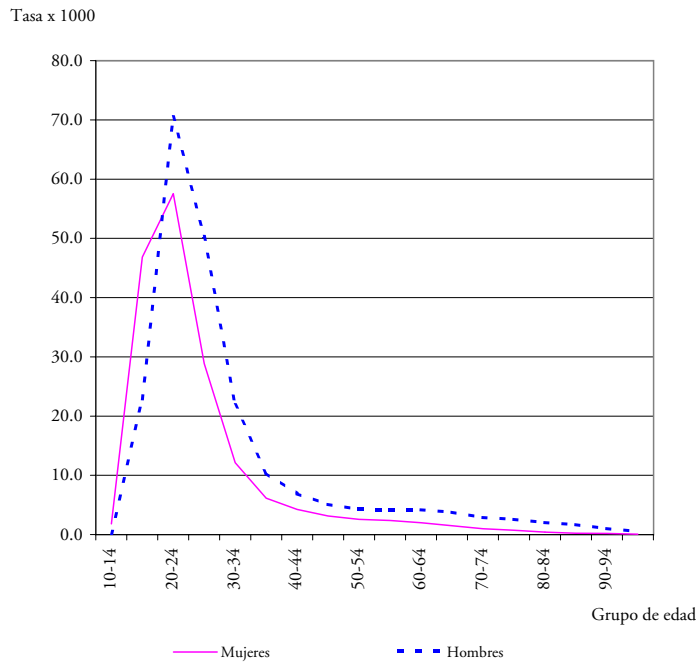
⁴ Según Quilodrán (2000), la proporción de mujeres unidas legalmente en 1997 fue de 77 por ciento.

con la cual los matrimonios se celebran entre personas con el mismo lugar de residencia, y la similitud de los niveles de escolaridad entre los mismos.

Sin embargo, antes de proceder al análisis propiamente por pares o parejas, pareció conveniente realizar uno de índole clásica, es decir, por sexos separados. El propósito de esto fue dar cuenta primeramente de la intensidad y el calendario de la nupcialidad legal en 1990. El modo de hacerlo fue recurrir a la estimación de las tasas específicas de nupcialidad legal por sexo.

Según se puede apreciar en la gráfica 2, la curva correspondiente a los matrimonios legales no es solamente, como se esperaría, más temprana en el caso de las mujeres que entre los hombres, sino también con una cúspide más dilatada con respecto a la de éstos. Estas características conllevan edades medianas y promedio más tempranas al matrimonio

GRÁFICA 2
TASAS ESPECÍFICAS DE NUPCIALIDAD LEGAL¹



¹ FUENTE: Anexo 1.

entre las mujeres. En contraste con éstas, la nupcialidad de los hombres presenta una mayor intensidad, es decir que una mayor proporción de ellos llega a contraer al menos un primer matrimonio antes de los 50 años.

La evolución observada nos indica que los hombres se casaron en 1990 a una edad promedio de 25.9 años y que esta misma edad fue para las mujeres de 23.1 años. Por lo demás, 50% de hombres y mujeres ya estaba casado a los 22.9 y 20.4 años respectivamente (anexo 1). Estas edades promedio son algo más elevadas que las estimadas para el total de la población unida (matrimonios y uniones libres) para ese mismo año: 24.2 años para los hombres y 22.0 años para las mujeres (Quilodrán, 1998). En efecto, el matrimonio se celebra generalmente a edades más tardías que la unión libre, según se ha constatado repetidamente en la investigación realizada.⁵ No hay que descartar, sin embargo, que las edades al matrimonio que acabamos de calcular con los datos de las estadísticas vitales estén, hasta cierto punto, sobreestimadas en la medida que no se trata exclusivamente de primeras nupcias.

Para finalizar este apartado introductorio podemos afirmar que el matrimonio en México es bastante universal; que sólo 5% de la población que sobrevive hasta la edad de contraer nupcias no se casa. Por otra parte, las edades medianas a las cuales se llevan a cabo los matrimonios no son tan tempranas; no obstante, la mitad de los matrimonios ocurren antes de los 23 años en el caso de los hombres y de los 20.4 años en el de las mujeres. El intervalo entre las edades medianas de los cónyuges es, por su parte, relativamente bajo (2.6 años).

A continuación procederemos a estimar los niveles de homogamia existentes en 1990 con respecto a las tres variables antes enunciadas: residencia, edad y escolaridad. Se trata de un primer análisis de este género y estamos conscientes de la necesidad de profundizarlo incorporando no solamente las interrelaciones entre los aspectos que trataremos, sino también las relaciones de éstos con la propia dinámica demográfica y, más ampliamente, social.

⁵ Véanse Quilodrán, 1983, 1991, 1998 y 2000; Ojeda, 1989; Solís, 2004.

Principales hallazgos

Homogamia residencial (endogamia)

La información que nos procuran las estadísticas vitales nos permite efectuar análisis de la endogamia desde el nivel local hasta el regional. La complejidad de manejar niveles de información muy desagregados, como sería el local o municipal, solamente se justifica con un propósito muy específico. Por esta razón, y tratándose de un primer abordaje del tema, nos hemos limitado a un análisis de tipo regional que sería, desde luego, el nivel donde el grado de homogeneidad debería ser mayor, aproximándose a uno que correspondería al nivel del país. En efecto, al observar el cuadro 1, notamos que la endogamia ronda 80% a nivel local o municipal, pero se incrementa de manera importante —a más de 90%— cuando se trata del nivel estatal (94%) y regional (98 por ciento).

Como podemos apreciar, la endogamia a nivel de localidad sigue siendo, de cualquier forma, alta, de modo que el rango de variación entre el nivel local y el regional no supera 20 por ciento. La endogamia a nivel de estado o entidad se aproxima, por su parte, más a la regional que a la local o municipal, confirmando así la proximidad de los lugares de residencia de ambos cónyuges.

Para estimar la endogamia se recurrió a dividir al país en cuatro grandes regiones según se muestra en el cuadro 2. Los criterios utilizados fueron de orden geográfico, social y económico.⁶

Una vez establecidas las regiones, se clasificaron los matrimonios de acuerdo con ellas, teniendo en cuenta el lugar de residencia tanto del hombre como de la mujer. Luego, se adoptó, de manera alterna, primero como eje la región de residencia del hombre en el momento de casarse y se estableció dónde residía su pareja; posteriormente, se procedió de manera inversa, en donde la región de residencia de la mujer se convirtió

⁶ Para establecer estas cuatro grandes regiones se adoptaron como base regionalizaciones diversas, como la utilizada en el “Programa Nacional de Desarrollo Urbano 1990-1994”, que sigue criterios económicos, y la elaborada por Rodolfo Corona, que toma en consideración la emigración a Estados Unidos.

en el eje. Así, obtuvimos los matrimonios clasificados por región cuyos datos figuran en el cuadro 3 y en los mapas de las páginas siguientes.

CUADRO 1

NIVELES DE ENDOGAMIA (%)

<i>Localidad</i>	<i>Municipio</i>	<i>Entidad</i>	<i>Regiones</i>
80.2	82.6	94.2	98.0

FUENTE: Estadísticas Vitales de Matrimonios 1990, CD Nupcialidad, México, INEGI, 1994.

CUADRO 2

REGIONALIZACIÓN

<i>Norte</i>	<i>Bajío</i>	<i>Centro</i>	<i>Sur</i>
Sonora	Aguascalientes	Distrito Federal	Campeche
Tamaulipas	Jalisco	México	Tabasco
Chihuahua	Guanajuato	Morelos	Quintana Roo
Baja California	Michoacán	Querétaro	Yucatán
Baja California Sur	Zacatecas	Hidalgo	Guerrero
Coahuila	San Luis Potosí	Tlaxcala	Veracruz
Nuevo León	Colima	Puebla	Oaxaca
Sinaloa			Chiapas
Durango			
Nayarit			

CUADRO 3

ENDOGAMIA EN LAS REGIONES

<i>%</i>	<i>Regiones</i>			
	<i>Norte</i>	<i>Bajío</i>	<i>Centro</i>	<i>Sur</i>
Hombres	98.74	98.52	97.56	98.59
Mujeres	98.34	97.55	98.72	97.76
H – M	0.4	0.97	-1.16	0.83
% Matrimonios	24.2	23.5	30.2	20.1
% Población	22.1	21.2	33.3	23.4

FUENTE: Estadísticas Vitales de Matrimonios 1990, CD Nupcialidad, México, INEGI, 1994.

Difícilmente podíamos esperar grandes diferencias entre regiones cuando los grados de endogamia entre ellos varían solamente entre 97.6% y 98.7%. Por esta razón, haremos hincapié más bien en el análisis de los matrimonios interregionales, así como en sus diferencias por sexo.

En los mapas correspondientes a cada una de las regiones podemos apreciar la concentración de los matrimonios y la frecuencia con la cual se celebran nupcias entre personas residentes en regiones distintas. Estos mapas fueron construidos, como ya se mencionó con anterioridad, a partir del número de matrimonios celebrados en cada región.⁷

De todas las regiones, la región Norte es la que presenta el mayor grado de endogamia tanto en hombres como en mujeres; sólo se une fuera de ella 1.3% de hombres y 1.6% de mujeres. Ahora, cuando una mujer del Norte se casa con un hombre de fuera de su región, lo hace la mayoría de las veces con hombres que residen en el Bajío (cuadro 4). Las preferencias son las mismas cuando se trata de hombres que se casan con mujeres de otras regiones. El Norte es también la región donde la cantidad de mujeres que se casan con hombres residentes en Estados Unidos es mayor. Se trata, sin duda, de un fenómeno fronterizo donde la migración estaría jugando un papel importante (0.4 por ciento).

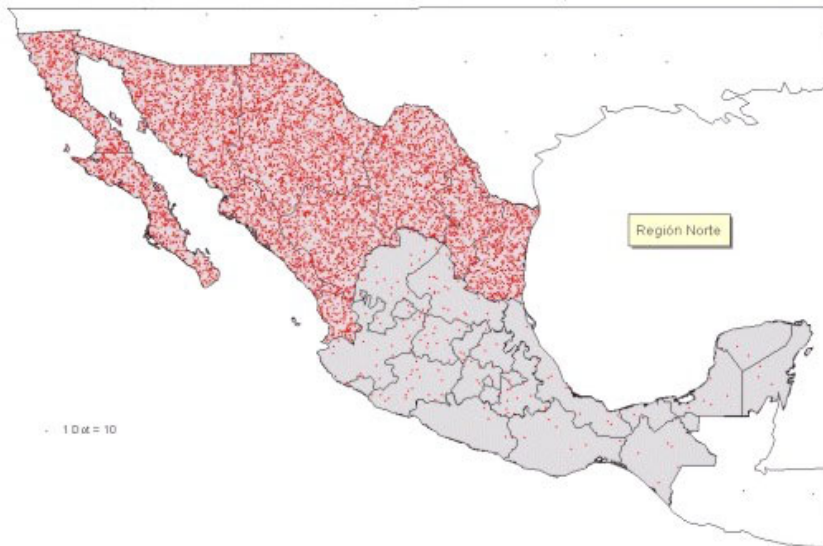
Los niveles de exogamia de las otras regiones son muy similares, pero varían por sexo. Así tenemos que las mujeres del Bajío se casan con hombres del Centro en una proporción relativamente importante (1.3%). En cambio, los hombres del Bajío suelen hacerlo especialmente con mujeres del Norte y del Centro, pero en mucho menor proporción (0.6% en ambos casos). En cuanto a los matrimonios con residentes en Estados Unidos, las mujeres del Bajío representan la segunda proporción en importancia después de la región Norte (0.2 por ciento).

Las preferencias de los hombres del Centro van marcadamente hacia las mujeres del Bajío y del Sur (1 y 1.1% respectivamente). Sin embargo, llama la atención que las mujeres del Centro se casen muy poco con hombres de fuera de su región (1.2%). La región Sur, por su parte, presenta una situación que se asemeja más bien a la de la región Norte, en

⁷ Véase en el anexo 2 la forma en que se efectuó la representación geográfica.

MAPA 1

DISTRIBUCIÓN DE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ELLA TOMANDO COMO BASE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ÉL AL MOMENTO DEL MATRIMONIO EN MÉXICO, 1990



MAPA 2

DISTRIBUCIÓN DE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ÉL TOMANDO COMO BASE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ELLA AL MOMENTO DEL MATRIMONIO EN MÉXICO, 1990



MAPA 3

DISTRIBUCIÓN DE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ELLAS TOMANDO COMO BASE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ÉL AL MOMENTO DEL MATRIMONIO EN MÉXICO, 1990



MAPA 4

DISTRIBUCIÓN DE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ÉL TOMANDO COMO BASE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ELLA AL MOMENTO DEL MATRIMONIO EN MÉXICO, 1990



MAPA 5

DISTRIBUCIÓN DE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ELLAS TOMANDO COMO BASE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ÉL AL MOMENTO DEL MATRIMONIO EN MÉXICO, 1990



MAPA 6

DISTRIBUCIÓN DE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ÉL TOMANDO COMO BASE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ELLA AL MOMENTO DEL MATRIMONIO EN MÉXICO, 1990



MAPA 7

DISTRIBUCIÓN DE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ÉL TOMANDO COMO BASE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ELLA AL MOMENTO DEL MATRIMONIO EN MÉXICO, 1990



MAPA 8

DISTRIBUCIÓN DE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ÉL TOMANDO COMO BASE LA REGIÓN DE RESIDENCIA DE ELLA AL MOMENTO DEL MATRIMONIO EN MÉXICO, 1990



el sentido de que en ambas regiones los hombres se casan muy poco con mujeres de fuera, no así las mujeres. Así, la proporción de mujeres del Sur que se casa fuera de su región es de 2.2% en comparación con la de los hombres, que no excede 1.4% del total de matrimonios. Lo que sí es notable es que estas mujeres (las del Sur) elijan casi siempre hombres que residen en la región Centro (tres cuartas partes de las veces).

La primera conclusión que obtenemos después de analizar el cuadro 4 es que las mujeres son más exógamas que los hombres en las regiones tanto del Norte como del Bajío y del Sur. La única región donde la proporción de mujeres que se casan fuera es más baja que la de los hombres es el Centro. En general se puede afirmar que los flujos interregionales más abundantes se dan entre las regiones del Bajío y del Centro, así como entre las regiones Sur y Centro. Las parejas conformadas por mujeres que residen en el Sur y hombres residentes en el Centro son las que se presentan con mayor frecuencia. Le sigue en el orden la proporción de matrimonios mixtos entre mujeres residentes en el Bajío y hombres residentes en el Centro.

En la búsqueda de una explicación sobre estos matrimonios interregionales, cabe hacer notar que las proporciones más altas se registraron justamente en las regiones que, en el periodo de 1990-1995, presentaron mayores flujos migratorios en ambos sentidos (inmigración y emigración);⁸ esto es, las regiones Centro y Bajío. En efecto, existen importantes flujos entre el Distrito Federal, Michoacán, Guanajuato y el Estado de México. De la misma manera observamos que otras de las proporciones importantes de matrimonios interregionales, la Centro-Sur, se corresponden con los flujos migratorios que se dan entre el Estado de México, Veracruz, Oaxaca, Puebla y el Distrito Federal. O sea que un análisis que interrelacione la nupcialidad y la migración podría dirigirnos a la estimación de flujos migratorios potenciales.

En resumen, el análisis de la información sobre el lugar de residencia de los cónyuges nos ha mostrado que quienes se casan lo hacen casi siempre dentro de su región. La proporción de quienes contraen matrimonio con alguien que no habita su propia región no supera en ninguno de los

⁸ Conapo (1998: 69).

CUADRO 4

MATRIMONIOS INTERREGIONALES

<i>Hombres del Norte con</i>	%	<i>Hombres del Bajío con</i>	%	<i>Hombres del Centro con</i>	%	<i>Hombres del Sur con</i>	%
Mujeres Bajío	0.73	Mujeres Norte	0.60	Mujeres Norte	0.35	Mujeres Norte	0.27
Mujeres Centro	0.21	Mujeres Centro	0.58	Mujeres Bajío	1.01	Mujeres Bajío	0.25
Mujeres Sur	0.25	Mujeres Sur	0.23	Mujeres Sur	1.06	Mujeres Centro	0.86
Mujeres EE.UU.	0.07	Mujeres EE.UU.	0.02	Mujeres EE.UU.	0.02	Mujeres EE.UU.	0.02
Total	1.26	Total	1.43	Total	2.44	Total	1.40

<i>Mujeres del Norte con</i>	%	<i>Mujeres del Bajío con</i>	%	<i>Mujeres del Centro con</i>	%	<i>Mujeres del Sur con</i>	%
Hombres Bajío	0.62	Hombres Norte	0.74	Hombres Norte	0.17	Hombres Norte	0.30
Hombres Centro	0.44	Hombres Centro	1.29	Hombres Bajío	0.46	Hombres Bajío	0.27
Hombres Sur	0.22	Hombres Sur	0.21	Hombres Sur	0.57	Hombres Centro	1.60
Hombres EE.UU.	0.35	Hombres EE.UU.	0.19	Hombres EE.UU.	0.04	Hombres EE.UU.	0.04
Total	1.63	Total	2.43	Total	1.24	Total	2.21

FUENTE: Estadísticas Vitales de Matrimonios 1990, CD Nupcialidad, México, INEGI, 1994.

casos 3%. Esto no significa, sin embargo, que a niveles territoriales más reducidos los intercambios no sean mucho mayores y no puedan mostrarnos con más precisión, por ejemplo, el efecto de los flujos migratorios sobre la nupcialidad. Cabe recordar también dos limitaciones importantes de la información: la primera se refiere al hecho de que trabajamos con el lugar de residencia de los novios al momento del matrimonio, y no con el lugar de origen, variable que sería más pertinente para estimar los niveles de endogamia; y la segunda, a que consideramos en el análisis nupcias de cualquier orden. Sin embargo, este último problema debería afectar más el análisis de la homogamia etaria y escolar que de la residencial, dados los cambios generacionales relativamente recientes en las edades al casarse y en los niveles de escolaridad alcanzados.

Tal como lo planteamos antes, consideramos que la importancia de este apartado y, en general, de este trabajo, reside más en su aporte metodológico que en los resultados mismos. En este sentido, lo novedoso de esta propuesta consiste en la manera simple de presentar la información, que permite visualizar rápidamente los intercambios regionales dentro del país, e incluso con los Estados Unidos. En relación con la formación de las parejas. Dada la importancia de los flujos migratorios existentes, sería conveniente observar de cerca la evolución de los lugares de residencia de los cónyuges al momento de casarse, entre otros motivos, por sus repercusiones sobre las poblaciones casaderas de sus lugares de origen. Si quienes parten no regresan a casarse con las mujeres de estos lugares, una de las consecuencias puede ser que éstas a su vez emigren o bien no se casen. En cualquiera de estos dos casos, el riesgo sería el de un despoblamiento paulatino de las regiones expulsoras de población. Dicho en otros términos, estamos hablando de desequilibrios serios en los mercados matrimoniales de estas últimas comunidades.

Homogamia cronológica o etaria

Generalmente hacemos alusión a este tema al calcular el intervalo promedio de edades entre cónyuges, es decir, el número de años que media entre la edad promedio al casarse de las mujeres, con el mismo dato para los hombres. Se trata de una medida resumen, resultado de la resta de la

edad promedio de las mujeres con la de los hombres en razón de que, hasta ahora, en gran parte del mundo, las mujeres al casarse son mas jóvenes que los hombres. En cierta forma constituye una estimación burda, pero que nos da una idea aproximada de la brecha de edad entre contrayentes.

En este trabajo trataremos de mejorar la estimación de la diferencia de edades calculándola, esta vez, para cada pareja, y no por separado para cada sexo. A este efecto se procedió a construir una matriz con las edades individuales del contrayente y de la contrayente. A partir de esta matriz se obtuvieron las proporciones de matrimonios celebrados antes de la edad x de cada uno de los contrayentes y se calcularon los intervalos de edad al matrimonio entre los cónyuges de una misma pareja. Como decíamos, este procedimiento es más preciso que un cálculo a partir de las diferencias entre las edades promedio al casarse para cada sexo, que es el usual.

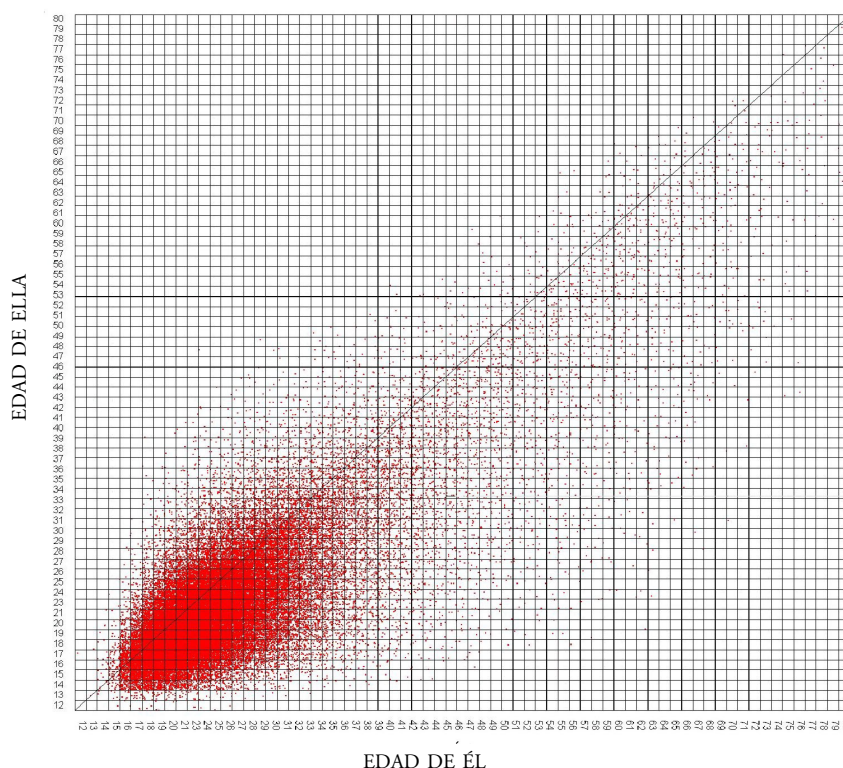
Obtenidas las diferencias de edades se procedió no solamente a calcular el intervalo promedio, sino que se les clasificó según éstos fueran positivos —hombre mayor que la mujer dentro de la pareja—, negativas —cuando la mayor de los dos era la mujer— o iguales —cuando ambos tenían la misma edad al contraer nupcias.

Cabe anotar aquí que Cox y Wilson (1970), al analizar las consecuencias del desequilibrio de los efectivos de parejas potenciales para unirse de manera legal, consideraron las diferencias de edades entre cónyuges como una de ellas. Ahora, uno de los fenómenos que puede provocar justamente el desequilibrio de las poblaciones casaderas es, según estos mismos autores, la migración selectiva por sexo y edad a la cual aludíamos hace un momento. Este suceso, al reducir los efectivos de uno de los sexos, puede ocasionar un excedente de oferta en el sexo contrario. Desde luego que la migración no es más que uno de los muchos factores que regulan los mercados matrimoniales, pero que puede, en un momento dado, trastocarlos de manera considerable.

Con base en la matriz construida a partir de las frecuencias de matrimonios según edades individuales de los cónyuges, se elaboró la gráfica 3. La forma de cometa que adquiere la representación de los datos, cuya cabeza se orienta hacia la intersección de los ejes, nos habla de un

GRÁFICA 3

DISTRIBUCIÓN DE MATRIMONIOS SEGÚN EDADES DE LOS CÓNYUGES AL CASARSE



FUENTE: Estadísticas Vitales de matrimonios 1990, CD Nupcialidad, México, INEGI, 1994.

patrón de matrimonio temprano y con escasa diferencia de edades entre los cónyuges. Así tenemos que, en 1990, antes de los 25 años se casó 58.2% del total de los hombres y 74% de las mujeres. A los 35 años se habían casado 82% de los hombres y 89% de las mujeres dejando en claro que la nupcialidad es un fenómeno que ocurre en un periodo bastante acotado de la vida de los individuos.

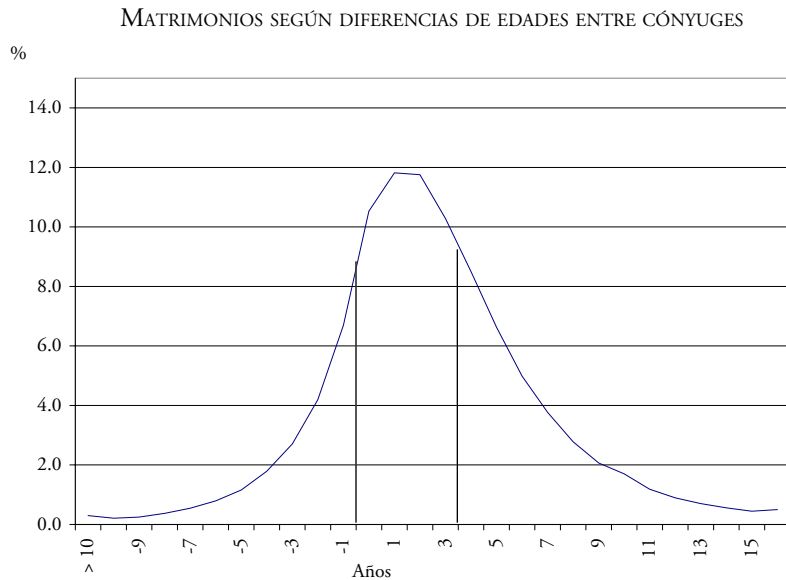
Por otro lado, el intervalo medio entre las edades de los cónyuges al casarse, resultante de los mismos datos utilizados en la gráfica 3, es de 2.8 años, mientras que la diferencia modal es de solamente un año. El valor medio del intervalo así calculado es mayor que el que se obtuvo para 1990 al efectuar la resta entre las edades promedio al casarse de

hombres y mujeres derivadas de las tablas de nupcialidad legal: 1.9 años (Quilodrán, 1998). No obstante que el intervalo calculado directamente para cada pareja —2.8 años— es mayor, no puede considerarse tampoco como elevado. La explicación de esta mayor diferencia podría residir en la naturaleza de los datos utilizados, los cuales, como advertimos antes, contienen los “rematrimonios”. Es muy probable que estos últimos sigan un patrón de diferencia de edades entre cónyuges mayor que el de quienes ingresan en una primera unión, que son las consideradas en las tablas cuyas edades promedio dan como resultado el intervalo de 1.9 años (Gayet, 1999).

En cuanto a la distribución de los intervalos de edad al matrimonio entre los cónyuges, que se presentan en la gráfica 4, constatamos que siguen una distribución normal y que en la gran mayoría de los casos se ubican entre 0 y tres años.

De acuerdo con los datos contenidos en esta misma gráfica, tenemos que las parejas donde la mujer es menor que el hombre representan 70.3% del total, que aquellas donde el hombre es menor que la mujer

GRÁFICA 4



FUENTE: Estadísticas Vitales de matrimonios 1990, CD Nupcialidad, México, INEGI, 1994.

alcanzan 19.2% y que en 10.3% de los casos la edad de ambos contrayentes es la misma. Esto significaría que prácticamente 30% de las parejas no cumple con la norma social relativa a que en la pareja conyugal el hombre debe, supuestamente, ser mayor que la mujer. Las razones de este “incumplimiento” de la regla son, por lo general, de índole social, aunque no se deben descartar las implicaciones que pueden llegar a tener sobre los mercados matrimoniales los desbalances de las poblaciones casaderas, provocados por la propia dinámica demográfica. La explicación adelantada por Quilodrán (1993) respecto a la disminución de la diferencia de edad entre los cónyuges en 1990 es que “en México se intensificaron las uniones masculinas y se retrasó la edad de las mujeres al unirse por primera vez”. En este proceso se habrían ido incrementando las proporciones de mujeres con edad mayor a la del esposo: 7.3% en 1975 y 8.4% en 1982. En el mismo sentido Mejía (1996) afirma que se está presentando entre las mujeres una cierta tendencia a unirse con hombres más jóvenes. Según este autor, en 1993 las mujeres del grupo 25-29 se casaron: 45.5% con hombres de su mismo grupo de edad y 22.2% con hombres del grupo de edad 20-24. Esta última cifra se aproxima a la que encontramos en este trabajo con respecto al conjunto de los matrimonios celebrados en 1990.

Esta tendencia hacia la disminución de la brecha de edades entre los cónyuges ¿responde a hechos coyunturales, como serían los desequilibrios originados por el rápido crecimiento poblacional sobre las poblaciones casaderas, o bien, se trata de un cambio estructural derivado del mejoramiento del estatus de las mujeres? El estado actual de las investigaciones no nos permite contestar ni siquiera a la primera pregunta, que es de tipo inminentemente cuantitativo y se encuentra íntimamente relacionada con la dinámica demográfica; y menos a la segunda, que requiere de información de la que todavía no disponemos.

Homogamia educacional

Por último, presentamos un análisis de las semejanzas entre los niveles de escolaridad que poseen los cónyuges que se casaron, en este caso en 1990, para establecer su grado de homogamia educacional. Con este pro-

pósito, se clasificaron los matrimonios de acuerdo con el nivel de escolaridad tanto de las mujeres como de sus cónyuges y viceversa.

De acuerdo con los resultados presentados en el cuadro 5 tenemos que la mayoría de las parejas (56%) están conformadas por hombres y mujeres que tienen los mismos niveles de escolaridad; el 44% restante se reparte entre parejas donde el hombre posee un nivel superior al de la mujer (27.4%) y parejas donde la mujer tiene niveles más elevados de escolaridad (16.6%). Nuevamente aquí los resultados contradicen en cierta forma lo esperado, o sea, el cumplimiento de la regla de que el hombre debe tener un nivel de escolaridad superior al de la mujer.

CUADRO 5

NIVELES DE HOMOGAMIA ESCOLAR*

<i>Más elevado esposa</i>	<i>Igual</i>	<i>Más elevado esposo</i>
16.6	56.0	27.4

FUENTE: Estadísticas Vitales de Matrimonios 1990, CD Nupcialidad, México, INEGI, 1994.

* Fueron excluidos los no especificados.

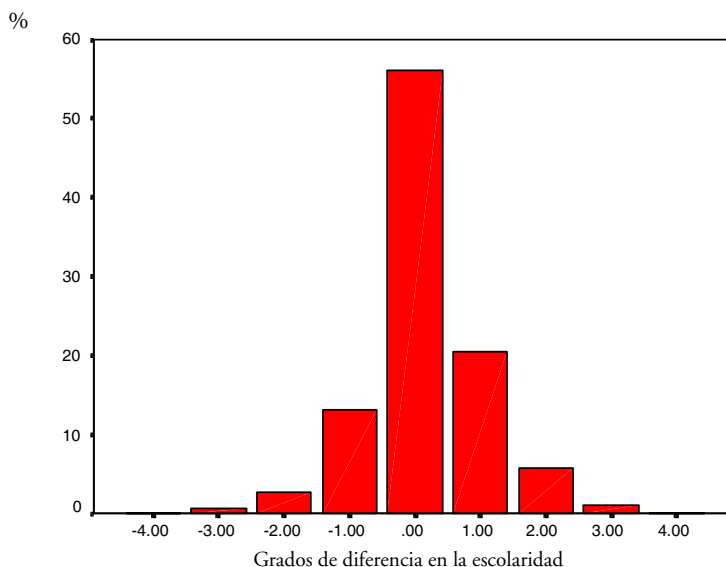
En la gráfica 5 hacemos una presentación un poco más elaborada del contenido del cuadro 5, en el sentido de que no solamente tomamos en cuenta las proporciones que representan cada una de las combinaciones seleccionadas, sino que también introducimos un elemento de distancia entre los niveles de escolaridad entre cónyuges. Esto vendría a ser un símil del intervalo de edades en las parejas conyugales visto en el apartado anterior. En primer lugar, consideramos que la distancia entre cada uno de los niveles de escolaridad es igual a 1 y luego atribuimos a cada uno de los niveles⁹ valores que varían entre 1 —sin escolaridad— y 5 —con profesional—; la resta simple entre los valores de los niveles de escolaridad de la esposa y del esposo nos brinda la proporción de matrimonios según si son homogamos (valores iguales a 0) o si en ellos la escolaridad del hom-

⁹ Se refieren a Sin escolaridad, Primaria, Secundaria o equivalente, Preparatoria o equivalente y Profesional.

bre es mayor a la de la mujer (valores superiores a 1) o viceversa (valores inferiores a 1).¹⁰

GRÁFICA 5

MATRIMONIOS SEGÚN DISTANCIA ENTRE NIVELES DE ESCOLARIDAD DE LOS CÓNYUGES



FUENTE: Anexo 4.

Nota: Se obtuvo restando el nivel escolar del hombre al nivel escolar de la mujer.

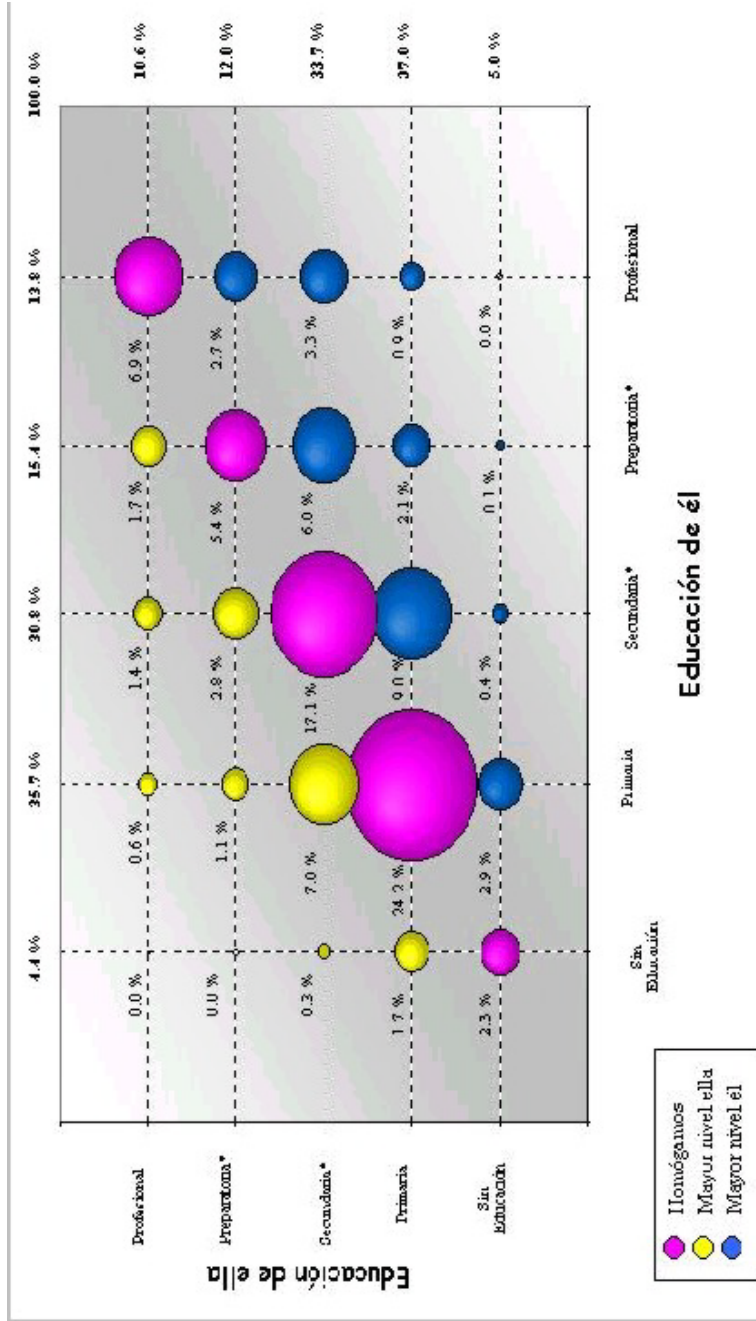
Los datos contenidos en la gráfica 5 confirman la evidente homogamia educacional entre la población casada: casi 90% de la población tiene el mismo grado educacional o su diferencia es igual a uno. La diferencia entre géneros se hace evidente en el hecho de que 10% de los hombres poseen un nivel escolar más elevado que las mujeres. Es probable que, a medida que los niveles educacionales de hombres y mujeres se equiparen, esta última diferencia tienda a desaparecer.

Ahora, cuando observamos los datos del cuadro 6 y de la gráfica 6 vemos que las parejas homogamas son las más frecuentes (distancia 0) y que, de todas ellas, aquellas con educación primaria y secundaria son las

¹⁰ Datos en el anexo 4.

GRÁFICA 6

MATRIMONIOS SEGÚN COMBINACIÓN DE NIVELES DE ESCOLARIDAD DE LOS CÓNYUGES



FUENTE: Estadísticas vitales de matrimonios 1990, CD Nupcialidad, México, INEGI, 1994.

* O equivalente

más abundantes. Esto es normal si consideramos que la mayoría de la población se ubica en estos niveles de escolaridad (66.5% de hombres y 71.5% de mujeres).¹¹

CUADRO 6

MATRIMONIOS SEGÚN DISTANCIAS ENTRE NIVELES DE ESCOLARIDAD DE LOS CÓNYUGES

<i>Distancia 0</i>		<i>Distancia 1</i>			<i>Distancia 2</i>		
<i>Nivel escolar</i>	<i>%</i>	<i>Nivel escolar</i>	<i>%</i>		<i>Nivel escolar</i>	<i>%</i>	
			<i>H</i>	<i>M</i>		<i>H</i>	<i>M</i>
Sin escolaridad	2.3	Sin escolaridad	0.0	0.0	Sin escolaridad	0.0	0.0
Primaria	24.2	Primaria	2.9	1.7	Primaria	0.0	0.0
Secundaria	17.1	Secundaria	9.0	7.0	Secundaria	0.4	0.3
Preparatoria	5.4	Preparatoria	6.0	2.8	Preparatoria	2.1	1.1
Profesional	6.9	Profesional	2.7	1.7	Profesional	3.3	1.4
Total	56.0	Total	33.8		Total	8.6	

FUENTE: Estadísticas Vitales de Matrimonios 1990, CD Nupcialidad, México, INEGI, 1994.

Nota: Solamente se registró 1.6% de matrimonios con distancias mayores a dos niveles de escolaridad

Cuando introducimos un grado de distancia entre los niveles de escolaridad entre los cónyuges, es decir, cuando media un grado más o menos de escolaridad entre ellos, encontramos que las parejas en esta situación representan 33.8%; de ellas, la proporción más importante le corresponde a hombres con secundaria casados con mujeres con primaria (9%). Le sigue en importancia la proporción inversa, vale decir, mujeres con secundaria que se casan con hombres con primaria (7%). Muy cercana a esta proporción se ubica aquella de hombres con preparatoria que se casan con mujeres con secundaria (6%). Del resto de combinaciones con distancia 1 ninguna alcanza arriba de 5%. En todo caso, como ya lo apuntamos anteriormente, las proporciones de parejas donde el hombre posee un grado más de escolaridad que la mujer son siempre más elevadas que las de mujeres casadas con hombres con un grado menos.

Finalmente tenemos la representación de los matrimonios cuya diferencia en términos de niveles de escolaridad es de dos grados. La pro-

¹¹ Distribución de los matrimonios según niveles de escolaridad en el anexo 3.

porción de estas parejas con respecto al total de matrimonios no representa más que 8.6%, lo que nos habla de la concentración de los niveles de escolaridad tanto entre cónyuges como en la propia población. En general, podría afirmarse que no existe simetría entre las proporciones de mujeres casadas con hombres menos escolarizados y hombres casados con mujeres en esta misma situación; siempre predomina la pareja donde el hombre posee más educación. De cualquier manera, no deja de llamar la atención, por ejemplo, la proporción de matrimonios donde la mujer posee hasta dos niveles más de escolaridad que el hombre, cuya suma es de 2.8%; en números absolutos estamos hablando de casi 20 000 parejas anuales, en las cuales las mujeres presentan niveles educativos significativamente superiores. Cabría preguntarse si estas parejas “anómalas” no estarían más expuestas que aquellas menos alejadas de la norma a una menor estabilidad de sus uniones (separación y divorcio).

Reflexión final sobre los desafíos futuros

Tal como lo planteamos desde el comienzo, el presente trabajo tiene un carácter exploratorio en la medida que busca colocar en la escena de la investigación sobre el matrimonio una perspectiva de análisis que no había sido explorada hasta la fecha en México. Para llevarlo a cabo se recurrió también a un tratamiento diferente de la información; esto es, se adopta como unidad a la pareja y no a los individuos por separado. Es decir, se coloca el acento más en la originalidad del tema y de la unidad de análisis que en los resultados mismos, los cuales en este primer abordaje son todavía muy generales. Por otra parte, se presta especial atención a la elaboración de indicadores adaptados a cada una de las características analizadas; en este caso, el lugar de residencia, la edad al casarse y los niveles de escolaridad de los cónyuges.

La fuente de datos utilizada —las estadísticas vitales de matrimonios— posee un gran potencial para captar la evolución de las preferencias de la población en cuanto a la selección de cónyuge. Aunque es un tema de apariencia superficial, dada su cotidianidad, la formación de las parejas conyugales constituye, en realidad, uno de los procesos esenciales de la reproducción de las estructuras sociales, entre ellas la familia. Dada

su importancia, habría que prestarle una mayor atención en la investigación social. El tema es, sin embargo, complejo desde el punto de vista tanto teórico como metodológico y su estudio requiere, por estas mismas razones, del concurso de especialistas de diversas disciplinas.

A pesar de su generalidad, los resultados obtenidos apuntan hacia una fuerte similitud en las características de los cónyuges. Así tenemos que, en relación a su lugar de residencia al momento de contraer nupcias, los niveles de endogamia son superiores a 90% en el nivel regional, pero nunca inferiores a 80% en el nivel local, a pesar de que la variable utilizada no es el lugar de origen de los cónyuges sino su lugar de residencia.

En cuanto a la homogamia etaria tenemos que 44% de quienes se casan tienen una diferencia de edades entre cónyuges de entre 0 y 3 años. Esto apunta a una homogamia cronológica relativamente elevada: el intervalo promedio de edad entre los cónyuges es de 2.8 años y la diferencia modal de sólo un año. Por otro lado, sólo en 10.5% de las parejas, ambos cónyuges tienen exactamente la misma edad y el hombre es menor que la mujer en 19.2% de los casos. Esto eleva a 29.7% la proporción de parejas que no están cumpliendo con la norma que asume que el hombre es mayor que la mujer. Cabe señalar, sin embargo, que la precisión que se obtiene sobre la edad al matrimonio de cada uno de los cónyuges se ve menguada por el sesgo que estaría introduciendo la mezcla de matrimonios y “rematrimonios” en las estadísticas vitales. Si la brecha de edades entre los cónyuges que contraen nuevas nupcias es mayor que la de quienes se casan por primera vez, los datos disponibles estarían sobreestimando este intervalo.

Por último, la homogamia escolar estimada es cercana a 60%, es decir, bastante por debajo de la homogamia residencial. Esta menor homogamia no sorprende; primero, porque la norma legitima el mayor nivel de escolaridad del esposo; y segundo, por las diferencias en la estructura por sexo y niveles de escolaridad. De aquí que, como ya lo expresamos, quepa esperar que una vez que disminuye la brecha de escolaridad entre géneros aumente la homogamia escolar. En conjunto tenemos que los mayores niveles de homogamia los presentan las parejas con grado de primaria y de secundaria, que son a la vez las categorías más abundantes dentro de la población (66.5% hombres y 71.4% mujeres).

En una de cada tres parejas de cónyuges con niveles de escolaridad distintos (44%), la mujer posee más escolaridad que la de su cónyuge; es decir, algo más de 10% de las parejas no cumple con la regla de que el hombre posea una escolaridad más elevada que la de la mujer.

Los niveles de homogamia observados nos hablan de una sociedad bastante tradicional en el momento de elegir pareja conyugal. Por lo general, en México el cónyuge elegido reside en un entorno geográfico próximo, tiene una edad bastante similar a la propia y posee un nivel de escolaridad semejante. Aun cuando no han sido consideradas aquí las parejas en uniones libres, por la naturaleza de la información utilizada, podemos afirmar que la caracterización hecha es la que prevalece en el país, ya que el matrimonio civil es preponderante (casi 80 por ciento).

Lamentablemente la información disponible no nos permite abundar sobre los cambios ocurridos en el tiempo. No obstante, a pesar de las limitaciones señaladas consideramos que el análisis presentado abre perspectivas interesantes, no solamente sobre la formación de las parejas, sino también sobre las estructuras familiares y, más ampliamente, con respecto a las relaciones de género. La endogamia residencial y la homogamia étnica y educacional observadas estarían expresando cohesión social en cuanto a casarse dentro de ámbitos geográficos próximos y poseer niveles educacionales semejantes. En cuanto a las diferencias de edades entre los cónyuges, trabajos anteriores nos señalaban que éstas han venido disminuyendo a través del tiempo y que los matrimonios donde la mujer es mayor son cada vez más frecuentes. ¿Constituyen acaso estos indicadores una evidencia de la disminución del poder patriarcal? ¿O se trata de un hecho más bien coyuntural ligado a los desequilibrios de las poblaciones casaderas?

Estas y otras preguntas que han surgido de los resultados y que hemos venido planteando a lo largo del texto son algunas de las muchas que pueden traducirse en vetas futuras de investigación.

Bibliografía

- Bartiaux, F., 1991, *Formation et transformations des ménages de personnes âgées*, Lovaina, Academia Louvain-Neuve, cap. 7.
- Bartiaux, F., y Ch. Wattelar, 2000, "Recensement général de la population et des logements au 1^{er} mars 1991", *Nuptialité*, monografía núm. 5, Lovaina, Bélgica, pp. 67- 108.
- Bourdieu, P., 1975, "Les strategies matrimoniales dans le système de reproduction", *Annales E.S.C.*, núm. 4-5, 1105 pp.
- Bozon, M., y F. Héran, 1988, "Le découverte du conjoint. Les scènes de rencontre dans l'espace social", *Population*, 1, pp. 121-150.
- Conapo, 1998, "La situación demográfica de México", México.
- Corona, R., 2000, comunicación verbal.
- Cox, P. R., y G. R. G. Wilson, 1970, "Age differences between the spouses at marriage", *Government Actuary's Department*, Londres, pp. 55-64.
- De Singly, F., 1987, "Théorie critique de l'homogamie", *L'année sociologique*, 1987, vol. 37, Presses Universitaires de France 108, París, pp. 181-205.
- Gayet, C., 1999, "Los matrimonios de los hombres de más de 35 años: ¿la búsqueda del rejuvenecimiento? Una perspectiva a partir de las diferencias de edades entre cónyuges", *Revista de Estudios Demográficos y Urbanos*, en prensa.
- Girard, 1964, "Le choix du conjoint: une enquête psycho-sociologique en France", Institut National d'études Démographiques, cuaderno núm. 44, Presses Universitaires de France.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), 1994, *Matrimonios*, CD-ROM Nupcialidad, con información de 1985 a 1993.
- Mejía, A., 1996, "¿Con quién contraer matrimonio? Noviazgo: el génesis de la familia", en *¿Grupo doméstico, hogar o familia?*, memoria del 3er. Encuentro Nacional de Investigadores sobre Familia, Universidad Autónoma de Tlaxcala, Centro Universitario de Estudios para la Familia, Tlaxcala, Tlax., pp. 41-47.
- McDonald, P., 1989, "Ethnic Family Structure", en *Family Matters*, Australian Institute of Family Studies Newsletter, núm. 23, pp. 38-45.

- Ojeda, N., 1989, *El curso de la vida familiar de las mujeres mexicanas: un análisis sociodemográfico*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Peristiany, J. G., 1976, *Mediterranean Family Structure*, Cambridge, Cambridge University Press (Cambridge Studies in Social Anthropology), 414 pp.
- Programa Nacional de Desarrollo Urbano 1990-1994*, 1991, México, Secretaría de Desarrollo Social.
- Quilodrán, J., 1983, "Algunas consideraciones de índole demográfica en torno al matrimonio en México", revista *fem.*, vol. VII, núm. 27, México, pp. 8-11.
- Quilodrán, J., 1991, *Niveles de fecundidad y patrones de nupcialidad en México*, México, El Colegio de México, 224 pp.
- Quilodrán, J., 1993, "Cambios y permanencias de la nupcialidad en México", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LV, núm. 1, IISUNAM, pp. 17-40.
- Quilodrán, J., 1996, "El matrimonio y sus transformaciones", en López (comp.), *Hogares y familias: desigualdad, conflicto, redes solidarias y parentales*, México, Somede, pp. 59-70.
- Quilodrán, J., 1998, *Le mariage au Mexique: évolution nationale et typologie régionale*, Lovaina, Bélgica, Academia-Bruylant L'Harmattan.
- Quilodrán, J., 2000, "Atisbos de cambios en la formación de las parejas conyugales a fines del milenio", *Papeles de Población*, año 6, núm. 25, julio-septiembre, pp. 9-33.
- Solís, P., 2004, "Cambios recientes en la formación de las uniones consensuales en México", en Fernando Lozano Ascencio (coord.), *El amanecer del siglo y la población mexicana*, Cuernavaca y México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 351-370.

ANEXO 1

TASAS ESPECÍFICAS DE NUPCIALIDAD LEGAL
(POR MIL), MÉXICO, 1990

<i>Grupo de edad</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Hombres</i>
10-14	1.80	0.06
15-19	46.84	22.89
20-24	57.56	70.54
25-29	28.86	50.33
30-34	12.13	21.92
35-39	6.16	10.38
40-44	4.24	6.89
45-49	3.14	5.11
50-54	2.57	4.24
55-59	2.37	4.18
60-64	1.98	4.17
65-69	1.48	3.77
70-74	0.98	2.89
75-79	0.73	2.55
80-84	0.42	2.04
85-89	0.23	1.67
90-94	0.19	1.03
95-+	0.06	0.54
5Sn _x	858.7	1 076.0
Tasa bruta		7.84
\bar{m}	23.1 años	25.9 años
Mediana	20.4 años	22.9 años

FUENTE: Estadísticas Vitales de Matrimonios 1990, CD Nupcialidad, México, INEGI, 1994.

ANEXO 2

Metodología usada para el diseño de los mapas y las gráficas

Homogamia residencial

Para la realización de los mapas se obtuvo una tabla cruzada con las frecuencias absolutas de casos de entidad en la que el hombre residía al momento del matrimonio legal (elemento i), así como este mismo dato para la mujer (elemento j). Posteriormente se formaron las cuatro regiones en las que se dividió el país para los propósitos del presente análisis. Una vez formadas las cuatro regiones, se sumaron los casos de las entidades que formaban cada una de las regiones y se asignaron, a su vez, al conjunto regional. Debido a que las áreas de cada región son diferentes, se procedió a estandarizarlas. En este sentido, la región con mayor tamaño sirvió como base para obtener factores de escala que se asignaron a las otras con respecto a ésta. Dicho factor dividió el número de matrimonios en cada región, de tal manera que los nuevos volúmenes obtenidos tienen una representatividad con respecto al tamaño de la región mayor, de tal modo que las áreas pueden ser comparadas y así logramos la ausencia de saturación de puntos en las regiones más pequeñas. De igual forma, mediante la técnica *dot*,¹ y el programa ArcView GIS,² se representaron los casos donde cada punto equivale a 10 matrimonios.

¹ Esta técnica de representación contenida en el Arc View distribuye en forma aleatoria, en un polígono, el número de puntos resultantes entre el peso asignado al polígono y el valor del punto.

² *Software* de análisis espacial utilizado para los Sistemas de Información Geográfica del Environmental Systems Research Institute (ESRI), versión 3.1 para windows.

Homogamia etaria

Las gráficas de esta parte del trabajo fueron realizadas a partir del arreglo de frecuencias absolutas de casos de matrimonios, cruzando la edad de él (elemento *i*) con la edad de ella (elemento *j*). Con lo anterior se formó una matriz en donde cada celda representa los elementos *i* y *j*. Para la representación de la matriz en forma gráfica se realizó una retícula de 86 renglones por 86 columnas, asignando a cada cuadrado una coordenada (i,j) que representara la edad del hombre y la edad de la mujer en el momento de formar una unión legal. A cada una de estas celdas, y nuevamente sobre el programa ArcView GIS, se le vinculó una base de datos que contiene el número de casos de cónyuges, relacionando a la coordenada con la celda gráfica. Posteriormente se mapeó también mediante la técnica *dot* donde cada punto graficado en cada celda representa 10 matrimonios.

ANEXO 3

DISTRIBUCIÓN DE LOS CÓNYUGES SEGÚN NIVELES DE ESCOLARIDAD (%)

<i>Nivel de escolaridad/sexo</i>	<i>Sin escolaridad</i>	<i>Primaria</i>	<i>Secundaria*</i>	<i>Preparatoria*</i>	<i>Profesional</i>
Hombres	4.4	35.7	30.8	15.4	13.8
Mujeres	5.8	37.8	33.7	12.0	10.6
M – H	1.4	2.1	2.9	-3.4	-3.2

*o equivalente.

Nota: Cifras sin considerar los no especificados.

FUENTE: Estadísticas Vitales de Matrimonios 1990, CD Nupcialidad, México, INEGI, 1994.

ANEXO 4

MATRIMONIOS SEGÚN DISTANCIAS ENTRE NIVELES DE ESCOLARIDAD
DE LOS CÓNYUGES

<i>Distancias</i>	<i>Matrimonios</i>	<i>%</i>
-4	126	0.0
-3	3 766	0.6
-2	16 742	2.8
-1	79 986	13.2
0	339 997	56.0
1	124 781	20.6
2	35 394	5.8
3	6 036	1.0
4	213	0.0

FUENTE: Estadísticas Vitales de Matrimonios 1990, CD Nupcialidad, México, INEGI, 1994.

LA PARENTALIDAD EN LA FAMILIA: CAMBIOS Y CONTINUIDADES*

Rosario Esteinou

ESTE TRABAJO TIENE COMO CENTRO DE PREOCUPACIÓN y reflexión la parentalidad,¹ es decir, cómo hombres y mujeres ejercen sus papeles de progenitores con respecto a sus hijos. En el campo de estudios sobre la o las familias, ésta es un área que no ha sido directamente tratada o que no ha tenido un estatuto que en sí mismo amerite su estudio como tal. Con excepción de la psicología, la parentalidad ha sido abordada en general en las ciencias sociales en nuestro país sólo de manera indirecta, parcial y más como un resultado o un aspecto de otras temáticas. En los estudios antropológicos, por ejemplo, se han descrito formas de educación y crianza de acuerdo al sexo y la edad entre los diversos grupos indígenas, pero éstas a menudo asumen la forma de “costumbres” que perpetúan la tradición y cultura de dichos grupos. Sin menoscabo de los aportes que han arrojado para comprender la parentalidad, ésta no ha sido el eje a partir del cual se construye el trabajo etnográfico ni su análisis. En los estudios sobre la construcción de género —para tomar otro campo— la parentalidad ha sido abordada dentro de los límites y parámetros que estas teorías han establecido. De tal forma que, por ejemplo, el estudio de la maternidad en los años setenta y ochenta fue objeto de atención justificado porque era necesario analizar las formas de sujeción de las

* Este trabajo fue presentado en versiones preliminares en el seminario “Imágenes de la familia en el cambio de siglo. Universo familiar y procesos demográficos contemporáneos”, en el IISUNAM. Agradezco los comentarios, críticas y sugerencias que hicieron los miembros del seminario y sus coordinadoras, Marina Ariza y Orlandina de Oliveira.

¹ Utilizo este concepto y no el de paternidad o maternidad puesto que, desde mi punto de vista, estos últimos aluden más a un estatuto individual, es decir, a cómo es vivido o significado el hecho de ser padre o madre. En contraste, el concepto de parentalidad —como se verá más adelante— es más amplio. Además de incorporar esas connotaciones, comprende propiamente el ejercicio de los roles de padre y madre, los recursos utilizados y las concepciones culturales que los moldean, entre otros aspectos.

mujeres a sus papeles tradicionales, las relaciones asimétricas y de poder entre hombres y mujeres, y los espacios sociales de su reclusión —entre ellos, la familia.

En años recientes hemos presenciado, sin embargo, un crecimiento y diversificación de preocupaciones que apuntan a la necesidad de ampliar y consolidar el tema de la parentalidad como espacio de reflexión e investigación. Esto podemos observarlo en el campo académico en el surgimiento de nuevas temáticas (como el de la masculinidad y el de la paternidad), así como en la reorientación de otras (como los significados que asumen la paternidad y la maternidad para hombres y mujeres, la problemática de los jóvenes y de la niñez en las condiciones actuales, y la cobertura que brindan los familiares de la tercera edad en términos de parentalidad). Esta necesidad emergente no es exclusiva del plano académico, sino que también podemos advertirla al analizar las nuevas condiciones que se perfilan como resultado de cambios (en los planos demográfico, económico, social y cultural) que enfrentaremos en las próximas décadas, y en donde el estudio de la parentalidad jugará un papel importante.

Dado que éste es un campo de estudios que se está gestando, mis objetivos son muy acotados. Por una parte, no puedo presentar un panorama general acerca del ejercicio de la parentalidad en nuestro país ni de sus cambios o continuidades, en parte por las razones indicadas anteriormente, pero también por la ausencia de datos o fuentes construidos en relación directa con la parentalidad. Para tratar de cubrir momentáneamente esta necesidad, he optado por presentar información que apunta cambios importantes en otros aspectos de la vida familiar y sus arreglos. La idea que sostengo es que estos cambios suponen también alteraciones y reacomodos en el ejercicio de la parentalidad. No sabemos cuáles son precisamente y es por ello que el estudio de la parentalidad será una tarea necesaria e importante en el futuro próximo. La segunda parte del trabajo de hecho está dedicada a indagar algunos de los cambios y continuidades, en un marco mucho más acotado, pero centrado en la parentalidad. Presento algunos de los resultados obtenidos en una investigación que está en curso, basados en 15 entrevistas en profundidad realizadas a hombres y mujeres de estratos medios en la ciudad de México.

Los cambios y su repercusión en las relaciones familiares

En las últimas tres décadas, el país ha registrado una serie de cambios en el plano económico, demográfico y sociocultural que han repercutido en la vida familiar. Esta afirmación no debe conducirnos a suponer que todas las familias mexicanas se han visto afectadas por ellos; ni siquiera que aquellas que los han experimentado presenten resultados o consecuencias homogéneas. Cuando hablamos de cambios enfrentamos una tarea difícil no sólo por las distintas definiciones que se pueden adoptar, sino también por el grado de intensidad y dirección de éstos. En el campo de las familias podemos observar que los cambios varían en sus formas e intensidad, así como en los sectores y grupos sociales que son afectados. La tarea resulta aún más difícil cuando consideramos que a menudo no suponen un cambio radical de todos y cada uno de los aspectos que en un momento dado conforman un tipo de familia, sino que lo más común es que presenciemos cambios en uno o varios de sus elementos y que —a la par— se mantengan continuidades en otros. Estos “pequeños” cambios pueden pasar inadvertidos o ser subvalorados ya sea porque están subsumidos dentro de las mismas formas o porque —ante los ojos del investigador— no representan un cambio radical. Un ejemplo de lo anterior lo constituye el incremento de familias de doble carrera (en donde el padre y la madre desempeñan una actividad laboral), las cuales tienen una estructura nuclear (al igual que la familia nuclear conyugal), pero suponen formas de organización y de relación distintas. Podremos observar también otros ejemplos que se relacionan con la estructuración de roles en las que el cambio se da a través de deslizamientos de las tareas y concepciones asociadas con un rol en particular. De tal manera que, aun cuando pueda parecer que es la misma estructura, dichos deslizamientos tienen consecuencias importantes en la formación de nuevos tipos o arreglos familiares. El análisis que desarrollaré se apoya en esta consideración.

En el plano económico destaca la creciente participación de las mujeres en el mundo laboral;² en el plano demográfico, el sorprendente

² En la presentación de los cambios, retomo algunos aspectos que han sido tratados en otro trabajo (Esteinou 1999a). Existe una gran cantidad de estudios que han mos-

descenso en poco más de dos décadas y media de la tasa global de fecundidad, el alargamiento de la esperanza de vida al nacimiento, cambios en los patrones de nupcialidad y disolución de las uniones —observables en el crecimiento del número de separaciones y divorcios, así como de las uniones consensuales—; y en el plano social y cultural, la creciente diferenciación y multiplicación de modelos culturales.

La conjunción de estos cambios está modificando no sólo las estructuras familiares, las cuales se refieren a sus aspectos morfológicos, sino también las relaciones que tienen lugar en su seno. El trabajo femenino, por ejemplo, en sí mismo no es un fenómeno nuevo. En el pasado, en las clases más desfavorecidas económicamente las mujeres han buscado la manera de contribuir económicamente al ingreso familiar. El dato que resulta relevante, y es relativamente reciente, es el incremento que de manera consistente se está observando en el porcentaje de mujeres —ya sea casadas o unidas, divorciadas, separadas, viudas o que tienen hijos, pero no han estado unidas— que desarrollan un número sustancial de horas de trabajo pagado al mismo tiempo que crían y educan a sus hijos.³

En algunos países en donde esta tendencia se ha presentado de manera mucho más acentuada que en el nuestro (como Estados Unidos y en general los países europeos), se ha señalado que ésta conllevó una revolución en los patrones de vida laboral de las mujeres y que tuvo un gran impacto en la vida familiar (Cherlin, 1992; Barbagli, 1990). En

trado la creciente participación femenina en el mercado de trabajo. Un estudio del Conapo (1998) establece que mientras que en 1940 la tasa de participación femenina en la población económicamente activa era de 8%, en 1993 fluctuaba entre 24% y 41% en los distintos estados del país, y se estima que para el año 2010 ésta será de entre 28% y 45%. Véase también: García y de Oliveira, 1994); García, Muñoz y de Oliveira, 1982; Blanco, 1999; De la Peña G., A. Escobar y otros, 1990; Pedrero, 1990.

³ García y de Oliveira han encontrado que en el periodo entre 1970 y 1987 se ha presentado un incremento considerable en las tasas de participación femenina en los mercados de trabajo, especialmente entre los grupos de edad que van de los 25 a los 44 años. En 1987 registraron una tasa de participación de entre 37 y 41% (García y de Oliveira, 1994: 45). Asimismo, López (1998) establece que el incremento de la proporción de mujeres casadas en el mundo del trabajo ha sido tan importante que en 1995 alcanzó casi 30%, y el de las divorciadas y separadas era de 68.9% y 73.9% respectivamente (López, 1998: 31).

nuestro país, esta revolución está en curso y está conduciendo a una modificación en la estructuración de roles que sugiere la conformación de perfiles o arreglos familiares distintos. Aun cuando falta profundizar en ellos y valorar su dimensión en los distintos estratos socioeconómicos y regiones del país, es probable que en el futuro próximo presenciemos, por ejemplo, el incremento de familias de doble carrera. Este tipo de familias aparecen hoy en forma velada en las fuentes censales bajo la categoría de familias nucleares conyugales, pero sus características difieren sustancialmente de lo que convencionalmente se entiende por familia nuclear conyugal (que llamaré tradicional, y que está compuesta por los progenitores y sus hijos solteros corresidentes, y conlleva una serie de pautas normativas y de valores asociados a ella, tales como el desempeño de la mujer sólo como madre, esposa y ama de casa, y del hombre como padre, esposo y proveedor de recursos). Al menos en principio, la distribución de las distintas actividades sobre el cuidado y educación de los hijos constituye un problema que el padre y la madre que trabajan deben resolver. Es decir, la compatibilización del trabajo familiar —en este caso parental— con el extradoméstico o extrafamiliar implica una readecuación de tiempos y recursos, una jerarquización de tareas y a menudo cambios en las orientaciones de valor.

Otra serie de cambios se ha presentado tanto en la composición como en la dinámica demográfica, y aquí es interesante observar que algunos de ellos apuntan hacia un proceso de individualización y de racionalización en el espacio y las relaciones familiares, brindando en algún sentido mayores posibilidades para los individuos que forman parte de ella; mientras que otros indican puntos de tensión y conflicto como son las separaciones y el divorcio. Para los fines de este trabajo indicamos los siguientes. La reducción de la tasa de fecundidad y del número de años que las mujeres dedican a la crianza⁴ es favorable al desarrollo de proce-

⁴ Entre 1972 y 1999 la tasa global de fecundidad se redujo de 6.51 a 2.48 hijos por mujer (Conapo, 1999: 29; 2000: 52). Asimismo, Gómez de León estima que en 1976, con los niveles de fecundidad de ese entonces, las mujeres dedicaban 18 años al cuidado y crianza de los hijos menores de seis años, mientras que en años recientes dedican 13 años (Gómez de León 1998: 12).

sos de individualización y racionalización en el sentido de que los hombres y, especialmente, las mujeres pueden planear y decidir el momento de la unión, el número y espaciamiento de los hijos en relación con los planes individuales laborales o de estudio, o con los proyectos familiares. Este tipo de decisiones y de controles sobre la reproducción permite introducir y poner en juego los intereses y necesidades individuales en el espacio familiar. Hombres y mujeres pueden regular, disminuir la influencia decisiva que tenían las instancias metaindividuales (como el grupo familiar) y metafamiliares (como la comunidad, el medio social y la religión católica) sobre las decisiones en torno a la reproducción y la vida individual.

El alargamiento de la esperanza de vida al nacimiento⁵ implica la ampliación del horizonte de experiencia individual y —cuando se combina con los procesos de cambio sociocultural— puede traducirse en una diversificación de los itinerarios en el curso de la vida o de la biografía. De esta manera, un individuo puede pasar por el matrimonio, el divorcio o la separación, la cohabitación o las segundas nupcias, etc. El alargamiento de la esperanza de vida puede también conllevar elementos de tensión y conflicto. A nivel individual, la diversificación de los itinerarios biográficos va aparejada de tensiones, conflictos y transiciones. A nivel familiar, se vuelve más factible la expansión del número de años que una pareja puede vivir unida o casada, pero esto mismo —en un contexto de creciente diversidad sociocultural— introduce un elemento de tensión en la familia como institución. En virtud de la mayor apertura y diversidad cultural que la sociedad está experimentando, tanto los individuos como las familias se encuentran hoy más expuestas que hace 30 años a una variedad de modelos culturales, a procesos de individualización más acentuados los cuales, a la vez que ofrecen más opciones de vida, también conllevan dificultades para conciliar los intereses y valores individuales con los de la pareja o el grupo familiar. Esta diversidad cultural, colocada en un arco temporal más amplio (como resultado del

⁵ La esperanza de vida al nacimiento se ha elevado en forma considerable: en 1930 era de 35.2 y 37 años en hombres y mujeres respectivamente, mientras que en 1999 alcanzó 72.8 y 77.3 años. *Cf.* Conapo, 1999: 15.

alargamiento de la esperanza de vida), está conduciendo al debilitamiento de la familia nuclear conyugal tradicional como referente simbólico, y al desgaste de su sustrato institucional tradicional.

De hecho, podemos advertir ya hoy algunos signos de dicho proceso cuando observamos algunos de los cambios que se observan en los patrones de formación y disolución de las uniones. La cohabitación es una tendencia creciente, de tal forma que hombres y mujeres, en mayor proporción, tienden a formar este tipo de uniones en lugar de aquellas sancionadas legal y/o religiosamente.⁶ El divorcio también es hoy más común que hace unas décadas, a pesar de que es comparativamente bajo en contraste con otros países, como Estados Unidos. Esta tendencia a la disolución de las uniones se ve incrementada cuando se consideran las separaciones, las cuales constituyen la forma más común que ésta adopta.⁷ Como consecuencia de estas tendencias, estamos presenciando cada vez más el surgimiento de otras formas familiares y de procesos de recomposición. La proporción de familias monoparentales, especialmente encabezadas por mujeres, ha aumentado. Igualmente es probable que se

⁶ De acuerdo con cifras del Conapo, en el quinquenio comprendido entre 1982-1986 la cohabitación era de 16.7%, mientras que en el de 1992-1996 alcanzó 26.7% (Conapo, 1999: 197). Véase también el trabajo de Quilodrán (1991) sobre los patrones de nupcialidad.

⁷ De acuerdo con datos del INEGI, en 1950 la tasa de divorcio era de 4.4% mientras que en 1996 alcanzó 5.7%. A pesar de esta baja proporción, la cuantificación específica de las disoluciones, particularmente de las separaciones, es una tarea difícil de precisar a partir de las fuentes censales y estadísticas. No sólo se presentan problemas de subrepresentación de las separaciones —como Ojeda y González lo han señalado— sino que además las cifras varían de acuerdo con los distintos criterios que se adoptan y con las formas de agrupar o desagregar la información. Por ejemplo, el INEGI (1999) presenta para 1995 una tasa de 7.7% que incluye a la población de 12 años y más separada, divorciada y viuda. El Conapo estima para 1997 que la tasa de separaciones o de rupturas es de 14.4% (Conapo, 1999), pero no es claro si esta cifra comprende sólo las separaciones o en general todo tipo de disolución. El DIF, por su parte, estima que para 1996 la proporción de separaciones ascendía a cerca de 23% (DIF, 1998). Por lo anterior, a pesar de que podemos afirmar que el índice de separaciones y divorcios ha aumentado, su precisa cuantificación queda como una tarea necesaria y pendiente. Véase además INEGI, 1994; Conapo, 1999; Ojeda y González, 1992.

esté presentando un incremento en la proporción de familias reconstituidas y de aquellas llamadas *living apart together*.⁸

A partir de la información presentada hasta el momento podemos decir que en las últimas tres décadas se han presentado cambios importantes que han afectado a las familias, pero también es importante señalar que hay mucho trabajo por hacer en términos de refinamiento de los datos, así como en la construcción de categorías que nos permitan captar con mayor precisión dichos cambios, su intensidad y dirección. Una de las dificultades que tenemos es que la información estadística y censal —no obstante los grandes avances logrados— está agrupada de acuerdo con categorías generales que contienen (o esconden) distintas formas familiares. Especialmente cuando tomamos en consideración otros criterios de tipo sociológico y cultural (como las orientaciones de valor, las normas), la perspectiva demográfica encuentra límites. Por ejemplo, a partir de los resultados arrojados por la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica en 1997, observamos que 67.4% de los hogares es de tipo nuclear. Dentro de éste se incluyen los biparentales y los monoparentales. Asimismo observamos que 25.6% de los hogares corresponde a aquellos definidos como ampliados y compuestos. A partir de esas agrupaciones no podemos precisar la proporción de familias de doble carrera, que ya indicamos, pero tampoco podemos establecer la proporción de familias con perfiles socioculturales específicos moldeados, por ejemplo, por elementos étnicos, y de cuya presencia han dado testimonio los estudios de tipo antropológico. Estos últimos pueden tener una estructura nuclear (sea mono o biparental) ampliada o compuesta.

⁸ El Conapo (2000) establece que en 1976 uno de cada siete hogares estaba encabezado por mujeres, mientras que en 1997 esta fracción aumentó a casi uno de cada cinco (Conapo, 2000: 52). Mientras que este tipo de familias representa una proporción importante que ha sido además documentada por fuentes oficiales, el registro del tipo de familias reconstituidas ha estado en general ausente en este tipo de fuentes. Lo mismo podemos decir con respecto a aquellas denominadas *living apart together* (LAT). Sin embargo, es posible pensar que si las tasas de disoluciones han aumentado, podemos esperar procesos de recomposición no sólo a través del crecimiento de la proporción de familias monoparentales, sino también del establecimiento de dichos arreglos. Para una comprensión de los arreglos de tipo LAT, véase Trost y Levin (1999).

Es necesario, por lo tanto, introducir otro tipo de información resultante de otros campos, especialmente del social y del cultural.⁹ De hecho, ya he incorporado algunos aspectos en el desarrollo anterior referidos a los cambios en la estructuración de roles por la creciente participación laboral femenina, a la incorporación de pautas de individualización y racionalización, y a la mayor exposición de individuos y familias a la diversidad cultural.¹⁰ En las últimas décadas, el país ha registrado un proceso de modernización no sólo en el plano económico y demográfico, sino también en el nivel sociocultural. Al igual que en otros países, y en el marco de un mundo cada vez más globalizado, el país está siendo objeto de una mayor diferenciación y multiplicación de subsistemas socioculturales. Aun cuando en México estos procesos son de menor extensión y profundidad que en los países occidentales industrializados y presentan un desarrollo heterogéneo, podemos observar elementos característicos de dichas sociedades. Una encuesta nacional sobre las actitudes y valores de los mexicanos (Beltrán, Castaños, Flores, Meyenberg y del Pozo, 1996) mostró en 1996 que, junto con otros códigos culturales de arraigo nacional, se ha presentado el desarrollo de valores asociados con la economía de mercado, la democracia formal y el individualismo. No obstante, la expansión de dicha diversidad tiene aún como límite, o como convergencia, un sustrato comunitario. De esta manera, por ejemplo, al lado de la tolerancia, el respeto a las diferencias y la planeación de la vida como orientaciones de valor, encontramos concepciones arraigadas sobre el amiguismo y el nepotismo como vías para el ascenso social, sobre la sexualidad y los papeles de género asociados a la naturaleza biológica, y

⁹ Los estudios de tipo sociocultural referentes a la familia son escasos en nuestro país. Además, se trata de estudios cuya orientación es eminentemente cualitativa y en donde el uso de la cuantificación es menor. La bibliografía centrada en la construcción del género y los estudios de tipo antropológico han arrojado aportes importantes. Otra manera en que ha sido abordado el cambio sociocultural es a través de la educación, especialmente el nivel educativo. Nuestra perspectiva incorpora estos elementos pero nos interesa señalar procesos socioculturales más amplios que han incidido en las orientaciones de valor.

¹⁰ En otro trabajo (Esteinou, 1999b) he abordado la mayor exposición por parte de individuos y familias a la diversidad de modelos culturales.

sobre la familia como grupo que se sobrepone al individuo restringiendo sus márgenes de acción y de libertad.

En el plano sociocultural precisaré otros dos cambios. En primer término, podemos señalar el que ha sufrido el significado de los roles de madre, esposa y ama de casa, y el de esposo, padre y proveedor de ingresos frente a la expectativa y práctica del rol laboral femenino. Hemos tenido una larga tradición en la cual el papel de madre ha sido altamente valorado y venerado, de tal forma que constituía el espacio primordial de desempeño y desarrollo personal socialmente reconocido. Aun cuando las madres desempeñaran alguna actividad económica, es sintomático que en los censos, por ejemplo, cuando se les preguntaba (y en algunos casos todavía ocurre) a qué se dedicaban, las mujeres contestaban: al hogar y a los hijos. Se decía: son “las reinas del hogar”, y en ello había un reconocimiento, entre amplios sectores de la población, de su lugar en la familia y en la sociedad. Esta configuración del papel de madre y ama de casa era reforzada a través de varios mecanismos de control social, como las sanciones negativas que ejercían los círculos cercanos de parientes y amigos cuando la madre-esposa trabajaba. Frases como “este hombre es un mantenido”, “¡mira, ya puso a la mujer a trabajar porque él no puede mantener a su familia!”, sancionaban el “fracaso” del hombre como proveedor de recursos, pero también la incursión de las madres en el mundo laboral. Había otras (las cuales todavía operan) que sancionaban negativamente el rol laboral de las madres: “¡mira!, ya está descuidando a los hijos”, “es una egoísta, su deber es primero con los hijos”. Sólo en casos excepcionales (de necesidad económica en situaciones de abandono, separación y viudez) se aceptaba que la madre trabajara. Desde esta óptica crítica y sancionadora, se trataba de una inversión de roles entre los géneros que violentaba las pautas normativas y culturales. En este sentido, el valor *ser madre* no era compatible con aquél del trabajo o, en otras palabras, este último no constituía una orientación de valor. La valoración del rol materno estaba además engarzada normativamente con otros dos roles: el de esposa y el de ama de casa, de tal forma que estos tres delimitaban socialmente el horizonte de vida y el estatus social de las mujeres adultas.

La vinculación estrecha que normativa y axiológicamente se establecía entre estos tres roles en las mujeres se ha desgastado y forma parte de un proceso que está debilitando la familia nuclear conyugal tradicional, como la hemos definido anteriormente, como referente simbólico y normativo. A diferencia de lo que ocurría hace 30 años, el trabajo femenino en general y el de las madres en particular se está convirtiendo en una expectativa y en una orientación de valor para amplios sectores de la población, y así lo han mostrado distintos estudios (Beltrán, Castaños, Flores y otros, 1996; Esteinou, 1996). El horizonte de expectativas de las mujeres de hoy, incluyendo a las madres con hijos dependientes, se está diversificando de tal forma que la contribución económica de las mujeres al bienestar familiar a través de una actividad laboral es cada vez más aceptada no sólo bajo el impulso imperioso de la necesidad, sino también como una forma de solventar un nivel de vida y de desarrollo personal o profesional. Se ha argumentado que en nuestro país la incursión de las mujeres en el mundo del trabajo se debe fundamentalmente a la necesidad de compensar el deterioro de los niveles de vida de las familias como consecuencia de las crisis económicas que hemos experimentado. Si aceptamos esta respuesta, queda por explicar cómo mujeres y hombres aceptaron el desempeño de un rol que se contraponía con las pautas normativas y de valores tradicionales de madre, esposa y ama de casa. En este marco, el hecho de que la mujer trabajara debió constituir un aspecto que, al menos en principio, había de ser “procesado” dentro del espectro de expectativas y valores sustentados por la mujer, la pareja y el grupo familiar. Es necesario, por lo tanto, recurrir a una perspectiva cultural para comprender de manera más amplia este fenómeno.

La configuración de roles de las mujeres adultas en forma más abierta hacia el exterior (esto es, a través del desempeño de una actividad laboral o política, por ejemplo), coloca a hombres y mujeres frente, al menos, cuatro opciones: 1) Mantener la estructura y orientaciones de valor tradicionales, es decir, la mujer desempeñando los papeles de madre, esposa y ama de casa, y el hombre los de padre, esposo y proveedor de ingresos. 2) Mantener las orientaciones de valor tradicionales, pero incorporando el trabajo extradoméstico de la mujer como un aspecto práctico. En este caso es muy probable que la mujer sufra una sobrecarga de roles

en tanto que se asume, en términos de orientaciones de valor, que es ella la que debe cubrir igualmente sus roles familiares; su actividad laboral constituye así un papel adicional a los otros. No obstante, tanto la mujer como el hombre deberán justificar esta actividad dentro de su marco valorativo: podrán neutralizarlo o negarlo, en términos de las aportaciones reales que trae el trabajo de la mujer; o subsumirlo como una actividad menor, secundaria, dentro de la división de roles asumida entre la pareja. De cualquier forma, queda como un aspecto latente que puede suscitar tensión y conflicto. 3) Que uno de los dos miembros de la pareja mantenga las orientaciones de valor tradicionales (lo cual generalmente se ha manifestado entre los hombres) y que el otro (generalmente la mujer) acepte el rol laboral modificando sus concepciones sobre los otros roles familiares. En este caso, probablemente se presentará un mayor nivel de conflicto ante dos concepciones diferentes sobre el papel de la mujer y del hombre. La mujer pugnará por una mayor participación e involucramiento de su pareja en el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos. 4) Que ambos miembros de la pareja acepten el rol laboral femenino modificando sus orientaciones de valor en torno a los roles familiares que ambos desempeñan. Se presenta una flexibilización de la estructura tradicional de roles familiares y su resignificación en términos valorativos, esto es, se puede ser madre, esposa y trabajadora (proveedora de recursos) al mismo tiempo si se relativizan los valores tradicionales como fuentes primordiales de identidad y de estatus social para las mujeres adultas; se puede también ser padre, esposo y proveedor de recursos a la vez que se participa de manera más activa en el trabajo familiar.

Estas opciones sobre cómo puede “procesarse” el trabajo femenino de las madres desde luego presenta matices, pero es importante también indicar que la forma en que es incorporado el trabajo femenino supone en varias de ellas una jerarquización de prioridades de valor. Sólo en las dos últimas opciones se presenta de manera más clara una ruptura —en el sentido de una flexibilización— del encadenamiento normativo y de valores tradicionales de los roles madre, esposa y ama de casa para la mujer adulta, y de esposo, padre y proveedor de ingresos para el hombre adulto. El papel de padre y el de madre tienden a operar y ser concebidos de manera distinta. Este proceso no está exento de tensiones

y conflictos, entre los cuales se encuentra cómo logran hombres y mujeres adultos incluir dicha expectativa, a la vez que desempeñan sus roles como progenitores. Se trata de un problema también de jerarquía sobre qué rol tendrá mayor importancia en términos de sentido.¹¹

El segundo cambio en el plano sociocultural, que se ha conjugado con los cambios en el plano económico y demográfico, lo constituye la modificación de la relativa correspondencia que existía entre la definición de la posición o estatus social del individuo y la posición que se establecía en el interior de la familia. Esta correspondencia se establecía básicamente a partir de dos criterios: el etario y el de género. De acuerdo con el primero, la edad en la que un individuo era definido socialmente como adulto tendía a corresponder con la edad en que se esperaba que asumiera ciertos roles dentro de la familia. De tal forma, había un consenso sobre la edad en que, por ejemplo, una mujer debía casarse, y dicha edad correspondía socialmente con el tránsito a la edad adulta. Esta correspondencia entre —lo que podríamos llamar— la edad social y la edad familiar (la cual marcaba el momento en que se asumían otros roles familiares) se ha roto en las sociedades contemporáneas modernas (o postmodernas).¹² Gracias al alargamiento de la esperanza de vida y a los procesos de diferenciación cultural, hoy un hombre puede ser padre a los 19, 28 o 60 años, al igual que se puede ser hijo a los 50 o 60 años, lo cual hace más difícil —si no imposible— dicha correspondencia. El género constituía asimismo un criterio bajo el cual se establecía la correspondencia entre estatus social del individuo y su posición dentro de la familia. Los roles familiares estaban estructurados de acuerdo con ciertas concepciones de los roles de género, esto es, a la mujer le corresponden los roles de madre, esposa y ama de casa, y al hombre los de esposo, padre, proveedor de recursos; asimismo, la posición social de la mujer era establecida a partir de la asunción de dichos roles en la familia y —dada la dependencia económica que se establecía con el esposo como producto de esa estructuración de roles particulares— de los logros y prestigio que éste fuera alcanzando en el

¹¹ Véase el trabajo de Marks y Macdermid (1996) sobre el manejo de la multiplicidad de roles.

¹² Para un análisis sobre este punto véase el trabajo de Donati (1999).

mundo laboral y social. Precisamente son estas concepciones sobre los géneros y su aplicación a la familia las que han sido ampliamente cuestionadas por los movimientos de mujeres y por los estudios con perspectiva de género.¹³ No obstante, los cambios son lentos, pero están en curso y se manifiestan en pequeños deslizamientos que a la larga van modificando los roles. Las opciones, anteriormente indicadas, que tienen hombres y mujeres ante el trabajo femenino, pueden servir de ejemplo para ilustrar este proceso. El hecho de que la mujer trabaje fuera de casa no significa necesariamente un cambio en la concepción de sus roles familiares y de género, pero en un contexto en donde continuamente se cuestiona su papel exclusivo en el ámbito familiar (ya no se quiere ser la “reina” del hogar sino ser valorada por otros atributos y logros personales), en donde se ofrecen otras alternativas de vida (en pareja, en familia, en el trabajo), es cada vez más probable que esa mujer tienda a cambiar algunos aspectos de sus roles tradicionales. Lo mismo vale para el hombre; el hecho de aceptar la “contribución” de la mujer al ingreso familiar puede dar pie a un proceso de resignificación acerca de sus roles tradicionales, y a un redescubrimiento de su papel de padre y de sus posibilidades afectivas y expresivas. Por consiguiente, aunque el género sigue siendo todavía un criterio que marca la estructuración de los roles familiares, se están debilitando sus concepciones tradicionales.

La familia nuclear conyugal tradicional como referente simbólico y normativo ha supuesto en gran medida un encadenamiento de roles que “ataban” —por decirlo así— al individuo a una posición y a ciertas tareas en la familia; suponía también una división y un ejercicio diferenciado de los roles parentales. La flexibilización y —en algunos casos— la ruptura de este encadenamiento se expresa en los reclamos que se hace a las madres trabajadoras con respecto al descuido de su rol parental y en su revalorización en términos de “calidad de tiempo” dedicado a éste. El ejercicio de la parentalidad está sufriendo también modificaciones en situaciones de separación, divorcio o segundas nupcias, y en contextos familiares más seculares, como las uniones consensuales. Su ejercicio probablemente varía en edades más avanzadas; hay elementos que per-

¹³ Dentro de la amplísima bibliografía, véase a manera de ejemplo Lamas (1996).

miten un ejercicio más racional porque se puede regular más que antes el proceso de reproducción familiar. En síntesis, los cambios hasta aquí descritos sugieren que están teniendo lugar modificaciones importantes en el ejercicio de la parentalidad, por lo cual es necesario analizarla.

La parentalidad en este proceso de cambios

Si bien estos cambios han sido documentados e investigados, su análisis se circunscribe más bien a las formas familiares. Menos atención, en cambio, ha recibido el desempeño de los roles de progenitores, no obstante que dichos cambios apuntan a modificaciones importantes. Si estamos presenciando el surgimiento y crecimiento de otros arreglos familiares (nucleares de doble carrera, monoparentales encabezadas por mujeres, familias reconstituidas) y de pautas de formación y disolución de las familias (más cohabitación, separaciones y divorcios), es necesario atender la forma en que hombres y mujeres desempeñan sus roles de progenitores en este nuevo marco de arreglos familiares. Junto con ello, es importante un estudio de la parentalidad que rebase el postulado tradicional de que el desarrollo óptimo de un niño está ligado con un tipo de familia, en especial la familia nuclear conyugal tradicional con los roles y valores asociados que hemos indicado.

El concepto de parentalidad puede ser definido, de acuerdo con Horowitz (1993, citado en Arendell, 1997), como una serie de actividades y habilidades que ejercen los adultos que proveen cuidados y crianza a los niños; es un proceso compuesto de tareas, roles, comunicaciones, recursos y relaciones, e implica el uso creativo y hábil de conocimientos, experiencia y técnica. La parentalidad no radica exclusivamente en las características individuales de los adultos que la desarrollan, ni es una respuesta al simple instinto biológico por parte de quienes la asumen, sino que está moldeada por la interrelación compleja de la historia, las instituciones, las teorías y construcciones culturales, la interacción y la experiencia. Es decir, está situada en tiempo y lugar, y por ello sus actividades, concepciones y objetivos pueden variar (Arendell, 1997; Ambert, 1994).

Un elemento central que moldea las actividades, objetivos y concepciones en torno a la parentalidad es el de la niñez. Se ha señalado que

la parentalidad en las sociedades modernas se ha constituido como una actividad anclada en la familia, en la medida en que se espera socialmente que los niños abandonen sus roles productivos (que contribuían al ingreso) para ser atendidos y cuidados en la familia, y que reciban mayor educación formal (Ariés, 1987; Berger y Berger, 1984). Esta concepción de la niñez como una etapa de la vida del individuo que requiere de un espacio y tiempo separados de las dinámicas sociales hostiles más amplias, para poder desarrollarse y ser “cultivado”, ha permeado y ha dado forma poco a poco a un tipo de parentalidad en donde se delimitan figuras y roles sociales especializados para su cuidado, es decir, los progenitores, donde resalta la madre como figura central. De esta manera, la importancia de la niñez como eje de la vida familiar se engarza con el surgimiento de la familia nuclear conyugal tradicional.

En tiempos recientes, no obstante, la concepción sobre la niñez, sobre sus necesidades, desarrollo y bienestar, se ha diversificado y expandido a tal punto que las tareas ligadas a la parentalidad resultan cada vez más difíciles y complejas. Por un lado, la abundancia de conocimientos, la diversificación del campo, la aparición de profesionales especializados y la intervención del estado y de organismos internacionales en su definición y atención, incluyen en el panorama autoridades conocedoras que compiten con los progenitores debilitándolos como autoridad máxima. Su labor se vuelve objeto de escrutinio y evaluación, de tal manera que la parentalidad se está convirtiendo en un campo científico especializado que la desvincula muy claramente —hoy más que nunca— de cualquier concepción que postule el instinto materno o paterno como fuente y guía exclusiva de su ejercicio y desarrollo. Por otra parte, la variedad de arreglos y relaciones familiares que se están formando y redefiniendo como producto de las tendencias indicadas en el apartado anterior, nos llevan a indagar las formas en que los progenitores desempeñan su papel, en virtud de que, al tiempo que su autoridad se está debilitando, adquieren nuevas y mayores obligaciones, y se mantiene la expectativa social de que el espacio de desarrollo del niño sea la familia. Como trataré de mostrar más adelante, uno de los problemas que enfrentan los progenitores es que hay una infinidad de conocimientos, recursos, tareas y necesidades por cubrir, y una dificultad para manejarlos, para mantenerse al

día y de esta forma desempeñar su papel al lado de otros. Las respuestas frente a esta tarea cada vez más compleja son variadas.

A lo anterior hay que agregar la profundización de una pauta emocional y expresiva en el ejercicio de la parentalidad y en la concepción acerca de la niñez. Como parte del reconocimiento de la necesidad de brindar bienestar a los niños, se ha difundido y se está consolidando lentamente una cultura de su atención, que se expresa en los derechos básicos, civiles y de protección a la infancia acordados por los gobiernos y organismos internacionales. Pero también en el énfasis puesto cada vez más en su valor emocional y en las potencialidades que ofrece una parentalidad más expresiva (Arendell, 1997).

En nuestro país, la parentalidad ha asumido y asume distintas formas, dependiendo de diferencias socioeconómicas, étnicas, de género y culturales, por lo cual las reflexiones anteriores nos sirven sólo como marco para analizar algunas de sus formas. Asimismo, no hay una sola concepción sobre la niñez o la familia, de tal manera que encontramos familias que tienen una concepción de la niñez en donde priva su valor económico, como fuerza de trabajo.¹⁴ Las concepciones y tendencias que he indicado, sin embargo, juegan o han jugado un papel importante.

Para ilustrar algunas de las formas que ha asumido la parentalidad en nuestro país, así como los cambios que se están generando, realicé 15 entrevistas en profundidad a siete hombres y ocho mujeres de estratos medios con estudios de postgrado, que ejercen su profesión y tienen un rango de edad que va de 25 a 35 años, con la excepción de un hombre que tiene 42. La intención que guió el desarrollo de estas entrevistas fue perfilar algunos de los valores con que fueron educados los entrevistados, así como los recursos que utilizaron sus padres en ello, por un lado; y, por el otro, indicar los valores y recursos que utilizan los entrevistados como progenitores en la educación de sus hijos. Con base en esta información, señalaremos algunas de las continuidades y cambios en el ejercicio de la parentalidad.

¹⁴ Aunque no es específicamente su objetivo, en el estudio de Mier y Terán, y Rabell (2000) sobre las condiciones de vida de los niños en México se pueden advertir algunas de las concepciones que tienen las familias sobre la niñez. Entre ellas se encuentra aquella que enfatiza su valor económico.

Un primer aspecto que es importante señalar es que los progenitores de los entrevistados tienen un origen social y los entrevistados tienen otro. Mientras que todos los entrevistados pueden ser ubicados como parte de los sectores medios por el tipo de educación y ocupación que desarrollan, sus progenitores (familia de origen) tienen niveles de escolaridad y ocupaciones que, en su mayoría, caen dentro de los sectores obreros o campesinos. Poco más de la mitad de los padres (ocho) desarrollaban ocupaciones tales como técnico, mecánico, trabajador de la construcción, operador de transporte y ejidatario; en cuanto a la escolaridad, sólo cuatro del total de los padres alcanzó la educación superior. En cuanto a las madres, seis trabajaron. Las que habían alcanzado el nivel superior de educación y tenían posibilidades económicas (cuatro) generalmente trabajaron de medio tiempo, incluso cuando sus hijos eran pequeños; pero algunas enfrentaron situaciones de mayor necesidad, por lo cual desempeñaron trabajos de tiempo completo mientras criaron a sus hijos. Las ocupaciones que desarrollaban eran: empleadas domésticas, costureras, maestras, enfermeras y profesionistas. Los niveles educativos que alcanzaron fueron: más de la tercera parte no concluyó la primaria, otra tercera parte alcanzó el nivel medio superior y el resto llegó al nivel superior. Vemos así que entre algunos de los entrevistados se dio, con respecto a su familia de origen, una movilidad social de sectores obreros y campesinos a sectores medios profesionistas, y que las familias de origen se empeñaron en ofrecer a sus hijos mayor educación con miras al ascenso social.

La estructuración de roles en las familias de origen de los entrevistados seguía en general una pauta de tipo tradicional, en cuanto a la distribución del trabajo doméstico y la provisión de ingresos para el sustento de la familia: la madre se ocupaba del primero y el padre del segundo. Esta pauta también se presentaba en lo referente al cuidado de los hijos, de tal forma que la madre era la principal responsable y el padre la figura de autoridad principal. No obstante, es importante desglosar aún más las tareas involucradas en la crianza y educación de los hijos, y también articularlas con el ejercicio de la autoridad, dado que encontramos matices que es necesario señalar. Una estructuración de roles clara, e incluso rígida, no necesariamente supone autoritarismo. Como se verá, éste era

resultado del tipo de acercamiento que tenían los padres con respecto a sus hijos para educarlos. Para acercarnos a la parentalidad y su ejercicio hemos delimitado tres grandes áreas que deben ser cubiertas en el transcurso de la crianza, socialización y educación de los hijos. La primera se refiere a la atención cotidiana de cuidados físicos y de cuestiones prácticas que requieren los hijos: darles de comer, supervisar que hagan las tareas, vigilar su higiene, etc. La segunda se refiere a algunos aspectos de las relaciones internas y a la estructura de autoridad. Estrechamente ligada a la anterior, pero analíticamente distinta, se encuentra el área relacionada con la calidad de las relaciones progenitores-hijos y los recursos afectivos y emocionales que usaban los progenitores de los entrevistados no sólo para relacionarse con ellos, sino también para transmitir sus valores. De su análisis podemos desprender algunas concepciones acerca de la niñez y del ejercicio de la parentalidad.

1. Con respecto al cuidado físico y atención de cuestiones prácticas cotidianas, observamos que las madres de los entrevistados se encargaban de estas tareas y los padres intervenían o las apoyaban ocasionalmente. Cuando la madre trabajaba, generalmente desempeñaba empleos de tiempo parcial o medio tiempo; en algunos casos, las madres trabajaron de tiempo completo durante un tiempo, incluso mientras los niños eran pequeños. En los casos en donde las madres trabajaban, observamos que aquellas que pertenecían a los sectores medios tendían a utilizar guarderías y a emplear niñeras para el cuidado de los hijos, mientras que aquellas pertenecientes a sectores obreros o campesinos usaban más bien las redes familiares, en particular a las abuelas y a los hermanos “mayores” para que en su ausencia cuidaran a los pequeños.

Entre los entrevistados predomina todavía la pauta de que la mujer sea la encargada de la atención cotidiana de cuidados físicos y de cuestiones prácticas que requieren los hijos: darles de comer, supervisar que hagan las tareas y cuidar su higiene, entre otras. Sin embargo, en contraste con sus familias de origen, los padres intervienen más en algunos de los cuidados, como supervisar las tareas escolares y hacerse cargo de ellos algunas tardes de la semana (lo cual es posible por la flexibilidad de sus horarios laborales). En virtud de que las madres trabajan, algunos hombres tienden a asumir más tareas, lo cual ha dado pie entre la pareja

a una dinámica de “turnos”, la cual generalmente es supervisada por la mujer. Señalaba una entrevistada: “hoy te toca quedarte con ellas y ver que hagan las tareas porque salgo más tarde”. Asimismo, es notable el uso de las redes familiares (abuelas sobre todo) y de las guarderías como un recurso que apoya esta estructura familiar de doble carrera. En algunos casos, las abuelas desempeñan claramente un rol parental, por lo cual el ejercicio de la parentalidad se da en forma compartida, sobre todo con respecto a las obligaciones ligadas al rol materno. También es interesante notar que en estos casos es común que los niños estén sujetos a dos tipos de reglas y concepciones: las de la abuela y las de la madre.

2. Relaciones internas y autoridad. En esta área hemos incluido algunos de los aspectos que se refieren al establecimiento de límites y reglas, el manejo de los conflictos y la estructura de autoridad. En general, las madres de los entrevistados eran las que establecían los límites y las rutinas de sus hijos, en gran medida porque eran quienes pasaban más tiempo con ellos. Es interesante señalar aquí que cuando les preguntaba cuántas horas pasaban su madre y su padre con ellos, la diferencia era un factor de tres: en promedio, decían que sus padres pasaban cuatro horas al día con ellos, mientras que sus madres entre 11 y 13. Desde luego, el número de horas en sí mismo no nos dice del tiempo efectivo que pasaban con ellos (ni de su calidad) y hay que tomarlo con cautela, pues si se considera el tiempo que los hijos pasaban en la escuela o con los amigos, esta cantidad de tiempo puede ser menor. Sin embargo, de las respuestas se desprende claramente que las madres de los entrevistados tenían como rol central el cuidado de los hijos y que eran las responsables de cumplirlo; asimismo, independientemente de que la respuesta cuantificada sea o no precisa, es claro que entre los entrevistados había una clara percepción de que sus madres eran las responsables de su cuidado. El tiempo que pasaban los entrevistados con sus padres era generalmente antes de ir a la escuela, a la hora de la comida y en las noches, lo cual confirma que en realidad el padre pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, que el tiempo que pasaba con los hijos era relativamente breve y, sobre todo, que era un tiempo en donde los miembros de la familia convivían, por lo que el tiempo de relación hijo-padre o hija-padre era aún menor.

Con base en lo anterior podemos decir que la estructura de roles parentales era rígida, pero debemos profundizar en otros aspectos de las relaciones que se establecían, así como también en las jerarquías de autoridad. En principio, había una división de acuerdo con el rol de género, de tal forma que entre padre y madre se establecía una clara asimetría y diferenciación en esta área. La figura central de autoridad familiar recaía en el padre, mientras que en la madre descansaba la autoridad cotidiana de las relaciones cara a cara y de la mayor parte de los asuntos relacionados con la educación y la crianza. De esta forma, es interesante observar que se presentaban dos esferas de autoridad que se expresaban en los permisos: los entrevistados pedían permiso a sus madres cuando eran niños para salir a jugar, para invitar amigos a su casa, para “hacer tiradero” y para todo asunto o actividad que se diera dentro de los límites relativos al espacio doméstico. De hecho, en general, cuando eran pequeños bastaba con el permiso de la madre. La autoridad paterna como figura central de la familia se hacía más presente conforme los hijos iban creciendo, en la etapa de la preadolescencia. La autorización del padre era indispensable para aquellos asuntos o sucesos que implicaban un cambio importante en las rutinas del niño, el inicio de una transición, situaciones de mayor riesgo o que eran concebidas como decisiones importantes: la primera vez que fueron a una discoteca, para salir solos fuera de casa, para pedir más dinero del acostumbrado, para ir a fiestas, de viaje, para llegar tarde. A menudo los hijos —y sobre todo las hijas— recurrían primero a la madre para que les diera permiso y juntos convencieran o —como decían especialmente algunas entrevistadas— se “envolviera” al padre.

Esta división de esferas se expresaba también cuando se les preguntaba de qué cosas se hacía cargo el padre y de cuáles la madre en su educación. Es interesante observar que, a pesar de que la madre era la que generalmente implantaba una disciplina en la práctica cotidiana mediante el establecimiento de límites y reglas, y la supervisión constante, al padre tendía a identificársele en forma explícita, además de proveedor de recursos económicos, con la disciplina, la responsabilidad y la exigencia; y, en forma secundaria, como figura que contribuía a la supervisión y al reforzamiento de los valores. A la madre, en cambio, tendía a identificársele de manera explícita con la inculcación de valo-

res, con el cuidado y el afecto, y como una figura menos exigente. De esta forma, el padre representaba una autoridad más instrumental en el sentido de encarnar aquellas exigencias que le serían requeridas al niño cuando alcanzara la edad adulta; y la madre, una autoridad más emocional, afectiva y práctica.

Como parte de las tareas vinculadas a su rol, la madre era también la que se encargaba del manejo de las relaciones entre los hijos. De hecho, la mayoría de los entrevistados declaraban que ellas eran las que mejor manejaban las relaciones y conflictos que se daban entre hermanos; en otros casos señalaban que, a pesar de que la madre era la que se encargaba de su manejo, a menudo “se desesperaba, nos regañaba y nos castigaba”. El padre intervenía poco, dado que estaba menos presente, y lo hacía en situaciones consideradas como más graves. Aquí observamos varias pautas: en la primera, intervenía —de acuerdo con algunos de los entrevistados— de una forma más “imparcial” y “analítica”; en otras, era conciliador. En ambos casos hay una actitud distante que delega casi totalmente en la madre el manejo de relaciones y solución de conflictos. Los padres estaban escasamente involucrados en este nivel y, cuando intervenían para conciliar, cumplían una función de “árbitros”, con lo cual seguían manteniendo un papel distante y relativamente imparcial. En otros casos observamos que intervenían de una forma más autoritaria y era frecuente que recurrieran a regaños, gritos y castigos.

Entre los entrevistados, en cambio, se observan cambios impotentes en algunos aspectos, en contraste con sus familias de origen. En primer término, en la cantidad de tiempo que los progenitores pasan con sus hijos: la mayoría de las madres pasa todavía mucho más tiempo con sus hijos en comparación con los padres, manteniendo así la división de roles tradicionales; encontramos incluso algunos casos en que prácticamente no ha habido cambios. No obstante, en contraste con la cantidad de tiempo que dedicaban las madres de las familias de origen, la que dedican las entrevistadas se ha reducido como resultado de la actividad laboral que desempeñan. Por otra parte, nos sorprendió encontrar que una tercera parte de los padres pasa más tiempo con sus hijos que las madres. De esta forma, la cantidad de tiempo que señalaron los entrevistados que dedicaban a sus hijos era, en contraste con la de sus familias

de origen, menor en las madres y mayor en los padres. Lo anterior puede ser un indicador de la erosión de algunos elementos de los roles parentales tradicionales.

Con respecto a la estructura de autoridad pudimos indagar sólo algunos aspectos que deben ser tomados, además, con reservas puesto que los hijos de los entrevistados son menores de 14 años. La estructura tradicional tiende a mantenerse como referente principal de las orientaciones, pero en la práctica observamos algunos signos que la han flexibilizado de tal manera que, por ejemplo, los permisos tienden a ser otorgados por ambos progenitores y hay una mayor independencia de la madre para decidir. No obstante estas incursiones de la madre en la esfera de autoridad tradicional del padre y las del padre en el terreno del rol tradicional de la madre, predomina todavía la tendencia a identificar al padre más bien con la disciplina, la responsabilidad y la exigencia y a la madre más bien con la inculcación de valores, el cuidado y el afecto.

3. Respecto de la calidad de las relaciones y los recursos que utilizaban en la educación de sus hijos, la parentalidad, como indiqué anteriormente, asume distintas formas. Hemos visto que aquella que ejercían los progenitores de los entrevistados era de tipo tradicional en cuanto a la división de roles, la estructura de autoridad y el manejo de las relaciones con los hijos. En la información que obtuvimos a través de las entrevistas, pudimos advertir que los progenitores de los entrevistados tenían como preocupaciones centrales la de ofrecer seguridad material y educación formal como capital y como medio de ascenso social para sus hijos, y la formación de individuos capaces de integrarse económica y socialmente.

Los recursos que principalmente usaban la mayoría (dos terceras partes) de los padres de los entrevistados eran la amenaza, los regaños, los golpes, las humillaciones, la culpa, la manipulación, la presión psicológica y los castigos. Cerca de una tercera parte usaba más la charla, la narración de experiencias personales para que sirvieran de ejemplo, el regaño y ocasionalmente el golpe. De hecho, es interesante observar que los entrevistados que indicaron esas medidas represivas y negativas como principales recursos para educarlos, tendían también a asociarlos con los aspectos que se les enseñaban para ser disciplinados. Es decir, medidas

represivas y disciplina estaban asociadas. Además de los recursos ya indicados, se agregan los siguientes: suspensión de actividades agradables, obediencia (uno de los entrevistados señalaba: “la obediencia absoluta al padre, la obediencia a la madre; nos hacían notar los beneficios que acarrearía el ser obediente, porque ‘para saber mandar, hay que saber obedecer’”), gritos, órdenes, insulto y humillación. Sólo una tercera parte de los entrevistados señaló que para inculcarles la disciplina sus padres usaban las pláticas, el convencimiento, el consejo y, en mucho menor grado, el establecimiento de tareas, el estímulo y el reconocimiento por hacer algo como lo deseaban los padres. Asimismo, la mayoría señaló que el ejemplo era muy importante para inculcarles la disciplina.

Las órdenes tenían un papel central como forma de comunicación, como tipo de acercamiento y de relación entre padres e hijos. Los padres de los entrevistados utilizaban primordialmente las órdenes para obtener el comportamiento deseado; entre ordenar y pedir las cosas, la mayoría de los entrevistados señalaron que sus padres les daban órdenes. En segundo lugar, usaban más los regaños y, en tercero, los consejos. Las órdenes ocupaban un lugar tan importante que su contraparte, la obediencia, era considerada como un requisito para la educación de sus hijos. Había un escaso margen para rebatir las órdenes, la negociación era prácticamente nula, y para que se cumplieran se imponían reglas, medidas estrictas y el poder de la jerarquía y del “convencimiento”. Orden y obediencia, en consecuencia, estaban estrechamente relacionados y constituían un recurso central en la educación. Los regaños y castigos constituían una forma correctiva de obtener no sólo el comportamiento deseado sino también —como ya lo indicamos— de disciplinamiento.

Los consejos eran también un recurso muy importante. Los entrevistados los definieron como: “una experiencia narrada con la intención de enseñar algo (positivo claro)” (hombre entrevistado); “una ejemplificación de aquello que debe o no debe hacerse ante cierta situación, que le proporciona una persona a otra desde la propia perspectiva” (hombre entrevistado); “la experiencia de lo vivido y que se le transmite a otra persona para que a ésta le sirva como ejemplo en su vida” (mujer entrevistada); “una recomendación con base en nuestra experiencia para prevenir una mala acción o conducta” (mujer entrevistada). A través de los

consejos, los progenitores de los entrevistados transmitían experiencias, formas de concebir y solucionar problemas, y una fuerte orientación moral. Al analizar el tipo de consejos que les daban observamos que tocaban distintos temas. Entre los más frecuentes encontramos los siguientes:

- a) Cuidado del aspecto físico, la limpieza y el orden, y la conformación a normas y jerarquías familiares y sociales. Los progenitores les aconsejaban: “portarse bien”, “ser limpio y ordenado”, “la puntualidad” (varios padres de entrevistados); ser obedientes y respetar a los adultos: “aprende a obedecer para que sepas mandar” (madre de entrevistado).
- b) La autosuficiencia económica, el éxito y el prestigio social a través de la educación: “debes estudiar para salir adelante” (padre de entrevistada), “que estudiara porque era la mejor herencia para nosotros” (ambos progenitores de entrevistado).
- c) La importancia de la familia como núcleo valorativo de la “buena” orientación en contraste con los peligros de otras influencias externas. En varios de los consejos se observó que los progenitores cultivaban la desconfianza, especialmente con respecto a los grupos de pares: “no te juntes con personas que vayan mal en calificaciones, son mala influencia” (ambos progenitores de entrevistado), “confía en los demás sólo cuando se amerite” (ambos progenitores de entrevistada), “hay consejos que los amigos nos dan, pero un ciego guía a otro y se caen; busca siempre la ayuda de alguien que te quiere y te puede ayudar, busca a tu familia” (madre de entrevistada); “ten cuidado porque los demás siempre quieren algo; lo que yo te digo, te lo digo por tu bien, porque te quiero y quiero lo mejor para ti; es un consejo desinteresado” (madre de entrevistado). En estos consejos podemos observar una clara necesidad de controlar el tipo de amistades que tenían los hijos. Pero también, y quizás más importante, de mantener el vínculo familiar mismo como fuente primaria de “relaciones cargadas de afecto y de valores puros”, es decir, no contaminados por el interés.
- d) La sexualidad se tocaba, pero escasamente, y estaba enfocada especialmente a las mujeres, a evitar abusos, relaciones o embarazos no deseados.

e) Muchos de los consejos estaban orientados a la construcción de hombres y mujeres éticamente sólidos, en donde el sostenimiento de ciertos valores era concebido como el ingrediente fundamental del éxito como personas y en la vida. Todos los entrevistados recibían consejos en donde se exaltaban valores como la honestidad con respecto a los demás y consigo mismos, el esfuerzo, la responsabilidad, el estudio, la obediencia y el respeto a los adultos.

Es interesante contrastar los recursos que utilizan los progenitores de los entrevistados con aquellos que usan los entrevistados en la educación de sus hijos. Una tercera parte de los entrevistados reproduce en gran medida el modelo educativo de sus padres; las órdenes son consideradas como recurso principal en la educación de sus hijos, como medida de disciplinamiento que moldea el “carácter” para tener éxito en el futuro; hay acentuado interés y preocupación por mostrar a sus hijos que son figuras de autoridad y la relación entre progenitores e hijos es vertical. Algunos de estos entrevistados tratan de introducir otros recursos, como la comunicación, que permitan establecer un mayor acercamiento con sus hijos ante las nuevas condiciones sociales y culturales que promueven relaciones más flexibles y menos verticales entre progenitores e hijos. Las otras dos terceras partes de los entrevistados indicaron que las órdenes no son el recurso principal, sino que son utilizadas para establecer límites. Hay un interés y preocupación mayor por establecer comunicación, acercamiento y flexibilidad en sus relaciones con los hijos. A pesar de que existe una preocupación por mostrarse como figuras de autoridad, también hay un interés por el diálogo. Asimismo, la obediencia sigue siendo una expectativa muy importante, pero para obtenerla se recurre más al diálogo, la negociación y la flexibilidad. A los hijos se les da mayor oportunidad de rebatir cuando se les pide algo, incluso cuando se les ordena, por lo cual las relaciones de poder son menos verticales.

Lo anterior indica que los entrevistados están cambiando algunos de los elementos del modelo bajo el cual fueron educados por sus progenitores, pero estos cambios son lentos y aunque —en principio— deberían conllevar la búsqueda de otros elementos que les permitan desempeñar sus papeles de progenitores ante las nuevas exigencias culturales y sociales, esta búsqueda no es inmediata. Entre los entrevistados que

acentúan el uso de la comunicación como recurso principal, encontramos que los consejos son muy importantes. Pero a diferencia de sus familias de origen (en donde los consejos delineaban en gran medida un espacio comunicativo), entre los entrevistados observamos una tendencia a abrir más este espacio. La mayor apertura se da en torno a temas como la sexualidad. Por otra parte, se abren también otras áreas de comunicación, especialmente la afectiva y emocional. De hecho, éste es un cambio muy importante, particularmente en los hombres. Mientras que en las familias de origen, los padres en general se mostraban distantes, poco expresivos en torno al afecto, los entrevistados indicaron que ahora son más expresivos con sus hijos, no sólo verbalmente, sino también a través del contacto físico.

De la información recabada en las entrevistas podemos decir que, mientras en las familias de origen el modelo de ejercicio de la parentalidad era autoritario, en las familias de los entrevistados se presentan deslizamientos hacia un ejercicio más flexible y expresivo. En el primer modelo, la parentalidad queda casi circunscrita a brindar bienestar y seguridad material junto con una formación de valores más bien en el plano formal; en el segundo, el bienestar y la seguridad material siguen siendo muy importantes, pero se abre el espacio comunicativo y se introducen otros elementos que modifican el tipo de acercamiento entre progenitores e hijos. Asimismo, se presentan deslizamientos en el tipo de valores; por ejemplo, disminuye la importancia de guardar respeto absoluto a los adultos y a los parientes mayores (tíos, abuelos) y se acentúa en cambio el valor de los niños como individuos en cuanto tales: hay un mayor espacio para sus necesidades, opiniones y emociones con respecto a sus progenitores y parientes y a los adultos en general.

Un último aspecto que es necesario resaltar se refiere a las dificultades que enfrentan los entrevistados en el ejercicio de su parentalidad. Aunque los cambios que hemos descrito no son radicales, sino que se muestran a través de pequeños deslizamientos en el desempeño de roles, en los recursos y en la introducción de nuevos elementos, los entrevistados manifestaron que las condiciones actuales hacen más difícil el cumplimiento de sus papeles como progenitores. La tendencia a abandonar el modelo autoritario, la expansión de la niñez como un espacio en la fa-

milia lleno de necesidades que hay que atender (ya no sólo de seguridad y bienestar material, sino de desarrollo personal, cognitivo, emocional), junto con la rapidez con que cambia el ambiente social, dificultan su papel como progenitores.

Consideración final

Del material que he presentado en estas páginas no puedo extraer conclusiones, dado que el campo de investigación es reciente y los resultados presentados se refieren a un universo de estudio pequeño, centrado en aspectos cualitativos. Me interesa no obstante hacer una última consideración acerca de lo que aportan en términos de lectura sobre los cambios y continuidades en el ejercicio de la parentalidad. Por un lado, hemos visto casos en donde hay una continuidad del modelo autoritario en términos generacionales: algunos entrevistados reproducen prácticamente el mismo modelo y los mismos valores. En otros, se reproducen algunos aspectos en términos generacionales, pero aparecen deslizamientos importantes que modifican, aunque no radicalmente, la estructura de roles. Se introducen también otras orientaciones de valor ligadas a la situación laboral de la mujer; la asimilación de valores que permiten una mayor regulación de la reproducción; una mayor asimilación del individualismo, lo cual no quiere decir que éste tenga un mayor peso que la familia como tal. De esta forma, entre algunos sujetos de la generación entrevistada observamos, entre otros aspectos, una dinámica de turnos para el cuidado de los hijos, una mayor apertura del espacio comunicativo, una mayor apertura para que los individuos se expresen y reafirmen su propio espacio dentro del grupo familiar. Estos deslizamientos y nuevos elementos en juego indican, desde mi punto de vista, cambios importantes entre las dos generaciones en tanto que el ejercicio de la parentalidad es distinta en una y otra. Sin embargo, también es necesario reconocer que estos cambios se dan en un marco familista, es decir, en donde la familia como grupo de relación y como orientación de valor es central, y se impone todavía sobre el interés y la libertad individuales.

Otro aspecto que quiero apuntar es que, de los resultados presentados, parecería que el afecto o el amor no tenía un espacio en el modelo

autoritario, o bien su presencia era difícil de advertir, especialmente entre las familias de origen de los entrevistados. Si la comunicación y el involucramiento emocional eran restringidos y distantes, si el espacio y el interés individuales estaban relativamente cancelados, cómo podemos comprender, desde un punto de vista sociológico, el señalamiento de los entrevistados con respecto a que ellos sabían y sentían que sus padres los amaron y quisieron cuando eran niños. Aunque no tengo una respuesta acabada para ello, es claro que en algún punto la conexión y el amor entre progenitores e hijos tuvo lugar y compensó de alguna manera el modelo autoritario de parentalidad. Lo que efectivamente aparece en la información recabada es que la familia ha sido una orientación de valor tan fuerte que en sí misma compensó los rasgos autoritarios, pero pudo hacerlo porque brindaba un fuerte sentido de seguridad —material, pero sobre todo simbólica— garantizada, que no tenía que ser construida a través de la expresión y exposición continua de sentimientos e intereses individuales. La seguridad que brindaba radicaba en que las relaciones parentales y la familia estaban siempre ahí y se podía en cualquier momento contar con ellos; no eran cuestionables.

Bibliografía

- Ambert, A., 1994, "An international perspective on parenting: social change and social constructs", *Journal of Marriage and the Family*, vol. 56, núm. 3.
- Arendell, T., 1997, *Contemporary Parenting*, Thousand Oaks, California, Sage Publications.
- Ariés, P., 1987, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus.
- Barbagli, M., 1990, *Provando e riprovando. Matrimonio, famiglia e divorzio in Italia e in altri paesi occidentali*, Bologna, Il Mulino.
- Blanco, M., 1999, "Mujeres profesionistas de clase media: procesos de decisión e inserción social", *Nueva Antropología*, vol. XVI, núm. 55, junio, México, Plaza y Valdés/Conaculta/INAH/CONACYT/UAM/Colmex, pp. 27-42.
- Berger, P., y B. Berger, 1984, *In difesa della famiglia borghese*, Bologna, Il Mulino.

- Beltrán, U., Fernando Castaños, Julia Flores, Yolanda Meyenberg y Blanca Elena del Pozo, 1996, *Los mexicanos de los noventa*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cherlin, A. J., 1992, *Marriage, divorce, remarriage*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Conapo, 1998, *La situación demográfica en México*, México, Consejo Nacional de Población.
- Conapo, 1999, *La situación demográfica en México*, México, Consejo Nacional de Población.
- Conapo, 2000, *La situación demográfica en México*, México, Consejo Nacional de Población.
- De la Peña, G., A. Escobar y otros (comps.), 1990, *Crisis, conflicto y sobrevivencia: estudios sobre la sociedad urbana en México*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/CIESAS.
- DIF, 1998, *Una propuesta para continuar el cambio*, México, Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia.
- Donati, P., 1999, "Familias y generaciones", *Desacatos*, núm. 2, otoño, CIESAS/DIF.
- Esteinou, R., 1996, *Familias de sectores medios: perfiles organizativos y socioculturales*, México, CIESAS.
- Esteinou, R., 1999a, "Fragilidad y recomposición de las relaciones familiares", *Desacatos*, núm. 2, otoño, CIESAS/DIF.
- Esteinou, R., 1999b, "Familia y diferenciación simbólica", *Nueva Antropología*, vol. XVI, núm. 55, junio, México.
- García, B., H. Muñoz y O. de Oliveira, 1982, *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, México, Colmex/ISSUNAM.
- García, B., y O. de Oliveira, 1994, *Trabajo y vida familiar en México*, México, Colmex.
- Gómez de León, J., 1998, "Fenómenos sociales y familiares emergentes", en *La familia mexicana en el tercer milenio*, México, DIF.
- INEGI, 1994, *Estadísticas de matrimonios y divorcios 1950-1992*, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- INEGI, 1997a, *Estadísticas de matrimonios y divorcios, 1996*, México.
- INEGI, 1997b, *Encuesta nacional de la dinámica demográfica 1997*, disco compacto con base de datos y tabulados, México.

- INEGI, 1999, *Mujeres y hombres en México*, México, INEGI/Programa Nacional de la Mujer.
- Lamas, M. (comp), 1996, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEGUNAM/Porrúa.
- López, Ma. de la Paz, 1998, “Género y familia”, en *La familia mexicana en el tercer milenio*, México, DIF.
- Marks, S., y S. M. Macdermid, 1996, “Multiple roles and the self: a theory of role balance”, *Journal of Marriage and the Family*, vol. 58, núm. 2, mayo, pp. 417-432.
- Mier y Terán M., y C. Rabell, 2000, “Condiciones de vida de los niños en México, 1960-1995”, mimeo.
- Ojeda, N., y R. González, 1992, “Niveles y tendencias del divorcio y la separación en el norte de México”, *Frontera Norte*, vol. 4, núm. 7, enero-junio, El Colegio de la Frontera Norte, México.
- Pedrero, Mercedes, 1990, “Evolución de la participación económica femenina en los ochenta”, *Revista Mexicana de Sociología*, año LII, núm. 1, enero-marzo, pp. 133-149.
- Quilodrán, J., 1991, *Niveles de fecundidad y patrones de nupcialidad en México*, México, El Colegio de México.
- Trost, J., e I. Levin, 1999, “Parejas sin domesticidad común”, *Desacatos*, núm. 2, otoño, México, DIF/CIESAS, páginas 73-85.



EL EJERCICIO DE LA PATERNIDAD EN EL MÉXICO URBANO

*Brígida García
Orlandina de Oliveira*

Introducción

EN ESTE TRABAJO ANALIZAMOS EL EJERCICIO de la paternidad en el México urbano de finales del siglo XX. Esta práctica puede comprender muy diferenciadas y complejas dimensiones: la propia decisión de tener o cuándo tener hijos e hijas; la manutención económica y la relación de autoridad; el cuidado infantil en lo que respecta a la alimentación, la higiene y la salud; la crianza y los aspectos relacionados con la disciplina y la transmisión de conocimientos; y también el afecto, la comunicación y la cercanía entre padres e hijos. Los cambios que empiezan a darse en México en este fenómeno probablemente involucran varias o todas estas dimensiones. Algunas de las que más han llamado la atención son las modificaciones en el papel central que han jugado hasta ahora los varones en la manutención económica de sus familias y de sus hijos e hijas, y las variaciones en la tradicionalmente baja participación de los hombres en la vida reproductiva en general, pero especialmente en el control de la fecundidad o en el desempeño de las tareas domésticas.

En este contexto de muy reducida presencia masculina en los trabajos reproductivos, varios estudios en México y en el plano internacional han señalado la ocurrencia de posibles cambios en lo que respecta a la atención que los padres prestan a sus hijos(as), en lo que concierne a diversos aspectos relacionados con su cuidado y en la participación que tienen en la recreación. En este trabajo estamos especialmente interesadas en profundizar en el conocimiento de este tipo de transformaciones a partir del análisis de un grupo amplio de varones y mediante la utilización de una fuente de información que permite extrapolar las conclusiones al conjunto de la población involucrada.

De manera más específica, nuestro objetivo en este artículo es analizar los múltiples factores que contribuyen a explicar la mayor o menor

participación de los varones en el cuidado de los hijos e hijas y la supervisión de sus tareas. Contamos con información proveniente de una encuesta probabilística a varones residentes en dos de las principales áreas metropolitanas del país: la ciudad de México y Monterrey. Incluimos en el estudio una amplia gama de condicionantes de carácter individual, familiar y contextual, y mediante análisis estadístico multivariado buscamos conocer cuáles de ellos dan cuenta mayormente de las variaciones en la atención que los varones dedican a sus hijos.

Además de esta introducción, el texto está integrado por tres secciones y unas consideraciones finales. En la parte que sigue ofrecemos un panorama general acerca de la manera en que se ha enfocado, desde distintas perspectivas, el análisis de la participación de los varones en la familia en general y en los trabajos reproductivos en particular. Asimismo, retomamos los resultados de investigaciones realizadas en México y en otros países sobre la división sexual del trabajo en el interior de las familias, y los posibles cambios que se están dando en el ejercicio de diferentes aspectos de la paternidad. En la tercera sección comenzamos por indicar algunos de los rasgos sociodemográficos, económicos y socioculturales que caracterizan al México de finales de siglo. Se trata de dar al lector un bosquejo del contexto estructural donde los varones objeto de estudio ejercen su paternidad. Luego presentamos las principales características de los varones analizados, así como la división del trabajo prevalente en el interior de sus familias. En el cuarto apartado procedemos a discutir los resultados de los modelos de regresión logística aplicados para examinar los principales factores asociados con la participación de los varones en el cuidado de sus hijos e hijas. Por último, a modo de conclusión, reflexionamos sobre las implicaciones de los principales hallazgos y esbozamos algunas consideraciones finales sobre la importancia y naturaleza de las transformaciones que están teniendo lugar.

El papel de los varones en la familia: aspectos generales

Desde las dos últimas décadas del siglo XX se ha desarrollado un interés creciente por conocer, explicar y transformar el papel de los varones en la familia y los cambios que tienen lugar en el ejercicio de la paternidad.

Estas inquietudes surgen primero en los países desarrollados, en un contexto socioeconómico, demográfico y cultural cambiante caracterizado por la creciente participación económica de las mujeres, la presencia de nuevos arreglos familiares (aumento de los hogares con dos proveedores y de aquellos con jefatura femenina) y el incremento de los divorcios y los nacimientos fuera del matrimonio, así como por la reestructuración de las actividades productivas, la mayor inestabilidad e inseguridad en el mundo del trabajo y el debilitamiento del Estado benefactor. Diferentes vertientes analíticas han nutrido los debates y propiciado redefiniciones al respecto: la perspectiva de género, los estudios de población, los enfoques sociológicos y antropológicos sobre los roles familiares y las investigaciones sobre la masculinidad, entre otros.¹

La perspectiva de género ha contribuido a redefinir en forma decisiva los estudios sobre la vida familiar mediante la conceptualización como trabajos reproductivos de toda una gama de actividades realizadas en el ámbito doméstico, o vinculadas a éste, que son necesarias para la reproducción cotidiana y generacional de los hogares y la reproducción de la fuerza de trabajo. Con el desarrollo de esta perspectiva se ha hecho visible, asimismo, la participación mayoritaria de las mujeres como responsables de la organización y/o ejecución de los trabajos reproductivos (tareas domésticas, cuidado de los hijos, administración del presupuesto familiar, organización del consumo, etc.). La preocupación acerca de la participación de los varones en el ámbito doméstico se hace más nítida cuando, al reconocido papel de las mujeres en estos trabajos reproductivos, se aúna su creciente presencia en las actividades económicas extradomésticas y surgen evidencias cada vez más precisas sobre la importante sobrecarga de trabajo derivada de la doble jornada. En este contexto se han multiplicado las investigaciones sobre la división del trabajo en el interior de las unidades domésticas con el propósito de conocer la

¹ Para un análisis más pormenorizado de diferentes formas de acercamiento al estudio del papel de los hombres en la vida reproductiva en general y de la paternidad en particular, véanse Morgan, 1990; Hass, 1993; Gutmann, 1996; Hernández Rosete, 1996; Nava, 1996; Vivas Mendoza, 1996; Figueroa, 1999; Alatorre y Luna, 2000; Fuller, 2000; Keijzer, 2000; Rojas, 2000, entre otros.

participación diferencial de sus integrantes en las distintas actividades y delimitar con mayor claridad el grado de involucramiento de los varones en el ámbito familiar.²

En el campo de la sociodemografía, desde mediados de los ochenta se criticaba —también desde una mirada de género— la ausencia de los varones en los análisis de fecundidad y control natal. Pero ha sido a partir de las conferencias de El Cairo y de Beijing cuando se ha impulsado de manera especial, gracias a las demandas de diferentes grupos de mujeres, la necesidad de examinar el grado de participación masculina en la vida familiar y de estimular su presencia en las diferentes etapas del proceso de reproducción sociobiológica (decisión de tener un hijo, embarazo, parto, atención posparto, cuidado y crianza en general). Este cambio de énfasis se dio en un marco de reconceptualización del comportamiento reproductivo en términos de salud reproductiva. De esta manera, el papel del varón en la familia, en la sexualidad y en la reproducción biológica pasa a ser planteado como fundamental, tanto para el avance del conocimiento como para el logro de una mayor equidad entre hombres y mujeres.³

Los análisis sociológicos y antropológicos también han prestado tradicionalmente alguna atención a los varones en su papel de padres. Desde los años cincuenta, los funcionalistas destacaban el carácter instrumental predominantemente económico del rol paterno (Parsons y Bales, 1956). En los ochenta, bajo la influencia de la perspectiva de género, se cuestiona esta noción de paternidad centrada en el rol de proveedor.⁴ Adquiere nueva luz el hecho de que el conjunto estructurado de derechos, obligaciones y expectativas que define las actividades del padre va más allá del rol de proveedor e incluye el cuidado de los hijos(as) y el establecimiento de relaciones más íntimas con ellos. Se destaca, asimismo, la importancia de las variaciones sociales y culturales en el desempeño de los roles

² Véanse, por ejemplo, Thorne, 1982; Casique, 1999; Oliveira, Eternod y López, 1999; García y Oliveira, 2000; Wainerman, 2000 y Rendón, 2000; Ariza y Oliveira, 2001.

³ Véanse Anderson, 1997; Szasz, 1997; Figueroa, 1998 y 1999; Lerner, 1998; Necchi, 1999; Bledsoe, Lerner y Guyer, 2000; Presser, 2000; Rojas, 2000.

⁴ Véanse Pleck, 1987; LaRossa, 1988; Morgan, 1990; Cohen, 1993.

paternos, la diversidad de formas de ejercer la paternidad (en familias de dos proveedores; en tanto padres adoptivos o padrastros; como padres adolescentes, viudos, divorciados o separados; padres que no tienen la custodia de los hijos; padres homosexuales, etc.) y su carácter procesual al cambiar a lo largo del curso de vida de los varones y de sus hijos.⁵ Por último, en el marco de los estudios sobre masculinidad se analiza la paternidad —vista como una construcción sociocultural— como parte de la formación de la identidad masculina, junto con otros importantes aspectos, tales como el rol de proveedor económico familiar o la práctica de una sexualidad activa.⁶

La confluencia de estas diferentes perspectivas de análisis ha llevado a la elaboración de una visión crítica de los roles masculinos tradicionales y estimulado investigaciones que buscan examinar en qué medida el papel de los varones en la familia se ha redefinido hacia pautas que implican una mayor presencia en los trabajos reproductivos, en general, y en el ejercicio de su paternidad, en particular. El concepto de una nueva paternidad, acorde con una visión más equitativa de las relaciones entre los géneros y las generaciones, implica la participación compartida, comprometida y responsable de los varones en una amplia gama de dimensiones: la decisión de tener y cuándo tener los hijos, su presencia en las diferentes etapas de la gestación y procreación, el reconocimiento legal de los hijos e hijas, la necesidad de compartir su cuidado físico y emocional desde temprana edad, su manutención económica y reproducción cotidiana; la socialización, educación, disciplina y soporte moral, y el establecimiento de una relación íntima de comunicación y cercanía afectiva con ellos.⁷

Los resultados de algunos trabajos realizados en diversos contextos socioculturales muestran tanto transformaciones como continuidades importantes. Dos aspectos destacan por su mayor resistencia al cambio: las concepciones acerca del papel de los varones como responsables principales de la manutención económica de la familia y la menor par-

⁵ Véanse Roopnarine y Miller, 1985; Morgan, 1990.

⁶ Véanse Gutmann, 1996; Vivas Mendoza, 1996; Minello, 1999.

⁷ Morgan, 1990; Doherty, Kouneski y Erickson, 1998; Rojas, 2000.

ticipación masculina en las actividades reproductivas consideradas como típicamente femeninas (tareas domésticas, en especial). A pesar de la creciente participación económica de las mujeres, ser proveedor sigue teniendo una connotación simbólica muy importante: se asocia con la idea del poder masculino, con la noción de soporte, protección, representación de la familia (esposa, hijos e hijas), responsabilidad y defensa del honor. Además, se valora como un indicador de masculinidad. Los varones que no pueden mantener sus familias pierden poder y prestigio. En ocasiones, cuando dejan de cumplir sus obligaciones con la familia, pueden asumir comportamientos violentos en contra de las mujeres e hijos(as). Estas concepciones han contribuido, en parte, a que el papel del varón como el único, el más importante, o el más constante proveedor económico siga presentando una gran estabilidad.⁸ Acerca de la participación de los varones en los trabajos reproductivos, los hallazgos son contundentes: su presencia en este tipo de actividades sigue siendo muy inferior a la presencia femenina en los trabajos extradomésticos, aunque se presentan diferencias entre las actividades masculinas relacionadas con los hijos y la contribución de los varones a la realización de las tareas domésticas propiamente dichas, las cuales son relevantes para los fines de este trabajo.⁹

En efecto, un hallazgo que se repite es que —en un contexto de baja participación masculina en la vida reproductiva en general— los varones dedican más tiempo al cuidado de los hijos e hijas que a la realización de las labores de la casa (Wainerman, 2000). Bajo esta óptica, el mayor involucramiento de los padres en el cuidado físico y emocional de los hijos(as) es señalado como un elemento que puede ser decisivo en el proceso de erosión de uno de los mecanismos clave de reproducción

⁸ Morgan, 1990; García y Oliveira, 1994; Engle y Leonard, 1995; Katzman, 1993; Fuller, 2000.

⁹ Cabe subrayar que, detrás de la búsqueda de estas diferencias, hay un esfuerzo conceptual previo por identificar las distintas actividades reproductivas y por distinguir las particularidades de las tareas domésticas (quehaceres de limpieza, lavado y planchado, alimentación) en comparación con las actividades relacionadas con el cuidado y la recreación de los hijos. Para una sistematización de los estudios existentes, véanse Wainerman, 2000 y Rojas, 2000.

de las inequidades de género que tiene que ver con delegar a las madres la responsabilidad del cuidado y de la crianza (Chodorow, 1978). A estos hallazgos hay que añadir que también se ha comenzado a cuestionar de manera sistemática y a presentar evidencia en contra de la supuesta ausencia o el papel obstaculizador de los varones en diversos aspectos de la reproducción biológica en general, y en la decisión de cuándo y cuántos hijos tener, así como en el uso de anticonceptivos en particular (Greene y Biddlecom, 2000).

En México, hallazgos derivados de encuestas probabilísticas y de estudios cualitativos realizados en los noventa apuntan en una dirección similar a lo anteriormente señalado. En cuanto a las continuidades, el rol de proveedores económicos para los hombres sigue siendo crucial —aunque se desempeñe cada vez menos de manera exclusiva— con todo lo que ello implica en términos de ejercicio de poder y autoridad en el interior de los hogares; y la participación masculina en los trabajos reproductivos sigue siendo reducida sobre todo en los sectores menos escolarizados, pero también se reportan diferencias según se trate del cuidado de los hijos o de los otros tipos de actividades.¹⁰

Por una parte, Casique (1999) ratifica, para el caso del país hacia mediados de los años noventa con base en una encuesta probabilística, que la contribución de los varones es mayor en lo que respecta al cuidado de los hijos que en otras actividades como lavar trastes, lavar ropa, cocinar, planchar, ir de compras y limpiar la casa (el porcentaje de participación masculina alcanza 70% —a veces o siempre— cuando se trata del cuidado de los hijos y un rango que va de 19 a 67% en las demás labores). Por otra parte, Rendón (2000), con base en otra encuesta probabilística llevada a cabo en México hacia la mitad de la década de los noventa, constata importantes diferencias de género en una amplia gama de trabajos reproductivos. En los servicios de apoyo al funcionamiento de los hogares (realización de las compras, trámites administrativos, actividades de transporte), por cada 100 mujeres participan cerca de la mitad de varones; en la producción de bienes y servicios para el hogar (preparación de alimentos, confección de prendas de vestir, limpieza de la casa y de los trastes) y el

¹⁰ Casique, 1999; García y Oliveira, 2000; Rendón, 2000; Rojas, 2000.

cuidado de niños, esta cifra se reduce a alrededor de 40 varones por cada 100 mujeres. (No obstante lo anterior, también es importante subrayar que la presencia de los varones sobrepasa en mucho a la de las mujeres en la construcción y reparación de la vivienda, y en la recolección de leña en zonas rurales.) En cuanto al número de horas dedicadas a cada actividad, los varones invierten más tiempo en el cuidado de niños que en la producción de bienes y servicios para el hogar. Asimismo, cuando se distingue entre el cuidado físico (alimentación y aseo) y la recreación, la presencia masculina se concentra más en este último aspecto.

Otras evidencias obtenidas en estudios cualitativos basados en pequeñas muestras en la ciudad de México y en el resto del país otorgan elementos adicionales para fundamentar hipótesis acerca de posibles transformaciones en la práctica de la paternidad, sobre todo entre los sectores más jóvenes y escolarizados de la población.¹¹ Se trataría de un cambio que apuntaría en un sentido similar al ocurrido en otros países: desde una paternidad basada en la aportación de recursos económicos hacia otra más activa y participativa, donde se abriría más espacio para el cuidado, la comunicación y el afecto con los hijos e hijas. Serían cambios incipientes, y algunos dirían que los nuevos padres son una especie en construcción en México que a veces pudieran ser objeto de burlas y descalificaciones como una forma de controlar y desanimar el cambio en las relaciones de género (Keijzer, 2000). Los varones de los sectores medios de las generaciones actuales participarían más en las actividades reproductivas —sobre todo en la recreación y el cuidado de los hijos— que la generación de sus propios padres. Se vislumbran igualmente modificaciones en las formas de relacionamiento con los hijos e hijas: en las generaciones más jóvenes se enfatizaría la comunicación y el diálogo frente al regaño y al castigo, que solían ser más frecuentes en la generación de los progenitores (Esteinou, 2004). La comparación de diferentes cohortes de edades también deja ver una posible relación más cercana y afectuosa con los hijos(as) y una mayor participación en su cuidado y crianza entre los padres jóvenes frente a los de mayor edad (40 años

¹¹ Véanse Nava, 1996; Vivas Mendoza, 1996; Hernández Rosete, 1996; Gutmann, 1993 y 1996; Keijzer, 2000; Rojas, 2000; Esteinou, 2004.

y más), quienes se centraban más bien en la búsqueda del bienestar físico y material de sus hijos e hijas, así como en enseñar a los varones el rol de proveedores económicos (Rojas, 2000).

No obstante, hay indicios para sostener también que las transformaciones habrían sido lentas, cargadas de resistencias y ambivalencias por parte tanto de los hombres como de las mujeres, y que seguramente se manifestarían más en el discurso que en las prácticas sobre el cuidado de los hijos (Nava, 1996; Vivas Mendoza, 1996). En nuestro país, aun los padres jóvenes y de sectores medios (los más propensos a los cambios) seguirían considerando que las tareas destinadas a la formación del niño(a) a largo plazo —como la transmisión de conocimientos o la disciplina— son más importantes que el cuidado diario en lo que respecta a la alimentación o el aseo. Además, las formas de convivencia y de ejercicio de la paternidad serían diferenciales cuando se trata de hijos o de hijas, y el acercamiento sería mayor cuando los hijos de uno u otro sexo crecen que cuando son infantes.¹² Investigaciones realizadas en otros países muestran que estos aspectos presentan una cierta recurrencia en diferentes contextos socioculturales (véanse Engle y Leonard, 1995 y nuestra discusión más arriba).

Estos cambios en el discurso y en la práctica de la paternidad —que seguramente están ocurriendo en México con ritmos diversos en diferentes sectores sociales y generacionales— se enmarcan en un contexto estructural caracterizado por transformaciones globales de carácter sociodemográfico, económico y sociocultural que afectan de manera distinta a los individuos de acuerdo con sus rasgos personales, los de sus cónyuges y los de sus hijos. Algunas propuestas de marcos analíticos (Doherty, Kouneski y Ericson, 1998; García y Oliveira, 1994) y los resultados de las investigaciones señaladas sugieren que las formas en que hombres y mujeres organizan su reproducción sociobiológica y ejercen sus roles de padres y madres dependen de múltiples factores de índole diversa que se gestan en los niveles individual, familiar y contextual.

Entre los *rasgos individuales* están los de carácter sociodemográfico (edad, estado civil, escolaridad) así como los socioeconómicos (condición

¹² Véanse Nava, 1996; Vivas Mendoza, 1996; Hernández Rosete, 1996; Rojas, 2000.

de actividad, posición en la ocupación, niveles de ingreso) y los socio-culturales (conocimientos, habilidades y aspectos subjetivos, como las concepciones sobre el cuidado y la crianza de los hijos e hijas). Bajo la denominación de *rasgos familiares* generalmente se incluyen aquellos relacionados con la familia de origen (la forma de convivencia con los propios padres, por ejemplo), la esposa (participación económica, aceptación de la participación masculina en la crianza de los hijos); los hijos e hijas (edad, sexo, actitud hacia los padres, carácter y comportamiento), la relación entre los progenitores (estado civil, residencia, formas de convivencia, grado de compromiso de la relación). Por último, estarían los *factores contextuales*, tales como la residencia rural-urbana, en regiones más o menos desarrolladas, o en distintos ámbitos metropolitanos, caracterizados por diferentes estructuras productivas y herencias socio-culturales, tal y como es el caso de las ciudades en que residen nuestros entrevistados. Aunque no contamos con información sobre todas estas dimensiones, hemos considerado importante —siguiendo la trayectoria seguida en varios de nuestros trabajos previos— tomar en cuenta en el análisis que se lleva a cabo a continuación factores condicionantes que se gestan en estos distintos ámbitos de la realidad.

Los varones objeto de estudio en el México de finales de siglo

La información analizada en este trabajo proviene de la encuesta sobre Dinámica Familia (Dinaf) que incluyó la aplicación de un cuestionario con preguntas abiertas y cerradas a dos muestras probabilísticas separadas: una de varones (1 644 casos) y otra de mujeres (2 532 casos) en la ciudad de México y Monterrey hacia finales de 1998 y principios de 1999.¹³ Utilizamos la muestra de varones para ahondar en la compren-

¹³ En la Dinaf se recolectó información sobre muy diversos temas relacionados con las características de los hogares y las viviendas de los entrevistados, sus rasgos demográficos y socioeconómicos básicos, y los de sus familias de origen; la dinámica de la familia actual (división del trabajo doméstico y extradoméstico, toma de decisiones, libertad de movimientos, violencia doméstica), las opiniones de los entrevistados sobre los roles masculinos y femeninos en la sociedad mexicana y, por último, algunos aspectos relacio-

sión de los factores que permiten explicar su participación diferencial en el cuidado de los hijos e hijas. A continuación caracterizamos brevemente el contexto estructural en el cual estos varones entrevistados ejercen su paternidad; y, a la vez, describimos sus características sociodemográficas y económicas, y sus opiniones y comportamientos relativos a su participación en los trabajos reproductivos, tomando como marco de referencia dicho contexto y los resultados de investigaciones previas.

Desde la segunda mitad del siglo *xx*, la sociedad mexicana ha atravesado por cambios demográficos, socioeconómicos y socioculturales fundamentales que han pautado, en cierta medida, las características, el comportamiento y las opiniones de los varones analizados. A finales de siglo, México —al igual que otros países latinoamericanos— ya había entrado en la última etapa de la transición demográfica: sus niveles de mortalidad y fecundidad han disminuido en forma importante. El uso de anticonceptivos modernos ha sido el principal responsable del descenso de la fecundidad en nuestro país y la edad a la unión o matrimonio ha jugado un papel menos importante.¹⁴ La esperanza de vida de la población también ha aumentado en forma considerable y los años de vida en pareja y de convivencia con los hijos se han prolongado debido tanto al descenso de la mortalidad como al hecho de que en México, a diferencia de otros países, los niveles de separación y divorcio todavía no alcanzan niveles elevados (García y Rojas, 2001).¹⁵ Por lo que se refiere a la distribución espacial de la población, el proceso de urbanización del país se ha acelerado desde mediados de siglo *xx*, dada la importancia de los flujos migratorios campo-ciudad. En el año 2000, la población

nados con la sexualidad y la práctica de la anticoncepción. Se cuenta pues con información relacionada con la vida tanto productiva como reproductiva de hombres y mujeres en el México metropolitano de finales de siglo (véase García y Oliveira, 2000).

¹⁴ A mediados de los sesenta, la tasa global de fecundidad (número promedio de hijos al final de la vida reproductiva de las mujeres) era de 6.1 hijos, y se estima que en 1999 dicho indicador había descendido a alrededor de 2.5 hijos (Conapo, 1999). El porcentaje de uso de anticonceptivos reportado en el nivel nacional fue de 69% para las mujeres unidas en 1997 (Conapo, 1999).

¹⁵ En el año 2000, la esperanza de vida al nacer de las mujeres era de 78 años y la de los varones de 73 años (Conapo, 2000).

urbana (de 15 000 habitantes y más por localidad) ya alcanzaba 66% y la que vivía en ciudades de más de un millón de habitantes representaba 51% de la población urbana (Sobrino, 2001).

La gran mayoría de los varones entrevistados residía en la ciudad de México, área urbana con cerca de 17 millones de habitantes en 1995; y apenas 15% en Monterrey, ciudad con casi tres millones en la misma fecha. Ellos tenían antecedentes claramente urbanos (sólo 23% declaró haber vivido la mayor parte de su niñez en el campo o en un pueblo). Se trata de varones que tenían entre 20 y 50 años en el momento de la encuesta, todos ellos unidos maritalmente (casados o en unión consensual) y/o con hijos(as), ya que éste fue un criterio para la selección de la muestra (cuadro 1).¹⁶

Por lo que concierne a sus familias, gran parte de los varones objeto de interés (54.5%) residía con uno o dos de sus hijos e hijas; aquellos con tres o más hijos residentes eran cerca de un tercio del total; y sólo 10% no tenía ningún hijo(a) residente en sus unidades domésticas. El hecho de vivir con un número relativamente reducido de hijos puede deberse o bien a que ellos ya han salido de la casa paterna o bien al control y la disminución de la fecundidad. Dada la edad de los varones incluidos en la muestra y su nivel de uso de anticonceptivos, seguramente han decidido —solos o en forma compartida con sus cónyuges— cuántos hijos tener y cuándo tenerlos, aspecto que puede generar condiciones más propicias para una mejoría en la calidad del cuidado y crianza de los hijos, que ahora son menos y han sido planeados.¹⁷ Los niños y niñas residentes tienen edades diversas,¹⁸ de modo que contamos con una amplia gama de posibilidades para indagar el nivel de participación de

¹⁶ En el nivel nacional, la edad media de los varones a la unión marital a mediados de los noventa era de 25.1 años de edad (Quilodrán, en prensa).

¹⁷ Dos terceras partes de los varones entrevistados declararon que utilizaban métodos anticonceptivos (García y Oliveira, 2000).

¹⁸ No contamos con información sobre la edad de los hijos(as) de los entrevistados en nuestro cuestionario individual y nos acercamos a esta importante dimensión mediante el dato sobre la edad de la persona menor en el cuestionario del hogar. Dicha persona puede ser un hijo(a) del jefe del hogar (la mayoría de nuestra población pertenece a hogares nucleares), pero también puede tratarse de un hijo(a) en un núcleo conyugal adicional.

CUADRO 1

CIUDAD DE MÉXICO Y MONTERREY, DISTRIBUCIÓN DE LOS VARONES ENTREVISTADOS
POR CARACTERÍSTICAS SELECCIONADAS, VARONES, 20-50 AÑOS (1998-1999)

<i>Características seleccionadas</i>	<i>%</i>	<i>Características seleccionadas</i>	<i>%</i>
Residencia actual	100.0	Sector social	100.0
Cd. de México	84.6	Medio	26.8
Monterrey	15.4	Popular	73.2
Residencia en la niñez	100.0	Ingresos	100.0
Urbana	76.6	Muy pobres	41.8
Rural	23.4	Pobres	45.4
		Medios y altos	12.8
Edad	100.0	Proveedor del hogar	100.0
Jóvenes (20-29)	26.2	Solo jefe	60.3
Adultos (30-39)	36.8	Jefe y otros	38.8
Maduros (40-50)	37.0	Otros	0.9
Hijos residentes	100.0	Actividad esposa o compañera	100.0
No hay	10.6	Participa en actividades	
Uno	21.6	extradomésticas	30.0
Dos	32.9	No participa en actividades	
Tres y más	34.9	extradomésticas	70.0
Edad persona menor	100.0	Opiniones sobre los roles	
0-5	47.6	de género	100.0
6-12	25.6	De acuerdo con cuidado de	
13-15	6.5	los hijos igualitario por género	81.6
16 y más	20.3	En desacuerdo	18.4
Posición estructura de		Opiniones sobre rol del varón	100.0
parentesco	100.0	Mantener la familia	41.9
Jefe del hogar	88.9	Otro	58.1
Otro	11.1		
Escolaridad	100.0	Posición en la ocupación	100.0
Primaria incompleta	7.7	Asalariado	74.3
Al menos prim. completa	33.0	No asalariado	25.7
Al menos sec. completa	25.2		
Al menos preparatoria	34.1		

FUENTE: Encuesta sobre Dinámica Familiar (Dinaf), 1998-1999.

los varones en su cuidado en diferentes etapas, así como los factores asociados a ello¹⁹ (véase el cuadro 1).

Otra característica común a la mayor parte de los entrevistados es haberse autodeclarado como jefes de sus hogares (89% de los casos); de éstos, 78.2% cohabitan en hogares nucleares con sus cónyuges e hijos, y 10.7% son jefes de familias extensas y/o compuestas donde conviven además con otros parientes y/o no parientes. Son una minoría (11% de los casos) quienes contestaron que no encabezaban sus unidades domésticas y que formaban parte de un núcleo conyugal adicional en hogares extensos o compuestos (cuadro 1).²⁰

Queremos puntualizar que, al enfocar nuestro estudio en los varones que residen con sus hijos en hogares nucleares, extensos o compuestos, no restamos importancia a la presencia de los padres que no cohabitan con sus hijos sea por razones de migración interna o internacional, por divorcios, separaciones o abandono de la familia. Asimismo, hay que tener en cuenta que, frente a los niveles elevados de fecundidad adolescente, el número de hijos nacidos fuera de la unión o matrimonio puede llegar a ser relevante, a pesar de las presiones sociales ejercidas sobre los varones para que asuman sus responsabilidades de padres. Las cifras acerca de la importancia creciente de las familias monoparentales dirigidas por mujeres son indicadores indirectos del peso que puede tener en nuestra sociedad la paternidad sin coresidencia.²¹

En cuanto a las *transformaciones socioeconómicas*, ha sido ampliamente documentado que desde mediados de los ochenta México ha transitado

¹⁹ Dado que la edad para considerar que un hijo(a) necesita cuidados es un criterio subjetivo y difícil de uniformar entre diferentes estratos de la población, en el análisis multivariado sobre el cuidado de los hijos se seleccionó, dentro del total, a aquellos individuos que contestaron a las preguntas sobre este tema, esto es, aquellos que las consideraron pertinentes y aplicables a su caso particular (véase la siguiente sección).

²⁰ Es importante tener presente que la mayoría de los hogares mexicanos, a finales de siglo, siguen siendo nucleares. No obstante, la presencia de familias extensas y compuestas todavía constituye un rasgo distintivo de nuestro país. De acuerdo con cifras del censo de 2000, 69% de los hogares mexicanos eran nucleares y 24% extensos y/o compuestos (García y Rojas, 2001).

²¹ Según cifras del censo de población de 2000, 21% de los hogares estaban dirigidos por mujeres (García y Rojas, 2001).

por épocas difíciles, caracterizadas por crisis económicas recurrentes y por la puesta en marcha de políticas de ajuste y reestructuración productiva orientadas a la consolidación de un modelo de desarrollo basado en las exportaciones. La ciudad de México ha sido el área urbana más altamente afectada por la crisis de los años ochenta, y su recuperación económica en los noventa ha sido modesta; en contraste, Monterrey, que también sufrió el fuerte impacto de la crisis, ha presentado un proceso de reestructuración económica mucho más dinámico (García y Oliveira, 2001). Sin embargo, el deterioro de las condiciones de vida resultado, en gran parte, de la puesta en marcha de políticas de control salarial y de flexibilización del mercado de trabajo —en un marco de debilitamiento del papel del Estado en la prestación de servicios sociales— ha afectado en forma similar ambas áreas metropolitanas. La caída de los salarios, junto con la reducción de las prestaciones sociales, ha contribuido a exacerbar las ya marcadas desigualdades sociales existentes en nuestro país en su conjunto y en sus grandes áreas urbanas desde los años de industrialización por sustitución de importaciones.

En efecto, en términos socioeconómicos, el universo de nuestros entrevistados es heterogéneo y polarizado. Por una parte, 41% sólo alcanzó a completar la primaria o alguna carrera técnica que apenas demandaba ese nivel escolar, pero en el otro extremo contamos con 34% de hombres que ya había completado la preparatoria o la educación superior.²² Si combinamos la información sobre escolaridad y la ocupacional (prácticamente todos estos varones son económicamente activos) para aproximarnos a la ubicación de nuestra población masculina según sectores sociales, tenemos que una proporción mayoritaria (73%) puede ser considerada como del *sector popular*; esto es, tiene ocupaciones manuales como las de obreros, trabajadores de los servicios y comerciantes ambulantes, con nivel escolar máximo de secundaria completa, pero

²² Este último porcentaje de población masculina metropolitana (entrevistada en Dinaf) que cuenta al menos con preparatoria es ciertamente elevado y constituye un indicador importante de la concentración de población que tiene más credenciales educativas en las mayores áreas urbanas del país. Como punto de comparación, el censo de población del año 2000 registró a nivel nacional 27% de población masculina de 18 años y más con nivel de preparatoria y superior (véase INEGI, 2000).

sin haber terminado la preparatoria. A los demás entrevistados (27%) los identificamos como pertenecientes al *sector medio*, pues se trata de varones relativamente más favorecidos, con ocupaciones no manuales como los profesionistas, técnicos, funcionarios directivos, maestros, trabajadores administrativos y comerciantes establecidos, todos con por lo menos preparatoria terminada. Finalmente, la desigualdad se hace especialmente manifiesta cuando tenemos en consideración los niveles de ingreso. De los varones entrevistados, 40% puede ser considerado como muy pobre (gana entre uno y dos salarios mínimos de finales de los años noventa) y es francamente minoritaria la proporción que representan los entrevistados de estratos medios y altos (12% que percibe más de cinco salarios mínimos, cuadro 1).²³

Los cambios estructurales también han dejado sus huellas en las formas de organización de la vida doméstica al contribuir, en cierta medida, a erosionar el modelo familiar del jefe varón como proveedor económico exclusivo de sus familias en diferentes sectores sociales, pero sobre todo en los más pobres. Según nuestros entrevistados, ellos son los proveedores exclusivos en sus familias en 60% de los casos, lo cual es una proporción superior a la conocida en el nivel nacional (48% en 1996).²⁴ Esto posiblemente se deba a la etapa del ciclo vital por la que atraviesan sus hogares: como vimos, son varones entre 20 y 50 años, cuyos hijos(as) están todavía chicos para participar en el mercado de trabajo, o las madres dedican más tiempo a su cuidado que a la generación de un ingreso adicional, dada la división del trabajo tradicionalmente establecida en-

²³ Las proporciones correspondientes en el nivel nacional son muy semejantes (42 y 12% respectivamente), lo cual nos sugiere que la distribución del ingreso en la ciudad de México —lugar de residencia de la mayor parte de los entrevistados— es tan inequitativa como la existente en el conjunto del país. De hecho, en un trabajo reciente, Hernández Laos (2000) estima un coeficiente de desigualdad del ingreso para la capital ligeramente superior al del país en su totalidad, y afirma que esto se debe a que en la ciudad de México coexisten “actividades productivas y de servicios de alta productividad, con la presencia de contingentes de importancia de personas en condiciones de empleo sumamente precario” (p. 110).

²⁴ En 1984, 59.9% de los hogares con jefes varones contaba con un solo perceptor de ingresos; en 1996 esta cifra se redujo a 47.9 (datos de las ENIGH, presentados en Oliveira, 1999).

tre hombres y mujeres. No obstante, no es despreciable la cantidad de unidades domésticas (30%) en donde la esposa o compañera sí desempeña una actividad extradoméstica, lo cual puede influir en el ejercicio de una paternidad distinta a la tradicional, como fue visto con anterioridad (véase el cuadro 1 y García y Oliveira, 2000).²⁵

La pérdida de importancia del papel de proveedores exclusivos seguramente ha tenido repercusiones distintas sobre los varones y su participación en la vida familiar. En otros países, se ha encontrado que, cuando los hombres enfrentan serias dificultades para mantener su papel de proveedores, paradójicamente se alejan aún más de sus hijos; mientras que en otras situaciones, compartir la manutención económica de la familia con las esposas y/u otros miembros del hogar puede coadyuvar a la valoración de otros ámbitos de la identidad masculina, al replanteamiento del papel de los hombres en la familia y a su mayor contribución al cuidado y crianza de los hijos e hijas.

Nos parece también importante subrayar que las mudanzas culturales asociadas con el surgimiento de nuevas imágenes acerca del papel de los hombres y las mujeres en la sociedad y en las familias (véase Flores, 1998; Ariza y Oliveira, 2001; López y Salles, 2001) seguramente pueden contribuir a explicar algunas de las incipientes transformaciones en la práctica de la paternidad que se han dado en nuestro país. En este contexto, es interesante señalar que, cuando se preguntó a los entrevistados su opinión sobre si los hijos pequeños podrían ser cuidados en forma adecuada tanto por la madre como por el padre, ellos se mostraron muy abiertos (81% contestó afirmativamente). De modo que, al menos en el discurso, se trata de una población abierta a una posibilidad de cambio hacia una paternidad más activa y participativa. Seguramente, ha tenido un papel importante en la formación de este tipo de opinión la puesta en marcha —en el marco de la política de población que se ha echado

²⁵ En el plano nacional a mediados de los noventa, según la Encuesta Nacional de Empleo (ENE) casi 30% de las mujeres casadas o unidas eran económicamente activas; nótese que a mediados de los setenta la cifra correspondiente era de 17%. Indiscutiblemente, el incremento del trabajo extradoméstico de las esposas ha sido uno de los cambios más importantes en el perfil de la mano de obra familiar en el país (para un análisis de la ciudad de México en este respecto, véase García y Pacheco, 2000).

a andar en el país a partir de mediados de los setenta— de importantes campañas en los medios de comunicación que buscaban una amplia difusión de la noción de paternidad responsable. Hay que recordar que esta noción —como hemos descrito— implicaría una mayor participación de los varones en los diferentes momentos del proceso de reproducción sociobiológica y, por ende, una paternidad más cargada de afectividad y cercanía con los hijos.

Sin embargo, en lo relativo a las concepciones sobre el rol de proveedor, tal parece que presenta una mayor resistencia al cambio, como hemos señalado con base en otros estudios. Es todavía elevada la proporción (42%) de los varones entrevistados que considera que lo más importante en la vida de un hombre es mantener a la familia (otras opciones fueron: estudiar, ser independiente económicamente, casarse o unirse y ser padre).

CUADRO 2

CIUDAD DE MÉXICO, Y MONTERREY, PORCENTAJE DE VARONES QUE
DECLARARON PARTICIPAR EN DIVERSOS TRABAJOS REPRODUCTIVOS

<i>Tareas</i>	<i>%</i>
Cocinar	19.9
Limpiar la casa	27.9
Lavar los trastes	24.5
Hacer las compras de la comida	28.2
Lavar y/o planchar	15.0
Cuidar a los niños y/o supervisar las tareas	36.4
Encargarse de la recreación de los niños	56.9
Llevar a los niños a la escuela	31.1
Encargarse de los ancianos y ancianas	39.6
Construcciones o reparaciones	82.1
Hacer trámites	68.3
Mantenimiento del automóvil (cuando existe)	88.4

FUENTE: DINAf, 1998-1999.

En cuanto a la participación efectiva de los entrevistados en varias actividades del ámbito reproductivo (tareas domésticas, cuidado, recreación y transporte de sus hijos[as], autoconstrucción de la vivienda y otras), la información de la Dinaf (cuadro 2) ratifica de partida uno de los hallazgos centrales de las investigaciones previas sobre este tema que señalamos con anterioridad, a saber, que las actividades relacionadas directamente con el cuidado de los hijos(as) son las que los varones favorecen en mayor medida, en comparación con tareas domésticas como la limpieza, la cocina o el lavado y el planchado, que son sin duda también aspectos cruciales del ejercicio de la paternidad y de la reproducción de la vida cotidiana.

Según la Dinaf, la participación masculina alcanza su nivel más bajo en las actividades de lavar y planchar (15%), en comparación con 36% para el cuidado de sus hijos(as) y la supervisión de sus tareas, o de 57% cuando de recreación infantil o juvenil se trata. En cualquier caso, no es muy alta la participación de los varones en el cuidado (*cualquier tipo y duración*), y las cifras sólo se elevan en la recreación. Donde sí destaca la presencia de los hombres —como sería de esperar— es en las tareas relacionadas con la construcción o reparación de la casa y con el automóvil (existía en 35% de los casos).²⁶ Hay que añadir finalmente que las mujeres entrevistadas en Dinaf (se trata, como ya se señaló, de una muestra separada, pero representativa de la población femenina en las ciudades en cuestión) coincidieron con los varones al señalar que la participación masculina era mayor en la esfera del cuidado y la recreación de los hijos que en los quehaceres domésticos, pero los niveles que ellas reportaron para dicha participación fueron mucho menores de los que indicaron los varones.²⁷

²⁶ Es difícil comparar los niveles que alcanza la participación masculina en los diversos rubros con los obtenidos en otras investigaciones para México (por ejemplo, Casique, 1999; Rendón, 1999) u otros países (Wainerman, 2000), debido a que nuestras preguntas son muy abiertas y buscaban registrar cualquier tipo y duración de la participación de los varones en las diferentes tareas.

²⁷ Este es un dato común en las investigaciones sobre el tema y reportes similares pueden ser encontrados en trabajos que siguen muy diferentes perspectivas en el análisis de las relaciones entre los géneros. En nuestra investigación las mujeres indicaron que

Análisis multivariado del ejercicio de la paternidad

Con base en las investigaciones ya mencionadas, identificamos las principales variables en el nivel contextual, familiar e individual que consideramos podrían tener más influencia sobre la participación de los varones en el cuidado de sus hijos e hijas y en la supervisión de sus tareas. De inicio, consideramos relevante señalar que intentamos, de diversas maneras, explorar el posible papel que jugaría el trabajo extradoméstico de las esposas o compañeras en la mayor o menor participación masculina en el cuidado de los hijos e hijas. Como se sabe, éste es uno de los principales aspectos señalados en prácticamente todas las investigaciones que conocemos sobre este tema. En un primer acercamiento, esta variable resultó ser altamente significativa, pero estuvimos conscientes de un posible problema de endogeneidad (hasta cierto punto existe una relación circular entre la participación laboral de la esposa y la mayor presencia del varón en el cuidado de los hijos). Intentamos solucionar este problema de endogeneidad, pero los resultados no fueron satisfactorios.²⁸ Resolvimos entonces ajustar modelos alternativos sin el trabajo extradoméstico de la esposa y obtuvimos resultados bastante coherentes en

los varones participaban en alguna tarea doméstica (cocina, limpieza de la casa, lavado de trastes, compras de la comida, lavado y planchado de la ropa) en 21% de los casos, mientras que los varones indicaron 45%. Por lo que respecta a algún tipo de cuidado de los hijos, la supervisión de sus tareas y el transporte escolar, las mujeres contestaron que sí en 29% de los casos y los varones en 49%. (Estos datos no coinciden con los del cuadro 2, porque se trata de porcentajes obtenidos para conjuntos amplios de actividades en vez de para tareas específicas; véase García y Oliveira, 2000.)

²⁸ Para intentar erradicar el problema de endogeneidad, ajustamos primero una regresión independiente sobre el trabajo extradoméstico de las esposas, sustituimos a continuación la primera variable que teníamos sobre la participación laboral femenina por las probabilidades estimadas en esta regresión y finalmente ajustamos de nuevo el modelo del cuidado masculino de los hijos(as) con la nueva información generada sobre el trabajo femenino, además de todos los otros aspectos (véase Casique, 1999; SPSS, 1999). Los resultados que se obtuvieron de esta manera no fueron satisfactorios. Seguramente esto se deba a que no contamos con suficiente información adicional para estimar el modelo independiente sobre el trabajo extradoméstico femenino.

términos de las hipótesis que manejábamos y la sistematización conceptual que habíamos llevado a cabo.²⁹

El modelo con el mejor ajuste se presenta en el cuadro 3.³⁰ Consideramos que éste es el mejor modelo con base en el porcentaje de observaciones predichas, diversas medidas de bondad de ajuste (véanse los indicadores al final del cuadro 3), así como por el hecho de que fue el que incluyó una mayor cantidad de coeficientes significativos y además arrojó resultados más coherentes. Después de varios ensayos, las variables que quedaron finalmente incluidas en el mejor modelo fueron: edad, escolaridad, posición en la estructura de parentesco del hogar actual, residencia rural o urbana en la niñez, residencia actual en la ciudad de México o Monterrey, posición en la ocupación e ingresos en el nivel *individual y contextual*; edad de la persona menor en el hogar, en nivel *familiar*; y finalmente una variable que hace referencia a la dimensión subjetiva, a las *actitudes* de estos varones con respecto al cuidado, esto es, si estaban o no de acuerdo con que los hijos(as) pequeños podían ser cuidados en forma adecuada tanto por la madre como por el padre.³¹

En el análisis que sigue nos referiremos primero a los resultados que confirman las hipótesis o los planteamientos de otras investigaciones mencionadas con anterioridad, o a aquellos que los refutan de manera clara. En un segundo momento nos detendremos en hallazgos poco esperados, como fue el referido a la edad de los entrevistados.

Mayor escolaridad y antecedentes urbanos en la niñez predicen de manera nítida una mayor participación de los varones en el cuidado de sus hijos. Se trata de un resultado esperado, puesto que éstas son variables

²⁹ Sabemos que mediante este procedimiento no solucionamos enteramente este problema, porque ahora el efecto de la participación laboral de la esposa puede haberse expresado por medio de otras de las variables seleccionadas (véase King, Keohane y Verba, 1994, para una discusión sobre el sesgo de la variable omitida).

³⁰ Para facilitar la lectura de este cuadro, se presenta —como es usual— una categoría de referencia en cada una de las variables y se señalan con respecto a dicha categoría los cambios en las demás (aquellos que son significativos están destacados con un asterisco).

³¹ La proporción de varones que participan en el cuidado de los hijos(as) según las variables incluidas en el modelo se presenta en el cuadro 1-A del apéndice.

CUADRO 3

CIUDAD DE MÉXICO Y MONTERREY, REGRESIÓN LOGÍSTICA SOBRE EL CUIDADO DE LOS NIÑOS, VARONES (1998-1999)^a

<i>Variable</i>	<i>Coefficiente β</i>	<i>Exp(β)</i>
Edad*		
Jóvenes (20-29)	0.2250	1.2523
Adultos (30-39)	0.4916*	1.6349
<i>Maduros (40-50)^b</i>		
Escolaridad*		
<i>Primaria incompleta^b</i>		
Al menos primaria completa	0.6141*	1.8481
Al menos secundaria completa	0.6335*	1.8841
Al menos preparatoria	0.9918*	2.6960
Posición en la estructura de parentesco		
Jefe del hogar	0.5950*	1.8129
<i>Otro^b</i>		
Residencia en la niñez		
Urbana	0.6735*	1.9611
<i>Rural^b</i>		
Residencia actual		
Cd. de México	-0.1708	0.8430
<i>Monterrey^b</i>		
Posición en la ocupación		
Asalariado	0.1531	1.1655
<i>No asalariado^b</i>		
Ingresos		
<i>Muy pobres^b</i>		
Pobres	-0.0160	0.9841
Medios y altos	-0.4691*	0.6255
Edad persona menor en el hogar		
0-5	0.2869	1.3322
6-12	0.4636	1.5899
13-15	0.5021	1.6522
<i>16 y más^b</i>		
Tipo de hogar		
<i>Nuclear^b</i>		
Extendido	0.3169	1.3729
Trabajo extradoméstico de la cónyuge		
Sí trabaja	0.9286*	2.5311
<i>No trabaja^b</i>		
Opiniones sobre los roles de género		
De acuerdo con cuidado de los hijos igualitario por género	0.3133+	1.3679
<i>En desacuerdo^b</i>		
Constante	-1.1639	

^aEste modelo predice 67% de los casos (89% del no cuidado y 31% del sí cuidado).

-2 Log Likelihood 1 441.199.

Bondad de ajuste 1 173.146.

^b Categoría omitida en el modelo.

* Significativo al $P \leq .05$.

+ Significativo al $P \leq .10$.

FUENTE: DINAF, 1998-1999.

tradicionalmente asociadas con las transformaciones sociodemográficas más relevantes, tales como el descenso de la mortalidad y la fecundidad, así como con relaciones de género más igualitarias. Es interesante destacar que en otras investigaciones en el nivel nacional la mayor participación del varón en las tareas reproductivas se asociaba de manera más clara con la escolaridad de su compañera (véase Casique, 1999). Nuestro resultado en las principales áreas metropolitanas nos lleva a subrayar lo crucial que puede ser que los varones mismos cuenten con un mayor nivel educativo para que comiencen a ejercer un tipo diferente de paternidad. Es muy probable que tanto este mayor nivel educativo como la residencia en una ciudad (pequeña o grande) durante la infancia pongan al varón en contacto más cercano con nuevas formas de relacionarse con los hijos, o que sea precisamente de esta manera que los hombres tomen conciencia de la necesidad y de los beneficios que puede traer para ellos y para sus descendientes que su papel de padres se amplíe más allá de la esfera económica (para resultados sobre México y otros países en la misma dirección, véanse, Engle y Leonard, 1995; Oliveira, Ariza y Eternod, 1996; Casique, 1999; Rojas, 2000).

Otra variable en *el plano individual* que resultó significativa fue *la de ser jefe del hogar*. Una posible interpretación de este resultado es que los varones que forman parte de núcleos conyugales adicionales en las unidades domésticas pueden contar con mayor cantidad de mujeres u hombres que se hagan cargo del cuidado de sus hijos, y es posiblemente esto lo que todavía los mantiene rezagados en esta dimensión del ejercicio de una nueva paternidad.

Por lo que concierne a *las variables económicas individuales*, sería posible argumentar que la pobreza en sus diferentes manifestaciones puede contribuir a impedir un mayor acercamiento y una mejor comunicación con los hijos, debido a la necesidad que tienen muchos varones pobres de estar fuera de sus hogares durante largas horas del día, ya sea en su trabajo principal, en un segundo trabajo cuando el primero no alcanza para solventar las necesidades básicas, o en el transporte, que puede ser un aspecto crucial en lugares como la ciudad de México. No obstante, también se podría conjeturar que los varones que ejercen una actividad por cuenta propia en o cerca de sus hogares no estarían sujetos a las res-

tricciones mencionadas, y que en principio podrían involucrarse en mayor medida en las diferentes actividades reproductivas.

Nuestros resultados no apoyan ninguna de las hipótesis mencionadas. Para la posición en la ocupación (asalariados, no asalariados), el signo negativo del coeficiente de los asalariados se da en la dirección esperada, pero no es significativo. En lo que toca al ingreso, los resultados de la regresión indican que —controladas todas las demás variables— no se trata de un aspecto importante que se asocie de manera significativa con comportamientos diferenciales de cuidado y supervisión de las tareas escolares. Incluso llama la atención que el coeficiente para los ingresos medios y altos sea negativo, aunque sólo sea significativo a un nivel mayor del escogido en este trabajo (0.1%). Según este resultado, contar con mayores ingresos no garantiza de por sí el acercamiento con los hijos e hijas, y es muy posible que el cambio en la paternidad se produzca más bien inducido por la mayor escolaridad y la residencia urbana desde una edad temprana, aspectos clave cuando se trata de transformaciones en las formas de pensar y actuar, y cuando se flexibilizan los roles tradicionales de hombres y mujeres. En este contexto cabe señalar que la residencia actual en la ciudad de México o en Monterrey no resultó significativa; es muy probable que cuente más la residencia en un ambiente definitivamente urbano, en comparación con vivir en ámbitos rurales donde la diversificación de actividades para hombres y mujeres y el contacto con distintos medios de comunicación y nuevas ideas pueden ser más limitados.

Los resultados de la *variable familiar* finalmente incluida en nuestro modelo —*la edad de la persona menor en el hogar*— se encamina en la dirección de los hallazgos de muchas investigaciones sobre el cuidado paterno y la edad de los hijos, aun cuando nuestra información no es totalmente precisa en este particular.³² En efecto, primero se confirma que el cuidado es mayor cuando los descendientes tienen de seis a 12 años (en comparación con 0-5 años), lo cual corrobora que los padres comienzan a acercarse más a los hijos cuando tienen una edad suficiente para establecer una comunicación verbal y cuando su cuidado implica

³² Véase la nota 18 en este mismo texto.

menor esfuerzo en actividades relacionadas con la alimentación o el aseo personal. Como vimos, éste es un resultado frecuente. Basta recordar que autores como Engle y Leonard (1995) reportan que en sólo 2% de los casos en 186 investigaciones revisadas se indicó que los padres tienen relaciones regulares y cercanas con sus hijos e hijas durante la infancia (y únicamente en 5% tienen tales relaciones cuando sus hijos son aún muy pequeños). Nuestro estudio también apunta a que en el México metropolitano de finales del siglo XX el padre interactúa más con los hijos(as) cuando éstos son mayores; no obstante, también encontramos que después de los 12 años se presenta una menor participación masculina en el cuidado, pero esto puede deberse a que en estas edades efectivamente los hijos requieren menor atención directa por parte de sus progenitores.

Nuestro acercamiento a la *dimensión subjetiva* del cuidado de los hijos(as) (opinión del varón sobre lo adecuado que resulta que padres y madres se involucren de igual manera en esta dimensión de la práctica de la paternidad) también resultó un aspecto relevante. Estar de acuerdo con dicha proposición se asocia de manera positiva y significativa con una mayor contribución masculina al cuidado. Este resultado es importante porque apunta a que los padres que mantienen relaciones más cercanas con sus hijos(as) pueden tener una actitud diferente sobre la división del trabajo entre hombres y mujeres, y a que su comportamiento comienza tal vez a responder a una incipiente transformación personal donde se revaloraría el papel que juega la paternidad en la construcción de la identidad masculina.

A diferencia de los hallazgos anteriores, aquellos referidos a la *edad del entrevistado podemos considerarlos inesperados*. Son los varones en el tramo de edad de 30-39 años los que sobresalen con respecto a los demás (jóvenes y mayores) al presentar una mayor participación en el cuidado de sus hijos e hijas. Nosotras esperábamos que los más jóvenes se distinguieran de los mayores (40-50 años) en este respecto, siguiendo las hipótesis planteadas por varios estudios en México, sobre todo los de corte cualitativo. Una posible hipótesis que explicaría nuestro resultado es que estos varones jóvenes tienen hijos de muy corta edad en una importante medida, y sabemos —incluso por nuestros propios resultados— que en estas etapas es cuando más se dificulta el acercamiento del

padre con sus hijos. Dicha hipótesis y otras referidas al papel de vanguardia que podrían estar jugando los jóvenes con mayor escolaridad nos llevó a explorar el efecto de las interacciones respectivas, pero ninguna fue significativa. Como alternativa, intentamos analizar con más detalle este grupo poblacional joven de manera separada de los demás.

Lamentablemente, los ajustes de varios modelos logísticos solamente para la población de 20 a 29 años no nos permitieron obtener ningún resultado que pudiese aclarar por qué su participación en el cuidado de sus hijos era similar a la de la población de mayor edad y no a la del grupo de 30-39 años. Dado que muchas variables importantes ya están controladas en nuestros modelos, sólo nos resta afirmar que la adaptación y aceptación de un nuevo papel en el cuidado de los hijos(as) posiblemente también involucre una dimensión de mayor madurez psicológica y de acoplamiento con la pareja, la cual podría venir a una edad relativamente mayor (véase Engle y Leonard, 1995; Doherty, Kouneski y Ericson, 1998). De cualquier manera, cabe subrayar que nuestro estudio sí confirma la menor participación de los varones maduros (40-49 años) en el cuidado de sus hijos y que esto contribuiría a corroborar las hipótesis sobre un posible cambio generacional en esta dimensión del ejercicio de la paternidad (véase Rojas, 2000).

Consideraciones finales

Existe un interés creciente por estudiar y transformar el papel de los varones en la vida familiar, tanto en México como en muchos otros países. En el ámbito específico de la paternidad, diversos estudios previos llevados a cabo en el país indican que puede estar ocurriendo un cambio desde una relación de autoridad y centrada en la manutención económica a otra donde el cuidado directo y el afecto pueden tener mayor cabida. En este trabajo hemos contribuido en esta discusión mediante el análisis de información recolectada para un grupo amplio de varones residentes en dos importantes áreas metropolitanas del país: la ciudad de México y Monterrey. Como se indicó, se trata de una encuesta probabilística dirigida específicamente a varones de 20 a 50 años, por lo que

los resultados de este análisis pueden ser extrapolados al conjunto de la población masculina de estas dos ciudades.

Aunque estamos conscientes de las distintas dimensiones que en principio pueden estar presentes en la práctica de la paternidad, nuestro estudio se centró en el cuidado de los hijos e hijas, dado que éste es un aspecto de la reproducción tradicionalmente delegado a las mujeres, y que cualquier presencia masculina en dicho ámbito podría ser indicio tanto de una relación más equitativa entre los géneros como de una práctica distinta de la paternidad. Confirmamos de inicio que el involucramiento de los varones en el cuidado es reducido en términos relativos, pues apenas una tercera parte de nuestros entrevistados declaró algún tipo de participación en la atención directa a sus hijos e hijas. No obstante, también fundamentamos —como se ha hecho en otros trabajos— que se trata de uno de los trabajos reproductivos con mayor presencia relativa de los varones, fuera de lo que ocurre con la recreación familiar y con actividades consideradas como típicamente masculinas tales como la reparación o autoconstrucción de la vivienda y el mantenimiento del automóvil, cuando éste existe.

La importancia que sin duda reviste este aspecto del cuidado de los hijos nos llevó a especificar distintos tipos de factores que pueden estar asociados con un menor o mayor involucramiento masculino en dicho proceso. A partir de una revisión de la literatura nacional e internacional, así como de nuestra experiencia previa en el estudio de cambios en las relaciones de género, consideramos relevante explorar el posible efecto de distintos rasgos individuales, familiares y contextuales, así como de algunos aspectos que se ubican en el ámbito de las representaciones individuales. La asociación de estos diferentes tipos de factores con la participación de los varones en el cuidado de sus hijos e hijas fue investigado mediante un análisis de regresión logística multivariado.

Nuestros resultados permiten constatar la importancia de la mayor escolaridad y la residencia en un área urbana desde la niñez, así como la relevancia de compartir visiones igualitarias sobre el cuidado por parte de madres y padres, a fin de explicar una mayor atención directa de los varones hacia sus hijos e hijas. En nuestro contexto metropolitano de fin de siglo, este tipo de aspectos tiene mayor peso que el de factores eco-

nómicos tales como el nivel de ingresos o el desempeño de una actividad asalariada, lo cual contribuye a discernir la naturaleza de las transformaciones que estamos analizando y las dimensiones de la realidad sobre las que es posible actuar de manera más inmediata para acelerarlas.

Nuestros hallazgos también ofrecen elementos que pueden contribuir a afinar y especificar los argumentos en torno a un posible cambio generacional en la práctica de la paternidad en México. Una vez controlado el efecto de distintos tipos de variables tales como la escolaridad, los ingresos, la residencia rural o urbana en la niñez, la posición en la estructura de parentesco, la edad de la persona menor en el hogar, así como la ciudad donde se reside y las opiniones que se tienen sobre el cuidado materno o paterno de los hijos, encontramos que los varones que tienen más presencia en dicho cuidado son los que están en el grupo de edad adulto medio (30-39 años), en comparación con los más jóvenes o los mayores de 40 años. El resultado con respecto a los adultos mayores era esperado conforme a las hipótesis planteadas por diversos estudios previos sobre un cambio generacional en la paternidad. Sin embargo, nos sorprendió el resultado para los varones más jóvenes (20-29 años) que suponíamos estaban a la vanguardia de las nuevas prácticas paternas. Esto confirma la visión de algunos que hacen hincapié en la lentitud de las transformaciones que nos interesan y apunta al hecho de que tal vez sea también necesario alcanzar cierta madurez y acoplamiento familiar para que los varones dediquen más esfuerzo al cuidado de sus hijos.

Otro resultado que nos alerta sobre la lentitud de los procesos bajo observación y análisis, así como sobre la naturaleza de la atención que los hombres mexicanos están dedicando a sus hijos, es el referido a la edad de los niños. En cualquier situación y en cualquier edad del varón, se cuida más a los niños que tienen de seis a 12 años que a los más chicos. Con base en este hallazgo podemos concluir que todavía tiene mucha validez el planteamiento de que los hombres tienden a acercarse más a los niños cuando se pueden comunicar más fácilmente con ellos de forma verbal y cuando requieren menos esfuerzo de los padres y madres en lo que respecta a la alimentación y el aseo personal.

En su conjunto, nuestro estudio da cuenta de un fenómeno de transformación complejo, con avances y resistencias, y donde los grupos que

se adelantan o se resisten no siempre son predecibles. Es indispensable seguir realizando esfuerzos en diferentes direcciones para lograr identificar de manera más clara la naturaleza de los cambios, las distintas dimensiones involucradas, así como las características de quienes están al frente o la etapa de la vida en la que ocurren con más frecuencia. En particular, es necesario incorporar a los análisis sobre el cuidado de los hijos, y otras dimensiones de la paternidad, una mayor cantidad de información sobre aspectos tales como la relación padre-hijos(as) en la familia de origen, el trabajo extradoméstico de la esposa, así como la calidad de la relación conyugal cuando ésta existe o la atención a los hijos fuera del matrimonio o la unión consensual. Además de investigaciones cualitativas que permitan construir nuevas hipótesis en torno a estos ejes y explorar el significado de los mismos, esperamos haber aclarado las contribuciones que pueden hacer investigaciones como la nuestra, al descansar en información estandarizada referida a grupos amplios de varones y permitir fundamentar de manera simultánea el posible efecto de diferentes aspectos sobre distintas prácticas de la paternidad.

Bibliografía

- Alatorre Rico, Javier, y Rafael Luna, 2000, “Significados y prácticas de la paternidad en la ciudad de México”, en Norma Fuller (comp.), *Paternidades en América Latina*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 241-276.
- Ariza, Marina, y Orlandina de Oliveira, 2001, “Nuevos enfoques en el estudio de la familia”, ponencia presentada en el Latin American Sociology & the Sociology of Latin American, Center of Latin Serial Studies, Gainesville, Universidad de Florida, 19 al 21 de abril.
- Anderson, David, 1997, *Men, Reproduction and Fatherhood*, Lieja, Policy & Research Papers, IUSSP, núm. 12.
- Bledsoe, C., S. Lerner y J. I. Guyer (comps.), 2000, *Fertility and the Male Life-cycle in the Era of Fertility Decline*, Oxford, Oxford University Press, International Studies Demography.

- Casique, Irene, 1999, "Power, Autonomy and the Division of Labor in Mexican Dual-earner Families", tesis de doctorado en sociología, Universidad de Texas en Austin.
- Chodorow, Nancy, 1978, *The Reproduction of Mothering*, Berkeley, Universidad de California.
- Cohen, Theodore F., 1993, "What Do Fathers Provide? Reconsidering the Economic and Nurturant Dimensions of Men as Parents", en Jane C. Hood (comp.), *Men, Work and Family*, Londres y Nueva Delhi, Sage.
- Conapo, 1999, *La situación demográfica en México*, México, Conapo.
- Conapo, 2000, *Avances de ejecución del Programa Nacional de Población 1995-2000 en el ámbito estatal*, México, Conapo.
- Doherty, William J., Edward F. Kouneski y Martha F. Erickson, 1998, "Responsible Fathering: An Overview and Conceptual Framework", *Journal of Marriage and the Family*, vol. 60, núm. 2, mayo, pp. 277-292.
- Engle, Patrice L., y Ann Leonard, 1995, "Fathers as Parenting Partners" en Bruce, Lloyd y Leonard *et al.*, *Families in focus. New Perspectives on Mothers, Fathers, and Children*, Nueva York, The Population Council, pp. 49-69.
- Esteinou, Rosario, 2004, "La parentalidad en la familia: cambios y continuidades", en este volumen.
- Figueroa Perea, Juan G., 1998, "La presencia de los varones en los procesos reproductivos: algunas reflexiones", en Susana Lerner (comp.), *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*, México, El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 163-189.
- Figueroa Perea, Juan G., 1999, "Fecundidad, anticoncepción y derechos reproductivos", en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 61-101.
- Figueroa Perea, Juan G. *et al.*, 1996, "Experiencia laboral y patrones reproductivos en México", en Claudio Stern (coord.), *El papel del trabajo femenino en la salud infantil*, México, El Colegio de México/The Population Council, pp. 109-137.
- Flores, Julia Isabel, 1998, "Persistencia y cambios en algunos valores de la familia mexicana de los noventa", en José Manuel Valenzuela y Vania Salles

- (coords.), *Vida familiar y cultura contemporánea*, México, Conaculta, pp. 227-246.
- Fuller, Norma (comp.), 2000, “Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú”, en Norma Fuller (comp.) *Paternidades en América Latina*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 35-90.
- García, Brígida, y Orlandina de Oliveira, 1994, *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- García, Brígida, y Orlandina de Oliveira, 2000, “La dinámica familiar en la ciudad de México y Monterrey”, informe final del proyecto: Trabajo, familia y empoderamiento de las mujeres en México.
- García, Brígida, y Orlandina de Oliveira, 2001, “Cambios socioeconómicos y división del trabajo en las familias mexicanas”, *Investigación Económica*, vol. 61, núm. 236, abril-junio, pp. 137-162.
- García, Brígida, y Olga Rojas, 2001, “Recent Transformations in Latin American Families: A Sociodemographic Perspective”, trabajo a ser presentado en la XXIV General Conference of IUSSP. Sesión S45 “The Demography of Latin America”.
- García, Brígida, y Edith Pacheco, 2000, “Esposas, hijos e hijas en el mercado de de trabajo de la ciudad de México en 1995”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. 15, núm. 1, enero-abril, pp. 35-64.
- Greene, Margaret E., y Ann E. Biddlecom, 2000, “Demographic Accounts of Male Reproductive Roles”, *Population and Development Review*, vol. 26, núm. 1, pp. 81-115.
- Guttman, Mathew, 1993, “Los hombres cambiantes, los machos impenitentes y las relaciones de género en México en los noventa”, *Estudios Sociológicos*, vol. 11, núm. 33, septiembre-diciembre, pp. 725-740.
- Guttman, Mathew, 1996, *The Meanings of Macho. Being a Man in Mexico City*, Berkeley, University of California Press.
- Hass, Linda, 1993, “Nurturing Fathers and Working Mothers. Changing Gender Roles in Sweden”, en J. C. Hood (comp.), *Men, Work and Family*, Newbury Park, Sage, pp. 239-261.
- Hernández Laos, Enrique, 2000, “Distribución del ingreso y la pobreza en México”, en Arturo Alcalde *et al.*, 2000, *Trabajo y trabajadores en el México contemporáneo*, México, Miguel Angel Porrúa, pp. 93-126.

- Hernández Rosete, Daniel, 1996, “Género y roles familiares: la voz de los hombres”, tesis de maestría, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), México.
- INEGI, 2000, *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares*; México, INEGI.
- Katzman, Rubén, 1993, “¿Por qué los hombres son tan irresponsables?”, en CEPAL (comp.), *Cambios en el perfil de las familias: la experiencia regional*, Santiago de Chile, Naciones Unidas, pp. 110-121.
- Keijzer, Benno de, 2000, “Paternidades y transición de género”, en Norma Fuller (comp.), *Paternidades en América Latina*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 215-240.
- King, Gary, Robert O. Keohane y Sidney Verba, 1994, *Designing Social Inquiry. Scientific Inference in Qualitative Research*, Princeton y New Jersey, Princeton University Press.
- LaRossa, R., 1988, “Fatherhood and social change”, *Family Relations*, núm. 37, pp. 451-457.
- Lerner, Susana (comp.), 1998, *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*, México, El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía.
- López, María de la Paz, y Vania Salles, 2001, *Familia género y pobreza*, México, Porrúa/Gimtrap.
- Minello Martini, Nelson, 1999, “Masculinidad y sexualidad. Dos campos que reclaman investigación empírica”, *Salud reproductiva y sociedad. Órgano informativo del programa Salud Reproductiva y Sociedad* de El Colegio de México, año 33, núm. 8.
- Morgan, David H. J., 1990, “Issues of Critical Sociological Theory: Men in Families”, en Jetse Sprey (comp.), *Fashioning Family Theory New Approaches*, Newbury Park, Sage Publications, pp. 67-106.
- Nava Uribe, Regina L., 1996, “Los hombres como padres en el Distrito Federal a principios de los noventa”, tesis de maestría en sociología, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, División de Estudios de Postgrado, UNAM, México.
- Necchi, Silvia, 1999, “Men, Family Formation and Reproduction”, *Policy & Research Papers*, IUSSP, Lieja, núm. 17.

- Oliveira, Orlandina de, 1999, "Políticas económicas, arreglos familiares y preceptores de ingresos", *Demos. Carta demográfica de México*, núm. 12, pp. 32-33.
- Oliveira, Orlandina de, Marina Ariza y Marcela Eternod, 1996, "Trabajo e inequidad de género", en *La condición femenina: una propuesta de indicadores. Informe final*, México, Sociedad Mexicana de Demografía/Consejo Nacional de Población.
- Oliveira, Orlandina de, Marcela Eternod y María de la Paz López, 1999, "Familia y género en el análisis sociodemográfico", en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, El Colegio de México/Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 211-271.
- Parsons, R., y R. B. Bales, 1956, *Family, Socialisation and Interaction Process*, Londres, Routledge y Kegan Paul.
- Presser, Harriet, 2000, "Demografía, feminismo y el nexo entre ciencia y política", *Revista Mexicana de Sociología*, año LXII, núm. 1, enero-marzo, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 3-44.
- Pleck, J. H., 1987, "American Fathering in Historical Perspective", en M. S. Kimel (comp.), *Changing Men: New Directions in Research on Men Masculinity*, Newbury Park, Sage.
- Quilodrán, Julieta (en prensa), "Un siglo de matrimonio en México", en J. Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.), *Cien años de cambios demográficos en México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rendón, María Teresa, 1999, "La división sexual del trabajo en el México contemporáneo", ponencia presentada en el Foro Población y Sociedad en el México del siglo XXI, organizado por la Academia Mexicana de Ciencias y El Colegio de México.
- Rendón, María Teresa, 2000, "Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en México durante el siglo XX", tesis de doctorado, Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rojas, Olga, 2000, "Paternidad y vida familiar en la ciudad de México: un acercamiento cualitativo al papel desempeñado por los varones en los ámbitos doméstico y reproductivo", tesis de doctorado en estudios de población, El Colegio de México, México.

- Roopnarine, Jainpaul L., y B. C. Miller 1985, "Transitions to Fatherhood", en S. M. H. Hanson y E. W. Bozett (comps.), *Dimensions of Fatherhood*, Beverly Hills, Sage, pp. 49-63.
- Sobrino, Jaime, 2001, "Urbanización y competitividad de las ciudades en México" (en preparación).
- SPSS, 1999, *Regression Models*, Chicago, SPSS.
- Szasz, Ivonne, 1997, "La salud reproductiva en los estudios sociodemográficos", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 12, núms. 1 y 2, enero-agosto, Centro de Estudios Demográficos y Urbanos, El Colegio de México, pp. 5-9.
- Thorne, Barrie, 1982, "Feminist Rethinking of the Family: An Overview", en Barrie Thorne y Marilyn Yalom (comps.), *Rethinking the Family. Some Feminist Questions*, Nueva York y Londres, Longman, pp. 1-24.
- Vivas Mendoza, María Waleska, 1996, "Vida doméstica y masculinidad, en María de la Paz López (comp.), *Hogares, familias: desigualdad, conflicto, redes solidarias y parentales*, México, Sociedad Mexicana de Demografía (Somede).
- Wainerman, Catalina, 2000, "División del trabajo en familias de dos proveedores. Relato desde ambos géneros y dos generaciones", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 1, enero-abril, pp. 149-184.

EL EJERCICIO DE LA PATERNIDAD EN EL MÉXICO URBANO

CUADRO 1A

CIUDAD DE MÉXICO Y MONTERREY. PROPORCIÓN DE VARONES QUE PARTICIPAN EN EL CUIDADO DE LOS HIJOS(AS) SEGÚN LAS CARACTERÍSTICAS INCLUIDAS EN EL MODELO DE REGRESIÓN VARONES 20-50 AÑOS (1998-1999)

<i>Características seleccionadas</i>	<i>%</i>
Edad	
Jóvenes (20-29)	32.8
Adultos (30-39)	42.5
Maduros (40-50)	31.6
Escolaridad	
Primaria incompleta	16.7
Al menos primaria completa	33.8
Al menos secundaria completa	36.8
Al menos preparatoria	43.5
Posición en la estructura de parentesco	
Jefe del hogar	37.2
Otro	27.3
Residencia en la niñez	
Urbana	39.9
Rural	25.1
Residencia actual	
Cd. de México	35.3
Monterrey	42.0
Posición en la ocupación	
Asalariado	35.8
No asalariado	38.5
Ingresos	
Muy pobres	33.4
Pobres	40.7
Medios y altos	36.4
Edad persona menor en el hogar	
0-5	34.6
6-12	40.6
13-15	38.4
16 y más	24.7
Tipo de hogar	
Nuclear	38.5
Extendida	28.0
Trabajo extradoméstico de la cónyuge	
Sí trabaja	51.2
No trabaja	31.1
Opiniones sobre los roles de género	
De acuerdo con cuidado de los hijos igualitario por género	37.8
En desacuerdo	30.1

FUENTE: DINAF, 1998-1999.



III. Migración, arreglos familiares y representaciones sociales



VIVIR DEL NORTE: PERFIL SOCIODEMOGRÁFICO DE LOS HOGARES PERCEPTORES DE REMESAS EN UNA REGIÓN DE ALTA EMIGRACIÓN

Alejandro I. Canales

Introducción

LA MIGRACIÓN MÉXICO-ESTADOS UNIDOS es un proceso complejo que se sustenta en la conformación de redes sociales, familiares y culturales a través de las cuales se configura un sistema de intercambio y circulación de gente, dinero, bienes e información entre los asentamientos de migrantes a ambos lados de la frontera (Rouse, 1992; Smith, 1994). De esta forma, el proceso migratorio no implica la desarticulación de las comunidades de origen, sino más bien, su configuración como comunidades transnacionales (Guarnizo y Smith, 1998; Kearney y Nagengast, 1989). En este contexto, las remesas conforman un elemento sustancial para reproducir y sostener económicamente esta desterritorialización de las comunidades de migrantes. Esta situación abarca también a las familias, las cuales establecen formas de reproducción social y económica que involucra de manera preponderante los ingresos salariales de los migrantes en Estados Unidos (Canales y Zolniski, 2001).

Sin embargo, aun cuando todos los hogares que conforman una comunidad transnacional participan igualmente del fenómeno migratorio, no en todos ellos las remesas fluyen con la misma magnitud, ritmos y frecuencias. Tal parece que hay diversos factores sociodemográficos, económicos, de estructura familiar, composición del hogar, características de sus miembros, evolución del ciclo familiar, experiencia e historia migratoria familiar e individual, entre otros, que establecen importantes diferencias en los momentos y condiciones en que un hogar se vuelve receptor de remesas. Por lo mismo, no basta la presencia de migrantes en un hogar para presumir una mayor probabilidad de percibir remesas. Es también muy importante establecer los arreglos familiares y domésticos que sustentan cada patrón migratorio particular, así como la forma

en que estos arreglos devienen perfiles sociodemográficos y demandas sociales y económicas diferenciadas.

Así, por ejemplo, en algunos casos la migración temporal del jefe de hogar implica la formación de arreglos familiares específicos, en donde juega un papel importante el hogar de los padres o suegros del jefe de hogar, especialmente cuando se da la presencia de niños (Woo, 2001). En otros casos, la migración es la base de la formación de unidades familiares transnacionales, en donde el continuo flujo de personas, bienes materiales y bienes simbólicos se vuelve fundamental para la reproducción de estas unidades familiares (Moctezuma, 1999). Lo relevante, en todo caso, es que los tiempos del envío y percepción de las remesas dependen en gran medida del carácter del arreglo doméstico sobre el cual se sustenta el proceso migratorio en cada familia.

En este sentido, el objetivo del presente trabajo es analizar estos factores de diferenciación de los hogares según su condición de percepción de remesas. O lo que es lo mismo, discutir qué aspectos de cada arreglo familiar y doméstico parecen ser más importantes para definir los tiempos y frecuencias del envío y percepción de remesas. En particular, con base en modelos estadísticos multivariados, nuestro interés es determinar los perfiles de los hogares perceptores de remesas en comunidades de alta migración en el Occidente de México.

Migración y remesas en México

A partir de los años ochenta, la migración mexicana a Estados Unidos ha asumido magnitudes y modalidades que indican importantes cambios en su dinámica y composición. Según datos del Buró del Censo de los Estados Unidos, el volumen total de personas nacidas en México residentes en Estados Unidos pasó de poco menos de 2.2 millones en 1980 a casi 4.5 millones en 1990, y a 7.9 millones en el 2000. Esto indica un saldo neto anual de 226 000 en los ochenta y de 343 000 personas para los noventa.

Estos cambios en la magnitud de la migración inciden directamente en el flujo de remesas que los emigrantes envían periódicamente a sus comunidades de origen en México (Lozano, 1998). En efecto, tanto el total

de las transferencias internacionales como las remesas familiares muestran un sostenido crecimiento en las últimas dos décadas; en 1999 llegaron a representar un nivel que es casi ocho veces superior al presentado a inicios de los años ochenta. Asimismo, las remesas familiares representaron, en promedio, casi 80% del total de transferencias externas, proporción que se incrementa a más de 93% en los años noventa (Canales, 2002).

Ahora bien, en torno a la magnitud de las remesas, se ha configurado un intenso debate en medios políticos, académicos y de la propia sociedad civil. Al respecto, nos interesa destacar dos aspectos o dimensiones. Por un lado, el papel e impacto de las remesas tanto a nivel macroeconómico como a nivel de los hogares y economías locales. Por otro lado, los determinantes estructurales, comunitarios, familiares e individuales del envío y percepción de remesas.¹

i) En cuanto al impacto de las remesas, los primeros estudios se centraron en dimensionar su importancia, comparándola con diversos indicadores macroeconómicos. Con ello se obtenía una primera aproximación sobre su peso relativo. Posteriormente se han hecho estimaciones más precisas del impacto de las remesas en la economía nacional con base en modelos macroeconómicos de contabilidad social. El objetivo de estos modelos es estimar los efectos multiplicadores de cada dólar que ingresa por concepto de remesas en la economía nacional.

Sin embargo, la debilidad de estos modelos estriba en la calidad de la información que se requiere para el diseño de la matriz de contabilidad social. Suele suceder que, o bien no se dispone de la información necesaria, o está muy fragmentada. Ante ello, suelen aplicarse encuestas específicas, a niveles locales y regionales, que permiten medir directamente los distintos indicadores y coeficientes que exigen los modelos económicos de contabilidad social. Al respecto, un trabajo pionero fue el de Adelman y Taylor (1990), quienes estimaron que el efecto multiplicador de las remesas en las economías locales y regionales era de 2.9. Esto es

¹ Un tercer aspecto se refiere a la medición y cuantificación de las remesas, el cual, sin embargo, por motivos de espacio y pertinencia, dejamos de lado. Para más detalles, puede consultarse Lozano, 1993.

que por cada dólar que ingresa a la economía regional, su producto interno bruto se incrementa en 2.9 dólares.

Junto con estas matrices de contabilidad social, se han aplicado modelos probabilísticos para estimar el impacto de las remesas en la distribución del ingreso. En concreto, se trata de modelos econométricos que permiten estimar en cuánto se modifican los índices de pobreza y desigualdad en la distribución del ingreso por efecto del flujo de remesas (Taylor, 1992). En el caso particular de México, los resultados no son concluyentes; si bien el flujo de remesas es de gran magnitud, en realidad representa menos de 3% del ingreso monetario de los hogares, lo cual reduce sustancialmente cualquier impacto sobre la distribución del ingreso. A nivel regional y local, sin embargo, el papel de las remesas sí parece significativo y, en general, puede afirmarse que las remesas contribuyen a reducir las desigualdades económicas. En concreto, para el Occidente de México, Canales (2002) encuentra que el flujo de remesas contribuye a mejorar la distribución del ingreso entre 5% y 15%, dependiendo del indicador usado para medir la desigualdad económica.

Por otro lado, considerando tanto la magnitud de las remesas como sus posibles efectos multiplicadores, ha surgido una línea de debate en torno al papel de las remesas como fuente potenciadora del desarrollo económico en los niveles local y regional. Desde esta perspectiva, las remesas son conceptualizadas como una forma de *ahorro migrante*, el cual podría orientarse al financiamiento de proyectos de inversión productiva, así como a la formación y consolidación de negocios y establecimientos económicos de los migrantes.

Por ejemplo, Durand y Arias (1997) en un estudio sobre San Francisco del Rincón, Guanajuato, documentan la conformación de talleres zapateros apoyados por los *migradólares*. De acuerdo con estos y otros autores, este ejemplo, junto con otros innumerables casos, es ilustrativo de que la migración internacional no representa un drenaje de recursos de la economía mexicana, sino que por el contrario, puede incluso configurar una importante fuente de capital productivo y una fuerza dinámica en la promoción de la actividad empresarial, la formación de negocios y el crecimiento económico, al menos en ámbitos locales y regionales (Massey y Parrado, 1994; Durand, 1988).

Desde una perspectiva diferente, en cambio, otros autores señalan que este optimismo estaría mal fundado pues encierra no pocas confusiones conceptuales y carece de información precisa, adecuada y veraz sobre la complejidad del fenómeno migratorio y de las remesas en particular. En efecto, si consideramos que la migración de mexicanos a Estados Unidos es un fenómeno eminentemente laboral, entonces no cabe duda de que los ingresos obtenidos por los migrantes representan un fondo salarial que, como cualquier otro, tiende a usarse preferentemente para la reproducción cotidiana y generacional de sus familias y comunidades (Canales, 2001). La diferencia estriba en que el salario de los migrantes es canalizado hacia sus familias bajo la forma de “transferencias internacionales” que, de acuerdo a la nomenclatura de la economía, asumen la forma de un “ahorro externo”, pero que en realidad distan mucho de ser realmente un tipo de “ahorro” propiamente dicho, pues no tiene ni los usos ni las propiedades que tradicionalmente se han asociado con el ahorro.

ii) Un eje alternativo para el estudio y comprensión de las remesas se refiere al análisis de sus determinantes. En este sentido, podemos distinguir dos tipos de aproximaciones. Por un lado, un análisis de los determinantes macroeconómicos de las remesas y, por otro lado, el análisis de los determinantes familiares, culturales e individuales del envío de remesas.

Algunos estudios se han centrado en la evaluación del volumen de las remesas en función del comportamiento de diversas variables e indicadores macroeconómicos. Para ello, se apela a análisis de series de tiempo y modelos econométricos longitudinales que permiten estimar la sensibilidad (elasticidad) de las remesas ante las fluctuaciones de cada variable macroeconómica. Estos estudios no parecen ser concluyentes, pues la forma en que algunas variables macroeconómicas inciden en la motivación para remitir remesas depende en gran medida de la situación de la economía tanto en el país de origen como en el de destino (Russell, 1986; Taylor, 1999).

No obstante, gran parte de los estudios coinciden en algunas relaciones macroeconómicas básicas. Así, por ejemplo, Lianos (1997) estima que el nivel de ingresos per cápita en el país de destino, el tipo de cambio y las posibles devaluaciones de la moneda nacional en el país de origen,

así como la permanencia en el lugar de destino, actúan como las variables que mejor explican las fluctuaciones en el flujo de remesas. Por el contrario, la inflación, la tasa de interés y el nivel de ingreso en el país de origen no parecen ser factores con un peso determinante en el flujo de remesas.

En el nivel microsocia, el objetivo es determinar bajo qué condiciones sociales, familiares e individuales se configura el acto de remitir, así como la cantidad de dinero que se remite a la familia y/o comunidad de origen. De acuerdo con este enfoque, las remesas están, de una u otra forma, conectadas con todas las circunstancias que configuran la vida del migrante. En estos estudios se parte del supuesto de que la principal motivación para el envío de remesas está determinada por las formas sociales y culturales que asume la lealtad y compromiso con la familia de origen. En particular, destaca el papel central que asumen las obligaciones familiares y la presencia o ausencia de familiares directos (hijos, principalmente) en los lugares de origen y de destino (López, 2001).

Sin embargo, el momento, formas y montos del envío de remesas dependerán de circunstancias específicas que incluyen factores no sólo familiares, sino también individuales y contextuales. Así por ejemplo, Massey y Bassem (1992) señalan que la decisión de remitir está directamente determinada no sólo por el ciclo de vida familiar, sino también por las características de la comunidad de origen. En particular, sostienen que la propensión a remitir tiende a disminuir en aquellas comunidades con mayores recursos y condiciones económicas más favorables.

Asimismo, el envío de remesas parece también estar asociado con la modalidad migratoria y, en particular, con el carácter de los vínculos que establece el migrante con su comunidad de origen. Al respecto, López (2001) señala dos hallazgos interesantes. Por un lado, destaca que la propensión a enviar remesas, así como el monto enviado, tienden a ser mayores entre los migrantes temporales y circulares, y menores entre los migrantes que han adoptado una residencia estable y permanente en Estados Unidos.

Por otro lado, este autor señala que los determinantes del envío de remesas en cada caso son incluso opuestos. Así, por ejemplo, en el caso de los migrantes temporales, resulta significativa para el envío de remesas la posición del migrante en la estructura familiar. En concreto, la presión

familiar para el envío remesas parece que sólo es estadísticamente significativa para quienes son jefes de hogar, lo cual refleja que el envío de remesas está asociado con las responsabilidades directas del migrante para con su familia y hogar de origen. Por el contrario, entre los migrantes permanentes, la posición en la estructura familiar no es estadísticamente significativa para determinar el envío o no de remesas porque, en este caso, es más probable que el núcleo familiar del migrante resida también en Estados Unidos, lo cual implica un debilitamiento substancial de los vínculos y responsabilidades del migrante para con su comunidad de origen.

A similares conclusiones arriban Menjívar *et al.* (1998), quienes señalan que cuando el migrante planea una estancia más prolongada e incluso de permanencia definitiva en el lugar de destino, tiende a disminuir significativamente la propensión a enviar remesas. En este caso, los recursos económicos, sociales, y familiares se orientan más bien a asegurar una estancia tranquila y duradera, que pueda incluir a los miembros de su familia. Por el contrario, cuando los migrantes planean retornar, es más probable el envío de remesas con el objetivo de asegurar una mejor reinserción en la localidad de origen.

Asimismo, el análisis de Lozano (1997) confirma estos hallazgos al concluir que serían los migrantes masculinos de reciente llegada a Estados Unidos, con propiedades y con familiares cercanos en México (padres, esposa y/o hijos, fundamentalmente) quienes son más propensos a enviar mayores cantidades de dinero. Por el contrario, aquellos migrantes mexicanos que obtuvieron la amnistía de IRCA y optaron por una residencia definitiva en Estados Unidos disminuyeron el monto promedio de sus envíos de remesas, aun cuando sus niveles de ingresos reales y otras condiciones económicas no se habían modificado.

Ahora bien, en este trabajo presentamos un enfoque complementario a estos estudios sobre los determinantes del envío de remesas, el cual se centra en el análisis de las características de los hogares perceptores de remesas en las comunidades de origen. Como hemos señalado, las remesas forman parte del sistema migratorio que articula comunidades en términos transterritoriales. En una comunidad de alta migración, casi todos los hogares están vinculados con el proceso social de la migración a

través de redes familiares, comunitarias, de amistad, etc. Sin embargo, no en todos los hogares hay en todo momento migrantes activos ni todos los hogares son en todo momento perceptores de remesas. Por el contrario, los tiempos y espacios de la migración, así como los de la percepción de remesas, se dan en función de los tiempos y espacios que surgen de los distintos arreglos familiares en cada etapa del ciclo de vida de la unidad doméstica, así como de las trayectorias migratorias particulares prevalentes en cada hogar.

Desde este enfoque, el análisis de las condiciones de los hogares perceptores de remesas ha de considerar una visión dinámica del fenómeno. Sin duda, los arreglos familiares que se adoptan en torno al proceso social de la migración plantean demandas específicas respecto del flujo de remesas necesarias para el sostenimiento de dicho arreglo familiar. Sin embargo, estos arreglos no son estáticos, sino que evolucionan con base en la dinámica del ciclo de vida familiar y la dinámica de las trayectorias migratorias individuales y familiares. Asimismo, las remesas tampoco son estáticas, sino que contribuyen a modificar las condiciones de reproducción y evolución del hogar, incidiendo en la dinámica de su ciclo familiar y trayectorias migratorias.

Se trata, en definitiva, de un efecto de determinación recíproca y dinámica. Por un lado, las condiciones y necesidades de percepción de remesas son variables en cada etapa del ciclo familiar, dependiendo tanto de los arreglos domésticos como de las trayectorias migratorias individuales y familiares adoptadas en cada unidad familiar. Pero por otro lado, si en un momento dado las remesas aparecen como determinadas por estos arreglos familiares, en otros momentos son las propias remesas las que contribuyen a transformar dichas condiciones, al modificar la base económica de la reproducción de los hogares.

Ahora bien, considerando las limitaciones propias del análisis transversal para dar cuenta de relaciones dinámicas y diacrónicas,² en este trabajo nos centraremos en el análisis de las diferencias entre los hogares

² Más adelante señalamos algunas limitaciones metodológicas que es necesario tomar en cuenta en el análisis de los resultados del modelo estadístico multivariado que usamos en este caso concreto.

perceptores y no perceptores de remesas en una comunidad de alta migración en Los Altos de Jalisco. El objetivo es dimensionar y evaluar el significado estadístico de cada componente de esta estructura de diferenciación entre los hogares perceptores y no perceptores de remesas. Para ello, primero presentamos una descripción del papel de las remesas en la comunidad de origen, para posteriormente analizar el perfil socio-demográfico de los hogares perceptores con base en la aplicación de un modelo de regresión logística.

Remesas y hogares en Teocaltiche, Jalisco³

Jalisco es una entidad de amplia tradición migratoria. Por lo mismo no es extraño que en el 2000 en esta entidad se localizara más de 10% de los hogares perceptores de remesas, los que percibieron en promedio poco más de dos mil pesos mensuales. Estas condiciones de migración y remesas son aún más claras en ciertas regiones y municipios de Jalisco que, como los de la región de Los Altos, se incorporaron desde finales del siglo XIX al proceso migratorio. En este sentido, resulta interesante investigar las condiciones de migración y percepción de remesas en este tipo de regiones, en donde la centenaria tradición migratoria ha permitido la formación y consolidación de redes sociales de carácter transnacional.

En estas comunidades, la migración es un fenómeno social que las atraviesa horizontalmente. El sistema de redes sociales y familiares permite que prácticamente todos los hogares estén directa o indirectamente vinculados con el proceso social de la migración. Sin embargo, la participación específica de cada hogar no puede verse en términos estáticos, sino dinámicos y cambiantes, en función del diferente papel de la migración y las remesas en cada etapa del ciclo de vida familiar. En efecto, los

³ Los datos usados en esta sección provienen de una encuesta a hogares levantada en febrero del 2001 en el municipio de Teocaltiche, en los Altos de Jalisco. Corresponde a una muestra probabilística de 367 hogares, seleccionados en forma aleatoria, por estratos urbano y rural. Esta encuesta forma parte del proyecto “Estimación del impacto económico de las remesas en comunidades de alta emigración en el Centro-Occidente de México” que cuenta con financiamiento del CONACYT y de la Universidad de Gualajajara.

arreglos familiares que se configuran a partir de la migración tienen su propia dinámica y evolución, en términos tanto de las opciones migratorias para sus miembros como de las necesidades de remesas en cada etapa del ciclo familiar.

De esta forma, si bien las remesas son uno de los principales *leit motiv* de la migración, su entendimiento exige una visión dinámica que vaya más allá de los tiempos cortos de la migración en cada coyuntura. Así como no todos los hogares con migrantes activos son perceptores de remesas, tampoco están todos los hogares alejados de la migración activa necesariamente distanciados del proceso de envío y percepción de remesas. Sin duda, las probabilidades de percepción de remesas se incrementan en los hogares con migrantes activos, pero no se puede negar el hecho de que las remesas son un factor importante también para la organización social y económica de los demás hogares.

Al respecto, el caso de Teocaltiche resulta ilustrativo. En este municipio, sólo 10% de los hogares parecieran no tener vinculación con las redes que han surgido del proceso social de la migración. Nos referimos a hogares sin migrantes activos ni “retirados”, sin emigrantes definitivos y sin parientes directos del jefe de hogar en Estados Unidos.⁴ Por el contrario, prácticamente nueve de cada 10 hogares tienen vinculaciones directas con las redes sociales de la migración, aunque no necesariamente con la migración activa o de un periodo más reciente.

En efecto, 39% de los hogares tiene al menos un migrante activo, esto es, un individuo cuyo más reciente desplazamiento ocurrió en los últimos cinco años (1996-2000). Asimismo, 20% de los hogares tiene emigrantes definitivos, esto es, individuos que fueron miembros del hogar y que actualmente residen en Estados Unidos, a la vez que otro 29% tiene parientes directos del jefe del hogar (padres, hermanos, nietos y/o abuelos) con residencia habitual en Estados Unidos. Finalmente, sólo

⁴ En sentido estricto, no se trata de hogares completamente ajenos al proceso social de la migración, puesto que forman parte de una comunidad migratoria en donde también son importantes las redes de amistad, compadrazgo y otras relaciones comunitarias. Sin embargo, por exigencias metodológicas del instrumento aplicado, se debió dejar de lado este tipo de redes sociales.

3% de los hogares cuenta sólo con migrantes “retirados”, y ningún otro tipo de vinculación (migrantes activos, emigrantes ni familiares del jefe de hogar).⁵

Ahora bien, al cruzar esta información sobre las condiciones de la migración con la condición de percepción de remesas, se observa una situación muy peculiar. En efecto, 15% de los hogares sin vinculaciones directas con el proceso migratorio son perceptores de remesas, situación que se intensifica en los hogares con migrantes “retirados” del circuito migratorio, pues más de 30% de éstos son perceptores de remesas.⁶ Asimismo, prácticamente un tercio de los hogares con migrantes activos no fueron perceptores de remesas durante el año 2000 (véase el cuadro 1). De esta forma, si bien las remesas tienden a concentrarse en aquellos hogares más directamente vinculados con los circuitos migratorios, las redes sociales de la migración permiten que muchos hogares que están alejados (al menos temporalmente) de la dinámica migratoria participen, sin embargo, del proceso de envío y percepción de remesas.

En otras palabras, la participación en el flujo migratorio tiene ritmos y frecuencias particulares que no son estáticos ni permanentes, sino dinámicos y variables. De esta forma, tanto la participación como el distanciamiento del proceso migratorio son fenómenos temporales, que pueden variar en función de los ciclos familiares y personales. No obstante, la participación en las redes sociales de la migración es algo más estructural, que no depende directamente del nivel de participación en

⁵ La baja proporción de este tipo de hogares no significa que no hayan migrantes “retirados” en la comunidad. El problema es más bien metodológico, en la medida en que, si bien en el nivel individual podemos hablar de un “retiro” del circuito migratorio, en el nivel de los hogares, en cambio, este retiro corresponde en realidad a una sustitución o relevo del migrante por otros miembros del hogar.

⁶ En este caso, lo más probable es que las remesas hayan sido enviadas por amigos y/o compadres, ahijados u otros parientes. Asimismo, en el caso de hogares con migrantes “retirados”, lo más probable es que las remesas correspondan a pensiones de jubilación, salud o incapacidad. Sin embargo, lo relevante de los datos es que casi un tercio de los hogares con migrantes activos no son perceptores de remesas. Esto es que la migración y las remesas son fenómenos que siguen sus propios ritmos, tiempos y dinámicas que no necesariamente deben coincidir en todo momento.

el flujo migratorio en un momento determinado, sino a lo largo de una trayectoria de vida y migratoria tanto personal como familiar.

CUADRO 1

TEOCALTICHE, JALISCO, 2000, HOGARES SEGÚN SITUACIÓN MIGRATORIA
Y CONDICIÓN DE PERCEPCIÓN DE REMESAS

	<i>Total</i>	<i>Percepción remesas</i>	
		<i>No</i>	<i>Sí</i>
Total	100%	52.0%	48.0%
Migrantes activos	100%	33.5%	66.5%
Emigrantes en EE.UU.	100%	36.8%	63.2%
Familiares directos en EE.UU.	100%	73.6%	26.4%
Sólo migrantes retirados	100%	69.9%	30.1%
Sin migrantes	100%	84.3%	15.7%

FUENTE: Encuesta de Migración y Remesas, Teocaltiche, 2000.

Considerando lo anterior, a continuación presentamos unos primeros datos sobre el papel de las remesas en la estructura del hogar, así como en los arreglos familiares y residenciales que se establecen en distintos momentos del ciclo familiar. Un primer aspecto relevante se refiere al papel de las remesas en la estructura del ingreso de los hogares. A nivel agregado, las remesas representaron 19.4% del ingreso total de los hogares en Teocaltiche para el 2000. Esta cifra es realmente significativa y nos habla del peso específico de las remesas y la migración en la dinámica económica no sólo de los hogares migrantes, sino de la economía local.

Al comparar la composición del ingreso monetario de los hogares según su condición de percepción de remesas, se observa el rol fundamental de las remesas en los hogares perceptores. En efecto, en los hogares no perceptores de remesas, la principal fuente de ingresos es la remuneración al trabajo, que contribuye con 67% del ingreso familiar, seguida de las rentas empresariales, que aportan otro 28%. Por el contrario, en los hogares perceptores de remesas, éstas representan 40% del ingreso familiar, igualando la participación de las remuneraciones al trabajo y superando con creces las demás fuentes de ingreso (véase el cuadro 2).

CUADRO 2

TEOCALTICHE, JAL., 2000, COMPOSICIÓN DEL INGRESO SEGÚN
PERCEPCIÓN DE REMESAS EN LOS HOGARES

	<i>Total</i>	<i>Percepción remesas</i>	
		<i>No</i>	<i>Sí</i>
Total ingresos	100.0%	100.0%	100.0%
Remuneraciones al trabajo	56.0%	67.2%	44.1%
Remesas	19.4%	0.0%	40.1%
Rentas empresariales	21.2%	28.2%	13.7%
Rentas propiedad	0.8%	1.2%	0.3%
Transferencias familiares	0.4%	0.5%	0.2%
Transferencias institucionales	1.2%	1.1%	1.4%
Rentas financieras	1.1%	1.9%	0.2%
Ingreso per cápita	\$ 1111	\$ 1092	\$ 1131
Ingreso per cápita sin remesas	\$ 895	\$ 1092	\$ 678

FUENTE: Encuesta de Migración y Remesas, Teocaltiche, 2000.

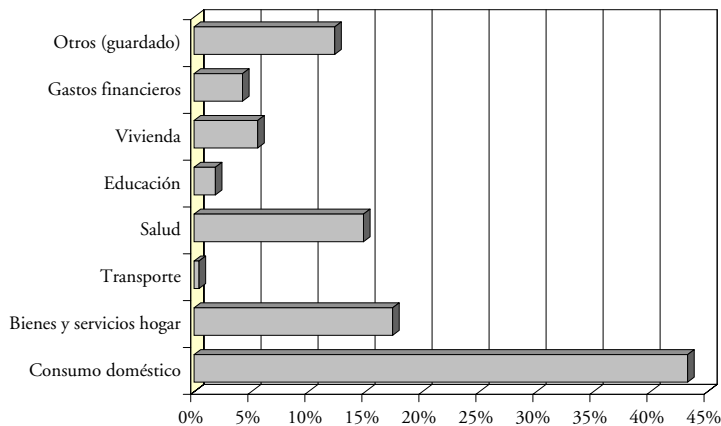
Un dato relevante es que no parece haber diferencias significativas en el ingreso per cápita de los hogares según sea su condición de percepción de remesas. En ambos casos, el ingreso per cápita es cercano a los 1100 pesos mensuales (véase el cuadro 2). En este sentido, podemos dimensionar la importancia relativa de las remesas en los hogares perceptores. Sin las remesas, el ingreso per cápita en esos hogares se reduciría drásticamente, cayendo a menos de 680 pesos mensuales por persona. No cabe duda que las remesas tienen un rol fundamental en la reducción de las desigualdades económicas y las condiciones de pobreza de la población, más aún si consideramos que 48% de los hogares fueron perceptores de remesas en el año 2000.

Un dato adicional que corrobora este papel de las remesas, se refiere al uso concreto que se le da a estos recursos en los hogares perceptores. Lejos de constituir una fuente de ahorro, que pudiera en un momento dado derivar en inversión productiva, las remesas desempeñan el mismo papel que los salarios, aportando los recursos necesarios para la manutención cotidiana de los hogares y sus miembros. En efecto, más de 43% de las remesas son destinadas a la compra de bienes de consumo directo de

las personas (alimentos, bebidas y similares), a la vez que otro 17% se destina al gasto del hogar (luz, agua, gas, utensilios domésticos, etc.) (véase la gráfica 1).

GRÁFICA 1

TEOCALTICHE, JAL., 2000, USO DE LAS REMESAS



Destaca también el alto gasto en salud, así como el bajo gasto en educación. Esto se puede explicar por la presencia tanto de niños como de personas de la tercera edad en los hogares perceptores, y en cierta forma, da cuenta del tipo de arreglos familiares que se establecen a través de las remesas y la migración. Así por ejemplo, un caso algo recurrente, es el arreglo del tipo “Como agua para chocolate”, esto es, hogares en donde algunos de los hijos e hijas mayores han emigrado a Estados Unidos, mientras que una de las hijas menores se ha quedado en el hogar de los padres cuidándolos. En este caso, la hija por lo general no tiene un empleo estable, y la economía familiar está prácticamente sustentada en el flujo de remesas que envían los migrantes y en el apoyo de otros familiares en la comunidad. Asimismo, no es raro que gran parte de las remesas se destinen a cubrir los gastos médicos de los padres.

Asimismo, el bajo gasto en educación en los hogares perceptores de remesas no se debe a que en ellos no haya niños menores, sino más bien al hecho de que en la localidad no se cuenta con una opción muy amplia

de educación privada, por lo cual, el grueso de los niños en edad escolar asiste a las escuelas públicas, donde el gasto es mucho menor. Asimismo, cuando se da la migración del jefe de hogar en hogares con niños en edad escolar, no es raro que los abuelos contribuyan parcialmente con el gasto del hogar, incluyendo la educación de sus nietos. De hecho, en no pocos casos, con la migración del jefe de hogar a Estados Unidos, su esposa suele regresar a su hogar paterno, al menos temporalmente, mientras se estabiliza la situación migratoria y laboral del jefe de hogar.

De esta forma, resulta relevante constatar los distintos significados de las remesas según sean los arreglos familiares y la trayectoria migratoria de los individuos y del hogar. Tanto la magnitud de las remesas como su uso específico son variables en el tiempo, en función de las diferentes exigencias y demandas que surgen de los arreglos domésticos que se aman en cada etapa del ciclo familiar.

Considerando lo anterior, a continuación presentamos un análisis sobre las diferencias en los arreglos familiares y la situación socioeconómica y sociodemográfica del hogar, según su condición de percepción de remesas, a modo de establecer un perfil diferenciado para cada tipo de hogar. Para ello, nos basamos en un modelo de regresión logística que nos permite determinar en qué aspectos los hogares perceptores de remesas se diferencian significativamente de los no perceptores, y en cuáles no hay distinción relevante.

En una regresión logística, la variable dependiente original es de carácter dicotómico. En nuestro caso, corresponde a la condición de percepción de remesas que adquiere el valor 1 (uno) para el caso de los hogares perceptores de remesas, y el valor 0 (cero) para el caso de los hogares no perceptores de remesas. A esta variable se le aplica una transformación logística del siguiente tipo: $\text{LN} (p / q)$. Donde p es la probabilidad de “éxito”, esto es, que un hogar sea perceptor de remesas, y q es la probabilidad de “fracaso”, esto es, que un hogar no sea perceptor de remesas, que por definición es el complemento de p , esto es, $1 - p$.

Con base en ello, la ecuación de regresión queda representada de la siguiente forma:

$$\text{Ln}(p/q) = B_0 + B_1X_1 + B_2X_2 + \dots B_nX_n .$$

O lo que es lo mismo:

$$p/q = e^{(B_0 + B_1X_1 + B_2X_2 + \dots + B_nX_n)}$$

En nuestro caso, la ecuación logística sería:

$$\begin{aligned} \ln(p/q) = & B_0 + B_1\text{Tip_Hogar} + B_2\text{Tamaño_Hogar} + B_3\text{Menores} + \\ & B_4\text{Ancianos} + B_5\text{Tasa_Actividad} + B_6\text{Redes_Migratorias} + B_7\text{Prop_} \\ & \text{Casa} + B_8\text{Antig_Casa} + B_9\text{Habitabilidad} + B_{10}\text{Riqueza_Hogar} + \\ & B_{11}\text{Sexo_JH} + B_{12}\text{Edad_JH} + B_{13}\text{EdoCivil_JH} + B_{14}\text{Escolaridad_JH} \\ & + B_{15}\text{Actividad_JH} \end{aligned}$$

Y la de la razón de probabilidades:

$$\begin{aligned} p/q = e^{(B_0 + B_1\text{Tip_Hogar} + B_2\text{Tamaño_Hogar} + B_3\text{Menores} + B_4\text{Ancianos} + B_5\text{Tasa_Actividad} \\ + B_6\text{Redes_Migratorias} + B_7\text{Prop_Casa} + B_8\text{Antig_Casa} + B_9\text{Habitabilidad} + B_{10}\text{Riqueza_Hogar} + \\ B_{11}\text{Sexo_JH} + B_{12}\text{Edad_JH} + B_{13}\text{EdoCivil_JH} + B_{14}\text{Escolaridad_JH} + B_{15}\text{Actividad_JH})} \end{aligned}$$

Los parámetros B_i corresponden a estimaciones del efecto de cada variable independiente sobre el logaritmo de las *odds* o *momios*, o razón de probabilidades de éxito/fracaso. De esta forma, el factor $e^{(B_i)}$ correspondería al efecto de la variable “i” sobre la razón de probabilidades de éxito/fracaso. En consecuencia, un valor positivo de B_i corresponde a un valor de $e^{(B_i)}$ mayor que la unidad, lo que indica que esa categoría en particular tiene un efecto positivo sobre la razón de probabilidades (*odds*), y por tanto sobre la probabilidad de éxito (percibir remesas).⁷

En particular, en nuestro caso usamos el método de comparar, para cada variable considerada, el peso específico de cada categoría con relación al de una categoría de referencia. Así por ejemplo, en el caso de la variable *Tipo de hogar*, usamos como referencia la categoría *Hogar nuclear*. De esta forma, los valores de los parámetros B_i nos indican el peso de las otras dos categorías sobre la razón de probabilidades o momios, *con relación al* efecto de la categoría de referencia. Esto es, si B_i (digamos, hogares compuestos) es positivo y estadísticamente significativo, se interpreta en términos de que la categoría *i* (hogar compuesto) tiene un

⁷ Para más detalles sobre este método y sobre los modelos de regresión logística, véase Vivanco, 1999, y Jovell, 1995.

efecto positivo sobre los momios, con relación al efecto que pudiera tener la categoría de referencia (hogar nuclear). Esto es que, *ceteris paribus* (manteniéndose constante todas las demás variables), en un hogar compuesto habría una mayor probabilidad de “éxito” (percepción de remesas) que en un hogar nuclear.

Ahora bien, antes de presentar el análisis de los resultados del modelo, cabe señalar algunas limitaciones metodológicas derivadas de su aplicación para este caso concreto. En general, suele asumirse que el propósito del análisis de regresión logística es la posibilidad de predecir la evolución de un evento determinado a partir de sus relaciones con otros eventos en el pasado (Vivanco, 1999). Esto es especialmente válido en el caso de los modelos de regresión logística, los cuales permiten estimar el nivel de probabilidad de ocurrencia de un evento, dados ciertos rasgos o perfiles del individuo. Por ejemplo, en nuestro caso, se pudiera estimar la probabilidad de que un hogar perciba remesas, dadas ciertas características de su estructura, composición, ciclo familiar, historia migratoria, perfil del jefe del hogar, entre otros aspectos.

Sin embargo, el carácter predictivo de estos modelos se sustenta en una serie de condiciones y presupuestos metodológicos que no siempre corresponden con las derivadas de los diseños concretos que subyacen a cada investigación, especialmente cuando se trata de modelos de tipo diacrónico. Es por ello que suele aconsejarse que los distintos parámetros estimados por el modelo logístico sean interpretados de manera diferente según se trate de investigaciones de corte longitudinal o transversal.

En concreto, en los estudios de corte transversal las distintas relaciones han de interpretarse en términos de correlaciones o asociaciones entre las variables analizadas, mientras que en los estudios longitudinales es más pertinente utilizar los conceptos de efecto, predicción o determinación (Jovell, 1995; Vivanco, 1999). Esta limitante se debe a que en los diseños transversales la condición de variable dependiente e independiente no puede determinarse a priori, pues la medida de ambas es coincidente en el tiempo.⁸

⁸ Como señala Jovell (1995: 85), “la interpretación y medida de la probabilidad estimada sólo tiene sentido en estudios de tipo longitudinal, mientras que en los trans-

En nuestro caso concreto, el análisis de regresión logística nos permite configurar un perfil sociodemográfico de los hogares perceptores de remesas, aunque no podemos establecer el carácter causal o determinístico de dicho perfil. En otras palabras, los resultados del modelo logístico se interpretan en términos del significado estadístico de las diferencias sociodemográficas entre los hogares perceptores y no perceptores. De esta forma, podemos encontrar que los hogares perceptores se diferencian de los no perceptores en tal o cual categoría sociodemográfica, pero no podemos asignarle a dichas categorías un carácter ni explicativo ni causal de la condición de percepción de remesas en cada hogar.

Perfil sociodemográfico de los hogares perceptores de remesas

En comunidades de alta migración, el proceso social de la migración atraviesa horizontalmente a todos los hogares y familias de la comunidad, aunque no de la misma forma ni en los mismos ritmos, frecuencias y espacios. En Teocaltiche, por ejemplo, 90% de los hogares participan del proceso social de la migración a través de sus redes y capital social, aunque sólo 48% de los hogares percibieron remesas en el 2000. Estos datos nos permiten suponer que en esta comunidad existe una importante diferenciación de los tiempos y espacios de la migración y las remesas en cada hogar, misma que parece estar directamente asociada con los arreglos familiares que se configuran de acuerdo con cada etapa del ciclo de vida de la unidad doméstica, así como de las trayectorias migratorias prevalecientes en cada hogar.

Para profundizar en esta línea de análisis, nos hemos apoyado en la aplicación de un modelo de regresión logística. En general, el propósito de este tipo de modelos es establecer el nivel de asociación estadística entre cada variable y la ocurrencia de un suceso particular que, en nuestro caso, corresponde a la condición de percepción de remesas por parte de los hogares. Para ello, el modelo estadístico que hemos construido está

versales sería más adecuado utilizar el concepto de proporción o prevalencia. Ello es debido a que los diseños de tipo transversal permiten estimar sucesos o acontecimientos puntuales [...] que no se pueden inferir a situaciones futuras o probables”.

conformado, por un lado, por una variable dicotómica que corresponde a la condición de percepción de remesas por parte de los hogares, y por otro lado, por 15 variables sociodemográficas que corresponden a indicadores de tres dimensiones de los hogares: características del hogar, características de la vivienda y características del jefe del hogar.

Con base en una transformación logística de la variable dicotómica es posible linealizar el modelo y, de ese modo, estimar los coeficientes de regresión que, en nuestro caso, nos indican el nivel de asociación estadística de cada variable y cada categoría respecto a la condición de percepción de remesas de los hogares. Finalmente, la significación estadística de estos parámetros nos permite seleccionar aquellas variables y categorías que mejor definen el perfil sociodemográfico de los hogares perceptores de remesas.

Considerando lo anterior, en los cuadros siguientes presentamos las variables usadas y los resultados del modelo de regresión logística. En particular, hemos usado el método *backward* incluido en el paquete SPSS, el cual nos permite estimar el modelo de mejor ajuste con base en la exclusión de aquellas variables que no resultan significativas y que, por tanto, no tienen un aporte significativo en términos del valor de la *Chi* cuadrada del modelo en cuestión. Asimismo, el parámetro B_i debe interpretarse en términos de la fuerza o intensidad de la asociación que existiría entre la percepción de remesas y la categoría correspondiente, a la vez que el nivel de significación nos dice el valor estadístico de esta asociación.

De acuerdo con los resultados obtenidos con el modelo de mejor ajuste, nueve son las variables en las cuales hay diferencias significativas entre los hogares perceptores y no perceptores, a la vez que en otras seis variables, las diferencias observadas no son estadísticamente significativas. Respecto de las primeras nueve variables, a continuación presentamos el análisis de cada una de ellas, agrupadas con base en las tres dimensiones de los hogares que hemos considerado.

CUADRO 3

VARIABLES INCLUIDAS EN EL MODELO DE REGRESIÓN LOGÍSTICA

<i>Características del hogar</i>	<i>Características de la vivienda</i>	<i>Características del jefe de hogar</i>
<i>Tipo de arreglo residencial</i>	<i>Propiedad de la vivienda</i>	<i>Sexo del jefe de hogar</i>
Unipersonal	Propia y pagada	Masculino
* Nuclear	* Paga renta o hipoteca	* Femenino
Compuesto	Prestada u otra	
<i>Tamaño del hogar</i>	<i>Índice de riqueza</i>	<i>Edad del jefe de hogar</i>
1-3	Alta	44 o menos años
* 4-7	Media	* 45-64 años
8 o +	* Baja	65 o más años
<i>Presencia de menores</i>	<i>Condiciones de habitabilidad</i>	<i>Estado civil</i>
* Sí	* Malas	Soltero
No	Regulares o buenas	Casado, unido
	Muy buenas	* Separado, viudo, divorciado
<i>Presencia de adultos mayores</i>	<i>Antigüedad de la vivienda</i>	<i>Escolaridad</i>
* Sí	* 5 o – años	* Prim. incompleta o menos
No	6 a 20 años	Prim. comp. o sec. incomp.
	21 o + años	Sec. completa o más
<i>Tasa de actividad económica en el hogar</i>		<i>Condición de actividad</i>
* Baja		* Activo
Media		Inactivo
Alta		
<i>Redes migratorias del hogar</i>		
Hogares con familiares y emigrantes en EE.UU.		
Hogares con sólo emigrantes en EE.UU.		
Hogares con sólo familiares en EE.UU.		
* Hogares sin familiares ni emigrantes en EE.UU.		

El * indica la categoría de referencia usada en cada caso en el modelo de regresión logística.

CUADRO 4

REGRESIÓN LOGÍSTICA, MODELO DE MEJOR AJUSTE

<i>Variables incluidas en el modelo de mejor ajuste</i>	<i>B</i>	<i>Error estándar</i>	<i>Nivel de significación</i>
Tipo de arreglo residencial			0.020
Unipersonal	1.038	0.530	0.050
<i>Nuclear</i>			
Compuesto	0.849	0.368	0.021
Presencia de niños en el hogar			
Hogar con niños	0.608	0.336	0.070
<i>Hogar sin niños</i>			
Redes migratorias del hogar			0.000
Familiares y emigrantes del hogar en EE.UU.	2.415	0.480	0.000
Sólo emigrantes del hogar en EE.UU.	1.568	0.511	0.002
Sólo familiares en Estados Unidos	0.338	0.418	0.419
<i>Sin redes migratorias</i>			
Propiedad de la vivienda			0.008
Propia y pagada	-1.071	0.369	0.004
<i>Paga renta o hipoteca</i>			
Prestada u otra	-1.323	0.503	0.009
Riqueza en el hogar (bienes)			0.012
Alta	0.916	0.533	0.086
Media	0.998	0.335	0.003
<i>Baja</i>			
Habitabilidad			0.057
Muy buena	-0.316	0.552	0.568
Regular o buena	-0.840	0.425	0.048
<i>Mala</i>			
Sexo del jefe de hogar			
Jefe hogar hombre	0.762	0.409	0.062
<i>Jefe hogar mujer</i>			
Escolaridad del jefe de hogar			0.000
<i>Prim. incompleta o menos</i>			
Prim. completa o secundaria	-1.230	0.330	0.000
Secundaria completa o más	-1.503	0.415	0.000
Edad del jefe de hogar			0.009
0 - 44 años	0.885	0.348	0.011
45 - 64 años			
65 o más años	0.830	0.384	0.031
Constante	0.989	0.597	0.098

CUADRO 5

REGRESIÓN LOGÍSTICA, VARIABLES NO INCLUIDAS EN MODELO DE MEJOR AJUSTE

<i>VARIABLES NO INCLUIDAS EN EL MODELO DE MEJOR AJUSTE</i>	<i>Puntaje</i>	<i>Grados de libertad</i>	<i>Nivel de significancia</i>
Presencia de adultos mayores	0.010	1	0.920
Tamaño del hogar	0.390	2	0.823
Tasa de actividad económica	3.472	2	0.176
Tamaño de la localidad	0.578	1	0.447
Antigüedad de la vivienda	0.834	2	0.659
Estado civil del jefe de hogar	4.501	2	0.105

Características del hogar

Un primer punto de diferenciación entre los hogares según su condición de percepción de remesas establece una relación con el *tipo de arreglo residencial* que prevalece en cada hogar. Al respecto, resulta relevante comprobar que la percepción de remesas parece ser mayor en los hogares unipersonales y aquellos compuestos por más de un núcleo familiar básico (jefe, esposo/a e hijos/as), y menor en los hogares nucleares. En los dos primeros casos, el parámetro B_i es estadísticamente mayor que cero, lo que indica que la propensión a percibir remesas es mayor en los hogares unipersonales y compuestos, respecto de los hogares nucleares.

Éste es un dato que ya ha sido señalado por otros autores (Lozano, 2001), y que guarda relación con el posible papel de las remesas en las recomposiciones familiares ante el fenómeno de la migración. En efecto, no es raro que ante la migración del jefe de hogar, el resto del núcleo familiar aplique una estrategia que implique la conformación de hogares extensos y ampliados (Woo, 2001). Lo interesante en este caso es que también en los hogares unipersonales hay una mayor propensión a percibir remesas respecto de los hogares nucleares. Este resultado es consistente con lo observado durante el trabajo de campo, cuando pudimos detectar un número importante de hogares formados por personas de edad que viven solas y que dependen para su sobrevivencia del envío de remesas que les hacen sus hijos desde los Estados Unidos. En reali-

dad, aunque son hogares unipersonales, hay que entenderlos en el marco de la conformación de familias transnacionales.

Una segunda característica que permite identificar a los hogares perceptores se refiere a su composición interna, en particular, a la *presencia de niños* dentro del hogar. De hecho, la presencia de niños permite suponer que existen demandas y necesidades específicas (educación y salud de los niños) que podrían motivar el envío de remesas por parte de parientes o miembros del hogar en Estados Unidos. En este sentido, el modelo permite confirmar esta hipótesis, al indicar que habría evidencia estadísticamente significativa para afirmar que los hogares con niños menores de 12 años tienen una mayor propensión a ser perceptores de remesas.

Éste es un hallazgo interesante pues, a simple vista, los datos no son concluyentes. En efecto, 46% de los hogares con niños menores son perceptores de remesas, proporción que es muy similar a la que prevalece en los hogares sin niños. Esto es, a simple vista la presencia de niños no parece implicar ninguna diferencia sustantiva entre los hogares. No obstante, los resultados del modelo logístico nos permiten afirmar que, al considerar conjuntamente las demás características de los hogares, sí hay una mayor propensión a percibir remesas en aquellos hogares que tienen niños menores de 12 años.

Un tercer aspecto de los hogares que el modelo señala como relevante permite establecer una relación con la participación de cada hogar en el proceso social de la migración, en concreto, con el capital social de que cada hogar dispone en relación con la migración y el envío de remesas. En este caso, el modelo nos señala un patrón de diferenciación muy claro, consistente y estadísticamente muy significativo. En particular, indica que en los hogares que tienen mayores y más estrechos lazos y vínculos con el proceso migratorio y las comunidades de migrantes en Estados Unidos hay una mayor propensión a recibir remesas que en cualquier otro tipo de hogares.

Asimismo, el modelo nos permite inferir que el aspecto del capital social de la migración que es estadísticamente relevante en términos del envío y percepción de remesas es la presencia de familiares que alguna vez fueron miembros del hogar y que actualmente tienen su residencia

habitual en Estados Unidos. La presencia de familiares del jefe del hogar, pero que eran externos al hogar de origen, no es condición suficiente para asegurar el envío y percepción de remesas. En efecto, el modelo logístico nos indica que, respecto de la condición de percepción de remesas, no hay diferencias estadísticamente significativas entre los hogares sin redes migratorias y aquellos que sólo cuentan con familiares del jefe de hogar en Estados Unidos. De esta forma, podemos afirmar que, para que un hogar sea receptor de remesas, no basta con que participe de las redes familiares y comunitarias que configuran el proceso social de la migración. Es necesario también que el hogar tenga relaciones directas con las comunidades de destino a través de la emigración de alguno de sus miembros.

Características de la vivienda

Si consideramos que una fracción importante de las remesas se orienta a la construcción y/o remodelación de las viviendas, así como a la adquisición de diversos artefactos y bienes domésticos (TV, muebles, electrodomésticos, entre otros), entonces las condiciones y características de las viviendas pueden ser un buen factor de diferenciación de los hogares según su condición de percepción de remesas. Dos hipótesis apuntan en tal dirección. Por un lado, las remesas, más que orientarse a un proceso de ahorro-inversión, se destinan a mejorar el nivel de vida en los hogares, en particular, a la adquisición de bienes y servicios domésticos que proporcionan un mayor nivel de bienestar (Canales, 2002). Por otro lado, la estancia recurrente en Estados Unidos genera un efecto de demostración en cuanto a los patrones de gasto y consumo que se traslada a las comunidades y hogares de origen. De esta forma, podemos esperar que las remesas se destinen, en gran medida, a financiar el gasto en bienes y servicios “modernos”, que mejoran las condiciones de vida de los hogares en las comunidades de origen. Si ello es así, es esperable que haya cierta diferenciación en las condiciones de vivienda y de servicios y bienes de que disponen los hogares en función de su condición de receptores de remesas.

En tal sentido, un primer punto de diferenciación se refiere a la condición de propiedad de la vivienda. En particular, se observa que cuando la vivienda es propia y está completamente pagada o es prestada y por tanto no exige una erogación monetaria o en especie, la propensión a percibir remesas es significativamente menor que cuando la vivienda o es rentada o se está pagando su hipoteca. En efecto, en los dos primeros casos, el parámetro B_i , es significativamente menor que cero, lo que indica que habría evidencia estadística suficiente para afirmar que en ambos casos se trata de hogares menos propensos a percibir remesas comparados con los hogares que están pagando una hipoteca o el alquiler de la vivienda que habitan. Esta diferenciación puede deberse a que, efectivamente, un uso de las remesas es el financiamiento de la vivienda. Por lo mismo, cuando ya se haya cumplido y la vivienda esté completamente pagada, el flujo de remesas tendería a reducirse.

Un segundo aspecto establece una relación con la dotación de bienes materiales dentro de la vivienda, para lo cual hemos construido un “índice de riqueza”, el cual incluye la posesión de distintos bienes y artefactos domésticos, como TV, radio, teléfono, auto, refrigerador, lavadora, cable TV, computadora, entre otros. Al respecto, de acuerdo con los datos proporcionados por el modelo, podemos concluir que, con relación a la percepción de remesas, no parece haber diferencias significativas entre los hogares más ricos y los más pobres. Sin embargo, en los hogares con niveles medios de “riqueza” la percepción de remesas resulta ser mayor que en los hogares con bajos niveles de riqueza material.

Pudiera ser que se trate de hogares en proceso de ascenso económico (en términos de un mayor y más diversificado gasto de consumo y, por tanto, un mayor nivel de bienestar), y en donde las remesas adquieren un rol preponderante para impulsar y sostener dicho mejoramiento en las condiciones de vida y consumo en los hogares. En este sentido, si consideramos que los hogares de reciente formación son los que por lo general disponen de una menor cantidad de bienes materiales, es posible suponer que en un plazo razonable se incorporen al flujo migratorio como una forma de obtener los recursos económicos necesarios para iniciar un proceso de acumulación de bienes y artefactos domésticos. De hecho, en entrevistas durante el trabajo de campo, los migrantes nos

decían que ésa era una de las estrategias más usadas por las parejas y hogares recién formados.

Un tercer aspecto se refiere a las condiciones de la vivienda. Para ello, hemos construido un índice de habitabilidad que considera distintos aspectos de la vivienda: tipo de pisos y techos, excusado, drenaje; disponibilidad de agua, luz y otros servicios públicos; y nivel de hacinamiento. Resulta interesante que los hogares en muy malas condiciones de habitabilidad tengan una mayor propensión a percibir remesas que los hogares de niveles medios y buenos, aunque no parecen diferenciarse respecto de los hogares con muy altos niveles de habitabilidad. En este sentido, respecto de las condiciones de habitabilidad de la vivienda se da la situación inversa de la que hemos descrito al analizar los niveles de riqueza del hogar. Son los hogares ubicados en las condiciones extremas, ya sea o muy buenas o muy malas, quienes tienen mayor propensión a percibir remesas.

En el primer caso, puede asumirse que las malas condiciones de habitabilidad de la vivienda presionan para demandar más recursos de los familiares y miembros del hogar que residen en Estados Unidos. En el segundo caso, la relación sería la inversa. Esto es, que el flujo de remesas habría permitido el mejoramiento en las condiciones de habitabilidad de las viviendas. Ahora bien, aunque se trata de conjeturas que sólo pueden ser verificadas con base en análisis longitudinales, no es raro encontrar que en comunidades de alta incidencia migratoria las remesas se destinan, entre otras cosas, a financiar obras de remodelación, ampliación y mejoramiento de las condiciones de la vivienda (Fletcher, 1999).

Características del jefe de hogar

En cuanto al perfil sociodemográfico del jefe de hogar, se observan ciertos patrones de diferenciación entre los hogares perceptores y los no perceptores de remesas en al menos tres de las cinco variables incluidas en el modelo. En primer lugar, destaca el *nivel de escolaridad del jefe de hogar*, el cual contribuye de manera significativa a la diferenciación de los hogares perceptores y no perceptores de remesas. En particular, en los hogares donde el jefe tiene bajos niveles de escolaridad (primaria incompleta o

menos), la proporción de perceptores de remesas resulta significativamente mayor que la que prevalece en los demás hogares.

En otras palabras, tal pareciera que la culminación de los estudios de primaria por parte del jefe del hogar constituye un punto crítico que permite diferenciar los hogares en términos de su condición de percepción de remesas. Este dato resulta relevante, pues indica que en los hogares con menor capital humano es mayor la prevalencia de las remesas, lo cual puede deberse a que en estos hogares la necesidad de recursos externos es mayor debido a la menor capacidad de generar recursos internos propios.

Ahora bien, al considerar el *sexo y la edad del jefe* del hogar se observa una situación peculiar: el modelo logístico arroja resultados que operarían en sentido opuesto al esperado a partir de los datos directos. En primer lugar, con relación a la condición de género del jefe de hogar, se tiene que, mientras en los hogares con jefatura masculina hay menos de 88 hogares perceptores por cada 100 no perceptores de remesas, en los hogares con jefatura femenina, la relación es de casi 115 hogares perceptores por cada 100 no perceptores. Esto indicaría una mayor prevalencia de las remesas en los hogares encabezados por mujeres.

Sin embargo, el modelo logístico indica la relación inversa. En concreto, indica con casi 94% de confianza que es en los hogares con jefatura masculina donde la propensión a percibir remesas resulta mayor. Esta situación peculiar puede explicarse en términos de las condiciones contextuales y familiares en que se da la jefatura femenina. En efecto, un análisis desagregado de la información nos indica que, en general, los hogares encabezados por mujeres son hogares de tipo compuesto y/o unipersonal (28% y 25%, respectivamente), con redes migratorias directas (62%), con bajas tasas de actividad económica (40%) y en donde la jefa del hogar tiene una muy baja escolaridad (75 por ciento).

En este sentido, podemos inferir que la condición de jefatura femenina está fuertemente asociada con aquellas características del hogar que mejor explican la percepción de remesas. En este contexto, es entendible entonces que la asociación de la jefatura femenina con la condición de percepción de remesas tienda a diluirse al considerar simultáneamente estos otros aspectos del hogar. En otras palabras, tal parecería que la

condición de jefatura femenina no actúa en forma aislada, sino en un contexto familiar y doméstico específico, en donde adquieren gran importancia otras características del hogar que revierten el posible efecto principal del sexo del jefe del hogar sobre la percepción de remesas.

De esta forma, en los hogares encabezados por mujeres el mayor índice de percepción se debería más al tipo de arreglo familiar y doméstico (tipo de hogar, escolaridad del jefe del hogar, tasas de participación económica, redes migratorias, entre otros aspectos) que a la mera presencia de una mujer en la jefatura del hogar. O lo que es lo mismo, la condición de jefatura femenina no se da en forma pura o aislada, sino articulada (mediada) por estas condiciones contextuales del hogar. De tal forma que, al controlar estas variantes en cuanto a los distintos arreglos domésticos, el efecto directo de la condición de jefatura femenina prácticamente se revierte. Lo relevante en este caso es que el efecto no se diluye, sino que se invierte su sentido, en términos de que, considerando constantes las demás variables (en general, el contexto del hogar), la propensión a percibir remesas parece ser mayor en los hogares encabezados por un hombre.

En segundo lugar, una situación igualmente peculiar se da al considerar la edad del jefe del hogar y su relación con la percepción de remesas. En este caso, el análisis agregado nos indica que la proporción de hogares perceptores de remesas aumenta con la edad del jefe del hogar. En efecto, los datos agregados señalan que mientras 43% de los hogares encabezados por jóvenes o adultos menores de 65 años son perceptores de remesas, en los hogares con jefes de 65 años o más esta proporción se eleva a casi 63%. No obstante, el modelo logístico nos indica una relación algo diferente. Los hogares con jefes jóvenes (menores de 45 años) o con jefes de la tercera edad (de 65 o más años) tienen una mayor propensión a percibir remesas en comparación con los hogares con jefes en edad adulta (45 a 64 años).

Ahora bien, esta peculiar situación adquiere sentido si consideramos la edad del jefe del hogar como una variable *proxy* de la etapa del ciclo de vida familiar. En este caso, podemos interpretar este resultado en términos de que las remesas tenderían a ser realmente importantes para los hogares sólo en dos etapas de su ciclo vital: cuando está formándose

el núcleo familiar y en sus etapas finales. Éste es un hallazgo relevante pues confirmaría una de nuestras principales hipótesis: que los tiempos del envío y percepción de las remesas estarían en función de las distintas etapas del ciclo familiar de cada hogar.

En los hogares con jefes jóvenes, se trataría de hogares nucleares en formación encabezados por un hombre (97%), con una fuerte presencia de niños menores (87%), con bajos niveles de acumulación y riqueza, pero también con la disponibilidad del jefe de hogar para migrar y de ese modo aportar los recursos económicos para la manutención de su hogar.

Asimismo, los hogares con jefes de la tercera edad estarían llegando a su etapa final y cada hijo ya habría salido del núcleo paterno para formar su propio hogar. En las comunidades con alta tradición migratoria no es raro encontrar que alguno o más de los hijos hayan emigrado a Estados Unidos, responsabilizándose de la manutención de sus padres a través del envío periódico de dinero y otros recursos económicos. En efecto, casi 60% de los hogares encabezados por una persona de la tercera edad tienen al menos un hijo u otro miembro que ha emigrado a Estados Unidos, lugar donde ha establecido su residencia habitual. Asimismo, se trata de hogares formados por tres miembros o menos (67%), con base en arreglos residenciales no nucleares, ya sea porque son hogares unipersonales (25%) o porque son hogares compuestos en donde el jefe de hogar reside junto con el núcleo familiar de uno de sus hijos o hijas (24 por ciento).

Variables no incluidas en el modelo de mejor ajuste

Finalmente, es también interesante analizar aquellas variables que, de acuerdo con el modelo de mejor ajuste, no resultaron relevantes para la configuración del perfil sociodemográfico de los hogares perceptores de remesas. Se trata de aspectos en los cuales las diferencias entre los hogares perceptores y no perceptores no son estadísticamente significativas. En general se trata de variables cuya asociación con la percepción de remesas no es directa, sino que está mediada por determinados contextos familiares, los cuales están fuertemente asociados con el envío y percepción de remesas.

Tal es el caso, por ejemplo, de la presencia de adultos mayores en el hogar. Si bien en estos hogares es mayor la percepción de remesas, se trata en general de hogares no nucleares, que cuentan además con familiares y miembros del hogar que residen en Estados Unidos, aspectos ambos que, como hemos visto, están directamente vinculados con el envío y percepción de remesas. En este sentido, el modelo nos indica que el efecto individual que pudiera atribuírsele a la presencia de adultos mayores en realidad se diluye al controlar dicha relación por otras condiciones y características de los hogares.

En otras palabras, la mayor proporción de hogares perceptores que prevalece entre los hogares con adultos mayores no representa una relación estadísticamente significativa y no sería la presencia de esos adultos en sí misma lo que se vincula con la percepción de remesas, sino ciertas características estructurales y contextuales de los hogares que generan tanto una mayor propensión a percibir remesas como la presencia de adultos mayores.

Algo similar sucede con las demás variables no incluidas en el modelo de mejor ajuste. En general, se trata de aspectos en los que, si bien hay ciertas diferencias entre los hogares perceptores y no perceptores de remesas, éstas resultan estadísticamente no significativas cuando son controladas por el efecto simultáneo de otros aspectos contextuales del hogar, la vivienda y las características del jefe del hogar.

Conclusiones

Con base en los resultados del análisis estadístico presentados en la sección anterior, podemos configurar un perfil sociodemográfico de los hogares perceptores de remesas (véase el cuadro 6). En particular, las remesas tienden a fluir preferentemente hacia aquellos hogares con arreglos residenciales compuestos o unipersonales, con niños menores de 12 años, con importante capital social migratorio, que pagan una renta o la hipoteca de su casa, con niveles medios de riqueza dentro del hogar (bienes y artefactos domésticos), pero con niveles bajos de disponibilidad de servicios y condiciones de habitabilidad de la vivienda, que son encabezados

por hombres con muy bajos niveles de escolaridad y de edades avanzadas o muy jóvenes.

Asimismo, el modelo nos permite concluir que hay aspectos del hogar que, aunque parecen importantes en el proceso de envío y percepción de remesas, no son estadísticamente significativos cuando se controla su efecto con relación a otras características de los hogares. Tal es la presencia de adultos mayores, el tamaño del hogar, la actividad económica de sus miembros, la antigüedad de la vivienda y ciertas características del jefe del hogar, como su condición de actividad y su estado civil.

CUADRO 6

TEOCALTICHE, JALISCO, 2000, PERFIL SOCIODEMOGRÁFICO DE LOS HOGARES
SEGÚN PERCEPCIÓN DE REMESAS

<i>Variables</i>	<i>Hogares perceptores</i>	<i>Hogares no perceptores</i>
Arreglo residencial	Hogar unipersonal Hogares compuestos	Hogar nuclear
Presencia de niños	Hogares con niños	Hogar sin niños
Capital social migratorio	Hogares con redes migratorias intensas	Hogares con débiles redes migratorias o sin redes
Propiedad de la vivienda	Paga renta o hipoteca de la vivienda	Vivienda propia y pagada completamente
Riqueza del hogar	Hogares con niveles medios de riqueza	Hogares con niveles bajos de riqueza
Habitabilidad de la vivienda	Bajas condiciones de habitabilidad	Condiciones medias y buenas de habitabilidad
Sexo del jefe del hogar	Hombres	Mujeres
Escolaridad del jefe del hogar	Primaria incompleta o menos	Primaria completa o más
Edad del jefe del hogar	Joven (44 o menos años) y adulto mayor (65 años o más)	Adultos jóvenes (45-64 años)

Si bien el proceso de envío y percepción de remesas está directamente asociado con la condición migratoria y con las redes migratorias prevalentes en los hogares, también es cierto que hay otros factores sociodemográficos que contribuyen a configurar el perfil de los hogares perceptores de remesas. Al respecto, podemos señalar que no es suficiente la participación directa en la dinámica migratoria para que un hogar sea receptor

de remesas. A ello hay que agregar ciertas características sociodemográficas del hogar, en particular, los arreglos residenciales que se establecen a partir del mismo proceso migratorio, así como las condiciones de vida del hogar y algunas características del jefe del hogar.

Asimismo, las remesas no pueden entenderse en un sentido estático, sino en función del ciclo del hogar y, en particular, de su efecto sobre estas condiciones materiales de sobrevivencia. De esta forma, podemos suponer que las remesas tienden a fluir en determinados contextos familiares y arreglos domésticos, pero que, a la vez, las remesas contribuyen a modificar dichas condiciones estructurales del hogar. De esta forma, no sería extraño que las remesas disminuyeran o incluso dejaran de fluir, temporalmente al menos, cuando la situación del hogar de origen del migrante tienda a cambiar. En este sentido, es posible interpretar algunas de las relaciones estadísticas señaladas por el modelo logístico.

La observación directa en el trabajo de campo, así como las entrevistas paralelas a la aplicación de la encuesta, nos permiten avalar estas conclusiones, en términos de que nos permiten suponer que las remesas tienen un significado distinto en cada momento. En una primera etapa, las remesas se destinan principalmente al consumo del hogar. Posteriormente, una vez que el migrante se estabiliza laboral y económicamente, o que adquiere mayor experiencia migratoria, las remesas se orientan a la compra y/o remodelación de las viviendas, así como a la compra de bienes y dotación de servicios para el hogar. Una vez que se ha alcanzado un mejoramiento en las condiciones de vida en el hogar de origen, las remesas tienden a disminuir y a orientarse a rubros específicos, donde adquiere mayor importancia el gasto en salud, especialmente de las personas de la tercera edad. En estos casos, suelen establecerse arreglos familiares transnacionales, es decir, arreglos en donde los hijos han emigrado a Estados Unidos, pero mantienen su compromiso de enviar remesas para la manutención de sus padres y, en menor medida, de otros parientes en las comunidades de origen.

En síntesis, las remesas configuran un aspecto del proceso migratorio que parece mostrar un patrón de comportamiento cambiante en el tiempo, mismo que estaría en función de la trayectoria migratoria de los individuos, así como de los arreglos familiares y domésticos que

se establecen en los distintos momentos del ciclo doméstico y migratorio de cada hogar.

Bibliografía

- Adelman, I., y J. E. Taylor, 1990, "Is Structural Adjustment with Human Face Possible? The Case of Mexico", *Journal of Development Studies*, 26, pp. 387-407.
- Canales, Alejandro I., 2001, "Migración, remesas e ingreso de los hogares en el occidente de México", *Ciudades*, núm. 50, Red Nacional de Investigación Urbana, Puebla.
- Canales, Alejandro I., 2002, "El papel de las remesas en el balance ingreso-gasto de los hogares. El caso del Occidente de México", en A. Canales, J. Arroyo y P. Vargas (comps.), *El Norte de todos. Migración y trabajo en tiempos de globalización*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/Profmex/Universidad de California en Los Angeles/Juan Pablos Editores.
- Canales, Alejandro I., y Christian Zolniski, 2001, "Comunidades transnacionales y migración en la era de la globalización", *Notas de Población*, núm. 73, CELADE, Santiago de Chile, pp. 221-252.
- Durand, Jorge, 1988, "Los migradólares: cien años de inversión en el medio rural", *Argumentos*, núm. 5, noviembre, UAM-X.
- Durand, Jorge, y Patricia Arias, 1997, "Las remesas, ¿continuidad o cambio?", *Ciudades*, núm. 35, julio-septiembre, Red Nacional de Investigación Urbana, Puebla.
- Fletcher, Peri L., 1999, *La Casa de Mis Sueños. Dreams of Home in a Transnational Mexican Community*, Boulder, Colorado, Westview Press.
- Guarnizo, Luis, y Michael Peter Smith, 1998, "The Locations of Transnationalism", en Michael Peter Smith y Luis Eduardo Guarnizo (comps.), *Transnacionalism from Below*, New Brunswick, Transaction Publisher.
- Jovell, Albert, 1995, *Análisis de regresión logística*, Cuadernos Metodológicos, núm. 15, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Kearney, Michael, y Carole Nagengast, 1989, *Anthropological Perspectives on Transnational Latino Communities in Rural California*, documento de trabajo núm. 3, Working Group on Farm Labor and Rural Poverty, U. C. Davis, California, Institute for Rural Studies.

- Lianos, Theodore P., 1997, "Factors Determining Migrant Remittances: the Case Of Greece", *International Migration Review*, vol. 31, núm. 1, Nueva York.
- López, Luis Ángel, 2001, "Los determinantes sociodemográficos de la conducta de envío de remesas monetarias", tesis de maestría en estudios de población, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México.
- Lozano, Fernando, 1993, *Bringing it Back Home. Remittances to Mexico from Migrant Workers in the United States*, San Diego, Center for US-Mexican Studies, University of California, Monograph Series, 37.
- Lozano, Fernando, 1997, "Remesas: ¿fuente inagotable de divisas?", *Ciudades*, núm. 35, Red Nacional de Investigación Urbana.
- Lozano, Fernando, 1998, "Las remesas de los migrantes mexicanos en Estados Unidos: estimaciones para 1995", en *Binational Study. Migration Between Mexico and the United States*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, U.S. Commission on Immigration Reform.
- Lozano, Fernando, 2001, "Características sociodemográficas de los hogares perceptores de remesas en México. Los casos de Morelos y Zacatecas", ponencia presentada en Congress of LASA, Washington, D. C., septiembre.
- Massey, D., y E. Parrado, 1994, "Migradollars: The Remittances and Savings of Mexican Migrants to the USA", *Population Research and Policy Review*, vol. 13, núm. 1.
- Massey, Douglas, y Lawrence Bassem, 1992, "Determinants of Savings, Remittances, and Spending Patterns Among U.S. Migrants in Four Mexican Communities", *Sociological Inquiry*, núm. 62.
- Menjívar, Cecilia, Julie Da Vanzo, Lisa Greenwell y Burciaga Valdez, 1998, "Remittances Behavior Among Salvadoran and Filipino Immigrants in Los Angeles", *International Migration Review*, vol. 32, núm. 1, Nueva York.
- Moctezuma, Miguel, 1999, "Redes sociales, comunidades y familias de migrantes de San Alto, Zacatecas, en Oakland, California", tesis de doctorado, El Colegio de la Frontera Norte.
- Rouse, R., 1992, "Making Sense of Settlement: Class Transformation, Cultural Struggle and Transnationalism among Mexican Migrants in the United States", en Nina Glick Schiller, Linda Basch y Christina Blanc-Szanton (comps.), *Towards a Transnational Perspective on Migration, Race, Class, Ethnicity and Nationalism Reconsidered*, Nueva York, Annals of the New York Academy of Sciences, vol. 645.

- Russel, Sharon Stanton, 1986, "Remittances from International Migration: a Review in Perspective", *World Development*, vol. 14, núm. 6.
- Smith, R., 1994, "Los ausentes siempre presentes", en "The Imagining, Making and Politics of a Transnational Community Between New York and Ticuani, Puebla", tesis de doctorado en ciencia política, Nueva York, Columbia University.
- Taylor, J. E., 1992, "Remittances and Inequality Reconsidered: Direct, Indirect, and Intertemporal Effects", *Journal of Policy Modeling*. 14 (2), pp. 187-208.
- Taylor, J. Edward, 1999, "The new Economics of Labour Migration and the Role of Remittances in the Migration Process", *International Migration Quarterly Review*, vol. 37, núm. 1, Organización Internacional para la Migración.
- Vivanco, Manuel, 1999, *Análisis estadístico multivariable. Teoría y práctica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria de la Universidad de Chile.
- Woo, Ofelia, 2001, *Las mujeres también nos vamos al Norte*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.



MIGRACIÓN RURAL TEMPORAL Y CONFIGURACIONES FAMILIARES (LOS CASOS DE SINALOA, MÉXICO; NAPA Y SONOMA, EE.UU.)

Hubert C. de Grammont
Sara María Lara Flores
Martha Judith Sánchez Gómez

Introducción

EN OPOSICIÓN A LA IDEA DEL PREDOMINIO de un modelo de organización familiar, propio de la época moderna (la familia nuclear),¹ proponemos utilizar la noción de “configuraciones familiares”. Dicha noción da cuenta no sólo de la existencia de diferentes tipos de familias, sino de que éstas, lejos de ser inmutables, se adaptan constantemente a las nuevas situaciones de la vida.²

La investigación etnológica ha aportado nuevos enfoques para el análisis de las familias, mostrando que no existe un modelo predominante de organización familiar, sino que éste depende del contexto histórico, social, cultural y político en el cual se inserta.³ Así, el pensamiento etnocentrista, propio de las sociedades occidentales judeo-cristianas, centrado en la familia nuclear, ha mostrado sus limitaciones y ha hecho necesaria la búsqueda de nuevas categorías.⁴

¹ La visión de la familia nuclear (pareja con su prole) como forma dominante de organización de la sociedad moderna se remonta al siglo XIX y fue apuntalada por autores como Comte, Tocqueville y Durkheim.

² Véanse los trabajos publicados en *Cahiers du Genre*, núm. 30, 2001, “Configurations familiales et vie domestique”, París.

³ Por ejemplo, las investigaciones hechas al respecto por Margaret Mead, Bronislaw Malinowski, Levy-Strauss, Claude Meillassoux y Françoise Héritier.

⁴ Una crítica al respecto, basada en una amplia revisión de la bibliografía sobre la familia, puede encontrarse en Vania Salles, 1991.

La idea del predominio de un modelo de organización familiar propio de la época moderna (la familia nuclear)⁵ ha sido ampliamente discutida y rebasada; en tanto que la noción de “configuraciones familiares” permite captar todas las posibles formas que adoptan los hogares hoy en día. En principio, esta noción se utilizó para apuntalar la existencia de familias que no corresponden al estereotipo ni de la familia nuclear ni de la familia extendida, como son las “familias recompuestas” (familias que se crean a partir progenitores divorciados que conviven con sus hijos oriundos de los matrimonios anteriores), las familias monoparentales o las familias de homosexuales,⁶ dando cuenta no sólo de la existencia de diferentes tipos de familias, sino de que éstas, lejos de ser inmutables, se modifican constantemente.

En este artículo retomamos el concepto de “configuraciones familiares” adaptándolo a la situación de las migraciones temporales de los jornaleros agrícolas que trabajan tanto en México como en Estados Unidos. Para nosotros, estas configuraciones familiares son hogares que se constituyen de manera flexible y temporal a partir de arreglos (acuerdos) entre los miembros de distintas familias con filiación consanguínea, filiación por afinidad (paisanaje, género, edad, sexualidad, creencia religiosa, etc.) o filiación simbólica (compadrazgo, padrinzgo, etc.). El concepto nos permite ilustrar la complejidad de lazos que unen a un individuo con el conjunto social en el que vive, así como las alianzas y redes sociales de que dispone. Muestra el entorno de relaciones sociales que engloban a las familias de migrantes, la frecuencia de los lazos que las unen a otros individuos y el tipo de ayuda que se procuran entre sí para migrar. Es pertinente para dar cuenta de las formas cambiantes que toman dichas familias y para significar las relaciones que se establecen entre ellas en términos de interacción. Asimismo, nos permite comprender lo social desde un ángulo relacional, donde se ponen en juego movimientos, cambios y tensiones.⁷

⁵ Para una revisión de esa discusión véase Salles, 1991.

⁶ Véanse los trabajos publicados en *Cahiers du Genre*, *op. cit.*

⁷ Jacqueline Heinen, “Configurations familiales et vie domestique”, *Cahiers du Genre*, pp. 5-26, núm. 30, l’Harmattan, 2001.

Las configuraciones familiares juegan un rol fundamental como espacios de mediación entre los diferentes ámbitos de la vida social. Cada tipo de configuración establece una relación particular con su entorno, pero al mismo tiempo puede decirse que el espacio social prefigura distintos tipos de configuraciones. Son estructuras flexibles y cambiantes que se modifican por su interacción con el exterior, pero también por la dinámica que se establece en su interior. Las relaciones entre los miembros que forman parte de ellas son relaciones de poder y, por lo mismo, son fuente de conflicto. Sin embargo, dichas relaciones también suponen solidaridades y alianzas que se transforman constantemente, modificando el papel que los individuos juegan en su interior en términos de roles y de jerarquías.

Por su parte, concebimos los hogares como espacios de expresión de estas configuraciones familiares. Son el lugar donde se realizan las actividades domésticas que permiten la reproducción de los individuos. Es allí donde tiene lugar una división sexual y generacional del trabajo. Por lo mismo, pueden servir como recurso metodológico para captar las dinámicas de las configuraciones familiares.⁸

El estudio de las migraciones temporales permite mostrar estas dinámicas. Ilustra la manera en que los ciclos migratorios movilizan un conjunto de relaciones y redes, generando una diversidad de configuraciones familiares que permiten a los individuos establecer puentes entre el lugar de residencia (o de origen) y los distintos espacios de trabajo que surgen a lo largo de los ciclos migratorios. Da cuenta, también, de la manera en que se entrecruzan ciclos migratorios y ciclos familiares. Los primeros, sujetos al vaivén entre el lugar de residencia y de trabajo; los segundos, establecidos por las distintas etapas que atraviesan las familias y los individuos.

Observamos que, si bien las migraciones tienden a separar a las familias, la separación geográfica no significa un rompimiento de los lazos familiares. A pesar de la distancia, los vínculos se preservan, se transforman y a menudo se refuerzan. A la vez, esta tendencia que separa a los miem-

⁸ En este artículo, si bien analizamos las configuraciones familiares, nos basamos en encuestas levantadas en hogares de jornaleros agrícolas migrantes.

bro consanguíneos de una familia, a menudo encuentra su contrapunto en el reagrupamiento de miembros unidos por lazos de afinidad o simbólicos, lo que da lugar a un nuevo tipo de configuraciones que se adaptan a las situaciones migratorias. Este fenómeno ha sido caracterizado por algunos autores como “casas divididas”, “hogares transnacionales” o “familias binacionales”, lo que da cuenta de configuraciones que se adaptan a estas dos situaciones de vida alternadas a lo largo de los años (temporada de vida en el pueblo-temporada de vida migrando). Dicho de otra manera, para que sus miembros puedan migrar temporalmente, viajar en condiciones difíciles (o francamente peligrosas, como es el cruce ilegal de la frontera a Estados Unidos), conseguir trabajo, vivir durante meses en condiciones precarias y regresar con cierto dinero ahorrado a sus pueblos, se conforman hogares *ad hoc* capaces de enfrentar estas dificultades. Se trata, en cada caso, de un complejo proceso de organización familiar que responde a las posibilidades concretas de cada grupo y a las condiciones de cada ciclo de migración.

En México, la transformación de las condiciones del mercado de trabajo, por el paso de una economía protegida a una economía abierta, ha dado lugar a nuevas migraciones. No sólo porque se han diversificado los lugares de origen y destino de los flujos, por el carácter de los flujos y su temporalidad y por el tipo de población que se integra en ellos, sino también por las formas novedosas como se constituyen actualmente los grupos familiares para facilitar sus desplazamientos y garantizar su reproducción. Estos cambios son diferentes para las migraciones nacionales y para las migraciones internacionales. Por un lado, el cruce de la frontera en las migraciones internacionales crea una situación particular, pero las condiciones del mercado de trabajo en cada país también son diferentes. Algunas de estas diferencias se dan en las características de los migrantes y de sus ciclos migratorios (su origen social y étnico, sus ingresos, sus historias migratorias, sus formas de migración, los costos de la migración y los procesos de conformación de sus redes sociales); otras, en los tipos de hogares que configuran.

En este trabajo queremos ejemplificar estos planteamientos con dos estudios de caso de migración temporal rural-rural. Uno, a nivel nacional, se refiere a hogares de migrantes que se desplazan para trabajar

en las grandes empresas agroexportadoras de Sinaloa. El otro, a nivel internacional, se refiere a los jornaleros migrantes que trabajan en las modernas empresas vitivinícolas de los condados de Napa y Sonoma en California.

En un primer apartado haremos una revisión sintética de la evolución de los flujos migratorios que se han dado en México durante el periodo de crecimiento hacia adentro, de su desarrollo a partir del crecimiento hacia fuera y de sus efectos sobre la recomposición de las conformaciones familiares en este proceso de cambio. A continuación, con los estudios de caso, analizaremos los actuales flujos migratorios de los jornaleros agrícolas migrantes a nivel nacional y hacia Estados Unidos, y las conformaciones familiares que les corresponden.

De la migración rural-urbana como patrón tradicional dominante a los desplazamientos múltiples

A partir de los años cuarenta y hasta los setenta, la economía mexicana conoció su mayor dinamismo. Bajo el modelo de sustitución de importaciones, el país tuvo una fase de crecimiento acelerado que permitió el desarrollo de una agricultura comercial y de una industria manufacturera. Este proceso de industrialización propició una estructura económica altamente polarizada que estimuló los movimientos de población del campo hacia las ciudades, especialmente hacia la ciudad de México (Ariza, 1999).

Diferentes estudios dan cuenta de la estrecha relación que se estableció entre el proceso de industrialización y un patrón de migración dominante que tuvo lugar durante las décadas de 1940 a 1970, el cual se constituyó como un desplazamiento masivo de población de origen rural a las áreas metropolitanas (Cabrera, 1982; Muñoz, De Oliveira y Stern, 1977; Stern, 1977 y 1989). Entre 1930 y 1970, la población nacional se triplicó; sin embargo, durante este periodo, la población rural sólo se duplicó, mientras que en las ciudades se incrementó más de diez veces (Alba, 1993, citado por Verduzco, 1998). Entre 1940 y 1970, más de seis millones de personas migraron del campo a la ciudad, pero esencialmente hacia las grandes urbes, particularmente al Distrito Federal, Guadalajara

y Monterrey. La ciudad de México absorbió ella sola 60% de la migración y en 1970 estas tres ciudades representaban 22% de la población total nacional (Muñoz, De Oliveira y Stern, 1977; Stern, 1989).

Estas migraciones de origen rural hacia las grandes ciudades se acompañaron, por lo regular, de una inserción definitiva de la población en actividades del sector industrial y en los servicios (*ibid.*).

Los primeros en migrar hacia las ciudades en búsqueda de mejores alternativas de vida fueron hombres y mujeres jóvenes, mestizos, que provenían de las pequeñas ciudades de provincia y de las familias de ingresos altos y medios de los pueblos (Arizpe, 1985); pero, también fueron los hijos de los campesinos pobres que no tenían posibilidades de encontrar tierra o empleo en sus regiones de origen. A medida que esos jóvenes iban encontrando un modo de vida estable, de casarse o conformar un hogar, fueron estableciéndose de manera permanente.⁹

No obstante que la migración definitiva del campo hacia las ciudades constituyó el patrón dominante de desplazamiento en ese periodo, también se desarrollaron flujos de carácter temporal hacia otros destinos, en particular flujos rural-rural tanto a nivel nacional como hacia Estados Unidos.¹⁰

La migración temporal rural-rural más importante en ese periodo se dirigía hacia Estados Unidos y correspondió al Programa Bracero. Entre 1942 y 1964 se calcula que fueron contratados legalmente 4.6 millones de trabajadores, sin contar a los que se fueron ilegalmente a ese país. Sin embargo, cabe señalar que sólo 814 337 de esos migrantes optaron por la residencia, lo que significa que, a pesar de la gran magnitud de esa movilización, pocos se establecieron definitivamente en el vecino país (18%). Estos migrantes no procedían de los estados más pobres del país ni de los estados fronterizos (del norte y occidente), sino de estados del centro

⁹ Se estima que en la década de los setenta la mitad de la población migrante en las áreas urbanas era de mujeres. En cuanto a la edad, 62% de la población tenía entre 10 y 49 años; 29% tenía menos de diez y 9% más de 50, lo que hace suponer que esta población estaba constituida en su mayor parte por familias y no por individuos (Goldani, 1977).

¹⁰ Estas corrientes constituyen el antecedente de las migraciones que analizaremos en los siguientes apartados.

del país en donde existía una vieja tradición de migración hacia Estados Unidos: Guanajuato (13.6%), Jalisco (11.2%), Chihuahua (10.7%), Michoacán (10.6%), Durango (9.4%), Zacatecas (9.3%), Nayarit, San Luis Potosí, Aguascalientes y Colima (Verduzco, 2000). La mayoría eran hombres mestizos, jóvenes, de origen rural. Su inserción laboral en ese mercado era esporádica y temporal, principalmente en los campos agrícolas de California, Texas y otros estados sureños de Estados Unidos (Palerm, 1998; Sherman *et al.*, 1997).

Otro importante proceso de migración rural-rural, de carácter temporal, se dio hacia las regiones agrícolas más desarrolladas del país gracias a la apertura de cuencas hidrológicas y al despunte de una agricultura comercial orientada a la producción de materias primas para la naciente agroindustria (caña de azúcar, algodón, henequén, etc.), así como a la exportación de productos frescos (frutas y hortalizas). Las políticas aplicadas para impulsar la “revolución verde” propiciaron la modernización de la agricultura y la concentración de capitales en los estados escasamente poblados del noroeste, mientras que las regiones campesinas se mantenían en el atraso tecnológico. Es esta situación la que provocó una fuerte polarización entre regiones de agricultura empresarial y zonas de agricultura de subsistencia, y la que indujo a la formación de amplios movimientos migratorios internos en la población rural (Botey *et al.*, 1975; Paré, 1977; Hewitt, 1978; C. de Grammont, 1990).

La migración hacia el noroeste del país se dirigía fundamentalmente hacia los campos algodonereros de los estados de Sonora, Sinaloa y Baja California Norte, y hacia la cosecha de hortalizas en Sinaloa y Sonora. En el ciclo 1969-70, se calcula que participaban en los flujos migratorios temporales en el país más de 600 000 personas (Paré, 1977: 116-117, tomado de Botey *et al.*, 1975). Estos flujos migratorios estaban integrados principalmente por hombres adultos que viajaban normalmente en pequeños grupos de paisanos (las famosas “cuadrillas”), a menudo acompañados por una mujer que preparaba la comida de todos, lavaba la ropa y aseaba el cuarto asignado a los trabajadores en los campamentos o galerones.

Es muy probable que la composición esencialmente masculina de esta migración de tipo rural-rural, tanto hacia Estados Unidos como nacional, se complementara con una migración femenina rural-urbana que

se dirigía a las grandes ciudades para emplearse en el trabajo doméstico. Varios estudios que analizaron este tipo de migración dieron cuenta de la lógica de las unidades campesinas para reproducirse recurriendo a la migración temporal de algunos de sus miembros como una estrategia selectiva (Arizpe, 1978 y 1985; Muñoz, Oliveira y Stern, 1977). También puede pensarse que se trataba de un mecanismo para allegarse recursos complementarios a los que se generaban gracias a la producción de cultivos tradicionales orientados al autoconsumo.

Finalmente, mencionaremos un tercer proceso de migración rural-rural, éste de carácter definitivo, que se dirigió en particular hacia el sureste del país, impulsado por la reforma agraria. Corresponde al proceso de colonización de tierras agrícolas que se dio a partir de 1964 y hasta la década de los ochenta. En este caso, fueron familias completas las que abandonaron sus pueblos con tal de recibir tierra y la esperanza de mejorar su situación económica.

A partir de la segunda mitad de los sesenta se inician fuertes cambios en las condiciones de crecimiento, ocasionados por los procesos de globalización. Luego, a partir de los años ochenta, la aplicación de nuevas políticas económicas (apertura comercial, disminución de los subsidios, lucha contra la inflación, etc.) modificó profundamente el modelo de industrialización. A consecuencia de esto, los flujos migratorios cambiaron para adaptarse a las nuevas condiciones prevalecientes. El análisis del conjunto de estos cambios rebasa el objetivo de este trabajo, pero podemos afirmar que actualmente los flujos se han hecho más complejos y la conformación de los grupos que migran se ha transformado de manera significativa.

En primer lugar, los flujos del campo hacia las grandes urbes disminuyen y la población indígena se incorpora cada vez más a este tipo de migración. En segundo lugar, crecen las migraciones que se dirigen hacia las ciudades intermedias, en donde se localizan maquiladoras y agroindustrias. En tercer lugar, con el crecimiento de la horticultura de exportación, en particular en el noroeste, la migración temporal crece en una proporción similar al incremento de la producción. Tan sólo para los estados de Sinaloa, Sonora, Baja California Norte y Baja California Sur estimamos una migración temporal de 300 000 jornaleros (Pro-

yecto “Reestructuración productiva, empleo y migración”, UNAM-PAPIIT IN303297). Pero para todo el país se estima que dicha migración puede involucrar alrededor de un millón y medio de personas, si tomamos en cuenta todos los cultivos que se cosechan a mano (caña de azúcar, café, tabaco, frutas, etc.).¹¹

Finalmente, la migración hacia Estados Unidos ha crecido de manera sorprendente. Se estima que actualmente hay alrededor de ocho millones de mexicanos instalados en ese país.¹² Estos migrantes trabajan en todas las actividades económicas, aunque la agricultura sigue siendo una de sus principales fuentes de empleo: 23.8% de los migrantes trabajan en la agricultura, 22.2% en la industria, 15.9% en los servicios públicos, 2.2% en el comercio (EMIF).¹³ Taylor y Martín (1997: 855) señalan que aproximadamente unos 2.5 millones de trabajadores se emplean normalmente en la agricultura en Estados Unidos (800 000 de ellos en California) de los cuales 90% son de origen mexicano. Palerm (1998), por su lado, estima que esa migración puede ascender a más de un millón, cifra nunca alcanzada anteriormente.

A su vez, no sólo las regiones de origen de los migrantes se han diversificado, sino que ahora poco más de la mitad proviene de localidades urbanas (Durand, 1998; Tuirán, 2000; Verduzco, 2000).¹⁴

A partir de la década de los ochenta se inició una nueva etapa en las migraciones: se modificó la orientación de los flujos y aparecieron

¹¹ Entre 1960 y 1998, la superficie para el cultivo de hortalizas pasó de 2.3% a 3.8% del total nacional, mientras que los rendimientos se incrementaron notablemente. Para el jitomate y el chile verde, las dos principales hortalizas tanto para el consumo nacional como para la exportación, los rendimientos se incrementaron en 229% y 288% respectivamente. Por eso, la proporción correspondiente a las hortalizas en el valor total de la producción agrícola pasó de 6.7% a 20.4% en el mismo periodo (Schwentenius y Gómez-Cruz, 2000).

¹² Se estima que, con la migración ilegal, puede haber 12 millones de mexicanos en Estados Unidos. Por su lado, Rodolfo Tuirán (2000) plantea que para 1996 había entre 7 y 7.3 millones de mexicanos viviendo en Estados Unidos, de los cuales 500 000 tenían la nacionalidad estadounidense, entre 4.2 y 4.4 millones eran residentes documentados y entre 2.3 y 2.4 eran indocumentados.

¹³ 35.9% trabajan en “otros”.

¹⁴ 56.5% de los migrantes provienen de localidades urbanas (con más de 15 000 habitantes), 43.5% de localidades rurales (EMIF).

nuevos ciclos migratorios. Pero lo que aquí nos interesa resaltar es que cambió el perfil del migrante y surgieron nuevas configuraciones familiares que se adaptan a los diferentes ciclos migratorios. En el siguiente apartado presentamos dos estudios de caso que analizan estos fenómenos en la migración rural-rural de los jornaleros agrícolas, tanto para la nacional como para la que se dirige a Estados Unidos.

Migración rural-rural y nuevas configuraciones familiares¹⁵

Migraciones nacionales hacia las regiones hortícolas de Sinaloa¹⁶

En los últimos 40 años, la gran expansión en la producción de frutas y hortalizas en México se ha expresado, más que en la superficie cultivada, en un incremento en los rendimientos de estos cultivos.¹⁷ Se calcula que estos productos generaron 48% de las divisas obtenidas por la exportación y 10.6% del empleo en la agricultura (Schwentenius y Gómez-Cruz, 2000).

Los estados de Sinaloa, Sonora y Baja California, en el noroeste del país, destacan por la magnitud de sus exportaciones de hortalizas, pero

¹⁵ La investigación en ambas regiones se basa en dos encuestas de muy distinta magnitud, por lo cual no pretendemos llegar a comparaciones cuantitativas, sino mostrar las distintas configuraciones familiares que han tenido lugar en dos contextos migratorios diferentes: el nacional y el internacional. Las dos corrientes se dirigen hacia zonas de agricultura muy moderna y en plena expansión; son migraciones de vieja historia y en las dos últimas décadas han sufrido cambios importantes que se reflejan en el tipo de grupos domésticos a que dan lugar.

¹⁶ Los datos de este inciso provienen de la *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes*. Esta encuesta se realizó en el marco del Proyecto de Investigación sobre *Reestructuración productiva, empleo y migración* coordinado por Hubert C. de Grammont en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, con la participación de Sara María Lara y de Martha Judith Sánchez, contando con financiamiento de la DGAPA-UNAM (PAPIIT-IN303297). Dicha encuesta fue levantada entre 1997-1999 con apoyo de distintas instituciones que atienden a la población jornalera en el país. Se levantaron 8 117 encuestas a hogares en los principales estados de atracción de jornaleros agrícolas. Los datos utilizados aquí corresponden sólo al estado de Sinaloa.

¹⁷ Véase *supra* la nota 11.

el estado de Sinaloa es el principal productor por el volumen de producción, su avanzada tecnología, sus estándares de calidad y el empleo que genera.¹⁸ El incremento de la producción hortícola en el noroeste ha ido a la par con el incremento de la pobreza en las zonas de producción campesina de tipo tradicional, dando lugar al crecimiento de las migraciones de tipo rural-rural provenientes del sur del país.

La migración que se dirige hacia el noroeste del país no es reciente. Se estableció en los años cincuenta, como un flujo de tipo “golondrino”,¹⁹ para laborar en los campos algodonereros de Sonora, Sinaloa y Baja California Norte, y en la cosecha de las hortalizas en Sinaloa y Sonora. Actualmente, de acuerdo con la información arrojada por la *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes*, un primer cambio significativo en la composición de los desplazamientos hacia esas regiones del noroeste se encuentra en la diversificación de los lugares de donde provienen los migrantes. Antes, las migraciones al noroeste del país provenían principalmente de los estados de Oaxaca y Guerrero. Ahora vemos en la encuesta que esta migración proviene de 27 estados del país, aunque cuatro de ellos envían 84% del total de migrantes que llegan a la región (Guerrero 33%, Oaxaca 28%, Sinaloa 18% y Veracruz 5 por ciento).

Otra transformación relevante que la encuesta permite detectar es que la migración circular (o “golondrina”), la cual suponía la existencia de una corriente migratoria que partía del pueblo de origen y pasaba por varias regiones antes de regresar al punto inicial, ha dado lugar a nuevas modalidades. El cambio más importante tiene que ver con el lugar de inicio de la migración. Hasta la década de los ochenta, dicho lugar era

¹⁸ En 1991, 590 empresas en Sinaloa declararon exportar su producción de frutas y hortalizas. Tan sólo sus exportaciones de berenjena en ese año representaron 88% del total nacional; de jitomate, 60%, y de pepino, 53%. En términos de empleo, en promedio se calcula que contratan 150 000 trabajadores del campo, la mayoría de ellos migrantes (Calvin y Barrios, 2000; Lara, 1998; Lara y C. De Grammont, 1999; Schwentesius y Gómez-Cruz, 2000).

¹⁹ Tradicionalmente se conoce como migración “golondrina” aquella que parte de su lugar de origen para pasar por distintos lugares de trabajo antes de regresar nuevamente a su lugar de residencia. Para ese tipo de migración preferimos hablar de migración “circular”, y hablamos de migración “pendular” para referirnos a la que se dirige a una sola región de trabajo y desde allí regresa a su lugar de residencia.

la comunidad de origen; ahora, encontramos que ciertas familias de migrantes ya no residen en un pueblo o comunidad, sino en un campamento agrícola o una *cuartería*²⁰ ubicada en alguna de las zonas de atracción en donde se encuentran las grandes empresas hortícolas. De esa manera, además de la clásica migración pendular desde un pueblo hacia una región de trabajo, encontramos una migración pendular de una región hortícola a otra. Por ejemplo, terminada la temporada de la cosecha, familias que viven en los campamentos de las empresas de Sinaloa viajan a Baja California Norte o Sur, o familias que viven en los campamentos de la costa de Hermosillo viajan a San Luis Río Colorado, en Sonora. Más aún, la encuesta muestra la existencia de familias que han abandonado su pueblo de origen, pero no han encontrado ningún punto de arraigo y migran de un lugar de trabajo a otro a lo largo del año. En este caso estamos en presencia de una migración circular permanente, sin residencia fija en ninguno de los puntos del ciclo migratorio.

CUADRO 1

CICLO MIGRATORIO DE LOS TRABAJADORES AGRÍCOLAS MIGRANTES EN SINALOA

<i>Tipo de ciclo</i>	<i>Núm. de casos</i>	<i>Porcentaje</i>
<i>Total pendular</i>	4269	86.9
Pendular con residencia en el pueblo	2957	60.2
Pendular con residencia en campamento o cuartería	1312	26.7
<i>Total circular</i>	539	10.9
Circular con residencia en su pueblo	351	7.1
Circular con residencia en campamento o cuartería	85	1.7
Circular permanente sin residencia	103	2.1
<i>No especificado</i>	107	2.2
<i>Total</i>	4915	100.0

FUENTE: C. de Grammont y Lara, en prensa.

²⁰ Mientras el campamento es un lugar ubicado en los terrenos de la empresa, regularmente dentro de alguna zona de cultivo, en donde se construyen habitaciones muy rudimentarias (láminas de cartón o de aluminio), las “cuarterías” son habitaciones ubicadas en el pueblo más cercano, con materiales de construcción más sólidos (cemento, tabique, etc.). En el campamento el trabajador no paga un alquiler, en la cuartería debe

En el cuadro 1 observamos que la mayor parte de los hogares encuestados en Sinaloa (86.9%) tuvieron un ciclo de migración pendular. Para la mayoría de estos hogares (60.2%) el desplazamiento se dio desde el pueblo de origen de los migrantes, pero 26.7% lo hicieron desde un campamento o cuartería; 10.9% tuvieron una migración circular, pasando por distintas regiones antes de regresar al lugar del que partieron (7.1% desde su pueblo, 1.7% desde un campamento o cuartería). Finalmente, 2.1% de los hogares de migrantes dejaron de tener residencia en algún lugar fijo y migran de manera circular y permanente a lo largo de los ciclos agrícolas.

Estos flujos migratorios que tienen como lugar de arraigo un campamento o cuartería en vez de un pueblo, o que no tienen ningún punto fijo de arraigo, representan 32.7% del total de los hogares de migrantes entrevistados. Se trata de un fenómeno nuevo que ha crecido en las dos últimas décadas y muestra la existencia de una mayor precariedad económica e inestabilidad social. Se trata de una población casi errante, en condiciones de extrema pobreza, que viaja sin recursos o con lo mínimo para lograr vivir.

Por otro lado, es notorio que la migración individual o en grupo de hombres adultos, característica de la migración rural-rural de los años setenta, ha dado lugar a una migración de tipo familiar. Este paso de la migración individual a la migración familiar se debe tanto al agotamiento de la economía campesina como a la disminución de los salarios reales en el campo.²¹ Llama la atención la diversidad de las configuraciones familiares que se han generado (14 tipos; véase el cuadro 2).

La mayoría de los migrantes se desplaza para vivir en hogares nucleares (66.9%) o extensos (19.2%) (cuadro 2). Pero también encontramos hogares compuestos (7.1%) por grupos emparentados y “paisanos” con los cuales no se tienen lazos de consanguinidad, sino relaciones

pagar una renta. A veces la cuartería es proporcionada por el mismo enganchador o contratista que los llevó a trabajar a la empresa.

²¹ Hemos calculado, para el caso del jitomate en el valle de Culiacán, que mientras la productividad del trabajo se incrementó en 65% entre 1985 y 1995, los salarios reales disminuyeron en 50.8%. En este mismo periodo, la caída de los salarios del sector agropecuario fue de 45% (C. de Grammont, 2001: 95).

que suponen vínculos de afinidad o alianzas simbólicas, lo que permite suponer que son arreglos que rebasan el ámbito familiar para abarcar redes vinculadas con la comunidad de origen. Muy seguido, estas comunidades son pequeñas, y la relación entre individuo, familia y comunidad es muy estrecha. Si bien las situaciones migratorias desestabilizan los grupos familiares, vemos que también contribuyen a la puesta en marcha de nuevas configuraciones, las cuales suponen formas de solidaridad que se extienden más allá de los lazos familiares.

También es notoria la migración individual de hombres solos y mujeres solas (5.9% y 0.9% respectivamente). El caso de las mujeres, aunque de poca relevancia numérica, llama la atención por ser un fenómeno nuevo que supone grandes cambios en la concepción (más precisamente autoconcepción) de la mujer campesina e indígena y de su ubicación en la sociedad rural.

Por otro lado, si hacemos un análisis más fino al interior de cada una de las configuraciones, constatamos la importancia de las familias monoparentales (con un solo jefe o jefa: 18.7%) y la presencia de las mujeres que las encabezan (10%). Puede observarse el caso de mujeres que no sólo encabezan a su familia, sino a una configuración que incorpora a familiares y paisanos.

Los hogares de migrantes que analizamos muestran que existe una fuerte solidaridad entre parientes consanguíneos, miembros unidos por afinidad (paisanaje, género, edad, etc.) y parientes con filiación simbólica o ritual,²² dando lugar a configuraciones creadas *ad hoc* para migrar. Estas configuraciones funcionan como estructuras cambiantes y flexibles a lo largo del ciclo migratorio, y permiten potencializar los escasos recursos económicos y culturales de cada individuo y de cada familia. Por ejemplo, permiten juntar dinero para los gastos que tienen que hacerse mientras se recibe el primer salario, o reunir los implementos que servirán en los campamentos para cocinar y dormir. También, se logra aprovechar las ventajas que algunos tienen por hablar mejor el español o por saber escribir, leer y contar, lo que resulta un capital importante cuando

²² El parentesco ritual, o compadrazgo, es el que se realiza a partir de un lazo simbólico establecido a partir de un acto religioso (bautizo, comunión, boda).

CUADRO 2

TIPO DE HOGAR DE LOS TRABAJADORES AGRÍCOLAS MIGRANTES EN SINALOA

<i>Tipo de hogar</i>	<i>Casos</i>	<i>Porcentaje</i>
<i>Nuclear</i>	3287	66.9
Parejas solas	361	7.3
Parejas con hijos	2533	51.5
Jefa sola con hijos	267	5.4
Jefe solo con hijos	126	2.6
<i>Extenso</i>	944	19.2
Pareja sin hijos con parientes y/o paisanos	131	2.7
Pareja con hijos con parientes y/o paisanos	635	12.9
Jefa sola con hijos y parientes y/o paisanos	131	2.7
Jefe solo con hijos y parientes y/o paisanos	47	1.0
<i>Compuesto</i>	349	7.1
Jefa de grupo de parientes	95	1.9
Jefe de grupo de parientes	223	4.5
Jefa de grupo sin parentesco	1	0.0
Jefe de grupo sin parentesco	30	0.6
<i>Unipersonal</i>	335	6.8
Mujer sola	46	0.9
Hombre solo	289	5.9
Total	4915	100

FUENTE: C. de Grammont y Lara, en prensa.

se trata de una población con un porcentaje importante de analfabetas (34% del total de la población entrevistada).

Los hogares son espacios en donde los individuos que constituyen una configuración familiar para migrar comparten un mismo techo en un campamento o cuartería mientras sus miembros trabajan en una misma región. Las configuraciones familiares que conforman dichos hogares pueden fragmentarse cuando una parte de sus miembros se integra a un ciclo circular mientras otros retornan a su lugar de origen, pueden mantenerse durante un ciclo de migración circular y sin retorno, o transformarse al pasar de una región a otra. Muy seguido, al regresar a los pueblos de origen, los migrantes se reinsertan en una configuración familiar tradicional (unida por lazos de parentesco).

Habitualmente, encontramos que en los diferentes tipos de hogar de los migrantes se comparte un presupuesto, sobre todo cuando se trata de familias extensas en las cuales existe un parentesco cercano. Cuando se trata de grupos emparentados, pero con parentesco más bien lejano, o de paisanos que conviven bajo un mismo techo, se comparte una parte del presupuesto que sirve para los gastos de la vida cotidiana y se realizan las tareas del hogar bajo una división sexual y generacional del trabajo.

La estructura que adoptan estas configuraciones familiares a lo largo de los ciclos migratorios da cuenta de una gran flexibilidad para adaptarse a los cambios sociales. Muestra también la presencia de redes que unen a los individuos con su entorno social. Pero es necesario decir que también reproduce estructuras de poder, desigualdades y conflictos entre sus miembros.

Finalmente, si relacionamos el tipo de configuración familiar con el tipo de ciclo migratorio (cuadro 3), constatamos que los hogares nucleares, extensos y compuestos tienen una participación similar tanto en las migraciones pendulares como en las circulares (alrededor de 87% participan en ciclos pendulares y entre 11% y 14% participan en ciclos migratorios circulares), mientras que los migrantes individuales son más propensos a las migraciones circulares (79.1% llevan a cabo migraciones pendulares y 20.9% migraciones circulares). Esta situación puede explicarse por la mayor complejidad de las migraciones circulares y la dificultad para que familias completas (nucleares, extensas o compuestas) se trasladen a diferentes regiones de trabajo antes de regresar a su lugar de origen.

CUADRO 3

TIPO DE HOGAR POR CICLO MIGRATORIO DE LOS TRABAJADORES AGRÍCOLAS EN SINALOA

<i>Tipo de hogar</i>	<i>Migración pendular</i>		<i>Migración circular</i>		<i>Total</i>	
	<i>casos</i>	<i>%</i>	<i>casos</i>	<i>%</i>	<i>casos</i>	<i>%</i>
Nuclear	2 869	87.3	418	12.7	3 287	100.0
Extenso	835	88.5	109	11.5	944	100.0
Compuesto	300	86.0	49	14.0	349	100.0
Unipersonal	265	79.1	70	20.9	335	100.0
Total	4 269	86.8	646	13.1	4 915	100.0

FUENTE: C. de Grammont y Lara, en prensa.

***Migraciones internacionales hacia las regiones
vitivinícolas de Napa y Sonoma, California***²³

California es el principal productor de frutas y hortalizas de la Unión Americana. Estos productos representan cerca de 60% del valor de la producción agrícola del estado y la mitad de la producción de legumbres frescas del país (52%).²⁴ Se calcula que 8 800 empresas (de las 82 500 registradas en el estado) concentran 90% del valor agrícola estatal y 80% de la fuerza de trabajo empleada. Gracias al alto valor de las hortalizas, los agricultores de California obtienen mayores ganancias por acre que el resto de los agricultores estadounidenses.²⁵

Si bien la expansión del cultivo de frutas y hortalizas en California se inició desde la segunda guerra mundial, la producción de algunas ha crecido de manera importante en las tres últimas décadas. La uva para vino, que es el cultivo que ahora nos interesa, se incrementó seis veces entre 1970 y 1980. Para 1983 se cosechó y se vendió en ese estado alrededor de 90% de las uvas producidas en Estados Unidos, y un poco menos de 70% del vino que se consume en ese país (Haley, 1989: 3, tomado de California Governor, 1985: 45, 47).²⁶

Los condados de Napa y Sonoma destacan como regiones productoras de vid. Su importancia reside no sólo en la cantidad de tierra que

²³ Cuando no se cita, los datos provienen del Proyecto UC-Mexus-Conacyt, Universidad de California-Berkeley/Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, 1998-1999, coordinado (para la institución mexicana) por Martha Judith Sánchez Gómez.

²⁴ El resto se ubica principalmente en los estados de Texas, Oregon, Washington e Idaho, entre otros.

²⁵ California cosechó 1.2 millones de acres de verduras y melones en 1990 con un valor de \$3.5 billones. Los agricultores de Nebraska, con granjas y explotaciones agrícolas 15 veces mayores en extensión de tierra, sólo obtuvieron aproximadamente el mismo nivel de ganancia (Martin, 1992).

²⁶ El crecimiento en la producción de estos cultivos estuvo asociado con el incremento que tuvo la demanda de frutas y verduras en la década de 1980. Por otra parte, los estadounidenses consumieron 192% más vino en 1980 que en 1960. El consumo de todas las clases de vinos creció en Estados Unidos 5.6% al año de 1961 a 1981. El consumo de vino de mesa creció 10% al año en el mismo periodo (Haley, 1989).

dedican a este cultivo, sino en las ganancias que generan.²⁷ Conforme la uva ha ganado importancia en la región, se ha necesitado un mayor número de trabajadores que respondan a los requerimientos de su cultivo.²⁸ Esas necesidades han sido satisfechas desde hace varias décadas con el trabajo de los migrantes mexicanos, quienes mediante las redes de parentesco o paisanaje llegan para participar en la agricultura de esa región.

En Napa, en 1996, 17.9% de los habitantes era de origen hispano (20 855) y 13.4% en Sonoma (56 397) (Censo Nacional de Estados Unidos). En ambos condados, los hispanos son principalmente mexicanos. A estos datos hay que agregar una población flotante no cuantificada en los censos.

Varios autores mencionan que, después de la finalización del Programa Bracero, las características de la migración mexicana a Estados Unidos cambió en varios aspectos. Entre otros, el origen de los migrantes se ha extendido más allá de las entidades y municipios tradicionales de emigración y se incorpora población de los estados de Puebla, Hidalgo, Estado de México, Distrito Federal, Morelos y Oaxaca. La segunda característica es la creciente presencia de migrantes procedentes de zonas urbanas (Durand, 1998; Tuirán, 2000; Verduzco, 2000).

Los datos recabados a través de la “Encuesta aplicada a migrantes mexicanos en los condados de Napa y Sonoma en California”²⁹ nos permiten confirmar esa tendencia. En primer lugar encontramos una diversificación de los lugares de expulsión de los migrantes. Los mexicanos o hijos de

²⁷ De acuerdo con los datos de *Rural Migration News* (oct. de 2000), el condado de Napa es conocido por la producción de vinos y por el turismo asociado con los vinos, y cuenta con 555 viñedos y con 37 500 acres de viñas en 1998. Sus 230 *wineries* producen alrededor de 6.4 millones de cajas (de 12 botellas) de vino.

²⁸ Se requiere un gran número de trabajadores por un periodo de dos a cuatro meses al año para la pizca (de agosto a noviembre); para la poda, durante otros dos o tres meses del año (a partir de enero); y, un número menor de trabajadores, con empleo “estable”, de nueve a 10 meses al año, para todas las tareas de apoyo necesarias en dicho cultivo.

²⁹ Proyecto UC-Mexus-Conacyt, Universidad de California-Berkeley/Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, 1998-1999, coordinado para la institución mexicana por Martha Judith Sánchez Gómez.

mexicanos que trabajan actualmente en la agricultura en los condados de Napa y Sonoma provienen de 20 estados de la República Mexicana. Los porcentajes más elevados provienen de los estados de Michoacán (47.6%), Jalisco (15.27%), Oaxaca (11.6%), Guanajuato (7.6%) y Zacatecas (5.2%), estados que concentran 87.2% de los migrantes; 98.4% nació en México, y 1.6% en Estados Unidos debido a migraciones anteriores.

De esta manera encontramos en Napa y Sonoma tres situaciones migratorias (cuadro 4). La primera corresponde a los migrantes establecidos (61.6%) que residen de manera permanente en Estados Unidos. Algunos se han nacionalizado y son ciudadanos estadounidenses, otros pueden no tener papeles y residir como ilegales. La segunda corresponde a los migrantes pendulares (29.8%) que son los que acuden al lugar a trabajar temporalmente en las épocas pico de empleo. Por lo regular, se trata de varones que migran solos o en compañía de hijos o parientes, dejando a su grupo familiar en México. Viven algunos meses del año en los condados de Napa o Sonoma y otros meses en México, por lo cual tienen una situación birresidencial estable. Dentro de este grupo encontramos migrantes indocumentados y con documentos (“mica” o pasaporte fronterizo; visa de trabajo, tarjeta verde o *green card*). En la tercera situación están los golondrinos o circulares (8.5%), que siguen los ciclos agrícolas en diferentes estados de la Unión Americana. Este contingente está compuesto por varones de distintas generaciones que mantienen entre sí lazos de parentesco y/o de paisanaje. La mayoría de los migrantes circulares son ilegales y no tienen residencia estable en Estados Unidos. Sus familiares se encuentran establecidos principalmente en México, y en menor medida en algún estado de la Unión Americana.

Entre el primer grupo de migrantes (los establecidos) y el segundo (los pendulares) puede mediar una diferencia de antigüedad en la migración y en los recursos de que disponen. Los migrantes establecidos tienen un movimiento migratorio más antiguo en la zona y, por lo tanto, cuentan con redes de migración más maduras. Con el tiempo los migrantes pendulares pueden llegar a establecerse en el país.

Si bien los migrantes establecidos, o inmigrantes, logran tener empleo en actividades agrícolas por periodos de ocho a 10 meses al año y

sus mujeres trabajan en los servicios,³⁰ viven en condiciones de vulnerabilidad y pobreza. Sus condiciones de empleo son precarias y flexibles. La creciente presencia de migrantes ilegales, dispuestos a trabajar por salarios menores y sin ningún tipo de prestaciones, ha afectado seriamente sus condiciones laborales.

CUADRO 4

CICLO MIGRATORIO DE LOS TRABAJADORES AGRÍCOLAS MIGRANTES
EN LOS CONDADOS DE NAPA Y SONOMA, CALIFORNIA

<i>Tipo de ciclo</i>	<i>Número de casos</i>	<i>Porcentaje</i>
Establecidos (o inmigrantes)	159	61.6
Pendular	77	29.8
Circular	22	8.5
Total	258	100.0

FUENTE: Sánchez, s/f, mimeo.

El otro contingente importante de migrantes, los pendulares, enfrenta una nueva situación. Si bien los migrantes que participaron en el Programa Bracero eran varones que vivían un cierto tiempo lejos de sus familias mientras duraba su contrato, ahora encontramos que este grupo vive permanentemente en una situación que hemos denominado como birresidencial. Se trata de una forma de vida a largo plazo, que se consolida a través de los años, en la cual principalmente los hombres, a veces con algunos de sus hijos varones, viven durante varios meses del año en Estados Unidos y regresan por periodos de uno a tres meses para visitar a su familia que reside en México.³¹ Mientras se encuentran trabajando en Estados Unidos, viven con familiares (cercaos o lejanos), paisanos o amigos; otros se establecen por largos periodos en los campamentos para trabajadores agrícolas.

El caso más extremo en cuanto a condiciones de vida es el de los migrantes circulares. Por lo regular se trata de varones jóvenes, solteros o casados, que buscan alojarse en cualquier lugar accesible. En el mejor de

³⁰ Sólo 9% de los trabajadores agrícolas son mujeres.

³¹ 46.4% vive en México de uno a tres meses, 44.3% de cuatro a seis meses.

los casos, varios paisanos se juntan para rentar un cuarto de hotel, otros se instalan en garages, parques, atrios de iglesias, debajo de puentes, etc.

El objetivo de los migrantes pendulares y de los circulares es el de ahorrar la mayor cantidad posible de dinero para enviarlo a la familia que reside en México, lo que los lleva a aceptar las peores condiciones de trabajo y a vivir en condiciones de extrema precariedad.

Con las diferentes condiciones migratorias surgen diferentes configuraciones familiares. La mayoría de los migrantes vive en hogares nucleares (76%), los hogares extensos ascienden a 20.4%, mientras que los hogares compuestos representan sólo 2.4% y los unipersonales 1.2% (cuadro 5).

CUADRO 5

TIPO DE HOGAR DE LOS TRABAJADORES AGRÍCOLAS MIGRANTES
EN LOS CONDADOS DE NAPA Y SONOMA*

<i>Tipo de hogar</i>	<i>Casos</i>	<i>Porcentaje</i>
<i>Nuclear</i> (pareja de esposos con o sin hijos solteros; incluye al jefe solo con uno o más hijos solteros)	190	76.0%
<i>Extenso</i> (familia nuclear más algún otro pariente que no sea hijo soltero; este pariente puede ser un hijo casado o cualquier otro en la línea de parentesco vertical o colateral)	51	20.4%
<i>Compuesto</i> (familia nuclear o extendida más otra u otras personas no emparentadas con el jefe)	6	2.4%
<i>Unipersonal</i> (persona que vive sola)	3	1.2%
<i>Total</i>	250	100.0%

FUENTE: Sánchez, s/f, mimeo.

Nota: no se tiene la información para ocho entrevistas.

* Tomamos la tipología de hogares de García, Muñoz y Oliveira, 1982.

Es notorio que, mientras en la etapa del Programa Bracero se desplazaban varones solos, ahora encontramos una diversidad de configuraciones familiares. Si analizamos los datos de tipo de hogar por tipo de migración constatamos algunas tendencias interesantes. Los migrantes establecidos tienden a vivir más bien en hogares nucleares (83.0%) y menos en extensos (14.4%), mientras que los migrantes pendulares optan menos

por los nucleares (70.7%) y más por los extensos (26.7%). Entre los migrantes circulares encontramos porcentajes muy cercanos tanto de nucleares (45.5%) como de extensos (40.9%), pero constatamos una mayor proporción de hogares compuestos (13.6%). De estos datos podemos inferir que, a mayor estabilidad residencial y laboral, existe una mayor probabilidad de crear hogares nucleares, mientras que a mayor inestabilidad corresponden los hogares extensos o compuestos. Como ocurre en Sinaloa, constatamos la presencia de configuraciones familiares complejas que responden a la necesidad de crear vínculos de solidaridad en situaciones de inestabilidad.

CUADRO 6

TIPO DE HOGAR POR CICLO MIGRATORIO DE LOS TRABAJADORES AGRÍCOLAS
EN NAPA Y SONOMA, CALIFORNIA

<i>Tipo de hogar</i>	<i>Tipo de migración</i>							
	<i>Migración establecida</i>		<i>Migración pendular</i>		<i>Migración circular</i>		<i>Total</i>	
	<i>Casos</i>	<i>%</i>	<i>Casos</i>	<i>%</i>	<i>Casos</i>	<i>%</i>	<i>Casos</i>	<i>%</i>
Nuclear	127	83.0	53	70.7	10	45.5	190	76.0
Extenso	22	14.4	20	26.7	9	40.9	51	20.4
Compuesto	2	1.3	1	1.3	3	13.6	6	2.4
Unipersonal	2	1.3	1	1.3	n.d.	n.d.	3	1.2
Total	153	100.0	75	100.0	22	100.0	250	100.0

FUENTE: Sánchez, s/f, mimeo.

Nota: no se tiene la información para ocho entrevistas.

Sin embargo, estas configuraciones no son estables a lo largo del año. Suelen transformar su composición y organización para incorporar en forma temporal a paisanos o parientes que vienen a trabajar en la región en las temporadas pico de empleo. En esas temporadas, los migrantes establecidos comparten su techo con parientes y paisanos, además de compartir parte de los gastos, tales como la renta, la luz, el teléfono o el agua. En ocasiones, pueden compartir alimentos y realizar conjuntamente las actividades necesarias para el grupo familiar. Esto último depende de las características del hogar que los recibe y del tipo de lazos que une a los individuos dentro de una misma configuración.

En este contexto migratorio tan complejo encontramos situaciones sociales novedosas y proyectos de vida que se definen entre ambos países. Los miembros de una misma configuración familiar presentan una diversidad de situaciones legales; unos poseen documentos de trabajo, otros carecen de ellos, y pueden tener nacionalidades diferentes. Pueden o no compartir el mismo techo y presupuesto, y mantener o no una situación birresidencial estable. Algunos tienen propiedades y proyectos de vida fincados en ambos países. Una parte de los hijos de una familia puede estar estudiando en Estados Unidos y pensar su futuro en ese país, mientras que los progenitores y parte del grupo familiar pueden tener propiedades en México y mantener el anhelo de volver al país de origen. Otros pueden estar iniciando un proceso de adquisición de propiedades (departamento, coche, cuentas de ahorros, etc.) con la idea de mejorar su vida en Estados Unidos y, a la vez, estar en un proceso de compra o construcción de casa en México.

Estas situaciones muestran que las configuraciones familiares en el contexto de la migración internacional adquieren una gran flexibilidad y se adaptan a las necesidades de los migrantes y de sus distintos ciclos migratorios.

Conclusiones

Nuestros estudios de campo con los jornaleros agrícolas de México y Estados Unidos nos permiten constatar que, más allá de numerosas peculiaridades en cada caso, destacan algunas tendencias generales en torno a los procesos de migración y las configuraciones familiares que les corresponden.

En las migraciones rurales actuales observamos que los lugares de donde provienen los migrantes se han diversificado, tanto en las migraciones nacionales como internacionales. Esta expansión de la migración a casi todos los estados del país refleja, sin duda, la falta de oportunidades en los mercados locales de trabajo.

Los ciclos migratorios se hacen cada vez más complejos, porque dependen de numerosos factores que en este texto no hemos analizado (ciclos de vida, estrategias familiares, redes sociales, políticas migratorias,

etc.). Además, observamos que la diversificación en los ciclos migratorios tiene una influencia directa en la formación de las configuraciones familiares.

Tanto en las migraciones hacia Sinaloa como hacia Napa y Sonoma, el contingente de migrantes circulares adquiere cierta relevancia, y las migraciones pendulares transforman su perfil en relación con las formas que adoptaban en décadas pasadas.

Hoy en día, la migración, sea a nivel nacional o internacional, no supone el desplazamiento de individuos del lugar de origen hacia un solo lugar de destino. El lugar de origen, para un buen número de migrantes, no es más una comunidad o poblado en donde se encuentran su residencia principal y su familia; para algunos puede ser un campamento, una cuartería, un garage, un traspatio, un vehículo, el patio de una iglesia, un puente, etc. A la vez, los lugares de destino se vuelven aleatorios, dependiendo de la demanda en los mercados de trabajo, pero también de las redes sociales con que cuenta cada individuo, que le permiten acceder a dichos mercados así como encontrar un lugar en el cual establecerse. Para algunos, la residencia se convierte en un espacio intermedio entre un destino y otro. Esa residencia puede ser del todo efímera (garage, vehículo, puente, etc.) o más o menos estable (campamento, cuartería, etc.), durante un tiempo definido, mientras existe una demanda de trabajo. Otros encuentran abrigo con familiares más o menos lejanos, con amigos o paisanos.

También encontramos que el perfil del migrante se ha transformado. El de un hombre joven o adulto, de origen rural, que migraba solo y en forma temporal, para regresar a cultivar su tierra, situación que caracterizó las migraciones de la década de los años setenta y ochenta, no es más el perfil del migrante rural. Las características de los que migran para trabajar en zonas rurales se transforman. A nivel nacional encontramos que predomina la migración familiar y, a nivel internacional, si bien sigue observándose una importante migración masculina de individuos solos, no todos son de origen rural ni todos participan de una migración pendular. Algunos logran establecerse y otros, en situación de mayor precariedad, migran de manera circular a varias regiones agrícolas mientras consiguen emplearse.

En este texto hemos querido hablar de configuraciones familiares para denominar la multiplicidad de arreglos a que llegan los migrantes para desplazarse, pero también de las modalidades que adquieren los hogares como resultado de dicho desplazamiento. Es decir, las configuraciones familiares son, por un lado, el resultado de las estrategias que ponen en marcha los individuos para poder migrar y, por el otro, efecto de las propias migraciones.

Constatamos que la migración conduce a la separación, incluso a largo plazo, de miembros unidos de manera consanguínea, y hace de esta separación una forma de vida que da lugar a familias birresidenciales o binacionales. Pero, a la vez, permite generar configuraciones que vinculan a los miembros de diferentes familias con individuos que se unen sea por afinidad o por lazos de paisanaje, permitiendo con ello incrementar la capacidad de sobrevivencia del grupo en situaciones de inestabilidad. Asimismo, encontramos una gran capacidad para que estas configuraciones se transformen a lo largo de los ciclos migratorios.

Los arreglos a los que llegan esos grupos para migrar son del todo complejos. Dominan los hogares nucleares, pero son importantes los hogares extensos o compuestos, mientras que los hogares monoparentales son poco importantes. La migración puede dar lugar a la conformación de hogares que dividen familias, pero, a la vez, puede reunir miembros de distintos grupos domésticos que encuentran ventajas en compartir temporalmente un mismo techo y realizar tareas en forma común.

Si bien las migraciones han conllevado siempre el desarrollo de redes de solidaridad que rebasan en mucho el ámbito de las familias unidas por lazos de consanguinidad, en este texto nos ha interesado destacar cómo la migración temporal moviliza redes y solidaridades que dan lugar a estructuras familiares más o menos estables, pero suficientemente flexibles para facilitar los desplazamientos de los individuos y garantizar su reproducción como grupo social.

Bibliografía

- Ariza, Marina, 1999, "Migración interna y políticas de población en México", en Somede, *La sociedad mexicana frente al Tercer Milenio*, México, Coordinación de Humanidades de la UNAM/Miguel Ángel Porrúa.
- Arizpe, Lourdes, 1978, *Migración, etnicismo y cambio económico*, México, CES-Colmex.
- Arizpe, Lourdes, 1985, *Campesinado y migración*, México, SEP-Cultura.
- Botey, Carlota, J. L. Heredia y M. Zepeda, 1975, *Los jornaleros agrícolas migratorios: una solución organizativa*, México, Secretaría de la Reforma Agraria.
- C. de Grammont, Hubert, 1990, *Los empresarios agrícolas y el Estado: Sinaloa, 1893-1984*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- C. de Grammont, Hubert, 2001, "El campo mexicano a fines del siglo XX", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4.
- C. de Grammont, Hubert, y Sara María Lara, en prensa, "Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México", México, IISUNAM.
- Cabrera, Gustavo, 1982, "México, política demográfica sobre migración interna", *Demografía y Economía*, núm. 51, México, Colmex.
- Calvin, Linda, y Verónica Barrios, 2000, "Comercialización de las hortalizas de invierno en México", en Rita Schwentesius y Manuel A. Gómez-Cruz (coords.), *Internacionalización de la horticultura*, México, CIESTAAM.
- Chávez, Ana María, 1997, *La nueva dinámica de la migración interna en México: 1970-1990*, México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM.
- De Oliveira, Orlandina, Marielle Pepin-Lehalleur y Vania Salles (comps.), 1989, *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, Colmex/UNAM/Miguel Ángel Porrúa.
- Durand, Jorge, 1998, "¿Nuevas regiones migratorias?", en *Población, desarrollo y globalización*, México, Sociedad Mexicana de Demografía (Somede)/El Colegio de la Frontera Norte.
- Encuesta sobre Migración de la Frontera Norte (EMIF) <http://www.conapo.gob.mx/migracion_int/3.htm>.
- García, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, 1982, *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, México, Colmex/UNAM.

- Goldani, Ana María, 1977, "Evaluación de la población total y de la población migrante", en Humberto Muñoz, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern (comps.), *Migración y desigualdad social en la ciudad de México*, México, Colmex-IISUNAM.
- Haley, Brian, 1989, "Aspects and social impacts of size and organization in the recently developed wine industry of Santa Barbara County, California", Center for Chicano Studies, the University of California at Santa Barbara, documento de trabajo.
- Harris, Olivia, 1986, "La unidad doméstica como unidad natural", *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, México.
- Hewitt de Alcántara, Cynthia, 1978, *La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1979*, México, Siglo XXI.
- Hondagneu-Sotelo, P., 1994, *Gendered Transitions. Mexican Experiences of Immigration*, Berkeley, University of California Press.
- Jelín, Elizabeth, 1991, *Family, Household and Gender Relations in Latin America*, Londres y París, Kogan Paul International Ltd./UNESCO.
- Lara, Sara María, 1998, *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura*, México, Procuraduría Agraria/Juan Pablos Editor.
- Lara, Sara María, y Hubert C. de Grammont, 1999, "Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural en las empresas hortícolas", en Hubert C. de Grammont (coord.), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana*, México, IISUNAM/Plaza y Valdés.
- Laslett, Peter, y Richard Wall (comps.), 1972, *Household and Family in Past Times*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Lomnitz, Larissa, 1985, *¿Cómo sobreviven los marginados?*, México, Siglo XXI.
- Martin, Philip, 1992, "Farm Labor in California: Past, Present and Future, A Supplemental Report for the Farm Worker Service Coordinating Council", University of California, informe de trabajo.
- Muñoz, Humberto, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern (comps.), 1977, *Migración y desigualdad social en la ciudad de México*, México, Colmex/IISUNAM.
- Palerm, Juan-Vicente, 1998, "Las nuevas comunidades mexicanas en los espacios rurales de los Estados Unidos de América, a propósito de una reflexión acerca del quehacer antropológico", University of California, Santa Barbara, mimeo.

- Paré, Luisa, 1977, *El proletariado agrícola en México*, México, Siglo XXI.
- Sépin Lehalleur, Marielle, y Teresa Rendón, 1989, “Reflexiones a partir de una investigación con grupos domésticos campesinos y sus estrategias de reproducción”, en Orlandina de Oliveira *et al.* (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, Colmex/UNAM/Miguel Ángel Porrúa.
- Quesnel, André, y Susana Lerner, 1989, “El espacio familiar en la reproducción social: grupos domésticos residenciales y grupos de interacción”, en Orlandina de Oliveira *et al.* (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, Colmex/UNAM/Miguel Ángel Porrúa.
- Salles, Vania, 1991, “Cuando hablamos de familia ¿de qué familia hablamos?”, *Nueva Antropología*, núm. 39.
- Sánchez Gómez, Martha Judith, 1998-1999, Proyecto UC-Mexus-CONACYT, Universidad de California en Berkeley/Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- Sánchez Gómez, Martha Judith, s/f, “Cuestionarios aplicados a migrantes mexicanos en los condados de Napa y Sonoma, California”, mimeo.
- Sherman, Jennifer, Don Villarejo, Anna García, Stephen McCurdy, Ketty Mobed, David Rusten, Cathy Saiki, Steven Samuels, Marc Schenker, 1997, *Finding Invisible Farm Workers: the Parlier Survey*, Davis, The California Institute for Rural Studies.
- Schwentesius, Rita, y Manuel A. Gómez-Cruz, 2000, “Tendencias del desarrollo en el sector hortofrutícola en México”, en Rita Schwentesius y Manuel A. Gómez-Cruz (coords.), *Internacionalización de la horticultura*, México, CIESTAAM.
- Stern, Claudio, 1977, “Cambios en los volúmenes de migrantes provenientes de distintas zonas geoeconómicas”, en Humberto Muñoz, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern (comps.), *Migración y desigualdad social en México*, México, IISUNAM/Colmex.
- Stern, Claudio, 1989, “La industrialización y la migración en México”, en Peter Peek y Guy Standing (comps.), *Políticas de estado y migración. Estudios sobre América Latina y el Caribe*, México, Colmex.
- Taylor y Martín, 1997, *Poverty amid Prosperity: Immigration and Changing Face of Rural California*, Washington, The Urban Institute Press.
- Tuirán, Rodolfo, (coord.), 2000, *Migración México-Estados Unidos: continuidad y cambio*, México, Conapo.

- Verduzco, Gustavo, 1998, “Economía, demografía y políticas migratorias en la migración mexicana a Estados Unidos”, en *Población, desarrollo y globalización*, México, Sociedad Mexicana de Demografía (Somede)/El Colegio de la Frontera Norte.
- Verduzco, Gustavo, 2000, “La migración a Estados Unidos: estructuración de una selectividad histórica”, en Rodolfo Tuirán (coord.), *Migración México-Estados Unidos: continuidad y cambio*, México, Conapo.
- Yanagisako, Sylvia Junko, 1979, “Family and Household: the Analysis of Domestic Groups”, *Annual Review Anthropology*, vol. 8.
- Wells, Miriam J., y Martha S. West, 1989, *Regulation of the Farm Labor Market: an Assessment of Farm Worker Protection Under California's Agricultural Labor Relations Act*, Davis, The California Institute for Rural Studies.



MIRADAS MASCULINAS Y FEMENINAS DE LA MIGRACIÓN EN CIUDAD JUÁREZ

Marina Ariza

Introducción

A PESAR DE QUE LOS ESTUDIOS SOCIOCULTURALES de la migración se encuentran en la base de una de las tradiciones intelectuales de mayor solidez en la sociología contemporánea,¹ son pocos los esfuerzos de investigación que centran su interés en esta dimensión de análisis. Para encontrarnos con aproximaciones cercanas a ellos es necesario con frecuencia traspasar los límites disciplinarios hasta llegar a las fronteras de uno o más campos del saber. En el terreno estrictamente sociodemográfico, los estudios sobre migración han estado dominados por una orientación socioestructural que privilegia la indagación de los determinantes socioeconómicos de los desplazamientos, el cambio en el balance entre regiones de atracción y expulsión de población, y los aspectos socioeconómicos, en particular la participación e inserción económica en las sociedades receptoras. Sin duda, el predominio de esta visión socioestructural se relaciona con la hegemonía de que gozó la sociología cuantitativista durante buena parte del siglo XX. No obstante, las últimas décadas de la centuria pasada han sido testigos de un renacer en el interés por las dimensiones sociosimbólicas y culturales de los procesos sociales, del rescate de los aspectos subjetivos e interpretativos de la acción social.

El presente trabajo se inscribe dentro de esta última línea de reflexión procurando rastrear los aspectos sociosimbólicos contenidos en la experiencia de migrar desde una perspectiva sociodemográfica. El objetivo es analizar la atribución de significado que un conjunto de hombres y mujeres realizan de la vivencia de la migración en sus historias de vida.

¹ Nos referimos a la escuela de Chicago y los trabajos pioneros de Thomas Znaniecki (1966).

Dos supuestos guían la reflexión: 1) en la medida en que contraponen dos contextos socioculturales y dos entornos de residencia, la migración es una experiencia con potencialidad para resignificar ciertos contenidos culturales; 2) la construcción de género imprime un carácter diferencial a la atribución de sentido que realizan los hombres y las mujeres migrantes. El análisis se sustenta en 12 entrevistas a profundidad realizadas en Ciudad Juárez en el mes de abril del 2000.²

El artículo se divide en tres partes: en la primera se reflexiona acerca de las implicaciones analíticas que encierra el estudio de la dimensión sociosimbólica de la migración trazando sus antecedentes más inmediatos en el ámbito de la investigación nacional. En la segunda se exponen los distintos significados sociales encontrados, para destacar, en la tercera, la imagen del mundo familiar que emerge de ellos y el tinte particular que le otorga la mirada de género.

La migración como dimensión sociosimbólica

Realizamos, en un primer momento, un punteo de los antecedentes en la investigación sociodemográfica nacional más vinculados con nuestro objeto de análisis, para exponer en segundo lugar la aproximación metodológica elegida.

Antecedentes

En consonancia con la evolución seguida por la reflexión sociológica en sentido general, los estudios sobre migración han transitado desde perspectivas centradas en los determinantes socioestructurales de los procesos hasta enfoques más propositivos, muchas veces de carácter interdisciplinario, empeñados en recuperar el carácter social (y cultural) de los hechos económicos.

² Seis corresponden a hombres y seis a mujeres; forman parte del proyecto, bajo mi coordinación, *La migración femenina urbana en México*, realizado entre 1998 y 2000, y que contó con el apoyo del CONACYT.

Así, las concepciones más tradicionales de la migración la entendían como un cambio permanente de residencia entre unidades administrativas diferentes, impulsado por la disparidad espacial en la distribución de los recursos económicos. Ciertas formulaciones economicistas, en boga durante mucho tiempo, la definían como un “mecanismo” de redistribución de la fuerza de trabajo que lograba restituir el equilibrio perdido entre oferta y demanda laboral; o bien como una elección racional individual que buscaba maximizar los beneficios económicos implícitos en el traslado (Lewis, 1976; Todaro, 1969). En ambos casos, el interés analítico se limita a explicar la dinámica de funcionamiento de los mercados de trabajo (urbanos o rurales). Visiones algo más sociológicas la contemplan como un proceso que contrapone estructuras de oportunidad diferenciales y que salva temporalmente el abismo abierto por los fuertes desequilibrios regionales (Oliveira, 1975). Situándose en un plano menos general de análisis, una consolidada línea de investigación entiende que la migración es principalmente una estrategia económica de la unidad doméstica que persigue garantizar y/o elevar su nivel de reproducción (Grasmuck y Pessar, 1991). Más recientemente, en un esfuerzo por superar las limitaciones de los enfoques estructuralistas y de las aproximaciones más o menos estáticas de la migración, algunas escuelas en auge, como la sociología económica, han propuesto conceptualizarla como un proceso de creación y sostenimiento de redes sociales (capital social), abandonando así la referencia central a la unidad espacial en la conformación de los desplazamientos (Portes y Walton, 1981; Portes y Boróez, 1989; Portes, 1993).³

Cada una de las corrientes de investigación antes enunciadas se inscribe dentro de un campo de reflexión de amplia trayectoria en el corpus de las ciencias sociales. Por su énfasis en el carácter social de los hechos económicos y su interés por recuperar los aspectos contextuales que rodean al desplazamiento, la sociología económica es la que más a tono se

³ Uno de sus postulados fundamentales reza que la acción económica tiene lugar dentro de redes de relaciones sociales que modelan la estructura social (Granovetter, 1985; Smelser y Swedberg, 1994). Cuando esta escuela de pensamiento se aboca al estudio de la migración, se destacan los elementos contextuales y socio-culturales del proceso. Una discusión del aporte de las diferentes escuelas se encuentra en Ariza (2000).

encuentra con una aproximación sociocultural de los procesos migratorios. Aun cuando el desarrollo y la articulación teórica desde esta perspectiva de análisis han tenido lugar en las décadas de los ochenta y noventa, sus exponentes ubican sus antecedentes en autores clásicos, como Weber, Durkheim, Marx, Schumpeter y en un pensador más reciente, Polanyi, para establecer una relación directa con una de las tradiciones más importantes de la sociología contemporánea, la escuela de Chicago, de la que hacen un reconocimiento explícito. Desde una perspectiva funcionalista (y a veces psicologista), los trabajos pioneros de Thomas y Znaniecki (1966) enfatizaban los procesos de adaptación e integración que sufrían los migrantes, y la tensión entre sus contenidos valóricos desencadenada por la migración. Por un complejo conjunto de razones, este campo de reflexión derivó más hacia el estudio de los problemas urbanos y suburbanos (los problemas de la ciudad moderna) y, colateralmente, a aquellos que enfrentaban los inmigrantes, que al examen de la dinámica del proceso migratorio en sí (Joas, 1990).

El cuestionamiento al énfasis estructuralista y al excesivo economicismo de los enfoques sociológicos, ocurrido en las ciencias sociales desde al menos los años ochenta, ha promovido el acercamiento gradual a perspectivas analíticas alternativas, más centradas en los aspectos subjetivos de la acción social que en los estructurales. Focalizadas en los procesos de formación de las identidades, ciertas investigaciones indagan acerca de los cambios y las contradicciones que en el nivel de la autopercepción ocasiona la vivencia en un entorno social distinto al de pertenencia sociocultural (Büjs, 1993; Bemayor y Skotnes, 1994).

Dentro de la sociodemografía mexicana, son principalmente los estudios de carácter antropológico los que se han preocupado por conocer las repercusiones de la migración (o el cambio de residencia) sobre los procesos identitarios y la esfera de los valores (Szasz, 1992; Arias, 2000). Con su énfasis en los aspectos socioculturales y en el carácter socialmente construido de la dominación masculina, la perspectiva de género ha contribuido, a su modo, a revalorizar las tensiones que en los contenidos valóricos introducen determinados procesos sociales de cambio, contándose la migración entre ellos (Szasz, 1999; Barrera y Oemichen, 2000). El resultado ha sido una ampliación considerable de la mirada analítica,

que ha diversificado tanto el campo temático como los abordajes metodológicos. Las nuevas dimensiones analíticas privilegian aspectos no socioestructurales y tienden a centrarse en temas relacionados con la subjetividad, las identidades, la masculinidad o la femineidad e, incluso, la relación entre migración, regímenes afectivos y poder/ciudadanía (Besserer, 2000; Maier, 2002, entre otros).

Más recientemente, los estudios sobre transnacionalidad se han visto forzados a recuperar la dimensión cultural e identitaria de los movimientos migratorios al tratar de responder al desafío analítico abierto por la transitoriedad de los movimientos en el contexto de la globalización, la simultaneidad de la experiencia y la dificultad manifiesta de *integración* o asimilación cultural (Glick, Basch y Blanc-Szanton, 1992; Kearney, 1995; Guarnizo y Smith, 1998; Ariza, 2000). En esta perspectiva ganan relevancia los aspectos socioculturales y contextuales de los procesos migratorios en la misma medida en que se hace necesario explicar el modo en que los migrantes resuelven la situación de doble pertenencia y/o exclusión que caracteriza la vivencia transnacional; la participación en una comunidad que se recrea en el espacio intangible de los vínculos transnacionales. En la medida en que persigue recuperar la dimensión de sentido de la migración, nuestra aproximación analítica entronca con las vertientes socioculturales antes mencionadas.

Aproximación analítica

Cuando proponemos un acercamiento a la dimensión sociosimbólica de la migración como vivencia individual, partimos de tres supuestos: 1) la migración representa, desde el prisma de la historia personal, un cambio en la experiencia de vida; 2) en su calidad de actores sociales, los migrantes realizan la atribución de significado desde una determinada matriz cultural, teniendo como trasfondo la valoración de la propia vida;⁴ 3) el

⁴ Suscribimos en ese sentido la afirmación de Thompson (1993) de que “la evidencia de cada historia de vida sólo puede ser entendida plenamente como parte de toda la vida”. En realidad, el marco de referencia global lo proporciona la visión que tiene el informante de su propia vida (p. 121).

género es un eje de atribución esencial en la elaboración de sentido que llevan a cabo. En este apartado nos centramos en los dos primeros aspectos; el tercero será abordado en el siguiente.

Por su potencialidad para modificar los itinerarios sociales, la migración ha sido considerada con frecuencia, desde el punto de vista sociodemográfico, como una transición o punto de inflexión en el curso de vida (Elder, 1974 y 1985). La contraposición entre dos (o más) espacios de residencia que la define, demanda del migrante una respuesta activa a los desafíos abiertos por la situación de cambio y supone una transformación en la experiencia de vida con repercusiones disímiles para quienes la emprenden. En tales situaciones, las personas se ven obligadas a hacer acopio de todos los recursos de que disponen (percepciones, representaciones, redes sociales, etc.) para enfrentar con éxito los procesos de desarraigo, integración y/o exclusión social (Oliveira y Pepin-Lehalleur, 2000). Es precisamente por el imperativo del ajuste social por lo que la migración figura entre los eventos que abren (o cierran) oportunidades de cambio en la vida de las personas. La magnitud del cambio en la experiencia de vida dependerá por supuesto de un conjunto variable de factores (personales, contextuales, familiares, etc.) y de las características y el tipo de movimiento. Será mayor mientras más profundas sean las distancias entre los lugares de origen y destino, como sucede en los casos de migración internacional; y variará según el momento o etapa de la vida en que tiene lugar, entre otros aspectos.⁵ Suscribiendo el principio del curso de vida, central a la demografía, entendemos que sus repercusiones serán contingentes al momento de la vida en que se encuentran las personas cuando emprenden el cambio de residencia⁶ (Ryder, 1965).

⁵ Así, según lo revelan hallazgos de investigaciones previas, cuando la migración se emprende en las etapas tardías de la vida puede perder su sentido de proyectualidad para la historia individual (Ariza, 2000).

⁶ El estudio clásico de Thomas y Znaniecki (1966), ya citado, ofrece numerosos ejemplos de las tensiones de diverso signo que la migración puede desatar. Uno muy ilustrativo es el de los conflictos intergeneracionales surgidos entre la segunda generación de inmigrantes polacos a Estados Unidos a principios de siglo y sus padres, en virtud de la poca fidelidad a las normas y valores comunitarios que los jóvenes mostraban.

Como toda acción social, la migración está animada de una finalidad (o *telos*) que constituye el móvil explícito del desplazamiento (Habermas, 1993),⁷ y resume su naturaleza instrumental: se migra para o por algo; el desplazamiento no constituye una finalidad en sí. El trabajo, la familia (ya sea por formación o reunificación), la búsqueda o continuación de la formación y escolarización, son algunos de los móviles más frecuentes de los desplazamientos voluntarios, como acontece en los casos que nos ocupan.

En la apuesta analítica en que nos situamos, el migrante es un actor social que juega un papel esencial en la elaboración de los significados sociales; es él quien reviste los hechos de un contenido simbólico particular, aunque éste se encuentre parcialmente inscrito en la cultura de la que forma parte. Las concepciones que los actores sociales enarbolan son el producto de diversas formas de prácticas y acciones desplegadas en contextos situacionales concretos (Ortner y Whitehead, 1996). En el proceso de producir y modificar el sentido de los hechos en los que participan, los migrantes echan mano de las representaciones sociales que comparten, representaciones que son un producto colectivo *sui generis*. Por su doble función cognitiva y prescriptiva, tales representaciones organizan y modelan la manera de pensar y reconocer la realidad (representación de mujer o de hombre, de madre o de padre, de lo adecuado o lo inadecuado para uno u otra, de los referentes básicos de la cultura, como la idea de nación, etc.) (Moscovici, 1984).⁸

A través de los relatos verbalizados por los entrevistados, nos acercamos al contenido simbólico de la experiencia (de migrar), experiencia que no es más que el modo en que los hechos se actualizan en la conciencia,

⁷ De acuerdo con Habermas (1993), sentido y trascendencia son aspectos indisociables del concepto de acción social.

⁸ Si bien las representaciones sociales son creadas por los individuos en el curso de la interacción social (y todo acto de interacción las presupone), una vez creadas se independizan de los sujetos y adquieren vida propia. De acuerdo con Moscovici (1984), constituyen formas específicas de comunicación y entendimiento, ubicadas a medio camino entre los conceptos abstractos y los preceptos sociales, como parte del conocimiento del sentido común. Poseen dos funciones específicas: 1) ubican los objetos en un contexto significante (cognitiva); 2) definen el modo en que percibimos la realidad (prescriptiva).

en que se constituyen como realidad (Bruner, 1986).⁹ Dicho contenido yace en la interpretación que los individuos hacen de la migración desde el contexto de la propia historia de vida; en las representaciones sociales, sentidos y valores con que recuperan y resignifican las acciones vividas. Las historias de vida son autorreconstrucciones (reconstrucciones del *self*) que encierran un contenido simbólico, dado no sólo por lo que es recordado, sino por la manera en que los recuerdos se estructuran (Yans-Mclaughlin, 1990).¹⁰ Desde esta perspectiva, los migrantes son esencialmente productores de sentido, cuya interpretación del mundo circundante es parte indisoluble de la realidad total del mundo social en que conviven (Jodelet, 1986; Bourdieu y Wacquant, 1995).

Género, significados sociales y migración

Como representación social, el género es una de las configuraciones de sentido que estructuran de manera central nuestra percepción del mundo circundante. En efecto, la oposición entre lo *masculino* y lo *femenino* constituye un tipo de jerarquización sexual de la realidad social, un principio cognitivo que se impone a los sujetos como una realidad *ex antes*,

⁹ Esta formulación proviene de Turner (1986: 3-32), quien a su vez la retoma de Dilthey. De acuerdo con ella, la realidad sólo existe para nosotros en los hechos de la conciencia proporcionados por la experiencia. Existiría un círculo dialógico y dialéctico entre la experiencia y sus expresiones, siendo la primera de carácter individual —un flujo temporal constituido por sensaciones, datos, conocimiento, sentimientos y expectativas— y la segunda, cristalizaciones de la experiencia de otros. Mientras que la experiencia se construye culturalmente, la comprensión de las expresiones de otros presupone la autocomprensión de la propia experiencia; ambas se refuerzan mutuamente. Al respecto, Bruner (1986) señala que es importante distinguir entre: realidad (plano histórico o vida como transcurre), experiencia (vida como es experimentada o vivenciada) y expresiones (vida como es narrada). El análisis de las entrevistas que realizamos se sitúa en la intersección de los dos últimos planos.

¹⁰ De acuerdo con esta autora, cuatro son las áreas de representación temporal en las historias de vida: 1) el modo en que el hablante organiza el pasado, el presente y el futuro; 2) el modo en que el hablante se describe a sí mismo en relación con el pasado; 3) el modo en que describe o deja de describir interacciones con objetos y personas del pasado; 4) la manera en que interactúan los guiones implícitos del entrevistador y el hablante.

como un orden incuestionable y autoevidente. En virtud de la naturalización de las diferencias sexuales-anatómicas, esta particular organización de sentido ha adquirido visos de universalidad, no obstante su carácter arbitrario. De acuerdo con Bourdieu (1998), dicha *naturalidad* proviene de la perfecta concordancia entre las estructuras objetivas de dominación de un sexo por el otro (división sexual del trabajo, organización del espacio y del tiempo, etc.) y las estructuras subjetivas o esquemas de pensamiento modelados de acuerdo con esta misma dominación. Inevitablemente así, los dominados aplican en su proceso de cognición pautas de pensamiento que son el producto mismo de la dominación; de ahí que el discurso de las mujeres comparta necesariamente los referentes de la misma construcción simbólica que las denigra; de ahí que las mujeres hagan suyas, padezcan y en cierto modo reproduzcan las condiciones de subordinación en que se encuentran, aunque siempre haya espacios —si bien exiguos— para el disenso, para la elaboración de discursos alterantivos.¹¹ La percepción de la realidad como realidad sexuada es un principio cognitivo que se aplica a todas las cosas del mundo porque el *habitus*, como conjunto de predisposiciones cognitivas construidas socialmente, es a la vez sexuado y sexuante (Bourdieu, 1998; Bourdieu y Wacquant, 1995).

De este modo, cuando procuramos reconstruir los significados sociales que hombres y mujeres atribuyen a la migración, entendemos que la distinción genérica estructura dicha interpretación en dos sentidos: 1) porque la realidad se lee como sexualmente diferenciada; 2) porque la pertenencia a uno u otro de los pares masculino-femenino, hombre-mujer, imprime aspectos distintivos al modo de mirar esta realidad y, en consecuencia, de evaluar la experiencia de migrar.

¹¹ Es lo que el autor denomina la *violencia simbólica*, la que “se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador [...] cuando no dispone [...] para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento que aquél que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hace que esa relación parezca natural; o, en otras palabras, cuando los esquemas que pone en práctica para percibirse y apreciarse, o para percibir y apreciar a los dominadores [...] son el producto de la asimilación de las clasificaciones, de ese modo naturalizadas, de las que su ser social es el producto” (p. 51).

Por el conocimiento producido hasta ahora sabemos que la masculinidad gira en torno de aspectos instrumentales, se realiza más en la esfera pública que privada, incluye dimensiones importantes de logro y competencia, se refrenda socialmente a través de ritos que realzan la sexualidad, el control sobre las mujeres y la habilidad para asegurar la provisión material del grupo familiar (Valdés y Olavarría, 1998; Fuller, 2000). La feminidad, en cambio, descansa más bien en dimensiones afectivas que instrumentales, en valores que resaltan sus funciones nutricias y socializadoras al servicio del núcleo familiar. Se promueven las actitudes de abnegación, sacrificio y entrega, y se privilegia el papel reproductor de la mujer sobre sus potencialidades productivas, etc. En general, la representación social de mujer sigue estando muy vinculada al rol de la maternidad como aspecto definitorio de la feminidad, herencia judeocristiana en la cultura moderna. Algunos analistas ven en la historia del culto a la Virgen de Cristo la síntesis de las concepciones que cada época teje alrededor del ideal de mujer (Bartra, 1996). Por lo que atañe a la cultura mexicana, Bartra (1996) sostiene que son la Malinche y la Virgen de Guadalupe, las dos Marías encarnaciones de un mismo mito original, las que se funden en el arquetipo de la mujer mexicana: una representa la mujer “pura”, inmaculada; la otra, la transgresora, más aún, la traidora, inextricablemente unidas además a la configuración de la identidad nacional.¹²

Cuando hablamos de género, una de las instituciones sociales que inmediatamente salen a relucir como instancia primaria en la provisión de las significaciones sociales alrededor de la sexualidad es la familia. Como es sabido, es en su seno en el que se asientan con más firmeza las definiciones socioculturales acerca de la feminidad y la masculinidad, como vectores esenciales de la construcción de género en el proceso de socialización. Pero también es en ella donde se conforman algunas de las asimetrías más duraderas entre los hombres y las mujeres, tamizadas también por otros ejes de diferenciación social como la edad, la pertenencia étnica o la clase social. Hace tiempo ya que en el campo de la sociodemografía, la fidelidad a la imagen idealizada de la familia nuclear tradicional como

¹² La dualidad mujer santa (“buena”) vs. mujer “mala” (puta, ramera), cuyo eje definitorio es la sexualidad, es una constante en las culturas de raíz cristiana.

base del sistema social dio paso a nociones más complejas de este crucial ámbito del relacionamiento humano, para dar cabida a la diversidad, las relaciones de poder y la conflictividad social (Ariza y Oliveira, 2001).

La familia es, por lo demás, una unidad de análisis clave para entender la dinámica de los procesos sociodemográficos; puede decirse que se trata de un nivel de reflexión ineludible cuando en este campo del saber se pretende otorgar inteligibilidad a las tendencias básicas de la mortalidad, la fecundidad o la migración. Por lo que concierne a la vinculación entre migración y familia, son varios los nexos analíticos que pueden ser trazados. Como ya fue discutido en la introducción de este libro, desde un punto de vista estructural, la familia puede ser vista o bien como causa o agente de los procesos migratorios, o bien como sujeto que sufre sus consecuencias. Fue así como, desde la primera de estas miradas, adquirió un sólido estatuto analítico la conceptualización de las familias como unidades estratégicas en el proceso de decisión de la migración, evaluada críticamente con posterioridad. En esta visión con tintes economicistas, las familias se erigían en unidades estratégicas a la hora de decidir —con base en un cálculo costo-beneficio— cuáles de sus integrantes debían migrar en aras del bienestar familiar. Desde la segunda mirada, se resaltan principalmente los cambios en el tamaño y la composición familiar producto de la selectividad de los procesos migratorios, mediados, claro está, por el momento del curso de vida o del ciclo familiar en el que tienen lugar (ver introducción).

Pero como ya quedó de manifiesto, el interés de este trabajo no reside en ninguno de los aspectos socioestructurales de la migración en su conexión con el mundo familiar, sino en cómo éste interviene —directa o indirectamente— en la configuración de sentido que elaboran los migrantes. Sin duda, buena parte de las significaciones sociales de las que echarán mano a la hora de dotar de sentido la experiencia migratoria personal, proviene del extenso repertorio de valores, símbolos y representaciones sociales que se fraguan o reciclan en el mundo familiar, como parte indisociable de una estructura de valores sociales más amplia, que lo sobrepasa y contiene. Más allá de que la migración sea, con toda seguridad, el móvil explícito de buena parte de los movimientos migratorios (se migra por matrimonio, reunificación familiar, o por separación y

divorcio), lo importante aquí es si la familia es un referente simbólico recurrente en la elaboración discursiva de los migrantes, y el modo en que la feminidad y la masculinidad permean la percepción particular de la familia que sostienen.

El objetivo analítico es por tanto doble: examinar cómo las prescripciones socioculturales de género intervienen diferencialmente en el modo en que hombres y mujeres visualizan la experiencia de migrar que vivieron, qué aspectos destacan y cuáles minimizan; y sopesar la centralidad relativa de la familia en la elaboración de sentido que realizan. Esta última preocupación halla sustento en resultados previos de investigación, realizados sólo con mujeres migrantes (Ariza, 2000), que mostraron que el mundo familiar poseía una importancia crucial en la atribución de sentido que ellas realizaban, si bien muchas veces se encontraba en relación de tensión o antagonismo con la dimensión personal de sus vidas. En aquel entonces, la centralidad del mundo familiar nos pareció una expresión inequívoca de la posición subordinada (subsunción al mundo familiar) en que se encontraban, la cual daba cuenta a su vez del escaso grado de individuación que poseían. Era muy difícil para ellas concebir un proyecto de vida independiente, que no girara alrededor de los “otros” socialmente significativos (marido, padre). Nos interesa conocer ahora cuál es el sentido particular que adquiere la dimensión familiar en la elaboración de significado que realizan los hombres migrantes, entre otras significaciones.

Los aspectos hasta ahora discutidos nos servirán de guía en el análisis de los significados atribuidos por hombres y mujeres a la experiencia de migrar en sus vidas, que emprenderemos en el siguiente apartado. Los móviles más recurrentes de los desplazamientos antes mencionados —migrar para estudiar, para trabajar (detrás del cuál hay implícito un deseo de mejoría económica, de movilidad social), migrar por razones familiares (matrimonio, separación, divorcio, reunificación, desintegración)— pueden ser simbolizados *ex post* de manera distinta si la atribución de significado se realiza desde el ser social “mujer” u “hombre”. Suponemos que influirán también en la apreciación relativa del éxito o fracaso de la experiencia de migrar en sus vidas.

Significados masculinos y femeninos de la experiencia de migrar

Antes de entrar a la descripción de los significados-tipo elaborados con base en el análisis de las entrevistas a profundidad, creemos conveniente detenernos en algunas precisiones metodológicas en relación al modo en que se abordó la información cualitativa.

Puntualizaciones metodológicas

Como es sabido, son muchas las maneras en que puede realizarse un análisis hermenéutico de los datos de una investigación emprendida con esos fines. Los abordajes metodológicos oscilan desde los más formalizados, que toman a las entrevistas como discursos (análisis de contenido) procurando encontrar matrices de significados comunes, hasta los menos estructurados, que descansan principalmente en la intuición del investigador y denotan poca sistematización analítica y un uso meramente anecdótico de la información construida. En cualquiera de sus vertientes, uno de los principios que norma la aproximación cualitativa es que el levantamiento de la información o el análisis de ésta cesa cuando —encontrados ya los patrones recurrentes— la inclusión de una nueva entrevista, de una historia de vida o de un texto más no añade conocimiento nuevo acerca del proceso que se estudia. Es lo que se conoce como el punto de saturación.

Es el constructivismo, como corpus epistemológico y metodológico, el sustento implícito de la mayoría —si no es que de todas— las aproximaciones cualitativas. Desde él, y en oposición al positivismo, al postpositivismo y a la teoría crítica, se mira la realidad teniendo como principio un sano relativismo ontológico que la cataloga como construcciones mentales múltiples e intangibles, ancladas siempre socioespacial y vivencialmente, cuya forma y contenido dependen de los individuos o grupos que sostienen dichas construcciones (Guba y Lincoln, 2000: 128). Algunas de las consecuencias de este posicionamiento epistémico son: *a*) el carácter circunstancial, provisional y nunca absoluto del conocimiento logrado; *b*) la relación dialógica y de mutua complementariedad entre el investigador y lo investigado como base para la creación (que no verifica-

ción) del conocimiento; *c*) la comprensión —en sentido weberiano— de la acción humana como el objetivo central de la investigación social (ibídem).

Este paradigma teórico parte del supuesto de que la acción humana está inevitablemente animada de atribuciones de significado desde las cuales se interpreta el mundo y se influye en él. Los hechos sociales no existen sin sus referentes de sentido, sin su contenido simbólico. De ahí la relevancia de indagar los significados sociales para poder reconstruir la realidad desde el punto de vista, la *mirada*, de quienes están implicados en ella (ibídem).

Metodológicamente, la investigación cualitativa descansa en la interpretación hermenéutica y en el recurso a la comparación (contrastación empírica) como herramienta analítica; pero también en el carácter “tipológico” de la recolección de información, es decir, en la inclusión de representantes de los diversos estratos o situaciones en los que se expresa un fenómeno social, en la recuperación de su heterogeneidad (Denman y Haro, 2000). En esta aproximación es de crucial importancia la explicitación del marco valorativo desde el cual los sujetos interpretan cotidianamente sus pensamientos, sus sentimientos y acciones.

Es precisamente la construcción de los significados sociales atribuidos por los migrantes a la experiencia de migrar en sus vidas el objetivo de nuestra aproximación metodológica al material recabado en las entrevistas a profundidad. Para ello, nos valemos de la construcción de tipos analíticos, en sentido empírico, como una manera de sistematizar la información, encontrar regularidades en los patrones de significación y comparar las diferencias o similitudes entre ellos. Estos tipos analíticos constituyen una “selección, abstracción, combinación y (a veces) acentuación intencionales y planeadas de un conjunto de criterios que tienen referentes empíricos” (McKinney, 1968: 37).¹³ Su función principal es aclarar, mediante comparación, estructuras reales o cursos de acción. Constituyen un medio para reducir las diversidades y las complejidades

¹³ El tipo ideal weberiano sería un caso especial del tipo construido. La diferencia estriba en que aquéllos no se sustentan en una relación ideal medios-fines, sino más bien en los aspectos empíricos, que en los abstractos y generales.

de los fenómenos a un nivel formal y coherente, proporcionando la uniformidad necesaria para la comparación. El tipo construido aísla la conducta teóricamente significativa. Su valor como componente del conocimiento no debe medirse por la precisión de su correspondencia con la experiencia porcentual —aunque cierto grado de correspondencia es esencial— sino en términos de su capacidad explicativa, por muy preliminar o tentativa que ésta sea (ibídem).

Así, cuando a través del análisis de las historias de vida contenidas en las entrevistas a profundidad llegamos a la elaboración de un tipo de significado, éste representa un patrón de atribución simbólica recurrente entre los migrantes: una atribución que condensa un mismo tipo de significación respecto de la experiencia de migrar para más de un individuo. El número de los individuos o historias de vida que lo integran no es importante, sino la consistencia o coherencia analítica del tipo, que es lo que le otorga en realidad su potencial heurístico; pues el análisis cualitativo no tiene que cumplir con requisitos numéricos para su validación. El tipo condensa un modo de significación que es compartido por más de un migrante; de ahí que, en la exposición del tipo, no sea necesario recorrer la historia de cada uno de ellos para dar cuenta de su validez. Basta con sintetizar la atribución valorativa que comparten quienes los integran, atribución en la que se buscan los puntos de homogeneidad entre ellos.

Describiremos a continuación los significados-tipo encontrados en los relatos de hombres y mujeres entrevistados en Ciudad Juárez. Se expondrán por separado los puntos de vista de los hombres y los de las mujeres. Como hemos dicho, la diferenciación por sexo persigue recuperar los matices que la construcción de género introduce en la elaboración de sentido de los migrantes. Por ello separaremos la mirada masculina de la femenina con el ánimo de encontrar las regularidades que el género imprime a los sentidos y percepciones. Así pretendemos dilucidar si los mismos eventos adquieren una significación distinta cuando la elaboración de sentido se realiza desde la femineidad o desde la masculinidad como *locus* y representación social.

Con la finalidad de evaluar en qué medida la familia es también un eje de atribución importante, nos valdremos de la distinción entre el carácter personal *versus* familiar de la interpretación de sentido que rea-

lizan. A través de la magnitud del impacto percibido estableceremos si la migración se entiende como un evento con alta o baja capacidad de transformación, con consecuencias positivas o negativas para la historia personal.

Hombres y migración: el punto de vista masculino

A. La migración como salvación personal

Me fue mejor aquí [...] si no hubiera salido estaría pobre.
(Felipe, 75 años, inmigrante de origen rural, retirado)

Si no hubiera salido estuviera sin futuro.
(Lucio, 20 años, inmigrante de origen rural, cuenta propia)

A un conjunto reducido de hombres la migración les brindó la oportunidad de rescatar o salvar la propia vida. Es el suceso que les permitió encauzarla por un derrotero distinto al de la segura destrucción (o “perdición”) por el que transitaban. Claramente, la migración representa un punto de quiebre o inflexión en la historia personal, un evento que redireccionó sus vidas. Consecuentemente, perciben su impacto como alto y positivo, con una clara dimensión de logro.

Uno de estos migrantes es el señor Felipe.¹⁴ Tiene 30 años de haber llegado a Ciudad Juárez, pero 50 desde que emprendió su primer desplazamiento migratorio como parte del entonces Programa Bracero entre Estados Unidos y México. Años después de que éste concluyera, se trasladó a Ciudad Juárez, donde desempeñó varias labores (cantinero, *troquero*, etc.), la más duradera como chicharronero en el mercado local. Para este inmigrante, haber abandonado el rancho de Guadalajara de donde es oriundo representó la oportunidad de dejar atrás las condiciones de extrema pobreza y, literalmente, riesgo de muerte en que vivía. Relata duros episodios de hambre y privación en su infancia. Por estas razones, muy tempranamente —a los 17 años— dice haberse visto en la necesidad de

¹⁴ Como es habitual, todos los nombres son ficticios para preservar el anonimato de los informantes. El presente se refiere al momento de la entrevista, abril de 2000.

“agarrar la obligación de mi madre”; es decir, de proveerla económicamente. De no haber salido, piensa, simplemente hubiera muerto joven, como la mayoría de los que se quedaron, todos fallecidos ya, y no habría alcanzado la vejez, la sobrevida que concibe como un *plus* al que la migración le permitió acceder, pero al que en estricto sentido no era acreedor. Ante todo, para él la vejez es un bien, una bendición, por lo que minimiza los achaques y precariedades en que transcurren los últimos años de su vida. Considera que Juárez es una ciudad que ofrece oportunidades, aunque éstas se han visto mermadas debido al empobrecimiento en que la ha sumido la excesiva afluencia de migrantes. Desde el punto de vista moral, le parece una ciudad que da pie a la *perdición* (refiriéndose a las drogas y a lo que entiende como el libertinaje de las mujeres).

Lucio, por el contrario, joven aventurero y arriesgado, llega a Juárez un poco para *probar suerte y por curiosidad*, a raíz de una situación de disgregación del núcleo familiar por enfermedad del padre. Abandona a los 17 años su familia de origen y el rancho de Durango donde desempeñaba labores agrícolas, para ir a Juárez, sin participarlo a sus padres. En esta ciudad fronteriza, en la que lleva tres años, deambula un tiempo entre las bandas de jóvenes, cae en el consumo de alcohol, se aproxima a la drogadicción y participa de la cultural juvenil de los *cholos*.¹⁵ A ratos trabaja como operador de maquila; es aquí donde conoce a la que ahora es su esposa y próxima madre de su primer hijo. El embarazo extramarital de ella lo conduce no mucho tiempo después a formalizar la relación, e influye en que poco a poco el suegro abandone su actitud inicial de hostilidad, ofreciéndole techo y trabajo en el taller que posee. Para Lucio, la migración representa una oportunidad de salvación personal porque, según afirma, le permitió iniciar una vida nueva; piensa que se trata de

¹⁵ De acuerdo con sus palabras: traía el pelo largo, usaba aretes y ropa holgada (que no fuera de su talla). Como expresión cultural, el cholismo surgió en los barrios chicanos de la ciudad de Los Ángeles a principios de los años sesenta. En Ciudad Juárez se desarrolló más bien a finales de los setenta (Valenzuela, 1988). Se extendió rápidamente entre los jóvenes de las clases bajas, denotando una asociación entre cholismo, migración y clase social. Es el vestuario el elemento que a simple vista identifica al cholo. Para ellos, la ropa es símbolo de identificación y exclusión; mecanismo de cohesión y rechazo a la vez (Valenzuela, 1988).

“una oportunidad muy grande”. Le abrió la posibilidad de constituir una familia propia, la cual, junto con el trabajo que la precedió, le parecen factores clave en el proceso de regeneración personal que atravesó. Esta nueva vida, que vive como una ensoñación, se asocia claramente con la posibilidad de llegar a tener un taller propio, vislumbrada a partir del nuevo estatus adquirido ante su suegro. Es por ello que, ante los requerimientos de éste, no dudó en despojarse de todos aquellos elementos que disgustaban a su nuevo pariente político (aretes, pelo largo, indumentaria excesivamente holgada), con la finalidad de colmar la expectativa de marido que tenía para su hija. En sus propias palabras, el haber migrado fue una buena decisión porque:

yo me vine y ante la tentación de drogas y todo eso, me detuve y no caí [...] recapacité, me junté, preferí casarme y vivir una vida bien, a seguir la mala vida allá fuera.

Queda claro que el sentido profundo que ha tenido para él la migración es el de rescate personal, salvación, vida nueva fundada en el trabajo y en un proyecto familiar. Lo que valora en Ciudad Juárez (como en cualquier lugar) es que hay trabajo, “porque el que tiene trabajo vive bien”. Rechaza la violencia callejera y el peligro constante que prolifera en la ciudad, la *excesiva* libertad de las mujeres¹⁶ y las malas compañías, como aquellas en las que se vio envuelto cuando participaba de la subcultura urbana de los cholos.

¹⁶ De acuerdo con él, las mujeres en Juárez son más “fáciles”, se atreven a tomar la iniciativa en el cortejo y están dispuestas a pagar cuando un hombre las invita, si es que éste manifiesta que no tiene dinero. Le parece que visten de manera muy provocativa. Esta valoración negativa de las mujeres que llega al punto de responsabilizarlas de los actos violentos de que han sido víctimas, como los numerosos asesinatos ocurridos en Ciudad Juárez —motivo de atención y preocupación de organismos internacionales de derechos humanos—, es un rasgo que comparten todos los hombres entrevistados. El mismo expresa el desconcierto que produce en los hombres no poder controlar como quisieran la sexualidad femenina, en una situación en que el trabajo remunerado les granjea a ellas una cierta autonomía. Denota que el autocontrol de la sexualidad sigue siendo el eje de valoración social de la mujer en un rango que le otorga la máxima valo-

El móvil expreso del desplazamiento migratorio de Lucio fue la búsqueda de una “aventura”, reacción en parte a la situación de desmembramiento de su núcleo familiar. Es respondiendo al estímulo de unos amigos (“vámonos a Juárez”) e inserto en sus redes como decide finalmente trasladarse. En sus propias palabras:

Es que todo eso, toda la vagancia en un chavo, esa inquietud por conocer, por aventurar, por saber en lo que es independiente, muchas de las veces por problemas familiares, porque como a mí me deprimió un poco eso, y ya con la influencia de aquellos chavos, se me hizo fácil y me vine.

Es interesante hacer notar el vínculo, establecido ya por los estudiosos del tema, entre jóvenes, pandilla y migración. En la investigación que realiza en los barrios medios y pobres de Monterrey, Hernández León (1999) encuentra la misma definición de migración como “aventura”. Para este autor, la migración internacional a través de redes distintas a las del parentesco es un aspecto que denota la especialización funcional de las mismas en el contexto de la globalización. Cuando el móvil es “conocer”, “experimentar”, los desplazamientos son típicamente transitorios y los jóvenes no persiguen necesariamente trabajar, sino confraternizar con los demás miembros dispersos de la red y reforzar su sentido de pertenencia e identificación grupal con la subcultura urbana juvenil de que se trate (*ibídem*).

Por lo demás, ambos migrantes comparten concepciones muy tradicionales de género.¹⁷ Para ellos, lo ideal es que la mujer se quede en la casa atendiendo a los hijos, pero reconocen que a veces por necesidad tienen que tolerar que trabajen. En la visión de estos migrantes, familia y reproducción se identifican, son una misma cosa, al punto de que Lucio, por ejemplo, considera que es válido que un hombre o una mujer abandone a su cónyuge si llegara a conocerse que tiene problemas de infer-

ración (santa) o la mínima (prostituta), según se acate o no dicha prescripción normativa (Ortner y Whitehead, 1996).

¹⁷ El guión de la entrevista contenía preguntas específicas sobre las concepciones de género, la maternidad y la paternidad.

tilidad. La asociación de la masculinidad con la actividad laboral (el rol productivo) es muy fuerte, pues se parte del supuesto de que el hombre “está hecho para el trabajo”. Pero no es la circunstancia de que un hombre sea prolífico la que lo provee de masculinidad, la que lo hace “más hombre”, sino “que respete todo lo que tiene alrededor y desarrolle su familia” (Lucio). Sobre estos aspectos volveremos más adelante al abordar de manera conjunta los resultados del análisis de las entrevistas.

B. La migración como proyecto económico familiar

Yo le decía a mi esposa pues que hemos tenido lo que no habíamos tenido allá en Torreón [...] en corto tiempo.

(Fausto, 36 años, origen urbano, ingeniero industrial)

Lo poco o mucho que haya yo hecho, pues creo que lo he hecho de cuando llegué a Juárez [...] entonces creo que he venido de menos a más.

(Joaquín, 32 años, origen rural, guardia de seguridad)

Para el resto de los hombres entrevistados (cuatro), la migración ha representado una oportunidad no siempre exitosa de movilidad social y logro económico familiar. El sentido atribuido a la migración ha sido el de acceder, por medio del trabajo remunerado, a un nivel superior de bienestar material para el grupo familiar. De tal suerte que, en tanto se considere que ha cumplido su cometido, el impacto de la migración se percibe como alto y positivo; cuando no, negativo, alto o bajo.

Fausto ejemplifica el caso de logro en estas aspiraciones de movilidad. A los 32 años, después de un desagradable episodio de desempleo en su tierra natal, Coahuila, decide emigrar a Juárez apoyándose en las redes con que cuenta. Se trata de una migración en etapas, en la que primero se traslada el jefe de hogar, seguido poco después de la esposa y los hijos. Con su profesión de ingeniero y los escasos cuatro años que lleva en esta ciudad, ha podido hacerse de un cierto capital que le permitirá en el corto plazo tener una casa propia. Este migrante valora muy ampliamente la provisión del bienestar material para sus dos hijos que la migración le ha permitido alcanzar. Sus objetivos inmediatos se dirigen ahora a proporcionarles una buena educación, el legado más importante

que piensa dejarles. Haber podido obtener un empleo es un aspecto central en el sentimiento de alta autoestima que lo inunda. Para él:

no puedes ser feliz si no tienes trabajo [...] tu trabajo te da confianza, seguridad, estatus, respeto [...] cuando está uno sin trabajo [...] todo el día en la casa, hasta más problemas.

Es evidente que a Fausto la migración le ha permitido cumplir a cabalidad su rol de proveedor, el cual había quedado en entredicho por el episodio anterior de desempleo, y ello es fuente de profunda satisfacción. En la medida en que obtiene bienestar material para su familia, en especial para sus hijos, realiza y realza su sentido de masculinidad, aspecto sobre el que volveremos en el último apartado de este trabajo.

En otras situaciones, sin embargo, ese proyecto de movilidad social no arribó a buen puerto, y entonces los entrevistados se expresan ambigua o negativamente acerca de la migración. Así, si el sentimiento de frustración es muy marcado, la migración representa inequívocamente un *fracaso* y el impacto percibido es en consecuencia negativo y alto. Tal es el caso de Rafael, un tamaulipeño que llegó a Juárez hace 14 años, a la edad de 22, y que hoy día lamenta profundamente haber salido, dejando a su hermano las escasas pertenencias que tenía, porque de no haberlo hecho, ahora tendría al menos “sus animales, con los cuales se puede comer”. A diferencia del ejido en el que creció, en Juárez “todo corre en dinero”. Es por eso que considera que la ciudad fronteriza no le ha dado nada, “sino el puro trabajar, comer y nada más” En realidad, él quisiera retornar al lugar de donde salió, pero está consciente de que la ciudad ofrece mejores oportunidades para la educación de sus hijos. Si hay algo que valora de trabajar en ella es que cuenta con un seguro médico, cosa que en el lugar donde nació sería imposible encontrar (“porque eso sí, en el ejido, si uno se enferma, tiene que vender un animal para correr con los gastos”).

Es de destacar que Rafael posee una larga vida de migrante; antes de establecerse en Juárez, había trabajado alrededor de cinco años como jornalero agrícola en los campos de cultivo estadounidenses. Fue una actividad que realizó anualmente durante un breve periodo. En un principio pudo hacerse de unos pocos bienes con esos ahorros, pero luego los

perdió. Ha trabajado también como *pollero*,¹⁸ pero en su última incursión fue aprehendido. En la actualidad se desempeña como trabajador de limpieza en un restaurante. A pesar de los contratiempos que le ha ocasionado, todavía deposita en la migración, en especial en la internacional, la esperanza de hacerse de unos ahorros para brindarle a sus hijos algún bienestar, principalmente representado por una casa propia.

Los migrantes que conforman este tipo analítico sostienen concepciones muy tradicionales de género, las cuales quizás hallan explicación en su origen predominantemente rural (cinco de seis). Desde la visión que comparten, el rol principal del hombre es el de proveedor: asegurar “que no le falte nada a la mujer en la casa en cuestión de comida”. Rafael, por ejemplo, aun cuando reconoce que a veces es necesario que la mujer trabaje, confiesa que a él le produce inseguridad, pues siente que ella podría serle infiel. Alude a que el trabajo extradoméstico de la mujer ocasiona en el hombre una pérdida de control sobre la movilidad y los recursos que ella pueda generar. Además, y en otro orden de ideas, la mujer vale menos mientras menos hijos tenga, de modo que su estima social depende de su capacidad de procreación, al punto de que sería válido regresar (devolver a sus padres) a una mujer que no pudiera concebir. Otros aseguran que el hecho de que la esposa pudiera devengar un ingreso mayor que el marido constituiría una fuente de conflicto.

¹⁸ En el lenguaje popular, el pollero es el traficante de migrantes internacionales; el que recibe dinero y se encarga de introducirlos a territorio estadounidense.

Mujeres y migración: el punto de vista femenino

A. La migración como independencia y autoafirmación personal

He ganado estabilidad económica, he ganado superación personal, o sea, me siento más a gusto conmigo misma [...] yo pienso que sí he cambiado mucho [...] pues el aprender a tomar decisiones por ti sola, el ser más independiente.

(Miguelina, 28 años, origen rural, maestra)

Para un grupo de mujeres (tres), la migración ha representado una oportunidad inestimable de afirmación y crecimiento personal. Ya sea por la vía del trabajo remunerado estable, la separación conyugal o la superación profesional —o una combinación de éstas—, ha dado pie a un proceso de profunda transformación personal, de autonomía y asertividad que se valora muy positivamente. La migración dio lugar a la constitución de un espacio propio al que no se quiere renunciar. En cierto modo, el proceso desatado fue uno de autoconocimiento, de redescubrimiento de las potencialidades inéditas que cada una encerraba, potencialidades que se encontraban veladas por el contexto de restricción y control social en que se desenvolvían sus vidas antes de la migración, en su mayoría de origen rural (dos de tres).¹⁹ Es la atadura de género una de las que más contribuía a la reclusión, en unos casos por sujeción del cónyuge, quien restringía los espacios de interacción de la mujer; en otros, por la vigilancia sobre la sexualidad femenina que llevaba a cabo la familia de origen o la comunidad pueblerina. De este modo, la transformación ocurrida se siente como altamente beneficiosa. El impacto de la migración es naturalmente alto y, en consecuencia, se descarta la idea del retorno.

Tal es el caso de Rosario, una joven de 25 años que llegó Juárez a los 19 procedente de Durango en pos de una oportunidad laboral. La muerte inesperada de su padrastro la llevó a responsabilizarse tempranamente de la manutención del hogar que comparte con su madre, de quien fue

¹⁹ Este significado de la migración en la valoración que realizan las mujeres ha sido un hallazgo recurrente en nuestros trabajos, por lo que en cierto modo puede tomarse como indicador de robustez (véase, Ariza, 2000 y 2003).

objeto de reiterado maltrato físico a lo largo de la niñez. Poco tiempo después de su arribo a Juárez, se unió consensualmente con un taxista con quien concibió un hijo varón que a la sazón cuenta con un año de edad. Las recurrentes escenas de celos, maltrato físico (que denuncia en una ocasión), infidelidades y alcoholismo de su pareja la llevaron a separarse y dejar al niño al cuidado de la abuela (su madre). Su carrera laboral, en los seis años que lleva residiendo en la ciudad fronteriza, incluye los trabajos de empleada doméstica, obrera de maquila, vendedora en un puesto de comida, recamarera de hotel y mesera.

Rosario piensa que haber migrado la ha ayudado *a defenderse a sí misma de las personas que la quieran atacar, o que le quieran decir cómo hacer las cosas*, pues ahora dice poseer un criterio propio. En sus palabras, la migración la ha transformado en una mujer al abrírle los ojos y enseñarle a valerse por sí misma. El proceso de cambio ha sido tal que se siente muy diferente de las mujeres que dejó atrás, en su natal Durango. Ahora ella se percibe *otra*. Antes de llegar a Juárez era muy callada y sumisa, pero se ha transformado:

Yo me dejaba de cualquier persona, si una persona me aventaba yo le daba las gracias, como quien dice; y ahora no, me avienta una persona y se lo regreso.

Un sentimiento similar embarga a Miguelina, otra inmigrante de Durango que se trasladó a Ciudad Juárez cuando contaba con 24 años de edad acatando una reasignación laboral como maestra de primaria que le impusiera la Secretaría de Educación Pública.²⁰ Aun cuando actualmente posee un título profesional y un cierto nivel de vida, Miguelina vio la luz de sus primeros días en una comunidad rural del estado de Durango, en la que transcurrió la mayor parte de su infancia. Proveniente de una familia numerosa, es la única de sus ocho hermanos que ha emprendido una carrera profesional y se siente muy orgullosa de ello. Al hacer el ba-

²⁰ El traslado a Ciudad Juárez estuvo precedido de un desplazamiento a una comunidad rural de Chihuahua, donde también se desempeñó como maestra. Desde ahí, ella logra reubicarse en la ciudad principal.

lance de lo que la migración le ha traído, no escatima las apreciaciones positivas: siente haber ganado estabilidad económica, superación personal, autoconfianza e independencia. El beneficio ha sido total; afirma que nada tiene que lamentar con el traslado. Valora por sobre todas las cosas el hecho de haber conquistado un espacio propio y ser capaz de tomar decisiones por sí misma. Queda claro que lo que le produce tal regocijo es su mayor autonomía, producto del logro profesional y del trabajo remunerado. De manera principal, destaca que la migración le dejó entrever otros destinos posibles para la mujer, además del matrimonio y la maternidad, a los que probablemente se hubiera limitado su vida de no haber migrado. Como vemos, el sentimiento es también de profunda transformación.

Este grupo de mujeres es heterogéneo en cuanto al tipo de concepciones de género que sostiene. Miguelina, la única con educación superior, es la más abierta y flexible en sus ideas acerca de las relaciones entre hombres y mujeres, a pesar de su origen rural. Rosario y Lupita (cuyo caso forma parte del tipo, pero no hemos narrado), tanto de origen urbano como rural, se muestran bastante convencionales. Mientras que para Miguelina el trabajo es fuente de gratificación personal, para las otras dos es más bien el medio con que proveer las necesidades de sus hijos, hecho que también las llena de satisfacción. Un aspecto que las unifica es el valor que otorgan a la maternidad: para todas es el hecho de ser madre lo que proporciona el sentido de realización personal a una mujer. Rosario piensa, por ejemplo, que si una mujer decide no tener hijos no es más que una muestra patente de su “irresponsabilidad.” Otro rasgo común es la dependencia de figuras masculinas para fraguarse la propia identidad: otorgan a los hombres el papel de sus “representantes” públicos. Así, a Rosario le parece importante que una mujer tenga a su lado a un hombre para que la “represente”. Incluso Miguelina, que hoy día es madre soltera con plena independencia económica, anhela la presencia de un hombre que “venga a darle estabilidad a mi vida”.

B. La migración como proyecto de constitución y/o preservación de la vida familiar

No han tenido eso mis hijos (mayor bienestar económico) [...] pero han tenido más mamá, más papá, más convivencia familiar.

(Lucía, 50 años, origen urbano, ama de casa)

Yo quisiera dividirme y poder estar con todos.

(Carmen, 53 años, origen urbano, empleada doméstica)

Para otro subconjunto de mujeres (tres), el sentido de la migración ha sido el de dar pie a la formación de la vida familiar o salvaguardarla, aun cuando en ocasiones el desenlace final haya sido otro. Por ello, la valoración (positiva o negativa) de la experiencia de migrar depende de si efectivamente condujo a este propósito, más allá de las vicisitudes económicas que la hayan rodeado. Así, en los casos en que la familia se ha conservado unida y la convivencia familiar ha sido armónica, la migración ha encontrado su justificación como proyecto de vida en la valoración *ex post facto* que realizan, aun cuando no haya satisfecho las expectativas de movilidad social también depositadas en ella. En esta situación, el impacto percibido de la migración es positivo, si bien bajo, pues dejó de colmar otras aspiraciones. Pero cuando, por el contrario, se entiende que, en vez de contribuir al proyecto de vida familiar, la migración ha sido más bien un obstáculo para alcanzarlo, la valoración de la migración es claramente negativa y el sentimiento generalizado es de fracaso y desdicha; de acorralamiento e infelicidad. Aquí, el impacto de la migración es alto, pero negativo. En uno u otro caso, es el desenlace final de la vida familiar —en términos de su preservación, armonía y unidad— el prisma a través del cual se valora la migración.

La historia de Josefina, una mujer de Durango de 36 años que migró a los 19 junto con su familia desde una comunidad rural a Juárez, es representativa del primer caso. Poco tiempo después del traslado, contrajo nupcias con un conocido de su pueblo y antes del año nació su primer hijo. Ha aprovechado su estancia en Juárez para capacitarse en ciertos oficios y desempeñar de manera intermitente algunas ocupaciones. En sus días libres vende mercancías en su domicilio. Aun cuando,

como proyecto económico, la migración no le ha permitido hacerse de una casa propia —algo que lamenta profundamente—, sí le proporcionó lo que es para ella el bien máspreciado: sus hijos. Así, en términos de prioridades, valora primero el bien inestimable de la maternidad; y en segundo lugar, la oportunidad de prepararse, de capacitarse en algunos oficios. En realidad, el acto de fundación de la familia y la migración constituyen una misma vivencia, parecen fundirse en un solo hecho.

Para Carmen, por el contrario, una empleada doméstica de entrada por salida que llegó hace 20 años a Juárez desde el Distrito Federal con sus cinco hijos siguiendo los pasos de su marido y la migración ha tenido en el largo plazo el desenlace fatal de separarla irremediamente de sus vástagos; de disgregar el núcleo familiar, lo que es fuente de profundo dolor. A pesar de que en sus inicios fue precisamente el cambio de residencia la fórmula que le permitió evitar la escisión familiar, en el último trecho de la vida éste ha sido precisamente su resultado. Es por ello que la migración se visualiza como la pieza clave en el desencadenamiento de hechos fatales que condujeron al escenario indeseable de la disgregación familiar. Su marido, un policía del D.F. cuyo paradero desconoce en la actualidad, se trasladó a Ciudad Juárez más de veinte años atrás en busca de empleo. Fue un pariente cercano quien lo instó a desplazarse, resaltando las incontables bondades de esa ciudad para cualquiera que quisiera fraguarse en poco tiempo un porvenir promisorio. Pese a que en el momento en que el marido optó por migrar la pareja llevaba años de vida conyugal conflictiva, cargada de recurrentes escenas de mucha violencia física, ella decidió seguirle los pasos abrumada por la realidad de los cinco hijos que tendría que sostener. Las sucesivas escenas de violencia y el alcoholismo del esposo desembocaron por fin en la ruptura de la unión luego de un intento de asesinato por parte de él. De los cinco hijos, tres se encuentran en Estados Unidos —a donde se trasladaron en calidad de indocumentados—, uno en el D.F. y otra en Juárez.

Carmen piensa que, de no haber migrado a Juárez, a sus hijos no se les hubiera presentado nunca la opción de emigrar a Estados Unidos. A uno de los que emigraron a ese país lleva ocho años sin verlo, dado el estatus legal de indocumentado en que se encuentra. Ella se arrepiente profundamente de haber tomado aquella decisión inicial de trasladarse

del Distrito Federal, el centro del país, a Ciudad Juárez, pues hoy en día se encuentra escindida y quisiera poder repartirse entre todos sus hijos (los que están en Estados Unidos, el que está en el D.F. y la que reside en Juárez). Al distanciamiento y la imposibilidad física de verlos achaca el estado de tensión nerviosa en el que vive y las enfermedades que día a día minan su salud. Si se trasladó a Juárez para asegurar la crianza de sus hijos, ¿cómo es que hoy se encuentra irremediamente separada de ellos? Como proyecto de preservación de la vida familiar, la migración fue entonces un fracaso.

Las concepciones de género que suscriben estas mujeres son notoriamente tradicionales. Ellas entienden que el destino de una mujer depende del marido “que les toque”; si de algo se responsabilizan es de haber hecho una buena o mala elección, porque es en el buen marido en el que se cifra la posibilidad de una buena vida, y no en la propia capacidad o en la independencia personal. Es así como Carmen se reprocha su mala elección, pues de haberse casado con su anterior novio, las cosas hubieran sido distintas. De la misma opinión son Josefina y Lucía (cuyo caso forma parte del tipo, pero no ha sido narrado). Más aún, Carmen cree que con otro marido a lo mejor ella no se hubiera visto en la necesidad de trabajar: él se habría “hecho cargo” de ella y de los hijos. En correspondencia con las concepciones esgrimidas por la mayoría de los hombres, estas mujeres piensan que la obligación del marido es cubrir todas las necesidades de la esposa; y las de ésta, “atender” al hombre: hacerle de comer y mantenerle su ropa limpia. Entre el trabajo y la familia, una mujer debe priorizar esta última.

Migración, género y vida familiar

La relación de los significados tipo encontrados deja ver con claridad que la migración es percibida en sentido general como un evento con repercusiones profundas en la vida personal, como un punto de inflexión (o quiebre) que redireccionó de manera definitiva la historia individual. Buenas o malas, sus consecuencias para el curso de vida se consideran irreversibles.

En el universo de personas entrevistadas, el significado global de la migración es el de oportunidad, *chance*, alternativa;²¹ en unos casos fallida, en otros exitosa. Se trata de oportunidades *de algo para* alguien en un determinado contexto; es decir, se trata de oportunidades enraizadas socialmente. Para profundizar en las relaciones recíprocas entre migración y vida familiar nos valdremos de la oposición entre el sentido familiar y el sentido personal atribuido a la migración, destacando las peculiaridades que introduce la mirada de género.

En el conjunto de los significados-tipo construidos, cuando la valoración que los hombres realizan de la migración tiene una *dimensión personal*, su significado es el de salvación o regeneración (tipo A). En las mujeres, en cambio, es de autoafirmación e independencia (tipo A, en los significados femeninos). Resulta interesante constatar que, en una de sus acepciones, el sentido de salvación o regeneración individual que los hombres atribuyen a la migración se relaciona con la constitución de una vida familiar, con la asunción de determinados roles asociados a la construcción social de la masculinidad. Así, en el caso de Lucio, es la responsabilidad de la conducción de una vida familiar, lograda gracias a la migración, lo que tuvo el efecto de reordenar su vida personal alejándolo del terreno de desviación social por el que transitaba. Ante la disyuntiva de proseguir por el derrotero de la marginalidad suburbana o adquirir una nueva identidad como hombre público, opta por aquella alternativa que le granjea una más alta estima social: la adopción del rol de jefe de familia.

Es evidente que el impulso para abandonar de un tajo la pertenencia a los grupos urbanos marginados proviene de la realización social de la masculinidad, del sentido de hombría que proporciona asumir públicamente la responsabilidad material y moral del núcleo familiar recién constituido, proyecto al que dio un buen espaldarazo la perspectiva de un ingreso estable en el seno de la nueva familia política. Por lo demás, la yuxtaposición entre vida de pareja (familia) y orden es una asociación frecuente entre los jóvenes de los sectores populares urbanos de América

²¹ En una investigación realizada con anterioridad, éste era también el significado social de la migración (Ariza, 2000).

Latina. En su investigación sobre los significados y prácticas de la paternidad entre varones urbanos de Perú, Fuller (2000) encuentra que los jóvenes tienden a visualizar al grupo de pares como parte del espacio desordenado de la calle, y a la juventud en general como un periodo de riesgo.

El sentimiento realzado de hombría de Lucio se agudiza con el inminente desempeño de la paternidad. La sensación de estar viviendo una “vida nueva”, de haber refundado la propia historia, guarda una clara relación con el sentido consagratorio que la paternidad confiere a la masculinidad (Fuller, 2000). Como hecho social, la paternidad *cambia* a los jóvenes porque los convierte en seres domésticos y públicos, responsables y representantes del hogar ante la colectividad (Sarti, 1993), retrotrayéndolos del tipo de sociabilidad masculina entre pares característico de los años de soltería. Es la asunción pública de la conducción de un hogar, la constitución de una familia, el hito que marca el paso a la masculinidad adulta.

En las mujeres entrevistadas, en cambio, cuando el significado de la migración adquiere una dimensión personal, ésta se asocia con la idea de autoafirmación e independencia; afirmación e independencia obtenidas a contrapelo del mundo familiar. En efecto, ya sea mediante la separación conyugal, la realización profesional o la generación autónoma de un ingreso (sin ser excluyentes), la migración tuvo el efecto de ampliar los espacios de interacción de las mujeres y proporcionarles una plataforma desde la cual afirmar su individualidad. Hay que señalar que en todas las situaciones, el contexto premigratorio incluía una importante dosis de control sobre la vida y la sexualidad de las migrantes: en unos casos por la sujeción del esposo, en otros por el control de la familia de origen. Por diferentes caminos, la migración permitió en el corto o en el largo plazo cuestionar las relaciones de género en que participaban. Indiscutiblemente, una de estas vías fue el acceso al trabajo extradoméstico remunerado; otra, la experiencia general de transformación y autoconocimiento derivada de la asunción de una vida independiente a que condujo la migración. Lo importante en todos los casos es que el sentido de autonomía se fundamenta en un cierto grado de ruptura con el mundo familiar en que se desenvolvían.

Mucho se ha escrito acerca del potencial emancipador de la migración y la medida en que puede constituir un factor de cambio de las relaciones de género (Morokvásic, 1983; Pedraza, 1991; Büjs, 1993; Hondagneu-Sotelo, 1994; Szasz, 1999; Ariza, 2000). Las posiciones teóricas han fluctuado desde el optimismo ingenuo hasta el escepticismo absoluto, pasando por planteamientos más o menos moderados o conciliadores. Autores como Whiteford (1978), por ejemplo, veían en la migración campo-ciudad un proceso “liberador” para las mujeres que, gracias al trabajo remunerado, terminaba por diluir las relaciones patriarcales propias del mundo rural.²² En el extremo opuesto figura la formulación de Morokvásic (1983), quien considera que cualquier presunción emancipadora acerca de la migración encierra resabios evolucionistas propios del paradigma de la modernización, tan central a los marcos analíticos e interpretativos de los estudios migratorios. Al revisar la evidencia disponible para América Latina, Tienda y Booth (1991) enumeran los tres impactos probables de la migración sobre las relaciones de género: mejoría, empeoramiento o reestructuración de las inequidades, siendo éste último el más probable.

Más allá del problema del cambio objetivo que ha producido la migración en las relaciones de género, y aun cuando es probable que éste sólo haya implicado un reajuste del tipo de desigualdad, la percepción compartida por las mujeres que ven en la migración una oportunidad de independencia personal es que el desplazamiento les granjeó una mayor autonomía, y que este espacio conquistado representa un gran cambio. La vivencia es entonces de profunda transformación.

En aquellas significaciones en las que, por el contrario, se valora la *dimensión familiar* de la experiencia de migrar, otras son las oportunidades a las que se piensa ha (o debería haber) conducido. Para los hombres (tipo B), invariablemente el objetivo a alcanzar es la movilidad social, la realización del proyecto económico familiar, de cuya consecución se sienten enteramente responsables. Las mujeres, en contraste, otorgan una más alta valía a la integridad afectiva o a la preservación del núcleo

²² Para una discusión de estos aspectos, véase: Szasz, 1999; Ariza, 2000.

familiar, a su salvaguarda como ámbito de afectividad y solidaridad, que a los logros materiales a los que se pueda aspirar con el cambio de residencia.

Obviamente, la factibilidad del proyecto de movilidad social emprendido por los hombres depende en gran medida de las oportunidades laborales que se avizoran en el nuevo contexto de residencia. Son el trabajo y la laboriosidad los medios socialmente legítimos para alcanzar tan preciados objetivos, de los que depende el refrendo social de la condición de varón. Cuando, por insuficiencia o inadecuación, tales medios no logran producir el bien deseado, la migración se considera un fracaso; una oportunidad fallida, como tuvimos oportunidad de constatar en el relato de Fausto. Desde esta mirada desengañada se adjudica al lugar de destino la mayoría, si no todas, las vicisitudes en las que se ha visto enuelta la vida personal (y familiar) a raíz del desplazamiento.

Para un análisis que, como éste, procura resaltar la manera en que los contenidos de género estructuran las significaciones sociales de los migrantes, lo relevante es encontrar los puntos de continuidad entre sentidos, percepciones y representaciones, por un lado, y construcción social de género, por otro. Así, la centralidad que para los hombres migrantes tiene el éxito del proyecto familiar de movilidad, guarda una clara relación con su función social de jefe proveedor y representante público del hogar. Si el logro de dicho objetivo queda en entredicho, lo que realmente se cuestiona es la masculinidad (la hombría) de aquel sobre quien recae tal responsabilidad. Los diversos estudios sobre masculinidad disponibles en América Latina (Viveros, 1998; Valdés y Olavarría, 1998; Gutmann, 2000; Fuller, 2000) coinciden en afirmar que la capacidad para proveer satisfactoriamente las necesidades del hogar, y para el éxito del proyecto económico familiar, es un aspecto medular de la masculinidad como construcción social. Y es que si bien la demostración del poderío sexual a través de la exhibición de numerosas conquistas es uno de los pivotes sobre los que se asienta la identidad masculina, la exigencia de *responsabilidad* en todos los ámbitos del desempeño social (trabajo, paternidad, hogar) es el otro (Viveros, 1998). Es de hecho la responsabilidad, como afirma Fuller (2000), lo que transforma la virilidad (dimensión sexual,

“natural”) en hombría (dimensión social y pública).²³ De ahí el sentimiento de amargura y desencanto que inunda el relato de aquel migrante que siente haber fracasado en dicho esfuerzo, fracaso que arrastra consigo la simbolización de que es objeto la migración como experiencia vital. Así, desde la mirada retrospectiva, la migración se convierte necesariamente en una vivencia negativa.

Estos aspectos explican el porqué del lugar privilegiado que ocupa el trabajo en las significaciones que los hombres otorgan a la migración. Refraseando las palabras de Fausto transcritas en el acápite anterior, el trabajo es la fuente de la felicidad para los hombres: “no se puede ser feliz si no tienes trabajo”. Y es que, como señalan Valdés y Olavarría (1998), ésta es una de las actividades fundantes de la identidad masculina, de donde emana el núcleo de su respetabilidad social; de ahí que el hombre merecedor de la más baja estima social sea aquel que se sitúa en el polo opuesto al valor social de la laboriosidad: el *vago*, el que no trabaja. La situación de mayor humillación para un hombre es aquella en la que depende económicamente de otro, sobre todo si ese otro es una mujer (Valdés y Olavarría, 1998).²⁴

En contraste, cuando en el conjunto de las mujeres entrevistadas el significado de la migración posee una dimensión familiar (tipo B en las simbolizaciones femeninas), ésta se relaciona con la preservación y/o integridad de la vida familiar, antes que con los logros estrictamente socioeconómicos. Tales aspectos guardan una estrecha asociación con los

²³ Las acotaciones son nuestras. Refiriéndose a la paternidad, la autora señala que “la responsabilidad es la cualidad que transforma la identidad del varón al abrirle una dimensión de futuro e instalarlo definitivamente en los espacios doméstico y público” (Fuller, 2000: 35-90).

²⁴ De acuerdo con Valdés y Olavarría (1998), el trabajo crea obligaciones y establece jerarquías no sólo entre los varones, sino entre éstos y las mujeres. No colmar a cabalidad las exigencias de este mandato social coloca a los hombres en una situación de indignidad y fracaso. Sus investigaciones les han permitido señalar la existencia de diversos significados asociados con el trabajo, según el sector social de pertenencia. Para los hombres de los sectores populares representa sobre todo el medio para cumplir el rol de proveedores; en los sectores medios es también una manera de alcanzar la realización personal y desarrollar la creatividad. Es notable el paralelismo entre algunos de estos hallazgos y los de García y Oliveira (1994) referidos a la población femenina.

roles afectivos y expresivos (Parsons) que desempeñan las mujeres en sus hogares, de acuerdo con la construcción social de género imperante. Es interesante que, en ciertos casos, a pesar de la evidente constatación del poco éxito de la migración como proyecto económico (por ejemplo, en el relato de Josefina), el discurso de la migrante no se estructura alrededor de este hecho, que a fin de cuentas minimiza, sino de la importancia de la preservación del ámbito familiar por encima de todo y de la maternidad como rol esencial de la mujer. La selección discursiva prioriza aquellos aspectos que mejor se adecuan al ideal de vida pautado por la feminidad como representación social. Así, una misma historia, una secuencia de hechos similar —en este caso, la falta de logro en el proyecto de movilidad social—, es sentida y experimentada de manera muy dispar por los que han participado de ella, dependiendo del posicionamiento que cada cual ocupe en el tablero ajedrezado de la construcción de género (Josefina *vs.* Fausto).

De ahí que, más allá de las vicisitudes a que haya conducido la migración o las puertas a las que haya dado acceso (como la posibilidad de educación o el trabajo remunerado), son el bien inestimable de la vida familiar y, junto con él, la realización de la maternidad, los aspectos que más se valoran en la mirada de este subgrupo de mujeres, porque son los que se encuentran a tono con el ideal de mujer centrado en la reproducción. Es por ello que, en el discurso de las migrantes, la mayor sanción moral recae sobre aquellas que deciden no tener hijos. A sus ojos, esas mujeres representan la máxima expresión de irresponsabilidad social y egoísmo. Entienden la maternidad como el destino supremo de la mujer y como una transformación *radical y necesaria*.

Si a los hombres corresponde la tarea de velar por el bienestar material de las familias, las mujeres se erigen en guardianas de la integridad afectiva y moral de éstas, contrapunto esencial en el conjunto de oposiciones binarias que integran la construcción de género (Ortner y Whitehead, 1996). Estos aspectos tornan inteligible la profunda amargura a que puede conducir la irrealización del ideal de vida familiar, como sucede en el relato de Carmen, en el que la migración se identifica con la disgregación de la familia; escisión profunda que desgarrá cotidianamente el sentido de su existencia.

Tres aspectos llaman la atención del contraste entre las significaciones masculinas y las femeninas. Es indiscutible, en primer lugar, la relevancia —directa o indirecta— de la familia en las atribuciones de sentido que llevan a cabo los migrantes. Ya sea porque constituye el punto cuya realización hace posible la dimensión pública de la masculinidad (el paso de la virilidad a la hombría) o porque es el ámbito que permite desplegar el lado nutricional de la femineidad (su función afectiva y protectora), la familia es un eje de referencia común a la mayoría de las elaboraciones de sentido. Lo es también en aquellas significaciones que se erigen a contracorriente, como cuando las mujeres afirman su independencia personal a despecho de la familia; o cuando es su disgregación lo que ocasiona el desplazamiento (Lucio). Resulta evidente, en segundo lugar, que la referencia al mundo familiar adquiere un cariz distinto cuando la mirada se realiza desde la masculinidad o desde la femineidad; en otras palabras: que la construcción de género otorga un matiz particular a la referencia dominante del mundo familiar en las interpretaciones discursivas de los migrantes. Así, para un conjunto de hombres, la familia es primeramente el medio a través del cual adquieren carta de ciudadanía en la esfera pública al convertirse en conductores del destino del grupo familiar como colectividad; para las mujeres constituye el metasentido de su existencia, el bien por el cual ofrendan sus vidas, en una dimensión más bien privada (doméstica) que pública. No obstante, desde la percepción de algunas de ellas puede ser también un espacio de referencia contradictorio, ambiguo, porque representa la posibilidad de realización de una dimensión esencial de sus vidas, pero también la restricción de su individualidad.

Por último, el carácter jerárquico, asimétrico de las relaciones de género queda al descubierto en dos evidencias interrelacionadas: por un lado, la profusión de escenas de violencia, abuso y maltrato en los relatos femeninos, aunada a su escasa presencia en los masculinos; por otro, el hecho de que sólo en las mujeres encontramos un tipo de significación que se erige en contradicción con el mundo familiar y se proclama como expresión de independencia respecto de éste, de la subordinación a que este mundo las somete.

Consideraciones finales

El análisis que hemos realizado de los aspectos sociosimbólicos de la migración como experiencia individual se inscribe dentro de una de las tendencias recientes de la investigación sociológica y demográfica: el rescate de las dimensiones subjetivas y socioculturales de los procesos sociales.

En la medida en que esta tendencia se alimenta del cuestionamiento crítico de las perspectivas estructurales y cuantitativistas que dominaron el panorama de las ciencias sociales desde la posguerra, se anticipan nuevos desarrollos temáticos y empíricos, desde esta óptica de reflexión, que sin duda enriquecerán el acervo del conocimiento sociodemográfico.

En el terreno particular de los estudios sobre migración, existe además otro par de razones que auguran un fortalecimiento del campo temático. Tenemos, por un lado, el inusitado dinamismo que el proceso de integración económica y productiva en curso —la *globalización*— ha dado a los movimientos migratorios. Por otro, la efervescencia analítica suscitada con el surgimiento de las *comunidades transnacionales*, otra de las muchas caras del proceso de globalización. Por un conjunto diverso de razones, la preocupación por la transnacionalidad como proceso social ha tendido también a resaltar la mediación de los procesos socioculturales en la dinámica migratoria.

Cuando a principios del siglo XXI hablamos de mediaciones socioculturales, sobresale necesariamente la construcción social de género como una de las instancias que modifican el sentido de los procesos. Ya sea por el legado de casi tres décadas de cuestionamiento crítico, o porque efectivamente se ha producido una ruptura epistemológica, es poco probable que en la actualidad un estudio centrado en los aspectos socioculturales de la migración ignore la construcción social de la diferencia sexual como factor interviniente y/o estructurante.

Los aspectos destacados sugieren no sólo que el estudio de la migración seguirá teniendo vigencia en el corto y en el mediano plazo, sino que las aproximaciones socioculturales de los procesos sociales continuarán ganando terreno en la investigación social. Al mismo tiempo, a medida que los factores que han propulsado la irrupción de la mujer en la escena pública en el último cuarto de siglo (elevación de la escolaridad,

dad, descenso de la fecundidad, terciarización económica, coyunturas de crisis, etc.) ganen impulso, será difícil hacer a un lado una aproximación analítica que coloque en su centro la situación de desigualdad entre los sexos.

Del análisis que hemos realizado se desprende que en el México de principios de siglo, desde el punto de vista individual, la migración continúa percibiéndose como una experiencia decisiva, transformadora, para el curso de vida personal. Como antaño, la familia continúa teniendo un peso importante en las motivaciones y en el sentido que la migración adquiere para los migrantes. Esta significación, no obstante, adquiere un cariz particular si la mirada se realiza desde la masculinidad o la feminidad como representaciones sociales, como organizaciones particulares de sentido. Para los hombres entrevistados adquieren más importancia las dimensiones de la vida familiar (manutención, movilidad, salvaguarda material) que le permiten refrendar públicamente su hombría como eje de identidad social. Para las mujeres, aquellas que le brindan la oportunidad de desarrollar los componentes nutricios y domésticos de su feminidad, en especial, la maternidad. No obstante, el hecho de que en uno de los significados-tipo, el sentido de afirmación personal se edifique en oposición a la vida familiar, ratifica que la familia es también percibida en la actualidad como un espacio ambiguo y contradictorio, como un ámbito que coarta la individualidad de las mujeres. Este aspecto dio cuenta de la manera en que la desigualdad de género, expresada no sólo en las múltiples restricciones que pesan sobre la mujer, sino en los numerosos episodios de violencia relatados, continúa siendo un rasgo esencial de la sociedad mexicana del siglo XXI.

Bibliografía

- Agresti, A., y B. Finlay, 1999, *Statistical Methods for the Social Sciences*, Upper Saddle River, Nueva Jersey, Prentice Hall, Inc.
- Arias, Patricia, 2000, "Las migrantes de ayer y hoy", en Dalia Barrera y C. Oehmichen Bazán (comps.), *Migración y relaciones de género en México*, México, GIMTRAP/Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, pp. 183-202.

- Ariza, Marina, 2000, *Ya no soy la que dejé atrás... Mujeres migrantes en República Dominicana*, México, Plaza y Valdés/Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- Ariza, Marina, 2003, "Juventud, migración y curso de vida. Sentidos y vivencias de la migración entre los jóvenes urbanos mexicanos", en Marta Mier y Terán, y Cecilia Rabell, *Condiciones de vida y percepciones de los niños y jóvenes*, México, Editorial Porrúa/Instituto de Investigaciones Sociales/Flacso.
- Ariza, Marina, y Orlandina de Oliveira, 2001, "Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición", *Papeles de Población*, nueva época, año 7, núm. 28, abril-junio, pp. 9-40.
- Barrera Bassols, Dalia, y C. Oehmichen Bazán (comps.), 2000, *Migración y relaciones de género en México*, México, GIMTRAP/Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.
- Bartra, Roger, 1996, *La jaula de la melancolía*, México, Grijalbo.
- Benmayor, R., y A. Skotnes, 1994, *Migration and Identity, International Yearbook of Oral History and Life Stories*, vol. III, Nueva York, Oxford University Press.
- Besserer, Federico, 2000, "Sentimientos (in)apropiados de las mujeres migrantes. Hacia una nueva ciudadanía", en Dalia Barrera Bassols y Cristina Oehmichen Bazán (comps.), *Migración y relaciones de género en México*, México, GIMTRAP/IIAUNAM, pp. 371-388.
- Bourdieu, Pierre, 1998, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, P., y Loïc J. D. Wacquant, 1995, *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.
- Bruner, Edward M., 1986, "Experience and its Expressions", en V. Turner y Edward M. Bruner, *The Anthropology of Experience*, Chicago, University of Illinois Press, pp. 3-32.
- Büjs, Gina (comp.), 1993, *Migrant Women. Crossing Boundaries and Changing Identities*, Providence, Oxford, Berg Publishers.
- Denman, Catalina A., y Jesús Armando Haro, 2000, "Trayectoria y desvaríos de los métodos cualitativos en la investigación social", en Catalina A. Denman y Jesús A. Haro (comps.), *Por los rincones. Antología de los métodos cualitativos en la investigación social*, Hermosillo, Sonora, El Colegio de Sonora, pp. 9-56.

- Elder, Glen H. Jr., 1974, *Children of the Great Depression*, Chicago, Chicago University Press.
- Elder, Glen H. Jr., 1985, "Perspectives on the Life Course", en Glen H. Jr. Elder (comp.), *Life Course Dynamics, Trajectories and Transitions*, Cornell University Press, pp. 23-49.
- Fuller, Norma (comp.), 2000, *Paternidades en América Latina*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.
- Fuller, Norma, 2000, "Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú", en Norma Fuller (comp.), *Paternidades en América Latina*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, pp. 35-90.
- García, Brígida, y Orlandina de Oliveira, 1994, *Trabajo y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- Glick Schiller, N., L. Basch y C. Blanc-Szanton, 1992, *Towards a Transnational Perspective on Migration. Race, Class, Ethnicity and Nationalism Reconsidered*, Nueva York, New York Academy of Sciences.
- Grasmuck, Sherri, y Patricia Pessar, 1991, *Between Two Islands. Dominican International Migration*, Los Angeles, Berkeley, University of California Press.
- Granovetter, Mark, 1985, "Economic Action and Social Structure: The Problem of Embeddedness", *American Journal of Sociology*, 91, pp. 481-510.
- Guba, Egon G., e Yvonna S. Lincoln, 2000, "Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa", en Catalina A. Denman y Jesús A. Haro (comps.), *Por los rincones. Antología de los métodos cualitativos en la investigación social*, Hermosillo, Sonora, El Colegio de Sonora, pp. 113-146.
- Guarnizo, Luis, y Michel Peter Smith, 1998, "The Locations of Transnationalism", en Michel Peter Smith y Luis Eduardo Guarnizo (comps.), *Transnationalism from Below*, New Jersey, Transaction Publishers, pp. 3-34.
- Gutmann, Matthew C., 2000, *Ser hombre de verdad en la ciudad de México*, México, El Colegio de México.
- Habermas, J., 1993, *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, México, Red Editorial Iberoamericana, S.A. (REI).
- Hernández-León, Rubén, 1999, "¡A la aventura!: jóvenes, pandilla y migración en la conexión Monterrey-Houston", en Gail Mummert (comp.), *Fronteras fragmentadas*, Zamora, El Colegio de Michoacán/CIDEM, pp. 115-143.

- Hondagneu-Sotelo, P., 1994, *Gendered Transitions. Mexican Experiences of Immigration*, Los Angeles, University of California Press.
- Joas, Hans, 1990, "Interaccionismo simbólico", en Anthony Giddens y Johnatan Turner, 1990, *La teoría social hoy*, México, Conaculta/Alianza Editorial, pp. 112-152.
- Jodelet, Denise, 1986, "La representación social: fenómenos, conceptos y teorías", en S. Moscovici, *Introducción a la psicología social*, Barcelona, Planeta.
- Kearney, M., 1995, "The Local and Global: the Anthropology of Globalization and Transnationalism", *Annual Review of Anthropology*, vol. 24(1), pp. 547-565.
- Lewis, A., 1976, *Teoría del desarrollo económico*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Maier, Elizabeth, 2002, "La migración como mediación en las relaciones de género de obreras agrícolas de Oaxaca residentes en Baja California", en Dalia Barrera Bassols y Cristina Oehmichen Bazán (comps.), *Migración y relaciones de género en México*, México, GIMTRAP/IIAUNAM, pp. 229-252.
- McKinney, John C., 1968, *Tipología constructiva y teoría social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Morokvásic, Mirjana, 1983, "Women in Migration: Beyond the Reductionist Outlook", en Annie Philzacklea, *One Way Ticket. Migration and Female Labour*, Londres, Routledge & Kegan Paul, pp. 13-31.
- Moscovici, Serge, 1984, "The Phenomenon of Social Representations", en Robert M. Farr y Serge Moscovici (comps.), *Social Representations*, Cambridge y París, Cambridge University Press y Maison des Sciences de l'Homme, pp. 3-70.
- Oliveira, O. de, 1975, "Industrialization, Migration and Entry Labor Force Changes in Mexico City, 1930-1970", tesis doctoral, Austin, Universidad de Texas.
- Oliveira, Orlandina de, y Marielle Pepin Lehalleur, 2000, "Rupturas culturales en los relatos autobiográficos de mujeres que migran del campo a la ciudad", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 62, núm. 1, enero-marzo, México, pp. 123-143.

- Ortner, Sherry B., y Harriet Whitehead, 1996, "Indagaciones acerca de los significados sexuales", en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Porrúa/Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM, pp. 127-180.
- Pedraza, Silvia, 1991, "Women and Migration: the Social Consequences of Gender", *Annual Review of Sociology*, 17, pp. 303-25.
- Portes, Alejandro, 1993, "Embeddedness and Immigration: Notes on the Social Determinants of Economic Action", *American Journal of Sociology*, vol. 98, núm. 6, pp. 1320-1350.
- Portes, A., y József Böröcz, 1989, "Contemporary Immigration: Theoretical Perspectives on its Determinants and Modes of Incorporation", *International Migration Review*, vol. XXIII, núm. 3, otoño, pp. 606-630.
- Portes, Alejandro, y John Walton, 1981, *Labor, Class and the International System*, Nueva York, Academic Press.
- Ryder, Norman, 1965, "The Cohort as a Concept in the Study of Social Change", *American Sociological Review*, 30 (diciembre).
- Sarti, Cynthia A., 1993, "Familia y género en barrios populares de Brasil", en Soledad González Montes (coord), *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana*, México, El Colegio de México, pp. 55-70.
- Smelser, N. J., y R. Swedberg (comps.), 1994, *The Handbook of Economic Sociology*, Princeton y Nueva York, Princeton University Press/Russell Sage Foundation.
- Szasz, Ivonne, 1992, "Trabajadoras inmigrantes en Santiago de Chile en los años ochenta", *Estudios Demográficos y Urbanos*, 20-21, vol. 7, núms. 2 y 3, mayo-diciembre.
- Szasz, Ivonne, 1999, "La perspectiva de género en el estudio de la migración femenina en México", en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 167-210.
- Thomas, W., y F. Znaniecki, 1966, *The Polish Peasant in Europe and America*, Nueva York, Dover Publications.
- Thompson, Paul, 1993, "Historias de vida y análisis del cambio social", en Jorge Aceves Lozano (comp.), *Historia oral*, Antologías Universitarias. Nuevos Enfoques en Ciencias Sociales, México, Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 117-135.

- Tienda, M., y K. Booth, 1991, "Gender, Migration and Social Change", *International Sociology*, 6, pp. 51-72.
- Todaro, Michael, 1969, "A Model of Labor Migration and Urban Employment in Less Developed Countries", en *American Economics Review*, vol. LIX, pp. 138-148.
- Turner, 1986, "Dewey, Dilthey, and Drama: An Essay in the Anthropology of Experience", en V. Turner y Edward M. Bruner, *The Anthropology of Experience*, Chicago, University of Illinois Press, pp. 33-44.
- Valenzuela, José Manuel, 1988, *¡A la Brava ése!*, Tijuana B. C., El Colegio de la Frontera Norte.
- Valdés, Teresa, y J. Olavarría, 1998, "Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo un mismo modelo", en T. Valdés y J. Olavarría (comps.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso, pp. 12-35.
- Viveros Vigoya, Mara, 1998, "Quebradores y cumplidores: biografías diversas de la masculinidad", en T. Valdés y J. Olavarría (comps.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso, pp. 36-55.
- Whiteford, M., 1978, "Women, migration and social change: a Colombian case study", *International Migration Review*, Nueva York, vol. 12, núm. 12, pp. 236-247.
- Yans-McLaughlin, V. 1990, "Metaphors of Self in History: Subjectivity, Oral Narrative, and Immigration Studies", en Virginia Yans-McLaughlin (comp.) *Immigration Reconsidered, History, Sociology and Politics*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 254-290.

**AZARES Y DEVENIRES DE LAS FAMILIAS RURALES DEL SUR
DE VERACRUZ FRENTE A LA PÉRDIDA DE PRÁCTICAS
COLECTIVAS Y A SU FUTURO AMBIENTAL**

Elena Lazos Chavero¹

Yo, pues sí, veo la tristeza del monte, pero ¿qué puedo hacer? Ni milpa tenemos, yo ya no voy a la parcela, él decide todo, yo me quedé como planta aquí, ni mis hijos pueden hacer lo que quieren, sólo él.

Doña Viviana, anciana nahua de Tatahuicapan

Antes había muchísima montaña, pero ahora están desmontando demasiado, por la milpa, por los ganados, para empastar, están desmontando mucho. Antes sí iba yo (a la montaña) a buscar pescado, pero ahora ya no.

Doña Rosa, mujer nahua de Tatahuicapan

Los chicos andan en la escuela, ya no quieren ir a la milpa, el mayor se fue hace cinco años, se fue, dejó aquí a la esposa, dejó su casa, ella vive aquí, pero él no manda para el gasto; mi hija se quiere ir a trabajar lejos. Él (el marido) está sólo, nadie que le ayude.

Doña Juana, mujer nahua de Pajapan

Introducción: recursos en pobreza

El galopante cambio ambiental en el medio rural del sureste mexicano se ve expresado por la grave pérdida de recursos naturales, la deforestación, la baja productividad de los cultivos tradicionales, la sustitución de siste-

¹ Agradezco profundamente a las familias tatahuicapeñas permitirme entrar a su mundo real e imaginario. Las discusiones del equipo de trabajo fueron siempre estimulantes, especialmente con Lourdes Godínez. Los comentarios minuciosos de Alfredo López Austin, Juan Rodríguez López, Mauricio Sánchez Álvarez y de los dictaminadores a versiones anteriores enriquecieron enormemente mis ideas. Este trabajo forma parte de una investigación intitulada "Agotamiento de los recursos naturales y alternativas productivas para el desarrollo sustentable en la sierra Santa Marta, Veracruz" coordinado por Elena Lazos y Luisa Paré del Instituto de Investigaciones Sociales, el cual fue financiado por DGAPA, UNAM (1997-1999).

mas agrícolas diversificados por monocultivos, la dependencia alimentaria, el uso desmesurado de agroquímicos, los fuertes fenómenos de erosión y contaminación de suelos y el adelgazamiento y contaminación de las aguas superficiales. Estos procesos agravan día con día las condiciones de vida de las familias y profundizan el empobrecimiento general de la población.

El entendimiento de esta degradación ambiental no debe reducirse a la simple explicación de las interrelaciones entre el círculo de la pobreza, la sobreexplotación del medio natural y la falta de prácticas de conservación de los recursos. La pobreza, el cambio ambiental y la descapitalización productiva de las comunidades campesinas del sureste responden, por una parte, a las políticas macroeconómicas instrumentadas desde hace varias décadas, las cuales agudizaron los conflictos comunitarios; y por otra parte, a la deslegitimación de las instituciones sociales rurales por los propios habitantes de las comunidades estudiadas. Las políticas imperantes se han sustentado en la generación de ganancias y rentas extraordinarias, polarizando las economías campesinas en una apertura comercial violenta y unilateral, en una liberalización de la legislación agraria, en un abrupto retiro de la participación del Estado en el apoyo y fomento para el medio rural; pero, al mismo tiempo, con tratados internacionales que comprometen el devenir de las familias rurales y sin haber construido una infraestructura de largo plazo. Con respecto a las instituciones sociales locales, la mayoría ha perdido legitimidad entre los habitantes y muchas organizaciones propias de las comunidades han sido cooptadas por instituciones políticas que generan corrupción y dependencia a través del control de los programas y planes de fomento agrícola y seguridad social. A lo largo del tiempo, esto ha generado gran desconfianza de las comunidades hacia sus propias autoridades, dependencia de los programas estatales y corrupción, y por tanto muchos productores se encuentran desincentivados para generar prácticas de conservación de los recursos. Es claro que, cuando no hay políticas favorables para un desarrollo sustentable en el medio rural, se llega a condiciones extremas de deterioro, lo que significa mayor carencia tanto de alternativas económicas locales como de posibilidades para lograr la subsistencia familiar.

Las familias rurales de las comunidades del sureste mexicano se han enfrentado desde hace décadas con dinámicas institucionales heterogéneas, contradictorias, cooptadoras, que dividen y contraponen a las poblaciones campesinas y que no tienen una visión integral para el desarrollo de procesos participativos y autogestivos. El acaparamiento y la privatización de tierras, los monopolios comerciales en manos de empresas multinacionales, los grandes proyectos fracasados de desarrollo, la dependencia de agroquímicos y semillas industriales, el clientelismo político para la obtención de créditos son procesos que han polarizado—en beneficio de algunos productores— y marginado a la mayor parte de los habitantes rurales. La gran mayoría de las familias campesinas, con o sin tierras, vive en condiciones ecológicas, económicas y sociales precarias y restrictivas.

En este panorama, donde los habitantes rurales carecen de seguridad social garantizada, existen en cada comunidad diferencias profundas entre los productores según acceso y cantidad de tierras que poseen, uso del suelo, acceso y control de los créditos o programas y condiciones del mercado. Estas desigualdades no sólo se dan en el plano comunitario y regional, sino que se agudizan según el género y la generación e inclusive en el interior de cada grupo doméstico. Dentro de este marco, quiero analizar en este trabajo los significados y las consecuencias del cambio ambiental para los distintos miembros de los grupos domésticos nahuas de la Sierra de Santa Marta al sur de Veracruz. ¿Podemos seguir pensando en la unidad de los grupos domésticos? ¿Cuáles son los conflictos intra e interfamiliares generados a partir de la “tragedia de los individuales”² y del parcelamiento ejidal? ¿Cuáles son las posibilidades tanto para

² La repartición de toda la tierra a los jefes de familias inscritos en las listas ejidales facilitó que la toma de decisiones sobre el uso de la tierra se diera a nivel individual, con lo que se perdió la normatividad social del uso de los recursos. Esta situación ilustra un proceso distinto al descrito por Garret Hardin (1968) en su multicitada “tragedia de los comunes”. En ésta, el libre acceso a los recursos en una comunidad provoca la sobreexplotación de los mismos. En Tatahuicapan, el acceso a los recursos era comunal, con trabajo colectivo (encierros colectivos) o individual, pero con una normatividad común. Las decisiones en cada parcela se tomaban individual y comunitariamente. Antes del parcelamiento del ejido en 1976-1978, las tierras eran trabajadas bajo el régimen co-

las mujeres como para los jóvenes de acceder a la tierra y tomar decisiones sobre su manejo? ¿Qué significan y cuáles son las consecuencias de las transformaciones ambientales tanto para las mujeres como para los hombres de distintas generaciones? ¿Cómo divisan su futuro ambiental los distintos miembros de las familias en el entorno comunitario?

Grupos domésticos vistos con diferentes cristales

Antes de discutir estos cuestionamientos, quisiera contextualizar algunos elementos clave para entender los grupos domésticos del nuevo medio rural. En esta nueva ruralidad, donde la producción agrícola ha pasado a un plano secundario y los miembros de cada familia siguen continuos vaivenes migratorios, y cuando la política de incentivos a la producción campesina se ha colapsado, encontramos transformaciones culturales e ideológicas que reformulan continuamente las expectativas de vida, las experiencias, los tipos de información y los deseos de los diferentes miembros del grupo doméstico. Ante todo, los grupos domésticos han sido siempre y son altamente heterogéneos, dinámicos y contradictorios en sus múltiples facetas (económicas, culturales, sociales, ideológicas).

En los primeros trabajos antropológicos sobre las familias, éstas fueron conceptualizadas como grupos estables tutelados por reglas matrimoniales y de residencia (Goodenough, 1956) o grupos modelados por etapas de acuerdo con su ciclo de desarrollo (Fortes, 1958; Goody, 1958) o unidades encuadradas dentro de la dinámica de la economía campesina, respondiendo a factores internos de su propio desarrollo, donde el tamaño y la composición de la familia —expresados en términos de la relación

munal, aunque muchas de las decisiones eran tomadas individualmente; pero éstas, en principio, no debían afectar los intereses de los vecinos. Si un agricultor quería tumar 10 hectáreas de selva para hacer su milpa, antes debía pedir permiso y justificarse ante las autoridades agrarias. Después del parcelamiento, los productores decidieron individualmente el futuro de su propia parcela. He llamado “tragedia de los individuales” a la sobreexplotación de los recursos por dejar su destino a las decisiones individuales. Los productores pueden derribar casi toda la vegetación de su parcela sin que las autoridades o el resto de la comunidad pueda impedirlo. La normatividad social que regulaba el acceso a los recursos no ha podido ser readoptada en nuevos acuerdos comunitarios.

entre el número de consumidores y el número de trabajadores— eran determinantes de la actividad económica del núcleo (Chayanov, 1974). En estos tres acercamientos, la estructura interna de la unidad familiar como organización de la unidad de producción-consumo pesaba más que la transformación del medio social y económico. Varias investigaciones sobre familias campesinas hicieron hincapié en las actividades de producción y consumo como ejes ordenadores de sus vidas (Bartra, 1982; Pepin y Rendón, 1989; González, 1992, entre otros). Este enfoque era de máxima relevancia, ya que destacaba la importancia del trabajo realizado por el grupo doméstico sobre la parcela de tierra en posesión. Se recalca en las funciones económicas de las unidades como la base de las relaciones organizadoras de los lazos familiares. Sin embargo, desde hace ya algunas décadas no basta explicar los procesos de formación, desarrollo y fisión de los grupos domésticos rurales con la movilidad de la mano de obra y los consumidores; no basta determinarlos con las reglas de matrimonio y de residencia o con los códigos culturales del grupo étnico en cuestión, puesto que en estas posturas se predicaba más bien la homogeneidad de las unidades domésticas.³

Los grupos domésticos están insertos en instituciones sociales comunitarias en continua transformación y, por ende, interactúan de múltiples formas, dependiendo de las condiciones económicas, sociales, políticas, ideológicas y culturales a las que se enfrentan día con día, y donde se van forjando los destinos de los distintos miembros que las conforman. En el medio rural, para entender el flujo de las recomposiciones familiares y los múltiples comportamientos derivados, es fundamental, como se hizo por varios años, analizar las condiciones productivas locales (acceso a la tierra, tamaño de las parcelas, tipo de cultivos, nivel tecnológico, productividad) y comerciales (acceso a los mercados, juego de los precios), la política agropecuaria nacional (créditos, programas de apoyo, fijación de precios), el desarrollo de polos de trabajo asalariado y por tanto los procesos migratorios, pero también hay que entender la inserción de las familias en el elenco contextual de la cultura, de las formas de vivir y participar y de la influencia de los modelos de consumo masivos

³ Utilizo unidad doméstica cuando los autores citados así la denominan.

urbanos. La conjugación de todos estos elementos nos permite comenzar a entender la gran heterogenidad de relaciones sociales recreadas en el interior de los propios grupos domésticos. Cada uno de estos procesos incide en diferentes niveles y con diversos grados; pero, en conjunto, estas condiciones externas⁴ juegan un papel esencial para explicar la dinámica y la organización de los grupos domésticos (Netting, 1993: 2-9).

Las relaciones familiares están pues permeadas por normas, valores, simbolizaciones y representaciones que se intercambian y reformulan entre los miembros de la familia y las comunidades a las cuales pertenecen y con las cuales interactúan. “En este proceso relacional, lo doméstico conforma y cambia el conjunto de actividades que lo definen” (Jelín, 1984, cit. por Salles, 1990: 3). Si bien la familia y la comunidad no son realidades reductibles entre sí, “hay una suerte de influencia mutua que por veces es enigmática” (Salles, 1990: 3). Inclusive, varios investigadores han argumentado que la estructura y el tamaño de las unidades domésticas son indicadores sensibles a los procesos que ocurren en la economía mundial, mediada a través de los cambios en los mercados laborales (Smith *et al.*, 1984; Schmink, 1984). Por supuesto, estos procesos son interdependientes, y sólo en este proceso interrelacional podemos entender el rejuego y recomposición de los grupos domésticos.

Desde hace ya algunas décadas, la unidad doméstica ha estado en el centro de múltiples investigaciones, ya que se ha considerado como el *locus* fundamental de los procesos productivos, donde se toman las decisiones más importantes relacionadas con la reproducción, producción, aspectos económicos, ambientales y culturales (Netting *et al.*, 1984). Precisamente de aquí parten las críticas más sustanciales. Bach y Schraml (1982) han sugerido que los estudios que toman a las unidades domésticas como su punto de partida para la investigación caen fácilmente en visiones funcionalistas, ya que se centran en la continuidad de la unidad. En este mismo sentido, desde hace ya varios años, Collins (1986) argu-

⁴ Varias autoras han definido como condiciones internas aquellos procesos y elementos sobre los que la unidad doméstica ejerce un control inmediato, y como condiciones externas aquellas que están fuera del control de la familia, pero conforman el marco existencial histórico, social y económico de la misma (Pepin y Rendón, 1989; De Teresa, 1992).

mentó que al sólo enfocarse en las unidades domésticas se pone atención únicamente a las relaciones que explican su unidad. Así, existe una tendencia a ignorar las relaciones productivas que dividen a los miembros de la familia. La segunda observación de Collins es que los estudios centrados en las unidades domésticas, embebidos en la lógica occidental, reducen la explicación de la reproducción social a los grupos domésticos, cuando en los Andes, las relaciones comunitarias son más importantes para lograr la reproducción social. La tercera opinión de Collins es que, al reforzar el estudio sobre la unidad doméstica, se olvidan las contradicciones provocadas con la participación campesina en la economía de mercado, como el debilitamiento de las redes extradomésticas que, según Collins (1986: 653) mantenían la sociedad de los Andes.⁵

A pesar de que todas las críticas argumentadas por Jane Collins (1986) deben tomarse en cuenta, haré referencia sólo a las dos primeras. Con respecto a la segunda, varios autores han ampliado el concepto de grupos domésticos, ya que éstos no son definidos como autocontenidos, y su mantenimiento requiere de relaciones con otros grupos y con las demás instituciones sociales (Oliveira y Salles, 1989). El concepto de red de relaciones, aplicado al entorno de los grupos domésticos, apunta hacia los vínculos de intercambio comunitarios, que Collins señala como los aspectos más notables para explicar la reproducción social en los Andes. Inclusive, Quesnel y Lerner (1989: 42) proponen la categoría de grupos domésticos de interacción, con la cual se intenta ampliar el espacio familiar incluyendo, a partir del grupo doméstico residencial, diversas redes de relaciones que el grupo mantiene con otros grupos fuera de su unidad. Las redes de acción entre los grupos implican comunicación donde se afianzan o se redefinen pautas de consenso, solidaridad o

⁵ Estas observaciones la llevan a plantear que, en la sociedad aymara, la participación de la sociedad campesina en la economía capitalista, por un lado, ha debilitado las redes comunitarias que organizaban la producción de subsistencia y, por otro lado, ha fortalecido el posicionamiento de las familias nucleares (Collins, 1986: 656). Si bien es cierto que esto podría estar pasando en algunos casos, no se puede generalizar que la participación en el sistema capitalista lleve forzosamente a la desaparición de las relaciones comunitarias. Una multiplicidad de estudios sobre migración o comercialización agrícola han probado lo contrario (Kearney, 1995; Lazos, 1995).

enfrentamiento. Por ello, la importancia de las redes de relaciones entre los grupos domésticos ha llevado a algunos autores a proponerlas como unidades de análisis en las investigaciones sobre la reproducción cotidiana (Lomnitz, 1975).

Respecto de la primera crítica realizada por Collins (1986), es decir, sobre el cuestionamiento de la unidad de las unidades domésticas, existen otras autoras que han profundizado igualmente en esta controversia. Principalmente las feministas y las estudiosas de las relaciones de género en las unidades domésticas han argumentado la existencia de múltiples voces, intereses genéricos y generacionales, y una distribución desigual de recursos y de tomas de decisión (Benería y Roldán, 1987; Guyer y Peters, 1987). Folbre (1986) como economista igualmente había ya esbozado apreciaciones hacia el trabajo de Arizpe (1978) ya que el término de estrategias de sobrevivencia subrayaba la unidad doméstica como unidad indiferenciada. Folbre (1986) ponía el acento en las diferencias entre los papeles, las obligaciones y los derechos de hombres, mujeres, niños y ancianos de la misma unidad doméstica. Desde 1983, reportes del Banco Mundial describían las diferencias genéricas en la asignación de los recursos, ya que había fuertes diferencias entre niños y niñas en educación. Igualmente, en otros trabajos (Miller, 1981) se señalaban las dramáticas diferencias en la alimentación entre niños y niñas. En varias sociedades indígenas, las familias “invertían” más en los niños que en las niñas pues en el futuro recibirían mejores ingresos monetarios con el trabajo masculino (Rosenzweig y Schultz, 1982).

Profundizando en la diferenciación en el interior de las unidades domésticas, Wolf (1990) describe dos procesos laborales donde se insertan las hijas de las familias. En Java, casi todas acuden al trabajo asalariado contra los deseos de los padres;⁶ mientras que en Taiwán, se

⁶ En el estudio en Java, podría pensarse que para las familias pobres, con pocos hijos pequeños y suficiente mano de obra femenina, la estrategia familiar sería la expulsión de mujeres jóvenes hacia la industria. Sin embargo, Wolf (1990: 49), al preguntar quién tomó la decisión de ir a trabajar, en todos los casos, descubrió que fueron las hijas quienes decidieron solas, inclusive contra la voluntad de sus padres y madres. “I saw my friends work in the factories and then I wanted to work there too. My parents

ven obligadas a trabajar para contribuir al ingreso familiar.⁷ El concepto de estrategias domésticas describe inadecuadamente, según Wolf (1990), ambos procesos; enmascara la estratificación intradoméstica por género y generación, y reprime las voces de los miembros desempoderados (mujeres y jóvenes). El concepto de estrategias le confiere a las unidades domésticas una unidad tal que parece como si fuera un individuo en la toma de decisiones. Wolf (1990) señala entonces que las decisiones para acudir a un trabajo asalariado no están tomadas de manera colectiva; sólo algunos miembros de la familia deciden y el resto acata. Los padres javaneses se adaptan a las decisiones de las hijas en lugar de orquestar sus acciones. Esto no impide que, en tiempos de crisis, los padres manden a las hijas a trabajar para mantener a la familia y evitar la migración de los padres. En estos casos, sí hay un objetivo común y colectivo. La autora concluye entonces que el comportamiento de los miembros de la familia es dinámico y fluido, y dependerá de las situaciones económicas, sociales y políticas.

Entender la estructura de la toma de decisiones nos permite intuir las redes de poder entre los géneros y generaciones. Con esto se evitaría romantizar la solidaridad entre los miembros de la familia y analizar tanto los procesos de cohesión y solidaridad como los de conflicto y autoritarismo. Los grupos domésticos están sujetos a procesos de relaciones dinámicas, donde las asimetrías se generan y se resuelven mediante nego-

wouldn't allow it. I didn't ask their permission and I started work right away. I went secretly" (Wolf, 1990: 50). Ahora bien, al preguntar a las jóvenes las razones de su ingreso al trabajo asalariado, todas dijeron que estaban motivadas por razones individuales y económicas, pero no por el bienestar de la familia. "It's nice to be able to buy my own soap" era una razón para algunos jóvenes. Su salario servía para la compra de sus enseres personales y, ya cuando tenían el permiso de los padres, parte de su salario en ocasiones se ocupaba para las fiestas familiares (nacimientos, matrimonios), para emergencias o para cubrir deudas (Wolf, 1990: 52).

⁷ Los padres taiwaneses socializan a las hijas para hacerlas creer que ellas mismas no tienen valor y que todo lo que tienen se lo deben a los padres y deben pagarlo. Los padres controlan el trabajo de las hijas (lugar del trabajo, salarios, días de trabajo). Gates (1987) argumenta que las mujeres jóvenes están en una posición doblemente débil (edad y género) que provoca que cubran trabajos mal remunerados, agotadores y peligrosos. Las hijas no tienen alternativa frente a esto.

ciaciones, renegociaciones e intercambios, o no se resuelven y producen rupturas y abandonos.

En este mismo sentido, desde hace varios años se ha enfatizado en la migración como uno de los factores más importantes que moldean la dinámica de las unidades domésticas (Arizpe, 1978; Smith *et al.*, 1984; Trigueros, 1994; Szasz, 1994; Barrera y Oehmichen, 2000; Ariza, 2000). Los estudios sobre unidades domésticas urbanas aportaron nuevos elementos para comprender los grupos domésticos rurales (García, Muñoz y Oliveira, 1982). La mayoría de estos estudios ha tenido el objetivo de comprender las condiciones en que surgen las migraciones como respuesta de las familias rurales, las características internas de los grupos domésticos que determinan su existencia y modalidades, los significados que los propios migrantes atribuyen a la experiencia de migrar, y el papel que desempeñan los comportamientos migratorios de hombres y mujeres en la subsistencia de los grupos familiares y en el mercado nacional e internacional de trabajo.⁸ Dos vertientes de los estudios se han desarrollado: ya sea que estos cambios se vean bajo el cristal de las motivaciones psicosociales sobre los miembros de la familia y se haga hincapié en la influencia de la modernización y urbanización como fuerza de atracción hacia las ciudades (García Canclini, 1995; Ariza, 2000); ya sea que estas transformaciones se den bajo las desigualdades económicas impuestas por el capital, donde la migración es una estrategia de los grupos domésticos frente a la crisis en el campo (Kemper, 1987; Kearney, 1995). Ambas aproximaciones han sido fundamentales para explicar el significado de la migración para la reproducción de los grupos domésticos rurales y urbanos, desdibujando sus fronteras y sus desigualdades.⁹

⁸ Una gran cantidad de investigaciones se han realizado al respecto, con diferentes ángulos y perspectivas teóricas, generando nuevos conceptos, en distintas regiones, en distintas condiciones (económicas, políticas, ambientales), con especial atención sobre algunos sectores (mujeres, niños, viejos). Únicamente en las fichas bibliográficas de las bibliotecas de El Colegio de México, la Universidad de Stanford y la Universidad de Zürich, se registran más de 2 000 títulos sobre algún aspecto de las migraciones nacionales e internacionales.

⁹ Una vertiente importante de los estudios se abocó a entender los procesos de identidad social de los migrantes y las interrelaciones con sus comunidades de origen, las cuales les

Si bien es cierto que la migración forma parte de la reproducción de la mayor parte de los grupos domésticos rurales como una estrategia fundamental y ha provocado innovaciones sustanciales, el proceso de formación y disolución, y la organización interna para el acceso a los recursos dependen no solamente de la migración, sino también de la interrelación de las condiciones contextuales de los grupos domésticos. En ciertos casos, predominará una de estas condiciones (e.g. la política agropecuaria) y en otros casos, intervendrán varios de los procesos (e.g. acceso a la tierra, nivel tecnológico, cargos religiosos) para definir la dinámica familiar. Tomando en cuenta toda esta gama de influencias y de comportamientos, el concepto de grupo doméstico debe incluir una multiplicidad de expresiones y de principios, por lo que debe ser visto como una “red de procesos”.¹⁰ Bajo esta noción, tenemos una perspectiva relacional para analizar vínculos de diferente naturaleza establecidos en el marco familiar. Las dinámicas y configuraciones familiares por tanto seguirán caminos distintivos según las condiciones comunitarias, regionales, nacionales y globales a las cuales se enfrentan y en las cuales intervienen cotidianamente. En este sentido, cada uno de los miembros de la familia teje diferentes procesos alrededor del grupo doméstico, por lo que cada grupo está inserto en una red de procesos que se contraponen, se combinan, se complementan o se contradicen.

Para ello, recordemos aquí las diferencias que existen entre la familia y el hogar (Laslett, 1972; Hammel y Laslett, 1974; García, Muñoz y Oliveira, 1982; Wilk y Netting, 1984; Oliveira y Salles, 1989; Salles, 1996). La familia es una institución definida por las relaciones de parentesco establecidas entre los miembros por nacimiento, adopción y matrimonio, sin tomar en cuenta si comparten o no la residencia familiar o si colaboran o no en tareas conjuntas. La familia constituye un eje fundamental de la reflexión parsoniana que abre una línea importante donde se enfatizan la problemática de la socialización y la cuestión generacional. El grupo doméstico se distingue de ella por dos ejes básicos: uno

habían permitido reproducir su sentido de pertenencia (Méndez y Mercado, 1984; Pérez Ruiz, 1993; Kearney, 1995; Sánchez, 1995).

¹⁰ Siguiendo la definición de familia dada por Gray (1964: 4), nos parece que el concepto de grupo doméstico debe quedar abierto y ser multidimensional.

se remite al espacio y el otro a las relaciones desarrolladas por las personas que lo definen; los miembros de un grupo doméstico comparten residencia (Yanagisako, 1979; Oliveira y Salles, 1989: 14) y comparten actividades de producción y/o de consumo, independientemente de su relación de parentesco (Carter, 1984: 45). Sin embargo, en la mayoría de los casos en el medio rural, las relaciones de parentesco toman una gran importancia en las interrelaciones establecidas en los hogares. En los grupos domésticos se dan distintos arreglos familiares que implican formas de convivencia intergenéricas e intergeneracionales normadas por distintas pautas (consenso y conflicto, por ejemplo). De Barbieri recalca además que el hogar es un espacio privado, donde se da la satisfacción de diferentes necesidades materiales y afectivas (Oliveira y Salles, 1989).

En la nueva ruralidad, muchos miembros de familia migran temporal o permanentemente, pero permanecen en continua relación con su grupo doméstico originario. Por tanto, la coresidencia ya comienza a no ser indispensable para la organización conjunta de la producción o del consumo. La unidad económica se dará entonces con familiares en distintos procesos de migración y en varias regiones (inclusive hasta nuestro vecino país del norte), quienes surten continua o intermitentemente de ingresos a sus familias para que éstos sean invertidos en la producción o en el consumo familiar. En este sentido, tendremos una gran diversidad de configuraciones familiares, dependiendo del tiempo y del espacio, en relación con su ciclo reproductivo y económico y dependiendo de su contexto cultural. Esto, a la vez que explica la reproducción de los grupos domésticos, implica también conflictos en su interior. Un caso muy ilustrativo es el que tuvo lugar durante principios de los años noventa en la Sierra de Santa Marta al sur de Veracruz. La sierra había surtido de mano de obra campesina a la industria petrolera, petroquímica y azufrera de Coatzacoalcos, Minatitlán y Jaltipan desde la década de 1950, con diferentes intensidades en distintos períodos.¹¹ Muchos hombres jóvenes y

¹¹ A lo largo de la década de los cincuenta, la demanda de fuerza de trabajo en el corredor Minatitlán-Coatzacoalcos provocó una fuerte emigración de los pobladores de la sierra hacia esos puntos (Palma, Quesnel y Delaunay, 2000: 100). El establecimiento de las diversas políticas agrarias que favorecieron la colonización tuvo una clara expresión demográfica, ya que en este periodo intercensal (1960-1970) se recuperó el

adultos que, al parecer, habían migrado definitivamente al convertirse en obreros industriales, durante la crisis del primer lustro de 1990 y el despido masivo, regresan a sus comunidades y presionan por el acceso a la tierra. Aquí comienzan a cristalizarse conflictos intergeneracionales e intergenéricos de manera violenta. Los hijos menores trabajaban las tierras surtididos con poco o mucho de las remesas mandadas por los hermanos mayores o inclusive se dedicaban a la cría del ganado comprado por las remesas. Cuando los hermanos mayores regresaron, reclamaron sus derechos a la tierra y, por supuesto, al ganado que fue comprado con su dinero. Esta situación se tornó conflictiva y violenta; y se complicó aún más cuando las mujeres migrantes que habían mandado remesas vieron que éstas se habían considerado sólo para el consumo familiar y no había capitalización de sus envíos en ganado. Las exacerbaciones de las asimetrías generacionales llevaron a la fragmentación de la unidad económica en varios grupos domésticos con un acceso diferencial a la tierra, donde unos perdieron y otros ganaron, dependiendo de sus relaciones políticas y comunitarias. Si bien los derechos y obligaciones son disímiles entre los miembros de la familia y los miembros del hogar, vemos que las diferencias entre los componentes de los grupos domésticos se agravan en momentos de crisis y llevan a rupturas definitivas.

Esta situación en la sierra es extremadamente compleja y debe ser objeto de mayor investigación, pero la ejemplifiqué aquí para entrar a una crítica fundamental en el estudio de los grupos domésticos. Dicha evaluación me va a permitir entender cómo los distintos miembros fa-

ritmo anual de crecimiento poblacional de 3%. Una vez establecido el perfil agrario de la sierra, y por lo tanto limitado el acceso a la tierra, la tasa de crecimiento poblacional vuelve a caer entre 1970 y 1980 a 1.4%. Palma, Quesnel y Delaunay (2000) señalan que este cambio de tendencia se debe de nuevo a una fuerte expulsión hacia el corredor industrial. Quince años más tarde, el incremento en la tasa de crecimiento, que entre 1990-1995 llega a ser de 4.38%, se relaciona con el regreso intensivo de los migrantes a sus lugares de origen, motivado por el estancamiento del corredor industrial. Finalmente, en el último lustro (1995-2000) existe un abatimiento de la tasa de crecimiento, que disminuye a 1.35 en la subregión de Santa Marta, lo que posiblemente esté relacionado con la migración hacia el norte del país en búsqueda de empleo agrícola y en las maquiladoras (gráficas en Lazos y Godínez, 2004).

miliares visualizan y construyen su futuro ambiental. En los siguientes apartados, analizaré los conflictos y los consensos de los grupos domésticos frente al acceso a la tierra, el manejo de los recursos naturales y su futuro ambiental.

Familias nahuas de Tatahuicapan: del “trabajando juntos como uno” al “cada quien trabaja por su lado”

En este apartado quiero centrarme en la relación que existe entre la dinámica del grupo doméstico, el vaivén en el acceso a la tierra y el paso de la milpa a la ganadería en una comunidad nahua de la zona de amortiguamiento de la Reserva de la Biosfera de Los Tuxtlas, al sur de Veracruz. ¿Cómo los miembros de los grupos domésticos conciben el acceso a la tierra? ¿Cuáles son los conflictos intra e interfamiliares generados a partir de la “tragedia de los individuales” y el parcelamiento ejidal?

Al iniciar el proyecto de investigación en la zona en 1993, los objetivos generales eran entender la dinámica comunitaria, el manejo de los recursos naturales y la transformación de los sistemas agrarios, particularmente el inicio de la ganadería en tierras campesinas, con el fin de construir proyectos participativos que tendieran caminos más sustentables en el uso y conservación de sus recursos.¹² Por ello realizamos encuestas y entrevistas semiestructuradas y abiertas a hombres y mujeres de diferentes edades en 121 grupos domésticos con derechos ejidales e inscritos en la Asociación Ganadera de Tatahuicapan. En 1993, de los 466 ejidatarios, los grupos entrevistados representaban 26% y eran 71% de los 170 ganaderos-campesinos inscritos en la asociación.¹³

¹² Este trabajo forma parte de una investigación intitulada “Agotamiento de los recursos naturales y alternativas productivas para el desarrollo sustentable en la Sierra Santa Marta, Veracruz”, coordinada por Elena Lazos y Luisa Paré, y cuyos resultados han sido vertidos en varios artículos y libros. En particular, para la investigación realizada en el municipio de Tatahuicapan de Juárez, el equipo bajo mi coordinación estuvo integrado entre 1994 y 1998 por Lourdes Godínez, Miguel González Pérez, Cristina Becerril, Esperanza Ignacio, Dolores Figueroa y Denise Soares.

¹³ Esta muestra se seleccionó con base en dos requisitos: ser ejidatario y estar inscrito en la asociación ganadera local; a estos mismos ejidatarios se les aplicó la encuesta

Paralelamente, se diseñó otro proyecto de investigación para conocer las percepciones de los habitantes sobre el deterioro ambiental de la región con otro tipo de entrevistas individuales y grupales a hombres y mujeres cuyas parcelas fueran aledañas a las tierras de la Reserva de la Biosfera, con el fin de conocer sus deseos y responsabilidades sobre el destino de los recursos forestales de sus tierras. La muestra cubrió a 156 habitantes y buscó tener representado 50% de adultos, 25% de ancianos y 25% de jóvenes en iguales proporciones entre hombres y mujeres.¹⁴ Además de los dueños de las parcelas, se consideró importante conocer las percepciones de actores que influyeran en la opinión pública y tomaran decisiones que atañen a la comunidad, tales como las autoridades ejidales y civiles, representantes de las iglesias con mayor número de fieles, presidentes de organizaciones, directores y maestras de las escuelas. Como sabemos, estos cargos están ocupados generalmente por hombres adultos. Esto hizo que el grupo de hombres estuviera sobrerrepresentado en la muestra de personas entrevistadas. Durante el desarrollo del trabajo, nos percatamos de que había personas que tenían una relación especial con “la montaña” y, aunque no tuvieran parcela, tenían un gran conocimiento de los recursos naturales y cumplían una función social especial. Éste es el caso de los cazadores, curanderos, culebreros, parteras, canasteras y motosierristas. A este grupo le denominamos “los especialistas”.¹⁵

general ganadera que abarcaba temas de historia, manejo y condiciones actuales de la ganadería.

¹⁴ Establecimos tres categorías etáricas: ancianos/ancianas (mayores de 60 años), adultos (entre 26 y 59 años), jóvenes (entre 15 y 25 años). Sabemos que estas categorías son ficticias, ya que para la población local la etapa de vida no se define exclusivamente a partir de la edad. Por ejemplo, estar emparejado/casado marca el paso a la edad adulta ya que se adquieren derechos y obligaciones propios de esa etapa. Otra constatación fue encontrar entre la población anciana el desconocimiento de su edad. Sin embargo, optamos por esta categoría a partir de un solo criterio homogéneo.

¹⁵ Las entrevistas abarcaron los temas: historia de la interacción con la “montaña”, conocimientos y acceso a recursos naturales, cambios ambientales y sus consecuencias, pérdida de recursos, innovaciones en la producción, responsables y afectados del deterioro, percepciones sobre la interacción campo-ciudad, normas de reglamentación en el manejo de los recursos, instituciones comunitarias relacionadas con el manejo de recursos, alternativas y perspectivas sobre el futuro ambiental y mecanismos para la comunicación y la organización.

La investigación se realizó en Tatahuicapan de Juárez, cabecera municipal del municipio con el mismo nombre, que contaba hacia 1995 con una población de 6 638 habitantes pertenecientes a 1275 hogares (INEGI, 1996), de los cuales, 466 grupos domésticos tenían acceso legal a la tierra con derechos ejidales.¹⁶ Para 1998, el archivo de asuntos ejidales registra además 450 posesionarios. Esto quiere decir que no ha habido solamente traspaso y ventas a familiares de los ejidatarios, como venía sucediendo hasta 1992, sino un fuerte proceso de venta de parcelas a personas externas, mayormente a ganaderos regionales.

En la historia agraria, la transformación más radical que marcó al pueblo fue el proceso de parcelamiento ejidal. Antes de la década de 1970, las tierras eran de acceso comunal y se trabajaba en forma familiar y con ayuda mutua, es decir, cada familia nahua tenía derecho a trabajar la tierra para su bienestar. Cada familia tenía, por lo general, uno o dos rumbos y los hijos al casarse podían ir accediendo a la tierra alejada al grupo familiar con el fin de cultivar una milpa. Sin embargo, las diferencias en el acceso a la tierra habían comenzado a delinearse desde la década de 1940, cuando la ganadería se iba extendiendo poco a poco en los terrenos de los campesinos milperos. Aunque el acceso a la tierra continuara siendo comunal, los encierros ganaderos eran limitados mediante cercas de púas para asegurar al ganado. La primera cooperativa agrupaba a 40 campesinos de pocos y medianos recursos con un total de alrededor de 200 cabezas de ganado vacuno y 50 caballos. Ocupaban más de 300 hectáreas en terrenos planos o de poca pendiente. Los problemas organizativos llevaron a la desintegración de la primera cooperativa y de ella se formaron varios grupos. Entre cinco y 10 medianos

¹⁶ Según el mapa ejidal de Tatahuicapan, el ejido quedó conformado con 11 234 hectáreas: 9320 para cultivo de temporal y agostadero, 1864 de agostadero y monte para uso colectivo, 120 para la zona urbana y 20 para la parcela escolar. Con el parcelamiento ejidal, quedaron registrados 466 beneficiarios. Suponiendo que el tamaño del ejido fuera correcto, se supondría que a cada beneficiario debían corresponder 20 hectáreas. Sin embargo, cuando Procede hizo mediciones, el ejido resultó tener una menor superficie. Por tanto, las parcelas adjudicadas fueron de distinto tamaño. Además, la venta de partes de la parcela modificó la superficie adjudicada a cada beneficiario. Esto se ha incrementado a partir de la reforma del artículo 27.

y pequeños ganaderos constituían un encierro de alrededor de 50 cabezas y ocupaban hasta 80 hectáreas. Por su parte, los grandes ganaderos emprendieron solos la empresa. Cercaron cada uno hasta 300 hectáreas para criar hasta 200 cabezas de ganado. Al principio, el ganado era propio, adquirido a partir de las buenas cosechas y de la cría de puercos. La ganadería a medias con ganaderos de Coatzacoalcos y Chinameca se inició más tarde y estos contratos se establecieron principalmente con los grandes ganaderos (Lazos, 1996).

Esto trajo consigo que al cabo de treinta años, las desigualdades entre ganaderos y milperos se acentuaran. Los milperos se retiraban hacia terrenos selváticos sobre colinas y montañas con mayores pendientes. Años más tarde, en los años setenta, los créditos internacionales fluyeron e incentivaron la difusión de la ganadería extensiva a través de programas nacionales de ganadería. Esto vino a exacerbar las diferencias. Hacia mediados de la década de 1970, los pequeños y medianos ganaderos habían ya encerrado hasta la mitad de las tierras cultivables, dejando a los milperos en las laderas más alejadas del poblado (Velázquez, 1992; Lazos, 1996). Este acaparamiento y la mala distribución de las tierras agrícolas precipitaron el parcelamiento, es decir, la repartición de parcelas individuales a los jefes de familia inscritos en la lista ejidal. Esto significó, en principio, un reparto más equitativo de las tierras, ya que se cancelaban los grandes encierros ganaderos. Sin embargo, como esta distribución de parcelas individuales se otorgó únicamente a los campesinos con derechos ejidales, dejó a un contingente amplio sin derecho a tierras. Esta asignación incluyó las tierras forestales, lo que estaba en contra de la ley agraria.

La reforma en la tenencia de la tierra tuvo graves consecuencias, entre las cuales quiero señalar las siguientes: *a*) el acceso individual a la montaña”, es decir, a los recursos forestales; *b*) el derecho formal a la tierra únicamente a través del jefe de familia; *c*) la pérdida del acceso a la tierra por parte de familias jóvenes que no habían sido incluidas en la lista de ejidatarios, pero que sumaban para ese entonces más de 50; *d*) giros en el patrón de herencia de la tierra que provocaban desavenencias y conflictos. Estos conflictos también fueron suscitados por la falta de tierras, una presión más fuerte sobre los recursos, el crecimiento pobla-

cional y el regreso de migrantes con reclamos sobre la tierra. Antes del parcelamiento, todos los pobladores podían usufructuar la tierra de manera comunal, por lo que todos los hijos varones y las esposas tenían acceso formal e informal a la tierra.¹⁷ Después del reparto, únicamente los parceleros cuyas parcelas mantuvieran superficies boscosas o se localizaran cercanas a los límites forestales podían seguir utilizando la diversidad de los recursos forestales.

Si bien antes del parcelamiento del ejido —en 1976-1978— muchas de las decisiones eran tomadas individualmente, había límites establecidos, ya que el acceso a la tierra era comunal. La acumulación de tierra a través de los encierros ganaderos (colectivos e individuales) fue lo que llevó a los pobladores afectados a luchar por el reparto de tierras. Después del parcelamiento, los productores decidieron individualmente el futuro de su propia parcela. “A mí no me pueden decir nada, yo estoy en mi propia parcela, yo soy dueño de cada árbol, yo los puedo tumbar y nadie se puede meter conmigo”. La “tragedia de los individuales” refleja la sobreexplotación de los recursos por dejar el destino de éstos a meras decisiones individuales.

En este sentido, la “tragedia de los individuales”, es decir, la apropiación individual de la tierra, marcó el paso de los grupos domésticos “trabajando juntos como uno”, a “cada quien trabaja por su lado”. Good (1998) describe para los nahuas de la cuenca del Balsas en Guerrero la lógica subyacente en la formación de los grupos domésticos y de las relaciones sociales, la cual se basa en el concepto organizador central del *tequitl* o trabajo. Este concepto incluye las actividades productivas, pero se extiende a acciones tales como “hablar con otros, dar consejos, persuadir o convencer, compartir conocimientos, enseñar algo, curar, hacer ofrendas, rezar, cantar, bailar, tocar música, tener relaciones sexuales, tomar

¹⁷ Ya que no toda la tierra estaba repartida, las mujeres abandonadas podían tener un acceso informal a terrenos que no estuvieran siendo utilizados. Varias mujeres nos han comentado que, al quedarse solas con sus hijos, hacían milpa y frijolares cerca de la selva; si bien el derecho formal a la tierra era otorgado a los jefes de familia, las mujeres y los hijos tenían un acceso informal para trabajar la tierra para su consumo. Esto era reconocido por la comunidad. Actualmente, las acusaciones en contra de mujeres que entran a “robar” leña a las parcelas van en aumento.

y comer en fiestas, participar en rituales... *Tequitl* es un concepto amplio que abarca todo uso de la energía humana – física, espiritual, intelectual, emocional” (Good, 1998: 2-3). Así entonces, cuando los nahuas forman un grupo doméstico, se dice que “están juntos como uno” y lo que delimita el grupo es el hecho de que todos los miembros “trabajan juntos”. Otra idea para expresar la unidad es “su maíz es uno solo” (*san ce im-tlayohl*) o “tienen un solo metate” (*san ce i-metl*) (Good, 1998: 4).

Los derechos entre los nahuas de Guerrero se otorgan a las unidades colectivas y no a los individuos que las conforman. Estos derechos abarcan desde el derecho a la tierra, a tener voz y voto en las asambleas, a tener un solar, el derecho al uso de recursos comunales, a apoyo del pueblo. Las obligaciones hacia el pueblo también son asumidas por el grupo. Los nahuas de la cuenca gozan del estatus de ser miembros de la comunidad en cuanto “trabajan juntos” con algún grupo y dicho grupo “trabaja” para la comunidad.¹⁸ “El ‘trabajar juntos como uno’ confiere identidad y continuidad histórica al pueblo” (Good, 1998: 5).

Entre los nahuas tatahuicapeños, los derechos comunitarios eran y son otorgados a los grupos domésticos cuando se trata de la tierra y de las asambleas ejidales; sin embargo, estos derechos son asumidos por el jefe familiar del grupo. A partir de este hecho, se alude a la cultura autoritaria socialmente generada (inculcada en el individuo y la familia) donde se enmarcan contenidos de subordinación de género y de generación (Salles, 1990). La conflictividad intergeneracional por el derecho a la tierra o a los bienes familiares (casa, terrenos, ganado) se expresa con diversos matices entre mujeres jóvenes y hombres jóvenes.

A pesar de que las asambleas en Tatahuicapan han perdido su poder de convocatoria, siguen siendo la principal instancia de decisión. Su declinación tiene varias causas: primero, las asambleas se restringen a los ejidatarios y posesionarios, y dejan fuera más de 500 familias que habitan Tatahuicapan; segundo, la asamblea ha sido largamente manipulada por el grupo político del PRI y se han abierto pocos espacios alternos de

¹⁸ La autora no hace referencia a lo que pasaría en caso de ruptura conyugal. Sería interesante conocer si el hombre o la mujer tienen formal o informalmente acceso a la tierra.

lucha. Además, aunque todos y todas los asistentes tengan voz, únicamente votan los jefes de familia o los titulares de parcelas. Si bien acuden mujeres a las asambleas ejidales, la voz y el voto son detentados por los hombres adultos, jefes de familia.¹⁹ Ellas se forman su opinión, pero tácitamente no están autorizadas a enunciar sus ideas. Varias mujeres adultas nos expresaron:

Yo no puedo hablar bien en la asamblea, se burlan de mí.

Doña Petra

Él siempre habla, yo voy para enterarme, porque luego él ni me cuenta, pero yo no sé hablar.

Doña Cefa

Las mujeres casi no hablan, no está la costumbre, es mejor ellos, luego uno no se entera de todo y no sabe uno bien, no está bien enterada.

Doña Chona

Por tanto, claramente los hombres adultos tienen el dominio de la palabra y tienen el poder de tomar las decisiones en nombre de todo el ejido. Son pocas las mujeres que hablan y se expresan, y aunque hablen, no son tomadas en cuenta. Ellos nos dijeron:

Las mujeres pueden hablar, no hay nadie que les diga que no, pero no saben bien y les da pena.

Don Esteban

Pues ellas ¿qué pueden decir? Pues no saben bien de los problemas de las tierras, de los títulos, ellas saben de la casa y los niños, mejor que no hablen, luego enredan todo...

Don Pedro

¹⁹ Cabe aclarar que la falta de participación de las mujeres en las asambleas o en las decisiones comunitarias no es algo nuevo. Aquí solamente estoy enunciando la situación actual para entender las inequidades genéricas en el interior de los grupos domésticos, las cuales han sido señaladas para muchas poblaciones (indígenas o mestizas) desde hace décadas.

Ella no tiene la parcela, no es dueña de la parcela, entonces ¿de qué va a hablar?, pues ella, ¿qué va a decidir? Pues viene aquí y luego qué, todos saben que ella no es la dueña, pues nadie piensa que dice bien.

Don Ascencio

La participación en las asambleas ejidales está relacionada con el acceso a la tierra: quien tiene derecho a la tierra es el titular del título ejidal y tiene voz y voto en las asambleas. Actualmente, desde 1992, con el programa de certificación de derechos ejidales (Procede), el dueño de la tierra es quien posee el título individual de la parcela. El dueño es quien nombra al sucesor o sucesora. Desde antes del parcelamiento, el acceso a la tierra, aunque fuera comunal y todos los miembros familiares pudieran cultivar un pedazo de milpa en cualquier lugar del ejido, estaba adjudicado a un “derechoso”, es decir, a un jefe de familia que estaba reconocido como ejidatario. La mayor parte de los “derechosos” eran hombres —ancianos, adultos y jóvenes— y había muy pocas mujeres.²⁰ Únicamente cuando no hubiera sucesores varones, la tierra podía heredarse a las mujeres. Muy pocos casos (cinco de 200 transacciones de herencia o traspaso entre 1994 y 1998) se han registrado de una herencia a mujeres, habiendo varones en el grupo doméstico. Frente a esto, las mujeres tienen opiniones muy diversas. Las ancianas se arrepienten de no haber exigido tierras para ellas, pero como “ésa no era la costumbre”, no se imaginaron que pudiera cambiarse el sistema de herencias. Entre las adultas hay opiniones contradictorias; mientras que unas exigen el derecho a la tierra y a ser titulares de las parcelas, otras piensan que los hombres deben de tener el título ejidal o de la parcela. La mayor parte de las mujeres jóvenes sin hijos no tienen interés en acceder a la tierra como un derecho. Sin embargo, las mujeres jóvenes con hijos sí quieren luchar por una parcela y consideran que, si tuvieran seguridad sobre ella, podrían responsabilizarse de cultivarla para el bien de sus hijos e hijas. Varias de ellas han luchado por quedarse con la parcela cuando el marido las ha abandonado. Pero son realmente excepcionales las mujeres que han podido ganar; han sido

²⁰ En este sentido, el acceso de las mujeres a la tierra no ha visto transformaciones importantes desde hace largas décadas.

largas y cansadas luchas y sólo lo han logrado por medio del apoyo regional externo.

A mí no me dieron tierra; cuando mi papa murió, mis hermanos se quedaron con la tierra, a mí ni me preguntaron, y yo no dije nada, como ya me iba a casar, ya ni me preguntaron, como que ya me iba, como que ya no me tenían compromiso.

Viviana, anciana

Pues yo peleo por un pedazo de tierra, pero es difícil, él no quiere darme nada, ya fui con el síndico y dice que no se puede hacer nada, pero a mí no me deja sin nada, imagínese, luego ¿dónde voy a quedar?

Rosa, adulta

Él tiene la tierra, y como decían los abuelos, los varones tienen la milpa, la mujer su cocina, pues así ya es.

Epifania, adulta

Pues la tierra es para los varones, ellas se casan y se pierde la tierra, pues bueno, de la familia, luego si el marido las abandona, ya se perdieron las tierras, uno en cambio, las cuida...

Hilario, anciano

Yo no quiero tierra, yo mejor me voy de aquí, no hay nada que hacer, no me gusta el campo, nunca voy a la milpa, creo que conoce usted más la milpa que yo, y ¿por qué le gusta ir al campo? A mí no me gusta.

Esperanza, joven

El patrón de herencia de la tierra también se ha modificado. Antes del parcelamiento, la herencia era otorgada al ultimogénito varón, siempre y cuando fuera obediente y se hiciera cargo del cuidado de sus padres ancianos. Actualmente, la herencia se da al hijo más obediente o al hijo más exigente y, cada vez con mayor frecuencia, al hijo que aporta más en la economía familiar. La herencia al ultimogénito tenía dos razones: *a)* los varones mayores tenían asegurada ya su tierra, pues al tener más edad y haber formado un grupo, podían ser ejidatarios; *b)* el padre aseguraba trabajar la tierra hasta muy avanzada edad.

Con el parcelamiento, la imposibilidad de acceder a la tierra como titulares provocó disputas entre los hijos varones y, en ocasiones, entre las hijas. A veces, se dividió la parcela entre el número de hijos; en la mayor parte de los casos, el padre designó al titular por vínculos particulares, dejando a las hijas sin herencia. Esta situación provoca una gran inestabilidad y conflictos fuertes entre los hijos en la lucha por la tierra.

Toda la tierra se la dejó a Sergio, si él ya es maestro, no necesitaba la tierra, no le dejó nada al más chico y a nosotras (las hijas) menos, ni tan siquiera nos preguntó qué íbamos a hacer entonces, nada, sólo así lo decidió. Luego todavía mi papá nos pide que le demos de comer, pero ¿de dónde sacamos nuestro maíz? Sergio, a veces nos da, a veces nada.

Roberta, joven

Los hijos de Don Andrés casi se matan, la parcela le quedó a Martín, es el que supo pelearla. Estuvo muy feo, pues se agarraron a machetes. Pobre de mi comadre, sólo quedó llorando.

Doña Maxi, anciana

Por tanto, es claro que el “trabajar juntos como uno” queda completamente obsoleto frente a estos graves enfrentamientos por la tierra.

Esta transición corre paralela con la transformación de la milpa en potreros. El inicio de la ganadería marcó la reducción del área destinada a la milpa. A su vez, en un lapso de veinte años la milpa pasó de un policultivo (más de 10 cultivos intercalados o en pequeñas áreas aledañas) al monocultivo de maíz. Estos dos procesos han provocado que los miembros de los grupos domésticos ya “no trabajen juntos”. Las mujeres han dejado de ir a la milpa a cultivar, únicamente algunas acuden para la cosecha. Antes del parcelamiento, la mayor parte de las ancianas (64%) y de las adultas (70%) trabajaba regularmente en la milpa. Una tercera parte participaba en ciertas labores o en ciertas fases de su ciclo de vida y exclusivamente 10% de las mujeres comentaron nunca haber ido a la milpa a trabajar. Varias jóvenes (40%) dijeron haber participado en una faena de algún ciclo milpero. Sin embargo, actualmente esta intervención se ha reducido. Sólo una anciana (10%) y seis adultas (30%) acuden a la milpa para sembrar o cosechar el maíz. Ninguna joven par-

ticipa.²¹ Esto hace que en promedio tan sólo 15% de las 45 mujeres entrevistadas contribuya al trabajo milpero.²² Esta transformación obedece a la avanzada edad de las mujeres y a sus condiciones de salud, por un lado, y al desplazamiento del cultivo de la milpa diversificada y rica como policultivo, por otro lado; significa además una marginación de la toma de decisiones para las mujeres, ya que ellas participan escasamente en las labores propias de la ganadería. Igualmente, esta sustitución se ha dado en detrimento de la alimentación familiar, ya que se han perdido un sinnúmero de especies cultivadas y no cultivadas (i.e. los quelites) que las mujeres se ocupaban de conservar en la milpa y que eran utilizadas en la dieta diaria.

En la ganadería, el ganado es propiedad de cada miembro que lo haya comprado o heredado, pero no es propiedad familiar. En la mayor parte de las unidades ganaderas, de 50 a 70% del ganado pertenece al jefe de familia, de 10 a 30% pertenece a los hijos varones y únicamente de 5 a 15% pertenece a las mujeres, ya sea esposas o hijas. Únicamente hay cuatro esposas en las 121 unidades ganaderas entrevistadas con ganado propio (de 50 a 90%). La venta del ganado es decidida por el propietario del ganado. El resto de los miembros puede opinar, pero no tiene derecho a venderlo. La mayoría de las mujeres no participa en el trabajo de la ganadería, los hijos varones ayudan, aunque muchos migran a las ciudades cercanas. La participación en el trabajo no les otorga derechos sobre el destino del ganado, pero sí opinan cuáles cabezas deben venderse. Los ingresos obtenidos de la venta del ganado son distribuidos por el dueño o dueña del ganado. Para los mestizos, los ingresos de la ordeña se distribuyen de manera más o menos equitativa, ya que se destinan para

²¹ La escuela, el modo de vida urbano experimentado por las mismas jóvenes al migrar o simplemente pasear en las ciudades, y los medios de comunicación también influyen en este proceso.

²² A través de una encuesta en 121 unidades domésticas cuyos jefes de familia eran ganaderos, se detectó que sólo 7% de las esposas participan en el trabajo milpero (Lazos y Godínez, 1996). La diferencia con estos datos se debe a que aquí, la encuesta se realizaba únicamente con ganaderos, muchos de los cuales ya no cultivan una milpa. Los criterios de selección para la muestra de las 45 mujeres fueron distintos: ésta incluyó tanto a familias ganaderas como a milperas pobres.

el consumo cotidiano familiar. Además, las mujeres de hogares mestizos que ayudan a hacer los quesos reciben directamente una parte de los ingresos. Los nahuas no practican generalmente la ordeña, por lo que no perciben ingresos a partir de la venta de la leche.

Yo vengo aquí, siempre que puedo, dos, tres veces a la semana, veo al ganado, les doy sal, reparo la cerca, pero el ganado no es mío, es de mi papá. Yo no puedo venderlo, sólo él [...] él me da dinero para mis gastos de la escuela, como siempre en la casa.

Alberto, joven de 18 años

Tuve que vender tres cabezas [de ganado], pues ella se puso enferma, no la atendieron aquí, nos la tuvimos que llevar a Coatzacoahuila y pus ni modo, qué le voy a hacer, ella se ha portado bien, ha sido buena, ni modo que la deje morir...

Hilario, anciano de 70 años

Yo no puedo vender nada, nada es mío, pero cuando él vende algo, yo le exijo que me dé algo del dinero, tengo necesidades, para la casa, para la escuela, yo sí le exijo, si no luego se lo gasta y luego no sé cómo lo termina, no es justo, ¿no? Yo trabajo mucho aquí en la casa, los niños se ponen tristes que no tienen nada...

Isabel, adulta de 45 años

En cuanto a otras tareas y conocimientos de las mujeres en su entorno natural, hay dos actividades primordiales donde ellas participaban: la colecta de leña y la pesca en los ríos. Anteriormente, la mayoría de las ancianas (67%) y la mitad de las mujeres adultas recolectaban leña en los *acahuales** y en las milpas. Actualmente, sólo una tercera parte tanto de las ancianas como de las adultas lo hacen. Esta reducción puede deberse a la avanzada edad de las mujeres y a sus condiciones de salud, pero igualmente a que los hombres, como van cotidianamente a la parcela para el cuidado del ganado, se responsabilizan más de esta actividad. Por otro lado, las viudas o abandonadas sin acceso legal a la tierra no están autorizadas a recolectar leña; también por ello niegan en las entrevistas

*Vegetación secundaria que crece al dejar de cultivar la tierra.

que realicen esta actividad. Las jóvenes no van a leñar, por considerarlo pesado y agobiante, pero también porque no tienen acceso a los acahuales. En Tatahuicapan se ha incrementado la venta de leña.

La pérdida de estas actividades deslegitima el trabajo doméstico de las mujeres, pero al mismo tiempo, los hombres saben que es central para el funcionamiento del grupo familiar. “Antes las mujeres sí trabajaban, iban a la milpa, iban a pescar, traían llenos sus morrales para todos, ahora ya nada, ni milpa ni pescan, sólo están aquí”, nos relata don Esteban, un adulto nahua. La explotación del trabajo femenino por los hombres era ampliamente practicada por los tatahuicapeños. Sin embargo, ahora, la pérdida de espacios cultivados (la milpa, los arrozales, los cañaverales) y de espacios naturales (para la colecta de plantas y sobre todo para la pesca) provoca otro tipo de marginación y dependencia de las mujeres en una sociedad siempre depauperada.²³ Ante la pérdida de pertenencia a un grupo doméstico, las mujeres, aun en condiciones precarias, accedían a los espacios comunales donde podían pescar o cultivar la tierra para el consumo de su familia.

La formación de la “tragedia de los individuales” tanto a nivel comunitario como familiar —definida como la “sobrexplotación de los recursos por dejar el destino de éstos en las decisiones individuales”— se explica por la interrelación de tres variables: *a*) la transformación en las formas de organización del trabajo (del “trabajando juntos como uno” al “cada quien trabaja por su lado”); *b*) el cambio en el acceso a la tierra (privatización); y *c*) el paso de la milpa (y el uso de los recursos del bosque) a la ganadería. Sin embargo, la toma de decisiones individuales no explica por sí misma la degradación ambiental, ya que las familias podrían converger por intereses y cooperación, y conducir a una asociación interesada que revirtiera la tragedia (Ostrom, 1990). El problema del deterioro no estriba únicamente en la toma de decisiones individuales, sino en los procesos que impiden que cierta forma de cooperación se desarrolle. Frente a la degradación y la pobreza, ¿qué impide a los pobladores lograr una acción colectiva con el fin de aminorar la degradación

²³ Ante esta situación, varias mujeres jóvenes migran hacia las ciudades, pero esto no llega a constituir un proceso demográfico de grandes proporciones.

ambiental? Muchos factores intervienen para impedir hoy en día acciones colectivas de los tatahuicapeños con el fin de lograr la conservación de sus recursos naturales: falta de confianza entre los miembros de la comunidad, corrupción, violencia y conflictos familiares y comunitarios, deslegitimación de las autoridades y sus propuestas, falta de seguridad social, diferencias profundas según acceso y cantidad de tierras poseídas, acceso desigual a las condiciones de mercado, falta de control sobre los programas externos, pobreza extrema que provoca un contexto de alta vulnerabilidad. En la Sierra de Santa Marta nos enfrentamos a comunidades donde se ha deteriorado el contexto institucional regulativo de la familia y la comunidad.

Interpretaciones y acciones sobre el cambio ambiental²⁴

¿Qué significa y cuáles son las consecuencias del deterioro tanto para las mujeres como para los hombres de distintas generaciones? Estas percepciones y sus significados se viven de una manera diferente entre hombres y mujeres de diferentes edades, inclusive en el interior del mismo grupo doméstico. Al iniciar nuestra investigación, partimos del supuesto de que tanto los habitantes locales como los externos compartíamos una misma preocupación y valoración de los recursos ambientales. No obstante, en nuestras primeras interacciones se hizo patente una gran heterogeneidad de lecturas sobre la realidad ambiental.

Ahora ya se ve más bonito el pueblo, antes era una tristeza, ahorita ya hay una buena vida [...] si un terreno va a estar enmontecido se ve mal.

Jacinta, anciana

Aquí Tatahuicapan está más bonito, porque tiene más árboles y no está tan contaminado como Chinameca.

Estéfana, adulta

²⁴ Esta parte está extensamente trabajada en Lazos y Paré (2000) y en Godínez y Lazos (2003).

Considero que todo se ha ido cambiando, porque así tiene que ser, ahora que ya estamos en los últimos tiempos se va a ir cambiando todo.

Estéfana, anciana

Ya es irremediable, los niños se van a morir de hambre porque ¿a dónde se va a sembrar? Ya no va a haber nada, ni maíz, ni frijol, pues no se va a dar.

Juana, adulta

Esto nos llevó a corroborar que cada persona interpreta y le da un significado propio a los diferentes procesos del cambio ambiental.²⁵ El paisaje y el territorio son el resultado, entonces, de una larga historia de diferentes representaciones simbólicas, donde las distintas visiones pueden llevar a conflictos o a colaboraciones. El territorio es el resultado de una vasta red de códigos culturales que se estructuran y se recomponen a lo largo de la historia de los habitantes (Mitchell, 1994: 9-13). Si bien el territorio es construido colectivamente y es un elemento fundamental en la estructuración de las identidades, cada habitante le otorga un peso simbólico diferente en su vida cotidiana. Debido a ello, nos dimos a la tarea de conocer las percepciones de hombres y mujeres de diferentes generaciones en las comunidades indígenas donde planeábamos intervenir, entendiendo las percepciones como uno de los factores determinantes que modelan el ambiente a través de la selección y los comportamientos del ser humano (Whyte, 1977: 13; Lazos y Paré, 2000; Godínez y Lazos, 2003).²⁶

²⁵ Otros estudios en reservas de la biosfera han documentado respuestas locales equivalentes. Inclusive en reservas con muchos años de existencia, como la Reserva de la Biosfera de Mapimí en Durango, en una evaluación hecha en 1991 se evidenciaron las dificultades de comunicación entre las perspectivas de los residentes y los directivos e investigadores de la reserva. Se reporta como una de las grandes discrepancias la diferente percepción de la vegetación. Mientras que los investigadores destacan la distribución de las comunidades vegetales y su biodiversidad, los rancheros concentran su interés en unas cuantas especies útiles. Asimismo, los rancheros se refieren al desierto como una “tierra dura”, donde uno debe dar una batalla para sobrevivir; contrastantemente, los investigadores hablan de una “tierra frágil” que requiere de protección y cuidados para su mantenimiento (Kaus, 1993: 399-341).

²⁶ Anne Whyte encabezó el proyecto sobre percepciones ambientales en el Programa del MAB en la UNESCO como una línea prioritaria para entender las relaciones sociedad-

¿Cuál es el concepto de medio ambiente para los nahuas de la sierra? A través de relatos recabados, para los nahuas no existe una palabra equivalente al concepto occidental de naturaleza, pero sí existe una diferenciación entre los espacios forestales y los espacios cultivados. A los terrenos forestales se les conoce como “la montaña o el monte”, y se concibe al mismo tiempo como un ser viviente y como la “cueva” donde viven los protectores de este espacio. Según los indígenas de la sierra, los chanecos y el propio Dios del Monte o Dueño de los Animales son los seres sobrenaturales que tienen poderes para regular las acciones de hombres y mujeres sobre el ambiente. De “la montaña” nacen los ríos y es ahí donde se guarecen los animales y los árboles. A la “montaña” se le asignan atributos tanto positivos como negativos o atemorizantes. Es benévola, pues proporciona alimentos, maderas, bejucos y animales que satisfacen necesidades básicas de los pobladores; pero, al mismo tiempo, la “montaña” es peligrosa. Esta conceptualización dualista es compartida por muchas culturas mesoamericanas (García de León, 1969; López Austin, 1972; Montoliu, 1989; Lammel, 1992; Katz, 1998). Para muchas mujeres, la montaña es tan peligrosa que nunca han ido solas; van siempre acompañadas de su madre, de su marido o de sus hijos.

Esta ambivalencia entre benevolencia y amenaza es mediada a través de cultos especiales y cumplimiento de las normas y reglas, con el fin de no abusar y agradecer su prodigalidad. “Los chanecos que cuidan la montaña son buenos, sólo hay que llevarles sus flores, su copal, les gusta. No hay que dejar heridos a los animales, pues ellos se enojan”, nos relata una anciana. Otra nos describe las múltiples formas que pueden tomar los chanecos, “seres chaparritos o a veces altos, a veces morenos, a veces blancos, con cuatro dedos en pies y manos, pero a veces se confunden con los seres humanos”. Al igual que los humanos, los chaneques tienen familia y realizan actividades semejantes (cultivan una milpa, cuidan su ganado, pasean por el monte para recolectar plantas alimenticias, prepa-

naturaleza en el establecimiento de las reservas de la biosfera a nivel mundial. Se generaron varias metodologías que intentaban estudiar de manera sistemática el mundo interior de las comunidades insertas en procesos de conservación ambiental (véase MAB-UNESCO, 1978).

ran sus alimentos, etc.). El chaneco regula las acciones de los humanos a través de los castigos que puede imponer. “Si el chaneco se enoja, te manda víboras, o ellos mismos se transforman en víboras o te manda castigos, te da el susto”.²⁷

Partimos de la idea de que en dichas explicaciones, los componentes del mundo imaginario se reflejan y operan constantemente en las acciones, opiniones, verbalizaciones sobre el entorno natural. Así, muchos ancianos y ancianas negaban el deterioro ambiental en términos de que “ese mundo de animales y árboles” eran escondidos por el Dueño del Monte en el interior de las montañas. “Los animales no se están acabando, sólo que están adentro de la montaña, los chanecos los guardan ahí y sólo, hasta que nos portemos bien, volverán a salir”. Un anciano mencionó también que eso pasa con los árboles. Este mundo es fundamental para entender la diversidad cultural en transformación donde se construyen las percepciones de los habitantes serranos.

La pertenencia generacional abre o cierra distintas posibilidades de acción y coloca a cada individuo en una posición diferencial de poder. Pero las categorías etáricas no son una escala estática, sino que el transitar generacional se confronta con procesos dinámicos externos que escapan de su control. Las transformaciones e innovaciones de una sociedad provocarán cambios en los “papeles” esperados de cada generación. Cuando estos giros llegan a ser violentos, los posicionamientos de poder pueden trastocarse totalmente de una generación a otra. En la sociedad tatahuicapeña, el acceso a cargos políticos, el acceso a la educación, los requerimientos y oportunidades que exige una sociedad moderna —como el acceso a la información y a la tecnología— son procesos que complejizan y fraccionan a las generaciones. Por ejemplo, en la sierra, los consejos de ancianos representaban la autoridad máxima y quienes tomaban las decisiones importantes en la comunidad eran los viejos. A partir de 1950, sus funciones fueron reemplazadas por autoridades ligadas al gobierno federal. Con ello, las generaciones ancianas perdieron su estatus, mientras que para las generaciones jóvenes se abrieron las posibilidades de una participación política. Hoy en día, varias autoridades locales son

²⁷ Para una mayor descripción, consultar Lazos y Paré (2000).

jóvenes de alrededor de 30 años. Este transitar cultural entre las urbes cercanas, como Coatzacoalcos y Minatitlán, y la influencia del valor dado a la cultura de consumo urbano a través de los medios de comunicación y del sistema escolar, suscitan transformaciones generacionales en las creencias, mitos y leyendas. La mayor parte de los jóvenes —mujeres y hombres— no sólo ha dejado de creer en los chaneques como habitantes de la floresta, sino que la conservación de los espacios forestales de las tierras ejidales ya no está entre sus preocupaciones, ya que tienen otros valores (acceder a una mejor educación, migrar a las ciudades cercanas).²⁸ Desde la adopción religiosa de la idea común entre los protestantes de que el fin del mundo es inminente, donde se excluye la necesidad de proteger, conservar o restaurar lo que sea, hasta la adaptación del discurso externo ofrecido por el sistema escolar y los medios de comunicación, los chaneques como institución reguladora de los recursos naturales han perdido legitimidad para la acción colectiva. La tradición evoluciona: los chaneques se adaptan a nuevos escenarios en una integración o en un abandono. Los chaneques han dejado de nutrir el imaginario colectivo, pero tampoco han sido sustituidos por otros símbolos que pudieran facilitar el control o la regulación sobre el acceso a los recursos naturales.

Un joven duda de la existencia de los chaneques, pero como él nunca ha ido a la selva, no ha podido constatar su presencia. Y por supuesto, la duda persiste. Este joven, que asiste a la preparatoria, al principio pretende una firmeza al decir que son otras personas las que se imaginan esas apariciones, pero después cae en el titubeo.

Esas creencias son que la gente se imagina más bien. Es una imaginación [...] hay algunos que hablan de esos chaneques, no podría entender eso. Eso es como hablar de un misterio. No sé si exista eso, no creo que existe, algunos dicen que existe, pero no creo. Quisiera viajar a esas montañas. Yo

²⁸ Como aclaración, no estoy haciendo ningún juicio valorativo de estos cambios (desde la desaparición del consejo de ancianos hasta las pérdidas y ganancias de valores por los jóvenes). Los ancianos y adultos respetaban los ciclos entre el cultivo y el descanso de la vegetación porque sus padres y abuelos también lo habían hecho y, además de lograr buenos resultados productivos, las condiciones externas todavía se lo permitían.

digo: “yo no tengo miedo, quisiera ir solo a esa montaña, quisiera hacer una investigación acerca de qué animales hay en la montaña, qué cosas se pueden ver”, pero es algo que no se puede hacer. A veces uno tiene miedo. Esos chanecos no sé si exista. Es un misterio que no se puede dar explicación así a simple explicación, sino que es algo que uno tiene que ver con sus ojos; de que compruebe que sí hay o no hay.

Juan

Otro joven nos comenta:

No podría decir su nombre [...] en las montañas dicen que hay. Yo no creo en esas cosas. Son historias que no escucho. Algunas gentes las cuentan, pero son historias que no tienen definición de que existen. Son simplemente historias.

Pedro

Estos jóvenes no han tenido contacto con el monte, nunca se han internado en la espesura del bosque y, por lo tanto, nunca han sentido la necesidad de entenderla, conocerla y protegerla.

En cuanto a las preocupaciones ambientales suscitadas por el deterioro, están nuevamente diferenciadas por el género, el acceso a la tierra, las actividades económicas realizadas, la pertenencia religiosa y el grupo de edad, principalmente. Es claro que aquellos habitantes vecindados han dejado de preocuparse por el entorno natural en términos productivos (i.e. plagas, erosión de suelos) y se centran en problemas ambientales de consumo (i.e. la cantidad del agua, la falta de leña, la falta de madera para construcción de casas). Mientras que los ganaderos se preocupan por la cantidad y calidad del agua, sin darle mucha importancia a los procesos de deforestación, los milperos señalan constantemente la baja productividad de sus tierras debido a la extensión de la ganadería, que ha suscitado la ruptura cíclica propia entre la rotación de la siembra y los periodos de descanso de la vegetación.

A las ancianas y ancianos (entre 50% y 60% de las personas entrevistadas) les impresiona la acelerada falta de la fauna riparia y de la fauna selvática como fuente de alimentos (principalmente venado y tepescuín-

tle) o de las plantas alimenticias de la “montaña”. Si sumamos todos los comentarios referentes al aminoramiento de los recursos naturales obtenidos de los espacios forestales que se utilizaban como fuente alimenticia para las familias campesinas, 83% de las ancianas entrevistadas (10 de 12) se preocupan por su disminución (gráfica 1). Esto refleja la importancia que jugaban anteriormente dichos recursos en la base de la alimentación nahua, sobre todo en los tiempos de malas cosechas. Las ancianas se refieren constantemente a la dimensión de la pesca en su régimen alimenticio.

Nosotros cuando había monte todavía, nosotros comimos animales, comimos bejuco, el isquiote con molito sale bien sabroso. Ya no hay comida, ni entre el agua, ni entre la montaña, ni entre las acahualeras. Todo lo están acabando, meten hacha, más después ya se va a quedar triste este pueblo, porque ya no hay nada para mantener el estómago, ya no hay nada.

Mauricia, anciana

Para las mujeres adultas, esta pérdida también es significativa; sin embargo, ni la fauna ni las plantas alimenticias son tan importantes para ellas como para las ancianas (gráfica 1). Seguramente, por un lado, la ganadería y el intercambio continuo con las ciudades a través de la migración vinieron a jugar un papel transformador en las preocupaciones sobre estos cambios alimentarios. Por otro lado, las mujeres adultas no frecuentaban los espacios forestales tanto como sus propias madres o abuelas.

Sin embargo, esto no es así para los hombres adultos. Ellos se centran en tres problemas ambientales: la mayor parte (18 de 20 entrevistados) menciona la pérdida de los recursos acuáticos (peces y camarones, principalmente), la mitad considera la falta de madera para construcción como el segundo factor de pérdida alarmante, y la otra mitad se quejan de varios factores sin establecer jerarquías (disminución de la fauna selvática, dificultades para conseguir leña). Son muy pocos los habitantes, ya sean ancianos o ancianas o gente de generaciones más jóvenes, que se preocupan por la pérdida de plantas medicinales, rituales o de ornato provenientes de la selva.

Otro problema ambiental prioritario señalado constantemente por las ancianas es el adelgazamiento de los ríos (gráfica 1). En esto coinciden algunos hombres ganaderos y muchos pobladores avicinados en Tatahuicapan. Las explicaciones para el fenómeno difieren enormemente. Mientras que algunos pocos mencionan la deforestación, la mayoría lo vincula con el crecimiento poblacional. Las alteraciones señaladas fueron un caudal menor, una mayor contaminación y el aumento de temperatura del agua.

El cambio microclimático es percibido de manera contradictoria. Mientras que unos pobladores mencionan la disminución en el régimen pluvial, otros aseguran que llueve más hoy en día. Los ancianos y ancianas son los más claros al notar estas variaciones, mientras que los adultos caen en contradicciones entre las evaluaciones de hace dos o tres décadas y las posteriores. Don Ramiro, productor de 45 años, comenta: “Hace 20 años llovía más, pero al año pasado fue bueno, llovió rete hartito, ora este año está malo, yo creo que así siempre es, unos años buenos y otros malos”. Es importante recalcar lo difícil y complejo que resulta evaluar los cambios en los procesos de larga duración. Muchos de los habitantes nahuas perciben transformaciones microclimáticas, pero resulta muy complicado comparar situaciones que sucedieron hace tres o cuatro décadas con las recientes (en los últimos dos o tres años).

Los factores que influyen en la diversidad de percepciones y en el peso que se le da a cada uno de los aspectos que les preocupan son de diversa índole, como he venido señalando. Pero fundamentalmente, la edad constituye un parteaguas en el contacto establecido con “la montaña”. Una de las mayores diferencias entre generaciones ancianas y generaciones adultas es el peso de la pérdida de productos alimenticios (de la montaña y de la milpa) para las primeras y la variación de la marcha pluvial para las segundas. Las generaciones ancianas dependían más en su alimentación de los recursos recolectados y de los productos de la milpa; mientras que las adultas evalúan ya la posible escasez de agua en una región donde antes sobraba. Sorprende la falta de motivaciones en el grupo de las jóvenes para que un cambio ambiental se vuelva tema de preocupación. Las jóvenes se preocupan poco por las consecuencias del deterioro ambiental. Su mundo no está centrado en el poblado ni en sus

recursos, sino en el continuo transitar migratorio con las ciudades alejadas y con ámbitos cada vez más alejados del mundo de sus madres y abuelas.

El futuro ambiental

Frente a esta heterogeneidad de percepciones y ponderaciones sobre el cambio ambiental, la falta de tierra o el acceso individual a los recursos, cabe preguntarnos: ¿cómo se jerarquizan los problemas entre los miembros de las familias, y cómo los distintos miembros de las familias construyen su futuro ambiental?

Considero que hoy en día no existe ya la idea de un “patrimonio familiar” para la gran mayoría de los grupos domésticos nahuas y que se acentuó el paso del “trabajando juntos” al “cada quien trabaja por su lado”. Por lo que se refiere a los medios productivos de los grupos domésticos ejidales, los derechos formales a la tierra se otorgan al jefe de familia y el ganado tiene propietarios individuales que deciden si se vende o no para cubrir una urgencia o para el consumo familiar.²⁹ Inclusive, los patrones de herencia de la tierra que aseguraban un acceso a uno o varios de los hijos varones (por lo general, al menor) están siendo constantemente modificados por la venta de partes de la parcela a personas de fuera del grupo doméstico.³⁰ Los recursos naturales que tenían un acceso comunal (i.e. fauna de los ríos, leña) están sometidos actualmente a una regulación individual, a veces de forma privada, a veces de forma colectiva, pero muchas veces sin normas ni reglamentaciones que se cumplan. El caso más discutido ha sido el corte de leña, ya que ciertos dueños de parcela otorgan permisos a algunas familias para cortar leña, pero a

²⁹ “El hermano de ésta me vino a amenazar de que tenía que vender un ganado para llevar a curarla. Pero yo ya he vendido y ésta no se cura. Tampoco me voy a quedar sin nada. Yo soy el que decido, ellos no tienen que venir a decirme”, nos dice el marido de una mujer enferma de la matriz que ha sido operada tres veces.

³⁰ En pláticas con el comisario ejidal de Tatahuicapan (1999) supimos que tan sólo en 1998 registró 40 ventas de partes o de parcelas enteras a personas vecindadas en el poblado llegadas de fuera de la región. Esto ha sido corroborado por el trabajo realizado por Esperanza Ignacio (2004) en Tatahuicapan.

otras no. Esto puede implicar pago o intercambio de trabajo o nada, depende del dueño de la parcela. Sin embargo, en ocasiones, estas decisiones colectivas (entre varias familias) no se respetan cuando otras familias cortan leña sin permiso del dueño. Esto provoca entonces la individualización en la toma de decisiones para construir su futuro, ya que las oportunidades de acceder a la tierra son mínimas para la mayoría de los hijos e hijas de los grupos domésticos ejidales. Esta situación en el acceso a los recursos naturales comunes empeora además las condiciones de vida para los grupos domésticos nahuas avecindados, es decir, para todos aquellos grupos domésticos sin acceso a tierras, donde se encuentran muchos de mujeres abandonadas con hijos, núcleos jóvenes o grupos donde hubo migrantes masculinos que perdieron la posibilidad de acceder a la tierra.

La jerarquización de los problemas vividos por los miembros de las familias y por sectores de la sociedad tatahuicapeña se establece de manera muy diferenciada. Cuando hicimos las entrevistas con las mujeres, particularmente con las ancianas y las adultas, sus preocupaciones giraban alrededor de la inseguridad de su vida futura. Esta inestabilidad era consecuencia de su pérdida en el control y participación en la producción agrícola. El desplazamiento de la milpa y la merma de los recursos comunes (pesca, fauna) para la alimentación y la satisfacción de sus necesidades básicas marcaron para las mujeres una fuerte dependencia de los miembros masculinos. Si antes ellas podían acceder a espacios comunes para lograr la alimentación diaria de su familia, actualmente dependen de la distribución de los ingresos por la venta del ganado del marido o de los hijos. La carencia de seguridad social, que implica desde no contar con seguridad de vivienda y asistencia médica (en la solución de las enfermedades, principalmente), hasta la pérdida de la autosuficiencia alimentaria configura la serie de factores mencionados como los mayores problemas que enfrentan las mujeres nahuas. Esta situación las aleja de la posibilidad de plantear soluciones para recuperar los espacios comunes, como por ejemplo, la pesca en los ríos o la recolección de hongos. Entre las alternativas planteadas por las mujeres ancianas y adultas de los grupos domésticos, encontramos las normativas, apelando siempre a la intervención de las autoridades. Sin embargo, únicamente una mu-

jer planteó la posibilidad de una organización de mujeres para exigir un espacio con el fin de tener acceso común a los recursos (colecta de leña). Las alternativas técnicas fueron escasamente mencionadas y se limitaban a lo que habían escuchado por algunos programas gubernamentales o no gubernamentales (i.e. la reforestación).

Las mujeres viven y siempre han vivido marginadas de las tomas de decisiones y de la estructura de poder del municipio. El analfabetismo, la falta de acceso a puestos de responsabilidad comunitaria, la carga de trabajo, el cuidado de los hijos, una constante violencia intrafamiliar, la falta de atención a sus demandas y una salud precaria son las vivencias comunes de la población femenina tatahuicapeña. En este contexto, cada mujer enfrenta esta problemática de manera individual y la viabilidad de una organización para recuperar territorios comunes en el manejo de la tierra y de los recursos naturales o para acceder a nuevos espacios políticos está muy limitada. Además, las mujeres jóvenes formulan sus expectativas de vida hacia afuera de la región y sus deseos se fincan en la inserción en circuitos migratorios en las ciudades aledañas como trabajadoras asalariadas.

Frente a las posibilidades de conjuntar esfuerzos en puntos comunes con respecto al futuro ambiental, tenemos que considerar igualmente que las actividades realizadas por los grupos domésticos también influyen en sus preocupaciones ambientales. Mientras que las familias ganaderas tienden a minimizar la importancia de la pérdida de recursos (alimenticios, madereros, leña), aunque les preocupa la contaminación y el adelgazamiento de los ríos, las familias milpero-ganaderas ven agravadas sus preocupaciones en la pérdida de los recursos naturales, sin encontrar además alternativas. Por otro lado, los grupos domésticos vecindados que cuentan con un mayor número de migrantes pierden el interés en la conservación de sus recursos y sus preocupaciones giran más bien en torno de la falta de agua para la comunidad. Pescadores, milperos, habitantes de comunidades establecidas a la orilla de la Laguna Ostión tienen intereses enfrentados, donde sólo una administración local clara e interesada por solucionar problemáticas de largo plazo en cuanto al manejo y conservación de los recursos naturales regionales podría citar a los diálogos y a la construcción de propuestas alternativas comunes.

Teóricamente, no podemos mantener la idea de un grupo doméstico con estrategias comunes de sobrevivencia, incluyendo las propuestas de un manejo sustentable de su ambiente, cuando tenemos procesos económicos y socioculturales que van propiciando la individualización de las decisiones y de las expectativas. La introducción de la ganadería y las políticas de desarrollo agropecuario en la región trajeron como consecuencia una apropiación cada vez más individualizada del territorio, donde unos ganaron y otros perdieron. La unidad entre familia, tierra y manejo de los recursos está fraccionada por los diversos intereses y las expectativas de cada miembro, intereses que además están alimentados por una política de desarrollo que conduce a la individualización productiva y a satisfacer de forma inmediata las necesidades más vitales, perdiendo de vista inclusive el futuro del territorio para las siguientes generaciones. En la mayor parte de los grupos domésticos, cada miembro tiene un acceso y un control desigual a los recursos. Dejaron de controlar un patrimonio familiar en términos de tierra y trabajo colectivo y perdieron entonces los beneficios de la diversidad de actividades productivas y no agrícolas de los campesinos de hace todavía una veintena de años. Con estas transformaciones, los grupos domésticos son una institución donde se conjuga un sistema de distintos estatus, autoridades, subordinaciones y dominaciones, jerarquías, conflictos de intereses, solidaridades y alianzas, por lo que, para entender estos procesos, es fundamental estudiar la estructura de poder en la toma de decisiones en el interior de la familia.

Como consecuencia comunitaria, se perdieron los espacios comunes, tanto físicos como simbólicos. Si bien es cierto que las transformaciones de un territorio son resultado de las contradicciones y los conflictos de una sociedad, el territorio nahua es actualmente resultado de la apropiación individual de sus pobladores. Si antes de la década de 1970, la movilidad de nahuas y popolucas por el territorio les permitía hacer uso de distintas unidades ambientales (desde el mar, los ríos, la laguna, las selvas o los encinares) (Velázquez, 2001), recreando y reformulando espacios, actualmente el parcelamiento, la privatización o el acceso restringido de los recursos fragmenta el territorio, dejando el futuro de los recursos naturales a las decisiones individuales, con lo cual

se van agudizando los problemas ecológicos ya presentes. La fragmentación del territorio, sujeta a las políticas contradictorias de desarrollo (por un lado, entre las forestales y de conservación y por otro lado, entre las agrarias y agropecuarias), es resultado de negociaciones políticas entre los distintos grupos sociales, por lo cual se encuentra igualmente frente a intereses confrontados. Recientemente, con la declaración de la Reserva de la Biosfera en 1998, muchos de los ganaderos se sienten amenazados por la política de la conservación y, mientras se ponen de acuerdo, la deforestación en la región ha avanzado abruptamente.

La falta de alternativas económicas y la baja rentabilidad agropecuaria en el medio rural se van agudizando con la política macroeconómica de abandono de la población rural (sin inversiones en infraestructura, sin un volumen de créditos adecuado, con una política de precios fluctuantes, con una política comercial sujeta al TLC tan adversa). Esta situación aviva migraciones masivas cada vez más lejanas (física y simbólicamente). La sierra se desvaloriza frente a la mayoría de los y las jóvenes migrantes, quienes fincan sus esperanzas fuera de la sierra y, por tanto, la construcción de un futuro ambiental reglamentado y respetado en la región no cabe en sus objetivos. Cada migrante ligará sus preocupaciones en los nuevos ambientes ocupados y apropiados. Las migraciones, la extrema pobreza imperante, la descapitalización productiva y la desorganización social de la población nahua seguirán generando una respuesta individual y sin posibilidades de llevar a cabo acciones colectivas frente a los procesos de cambio ambiental, pero igualmente frente a las alternativas económicas y tecnológicas que lleguen a la región, incluidas las propuestas con el enfoque de la agroecología y el desarrollo sustentable.

Bibliografía

- Ariza, Marina, 2000, *Ya no soy la que dejé atrás... Mujeres migrantes en República Dominicana*, México, Plaza y Valdés/ IISUNAM, 300 pp.
- Arizpe, Lourdes, 1978, *Migración, etnicismo y cambio económico (un estudio sobre migrantes campesinos a la ciudad de México)*, México, El Colegio de México.
- Arizpe, Lourdes, 1980, “La migración por relevos y la reproducción social del campesinado”, *Cuadernos del CES*, núm. 28, México, El Colegio de México.
- Bach, Robert, y Lisa Schraml, 1982, “Migration, Crisis and Theoretical Conflict”, *International Migration Review*, 16 (2), pp. 320-341.
- Banco Mundial, 1983, *World Development Report*, Nueva York, Oxford University Press.
- Barrera, Dalia, y Cristina Oehmichen (comps.), 2000, *Migración y relaciones de género en México*, México, GIMPTRAP/IIAUNAM, 414 pp.
- Bartra, Armando, 1982, *El comportamiento económico de la producción campesina*, México, Col. Cuadernos Universitarios, Universidad Autónoma Chapingo, 110 pp.
- Benería, Lourdes, y M. Roldán, 1987, *The Crossroads of Class and Gender*, Chicago, Chicago University Press.
- Carter, Anthony T., 1984, “Household Histories”, en R. McC. Netting, R. Wilk y J. Arnould (comps), *Households: Comparative and Historical Studies of The Domestic Groups*, Berkeley, University of California Press, pp. 44-83.
- Chayanov, A. V., 1974, *La organización económica de la unidad doméstica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Collins, Jane, 1986, “The Household and Relations of Production in Southern Peru”, *Review for Comparative Study of Society and History*, vol. 86, pp. 651-671.
- Daltabuit Godás, Magali, 1992, *Mujeres mayas: trabajo, nutrición y fecundidad*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 283 pp.
- De Teresa, Ana Paula, 1991, “La encuesta genealógica: una propuesta para el análisis de la reproducción de la economía campesina”, *Nueva Antropología*, vol. XI, núm. 39, México, pp. 169-187.

- De Teresa, Ana Paula, 1992, *Crisis agrícola y economía campesina*, México, Porrúa, 305 pp.
- Folbre, Nancy, 1986, "Hearts and Spades: Paradigms of Household Economics", *World Development*, vol. 14, núm. 2, pp. 245-255.
- Fortes, Meyer, 1958, "Introduction", en Jack Goody (comp.), *The Development Cycle in Domestic Groups*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-14.
- García Canclini, Néstor, 1995, *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo, 198 pp.
- García de León, Antonio, 1969, "El universo de lo sobrenatural entre los nahuas de Pajapan, Veracruz", *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 8, INAH, México.
- García, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, 1982, *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, México, El Colegio de México/UNAM.
- Godínez Guevara, Lourdes, y Elena Lazos Chavero, 2003, "Sentir y percepción de las mujeres sobre el deterioro ambiental: retos para su empoderamiento", en E. Tuñón (coord.), *Género y medio ambiente*, México, Ecosur/Semarnat/Plaza y Valdes, pp. 145-178.
- González Montes, Soledad, 1992, "Familias campesinas mexicanas en el siglo XX", tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Good, Catharine, 1998, "Trabajando juntos como uno: conceptos nahuas del grupo doméstico y de la persona", ponencia presentada en el simposio "Familia y parentesco en México y Mesoamérica: unas miradas antropológicas", Universidad Iberoamericana, México, 15 pp.
- Goodenough, Ward H., 1956, "Southwestern Rules", *Southwestern Journal of Anthropologist*, núm. 73, pp. 1058-1076.
- Goody, Jack, 1958, "The Fission of Domestic Groups among the LoDagaba", en Jack Goody (comp.), *The Development Cycle in Domestic Groups*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 53-91.
- Goody, Jack, 1972, "The Evolution of the Family", en P. Laslett y R. Wall (comps.), *Household and Family in Past Time*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 103-124.
- Gray, Robert, 1964, "Introduction", en R. F. Gray y P. H. Gulliver (comps.), *The Family Estate in Africa*, Londres, Routledge and Kegan Paul.

- Guyer, J., y P. Peters, 1987, "Conceptualising the Household: Issues of Theory and Policy in Africa", *Development and Change*, vol. 13 (2), pp. 265-314.
- Hammel, E. A., y Peter Laslett, 1974, "Comparative Household Structure over Time Between Cultures", *Comparative Studies in Society and History*, núm. 16, pp. 73-109.
- Hardin, Garret, 1968, "The Tragedy of the Commons", *Science*, vol. 162, pp. 1243-1248.
- Ignacio, Esperanza, 2004, "Estrategias de vida de la unidad doméstica en el nuevo medio rural. Caso de la comunidad nahua Tatahuicapan y la colonia mestiza López Arias, Veracruz", tesis de maestría en antropología social, México, ENAH, 228 pp.
- INEGI, 1996, *Conteo de Población 1995. Resultados definitivos*, México, INEGI.
- Jelín, Elizabeth, 1984, *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*, Buenos Aires, CEDES.
- Katz, Esther, 1998, "Paysage, espaces, territoire: représentations mixteques (Mexique)", en D. Guillaud, M. Seysset y A. Walter (comps.), *Le voyage inachevé... a Joël Bonnemaison*, París, ORSTOM/RODIG, pp. 681-687.
- Kaus, Andrea, 1993, "Environmental Perceptions and Social Relations in the Mapimí Biosphere Reserve", *Conservation Biology*, vol. 7, núm. 2, pp. 398-405.
- Kearney, Michael, 1995, "The Local and the Global: the Anthropology of Globalization and Transnationalism", *Annual Review of Anthropology*, vol. 24, pp. 547-565.
- Kemper, Robert, 1987, "Desarrollo de los estudios antropológicos sobre la migración mexicana", en S. Glantz (comp.), *La heterodoxia recuperada: en torno a Angel Palerm*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 477-499.
- Lammel, Annamaría, 1992, "La naturaleza totonaca: percepción, representación y gestión", ponencia presentada en el VII Encuentro de Investigadores de la Huasteca, Cd. Valles, San Luis Potosí, 10 pp.
- Laslett, Peter, 1972, "Introduction: The History of the Family", en Peter Laslett y Richard Wall (comps.), *Household and Family in Past Time*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-89.

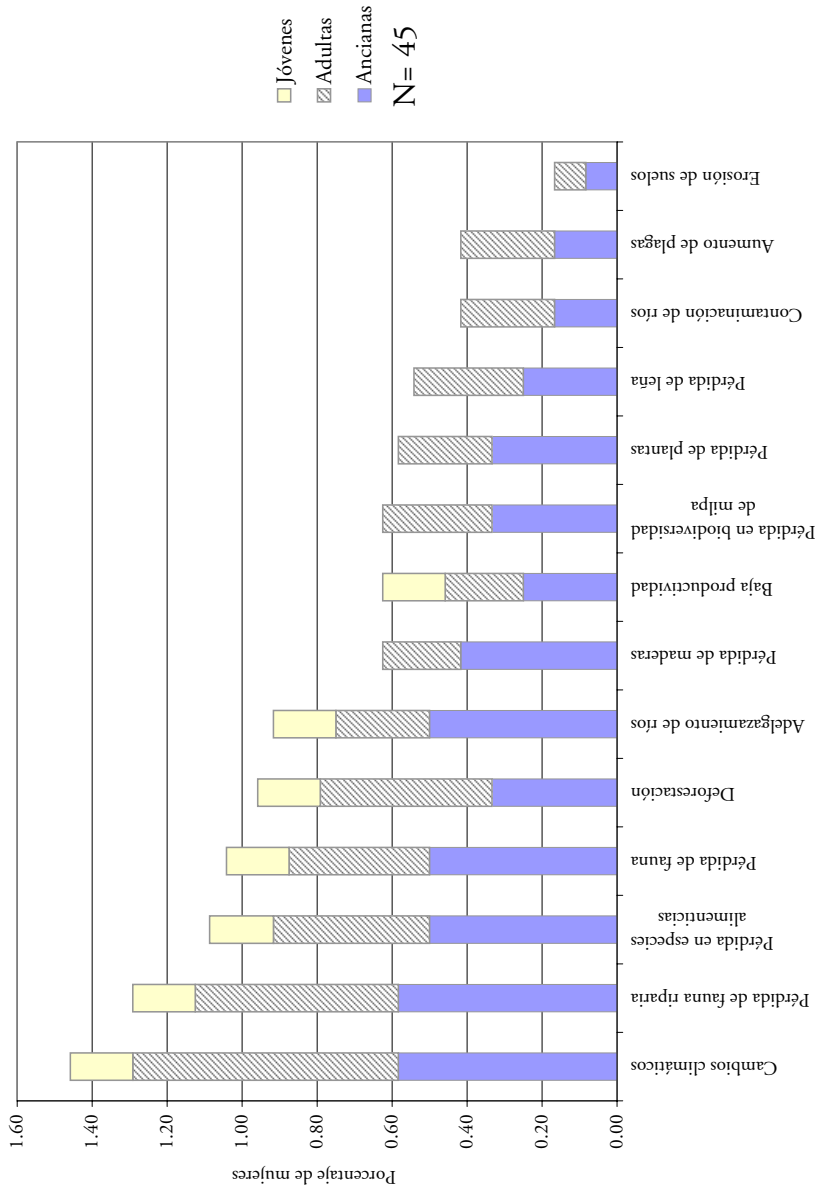
- Lazos Chavero, Elena, 1995. "De la candela al mercado: el papel de la mujer en la agricultura comercial del sur de Yucatán", en S. González y V. Salles (coords.), *Relaciones de género y transformaciones agrarias*, México, El Colegio de México, pp. 91-133.
- Lazos Chavero, Elena, 1996, "La ganaderización de dos comunidades veracruzanas: condiciones de la difusión de un modelo agrario", en L. Paré y M. J. Sánchez (comps.), *El ropaje de la tierra. Naturaleza y cultura en cinco zonas rurales*, México, IISUNAM/Plaza y Valdés, pp. 177-242.
- Lazos Chavero, Elena, y Lourdes Godínez, 1996, "Dinámica familiar y el inicio de la ganadería en tierras campesinas del sur de Veracruz", en L. Paré y M. J. Sánchez (comps.), *El ropaje de la tierra. Naturaleza y cultura en cinco zonas rurales*, México, IISUNAM/Plaza y Valdés, pp. 243-354.
- Lazos Chavero, Elena, y Lourdes Godínez, 2004, "Género en los procesos de sustentabilidad: potencialidades y límites", en Fernando Lozano (coord.), *El amanecer del siglo y la población mexicana*, Cuernavaca, Somede/CRIMUNAM, pp. 621-649.
- Lazos Chavero, Elena, y Luisa Paré, 2000, *Miradas indígenas sobre una naturaleza entristecida: percepciones del deterioro ambiental entre nabuas del sur de Veracruz*, México, IISUNAM/Plaza Valdés, 220 pp.
- Lomnitz, Larissa, 1975, *¿Cómo sobreviven los marginados?*, México, Siglo XXI.
- López Austin, Alfredo, 1972, "El mal aire en el México Prehispánico", *Religión en Mésoamérica*, XII Mesa Redonda, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 379-408.
- MAB-UNESCO, 1978, *La perception de l'environnement: lignes directrices méthodologiques pour les études sur le terrain*, notes techniques du MAB 5, París, Scope/UNESCO.
- Martínez, P. L. Marielle, y Teresa Rendón, 1983, "Las unidades domésticas campesinas y sus estrategias de reproducción", en K. Appendini, P. L. Marielle Martínez, T. Rendón y V. Salles, *El campesinado en México: dos perspectivas de análisis*, México, El Colegio de México, pp. 13-111.
- Méndez y Mercado, Leticia, 1984, *Migración interna en un grupo étnico: el caso de Santo Tomás Ocotepec, Oaxaca*, México, Instituto Nacional Indigenista.
- Miller, Barbara, 1981, *The Endangered Sex: Neglect of Female Children in Rural North India*, Ithaca, Cornell University Press.

- Mitchell, W. J. T., 1994 "Imperial Landscape", en W. J. T. Mitchell (comp.), *Landscape and power*, Press, Chicago/Londres, University of Chicago pp. 5-34.
- Montoliu, María, 1989, *Cuando los dioses despertaron. Conceptos cosmológicos de los antiguos mayas de Yucatán estudiados en el Chilam Balam de Chuyamel*, México, IIAUNAM, 96 pp.
- Mummert, Gail, 1999, "Juntos o despartados: migración transnacional y la fundación del hogar", en G. Mummert (comp.), *Fronteras fragmentadas*, México, El Colegio de Michoacán/CIDEM, pp. 451-470.
- Murray, Colin, 1987, "Class, Gender and the Household: the Development Cycle in Southern Africa", *Development and Change* 18 (2), pp. 235-249.
- Netting, Robert McC., 1993, *Smallholders, Householders*, Stanford, Stanford University Press, 389 pp.
- Netting, Robert McC., Richard R. Wilk y Eric J. Arnould, 1984, "Introduction: Studing the Household: Method and Theory", en R. McC. Netting, R. Wilk y J. Arnould (comps.), *Households: Comparative and Historical Studies of Domestic Group*, Berkeley, University of California Press, pp. xiii-xxxviii.
- Oliveira, Orlandina de, y Vania Salles, 1989, "Acerca del estudio de los grupos domésticos: un enfoque sociodemográfico", en Orlandina de Oliveira, Marielle Pepin Lehalleur y Vania Salles (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, El Colegio de México/Porrúa/UNAM.
- Oliveira, Orlandina de, Marielle Pepin Lehalleur y Vania Salles (comps.), 1989, *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, El Colegio de México/Porrúa/UNAM.
- Ostrom, Elinor, 1990, *Governing the Commons: the Evolution of Institutions for Collective Action*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Palma, Rafael, André Quesnel y Daniel Delaunay, 2000, "Una nueva dinámica del poblamiento rural en México: el caso del sur de Veracruz (1970-1995). Apuntes sustantivos y metodológicos", en Eric Léonard y Emilia Velázquez (coords.), *El sotavento veracruzano: procesos sociales y dinámicas territoriales*, México, CIESAS/IRD, pp. 83-108.
- Pepin Lehalleur, Marielle, y Teresa Rendón, 1989, "Reflexiones a partir de una investigación sobre grupos domésticos campesinos y sus estrategias de reproducción", en O. de Oliveira, M. Pepin Lehalleur y V. Salles

- (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, El Colegio de México/Porrúa/UNAM, pp. 107-124.
- Pérez Ruiz, Maya, 1993, “La identidad entre fronteras”, en G. Bonfil (coord.), *Nuevas identidades culturales en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 126-153.
- Quesnel, André, y Susana Lerner, 1989, “El espacio familiar en la reproducción social: grupos domésticos residenciales y grupos de interacción”, en Orlandina de Oliveira, Marielle Pepin Lehalleur y Vania Salles (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, El Colegio de México/Porrúa/UNAM, pp. 39-79.
- Rosenzweig, Mark, y Paul Schultz, 1982, “Market Opportunities, Genetic Endowments, and Intrafamily Resources Distribution”, *American Economic Review*, vol. 72 (sept.), pp. 803-815.
- Salles, Vania, 1990, “Cuando hablamos de familia ¿de qué familia estamos hablando?”, ponencia presentada en la reunión de *Nueva Antropología*, 52 pp.
- Salles, Vania, 1996, “Hogares de frontera” *Nueva Antropología. Poder y género*, núm. 49, pp. 133-154.
- Sánchez, Martha Judith, 1995, “Comunidades sin límites territoriales”, tesis de doctorado, México, El Colegio de México.
- Schmink, Marianne, 1984, “Household Economic Strategies: Review and Research Agenda”, *Latin American Research Review*, 19: 3, pp. 87-101.
- Smith, Joan, Immanuel Wallerstein y Hans-Dieter Evans (comps.), 1984, *Households and the World Economy*, Beverly Hills, Sage Publications.
- Szasz, Ivonne, 1994, “Migraciones temporales, migraciones femeninas y reproducción de unidades domésticas en una zona rural del Estado de México”, en V. Salles y E. McPhail, *Nuevos textos y renovados pretextos*, México, El Colegio de México, pp. 53-86.
- Trigueros, Paz, 1994, “Unidades domésticas y función de la mujer en un poblado rural en el que se practica la emigración a Estados Unidos”, en V. Salles y E. McPhail, *Nuevos textos y renovados pretextos*, México, El Colegio de México, pp. 87-113.
- Velázquez, Emilia, 1992, “Reforma agraria y cambio social entre los nahuas de Mecayapan”, en O. Domínguez Pérez (coord.), *Agraristas y agrarismos*, Jalapa, Ver., Gobierno del Estado de Veracruz, pp. 251-267.

- Velázquez, Emilia, 1997, “La apropiación del espacio entre nahuas y popolucas de la Sierra Santa Marta, Veracruz”, en Odile Hoffmann y Fernando Salmerón (coords.), *Nueve estudios sobre el espacio: representación y formas de apropiación*, México, CIESAS/ORSTOM, pp. 113-131.
- Velázquez, Emilia, 2001, “El territorio de los popolucas de Soteapan, Veracruz: transformaciones en la organización y apropiación del espacio”, *Relaciones* 87, vol. XXII, pp. 17-47.
- Whyte, Anne, 1977, *Guidelines for Field Studies in Environmental Perception*, París, MAB Technical Notes 5, UNESCO, 117 pp.
- Wilk, Richard R., 1991, *Household Ecology: Economic Change and Domestic Life among the Kekchi Maya and Belize*, Tucson, University of Arizona Press, 280 pp.
- Wilk, Richard R., y Robert McC. Netting, 1984, “Households: Changing Forms and Functions”, en R. McC. Netting, R. Wilk y E. J. Arnould (comps.), *Households: Comparative and Historical Studies of the Domestic Group*, Berkeley, University of California Press, pp. 1-28.
- Wolf, Diane, 1990, “Daughters, Decisions and Domination: An Empirical and Conceptual Critique of Household Strategies”, *Development and Change*, vol. 21, núm. 1, pp. 43-74.
- Yanagisako, Silvia, 1979, “Family and Household: The Analysis of Domestic Groups”, *Annual Review of Anthropology*, vol. 8, pp. 161-205.

GRÁFICA 1
PREOCUPACIONES AMBIENTALES DE LA POBLACIÓN FEMENINA EN TATAHUICAPAN





IV. Envejecimiento de la población y redes de apoyo familiar



ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO Y ARREGLOS FAMILIARES DE VIDA EN AMÉRICA LATINA¹

Ralph Hakkert
José Miguel Guzmán

Introducción

Uno de los fenómenos demográficos más impactantes de la fase actual de la transición demográfica en América Latina y el Caribe es el rápido proceso de envejecimiento, el cual está más adelantado en Cuba, Trinidad y Tobago, Uruguay y Argentina, pero que en el futuro próximo también afectará fuertemente a otros países, tales como Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, México y Panamá (Villa y Rivadeneira, 2000). En el conjunto de la región, las personas adultas mayores, definidas aquí como las que tienen 60 años o más, constituyen actualmente 8.4% de la población, cifra que aumentará a 24.0% en 2050 (United Nations, 2003).²

Existe consenso en que la capacidad para hacer frente a un número cada vez mayor de personas en la tercera edad depende tanto de la capacidad del Estado para generar y aplicar políticas públicas de gran cobertura —especialmente en las áreas de seguridad social y salud— como de los patrones de organización familiar. Se ha argumentado que el proceso de rápido envejecimiento de la población coincide en América Latina con una fase relativamente poco adelantada de su desarrollo. Como lo

¹ Los autores agradecen a Dirk Jaspers-Faijer y a Sebastián Carrasco del CELADE por el procesamiento de datos de varios censos latinoamericanos.

² Sin embargo, en algunos países, esta última cifra será sustancialmente mayor, por ejemplo 26.1% en Uruguay, 32.4% en Trinidad y Tobago y 36.4% en Cuba (United Nations, 2003). El porcentaje también será más alto en las mujeres que en los hombres, particularmente en el área urbana. Ya para 2025, 15.4% de las mujeres de la región tendrán 60 años o más, contra 12.6% de los hombres. Según el CELADE (1999) la diferencia en el área urbana (15.8% contra 12.5%) será mayor que en el área rural (13.6% contra 12.9 por ciento).

señala Palloni (2000b), en la actualidad los países de América Latina aún no logran crear condiciones para inducir una transferencia de riqueza que asegure y consolide el bienestar de los adultos mayores, debido a un desarrollo insuficiente del mercado de capitales, un limitado ahorro personal fruto del excesivo riesgo e incertidumbre, derechos de propiedad inseguros, altas presiones inflacionarias y falta de esquemas de seguridad social, conjuntamente con la ausencia de planes privados de pensiones e insuficientes seguros de salud.³

En la mayoría de los países, los sistemas de seguridad social no cubren a la totalidad de la población, dejando fuera una parte significativa de ésta, en particular aquella más pobre. Son pocos los países (Argentina, Brasil, Cuba, Chile y Uruguay) donde la cobertura de la seguridad social supera 50% de la población de 60 años y más, y en muchos (Bolivia, Colombia, Ecuador, El Salvador, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, República Dominicana, Venezuela) no alcanza 25% (CEPAL, 2000). Benítez Zenteno (2000) señala como en México quedan fuera indígenas y poblaciones rurales en general. Esta situación lleva a que muchas personas de la tercera edad sigan siendo económicamente activas, incluso aquellas que formalmente están jubiladas, pues en varios países (Honduras, México, Nicaragua, Venezuela) el valor promedio de las jubilaciones y pensiones se encuentra cerca del límite de la pobreza (CEPAL, 2000).

Otro factor importante es el ritmo del envejecimiento en la región, que se produce con mayor rapidez de la que se dio históricamente en los países desarrollados. En Estados Unidos, el porcentaje de personas con 65 o más años aumentó de 5.4% en 1930 a 12.8% en el 2000; en Holanda, la proporción fue de 6.0% en 1900 y aumentó lentamente hasta llegar a 13.8% en el 2000, mientras que en Finlandia esta cifra creció de 5.3% a

³ Dicha percepción también depende en cierto modo de los indicadores usados. A finales del siglo XIX, cuando Inglaterra tenía aproximadamente el mismo porcentaje de adultos mayores que tiene actualmente Brasil, su esperanza de vida (45 años) y mortalidad infantil (casi 150 por mil) eran mucho más desfavorables. Es verdad que su Producto Interno Bruto per cápita era cerca de un tercio mayor que el de Brasil (aproximadamente igual al de Uruguay en la actualidad), pero Inglaterra era la nación más desarrollada de la época y otros países europeos se encontraban en una situación menos favorable.

12.9% en el mismo periodo. Pero en Brasil, donde actualmente la proporción es de 5.1%, se llegará a 14.5% en el 2040, o sea, un aumento 2.1 veces más rápido que en Estados Unidos y 3.1 veces más rápido que en Holanda.

Este proceso de envejecimiento rápido, en el contexto de un escaso desarrollo institucional, ejerce presión en los sistemas de organización familiar para que éstos creen los espacios para que las personas de mayor edad puedan convivir junto con sus descendientes o familiares, cuenten con protección, dispongan de una alimentación adecuada y accedan a una atención de salud y convivencia humana satisfactorias. Es partiendo de este reto que en este estudio se analiza, a partir de los datos de censos y encuestas, cómo han evolucionado los patrones de arreglos familiares de las personas de la tercera edad. Se espera que estos resultados sean de utilidad para las políticas que se están desarrollando en los países en materia de seguridad social y salud, y de protección y apoyo al adulto mayor.

Envejecimiento, arreglos familiares y políticas sociales

El contexto económico e institucional de los países

América Latina ha experimentado en las dos últimas décadas transformaciones económicas, políticas e institucionales de gran trascendencia. En cuestionable que en algún momento histórico el estado en América Latina y el Caribe haya verdaderamente tomado responsabilidad de las personas adultas mayores. Sin embargo, las reformas en los sistemas de salud y de seguridad social, iniciados en la década de los ochenta, las impactan significativamente. Estas reformas ocurren además en un contexto en que los esfuerzos por reducir la pobreza están lejos de ser exitosos. Si bien durante la década de los noventa en la mayor parte de los países se observó una disminución de la incidencia de la pobreza, el nivel actual es aún superior al de 1980 (Klein y Tokman, 2000) y en los últimos tres años hay evidencia de que la crisis económica que han experimentado varios países pueda revertir esta tendencia favorable y que incluso podría aumentar la incidencia de la pobreza (CEPAL, 2000).

Los procesos de reforma del sector salud y seguridad social se producen cuando los sistemas antiguos estaban siendo afectados por deficiencias administrativas y financieras (Bravo, 2000). Durante los años noventa, siete países de América Latina reforman sus sistemas de pensiones para introducir sistemas de capitalización individual basados total o parcialmente en el modelo de capitalización chileno (Ayala, 1995; Lora y Pagés, 2000).⁴ En la mayoría de los casos coexisten, al menos temporalmente, un sistema de beneficios administrado por el sector público y un sistema de capitalización individual, donde predomina la administración privada. Las reformas pensionales han conducido además a reformas de fondo de la seguridad social en salud, que también involucran aseguradoras y prestadores de servicios privados.

En un contexto institucional, económico y social como el que se ha descrito, en el cual el Estado traspasa al sector privado responsabilidades que antes eran consideradas del bien social, la coresidencia de los adultos mayores con otros familiares podría convertirse en una de las pocas alternativas con las que cuenta esta población para asegurar una cierta calidad de vida. Palloni (2000b) argumenta que, con la combinación de una población creciente de adultos mayores, conjuntamente con las restricciones fiscales y el desarrollo limitado de los mecanismos de transferencias sociales, la situación de los adultos mayores corre el riesgo de deteriorarse, lo que se agravaría si se incrementase la prevalencia de discapacidades y enfermedades crónicas entre los mayores de edad. Pero al mismo tiempo, una más larga permanencia de adultos mayores en las familias puede implicar un carga enorme para las parejas jóvenes, siendo que ellas mismas no siempre tienen la capacidad económica para sostener a sus descendientes.

⁴ Chile, a raíz de la reforma de 1981, estableció un sistema privado de administración de las pensiones basado plenamente en la capitalización individual. Posteriormente, Perú (1993), Colombia (1994), Argentina (1994), Uruguay (1996), México (1997), Bolivia (1997) y El Salvador (1998) han adoptado sistemas parcialmente inspirados en la reforma chilena.

Incidencia de arreglos institucionales no familiares

En la mayoría de los países de la región, hay falta de arreglos institucionales de vida para los adultos mayores con necesidades especiales. En los países más industrializados, una proporción significativa de los ancianos de mayor edad viven en instituciones, ya sean asilos, casas de ancianos, sanatorios, hospitales u otros ambientes.⁵ Sin embargo, tanto en Canadá como en Dinamarca y otros países industrializados se viene registrando en años recientes una fuerte disminución del porcentaje de adultos mayores institucionalizados, debido a los altos costos de la provisión de este tipo de facilidades a un número creciente de usuarios. En Estados Unidos existe una fuerte discusión acerca de quién debe hacerse cargo de los costos de la atención de las enfermedades crónicas en los ancianos. Como lo señala un estudio reciente, hay en la actualidad una voluntad de traspasar la responsabilidad del financiamiento de éstas desde los gobiernos federales y estatales hacia los individuos y sus familias (Quinn, 2001).

En la mayor parte de América Latina y el Caribe, como en las sociedades menos desarrolladas de Asia, el número de adultos mayores que no viven en hogares es bajo. Los pocos que se encuentran en esta situación tienden a ser los más pobres, que no tienen familia que les cuide. En Bolivia (1992), por ejemplo, el porcentaje no pasa de 1.5%. Aun en Cuba, el número de adultos mayores institucionalizados no pasa de 15 000, entre un millón y medio de personas con 60 años o más. Sólo en Argenti-

⁵ En Canadá (1991), por ejemplo, el porcentaje de personas institucionalizadas es del orden de 2.0-2.5% en el grupo etáreo de 60-74 años, pero llega a 11.2% de los hombres y 19.1% de las mujeres con más de 75 años. En Dinamarca (1991), el porcentaje pasa poco de 1.0% en el grupo de 60-74 años, pero llega a 7.0% de los hombres y 11.6% de las mujeres mayores de 75 años. Aun en Japón (1990), donde se supone que la solidaridad familiar intergeneracional es un valor cultural fuerte, estos porcentajes llegan a 1.6-1.8%, 5.4% y 8.9% respectivamente. En Hong Kong (1991), otra sociedad desarrollada con una tradición fuerte de reverencia hacia los parientes ancianos, los porcentajes son 2.0-2.5%, 7.0% y 12.9%, respectivamente. La semejanza entre las cifras de los cuatro países citados sugiere que el patrón de institucionalización de adultos mayores con necesidades especiales se relaciona más con factores económicos que con diferencias de origen cultural.

na y Uruguay la situación llega a aproximarse al patrón de los países más industrializados. En Argentina (1991), casi 3% de los adultos mayores con más de 65 años viven en instituciones. En Uruguay (1985), el porcentaje de hombres de 60-74 años que viven en instituciones es relativamente alto (3.6%); aun así, en el grupo de 75 años y más las cifras (4.9% de los hombres y 5.2% de las mujeres) todavía se ubican por debajo de las encontradas en los países anteriormente citados.

Las transferencias hacia la población adulta mayor

La calidad de vida de las personas adultas mayores está relacionada con (pero no se reduce a) los ingresos, bienes y servicios que percibe. Aparte de los ingresos directos recibidos vía remuneración al trabajo u otras fuentes, los ingresos vienen bajo la forma de transferencias sociales (pensiones, seguros de salud y otras) o familiares (remesas, arreglos familiares) (Palloni, 2000b). Tuirán y Wong (1993) sugieren que las transferencias intergeneracionales constituyen una respuesta a las nuevas realidades de las familias. Estas transferencias familiares pueden asumir diferentes formas, desde la ayuda monetaria directa hasta cuidados personales para un pariente enfermo o parcialmente discapacitado. Sin embargo, una de las formas más comunes de solidaridad intergeneracional es la cohabitación, la cual reduce los gastos de vivienda por persona, arroja economías de escala en la compra y preparación de alimentos y facilita el apoyo directo a los parientes con necesidades especiales. La coresidencia no siempre implica la socialización de los recursos y los adultos mayores pueden recibir transferencias de familiares residentes fuera del hogar. Para el caso de México, por ejemplo, Montes de Oca (en este volumen: cuadros 1 y 4) muestra que 38.6% de los mayores de 60 años reciben algún apoyo de personas fuera de sus hogares, mientras que 28.5% de los residentes en hogares conyugales ampliados no reciben apoyos de sus coresidentes. Aun así, autores como De Vos y Holden (1988) consideran que compartir un espacio físico está muy relacionado con compartir otros recursos.

El estudio de estos temas y sus implicaciones para las políticas sociales en materia de la tercera edad en América Latina y el Caribe todavía es incipiente en comparación con el mayor número de trabajos ya

realizados en otros continentes. Recientemente, el tema ha comenzado a recibir una atención más sistemática a través de trabajos como los de De Vos (1990, 1995), Palloni y De Vos (1992), Ramos (1994), Palloni, De Vos y Peláez (1999) y Palloni (2000a y b), CEPAL (2000) y PAHO (1993, 1989a, 1989b, 1990). Algunos otros estudios en países específicos o grupos de países incluyen los de Yazaki *et al.* (1991), Agree (1993), Goldani (1989), Ramos (1987, 1991, 1992, 1995, 1998) y Saad (1998, 2000), sobre Brasil. Vélez (1978), Robles (1987), Contreras de Lehr (1992), Tuirán y Wong (1993), Kanaiaupuni (1999), Rubalcava (1999), Solís (1999), Wong (1999), Shinkai (2000) Tuirán (1998) y Valdivia y Saavedra (2000).

En lo que sigue, se tratará de sistematizar algunos de los resultados que han comenzado a surgir a partir de distintos estudios aquí citados. A éstos se agregarán algunos datos nuevos de los censos y las Encuestas DHS de la región, para actualizar la información y trazar algunas tendencias.⁶ En la mayoría de las encuestas usadas aquí (Bolivia, Brasil, Colombia, Guatemala, Haití, Nicaragua, Paraguay, Perú, República Dominicana) falta la variable “estado civil” en el cuestionario del hogar, lo que limita la relevancia de los datos. Sin embargo, aun así ha sido aprovechada con relativo éxito (De Vos, 1995) y se resolvió analizarla para efectos de este trabajo.

La composición de los hogares en que viven los adultos mayores

La mayor parte de la bibliografía histórica, siguiendo a Laslett (1972), ha analizado la distribución de los hogares según su composición. Algunos autores (Ruggles, 1987, entre otros), sin embargo, prefieren analizar la inserción de los individuos desde su propio punto de vista. En este

⁶ Las DHS y otras encuestas de fecundidad tienen inconvenientes para el estudio de los arreglos de vida de los adultos mayores porque se dirigen primordialmente a mujeres de 15-49 años, por lo que existe la posibilidad de que subenumeren los hogares que consisten sólo de personas de 50 años o más. De hecho, en cinco de siete países con encuestas tipo DHS la proporción de personas de 60 años y más que viven solas fue inferior, según los datos de esta encuesta, a las obtenidas en el último censo disponible.

capítulo se analizan los datos atendiendo al primer enfoque —de cómo son los hogares en que viven adultos mayores— y en el capítulo siguiente según el segundo —de cómo los adultos mayores se insertan en sus respectivos contextos de convivencia.

Aunque actualmente sólo 8.4% de la población de América Latina y el Caribe tiene más de 60 años, el porcentaje de hogares urbanos que cuentan con por lo menos una persona adulta mayor varía entre 21% en México y 49% en Uruguay. En las zonas rurales, los porcentajes son generalmente mayores, variando de 24% en Costa Rica a 37% en Chile.⁷ El porcentaje de hogares con jefe* adulto mayor varía entre 18% en México, 24% en Haití y 31% en Uruguay. Estas últimas cifras no se alejan mucho de las encontradas en los países más industrializados: 29% en Estados Unidos, 25% en Japón, 33% en Dinamarca y 36% en Suecia. Sin embargo, las respectivas estructuras familiares son muy distintas. En Estados Unidos y Europa, la abrumadora mayoría de los jefes adultos mayores son jefes de hogares unipersonales o de parejas, sin otros miembros: 88% en Estados Unidos, 89% en Dinamarca y 91% en Suecia. En cambio, en Japón sólo 53% de los jefes adultos mayores se encuentran en esta situación y en América Latina la proporción es más baja todavía, variando de 14% en Nicaragua a 37% en Bolivia. El cuadro 1 muestra esta situación en más detalle. Para los hogares con adultos mayores dependientes, entre 60 y 75% tienen sólo a una mujer como adulta mayor dependiente.

La situación varía tanto según la edad como según el sexo, según lo muestra el cuadro 2. Entre los hombres, las tasas de jefatura se mantienen casi constantes en 80-95%, dependiendo del país, hasta los 75 años, cuando registran un cierto descenso. Entre las mujeres, aumentan

⁷ Las cifras citadas se basan en CEPAL (2000) y fueron derivadas a partir de las encuestas de hogares de la región. En algunos países, como Argentina y Uruguay, éstas existen sólo para las áreas urbanas, de modo que las cifras rurales pueden no reflejar el rango de variación existente. Además, no hay información sobre Cuba. Las encuestas DHS tienen representatividad nacional, pero padecen de los inconvenientes anteriormente citados.

* El concepto de jefe que se maneja en los censos de América Latina y el Caribe se basa en el reconocimiento como tal por los miembros del hogar y no significa necesariamente que la persona así designada sea responsable de un mayor aporte a los ingresos del hogar.

CUADRO 1
COMPOSICIÓN PORCENTUAL DE HOGARES SEGÚN NÚMERO, SEXO Y JEFAURA DE LOS ADULTOS MAYORES

País, año	Total	Hogares con adultos mayores dependientes			Hogares con adultos mayores como jefes de hogar				
		Hogares sin adultos mayores	Un hombre adulto mayor	Una mujer adulta mayor	Dos o más adultos mayores	Un hombre adulto mayor con otros miembros	Una mujer adulta mayor con otros miembros	Dos o más adultos mayores con otros miembros	Hogares con solo adultos mayores
Bolivia, 1998	100	74.6	0.8	3.6	0.4	4.9	3.9	4.2	7.6
Brasil, 1996	100	74.4	0.9	3.7	0.4	6.2	4.3	4.9	5.3
Colombia, 1995	100	72.8	1.4	4.6	0.5	6.5	5.0	5.7	3.6
Guatemala, 1995	100	74.0	1.5	5.0	0.7	6.3	3.5	4.7	4.2
Haití, 1994/95	100	68.4	2.6	4.5	0.5	6.9	7.6	5.3	4.2
Nicaragua, 1998	100	73.5	1.8	4.2	0.7	6.5	5.6	5.0	2.7
Paraguay, 1990	100	70.6	1.4	4.1	0.5	6.8	5.1	7.3	4.1
Perú, 1996	100	72.6	1.6	4.7	0.6	6.7	3.6	6.1	4.1
Rep. Dom., 1996	100	72.7	1.5	2.9	0.4	7.3	5.9	5.6	3.7

FUENTE: Cálculos propios basados en la DHS III.

gradualmente, alcanzando su máximo alrededor de los 75 años. Los cambios en términos de tipos de hogares son más reveladores. Por ejemplo, el aumento de las tasas de jefatura de las mujeres entre los 55 y 75 años se debe en gran medida al incremento del número de jefas de hogares unipersonales. A los 55 años, este componente aporta cerca de 2-3%, pero con la excepción de Nicaragua y Paraguay, este valor aumenta hasta llegar a 9-11% (en Bolivia 18%) cuando la mujer alcanza los 75 años.

Entre las mujeres, el aporte a la tasa de jefatura de hogares multipersonales se mantiene constante o incluso aumenta un poco hasta los 75 o (en algunos casos) 70 años, cuando se nota una reducción. La casi constancia de los jefes en hogares multipersonales se explica por dos procesos, que actúan en sentidos opuestos: en la medida en que los hijos crecen y dejan el hogar, el número de mujeres jefas de hogares multipersonales disminuye, y en la medida en que mueren los cónyuges, un número mayor de mujeres asume la jefatura de hogares de este tipo.

En Chile (1992), 23% de los hogares tenía un jefe adulto mayor, pero el porcentaje era mucho mayor en hogares con jefatura femenina (34%) que en hogares con jefatura masculina (19%). En México (1970), 15% de todos los hogares y 18% de los hogares no nucleares tenían jefe de más de 60 años; en 1990, estas cifras eran 16% y 27%, respectivamente. Entre los jefes de más de 65 años, 55% encabezaban un hogar nuclear, 26% un hogar ampliado, 3% un hogar compuesto, 1% un hogar corresidente y 15% un hogar unipersonal.

Factores demográficos relevantes para la coresidencia

¿Cuáles son los factores demográficos y económicos que determinan la coresidencia de los adultos mayores con sus hijos y otros familiares más jóvenes? Para dar respuesta a esta pregunta hay que distinguir varias situaciones. En primer lugar, puede haber un adulto mayor que es el jefe o la jefa de su hogar, por ser el perceptor del ingreso monetario más importante. Una segunda situación es la del adulto mayor que genera ingresos, pero cuyo aporte al ingreso del hogar es secundario. Un tercer caso es cuando el adulto mayor es dependiente económico, pero su presencia en el hogar posibilita que otros miembros generen ingresos; y,

ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO Y ARREGLOS FAMILIARES DE VIDA EN AMÉRICA LATINA

CUADRO 2

TASAS DE JEFATURA POR EDAD Y SEXO, DESCOMPUESTAS SEGÚN TIPO DE HOGAR

País, año	Hombres				Mujeres			
	Unipersonal	Bipersonal	Multipersonal	Tasa de jefatura	Unipersonal	Bipersonal	Multipersonal	Tasa de jefatura
Bolivia, 1998								
55-59	7.7	14.3	73.1	95.2	4.6	8.2	14.7	27.6
60-64	7.3	23.0	61.4	91.7	7.1	10.0	15.3	32.5
65-69	12.0	27.9	52.3	92.2	12.6	9.7	14.0	36.3
70-74	12.9	34.0	46.2	93.1	17.1	9.0	15.4	41.5
75+	15.7	30.3	40.1	86.1	19.9	8.6	13.1	41.5
Brasil, 1996								
55-59	2.7	13.4	76.5	92.6	2.5	7.9	16.9	27.2
60-64	3.4	17.6	71.8	92.8	8.2	7.5	17.8	33.5
65-69	4.6	25.0	63.4	93.0	10.1	11.3	15.8	37.2
70-74	5.0	27.4	56.9	89.4	9.5	9.5	17.8	36.7
75+	7.9	28.9	45.3	82.1	13.1	12.9	12.2	38.1
Colombia, 1995								
55-59	4.2	7.5	76.4	88.0	2.4	5.5	23.0	31.0
60-64	6.6	10.8	69.2	86.6	6.4	6.7	24.3	37.5
65-69	6.3	15.5	65.3	87.0	4.6	9.9	20.7	35.2
70-74	3.5	14.4	66.7	84.6	9.6	13.5	23.7	46.8
75+	8.3	12.1	53.9	74.3	6.0	8.2	18.6	32.9
Guatemala, 1995								
55-59	1.5	7.1	82.4	90.9	3.2	4.6	17.1	24.9
60-64	5.1	15.0	71.0	91.1	2.4	5.0	17.9	25.3
65-69	4.0	20.6	61.1	85.8	4.8	7.3	18.8	30.8
70-74	6.9	21.3	54.8	82.9	9.6	11.1	12.7	33.4
75+	6.2	25.6	39.7	71.6	6.6	8.7	11.1	26.4
Nicaragua, 1998								
55-59	2.0	4.9	76.7	83.6	4.0	3.6	33.9	41.6
60-64	4.7	9.5	65.5	79.6	4.6	5.6	34.1	44.3
65-69	4.7	9.1	70.8	84.6	4.3	6.7	35.6	46.6
70-74	8.3	11.3	57.9	77.4	3.0	9.3	34.6	47.0
75+	6.3	8.3	53.1	67.7	4.2	6.5	23.7	34.4
Paraguay, 1992								
55-59	3.9	7.5	79.8	91.2	4.1	7.7	21.1	33.0
60-64	4.8	11.6	74.0	90.4	2.9	6.1	23.2	32.3
65-69	3.6	10.7	77.1	91.3	7.2	5.6	19.2	32.0
70-74	8.1	18.3	60.9	87.3	5.6	8.5	22.1	36.2
75+	6.9	15.6	56.9	79.4	4.4	10.4	18.2	33.0
Perú, 1996								
55-59	3.2	7.4	81.6	92.3	3.2	4.5	16.7	24.3
60-64	4.9	10.6	74.3	89.7	4.3	5.7	18.2	28.1
65-69	6.9	12.7	66.6	86.3	5.8	6.5	16.0	28.3
70-74	6.4	19.1	59.8	85.4	8.4	7.9	15.4	31.7
75+	7.4	16.3	52.1	75.8	8.1	7.3	13.6	29.0
Rep.Dom., 1995								
55-59	5.5	9.7	72.4	87.6	2.7	6.6	30.0	39.3
60-64	5.7	8.8	71.8	86.2	3.5	5.1	29.4	38.0
65-69	7.6	11.2	68.4	87.2	4.0	9.6	32.2	45.7
70-74	9.0	9.6	67.4	86.0	8.3	10.5	33.2	52.0
75+	7.6	15.1	54.4	77.1	9.2	12.1	26.0	47.3

FUENTE: Cálculos propios basados en la DHS III.

finalmente, el caso de un adulto mayor dependiente con algún tipo de incapacidad y que, por el cuidado que requiere, impide que algún miembro de la familia trabaje (Rubalcava, 1999).

La situación en que los progenitores dependientes viven con los hijos es la que normalmente uno se imagina cuando se trata de la solidaridad intergeneracional; esta situación es más común en las áreas urbanas. Pero la otra situación, en que la dependencia es de los hijos en relación con los progenitores, también es bastante común en América Latina, particularmente entre pequeños propietarios rurales, cuyos hijos normalmente dependen de la muerte o del retiro de sus padres para tener acceso independiente a la tierra. Según Ruggles (2000), este mecanismo, y no la solidaridad de los hijos con sus padres dependientes, era en gran parte responsable por la coresidencia entre generaciones en las áreas rurales de Europa y Estados Unidos hasta principios del siglo xx.

Aunque la correspondencia no es perfecta, se supuso aquí que la primera situación corresponde a la jefatura de un hijo u otro familiar más joven, mientras que la segunda se caracteriza por el mantenimiento de la jefatura por parte del adulto mayor. Para analizar los factores que inciden en cada una de estas variantes, se separaron aquellos hogares (incluso aquellos que no tienen adultos mayores) que cuentan con por lo menos un individuo de 15-59 años que no sea cónyuge de un adulto mayor coresidente. Este individuo o individuos constituyen el núcleo familiar básico al cual se pueden agregar uno o más adultos mayores y sus cónyuges, sea bajo la condición de dependiente, sea bajo la condición de jefe. El cuadro 3 analiza algunas características del grupo básico que pueden ser relevantes para que esto suceda o no, para dos países (Colombia y Nicaragua) y dos situaciones (dependiente o jefe).

Como lo demuestra el cuadro 3, ni la pobreza ni la residencia urbana aparecen como determinantes importantes de la coresidencia de adultos mayores en los núcleos familiares jóvenes, pero la pertenencia al quintil más rico sí aumenta la probabilidad de coresidencia. En Nicaragua, pero no en Colombia, hay incluso una prevalencia mayor de hogares multigeneracionales entre los estratos sociales de mayor nivel educativo. En Colombia, la presencia del adulto mayor como jefe también es más común en el área rural. Los otros determinantes que se

muestran consistentemente significativos son los asociados con el ciclo de vida del núcleo familiar. El número de adultos jóvenes casados o unidos está negativamente asociado con la coresidencia de adultos mayores. El número de mujeres adultas jóvenes también está negativamente asociado con la presencia de jefes adultos mayores. La presencia de niños menores de 15 años no demuestra una relación consistente con la coresidencia de adultos mayores.

CUADRO 3

ANÁLISIS LOGÍSTICO DE LA PROBABILIDAD DE CORESIDENCIA DE UN ADULTO MAYOR COMO DEPENDIENTE O COMO JEFE EN UN NÚCLEO FAMILIAR JOVEN EN COLOMBIA Y NICARAGUA

<i>Características del núcleo familiar básico (de adultos jóvenes)</i>	Colombia, 1995		Nicaragua, 1998	
	<i>Corresidente como dependiente</i>	<i>Corresidente como jefe</i>	<i>Corresidente como dependiente</i>	<i>Corresidente como jefe</i>
Número de hombres adultos	0.2721 **	0.1069 *	0.1643 **	0.1831 **
Número de mujeres adultas	0.1069 *	-0.1767 **	0.0956 *	-0.0656
Número de casados o unidos	-0.2001 **	-1.3364 **	-0.1889 **	-0.9105 **
Número de ocupados	0.0105	0.1349 **	0.0157	0.1178 **
Número de niños 0-4 años	0.0839	0.0815 *	-0.0384	0.1504 **
Número de niños 5-14 años	-0.0081	0.0007	0.0632 *	-0.0073
Edad promedio adultos 15-24 años	-1.0753 **	1.2340 **	-0.4820 **	0.9946 **
Edad promedio adultos 25-34 años	-0.5554 **	0.2576 *	-0.3484 *	-0.2531 **
Edad promedio adultos 35-45 años	-0.1446	-0.0779	0.0025	-0.3479 **
Promedio de años de escolaridad	-0.0039	0.0072 *	0.0153 **	0.0134 **
Pertenencia a 20% más pobres	0.1640	-0.0096	0.2683 *	-0.1216
Pertenencia a 20% más ricos	0.3588 **	0.5996 **	0.3326 **	0.3507 **
Residencia en área urbana	0.0764	-0.6463 **	0.1502	-0.1271
Casos	9517	9517	10716	10716

FUENTE: Cálculos propios basados en la DHS III.

*Significativo a 5 por ciento;

**Significativo a nivel de 1 por ciento.

Por otro lado, y como sería de esperar, la presencia de adultos mayores en condición de jefe ocurre más frecuentemente entre los núcleos familiares básicos jóvenes, mientras que su absorción en condición de dependientes es más común entre los grupos familiares básicos de mayor edad promedio. Un poco sorprendente es la asociación positiva de la presencia de jefes adultos mayores con el número de trabajadores jóvenes, asociación que no se verifica en hogares multigeneracionales con adultos mayores dependientes. Finalmente, como sería de esperar, existe una relación po-

sitiva fuerte con el número de dormitorios disponibles en el hogar, pero como la dirección de la causalidad en este caso no está clara, se resolvió no incluir dicha variable en la regresión.

El contexto familiar de los adultos mayores desde la perspectiva de su inserción

¿Con quiénes viven los adultos mayores?

Uno de los indicadores más usados en este tipo de análisis es la proporción de adultos mayores que viven solos o sólo con su cónyuge. A menos que se indique lo contrario, en lo siguiente el término “solo” se referirá a personas que no viven con su cónyuge ni con ninguna otra persona. A partir de datos de los censos de las décadas de 1970, 1980 y 1990 se ha calculado estos indicadores que se muestran en los cuadros 4 a 6 (veánse también los cuadros A.1 y A.2 del anexo), tanto para el total de la población como para las personas que se encuentran fuera de unión. Se observa en primer lugar que los porcentajes de residencia unipersonal de los adultos mayores son relativamente bajos si se les compara con los que se observan en países desarrollados. Para la década de los noventa, varían entre un mínimo de 4.9% en Colombia y un máximo de 16% en Uruguay. Cuando se excluyen del denominador las personas que están unidas (y que por lo general viven por lo menos con su cónyuge), la propensión a vivir solo aumenta y alcanza cifras superiores a 20% en seis de los 16 países analizados. Este aumento opera con mayor fuerza en los hombres; en algunos casos, esta propensión alcanza más de 30%. Este comportamiento se debe a diversos factores que se analizarán más adelante.

En segundo lugar, aunque este indicador varía entre países, sus niveles no parecen estar claramente relacionados con la etapa de la transición demográfica por la que atraviesan. En este sentido, no se observa una tendencia ni clara ni mucho menos generalizada hacia una mayor propensión a que los adultos mayores vivan solos a medida que avanzan los países en su transición demográfica. Estos resultados confirman lo mostrado por Palloni (2000b) con datos de las décadas de 1970 y 1980, de que no existen evidencias en la región del surgimiento de una clara ten-

ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO Y ARREGLOS FAMILIARES DE VIDA EN AMÉRICA LATINA

CUADRO 4

PROPORCIÓN DE LA POBLACIÓN TOTAL Y DE LA POBLACIÓN NI UNIDA NI CASADA DE 60 AÑOS Y MÁS QUE VIVE SOLA EN PAÍSES DE AMÉRICA LATINA, CENSOS DE LAS DÉCADAS DE 1970, 1980, 1990 Y 2000

<i>País</i>	<i>Año censal</i>	<i>Total</i>			<i>Fuera de unión</i>		
		<i>Total</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
Argentina	1970	10.0	10.0	11.0	21.0	31.0	17.0
	1980	11.0	9.0	12.0	22.0	29.0	20.0
Belice	1980	13.4	15.6	11.2	27.5	47.1	18.6
Bolivia	1976	12.0	10.0	13.0	23.0	28.0	21.0
	1992	13.1	12.5	13.6	26.7	35.5	23.2
Brasil	1970	7.0	5.0	9.0	17.0	24.0	14.0
	1980	8.0	7.0	10.0	21.0	31.0	17.0
	1991	9.8	6.8	12.4	23.6	32.9	20.8
Chile	1970	6.0	7.0	6.0	12.0	18.0	9.0
	1982	8.0	7.0	8.0	15.0	22.0	13.0
	1992	7.7	7.4	8.0	15.3	21.5	13.0
Colombia	1973	6.0	6.0	6.0	10.0	15.0	8.0
	1985	6.0	6.0	6.0	12.0	19.0	9.0
	1993	4.9	5.0	4.8	9.6	15.3	7.3
Costa Rica	1973	6.0	5.0	6.0	12.0	18.0	9.0
	1984	8.0	8.0	8.0	17.0	25.0	13.0
Rep. Domin.	1970	7.0	8.0	6.0	12.0	21.0	8.0
	1981	7.0	9.0	6.0	15.0	26.0	9.0
Ecuador	1974	8.0	8.0	7.0	15.0	23.0	12.0
	1982	7.9	8.4	7.5	14.7	26.3	11.7
	1990	9.0	8.7	9.2	20.5	29.6	16.5
El Salvador	1992	7.2	8.4	6.2	13.9	24.8	9.4
Guatemala	1981	5.0	5.0	6.0	12.0	20.0	9.0
	1994	5.8	5.4	6.3	14.2	25.6	11.2
	1988	5.6	5.9	5.3	13.0	22.8	9.1
México	1970	8.0	6.0	10.0	17.0	23.0	15.0
	1990	9.0	6.6	10.0	—	—	—
	2000	8.5	7.2	9.6	20.0	27.9	17.0
Nicaragua	1971	8.5	7.2	9.6	20.0	27.9	17.0
	1995	5.0	6.0	4.1	9.4	17.1	6.2
	1970	12.0	15.0	9.0	21.0	35.0	13.0
Panamá	1980	12.0	15.0	9.0	24.0	38.0	15.0
	1990	11.5	14.5	8.5	22.4	37.3	13.6
	2000	11.3	14.1	8.5	22.2	36.6	14.0
	1972	7.0	7.0	8.0	14.0	23.0	11.0
Paraguay	1982	7.0	5.0	8.0	14.0	20.0	12.0
	1993	8.7	8.7	8.8	17.9	38.7	14.8
Perú	1985	14.3	12.1	16.1	—	—	—
	1996	15.6	12.4	17.9	32.0	40.0	29.2
Venezuela	1981	8.0	9.0	7.0	14.0	23.0	9.0
	1990	6.4	7.6	5.4	11.7	20.2	8.0

FUENTE: Censos décadas de 1970 y 1980: Palloni, 2000b; Censos década 1990 y 2000: tabulados especiales sobre bases censales en Redatam proporcionados por CELADE/División de Población CEPAL; México 1990: López e Izazola, 1995; Uruguay, 1985: Anuario Demográfico de las Naciones Unidas, 1995.

dencia hacia vivir solos, aunque se argumenta que se trata de una tendencia general de largo plazo y que, en consecuencia, podría darse una situación similar a la experimentada en los países desarrollados. En algunos países aumenta efectivamente este indicador, pero en otros, o disminuye o muestra cambios erráticos. Por ejemplo, en Brasil, hay un cierto aumento, que es más acentuado cuando está calculado sobre la base de los no casados o unidos (véase también Agree, 1993).

Contrariamente a lo que se esperaría, los datos de los censos de 1990 (véase el cuadro 5) muestran que la proporción de personas de 60 años y más que viven solas es más elevada en las zonas rurales que en las urbanas, especialmente en hombres. Estas diferencias se mantienen aún después de controlar las diferencias de educación y situación marital entre ambas zonas. No es claro hasta qué punto estas diferencias se expliquen por la mayor mortalidad (y en consecuencia mayor viudez) y la mayor emigración en zonas rurales.

Cuando se analiza por edad la condición de vivir solo, en todos los países estudiados se observa el mismo patrón: la proporción de personas de 60 años y más que viven solas aumenta con la edad hasta llegar a un máximo alrededor de los 80 años, para luego empezar a descender y llegar a valores similares o más bajos que los que se observaban a los 60-64 años. El aumento inicial tiene como origen principal la incidencia creciente de la viudez con la edad, en tanto que la baja posterior puede resultar del aumento a partir de esta edad de las incapacidades y enfermedades crónicas que hacen difícil para un anciano valerse por sí mismo.

El cuadro 6 muestra el porcentaje de adultos mayores que viven sólo con su cónyuge (hogares bipersonales), por sexo y zona de residencia. Ya que la condición de casado/unido es mucho más común entre los hombres que entre las mujeres, los porcentajes del cuadro 6 también son mayores entre los hombres. No hay una relación consistente con el área de residencia: en algunos países, el porcentaje es más alto en las áreas urbanas; en otros, la relación es opuesta. Tampoco parece haber una relación consistente con la etapa de la transición demográfica en que los países se encuentran: los porcentajes son relativamente altos en Uruguay y Brasil —como sería de esperar—, pero bajos en Colombia y Venezuela y altos en Bolivia y Ecuador.

ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO Y ARREGLOS FAMILIARES DE VIDA EN AMÉRICA LATINA

CUADRO 5

PROPORCIÓN DE LA POBLACIÓN TOTAL Y DE LA POBLACIÓN NI UNIDA NI CASADA DE 60 AÑOS Y MÁS QUE VIVE SOLA, POR ZONA DE RESIDENCIA, CENSOS DE LA DÉCADA DE 1990 EN PAÍSES SELECCIONADOS DE AMÉRICA LATINA

<i>País, año del censo</i>	<i>Área de residencia</i>	Total			Fuera de unión		
		<i>Total</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
Bolivia, 1992	Urbana	9.7	9.4	10.0	18.1	26.5	15.3
	Rural	16.0	15.0	17.0	35.8	42.5	32.5
Brasil, 1991	Urbana	10.2	6.4	13.2	23.3	31.8	21.2
	Rural	8.5	7.9	9.2	24.7	35.6	19.1
Chile, 1992	Urbana	7.5	6.4	8.4	14.9	19.7	13.3
	Rural	8.5	11.1	5.6	17.5	26.2	10.5
Colombia, 1993	Urbana	4.0	3.8	4.1	7.4	11.8	6.0
	Rural	7.3	7.6	7.0	16.1	22.0	12.3
Ecuador, 1990	Urbana	7.3	7.2	7.3	15.4	24.4	12.2
	Rural	10.7	10.1	11.4	26.8	34.4	22.6
El Salvador, 1992	Urbana	7.6	9.1	6.5	13.6	25.8	9.3
	Rural	6.7	7.6	5.8	14.5	23.6	9.6
Honduras, 1988	Urbana	5.2	5.8	4.7	10.3	20.9	7.1
	Rural	5.9	5.9	5.8	15.3	23.9	11.1
Nicaragua, 1995	Urbana	4.9	5.9	4.2	8.5	16.3	5.9
	Rural	5.1	6.0	3.9	11.1	18.0	6.8
Panamá, 1990	Urbana	10.6	12.6	8.9	19.4	33.5	13.4
	Rural	12.6	16.3	7.8	26.5	40.8	13.9
Uruguay, 1996	Urbana	15.7	11.6	18.5	32.1	39.8	29.8
	Rural	14.9	18.9	9.1	31.0	41.1	18.6
Venezuela, 1990	Urbana	5.6	6.2	5.1	10.1	17.2	7.5
	Rural	10.3	13.0	6.9	19.7	29.5	11.6

FUENTE: Censos décadas de 1980 y 1990: tabulados especiales con base en archivos censales en Redatam proporcionados por Celade/División de Población de la CEPAL.

CUADRO 6

PORCENTAJE DE PERSONAS DE 60 AÑOS Y MÁS QUE VIVEN SÓLO CON SU PAREJA, SEGÚN SEXO Y LUGAR DE RESIDENCIA, PAÍSES SELECCIONADOS DE AMÉRICA LATINA

<i>País</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>	<i>Relación Hombre/ Mujer</i>
Bolivia, 1992	15.6	12.0	13.7	1.3
Brasil, 1991	21.6	14.2	17.7	1.5
Chile, 1992	13.4	8.9	10.9	1.5
Colombia, 1993	7.2	4.7	5.9	1.5
Ecuador, 1990	13.8	11.0	12.3	1.3
El Salvador, 1992	8.6	6.1	7.2	1.4
Honduras, 1988	6.6	5.7	6.2	1.2
México, 2000	16.3	14.9	13.8	1.1
Nicaragua, 1995	5.7	4.1	4.9	1.4
Panamá, 1990	11.7	9.6	10.6	1.2
Perú, 1993	10.7	8.6	9.5	1.2
Uruguay, 1996	31.0	19.5	24.3	1.6
Venezuela, 1990	8.0	5.5	6.7	1.5

FUENTE: Censos décadas de 1980 y 1990: tabulados especiales sobre bases censales en Redatam proporcionados por Celade/División de Población CEPAL.

Se han efectuado regresiones logísticas para países que disponen de las encuestas demográficas y de salud (DHS), aunque no disponen de la variable estado conyugal. Por ello, la variable independiente elegida es la proporción de personas de más de 60 años que viven solas o sólo con su pareja. De los resultados de este análisis (cuadro 7) no pueden derivarse conclusiones generalizables; sin embargo, algunos rasgos comunes pueden ser discernidos: en primer lugar, en todos los países la educación se encuentra positivamente relacionada con el hecho de vivir solo o con la pareja y muestra efectos significativos. Lo mismo sucede con el hecho de trabajar que, en tres de los cuatro países que disponen de este dato, aumenta la probabilidad de vivir solo o sólo con la pareja, aunque la causalidad no sea clara.

Con respecto a las variables de pobreza, los resultados son en general bastante concluyentes cuando se toma el grupo de los llamados ricos (quintil superior) en el sentido de que, en general, se observa una menor probabilidad de vivir solos respecto de los quintiles intermedios. Los pobres, por su lado parecen ser más propensos a residir solos o con su

CUADRO 7
REGRESIÓN LOGÍSTICA DE LA PROPORCIÓN DE PERSONAS QUE VIVEN SOLAS O SÓLO CON SU PAREJA

<i>Variáble</i>	<i>Colombia</i> <i>1995</i>	<i>Nicaragua</i> <i>1998</i>	<i>Bolivia</i> <i>1998</i>	<i>Brasil</i> <i>1996</i>	<i>Guatemala</i> <i>1995</i>	<i>Perú</i> <i>1996</i>	<i>Rep.Dom.</i> <i>1996</i>
Edad	-0.0046	0.0060	0.0182 **	0.0146 **	0.0126 *	0.0189 **	0.0096
Sexo masculino	0.1843	0.1137 **	0.0622	0.0953	0.2699 **	-0.1126	0.2139 *
Años de escolaridad	0.0717 **	0.0170 **	0.0155	0.0518 **	0.0633 **	0.0259 **	0.0561 **
Residencia urbana	0.0838	0.1259 **	-0.6349 **	0.1698	0.1617	-0.5616 **	-0.0794
Trabajo	0.1272	0.1155 **	0.2682 **	n/d	n/d	0.4519 **	n/d
Pobre: 20% más pobre	0.6383 **	0.1827 **	0.2026 *	0.0573	-0.3007 *	0.0936	0.9113 **
Rico: 20% más rico	-0.6034 **	0.1522 **	-0.4965 **	-0.3504 **	-0.6882 **	-0.7759 **	-0.0874
Casos	3143	3810	4124	4454	3812	9849	3058

FUENTE: Cálculos propios basados en la DHS III.

* Significativo al 5 por ciento.

** Significativo al 1 por ciento.

pareja. La excepción en este caso es Nicaragua donde tanto ricos (quintil más alto) como pobres (quintil más bajo) parecen ser más propensos a vivir solos respecto del grupo de referencia definido por los quintiles intermedios. Contrariamente a lo observado en Nicaragua y Colombia (en ambas regresiones), la edad tiene una relación significativa con la propensión a vivir solo o en pareja, al menos en cuatro de los siete países analizados: a mayor edad, mayor probabilidad de vivir solo. Sin embargo, no es posible determinar si este efecto desaparecería si se incluyera en estos cuatro países el estado conyugal. Por su parte, la relación con la zona de residencia es significativa en tres países, pero no va en la misma dirección. En Bolivia y Perú, la propensión a vivir solo en zona urbana es menor, en tanto que en Nicaragua sería mayor.

Finalmente, respecto de la variable sexo, se observan resultados significativos en tres países (Nicaragua, Guatemala y República Dominicana): los hombres aparecen más propensos que las mujeres a vivir solos o en pareja. Esta tendencia podría deberse tanto al hecho de que los hombres típicamente tienen más recursos económicos que las mujeres como a la mayor facilidad de las mujeres para ser “absorbidas” en los hogares de sus hijos, donde frecuentemente cumplen funciones sociales importantes, como cuidar de los nietos; o aun a la mayor acumulación de capital social por parte de las mujeres, el cual les permite contar con mayores redes de apoyo social en la vejez.

Además de los factores antes mencionados, la diferencia también podría asociarse con la incidencia diferencial de discapacidades entre hombres y mujeres. En Brasil, Saad (1998) encontró relaciones positivas entre la discapacidad y la coresidencia en todos los casos, aunque más significativos en el caso de personas fuera de uniones en el Nordeste. En México, los datos del censo de 2000 no muestran diferencias significativas por sexo en la incidencia de incapacidades.

El análisis anterior está limitado por dos razones. En primer lugar, sólo una parte de las variables que podrían ser significativas han sido incluidas. Falta por ejemplo disponer de información sobre los ingresos y las transferencias económicas que reciben los adultos mayores. Tampoco se dispone de información sobre el número de hijos. Otra limitación que caracteriza casi todas las fuentes de datos es la ausencia de información

sobre los arreglos familiares que no implican coresidencia. Se ha señalado que la cercanía de otros familiares, especialmente la proximidad de los hijos y la posibilidad efectiva de mantener contactos directos y frecuentes con ellos, es más importante que vivir bajo el mismo techo (Palloni, 2000b).

El contexto conyugal de los adultos mayores

En lo que se refiere al estado civil de la población adulta mayor, lo que se destaca es la gran diferencia entre hombres y mujeres. En prácticamente todos los países de la región, el 70-80% de los hombres de la tercera edad viven en unión, ya sea formal o consensual, mientras 10-15% son viudos. Los demás son solteros (4-10%) o divorciados/separados (2-6%). Entre las mujeres, el porcentaje de casadas o unidas es más variable, pero siempre mucho menor (33-51%), mientras 39-51% son viudas. En algunos países, como Uruguay y el Sudeste de Brasil, la viudez es la mayor categoría de estado civil para las mujeres de más de 60 años. Los porcentajes de solteras (7.5-12.5%) y divorciadas/separadas (3.5-9%) también son un poco mayores que para los hombres. De un modo general, estas cifras no son muy diferentes de las encontradas en Estados Unidos y otros países más desarrollados.

Las razones de la gran diferencia en la prevalencia de la viudez, que forma parte de la llamada “brecha gerontológica” (Hess, 1985), residen tanto en la mayor mortalidad de los hombres como en su mayor facilidad para contraer un nuevo matrimonio después de la muerte de una pareja. Una tercera razón para la mayor prevalencia de la viudez entre las mujeres es la mayor edad promedio de sus cónyuges, diferencia que, incluso, tiende a aumentar a lo largo del ciclo de vida. Esta tendencia observada va en contra de la tendencia “natural” que se observaría en una cohorte de recién unidos o casados sin separaciones, divorcios o segundos matrimonios, pues bajo estas condiciones se produciría una convergencia de las edades promedio de las parejas, debido a la mayor mortalidad de los hombres con edades muy superiores a las de sus cónyuges.

Que la tendencia efectivamente sea la opuesta se puede explicar, en primer lugar, por la tendencia de los hombres viudos, separados o

divorciados a unirse o casarse de nuevo con mujeres progresivamente más jóvenes en comparación con su propia edad. Por otro lado, también existe la posibilidad de que las uniones de parejas con mayor diferencia de edad sean más estables o incluso que los hombres con cónyuges más jóvenes sean más vitales y sujetos a menores probabilidades de muerte que otros hombres de su edad. En algunos casos, las diferencias llegan a ser muy grandes. Por ejemplo, en la República Dominicana la diferencia típica entre las edades de la pareja es de 3.7 años cuando el promedio de sus edades es de 15-19 años, pero cuando el promedio de sus edades es mayor de 60 años, la diferencia típica aumenta a 8.3 años. En Nicaragua más de la mitad de los hombres adultos mayores tienen parejas con edades inferiores a 60 años y que son, en promedio, 15-16 años más jóvenes.

El estado civil interactúa de diversas maneras con la condición de jefatura y dependencia. Como lo demuestra el cuadro 8 (basado en el censo mexicano de 1990), más de 60% de las mujeres jefas de hogares mayores de 65 años son viudas, debido a que la muerte del marido o compañero es el evento más común que lleva a la mujer a adquirir la jefatura. Aun así, el mismo cuadro muestra que 30.2% de las mujeres jefas de hogares nucleares están casadas o unidas. En los hombres sucede lo contrario; la muerte de la esposa muchas veces hace que pierdan la jefatura. En Honduras (censo de 1988), por ejemplo, 90% de los hombres casados o unidos de 60 años o más que viven en hogares de por lo menos tres personas son jefes de hogares, pero sucede lo mismo con sólo 56% de los viudos, 44% de los separados y divorciados, y 26% de los solteros. Para el caso de las mujeres, las cifras correspondientes son 14%, 56%, 57% y 39%, respectivamente.

Corresidencia y pobreza

Gran parte de los estudios y políticas sociales se acercan al tema de la tercera edad desde una óptica en que los adultos mayores figuran como un grupo social vulnerable. Por lo que se refiere a las mujeres de la tercera edad, en particular, los estudios destacan su fragilidad en la salud y en el mercado de trabajo. Algunas autoras (Gibson, 1996; Montes de Oca,

CUADRO 8

MÉXICO, 1990, DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LOS HOGARES FAMILIARES DIRIGIDOS POR ADULTOS MAYORES DE 65 AÑOS O MÁS, SEGÚN EL SEXO Y ESTADO CIVIL DEL JEFE

	<i>Soltero</i>	<i>Casado/ unido</i>	<i>Separado/ divorciado</i>	<i>Viudo</i>	<i>Total</i>
Todos los hogares					
Total	2.4	74.3	1.9	21.4	100
Hombres	1.1	90.9	0.7	7.3	100
Mujeres	6.4	24.2	5.5	63.9	100
Hogares nucleares					
Total	0.8	81.3	1.3	16.6	100
Hombres	0.3	94.1	0.4	5.2	100
Mujeres	2.8	30.2	5.0	62.0	100
Hogares no nucleares					
Total	5.4	60.9	3.0	30.7	100
Hombres	2.8	83.6	1.3	12.3	100
Mujeres	10.4	17.5	6.2	65.9	100

FUENTE: López e Izazola, 1995 cuadro 52.

1997) han cuestionado esta visión unilateral. Aunque encuestas como la ENSE de México, de 1994, indican que el problema que causa mayor preocupación entre la población de 60 años y más es el económico (39.8%), seguido de problemas de salud (32.6%) y familiares (8.3%), los adultos mayores en América Latina no constituyen el grupo etario más pobre de la población. Como lo demuestra la CEPAL (2000), todos los países de la región, con la notable excepción de Costa Rica, tienen una menor incidencia de pobreza en hogares que cuentan con adultos mayores que en los hogares donde no hay adultos mayores. En la Encuesta de Niveles de Vida de Nicaragua (1998), 59.9% de los hombres y 64.2% de las mujeres adultos mayores aparecen como no pobres, comparados con cifras de 51.1% y 53.9%, respectivamente, para el total de la población. La pobreza es ligeramente menor solamente en el grupo de 45-59 años. En la Encuesta de Niveles de Vida de Panamá de 1997, el grupo de 60 y más aparece, incluso, como el grupo más próspero, con 72.6% de personas no pobres, comparado con una cifra de 62.7% para el conjunto de la población (Panamá, 1999: 45). En Chile, la incidencia de la pobreza entre mayores de 60 años según la CASEN de 1998 era de 11%, contra 22% para la población en general (Mideplan, 1999).

No es inmediatamente obvio cómo interpretar estos datos. La menor pobreza de los adultos mayores podría ser el resultado de la acumulación de recursos a lo largo de una vida productiva. En Chile, por ejemplo, 78.5% de los jefes de hogares con 60 años o más son propietarios de sus casas, con muy poca variación entre los estratos de ingreso, contra 43.4% de los jefes de hogar de menos de 60 años (Mideplan, 1999). En Panamá, también hay que considerar que las pensiones son altas, aunque la cobertura es relativamente baja. Por otro lado, puede haber un efecto de selectividad, ya que las personas más pobres están sujetas a una mayor mortalidad antes de llegar a la vejez. Finalmente, podría ser que los adultos mayores necesitados tiendan a ser acogidos por la familia de aquel hijo o hija que tiene las mejores condiciones económicas. Como la pobreza se mide a nivel de hogares, estas personas, aun cuando dispongan de pocos recursos propios, aparecerían con las características del hogar donde residen.

Otra relación entre el nivel de pobreza y la coresidencia entre las generaciones es el resultado de la tendencia de los adultos mayores con mayores recursos a preferir una residencia independiente, la cual ha sido ampliamente documentada en los países más desarrollados (Hareven, 1994, 1996). En América Latina, la relación es menos clara. Se nota, por ejemplo, en el cuadro 7, que la pertenencia al estrato más rico de la población disminuye la probabilidad de vivir solo, pero como se trata de una característica del hogar, existe la posibilidad antes señalada de que sean éstos los hogares con mejores condiciones para absorber a un pariente adulto mayor. Respecto de las características individuales, en Colombia la ocupación económica (la cual podría indicar mayor independencia financiera) de los adultos mayores aumenta la probabilidad de vivir solos o solamente con la pareja, mientras que en Nicaragua sucede lo opuesto. En su estudio comparativo de los beneficios de la seguridad social, Shinkai (2000) encontró una divergencia semejante: mientras que un mayor ingreso en Uruguay estaba asociado con una tendencia a vivir solo, en el área rural de México se observaba lo contrario. Saad (1998) nota lo mismo en relación con la coresidencia en el Sudeste de Brasil, donde mayores ingresos tienden a dividir las familias, y el Nordeste, donde sucede lo opuesto. El porcentaje que reside sólo con su cónyuge varía

entre 18%, en el caso de las mujeres rurales inactivas, y 8.5% en el caso de las mujeres urbanas activas. En Chile, de 6.9% de la población adulta mayor que vive en hogares unipersonales, 30.8% pertenece al quintil de mayor ingreso y sólo 19% a los dos quintiles más pobres, lo que sugiere una mayor propensión a vivir solos en la medida en que aumenta el ingreso (Mideplan, 1999). Entre los que viven en hogares con cinco o más miembros, 51% pertenecen a los dos quintiles más pobres.

Una posible explicación de la tendencia a una mayor coresidencia entre los adultos mayores con más recursos, observada en algunos países de la región, es que un mayor ingreso del adulto mayor en un contexto de recursos escasos puede aumentar la dependencia de los hijos y otros familiares respecto de él o ella. Según esta tesis, defendida por Ruggles (1987, 1996, 2000), para el caso de Estados Unidos durante el siglo XIX, en una economía rural, donde la independencia de los hijos pasa por su acceso a la tierra, los padres que disponen de algún recurso económico, principalmente tierra u otro medio de producción, acababan siendo responsables por el sustento de sus hijos, aun cuando éstos ya sean mayores y económicamente activos.

Los párrafos anteriores demuestran que la relación entre ingresos, pobreza y coresidencia en América Latina pasa por distintos mecanismos y que a priori es difícil predecir cuál será el efecto neto de estas diferentes vías de causalidad. El cuadro 9 presenta algunos elementos para analizar la relación entre la pobreza y la situación de residencia, mostrando la composición de los hogares en que viven los adultos mayores en Nicaragua por nivel de pobreza (con el criterio de agregados de consumo). Como se percibe, la tendencia a vivir solos o sólo con la/el cónyuge es baja en todos los estratos, pero se eleva un poco en el caso de los no pobres, donde llega a 15% de los hombres y 12% de las mujeres.

Según la CEPAL (2000), aproximadamente un tercio de los hogares urbanos en la región donde residen adultos mayores junto con personas de otras edades que no sean sus cónyuges dependen de más de la mitad del ingreso aportado por los primeros. Esta proporción varía de 17% en Venezuela y 19% en México a 39% en Chile y 46% en Bolivia. En el área rural las cifras son más altas todavía, variando entre 28% en Panamá y 68% en Argentina. El porcentaje de adultos mayores urbanos que

no trabajan ni reciben jubilaciones o pensiones y por lo tanto dependen de transferencias intergeneracionales, independientemente de si residen con otras personas o no, varía de 9% en Uruguay, 22% en Argentina, 24% en Chile y 28% en Brasil a 58% en Venezuela, 59% en Colombia y 60% en la República Dominicana. En el área rural, estas cifras generalmente son un poco más bajas, variando entre 14% en Brasil y 55% en Costa Rica.

La desagregación por sexo es importante, ya que la situación de los adultos mayores se caracteriza por fuertes disparidades de género. En Uruguay, se ha comprobado que 90% de los que no percibían ingresos propios eran mujeres. Zúñiga y Hernández (1993) verificaron que, en el área rural de México, los adultos mayores que viven en hogares nucleares tienden a perder el control sobre los recursos del hogar conforme se trata de hogares más pobres. La Encuesta Nacional de Propósitos Múltiples (Enaprom) del Perú, de 1994, muestra que 31% de los hombres urbanos y 18% de las mujeres urbanas de 60 años o más dependen enteramente del trabajo, mientras que 46% de los hombres y 66% de las mujeres dependen exclusivamente de transferencias, ya sean institucionales o familiares. Entre estos últimos, se notó que 5.6% de los hombres y 15.8% de las mujeres dependen de remesas periódicas provenientes de otros hogares, mientras que el porcentaje que vive exclusivamente de una jubilación es de 30% para los hombres y 8% para las mujeres.

Los párrafos anteriores destacan los factores económicos que podrían incidir en la tendencia a una mayor coresidencia de los adultos mayores. Aunque el patrón de situaciones familiares relativamente complejas que varios autores (CEPAL, 2000; De Vos, 1995) han descrito indudablemente obedece, en parte, a una necesidad económica, tanto de los adultos mayores como de sus familias, por otra parte también parece estar asociado con variantes culturales. Algunos autores (Angel y Tienda, 1982; Burr y Mutchler, 1992; De Vos, 1998; Mutchler, 1990) subrayan que, aun controlando dichos factores económicos, la tendencia a la formación de hogares complejos varía entre grupos étnicos.

En Estados Unidos, Angel y Tienda (1982) encontraron una mayor propensión a los hogares extendidos (no necesariamente con adultos mayores) entre la población cubana, centroamericana, sudamericana

CUADRO 9

NICARAGUA, 1998: ARREGLOS DE VIDA DE HOMBRES Y MUJERES MAYORES DE 60 AÑOS, SEGÚN ESTRATO DE POBREZA

Categoría	Hombres		Mujeres		Hombres		Mujeres	
	Casos	%	Casos	%	Casos	%	Casos	%
Jefe de hogar unipersonal	118	0.7	146	1.0	432	1.6	843	2.9
Jefe/cónyuge en hogar bipersonal de jefe y esposo(a)	212	1.3	212	1.5	658	2.4	0.9	—
Jefe en hogar bipersonal con otra persona	295	1.8	480	3.4	958	3.5	1372	4.7
Jefe/cónyuge en hogar nuclear (3 o más pers.) con esposo(a)	2065	12.6	357	2.5	4256	15.6	1813	6.2
Jefe en hogar nuclear (3 o más pers.) sin esposo(a)	—	—	246	1.8	151	0.6	256	0.9
Jefe/cónyuge con hogar multigeneracional con esposo(a)	7348	44.9	3977	28.4	11544	42.4	7186	24.6
Jefe en hogar multigeneracional sin esposo(a)	1259	7.7	3452	24.6	1902	7.0	6554	22.5
Jefe/cónyuge con hogar multigeneracional con esposo(a)	1551	9.5	467	3.3	1505	5.5	763	2.6
Jefe en hogar extendido sin esposo(a)	664	4.1	793	5.7	967	3.6	1450	5.0
Miembro con esposo(a) en hogar de hijo(a)/yerno/nuera	468	2.9	202	1.4	—	—	—	—
Miembro sin esposo(a) en hogar de hijo(a)/yerno/nuera	1306	8.0	2542	18.1	2868	10.5	7003	24.0
Miembro en otro tipo de hogar	1075	6.6	1154	8.2	1981	7.3	1672	5.7
	<i>No pobres</i>		<i>No pobres</i>		<i>Total</i>		<i>Total</i>	
Jefe de hogar unipersonal	5190	8.0	6289	8.1	5740	5.3	7278	6.0
Jefe/cónyuge en hogar bipersonal de jefe y esposo(a)	4371	6.7	2800	3.6	5241	4.8	3284	2.7
Jefe en hogar bipersonal con otra persona	2743	4.2	8189	10.5	3996	3.7	10041	8.3
Jefe/cónyuge en hogar nuclear (3 o más pers.) con esposo(a)	9410	14.4	3091	4.0	15731	14.5	5261	4.3
Jefe en hogar nuclear (3 o más pers.) sin esposo(a)	544	0.8	2132	2.7	695	0.6	2634	2.2
Jefe/cónyuge con hogar multigeneracional con esposo(a)	20264	31.1	10676	13.7	39156	36.0	21839	18.0
Jefe en hogar multigeneracional sin esposo(a)	2113	3.2	19042	24.5	5274	4.8	29048	24.0
Jefe/cónyuge con hogar multigeneracional con esposo(a)	7696	11.8	3877	5.0	10752	9.9	5107	4.2
Jefe en hogar extendido sin esposo(a)	1364	2.1	4048	5.2	2995	2.8	6290	5.2
Miembro con esposo(a) en hogar de hijo(a)/yerno/nuera	1139	1.7	749	1.0	1607	1.5	951	0.8
Miembro sin esposo(a) en hogar de hijo(a)/yerno/nuera	5910	9.1	11761	15.1	10084	9.3	21306	17.6
Miembro en otro tipo de hogar	4423	6.8	5139	6.6	7479	6.9	7965	6.6

FUENTE: Números expandidos con base en Nicaragua, EMNV, 1998.

y negra, pero no entre los mexicanos o portorriqueños. En Malasia, Chan y DaVanzo (1996) encontraron variaciones muy significativas en los patrones de coresidencia de los adultos mayores entre diferentes etnias. Por otro lado, Chattopadhyay y Marsh (1999) encontraron, en Taiwán, que los valores culturales también pasan por transformaciones ante cambios en el contexto económico y demográfico. La solidaridad entre generaciones sigue siendo un valor cultural importante en aquel país. Sin embargo, la coresidencia de los adultos mayores con sus hijos disminuyó fuertemente entre 1963 y 1991, mientras que aumentó el apoyo monetario a los parientes no coresidentes de la tercera edad. Estudios etnográficos sobre los adultos mayores en áreas rurales de América Latina presentan un cuadro poco consistente de integración en algunos lugares (Sokolowsky, 2000) y marginación en otros (Kagan, 1980).

En relación a si existe o no un debilitamiento de la estructura familiar, Cowgill (1974) argumenta que la mayor parte de los factores asociados con el desarrollo —industrialización, urbanización, tecnología médica más avanzada, mayor educación— tenderían a aislar a los adultos mayores, separarlos de sus familias y reducir su estatus social frente a los más jóvenes. Mason (1992) también enfatiza el hecho de que muchos factores asociados con la modernización conspiran contra los patrones tradicionales de coresidencia en los países asiáticos. Esto no es precisamente lo que los datos analizados muestran para América Latina. En efecto, como se vio anteriormente, no existe una tendencia definida hacia la disminución de la coresidencia de adultos mayores. Solís (1998) muestra para México que estos patrones han permanecido sin cambios aparentes en las tres últimas décadas, a pesar de las grandes transformaciones que ha vivido el país, lo que según este autor pone en jaque el potencial explicativo de la teoría de la modernización para el estudio de los arreglos familiares de los adultos mayores. Es posible que la explicación de esta aparente paradoja esté en el hecho de que este proceso se produce en la región en un contexto en el cual no existe el desarrollo institucional que se dio en los países desarrollados cuando el proceso de envejecimiento se inició.

Frente a la insuficiencia de los sistemas macrosociales de solidaridad intergeneracional, además de contar la familia como una suerte de col-

chón de choque, la legislación sobre la materia refleja algunas deficiencias. Por una parte, las constituciones y la legislación de muchos países de la región destacan el papel protagónico de la familia en los cuidados para la población adulta mayor; pero, como sucede en Brasil (Goldani, 1989), el traspaso a las familias de las responsabilidades de cuidado del adulto mayor está basado en valores tradicionales respecto de los roles de género. En segundo lugar, existe un sesgo ideológico, ya que se consideran los patrones de coresidencia de los adultos mayores como la solución humanamente más deseable. Cabe preguntarse si la coresidencia con los hijos adultos necesariamente es el arreglo que mejor responde a las necesidades de ambas generaciones. En este contexto, algunos historiadores han desmitificado la noción de una convivencia idílica entre las generaciones en Europa Occidental antes de la Revolución Industrial, la cual supuestamente habría sido deshecha por los procesos de modernización; se ha subrayado que el trato hacia los viejos era rudo y pragmático, y estaba cargado de suspicacias y sospechas de ambos lados (Plakans, citado en Sokolowsky, 2000).

El futuro del contexto familiar del adulto mayor en América Latina

La proyección de los arreglos de vida de los adultos mayores en la región todavía no cuenta con todos los elementos necesarios para hacer estimaciones cuantitativas bien fundamentadas. La metodología convencional de proyección de hogares se basa en las tasas de jefatura, como las que se muestran en el cuadro 1. A pesar de sus limitaciones, algunas tendencias ya se dejan prever con esta metodología, como el efecto del aumento de la esperanza de vida y consecuentemente de la edad promedio de los adultos mayores. Debido a la baja esperanza de vida que predominaba en la época, Levy (1965) encontró que la coresidencia entre generaciones en Europa antes de la Revolución Industrial no era tan común como se cree. En América Latina, la edad promedio de los adultos mayores era de 68.2 años en 1950; actualmente es de 69.7 años y en el 2050 será de 71.7 años. Como muestra el cuadro 2, el porcentaje de adultos mayores que son jefes de un hogar unipersonal o bipersonal aumenta con la edad, por lo cual es de esperar que estas situaciones se vuelvan más comunes.

Sin embargo, los cambios más importantes que se pueden vislumbrar para el futuro pasarán por el cambio de las propias tasas de jefatura, pues hay varias tendencias en curso —tanto demográficas, como económicas y sociales— que podrían modificar dichas tasas. Por ejemplo, el estudio de Solís (1998) para México estaría mostrando que la situación financiera de los adultos mayores jugaría un rol determinante en las tendencias futuras de coresidencia de adultos mayores. De este modo, el impacto de las actuales reformas sería un elemento clave en dichas tendencias.

Como se mostró en el cuadro 4, todavía no se detecta una tendencia clara en la región hacia el aumento de la proporción de hogares unipersonales de adultos mayores. Lo mismo vale para las tasas de jefatura. Sin embargo, a más largo plazo es de esperar que estas cifras aumenten, aproximándose a los niveles actualmente observados en países como Argentina y Uruguay, e incluso sobrepasando estos niveles. Algunos factores concretos que favorecen la separación de las familias incluyen la menor disponibilidad de espacio físico en las viviendas urbanas, la menor disponibilidad de tiempo por parte de las mujeres jóvenes económicamente activas para cuidar de familiares de la tercera edad, los altos niveles de movilidad geográfica y, principalmente, la menor disponibilidad de descendientes, debido a la reducción de la fecundidad.

Otro factor que podría influir en la incidencia de diferentes arreglos de vida es la nupcialidad y divorcialidad. A pesar del aumento de la divorcialidad, el porcentaje de adultos mayores casados o unidos ha aumentado en el tiempo.⁸ Por otro lado, hay algunos factores que pue-

⁸ En Chile, por ejemplo, en 1952, 66.2% de los hombres y 31.9% de las mujeres de 60 años o más estaban casados o unidos; en 1992, estos porcentajes habían aumentado a 72.3% y 42.6%, respectivamente. Este aumento se debe principalmente a la disminución de la viudez (de 20.5% a 13.2% en los hombres y de 50.1% a 39.3% en las mujeres) y, en menor medida, a la reducción del porcentaje de solteros (de 11.8% a 10.2% en el caso de los hombres y de 16.0% a 12.6% en el caso de las mujeres). Si bien hubo un aumento en el porcentaje de personas que vivían separadas o con matrimonios anulados (de 1.5% para 5.0%), éste no llegó a compensar la tendencia antes mencionada. En Estados Unidos se nota una tendencia semejante, por lo menos en las mujeres de 65 años y más, donde el porcentaje de viudas disminuyó más (de 51.2% en 1980 a 44.9% en 1999) de lo que aumentó el porcentaje de divorciadas (de 3.4% a 6.8 por ciento).

den contrarrestar la tendencia de dilución de las familias, principalmente en su fase inicial. La menor disponibilidad de tiempo de las mujeres económicamente activas, conjugada con la menor disponibilidad de servicio doméstico, puede convertirse en un factor de demanda de ayuda familiar, principalmente de familiares femeninos de la tercera edad y que estén en condiciones de apoyar ciertas tareas domésticas. Como lo demuestran Shinkai (2000) para México y Saad (2000) para Brasil, la expansión de los beneficios de la seguridad social en algunos casos también puede constituir un incentivo para incorporar familiares adultos mayores.

Finalmente, hay que recordar que el descenso de la fecundidad se refleja en la disponibilidad de opciones de coresidencia de los adultos mayores con un atraso de 35-45 años. Esto significa que la tendencia relevante en este momento provendría de las prácticas reproductivas de la década de 1950 y principios de los años sesenta. Como en este periodo también hubo un descenso en la mortalidad, la disponibilidad promedio de hijos adultos para las personas de 65-69 años en América Latina y el Caribe efectivamente ha aumentado durante la década de 1990 y actualmente se encuentra en su valor histórico más alto (aproximadamente 4.4), comparado con 4.0 a principios de los años noventa. Es solamente a partir de ahora que esta disponibilidad tenderá a disminuir a 4.0 en 10 años, 3.3 en 20 años y 2.7 en 30 años. Aunque el número promedio de hijos sobrevivientes y la velocidad del descenso futuro variarán de país a país, la tendencia descendente a partir de ahora es bastante uniforme en toda la región.

Lo que es importante aquí es la posibilidad de una mayor incidencia de adultos mayores sin hijos sobrevivientes. En México y Chile, De Vos (2000) notó que 18-19% de las mujeres de 60 años o más que no estaban unidas no tenían hijos sobrevivientes y que la probabilidad de coresidencia, al menos en México, dependía más de esta circunstancia que del número de hijos sobrevivientes.

A más largo plazo, el aumento de la esperanza de vida podría constituir un elemento agregador de las familias. De acuerdo con Goldani (1989), las mayores esperanzas de vida pueden fortalecer los lazos familiares por el aumento del potencial de coexistencia de múltiples generaciones; por tanto, de acuerdo con la autora, el problema está en que las

familias están cambiando y al mismo tiempo no reciben apoyo externo para realizar sus labores tradicionales.

A modo de conclusión

La demografía de la tercera edad es un tema reciente en América Latina y muchas inquietudes que forman parte de su objeto de estudio todavía se encuentran poco articuladas en términos conceptuales y poco apoyadas por la disponibilidad de información específica. Aunque actualmente ya se dispone de datos más precisos en la forma de encuestas como SABE (Salud, Bienestar y Envejecimiento en América Latina y el Caribe), todavía hay margen para el aprovechamiento de bases de datos existentes para la investigación en este campo. El presente trabajo se basó en este tipo de información convencional, con todas las limitaciones que tiene, para elucidar algunas características de los patrones de inserción de los adultos en sus respectivos hogares.

Los resultados muestran que los niveles de coresidencia en América Latina son todavía elevados y que los porcentajes de adultos mayores que viven solos son relativamente bajos, todavía no muestran una tendencia clara al aumento y no se relacionan sistemáticamente con los niveles de desarrollo de los países. En los países diferentes, la asociación de la coresidencia con la pobreza también es ambigua. En algunos países, un mayor nivel de ingresos está asociado con una menor tendencia a la coresidencia, mientras que en otros sucede lo opuesto. Aunque los hombres adultos mayores tienen mayor probabilidad de contar con la presencia de la pareja que las mujeres, aquellos hombres que no tienen pareja tienen menor probabilidad de ser absorbidos por los hogares de sus hijos u otros parientes.

Un tema de interés particular es la pobreza de los adultos mayores, la forma como ésta a veces es enmascarada por los patrones de coresidencia y la posibilidad de que los cambios futuros en dichos patrones puedan repercutir negativamente. La forma tradicional de medición de la pobreza en el hogar, con el criterio de agregados de consumo, es particularmente cuestionable en el caso de los adultos mayores que frecuentemente no tienen un acceso igual a los recursos del hogar, incluso a los

recursos que ellos mismos aportan. Por eso, la predominancia de patrones de coresidencia de los adultos mayores en América Latina es uno de los factores que obliga a una conceptualización más adecuada de la pobreza en este grupo de la población.

Bibliografía

- Agree, Emily M., 1993, "Effects of Demographic Change on the Living Arrangements of the Elderly in Brazil: 1960-1980", tesis de doctorado, Duke University.
- Angel, Ronald, y Marta Tienda, 1982, "Determinants of Extended Family Structure: Cultural Pattern or Economic Need?", *American Journal of Sociology*, 87 (6), pp. 1360-1383.
- Ayala, U., 1995, *Qué se ha aprendido de las reformas pensionales en Argentina, Colombia, Chile y Perú*, Washington D. C., Banco Interamericano de Desarrollo.
- Benítez Zenteno, R., 2000, "El proceso de envejecimiento de la población de América Latina y el Caribe: una expresión de la transición demográfica", en CEPAL, *Encuentro Latinoamericano y Caribeño sobre las Personas de la Tercera Edad*, Santiago de Chile, CELADE/División de Población CEPAL, pp. 25-58.
- Bravo, J., 2000, "Envejecimiento de la población y sistemas de pensiones en América Latina", *Revista de la CEPAL*, diciembre, 72, pp. 121-146.
- Burr, J. A., y J. E. Mutchler, 1992, "The Living Arrangements of Unmarried Elderly Hispanic Females", *Demography*, 29, pp. 93-112.
- CELADE, 1999, "América Latina: proyecciones de población urbana y rural 1970-2025", *Boletín Demográfico*, 63, Santiago de Chile.
- CEPAL, 2000, "Caracterización socioeconómica de las condiciones de vida del adulto mayor", en CEPAL, *Panorama social de América Latina 1999-2000*, Santiago de Chile, pp. 107-147.
- Contreras de Lehr, E., 1992, "Ageing and Family Support in Mexico", en Hal C. Kendig, Akiko Hashimoto y Larry C. Coppard (comps.), *Family Support for the Elderly: the International Experience*, Nueva York, Oxford University Press.

- Cowgill, Donald O., 1974, "Aging and Modernization: a Revision of Theory", en J. F. Gubrium (comp.), *Late Life: Communities and Environmental Policy*, Springfield IL, Charles C. Thomas.
- Chan, Angelique, y Julie DaVanzo, 1996, "Ethnic Differences in Parents' Co-residence with Adult Children in Peninsular Malaysia", *Journal of Cross-cultural Gerontology*, vol. 11, pp. 29-59.
- Chattopadhyay, Arpita, y Robert Marsh, 1999, "Changing Living Arrangements and Familial Support for the Elderly in Taiwan: 1963-1991", *Journal of Comparative Family Studies*, verano.
- De Vos, Susan, 1990, "Extended Family Living among Older People in Six Latin American Countries", *Journal of Gerontology* 45 (3), pp. 87-94.
- De Vos, Susan, 1995, *Household Composition in Latin America*, Nueva York, Plenum Press.
- De Vos, Susan, 1998, "Regional Differences in Living Arrangements among the Elderly in Ecuador", *Journal of Cross-Cultural Gerontology*, 13 (1), pp. 1-20.
- De Vos, Susan, 2000, "Kinship Ties and Solitary Living among Unmarried Elderly Women: Evidence from Chile and Mexico", *Research on Aging*, 22(3), pp. 262-289.
- De Vos, Susan, y K. Holden, 1988, "Measures Comparing Living Arrangements of the Elderly: an Assessment", *Population and Development Review*, 14 (4), pp. 688-704.
- Gibson, Diana, 1996, "Broken down by Age and Gender. The Problem of Old Women Redefined", *Gender and Society*, 10 (4).
- Goldani, Ana Maria, 1989, "The Families in Later Years in Brazil: Burdens of Family Care-giving to the Elderly and the Role of Public Policy", trabajo presentado en el International Seminar on Morbidity, Mortality and Social Policy, Belo Horizonte, UFMG/Ministry of Health/UNFPA/ABEP, 12-15 de diciembre.
- Hareven, Tamara K., 1994, "Aging and Generational Relations: a Historical and Life Course Perspective on Intergenerational Supports for the Old in the United States", *Annual Review of Sociology*, 20, p. 442.
- Hareven, Tamara K., 1996, "Introduction: Aging and Generational Relations over the Life Course", en Tamara K. Hareven (comp.), *Aging and Generational Relations over the Life Course*, Berlín, De Gruyter, pp. 1-12.

- Hess, Beth B., 1985, "Aging Policies and Old Women: the Hidden Agenda", en Alice S. Rossi (comp.), *Gender and the Life Course*, Chicago, Aldine.
- Kagan, D., 1980, "Activity and Aging in a Colombian Peasant Village", en Christine Fry (comp.), *Aging in Culture and Society*, Nueva York, Bergin.
- Kanaiaupuni, Shawn M., 1999, "Leaving Parents behind: Migration and Elderly Living Arrangements in Mexico", Madison WI, University of Wisconsin, CDE Working Paper, pp. 99-16.
- Klein, E., y V. Tokman, 2000, "La estratificación social bajo tensión en la era de la globalización", *Revista de la CEPAL*, 72, diciembre, pp. 7-30.
- Laslett, Peter, 1972, "Introduction: the History of the Family", en Peter Laslett y Richard Wall (comps.), *Household and Family in Past Time*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-90.
- Levy, Marion, 1965, "Aspects of the Analysis of Family Structure", en Marion Levy *et al.*, *Aspects of the Analysis of Family Structure*, Princeton, Princeton University Press.
- López Barajas, María de la Paz, y Haydea Izazola Conde, 1995, *El perfil censal de los hogares y las familias en México*, Aguascalientes, INEGI/IISUNAM.
- Lora, E., y C. Pagés, 2000, Hacia un envejecimiento responsable: las reformas de los sistemas pensionales en América Latina, Nueva York, Banco Interamericano de Desarrollo, octubre.
- Mason, Karen Oppenheim, 1992, "Family Change and Support of the Elderly in Asia: What do we Know?", *Asia-Pacific Population Journal*, 7 (3), pp. 13-32.
- Mideplan, 1999, "Situación de los adultos mayores en Chile", Santiago de Chile, Resultados de la VII Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (Casen, 1998), documento 10.
- Montes de Oca, Verónica, 1997, "La actividad de las mujeres en edad avanzada en México: entre la sobrevivencia y la reproducción cotidiana", trabajo presentado en la Reunión Anual de la Latin American Studies Association, Guadalajara, 17-19 de abril.
- Mutchler, Ian B., 1990, "Household Composition among the Nonmarried Elderly: a Comparison of Black and White Women", *Research on Aging*, 12 (4), pp. 487-506.
- PAHO, 1989a, "A Profile of the Elderly in Trinidad and Tobago", Washington D. C., Technical Report 22.

- PAHO, 1989b, "A Profile of the Elderly in Argentina", Washington D. C., Technical Report 26.
- PAHO, 1990, "A Profile of the Elderly in Costa Rica", Washington D. C., Technical Report 29.
- PAHO, 1993, "Análisis comparativo del envejecimiento en Brasil, Colombia, El Salvador, Jamaica y Venezuela", Washington D. C., Informe Técnico 38.
- Palloni, Alberto, 2000a, "Living Arrangements of Older Persons", Madison WI, University of Wisconsin, Center for Demography and Ecology Working Paper 2000-02.
- Palloni, Alberto, 2000b, "Programatic and Policy Aspects of Population Ageing and Living Arrangements", documento presentado en United Nations Technical Meeting on Population Ageing and Living Arrangements of Older Persons: Critical Issues and Policy Responses, Nueva York, UN Population Division.
- Palloni, Alberto, y Susan De Vos, 1992, "Changes in Families and Households in Latin America since 1950", trabajo presentado en la Reunión Anual de la PAA, Pittsburgh.
- Palloni, Alberto, Susan De Vos y Martha Peláez, 1999, "Aging in Latin America and the Caribbean", Madison WI, University of Wisconsin, Center for Demography and Ecology Working Paper 99-02.
- Panamá, 1999, "Perfil y características de los pobres en Panamá. Encuesta de Niveles de Vida—ENV 1997", Panamá, Ministerio de Economía y Finanzas.
- Quinn, J. M., 2001, "Coming of Age: The Shifting Dynamics of Elder Care", *Journal of Financial Planning*, Denver, feb.
- Ramos, Luiz R., 1987, "Growing Old in São Paulo, Brazil. Assessment of Health Status and Social Support of the Elderly People from Different Socioeconomic Strata Living in the Community", Londres, tesis de doctorado, London School of Hygiene and Tropical Medicine.
- Ramos, Luiz R., 1991, "Perfil dos idosos residentes no Município de São Paulo segundo o tipo de domicílio: o papel dos domicílios multigeracionais", *Informe Demográfico*, 24, pp. 109-130.
- Ramos, Luiz R., 1992, "Family Support for Old People in São Paulo, Brazil", en Hal C. Kendig, Akiko Hashimoto y Larry C. Coppard (comps.), *Family Support for the Elderly: the International Experience*, Nueva York, Oxford University Press.

- Ramos, Luiz R., 1994, "Family Support for the Elderly in Latin America. The Role of the Multigenerational Household", en *United Nations International Conference on Ageing Population in the Context of the Family*, Kitakyushu, Japón, 15-19 de octubre, 1990.
- Ramos, Luiz R., 1995, "The Elderly and the Family in Developing Countries", *Bold*, 5 (2), pp. 2-5.
- Ramos, Luiz R. *et al.*, 1998, "Two-year Follow-up Study of Elderly Residents in São Paulo, Brazil (Epidoso Project): Methodology and Preliminary Results", *Revista de Saúde Pública*, 32 (5), pp. 397-407.
- Robles, S., 1987, "Widowhood in Los Robles: Parent-Child Relations and Economic Survival in Old Age in Urban Mexico", *Journal of Cross-Cultural Gerontology*, 1 (3), pp. 223-237.
- Rubalcava, Rosa María, 1999, "Ingresos de las personas de edad y características de sus hogares", en Conapo, *Envejecimiento demográfico de México: retos y perspectivas*, México, pp. 125-143.
- Ruggles, Steven, 1987, *Prolonged Connections: The Rise of the Extended Family in Nineteenth Century England and America*, Madison WI, University of Wisconsin Press.
- Ruggles, Steven, 1996, "Living Arrangements of the Elderly in America, 1880-1980", en Tamara K. Hareven (comp.), *Aging and Generational Relations over the Life Course*, Berlín, De Gruyter, pp. 254-271.
- Ruggles, Steven, 2000, "Living Arrangements and Well-Being of Older Persons in the Past", en UN Population Division, United Nations Technical Meeting on Population Ageing and Living Arrangements of Older Persons: Critical Issues and Policy Responses, Nueva York, UN Population Division ESA/P/WP.157: 3-1:3-84.
- Saad, Paulo M., 1998, "Support Transfers between the Elderly and the Family in Southeast and Northeast Brazil", tesis de doctorado, Austin TX, University of Texas.
- Saad, Paulo M., 2000, "Impact of Pension Reform on Living Arrangements of Older Persons in Latin America", en UN Population Division. United Nations Technical Meeting on Population Ageing and Living Arrangements of Older Persons: Critical Issues and Policy Responses, Nueva York, UN Population Division ESA/PWP 157: 5-1: 5-45.
- Shanas, E., *et al.*, 1968, *Old People in Three Industrial Societies*, Nueva York, Atherton Press.

- Shinkai, Naoko, 2000, "How do Social Security and Income Affect the Living Arrangements of the Elderly? Evidence from reforms in Mexico and Uruguay", Washington D. C., Interamerican Development Bank Working Paper 432.
- Sokolovsky, Jay, 2000, "Living Arrangements of Older Persons and Family Support in Less Developed Countries", en UN Population Division. United Nations Technical Meeting on Population Ageing and Living Arrangements of Older Persons: Critical Issues and Policy Responses, Nueva York, UN Population Division ESA/PWP 157: 4-1: 4-36.
- Solís, Patricio, 1999a, "El ingreso a la cuarta edad en México: una aproximación a su intensidad, calendario e implicaciones en el apoyo familiar y social a los mayores de 60 años", en Héctor Hernández y Catherine Menkes (comps.), *La población de México al final del siglo XX*, Cuernavaca, SOMEDE/CRIM-UNAM.
- Solís, Patricio, 1999b, "Living Arrangements of the Elderly in Mexico", trabajo presentado en la Reunión Anual de la PAA, Nueva York, abril.
- Tuirán, Rodolfo, 1998, "Demographic Change and Family and Non-family Related Life Course Patterns in Contemporary Mexico", tesis de doctorado, Austin TX, University of Texas.
- Tuirán, Rodolfo, y Rebeca Wong, 1993, "Transferencias familiares en el envejecimiento", en Somede, *Seminario sobre envejecimiento demográfico en México*, México.
- United Nations, 2003, *World Population Prospects. The 2002 Revision*, Nueva York, UN Population Division.
- Valdivia, Martín, y Jaime Saavedra, 2000, "Income Smoothing over the Life Cycle: Family Living Arrangements and the Welfare of Peruvian Households", México, CIDE, Documento de Trabajo 186.
- Vélez, Carlos, 1978, "Youth and Aging in Central Mexico", en Barbara Myerhoff y Andre Simic (comps.), *Life's Career Aging*, Beverly Hills CA, Sage Publ., pp. 107-162.
- Villa, M., y L. Rivadeneira, 2000, "El proceso de envejecimiento de la población de América Latina y el Caribe: una expresión de la transición demográfica", en CEPAL, *Encuentro Latinoamericano y Caribeño sobre las personas de la tercera edad*, Santiago de Chile, CELADE-División de Población CEPAL, pp. 25-58.

- Wong, Rebeca, 1999, “Transferencias intrafamiliares e intergeneracionales en México”, en Conapo, *Envejecimiento demográfico de México: retos y perspectivas*, México, pp. 145-169.
- Yazaki, Lúcia M., *et al.*, 1991, “Perspectivas atuais do papel da família frente ao envelhecimento populacional: um estudo de caso”, *Informe Demográfico*, 24, pp. 11-96.
- Zúñiga, Elena, y Daniel Hernández, 1993, “Importancia de los hijos en la vejez y cambios en el comportamiento reproductivo (estudio en tres comunidades rurales en México)”, documento presentado en el XIII Congreso Internacional de las Ciencias Antropológicas y Etnológicas, México, 29 de julio-5 de agosto.

CUADRO A.1

PORCENTAJES DE PERSONAS DE 60 AÑOS Y MÁS QUE VIVEN SOLAS, SEGÚN GRUPOS DE EDAD

<i>País, año</i>	<i>Edad en grupos quinquenales</i>							<i>Total</i>
	<i>60-64</i>	<i>65-69</i>	<i>70-74</i>	<i>75-79</i>	<i>80-84</i>	<i>85-89</i>	<i>90 y más</i>	
Bolivia, 1998	7.2	12.3	15.1	18.3	20.9	19.7	9.1	12.7
Brasil, 1996	5.9	7.5	7.5	10.6	12.2	12.1	5.0	7.7
Colombia, 1995	6.5	5.5	6.7	7.7	9.0	3.8	1.4	6.4
Guatemala, 1995	3.6	4.4	8.2	5.3	7.8	5.1	10.8	5.3
Nicaragua, 1998	4.6	4.5	5.3	5.1	6.7	5.3	3.2	4.9
Paraguay, 1990	3.7	5.4	7.0	7.0	5.8	1.1	2.8	5.1
Perú, 1996	4.6	6.3	7.4	7.6	9.6	6.2	4.6	6.3
Rep. Dominicana, 1996	4.6	5.8	8.5	7.8	11.2	7.3	6.7	6.7

FUENTE: Tabulados propios basados en la DHS III.

CUADRO A.2

PORCENTAJES DE PERSONAS DE 60 AÑOS Y MÁS, SEGÚN TIPO DE HOGAR EN QUE VIVEN

<i>Tipo de hogar</i>	<i>Bolivia 1998</i>	<i>Brasil</i>	<i>Colombia 1995</i>	<i>Guatemala 1995</i>	<i>Nicaragua 1998</i>	<i>Paraguay 1990</i>	<i>Perú 1996</i>	<i>Rep.Dom. 1996</i>	<i>Promedio simple</i>
Unipersonal	12.7	7.7	6.4	5.3	4.9	5.1	6.3	6.7	6.9
Pareja sola	21.3	17.1	8.3	14.6	6.1	9.3	10.2	7.1	11.7
Jefe con familiar	7.5	7.7	6.7	6.3	5.3	6.8	5.4	6.2	6.5
Nuclear simple	15.4	18.5	14.9	14.1	8.7	14.2	16.3	10.6	14.1
Multigeneracional	28.6	24.6	36.0	38.9	48.2	29.1	38.6	42.7	35.8
Extendido	7.8	16.7	13.7	10.3	15.9	21.7	14.4	18.2	14.8
Compuesto	6.2	6.8	13.0	9.6	10.0	13.1	7.8	6.9	9.2
No familiar	0.6	1.0	1.1	0.9	0.8	0.8	1.1	1.7	1.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

FUENTE: Tabulados propios basados en la DHS III.

Envejecimiento y protección familiar en México: límites y potencialidades del apoyo en el interior del hogar

Verónica Montes de Oca

Introducción

En la investigación sobre envejecimiento demográfico de las últimas dos décadas, la seguridad social, los servicios de salud y los regímenes de pensiones representan los principales temas que se han discutido en el marco del desarrollo mundial, latinoamericano y nacional (OCDE, 1988; United Nations, 1993; Conapo, 1999; CEPAL, 2000). Sin embargo, recientemente los arreglos domésticos de la población con 60 años y más, la estructura y composición de sus hogares y la dinámica familiar, así como las redes de apoyo social, han generado atención en los países en desarrollo y en México particularmente (De Vos, 1988; Kendig y Coppard, 1992; United Nations, 1994; para México: López e Izazola, 1994; Montes de Oca, 1996; Gomes, 1997; Solís, 1999; Montes de Oca, 2001; Gomes, 2001).

Esta preocupación reciente se debe a que se han resaltado las limitaciones de los sistemas de apoyo formal basados en los programas de seguridad social de los países en desarrollo (Mesa-Lago, 1999; Borzutzky, 1993; Müller, 2001) y como consecuencia se ha dado mayor relevancia a los sistemas de apoyo informal, tanto en el aspecto de las transferencias como sobre el cuidado directo que reciben los adultos mayores (Chappel, 1992; Tuirán y Wong, 1993; Wong, 1999; Montes de Oca 2001; Apt, en prensa). No obstante, la dinámica informal generada a través de la familia se ve amenazada tanto por el cambio demográfico como por los procesos macroestructurales; ambos pueden reproducir situaciones de desigualdad social que permiten cuestionar el papel idílico de la familia residencial (Ariza y Oliveira, 2001).

A pesar de ello, existe el supuesto de que la familia —pilar de los apoyos informales— podría afrontar los costos del envejecimiento demo-

gráfico. Múltiples investigaciones han sugerido que la familia mexicana resulta ser un modelo por sus actitudes de protección hacia los miembros más débiles y necesitados. Sin embargo, la investigación posterior a la crisis de los ochenta comenzó a desmitificar dicho supuesto, tanto por parte de las familias como de sus redes de apoyo social (González de la Rocha, 1999; Enríquez, 2000). Factores de naturaleza demográfica, económica y cultural han modificado el papel social de las familias en las últimas décadas y en esa medida se ha modificado la participación en el cuidado y protección de los adultos mayores.

Hoy en día desconocemos hasta dónde la familia puede cuidar a los ancianos. ¿Realmente, todas las personas adultas mayores en México cuentan con apoyo familiar? ¿Incluso los enfermos? ¿Existe relación entre el tipo de hogar y el apoyo familiar? Cualquiera que sea la respuesta a estas interrogantes significa que la dinámica familiar, la capacidad humana y económica (tanto de la persona mayor como de sus familiares) y el temperamento y personalidad de los miembros del hogar inciden en las relaciones de apoyo y en su disponibilidad para atender al adulto mayor. Incluso, hay quienes anotan que las relaciones de apoyo hacia éste se ven condicionadas por la convivencia familiar del pasado, y por las acciones que el adulto mayor llevó a cabo como padre-madre, hermano-hermana, etc., con los miembros de su familia (Varley y Blasco, 2000). Otras investigaciones han cuestionado las posibilidades de intercambio social en el sector obrero. Se mencionan las limitaciones económicas ante el desempleo y la pérdida del poder adquisitivo como factores que inciden en una disminución del apoyo familiar (Estrada, s/f, citada en Enríquez, 2000). Recientemente se plantean también aspectos relacionados con la dinámica y la construcción de las emociones entre los individuos y los grupos domésticos (Enríquez, 2002). Todas estas situaciones difícilmente se pueden agotar en un artículo; por ello, trataré de conocer qué elementos propician que la población con 60 años y más cuente con apoyo en el interior del hogar y cuáles son las características de estas ayudas y la frecuencia con que se otorgan. Éstas son algunas preguntas que responderé para aproximarnos al papel de la familia de principios de siglo en México y al cuidado y atención hacia un sector de la población en constante crecimiento.

Por tales motivos, he organizado este artículo de la siguiente manera: en la primera sección reproduzco brevemente los argumentos sobre la imagen social de la familia y las expectativas colectivas que surgen hacia las necesidades de los diferentes miembros que la componen; en la segunda y la tercera sección, planteo varias etapas importantes en la investigación sobre envejecimiento y familia a través del estudio de los hogares, las transferencias y las redes sociales de apoyo. En la cuarta parte, identifico la presencia de ayuda en el interior del hogar para la población con 60 años y más según su estado funcional (aceptable o deficiente¹), relaciono este apoyo con respecto de la configuración del hogar e identifico algunas características individuales, familiares y contextuales como condicionantes para que la población mayor cuente con apoyo en el interior del hogar. En la quinta sección, presento parte del funcionamiento del apoyo familiar, los tipos de ayuda que recibe el adulto mayor y la frecuencia con que se le otorga, con la intención de mostrar un patrón de comportamiento que pueda ser mejorado y reforzado con algunos programas de concientización social en materia de política pública. La evidencia sugiere que la familia desempeña un papel protector hacia sus miembros de edad avanzada, pero que este apoyo se limita sólo a quienes presentan ciertas características. Además, en los casos donde se da apoyo, existen unas ayudas más frecuentes que otras, lo que nos introduce a la discusión sobre la cantidad y calidad de las ayudas recibidas y la satisfacción de las necesidades de las personas mayores. El trabajo de proveer ayuda en el interior del hogar tiende a concentrarse en pocas personas, muchas de las cuales son mujeres. Lo anterior arroja elementos que permiten reflexionar, en último término, sobre las relaciones de apoyo e intercambio y sobre la percepción de satisfacción y reciprocidad entre las personas adultas mayores y sus familiares, los cuales pueden verse afectados en el futuro no sólo por el cambio demográfico, sino también por las condiciones de pobreza, el nuevo perfil epidemiológico y la sociedad de consumo.

¹ Califico como deficiente el estado funcional de una población cuando presenta dificultad para realizar actividades básicas de la vida diaria.

Familia y envejecimiento: mitos, supuestos e idealización

Desde que se ha tomado conciencia en el ámbito académico de las consecuencias del envejecimiento demográfico en Latinoamérica, muchas investigaciones han resaltado las debilidades de la política social y en especial de las organizaciones gubernamentales de seguridad y asistencia social (Stahl, 1994 y 1996). En México, el sistema de seguridad social era considerado en una fase intermedia de madurez por su origen, cobertura y prestaciones sociales (Borzusky, 1993; Ham, 1993 y 1996); no obstante, a finales del siglo xx se registraron reformas que privatizaron tanto el ramo de pensiones como el de servicios médicos² (Ham, 1999; Laurell, 1996). Esto ha causado una gran discusión nacional porque en las próximas décadas el sistema de seguridad social será clave para atender a la población adulta mayor del futuro. Justamente cuando la esperanza de vida del mexicano ha rebasado las expectativas sociales y gubernamentales, el aparato de protección social formal se incorpora al sistema de mercado fracturando la solidaridad intergeneracional desde las instituciones públicas y privadas, y promoviendo una visión individualista hacia los temas sociales que son responsabilidad colectiva.

En este contexto institucional, político y sociodemográfico, la investigación sobre envejecimiento ha orientado sus esfuerzos hacia el papel de la familia, la coresidencia, las transferencias intergeneracionales y las redes de apoyo familiar y social. Ese estímulo se ha sustentado en la creencia de que la interacción cotidiana se puede interpretar como una forma de apoyo que conlleva a una socialización de los recursos (De Vos, 1988; Chappel, 1992). Como parte de los residuos del Estado Benefactor, en México a la familia se le percibe como un modelo de protección hacia sus miembros, amortiguadora en las crisis económicas a través de estrategias de sobrevivencia y relaciones de apoyo mediante sus redes (Lomnitz, 1975; González de la Rocha 1986; García y Oliveira, 1994). Tuirán (1995) ha mencionado que, según la Encuesta Nacional de Va-

² Circunstancia que se está experimentando incluso en países con una formación temprana de su sistema de seguridad social y una PEA cotizante muy reducida (Carmelo Mesa-Lago, 2000, "Las reformas a la seguridad social en Latinoamérica", conferencia magistral en el Centro Interamericano de Estudios sobre Seguridad Social).

lores (1994), los mexicanos generalmente asocian al vocablo *familia* significados altamente positivos como: unión, hijos, amor, hogar, bienestar, padres, comprensión, casa, cariño, educación, felicidad y apoyo.³ Profundizando al respecto, Salles y Tuirán (1996: 47-48) mencionan que existen muchos mitos alrededor de la familia mexicana, en donde

un amplio flujo de imágenes y mensajes sociales tiene como referencia la vida familiar y está dirigido a ella. La ideología que rodea a la familia provoca la conformación de innumerables prejuicios que establecen lo que es “correcto”, “típico” o “deseable” acerca de la familia y las relaciones familiares. Los estereotipos están profundamente arraigados en valores morales y éticos así como en imágenes y modelos promovidos por instituciones sociales como las iglesias y el Estado.

Según Salles y Tuirán, entre los mitos más arraigados en la conciencia colectiva está el que supone que la familia cobija bajo su techo a todos sus integrantes incluso de tres o más generaciones. Estos mitos —dicen los autores— encubren las múltiples desigualdades entre sus miembros de acuerdo con la edad, el sexo y el parentesco, así como niegan la dinámica emocional de las relaciones familiares y el juego de los afectos, los conflictos, las hostilidades y las negociaciones. Leñero (1996) también ha cuestionado que la familia sea una unidad independiente de la sociedad, la cual escapa de las condiciones macrosociales. Dice que hay una interacción entre la sociedad y la familia, como una mediación dual en la cual el desarrollo familiar tiene una profunda relación con el desarrollo socioeconómico. Asimismo, profundiza argumentando que sobre la familia hay una dramaturgia que recupera las opiniones valoradas convencionalmente, pero que “al mismo tiempo no se atreve a mostrar las llagas, dolores, inconsistencias y ambivalencias de la vida familiar que quedan escondidas en la intimidad cotidiana”. Varley y Blasco (2000: 47), por su parte, coinciden en que los fuertes lazos familiares son asumidos como una característica del alma nacional en donde se considera popularmente

³ Según Tuirán (1995), 85% de los entrevistados en dicha encuesta consideró que la familia es muy importante en su vida.

a la familia como una fuente inagotable de apoyo a sus miembros. Las autoras señalan —retomando a Contreras de Lehr (1992)— que la sociedad mexicana ni remotamente llega a pensar que la familia rehúse ayudar a sus miembros, incluso a los más débiles. Ariza y Oliveira (2001), por su parte, han planteado que la exaltación del discurso ideológico que ensalza a la familia tradicional oculta, entre otros aspectos, el carácter asimétrico de las relaciones intergenéricas e intergeneracionales. De ahí la importancia del análisis sobre “la dinámica intrafamiliar como un conjunto de relaciones de cooperación, intercambio, poder y conflicto que hombres y mujeres de diferentes generaciones establecen en el seno de las familias”. Para estas autoras, la familia se ha colocado en la bibliografía sociológica como la unidad de análisis originaria de muchas formas de desigualdad y exclusión social.

De acuerdo con los autores, el papel de la familia mexicana es controvertido. Por un lado, la ideología de la familia se refuerza popularmente en lo cotidiano, incluso debido al poder de los medios de comunicación, la política, la escuela y las iglesias, pero por otro se distingue la desigualdad interna en los hogares, las relaciones de poder y las diferencias existentes por generación, parentesco y género, entre otros, con lo que la idealización de la familia es cada vez menos aceptada, aunque permanezca en nuestro imaginario colectivo.

Por otro lado, la familia ha experimentado cambios demográficos, socioeconómicos y culturales relacionados con el proceso de urbanización de las últimas cinco décadas; esto se ha hecho evidente a través de un paulatino cambio en la estructura y composición de los hogares mexicanos, así como en nuevas formas de organización familiar y en cambios en las percepciones y valores que se generan dentro y alrededor de la familia (López e Izazola, 1994; Ariza y Oliveira, 2001). Para algunos países, García y Rojas (2002) han encontrado una lenta convergencia hacia niveles reducidos en el tamaño de los hogares. No obstante, tal reducción aún no es de consideración en la región latinoamericana. La composición de los hogares sigue siendo predominantemente de naturaleza nuclear, aunque los hogares extensos y ampliados muestran una significativa presencia. Los hogares unipersonales adquieren mayor presencia, pero sólo en ciertos sectores sociales. En contraste, se ratifica el aumento de la

jefatura femenina con todas las implicaciones culturales relacionadas con el empoderamiento de las mujeres, la organización familiar, la toma de decisiones y la autopercepción femenina (Ariza y Oliveira, 2001).

Estos cambios globales en la familia suceden simultáneamente con la mayor presencia de población adulta mayor en la sociedad mexicana, pero su relación muestra un comportamiento especial, como se verá a continuación. No obstante, al abordar la relación entre envejecimiento y familia, ésta tiende a ser representada como la principal institución de cuidado y asistencia, sin formular estrategias de análisis que prueben dichos supuestos. Los cambios demográficos derivados del envejecimiento poblacional y los efectos paralelos del deterioro en las condiciones económicas de las unidades domésticas hacen necesario identificar las fortalezas y limitaciones de la familia con respecto a los miembros en edad avanzada. En este tenor es necesario comenzar una nueva etapa en la planeación de políticas públicas que no sólo ensalce el valor de la familia, sino que tenga respuestas institucionales ante los procesos de crisis de que participa.

Los hogares entre la población adulta mayor: primer acercamiento al apoyo familiar

A nivel internacional, los arreglos familiares de la población adulta mayor han sido reconocidos como un indicador de apoyo familiar (De Vos, 1988; Solís, 1999; Hakkert y Guzmán, en este mismo volumen). El argumento central es que la modernización y la urbanización de los países generan una reducción en la proporción de familias extendidas de tipo “tradicional” y un aumento de las familias nucleares (Solís, 1999). Además, se ha mencionado que al compartir un espacio se propicia la convivencia y se desarrollan relaciones de apoyo (De Vos, 1988). La evidencia sustentada en la teoría del intercambio ha mostrado que dentro de las unidades domésticas se desarrollan formas de organización familiar e intercambio entre géneros y generaciones, muchas de ellas basadas en procesos subjetivos de reciprocidad (Izquieta, 1996).

Este razonamiento no es casual; en la bibliografía posterior a la segunda guerra mundial la familia ha sido vista como una institución que

tiene por objetivo la reproducción biológica de la sociedad, pero también la reproducción social mediante la formación en los individuos de valores, actitudes y patrones de conducta. Según Goode (1966), en la familia se ubican las relaciones funcionales entre deberes y derechos que permiten que una sociedad sea un sistema social, un conjunto de familias y de individuos sociales. De ahí la importancia estratégica de la familia como mediadora entre las funciones biológicas y las funciones sociales. No obstante, en las definiciones sobre la familia subyace un modelo nuclear joven que sólo en algunas ocasiones alude a la convivencia entre más de dos generaciones. Cuando así lo hace, la familia aparece como una institución protectora que no sólo socializa a los niños, sino que también conserva las costumbres heredadas de los antepasados, así como de los miembros más ancianos. Aunque hay toda una discusión sobre la presencia de miembros en edad avanzada en las unidades domésticas del pasado, suscrita principalmente por Laslett (1972 y 1977; citado en Anderson, 1988), lo cierto es que, para los investigadores sobre envejecimiento, la familia, a través de los hogares y los grupos domésticos, sigue siendo un referente común, cuantitativamente accesible en épocas recientes, que los aproxima al bienestar del adulto mayor. Sin embargo, algo que también es cierto es que la dinámica y organización familiar no se reflejan en la configuración de los hogares, ni se proyectan allí los mecanismos de distribución desigual, ni los significados ni las situaciones de armonía y conflicto que la misma bibliografía internacional sobre la crisis de la familia ha señalado.

En México, la investigación sobre hogares y arreglos domésticos toma vigor en los años setenta. A partir de ese momento se constató que en general los hogares de los mexicanos se basan en la unión conyugal, el parentesco y la consanguinidad: 95% de los mexicanos viven en hogares de tipo nuclear y extenso. Los estudios mostraron desde los setenta una tendencia a la nuclearización, en donde 71% corresponde a hogares nucleares y 25% a extensos. Situación general que se ha mantenido hasta los noventa con ciertas modificaciones en cuanto a la composición del hogar, producto del descenso de la fecundidad y de la mortalidad, que se refleja en una prolongación de las etapas del ciclo de vida familiar a través del incremento en la esperanza de vida (Tuirán, 1993).

Sin embargo, los hogares de la población con 60 años y más son muy diferentes. López e Izazola (1994) fueron pioneras en analizar la estructura y composición de los hogares de la población con 60 años y más. Sus estudios concluyeron que 47% de la población anciana vivía en hogares nucleares, 43% en hogares ampliados y el resto en hogares unipersonales o corresidentes (donde no hay parentesco). Además destacaron que, entre 1970 y 1990, había una mayor permanencia de varones mayores como jefes del hogar que tendía a disminuir en los grupos de edad más avanzada, mientras que las mujeres adultas mayores tendían a adoptar la jefatura del hogar precisamente a la muerte del esposo. Esta situación es producto del incremento en la esperanza de vida de hombres y mujeres, pero también del ensanchamiento de su diferencial.

Otras publicaciones ratificaron la predominancia del modelo nuclear para el conjunto de la población nacional y su disminución para la población con 60 años. Para este grupo social se incrementa la presencia de hogares extensos, unipersonales, compuestos y corresidentes (INEGI, 1997; véase también el cuadro 1). La mayor presencia de estos hogares se explica también por el alargamiento del ciclo de vida familiar, si tomamos en consideración la edad del jefe y la configuración de nuevos arreglos domésticos a partir de la salida de los hijos o la muerte de la pareja, así como de la inclusión de los padres sobrevivientes o el regreso de la descendencia.

Sin duda para la población en edades avanzadas vivir en compañía de algún familiar parece ser una estrategia recurrente. No obstante, detrás de la definición de esas configuraciones se esconden diversas estructuras y composiciones, así como múltiples actitudes y comportamientos, preferencias, estrategias familiares e intercambios entre parientes que muchas veces distan de ser recíprocas y exentas de conflicto. En ese sentido, saber que la mayoría de la población con 60 años y más vive en compañía de su pareja e hijos y otros descendientes o familiares ¿puede ser considerado como una forma de apoyo?⁴ Si bien hay coincidencia en aceptar que en este tramo de la vida surgen nuevas necesidades y apare-

⁴ Chappel (1992) dice que durante muchos años en la investigación sobre redes sociales se pensaba que la interacción social tenía un efecto directo en el bienestar de los

cen enfermedades y padecimientos de larga duración, no existe evidencia que nos permita asegurar que la familia de interacción, con la cual reside la población adulta mayor, asume completamente el papel de protección hacia sus miembros en edad avanzada.

CUADRO 1

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN NACIONAL Y CON 60 AÑOS Y MÁS POR TIPO DE HOGAR, MÉXICO, 1990 (ABSOLUTOS Y RELATIVOS)

<i>Tipo de hogar</i>	<i>Población nacional</i>			<i>Población con 60 años y +</i>	
	<i>Hogares</i>	<i>Población</i>	<i>% Pob.</i>	<i>Población</i>	<i>% Pob.</i>
Unipersonales	794 481	794 481	1.00	366 577	7.53
Nucleares	12 075 107	58 793 481	74.16	2 471 864	50.80
Ampliados	2 790 993	17 064 507	21.52	1 804 271	37.08
Compuestos	370 348	2 381 615	3.00	187 366	3.85
Corresidentes	84 713	245 257	0.31	35 862	0.74
Total*	16 115 642	79 279 341	100.00	4 865 940	100.00

FUENTE: Cálculos propios a partir de INEGI, 1997.

* Existen 87 203 hogares donde no se especificó el tipo de hogar y en ellos residen 256 554 personas.

La compañía no significa necesariamente la socialización de los recursos ni una distribución equitativa en función de las “necesidades” de sus miembros. De hecho, de la coresidencia no puede interpretarse un intercambio mutuo y recíproco; la evidencia de otros países ha apuntado que vivir en compañía puede implicar interacción, pero no necesariamente un flujo de apoyo mutuo o bidireccional, que además en muchos casos se percibe como poco recíproco (Dwyer *et al.*, 1992; Concepción, 1994; Goldscheider, 1994; Khasiani, 1994; Knipscheer *et al.*, 1995; Ramos, 1994; Poo Chang, 1994). En México diversas investigaciones han encontrado que la coresidencia responde a las necesidades de los hijos adultos más que a las demandas del propio adulto mayor (Leñero, 1998; Gomes,

adultos mayores. Se asumía que “residir con otros y hacer cosas con otros era benéfico para la calidad de vida del anciano”.

2001). En ese sentido, se desconoce el tipo de interacción y las formas de ayuda que se establecen, así como la percepción sobre el apoyo y la ayuda entre géneros y generaciones. A raíz de estas reflexiones, la investigación en México se orientó hacia las relaciones de apoyo entre los familiares y la población mayor, a través de temáticas como las transferencias intergeneracionales y las redes de apoyo social que se han desarrollado recientemente.

Transferencias, redes y apoyos informales hacia los adultos mayores: segundo acercamiento al apoyo familiar

Uno de los primeros estudios que han abordado la relaciones entre los adultos mayores y sus familiares en México ha sido el realizado por Tuirán y Wong (1993). Estos autores a través del término *transferencias* analizaron el apoyo que reciben los adultos mayores de instituciones, familiares y amigos. Estos autores, con base en la información de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) de 1992, sostienen que existen transferencias importantes que realizan las familias para asegurar el bienestar de los individuos. En general, observan que la heterogeneidad de los hogares y la formación de recursos para el bienestar de sus miembros depende en gran medida de su participación en el mercado de trabajo. Además, sostienen que hay un flujo de transferencias no formales que permite a ciertos hogares —que carecen del ingreso formal de recursos— conservar cierto nivel de bienestar (Tuirán y Wong, 1993).

Paralelamente, Leñero (1993) mencionó que si bien “los abuelos” reciben una serie de ayudas, éstas en ocasiones se dan con estratégico cariño, pues los hijos esperan recibir favores directamente o para su propia descendencia. En ese sentido, si bien los padres-suegros-abuelos son considerados dentro de los hogares, también resultan una presencia poco grata. Sus estudios confirman que, a pesar de existir una intensa relación entre los familiares y el propio adulto mayor, a veces ésta se da en situaciones de conflicto y de forma no recíproca; más aún, muchas veces la población femenina adulta mayor resulta fundamental para la atención y bienestar de otros miembros aún más vulnerables.

Posteriormente, en un estudio sobre el apoyo que reciben los adultos mayores y las ayudas que ellos brindan, Montes de Oca (1998), con base en la Encuesta Nacional sobre la Sociodemografía del Envejecimiento (1994), encontró que existe un intercambio de ayudas entre géneros y generaciones. Concretamente, la población femenina adulta joven ayuda a la población adulta mayor en quehaceres del hogar, cuidado físico, elaboración de comida, entre otros, mientras que la población masculina, por su parte, apoya con dinero. Sin embargo, contrariamente a lo esperado, la población adulta mayor apoya con dinero a la población femenina y en algunos casos son las mujeres mayores las que ayudan a la población masculina joven realizando quehaceres del hogar y aportando comida.

Un artículo posterior realizado por Rubalcava (1999), donde se utiliza la Encuesta Nacional de Ingreso y Gasto de los Hogares (1994), mostró que las mujeres con 60 años y más perciben sobre todo transferencias en forma de regalos y donativos tanto dentro del país (50.6%) como desde el extranjero (8.0%) y a través de pensiones (probablemente por jubilación, viudez y ascendencia). Los hombres mayores, por su parte, reciben principalmente transferencias en forma de pensiones (58.6%) y remesas de otros hogares del extranjero (5.3%) o dentro del país (25.4%).

Un estudio más presentado por Wong (1999), que utiliza la Encuesta Nacional de Empleo de 1996, menciona que de la población económicamente inactiva con 50 años y más, la población femenina es quien más recibe apoyos familiares (93.9%) en contraste con los hombres (55.9%), pero sobre todo entre aquellos hombres y mujeres que no reciben pensión por trabajo. En ese sentido, su análisis mostró que la propensión a recibir apoyo familiar está relacionada en forma inversa con la de recibir pensión. Además, con un ejercicio estadístico sólo para la población con 60 años y más, muestra que la propensión a recibir apoyo familiar está asociada con el aumento en la edad, con un mayor número de hijos para las mujeres, con la incapacidad en el trabajo y con difíciles condiciones socioeconómicas, medidas por las condiciones de vivienda y la residencia en áreas menos urbanizadas. La autora concluye que en ausencia de la protección institucional —dada a través de las pensiones— los apoyos familiares son en gran medida la red que sostiene a la población con 60 años y más.

Varley y Blasco (2000) también han mencionado que vivir en familia es usualmente pensado como la mejor opción para los adultos mayores. Sin embargo, esto no significa que sea una garantía de bienestar. De hecho, ellas muestran evidencia de que existen arreglos domésticos alternativos donde la población adulta mayor prefiere vivir, pero que también existen situaciones de rechazo hacia los hombres en edad avanzada por considerarlos “poco confiables y a veces agresivos”. Varley y Blasco (2001) sugieren que la construcción de la masculinidad en estas generaciones impide la adaptación de los adultos mayores a otros hogares que no son los propios, donde incluyen al asilo, que les permitiría una mejor calidad de vida.

Enríquez (2000), por último, ha reflexionado sobre el papel de las redes sociales en contextos de pobreza en Guadalajara. La autora retoma las principales conclusiones de González de la Rocha sobre los efectos negativos de la reestructuración económica sobre la familia y las estrategias tradicionales de sobrevivencia. Concretamente, sobre la población adulta mayor Enríquez encontró casos de alta vulnerabilidad económica y social en donde, aún con problemas graves de enfermedad, las redes de apoyo familiar no se activaron oportunamente debido al desempleo y la distancia. En algunos casos, la provisión de ayuda no fue continua ni con un patrón en tiempo y forma que permitiera a la población mayor salir adelante. En muchos casos, la enfermedad de esta población inhibió su capacidad de reciprocidad, lo que restó estímulo a la actuación de la red.

La evidencia encontrada para México sobre transferencias intergeneracionales y redes sociales de apoyo confirma una controversia que gira alrededor de la familia, y que se ratifica cuando se habla de un sector en constante crecimiento y vulnerabilidad, como la población adulta mayor. En ese sentido, resulta necesario profundizar sobre la presencia del apoyo de la familia residencial y el peso de ciertas características individuales y familiares de la población adulta mayor según su estado funcional.

El apoyo familiar desde el interior de los hogares

Consciente de este desarrollo en la investigación sociodemográfica nacional, realicé recientemente un estudio en torno a la estructura de los

apoyos sociales entre la población con 60 años y más en México, a partir de la primera Encuesta Nacional sobre la Sociodemografía del Envejecimiento (1994) que contenía un módulo sobre redes de apoyo social y familiar (Montes de Oca, 2001). Distinguí entre los apoyos provistos por instituciones gubernamentales y los apoyos en el interior de los hogares, así como los que provienen de otras unidades residenciales. Para los objetivos propuestos en este artículo sólo profundizaré sobre *el apoyo en el interior del hogar* que representa la captación de por lo menos uno de los diferentes tipos de ayudas (cuidado personal,⁵ trabajo doméstico, provisión de alimentos y ayuda monetaria) para el adulto mayor cuyo origen está en los miembros de su propia unidad doméstica. Este apoyo sin lugar a dudas es el más importante en la discusión sobre el papel de la familia para la población adulta mayor.

Encontré que el apoyo dentro del hogar no es reportado en forma universal entre la población adulta mayor, aunque representa el más importante,⁶ incluso mucho más que el apoyo de instituciones gubernamentales de seguridad y asistencia social y el apoyo de familiares y amigos/vecinos de otros hogares.⁷ Según la Encuesta Nacional sobre la Sociodemografía del Envejecimiento (ENSE), realizada en 1994, del conjunto de la población con 60 años y más, 57.3% reporta tener apoyo en el interior del hogar, mientras que el resto (42.7%) no reportó contar con esta forma de apoyo. Este dato contrasta con otras informaciones porque, como vimos en páginas anteriores, nueve de cada diez adultos mayores viven en compañía de familiares.

Aun suponiendo que por ser la primera encuesta sobre el tema este dato esté subestimando las acciones de apoyo, lo cierto es que prueba el

⁵ El cuidado personal aquí se refiere a la ayuda física, la cual implica para el adulto mayor ciertas actividades como ayuda para bañarse, comer, ir al médico, cambiarse de ropa, entre otras. Estas labores son las más próximas al *trabajo de cuidar*, aunque la evidencia de trabajos cualitativos advierte sobre la mayor intensidad, variedad de actividades y compromiso personal del papel de la cuidadora (Robles, 2001).

⁶ Por definición, la población que vive sola carece de apoyo en el interior del hogar.

⁷ Entre la población adulta mayor, 52.7% dice contar con servicios de salud y/o algún tipo de pensión. Mientras que sólo 34% de dicha población reportó tener apoyo de otros hogares (Montes de Oca, 2001).

hecho de que vivir en compañía no indica un ambiente de ayuda mutua y socialización de los recursos en el interior del hogar, al menos en lo que toca a la población mayor. También puede ser cierto que algunos adultos mayores no reporten y/o subestimen las aportaciones de otros miembros de la familia como formas de ayuda. Una investigación cualitativa realizada en la ciudad de México, al indagar sobre las formas de intercambio en el interior de algunas unidades domésticas encontró que los hombres en edad avanzada no consideran ayuda las actividades que las esposas e hijas realizan para el cuidado y bienestar cotidiano de los esposos-padres. Ellos perciben tales tareas como “sus obligaciones”. La noción de ayuda para algunos varones en realidad parece ser algo más intencionado y directamente orientado hacia ellos. De tal manera que recibir ayuda en ocasiones implica devaluarse y evidenciar que “se está necesitado”, lo que redonda contra la imagen creada de fortaleza masculina (Montes de Oca, 2000).

Pero ¿el apoyo dentro del hogar aumenta cuando el adulto mayor muestra claras evidencias de necesitarlo? Afirmativo, la situación de protección doméstica aumenta cuando los adultos mayores se encuentran en un estado funcional deficiente (es decir, no pueden realizar actividades básicas de la vida diaria);⁸ en estos casos, la proporción de los que reportan apoyo dentro de sus unidades domésticas es de 62.5%, pero el resto (37.5%) no reporta ningún tipo de ayuda por parte de sus familiares dentro del hogar.

Como se aprecia, este apoyo es muy importante para los adultos mayores en México, incluso para los que experimentan alguna desventaja física, pero lo cierto es que no es un recurso universal. En la realidad mexicana, tener apoyo en el interior del hogar llega a combinarse con la protección institucional o las transferencias de otras unidades domésticas. Al respecto, la información para México destaca que los hombres mayores reportan menos apoyo familiar, pero cuentan con más apoyo institucional, producto de sus actividades laborales en etapas anteriores de su curso de vida, mientras que las mujeres cuentan con diferentes com-

⁸ No pueden bañarse sin ayuda, ir al baño sin ayuda, comer sin ayuda, entre otras actividades.

binaciones de apoyo doméstico, así como con ayudas de otros hogares, de parientes, amigos o vecinos. Las mujeres de estas generaciones, en México, por su escasa y corta participación en actividades asalariadas, no alcanzaron por sí mismas el derecho a contar con pensión o servicios médicos, pero por su socialización tradicional sí construyeron redes alrededor de la familia, vecinos y conocidos, de las cuales pueden percibir apoyos.⁹ Algo similar fue encontrado en el Norte de Gales (Gran Bretaña) por Scott y Wenger (1996).¹⁰

El limitado apoyo informal hacia los varones ya se ha documentado en México y otros países. Algunos estudios han encontrado que efectivamente los varones en edad avanzada son rechazados por sus familiares porque, al perder sus ingresos y posición fuera del hogar, tienden a ser considerados poco adaptables a las condiciones y organización de sus familias. Precisamente, Varley y Blasco (2000) han mencionado que los varones en edad avanzada tuvieron la consigna de ser los proveedores principales de los hogares, lo que les restó oportunidad para construir y reafirmar sus propias relaciones afectivas tanto con la esposa como con los hijos. Situación contraria a la de las mujeres en edad avanzada, que tienen entrenamiento para asistir las cuestiones del hogar y son percibidas con “veneración” por sus hijos (Llera-Lomelí, 1996, citada en Varley y Blasco, 2000). Los varones en la vejez son excluidos tanto de los hoga-

⁹ Dentro de esa lógica de combinaciones en la estructura de apoyos de la población con 60 años y más, cerca de 9% no tiene organizada una red social ni cuenta con atención a la salud ni pensión. Este porcentaje, si lo aplicamos a la población censada recientemente, equivaldría a cerca de 600 000 personas. Dicho grupo es mayoritariamente masculino; está entre los 60 y los 69 años de edad, la mitad no tiene estudios, son jefes de hogar, 20% son cónyuges y 12% son parientes ascendientes o colaterales. Estos varones residen principalmente en áreas rurales y tienen un menor número de hijos e hijas en contraste con los varones residentes en áreas urbanas; 16% viven solos y, aunque el resto reside en hogares nucleares y ampliados, los datos muestran que cuentan con menos integrantes en el hogar que quienes sí reciben apoyos.

¹⁰ Las autoras señalan que los hombres casados desarrollan relaciones por medio de sus esposas y dependen de las relaciones de ellas, pero la situación contraria no es probable. La jubilación y el envejecimiento —señalan— afectan el tamaño y la estructura de las redes de los varones, mientras que a las mujeres su inserción en diferentes espacios relacionados con la maternidad y la crianza de los hijos les permite fortalecer y ampliar sus redes sociales (Scott y Wenger, 1996).

res de sus hijos como, en ciertas ocasiones de los propios asilos (Aceves, 2000). Esta situación, según Varley y Blasco (2000), explica la tendencia a mantener la jefatura del hogar que ellos mismos formaron.

La asociación entre apoyo familiar y tipo de hogar

La frecuencia del apoyo en el interior del hogar varía según el hogar en el que reside la población con 60 años y más. Los resultados de nuestros ejercicios estadísticos muestran que los adultos mayores que viven en hogares complejos (ampliados y corresidentes) tienen más posibilidades de tener un mayor flujo de ayudas (en este caso, de tipo instrumental) que los mayores residentes en hogares nucleares, pero también señala que, aun residiendo en estos hogares, se puede carecer de este apoyo. Lo que confirma nuevamente que la corresidencia por sí misma no representa automáticamente actitudes de protección hacia el adulto mayor (cuadro 2). Los adultos mayores de hogares complejos y nucleares probablemente cuentan también con ayudas no instrumentales como información, convivencia, asistencia emocional, contacto físico y confidencialidad, entre otros, pero esa información no se captó en la encuesta utilizada, además de ser aspectos difíciles de registrar.

El apoyo en el interior del hogar es mayor cuando el anciano es dependiente y menor cuando tiene un estado funcional aceptable. Seguramente esto es resultado de estrategias de ayuda familiar ante la supeditación de un miembro en edad avanzada que experimenta algún tipo de enfermedad, pero es necesario resaltar que, aun cuando la encuesta esté subestimando este fenómeno, existen situaciones en las que se carece de condiciones para activar las redes de apoyo intrafamiliar. Aspecto que, desde una perspectiva cualitativa, también encontraron Enríquez (2000) para Guadalajara y Montes de Oca (2000) para la ciudad de México. Enríquez encontró que, en los sectores populares urbanos, los adultos mayores experimentan un desgaste de sus redes sociales. Los parientes pueden ayudar poco a sus familiares en edad avanzada por la situación de crisis y pobreza que ellos también experimentan. Montes de Oca, por su parte, encontró que algunos ancianos de clase media que viven con familiares, aunque para las estadísticas se ubican en un hogar nuclear o

ampliado, en realidad, indagando a profundidad, experimentan relaciones conflictivas que llegan por periodos prolongados a obstaculizar cualquier interacción de ayuda mutua entre familiares.

En ese sentido, como también se ha señalado en la bibliografía gerontológica, existen elementos endógenos y exógenos que determinan la fluidez del apoyo familiar.¹¹ De ahí que sea lógico que algunos factores socio demográficos, familiares, económicos y contextuales —como la edad de quienes componen el hogar, el tipo de actividad económica, el número de personas disponibles, las actividades de cuidado adicionales y los niveles de ingreso— incidan a favor o en contra de esta situación.

CUADRO 2

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN CON 60 AÑOS Y MÁS SEGÚN SI TIENE O NO APOYO EN EL INTERIOR DEL HOGAR Y SU ESTADO FUNCIONAL, POR TIPOS DE HOGAR, MÉXICO, 1994

Tipo de hogar	Ambos		Aceptable		Deficiente	
	<i>Apoyo dentro del hogar</i>		<i>Apoyo dentro del hogar</i>		<i>Apoyo dentro del hogar</i>	
	No tiene	Tiene	No tiene	Tiene	No tiene	Tiene
Unipersonal	100.0	0.0	100.0	0.0	100.0	0.0
Nuclear	48.0	52.0	48.6	51.4	45.4	54.6
Complejo	32.0	68.0	33.7	66.3	28.5	71.5
Todos	42.7	57.3	44.6	55.4	37.5	62.5
<i>Núm. de casos</i>	<i>2232</i>	<i>2993</i>	<i>1721</i>	<i>2141</i>	<i>511</i>	<i>852</i>

FUENTE: Cálculos propios a partir de la ENSE-94.

Una aproximación adicional con respecto a la situación real de las personas adultas mayores y su apoyo en el interior del hogar puede entreverse

¹¹ Véanse diferentes números de la revista *The Gerontologist*, el *Journal of Gerontological Social Work* y *Research of Ageing*, entre otros. Algunos elementos endógenos mencionados tienen que ver tanto con aspectos psicológicos —relacionados con la personalidad del adulto mayor, su grado de adaptabilidad y resistencia al cambio— como con aspectos socioeconómicos y sociodemográficos, como la independencia económica y el nivel educativo. Entre los elementos exógenos se han señalado las condiciones específicas de las comunidades rurales, efectos de la migración, del desempleo o de variables económicas específicas locales. También los conflictos militares, pandemias como las del VIH-sida y las crisis políticas de países en transición.

a partir de la propiedad de la vivienda.¹² Por un lado, tenemos a los adultos mayores propietarios (30% del total de la población de 60 años y más), de los cuales 54.9% dijo tener apoyo en el interior del hogar. Aquí puede haber una relación de intercambio familiar, en donde el adulto mayor brinda techo a sus familiares, quienes le proporcionan diferentes formas de ayuda instrumental. Puede ser que, cuando los propietarios no reportan apoyos, se deba a que siguen siendo el principal abastecedor del hogar o fungen sólo como proveedores de vivienda para sus hijos y familiares. Aquí hay una relación de apoyo no recíproca del anciano hacia sus familiares que también se ha documentado en la bibliografía gerontológica.

Por otro lado, de los adultos mayores que no son propietarios (70% del total de la población con 60 años y más), 41.7% no reporta apoyo, pero en realidad cuenta con la vivienda (rentada o propia) de algún familiar. El resto (58.3%) dijo recibir adicionalmente cuidados y asistencia de familiares dentro del hogar. Ser corresidente con algún hijo o familiar puede ser muy importante, pero no significa que el adulto mayor reciba cuidados y recursos para satisfacer sus necesidades específicas. Más aún, puede significar que el adulto mayor abastezca a sus familiares. Lo que coincide con lo encontrado en otros estudios sobre México (Gomes, 2001).

En suma, lo anterior sugiere que las definiciones planteadas para la configuración de hogares esconden estrategias y formas organizativas de convivencia intergeneracional que representan dinámicas familiares de solidaridad y apoyo, pero también de incapacidad para ayudar y, en casos extremos, de posibles conflictos en cuyo centro ubicamos a la población mayor. Además de que existen otros factores que condicionan que la población saludable o dependiente cuente con ayuda en el interior del hogar. Probablemente elementos relacionados con el perfil de la población adulta mayor (sociodemográfico y psicológico: temperamento y adapta-

¹² La situación de la propiedad de la vivienda y de la tenencia de la tierra son temáticas sobre las cuales hay muy poca investigación en México, no sólo para los adultos mayores sino para la población en general. Esto se debe a la organización institucional y a la poca disponibilidad y acceso a los registros de la propiedad que existen en nuestro país. Para una introducción a la cuestión de la propiedad, el género y el empoderamiento en América Latina, véase Deere y León, 2002.

bilidad), características de los familiares (situación matrimonial, número y edad de su propia descendencia, condición de actividad, tiempo de jornada laboral, situación socioeconómica, ingresos, condiciones de salud, situaciones experimentadas en el pasado, tamaño y composición de sus hogares, condiciones migratorias o geográficas entre los miembros potenciales de las redes de apoyo social) y aspectos relacionados con la convivencia y la cohesión familiar determinan el cuidado y el otorgamiento de ayudas. Aunque no es posible abundar en todos los aspectos señalados, trataré de aproximarme en las siguientes páginas a los factores condicionantes del apoyo familiar entre la población saludable y con deterioro funcional.

Condicionantes del apoyo en el interior del hogar

El apoyo en el interior del hogar es una variable dicotómica que representa el conjunto de diferentes ayudas de naturaleza instrumental¹³ otorgadas directamente al adulto mayor por los miembros de la unidad doméstica; por tal motivo, es estrictamente familiar. Esta información representa una dinámica familiar identificada en agosto de 1994 —antes de la crisis de diciembre—, fecha en la que fue levantada la ENSE. Como vimos en el apartado anterior, uno de los factores que incide para que la población con 60 años y más tenga apoyo dentro del hogar es justamente la demanda de cuidado y atención directa, pero aun en estos casos, el apoyo no es general, lo que sugiere que existen elementos relacionados con el perfil del adulto mayor y de los miembros del hogar que afectan la probabilidad de tener dicho apoyo. Esta tendencia se sistematizó en dos regresiones logísticas para poblaciones que se distinguen por el estado funcional (independencia o dependencia física) y a las cuales se incorporaron idénticas especificaciones (variables independientes), pero no todas fueron significativas al 0.05 (cuadro 3). Estos ejercicios permiten detectar el peso de cada variable en la predicción de tener apoyo en el interior del hogar en adultos mayores tanto independientes como dependientes.

¹³ En la bibliografía se distinguen: apoyos de tipo instrumental, información y apoyo emocional (House y Kahn, 1985).

ENVEJECIMIENTO Y PROTECCIÓN FAMILIAR EN MÉXICO

CUADRO 3

DISTRIBUCIÓN DE LAS VARIABLES EXPLICATIVAS DE LAS SUBMUESTRAS DE POBLACIÓN CON 60 AÑOS Y MÁS QUE TIENE "APOYO EN EL INTERIOR DEL HOGAR", MÉXICO, 1994

<i>Variable y categorías</i>	<i>Edo. funcional aceptable</i>		<i>Edo. funcional deficiente</i>	
	<i>Apoyo dentro del hogar</i>		<i>Apoyo dentro del hogar</i>	
	<i>%</i>	<i>n =3862</i>	<i>%</i>	<i>n=1363</i>
	<i>Ponderado</i>	<i>No ponderados</i>	<i>Ponderado</i>	<i>No ponderados</i>
SOCIODEMOGRÁFICAS DEL ADULTO MAYOR				
Edad (media)	68.03	3862	74.78	1363
Sexo				
Hombre	50.6	1955	35.5	480
Mujer	48.8	1884	64.5	873
Escolaridad				
No tiene estudios	36.5	1407	54.5	742
Tiene estudios	63.5	2449	45.5	619
FAMILIARES				
Condición de jefatura				
No es jefe	40.4	1560	57.2	777
Es jefe	59.6	2299	42.8	583
Tipo de hogar				
Nucleares	44.3	1587	27.8	354
Complejos	55.7	1995	72.2	920
Mujeres en el hogar (media)	2.1	3862	2.4	1363
Hombres en el hogar (media)	1.9	3862	2.06	1363
SOCIOECONÓMICAS				
Propiedad de vivienda				
Posee vivienda	29.5	1132	26.6	362
No tiene	70.5	2710	73.4	998
Propiedad de bienes				
Posee bienes	70.1	2708	56.5	770
No tiene	29.9	1154	43.5	592
Condición de actividad				
No trabaja	62.0	2388	90.7	1231
Trabaja	38.0	1464	9.3	127
Ingresos				
No tiene	11.6	448	27.7	377
Tiene ingresos	88.4	3414	72.3	986
Servicio Médico				
No tiene servicio médico	45.9	1774	48.9	666
Tiene servicio médico	54.1	2088	51.1	696
CONTEXTUALES				
Tamaño de localidad				
Urbana	43.7	1687	40.0	545
Rural	56.3	2175	60.0	818

Los resultados mostraron que la condición de tener apoyo en el interior del hogar disminuye entre la población adulta mayor con un estado funcional aceptable cuando se es varón, en contraste con las mujeres. La razón de momios se multiplica por 0.8 veces, lo que representa una disminución de 20% (cuadro 4). En páginas anteriores destacamos que un hallazgo de diversas investigaciones cualitativas ha sido el papel limitado que tienen las redes familiares y sociales entre la población masculina. Varley y Blasco (2000) destacaron que hay factores culturales que impiden al varón en edad avanzada adaptarse a nuevos arreglos familiares, pedir y aceptar ayuda, así como reciprocitar apoyos. Específicamente con sus estudios en Guadalajara, estas autoras recuperan situaciones de abandono hacia hombres ancianos y una clara percepción de no obligación de los hijos hacia ellos, sobre todo por experiencias desfavorables que vivieron en etapas previas de su vida. La familia —dicen Varley y Blasco— no es siempre una solución ideal.¹⁴

A través de nuestro ejercicio estadístico no es posible confirmar si esta limitada actuación de los familiares para dar apoyo a los adultos mayores se reproduzca en el caso de aquellos varones que tienen deficiencias en su estado de salud. La variable sexo no fue significativa para este grupo de población adulta mayor.

Lo cierto es que este dato puede estar remitiendo a un proceso más complejo en el nivel de las representaciones simbólicas y que subyace en el significado que se le atribuye a la palabra “ayudas”, el cual puede ser diferente para hombres y mujeres en edad avanzada. En el proceso para captar el papel de las redes de apoyo familiares y sociales se utilizan las frases ‘ayuda que se recibe’ y ‘ayuda que se brinda’, y puede suceder que incidan diferentes significados en la respuesta. Esta situación amerita una profunda investigación cualitativa que encuentre los posibles significados diferentes que hombres y mujeres en estas generaciones le otorgan a las nociones de apoyo, ayuda, intercambio y reciprocidad. Si esta inquietud

¹⁴ En el mismo sentido, no creo que sea casual que poco más de 80% de la población censada en un estudio sobre indigentes de la ciudad de México, realizado por la Escuela Nacional de Trabajo Social, fuera masculina. Además, de toda esa población, el promedio de edad calculado (por sus condiciones mentales deterioradas) era de 53 años, lo que indica que la mitad pertenece al grupo de la tercera edad (DDF, 1996).

es cierta, estamos ante un problema de tipo metodológico que advierte sobre cierta relatividad en la forma como se busca conocer a nivel macro la estructura y dinámica de los apoyos sociales, las redes de apoyo y los flujos de ayuda. La idea de que el varón en edad avanzada cuenta con menos apoyo pareciera una contradicción cuando observamos desde la perspectiva sociodemográfica que el varón en edad avanzada conserva la jefatura del hogar, vive con su cónyuge, contrae un mayor número de matrimonios y su transición a la viudez es menos frecuente que en las mujeres. No obstante, es posible que, tras un escenario ventajoso, en realidad la información nos muestre cierto deterioro o vulnerabilidad en el terreno de las ayudas familiares, de los contactos personales construidos y de las percepciones en torno a la propia imagen dentro del ámbito familiar.

Por otro lado, los resultados estadísticos confirman que la población adulta mayor que reside en hogares nucleares tienen una menor propensión a contar con apoyo familiar en contraste con la categoría de referencia que denominamos hogares complejos (ampliados y corresidentes). La explicación a este dato tiene que ver directamente con la definición misma de hogar nuclear, ya que se integran en esa categoría tanto el adulto mayor que vive sólo con su cónyuge, como el adulto mayor que vive sólo con hijos solteros, o aquel adulto mayor que vive con cónyuge e hijos solteros. Es posible que la etapa del ciclo de vida familiar que se recuperó con esta clasificación sea el denominado “nido vacío” o una etapa previa. Estas etapas del ciclo de vida familiar sugieren un proceso de salida de algunos miembros del hogar.

En esta misma lógica, la definición de hogares complejos no sólo identifica las unidades donde hay padres e hijos solteros y casados, sino también hasta terceras y cuartas generaciones ya sea descendientes o ascendientes. Esta definición también puede esconder arreglos familiares en donde abuelos y nietos conviven sin la generación intermedia, o en donde corresiden padres con hijos no solteros, entre otros. Es muy probable que este tipo de hogares se dé más en las áreas rurales que en las urbanas como efecto de la migración, lo que puede reducir la disponibilidad de apoyo.

Esto se complementa porque, según el ejercicio, con un incremento unitario en el número de mujeres y hombres dentro del hogar aumenta

la propensión a contar con apoyo familiar. Esto sucede tanto para adultos mayores independientes como para aquellos con condiciones de salud deterioradas (cuadro 4). Según la base de datos con que contábamos, el promedio de mujeres y hombres en hogares nucleares de adultos mayores saludables es de 1.4 y 1.5, respectivamente. En contraste, en los hogares que denominamos complejos (ampliados y corresidentes) el promedio de mujeres y hombres es de 2.8 y 2.4, respectivamente. Cabe señalar que estas variables continuas son las primeras que resultan significativas ($p < 0.05$) del ejercicio realizado para población con un estado funcional deficiente y su efecto neto es similar. Estos resultados pueden estar haciendo evidente que un mayor número de integrantes en un hogar permite distribuir mejor las diferentes actividades de reproducción familiar; entre éstas resaltamos aquí la afluencia de ayudas, cuidado, atención y protección hacia el adulto mayor.

En países desarrollados, haber acumulado o heredado algunos bienes (vivienda, inmuebles, ahorros, ganado, tierra, automóviles, entre otros) durante la trayectoria de vida puede mejorar la imagen del adulto mayor y propiciar estrategias de ayuda. Para México, los resultados parecen mostrar una situación inversa en lo que respecta a la propiedad de la vivienda. En este caso, ser dueño del hogar donde se reside propicia una menor propensión a tener apoyo familiar, en contraste con quienes no son propietarios. La razón de momio se multiplica por 0.8046, lo que representa una disminución de 20%. Lo anterior se aplica solamente a los adultos saludables, pues esta variable no es significativa para quienes tienen una salud deficiente. Estos resultados no comprueban nuestra aseveración inicial, pero en realidad se puede asumir con precaución ya que otras investigaciones han planteado la dificultad para estudiar la propiedad de la vivienda y la tenencia de la tierra (Deere y León, 2002). En realidad, este tema relacionado con el envejecimiento está aún más inexplorado en México, puesto que se asocian usos y costumbres de cierta complejidad en la posesión, sucesión y propiedad de la tierra. A ello se suman los procesos de herencia, en donde la experiencia mexicana revela prácticas de exclusión y discriminación hacia las mujeres sin consideración a su edad.

Por otra parte, en el trabajo de campo con adultos mayores de la ciudad de México se encontraron casos en donde la propiedad de la vivienda no permite garantizar una afluencia de apoyo familiar; por el contrario, se suscitan situaciones de maltrato y despojo. Para los hijos, obtener una propiedad requiere ingresos permanentes, ahorro constante, facilidades administrativas o en todo caso prolongadas esperas para heredar (Montes de Oca, 2000). También se encontraron casos en donde la propiedad de la vivienda sí representa un capital que el sujeto puede intercambiar con otros miembros del hogar.

Una prueba más de lo complicado del análisis entre la situación económica del adulto mayor y la presencia de apoyo familiar es el resultado de la variable posesión de bienes. Al respecto se muestra que, cuando el adulto mayor tiene ahorros, propiedades o bienes, la propensión a tener apoyo familiar aumenta en contraste con la de quien no cuenta con ellos. En este caso, la razón de momio se multiplica por 2.0848 (cuadro 4).

Este resultado parece confirmar el comportamiento mencionado en los países desarrollados. Al parecer, la capacidad de tener apoyo en el interior del hogar depende de ciertas condiciones económicas del adulto mayor. La propiedad de la vivienda puede no representar un capital posible de intercambiar para los familiares, pero las características de otros bienes pueden incentivar el apoyo familiar. Tal vez se requiera enfocar esta situación desde la perspectiva de la reciprocidad, tomando en consideración las fases del intercambio inmediato o diferido entre el adulto mayor y sus familiares. La vivienda se podrá heredar a mediano y largo plazo, pero los bienes en préstamo o sucesión pueden manejarse en tiempos más cercanos y de esa manera incentivar el apoyo. Tal vez esto explique la contradicción en los resultados obtenidos, aunque también habría que tomar en consideración las condiciones económicas de los familiares como generaciones subsecuentes que han vivido oportunidades financieras muy diferentes.

CUADRO 4

FACTORES QUE CONDICIONAN LA PROBABILIDAD PARA QUE LA POBLACIÓN CON 60 AÑOS Y MÁS TENGA APOYO EN EL INTERIOR DEL HOGAR, MÉXICO, 1994

Variables	<i>Edo. funcional aceptable</i> <i>n= 3862</i>			<i>Edo. funcional deficiente</i> <i>n= 1363</i>		
	Apoyo de coresidentes			Apoyo de coresidentes		
	<i>Coeff.</i>	<i>S.E</i>	<i>Odds Ratio</i>	<i>Coeff.</i>	<i>S.E</i>	<i>Odds Ratio</i>
Edad del adulto mayor	0.0031	0.0055	1.0031	0.0103	0.0072	1.0103
Sexo del adulto mayor						
Hombre	-0.2179	0.1062	0.8042*	-0.2162	0.1617	0.8056
Mujer (ref.)						
Escolaridad						
No tiene estudios	-0.1020	0.0784	0.9030	-0.0649	0.1331	0.9372
Con estudios (ref.)						
Condición de Jefatura						
No es jefe	0.0806	0.0990	1.0840	-0.0430	0.1592	0.9579
Es jefe (ref.)						
Tipo de hogar						
Nucleares	-0.3782	0.0854	0.6851*	-0.2324	0.1601	0.7927
Complejos (ref.)						
Hombres en el hogar	0.1587	0.0315	1.1720*	0.2502	0.0525	1.2843*
Mujeres en el hogar	0.1098	0.0309	1.1160*	0.1143	0.0509	1.1211*
Propiedad de la vivienda						
Posee vivienda	-0.2174	0.0798	0.8046*	0.1816	0.1498	1.1992
No tiene vivienda (ref.)						
Poseción de bienes						
Posee bienes	0.7347	0.0845	2.0848*	0.0362	0.1403	1.0369
No tiene bienes (ref.)						
Condición de actividad						
No trabaja	0.1470	0.0910	1.1584	0.7976	0.2198	2.2201*
Trabaja (ref.)						
Ingresos						
No tiene	0.0633	0.1166	1.0653	0.4685	0.1531	1.5976*
Sí tiene (ref.)						
Servicio Médico						
No tiene servicio médico	0.1051	0.0786	1.1108	0.0352	0.1340	1.0358
Tiene servicio médico (ref.)						
Tamaño de localidad						
Localidades con >100,000 h.	0.1910	0.769	1.2105*	0.1304	0.1373	1.1393
Localidades con <100,000 h. (ref.)						
Constante	-0.7335	0.4034		-1.6301	0.6140	

* p < 0.05

% Bien Estimado = 63.14%

-2 Log Likelihood = 4443.177

% Bien Estimado = 68.88 %

-2 Log Likelihood = 1471.33

FUENTE: Cálculos propios a partir de la ENSE-94.

La condición de actividad resulta una variable que tiene importancia en esta temática pues puede ubicar al adulto mayor fuera del ámbito laboral y, en esa medida, con diferentes posibilidades de acceso al apoyo familiar. En este caso, dicha variable resultó significativa sólo para los adultos mayores dependientes y sugiere que quienes no trabajan tienen una propensión superior a tener apoyo familiar en contraste con quienes trabajan. Esto coincide con lo encontrado por Wong (1999). Algo similar resultó de la inclusión de la variable ingresos, la cual tiene un comportamiento similar sólo para la población con un estado funcional deficiente y muestra que el apoyo familiar aumenta cuando no se tienen ingresos en contraste con quienes sí los tienen. En este caso, la razón de momio se multiplica por 1.59 veces.

Lo anterior parece mostrar que, cuando el adulto mayor tiene una condición de salud vulnerable, las circunstancias económicas negativas propician una activación del apoyo familiar. Pero cuando no hay un antecedente de deterioro en la salud, una mejor situación económica también pareciera propiciar el apoyo familiar. Aunque la evidencia estadística tiene grandes limitaciones, creo que es posible identificar que el apoyo familiar hacia los adultos mayores existe, pero que surge bajo ciertas condiciones familiares e individuales. El mayor número de integrantes en el hogar y la posesión de ciertos bienes entre los saludables condiciona una mayor presencia de apoyo en el interior del hogar. Mientras que para los que experimentan deterioro, el mayor número de miembros dentro del hogar, la inactividad y la precariedad económica propician el apoyo en el interior de la unidad doméstica.

Por último, la variable tamaño de localidad expresa que el flujo de ayudas desde el interior del hogar aumenta para adultos mayores saludables en áreas urbanas en contraste con las rurales, aspecto que seguramente se relaciona con el cambio de residencia, la movilidad geográfica y la distancia entre parientes. En las ciudades, la escasez y el costo de la vivienda propician un mayor tamaño de los hogares; estas estrategias permiten un mayor flujo de apoyo entre familiares. Lo cierto también es que en el campo la población adulta mayor sigue realizando actividades productivas hasta edades muy avanzadas, lo que puede propiciar situaciones de relativa independencia.

En síntesis, todo parece indicar que la familia coresidente asiste y cuida a su población mayor de una manera diferencial dependiendo de las condiciones de desventaja y ventaja en las cuales se encuentra. Aunque no todas las variables incorporadas al análisis resultaron significativas, podemos concluir que el perfil de los hogares en donde reside el adulto mayor es tan importante como las características económicas individuales. Para los adultos mayores saludables, una buena situación económica puede propiciar apoyo familiar, pero para los ancianos dependientes, su deterioro económico favorece el apoyo. En estos procesos selectivos que muestran una aparente responsabilidad familiar, se esconden procesos culturales que impiden un flujo más adecuado de las ayudas, en especial en lo que concierne a los varones mayores. En la lógica del intercambio, no tener nada que reciprocarse inmediata o en forma diferida puede ser un elemento que inhibe el apoyo familiar. Tal vez, como decía Leñero (1998), una “preocupación interesada” se percibe detrás de la afluencia de apoyo familiar y en definitiva se descubre cuando el anciano no tiene posesiones.

Tipos de ayudas del interior del hogar y frecuencia del contacto

Según la bibliografía sobre apoyos informales, las ayudas provistas al adulto mayor pueden ser clasificadas en materiales y no materiales; estas últimas son principalmente de tipo afectivo, informacional e instrumental. A veces la ayuda se traduce en alojamiento, cuando hombres y mujeres adultos mayores llegan a residir con uno de los hijos; también cuando son llevados a algún lugar necesario, se les compran enseres o medicinas, se les da compañía, consejo o apoyo emocional (Dávila y Sánchez-Ayendez, 1996). Entre todas las ayudas posibles sobresale el cuidado físico por dirigirse a la higiene personal en aquellas mujeres y varones mayores con requerimientos especiales. Las ayudas también pueden ser de naturaleza instrumental, informacional y afectiva (House y Kahn, 1985). Según Krassoievitch, la combinación adecuada de estas ayudas permite potencializar su efecto o, en caso contrario, una ayuda dada en forma inadecuada pierde su objetivo principal.

A pesar de esta discusión sobre las ayudas que pueden brindarse a la población mayor, la Encuesta Nacional sobre la Sociodemografía del Envejecimiento captó cuatro diferentes formas de ayuda instrumental: ayuda física, actividades domésticas, comida y dinero. Aunque en la realidad los apoyos sociales hacia los adultos mayores pueden ser más diversificados, es raro tener información cuantificable que detalle los tipos de ayudas de corresidentes. La ayuda de tipo físico se refiere a cuando el adulto mayor es llevado al médico, vestido, bañado o ayudado en algunas actividades básicas. También puede recibir ayuda en actividades domésticas, es decir, alguien le puede hacer las compras, manejar su dinero, cocinar o limpiar su casa. Un tercer tipo de ayuda puede ser con comida, despensa, víveres, “mandado”^{*} y, por último, puede recibir dinero o vales de despensa. Con la ENSE-94 tenemos registro del tipo de ayudas que recibió la población adulta mayor en el mes inmediato anterior.

Si bien el apoyo proveniente del interior del hogar es la base de la estructura de apoyos de los adultos mayores en México, lo cierto es que las ayudas que se proveen por esa vía no son homogéneas ni se dan en los mismos periodos de tiempo. La población en edad avanzada es auxiliada fundamentalmente con quehaceres domésticos por parte de los miembros de su hogar; cerca del 30% reportaron tener este tipo de ayuda. La frecuencia con que se otorga esta ayuda es variable aunque tres cuartas partes dijeron recibirla a diario, lo cual hace suponer que esta ayuda se realiza con cierta intensidad.

La comida, despensa, víveres o mandado es otra de las principales ayudas recibidas por la población con 60 años y más en México. De la población adulta mayor con apoyo en el interior del hogar, 29% manifestó recibir comida o despensa. Entre ellos, 66% cuenta con ella diariamente, el resto con una frecuencia más remota. Junto con la ayuda doméstica, el abastecimiento de víveres resulta fundamental para el mantenimiento tanto de la salud del anciano como de su ambiente; ambas formas de cooperación por la frecuencia en que son realizadas significan una actividad intensiva en tiempo y esfuerzo de los otros miembros del hogar.

* Palabra para designar al conjunto de víveres comprados en el mercado popular o en la central de abastos.

La ayuda monetaria a través de dinero o vales, por su parte, tal vez ha sido de los recursos más escasos en las últimas décadas para todos los hogares mexicanos. La pérdida del poder adquisitivo entre la población así como el control salarial han hecho que la provisión de este recurso a los demás sea cada vez más limitada. La información de principios de la década de los noventa nos dice que de la población con 60 años y más con apoyo en el interior del hogar sólo 26% reporta recibir dinero como una forma de ayuda. De esta población, cerca de una quinta parte dice recibirlo diariamente, mientras que 30% lo recibe una vez a la semana, 24% una vez a la quincena, 13% cada mes y el resto con una frecuencia menor. Desconocemos el monto de ese dinero aportado a la población anciana por sus familiares, pero es evidente que en muchos casos esta aportación está sujeta a los ingresos y gastos de los miembros proveedores. Para muchos estudiosos, el hecho de que la población cuente con un apoyo económico ha resultado un mecanismo indirecto que fortalece su autoestima. Con este recurso no sólo pueden satisfacer sus propias necesidades, sino que pueden ayudar a otras personas que también lo necesitan.

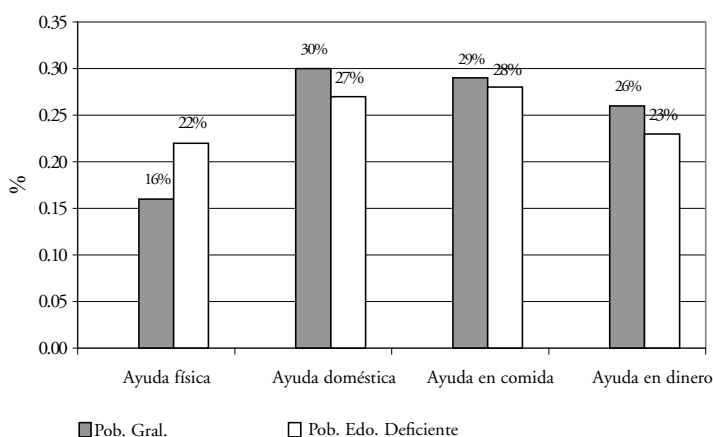
La información permite observar que la ayuda física es muy poco frecuente. De todas las personas mayores con apoyo en el interior del hogar, sólo 16% reportaron tener este tipo de ayuda. El cuidado personal directo puede resultar uno de los aspectos más importantes en la calidad de vida de la población anciana, precisamente cuando la enfermedad y la discapacidad han aparecido en esta etapa de la vida. No obstante; la información pareciera mostrar que, al ser una de las ayudas más intensas y generadoras de un vínculo especial entre el receptor y el transmisor, no es muy común ni fácil de realizar. La frecuencia con que se aporta esta ayuda muestra que —de aquellos que reportan tenerla— sólo 44% la experimenta diariamente, 7% cada tres días o dos veces por semana, 5% semanalmente, 3% una vez a la quincena, 11% mensualmente y 31% con una frecuencia menor a la del mes.

Esta distribución de ayudas cambia cuando la población objetivo tiene necesidades especiales. Específicamente, la población con un estado funcional deficiente muestra una recepción de ayudas muy diferente. La ayuda física aumenta a 22%, pero disminuyen ligeramente la comida (28%), los quehaceres domésticos (27%) y el dinero (23%) (gráfica 1).

Cabe destacar que los periodos de tiempo en la recepción de estas ayudas son más cortos entre aquellos que padecen un estado funcional deficiente,¹⁵ lo que prueba una intensificación en la provisión de apoyo. Aunque la ayuda doméstica y con comida o despensa se reporta en menor porcentaje, su recepción se da en periodos más cortos en contraste con la población general. El apoyo en dinero parece ser la única forma de ayuda que se mantiene sin mucho cambio entre los dos grupos poblacionales (gráfica 1).

GRÁFICA 1

DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS AYUDAS RECIBIDAS EN EL INTERIOR DEL HOGAR, SE COMPARA LA POBLACIÓN CON 60 AÑOS Y MÁS EN GENERAL Y AQUELLA CON UN ESTADO FUNCIONAL DEFICIENTE, MÉXICO, 1994



Por último, la bibliografía ha mencionado el intenso papel de las mujeres en el cuidado y asistencia de la población adulta mayor. Para México, la situación se confirma, aunque existe un contingente masculino que también realiza actividades de cuidado, lo que indica que la percepción inhibitoria para realizar estas tareas no es general. La distribución por edad y sexo de todas las ayudas recibidas por el anciano que provienen

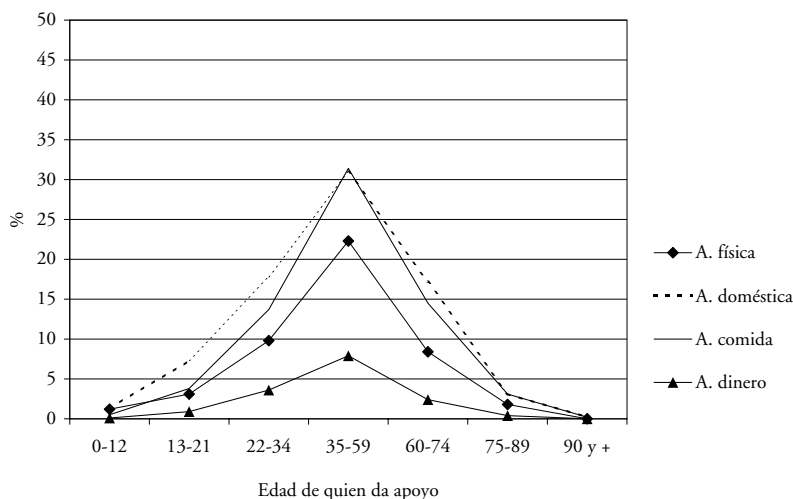
¹⁵ En el ámbito nacional, 44% de la población con 60 años y más reportó contar diariamente con ayuda física, mientras que el subgrupo con deficiencia física lo hizo en 58 por ciento.

de familiares dentro y fuera del hogar muestra la intensa participación cotidiana de las mujeres en la provisión de cuidados, servicios y dinero, mientras que los varones participan menos, aunque en forma significativa. Cuando se aprecia un apoyo esporádico, también las mujeres tienden a participar en mayor medida que los varones, incluso otorgando dinero (gráficas 2 a 5).

La información mostrada en este apartado nos permite concluir que hay múltiples formas en las que la población adulta mayor puede ser asistida. Sin embargo, hay grupos específicos que, residiendo con familiares, no siempre cuentan con todas las formas de ayuda posibles. La ayuda doméstica y alimenticia son las más frecuentes, no así el apoyo físico directo y la ayuda monetaria. Para la población con un estado funcional deficiente, el patrón de ayudas cambia, así como la frecuencia del contacto. Es evidente que aumenta la ayuda física y disminuye la presencia de las otras formas de ayuda, aunque se provean de una manera más frecuente. Además, hay que reconocer que desconocemos si estas ayudas son suficientes para satisfacer las múltiples necesidades del adulto mayor.

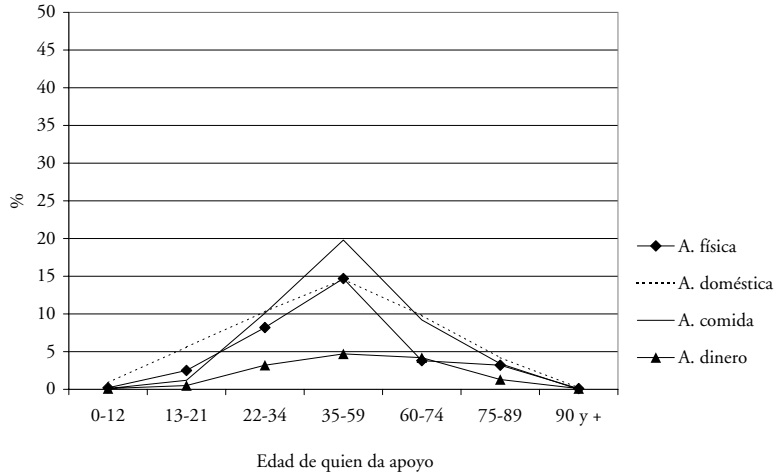
GRÁFICA 2

DISTRIBUCIÓN PROCENTUAL DEL TOTAL DE AYUDAS RECIBIDAS DIARIAMENTE POR LOS ADULTOS MAYORES SEGÚN LA EDAD DE LA POBLACIÓN FEMENINA QUE LA OTORGA, MÉXICO-94



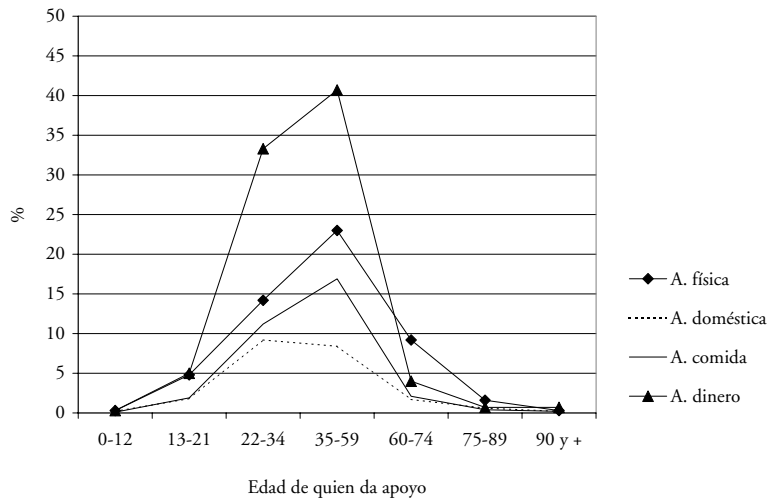
GRÁFICA 3

DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DEL TOTAL DE AYUDAS RECIBIDAS DIARIAMENTE POR LOS ADULTOS MAYORES SEGÚN LA EDAD DE LA POBLACIÓN MASCULINA QUE LA OTORGA, MÉXICO-94



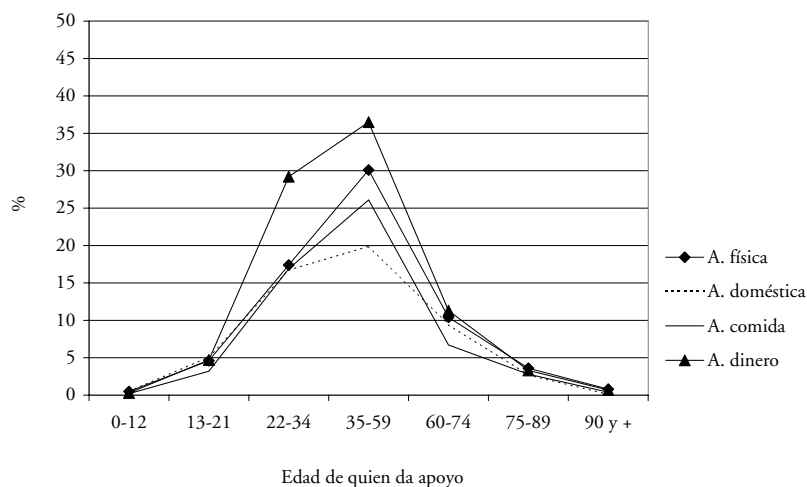
GRÁFICA 4

DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS AYUDAS RECIBIDAS ESPORÁDICAMENTE POR LOS ADULTOS MAYORES SEGÚN LA EDAD DE LA POBLACIÓN FEMENINA QUE LA OTORGA, MÉXICO-94



GRÁFICA 5

DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS AYUDAS RECIBIDAS ESPORÁDICAMENTE POR LOS ADULTOS MAYORES SEGÚN LA EDAD DE LA POBLACIÓN MASCULINA QUE LA OTORGA, MÉXICO-94



En síntesis, la población adulta mayor, aun viviendo con familiares, no presenta un sistema de apoyo en el interior del hogar de tipo homogéneo y constante; hay grandes carencias de apoyo y esto también es evidente en algunos grupos considerados vulnerables, como la población con problemas de dependencia física y deterioro de su autonomía funcional. Otros estudios han encontrado casos que comprueban esta situación. Es necesario investigar, en el plano cualitativo, cuáles son los factores externos o internos a la unidad doméstica que hacen que esta población carezca de ayuda específica.

Reflexiones y prospectiva

El envejecimiento demográfico es un fenómeno irreversible a nivel global que se incrementará en los próximos años. Se estima que, en México, para el 2030, la población con 60 años y más llegará a ser 18% del total nacional. Este fenómeno tendrá complejos efectos en la dinámica social, cultural, política y económica, pero es probable que desde el ámbito familiar, la percepción del envejecimiento alcance dimensiones descono-

cidas. El fenómeno retará el poder de las instituciones gubernamentales y de los organismos no gubernamentales, pero también la maleabilidad de la familia y la fuerza de las redes sociales. Con respecto a la atención y cuidado de la población adulta mayor, sería inadecuado suponer que la familia, como institución mediadora entre el cambio estructural, demográfico y cultural, podrá asumir el costo total del proceso de envejecimiento demográfico. En ese sentido, los resultados de este trabajo comprueban las potencialidades y límites del papel de la familia.

Si bien es cierto que la bibliografía ha sobrestimado el papel la familia, otros estudios realizados han cuestionado su idealización. En este trabajo de investigación se confirma que la familia tiene un papel relevante en la estructura de apoyos de la población adulta mayor, superior al de las instituciones gubernamentales y las redes externas al hogar. No obstante, su participación es limitada. Aunque 90% de la población adulta mayor reside con compañía, lo cierto es que no toda la población reporta recibir alguna forma de ayuda de sus familiares.

Los resultados sugieren que el apoyo en el interior del hogar depende de las condiciones de salud de la población adulta mayor, de sus características económicas en desventaja o ventaja, así como del perfil del hogar y del individuo mismo. Específicamente, se demuestra que el apoyo familiar aumenta cuando el adulto mayor experimenta dependencia física. Sin embargo, existen importantes segmentos de adultos mayores que en estas condiciones carecen de ayuda. Algunos factores pueden potenciar o limitar la participación de los miembros del hogar. En ese sentido, si bien es cierto que la población mayor sin recursos económicos tiene una mayor propensión al apoyo familiar, la verdad es que la población en edad avanzada necesita contar con recursos económicos para ubicarse en una situación más favorable en las relaciones de intercambio familiar.

En este trabajo se encontró que hay adultos mayores de por lo menos dos sectores socioeconómicos para quienes el papel del apoyo en el interior del hogar parece ser diferente. La evidencia indica que aquellos que tienen bienes, tienen una mayor propensión a recibir apoyo dentro del hogar, pero también sugiere que a partir de su condición socioeconómica pueden establecer relaciones de intercambio y reciprocidad. En

estos casos pareciera importante tener capacidad de reciprocidad, pero también el tiempo en que puede realizarse el intercambio.¹⁶ Por otro lado, para aquellos grupos de mayores más vulnerables por cuestiones tanto físicas como económicas (inactivos sin ingresos) existe un comportamiento activo de la red familiar que no vislumbra un nivel de intercambio inmediato y cuya reciprocidad podría ser muy baja. Frente a estas situaciones, existe una mayor propensión de los miembros de la unidad doméstica a apoyar a la persona mayor.

El apoyo familiar también aumenta cuando es mayor el número de los integrantes del hogar, sean estos varones o mujeres. Esto sugiere también que, en el futuro, la reducción de la fecundidad,¹⁷ traducida en parejas con pocos hijos o ninguno, conducirá a la contracción de la familia y a una reducción inevitable de las posibilidades de intercambio y relaciones de apoyo entre padres-hijos y entre hermanos. Adicionalmente, la ruptura matrimonial puede considerarse un factor —cada vez más frecuente en nuestras sociedades— que podría implicar una reducción de las redes de apoyo entre familias e individuos. La migración, los cambios de residencia y la distancia son también acontecimientos sociodemográficos que pueden inhibir el apoyo familiar.

En ese tenor, es bien conocido que la reducción de la mortalidad incrementa los años de convivencia entre generaciones, pero también es cierto que la caída de la fecundidad reduce el tamaño de las nuevas cohortes. Esta situación demográfica podría propiciar que en el futuro cercano las relaciones de apoyo familiar basadas en lazos y obligaciones paterno-filiales puedan sustituirse progresivamente por nuevas relaciones de apoyo no familiares y comunitarias. Ello sin dejar de experimentar resistencia a la transición de sociedades de familias a sociedades de individuos, como sugería Donati (1999). En algunas comunidades de la

¹⁶ En otro momento he señalado la importancia del tiempo en que se realiza el intercambio; puede ser diferido o inmediato y depende del tipo de relación establecida, pero al parecer, también de la naturaleza de los bienes. Cabe señalar que la vivienda no es un bien intercambiable, pero sí los ahorros, automóviles, ganado, propiedades.

¹⁷ Según proyecciones oficiales, se estima que la tasa global de fecundidad seguirá en descenso, pasando de 2.4 hijos en el 2000 hasta 1.74 en el 2020, y 1.68 en el 2050. Este descenso será más pronunciado en las áreas urbanas.

ciudad de México, para las mujeres adultas mayores (que viven solas, viudas, con hijos casados) las redes comunitarias resultan una estrategia de apoyo que sustituye al apoyo familiar. El establecimiento de relaciones de amistad parecieran reemplazar el apoyo del esposo, hijas e hijos. Sin embargo, estas redes tienen grandes limitaciones en términos económicos, aunque brindan una amplia gama de apoyos no instrumentales ni materiales (Montes de Oca, 2003).

A partir de ello sugiero continuar la investigación desde diferentes perspectivas teóricas en las ciencias sociales con el fin de identificar la estructura de los apoyos en diferentes contextos nacionales y monitorear la dinámica de las relaciones de intercambio entre generaciones en México a fin de entender las percepciones en torno al apoyo, la reciprocidad y los diferentes significados de las nociones de ayuda. Es muy posible que varíen para hombres y mujeres, pero también que cambien generacionalmente, así como en formaciones culturales diferentes.

La reciprocidad, según la teoría del intercambio social, es un principio implícito que se sobrentiende en las relaciones humanas, incluyendo las familiares. Este principio remite a sentimientos de afecto y obligación, pero también supone un intercambio entre dos partes. En ese sentido, recibir apoyo implica otorgarlo. La población adulta mayor que no tiene capacidad económica puede verse obligada a regresar en forma inmediata o diferida el apoyo familiar. Otros estudios han encontrado que las redes de apoyo no se activan en contextos de pobreza y/o enfermedad, porque los mayores pierden su capacidad de reciprocidad. Junto con esta perspectiva material, en las relaciones de intercambio es muy importante la contribución de la antropología y la psicología para indagar y entender las percepciones y representaciones sociales inmersas en los actos de reciprocidad, pero también resulta fundamental revelar el mundo de las emociones y los afectos que subyacen en las relaciones de apoyo e intercambio entre individuos enlazados por relaciones de parentesco y jerarquía familiar. Las relaciones posibles entre padres-madres e hijos-hijas son vínculos sustantivos que requieren mayor investigación desde la lectura derivada del envejecimiento.

Otros aspectos —para redondear una visión prospectiva— están relacionados con los efectos del cambio epidemiológico que significa la

aparición de padecimientos de duración cada vez más prolongada, los cuales pueden modificar la dinámica familiar y cuestionar, en ese sentido, la interacción en el sistema de apoyo e intercambio hacia los miembros en edad avanzada. Esta situación no puede confiarse solamente al papel de la familia y mucho menos sólo a quienes residen con el anciano. La problemática del adulto mayor rebasa el ámbito familiar y, en ese sentido, requiere apoyos que rompan con los límites de la unidad doméstica hasta la organización y convivencia entre hogares y comunidades.

Por otro lado, diversos autores han señalado que, en la sociedad de consumo actual, las relaciones de apoyo tienden a disminuir porque las personas están más preocupadas por satisfacer sus propias necesidades y son incapaces de entender las demandas de los otros. Según Izquieta (1996), una tendencia al consumo propicia una disminución de las relaciones de apoyo e intercambio. Pero, además, estas relaciones cambian entre generaciones. Donati (1999) señala que “la distancia entre generaciones es inalcanzable” porque, aunque la familia sea el paradigma del intercambio, las generaciones jóvenes están integrados a sistemas de intercambio más complejos y simbólicos que muchas veces no les permiten entender “qué es lo que se debe dar, a quién o cuánto. No se sabe qué es lo justo recibir, de quién o cuánto”. En ese sentido, el cambio generacional sugiere que las reglas de reciprocidad pueden cambiar entre padres e hijos, así como las percepciones de las relaciones de apoyo e intercambio. Entonces, desde la teoría del intercambio social, los recursos materiales de los miembros de las redes familiares y sociales son importantes junto con la percepción de reciprocidad entre generaciones. Hareven y Addams (1999) señalan que la reciprocidad está en el trasfondo de las relaciones humanas, en donde la actitud, comportamiento y expectativas de recibir y proporcionar apoyo es un proceso continuo de interacción que cambia de generación en generación a través del tiempo histórico.

En esta lógica, no es suficiente con superar las dificultades económicas de las actuales generaciones jóvenes y maduras, sino que es necesario generar un cambio social que refuerce los valores y compromisos intergeneracionales. Ésta es una condición ineludible que antecede cualquier proyecto de cooperación entre instituciones gubernamentales, familias y redes sociales. Es fundamental para el futuro no concentrar el costo del

envejecimiento poblacional en la familia, que a su vez se transforma progresivamente por efecto de los cambios socioeconómico y demográfico. En esa misma lógica, es importante no concentrar en las mujeres la labor del cuidado y abastecimiento de apoyos; los varones son una fuente potencial de apoyo que necesita orientación y valorización.

Lo anterior muestra que la investigación sobre envejecimiento y familia apenas comienza, y que es necesario incorporar dimensiones psicológicas, antropológicas y económicas que permitan desde la interdisciplinariedad no sólo describir sino entender los procesos relacionados con el cambio familiar. En esa lógica, es necesario integrar metodologías cuantitativas y cualitativas que profundicen sobre las dimensiones familiares relacionadas con el maltrato, la percepción de reciprocidad y las expectativas del sujeto que envejece. Desde esta perspectiva, es posible que lleguemos a construir para el futuro una visión integral del significado de la vejez.

Bibliografía

- Aceves, Martha, 2000, "Fragmentos de vida cotidiana en un asilo de ancianos en México", ponencia presentada en la VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica, Sociedad Mexicana de Demografía y El Colegio de México, México.
- Anderson, Michael, 1988, *Aproximaciones a la historia de la familia occidental (1500-1914)*, Madrid, Siglo XXI.
- Apt, Nana, en prensa, "Informal care for older people: the African crisis", en Peter Lloyd-Sherlock (coord.), *Living Longer. Ageing, Development and Social Protection*, Madrid, Zed Editions/United Nations Research Institute for Social Development (UNRISD).
- Ariza, Marina, y Orlandina de Oliveira, 2001, "Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición", *Papeles de Población*, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de Población, UAEM, Estado de México, México, pp. 9-39.
- Borzutzky, Silvia, 1993, "Social Security and Health Policies in Latin America: The Changing Roles of the State and the Private Sector", *Latin American Research Review*, vol. 8, pp. 246-256.

- CELADE, 2002, “Los adultos mayores en América Latina y el Caribe. Datos e indicadores”, *Boletín Informativo del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía*, División de Población, Santiago de Chile, marzo, 78 pp.
- CEPAL, 2000, *Encuentro Latinoamericano y Caribeño sobre Personas de Edad*, Seminario Técnico, Santiago de Chile, 581 pp.
- Chappel, Neena, 1992, *Social Support and Aging*, Toronto, Butterworths Perspectives on Individual and Population Aging Series, 104 pp.
- Conapo, 1997 y 2000, *La situación demográfica de México*, México, Consejo Nacional de Población.
- Conapo, 1999, *Envejecimiento demográfico de México: retos y perspectivas*, México, Conapo/Cámara de Diputados/Senado de la República.
- Concepción, Mercedes B., 1994, “Implications of Increasing Role of Women for the Provision of Elderly Care”, en United Nations, *Aging and the Family*, Nueva York, United Nations.
- Dávila, Ana Luisa, y Melba Sánchez-Ayéndez, 1996, “El envejecimiento de la población en Puerto Rico y sus repercusiones en los sistemas informales de apoyo”, *Dinámica demográfica y cambio social*, Prolap, 17-26.
- DDF, 1996, *Ciudad de México: los indigentes. Resumen ejecutivo*, estudio censal sobre la dimensión, naturaleza y situación de la indigencia adulta en el Distrito Federal, México, Departamento del Distrito Federal.
- De Vos, Susan, 1988, “Extended Family Living among Older People in Six Latin American Countries”, *Journal of Gerontology*, 45 3, s87-s94.
- Deere, Carmen Diana, y Magdalena León, 2002, *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*, México, PUEGUNAM/Flacso-Sede Ecuador.
- Donati, Pier Paolo, 1999, “Familias y generaciones”, *Des Acatos. Revista de Antropología Social*, CIESAS/DIF, México, pp. 27-49.
- Dwyer, Jeffrey W., y Raymond T. Coward, 1992, “Gender, Family, and Long-Term Care of the Elderly”, en Jeffrey W. Dwyer y Raymond T. Coward (comps.), *Gender, Families and Elder Care*, Newbury Park, CA, Sage Publications, pp. 3-17.
- Enríquez, Rocío, 2000, “Redes sociales y envejecimiento en contextos de pobreza urbana”, ponencia presentada en la VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica, Sociedad Mexicana de Demografía y El Colegio de México, México.

- Enríquez Rosas, Rocío, 2002, “Redes sociales y de apoyo emocional en mujeres pobres urbanas: marco conceptual” y “Análisis de las redes sociales y de apoyo emocional en mujeres pobres urbanas”, en “El crisol de la pobreza: malestar emocional y redes de apoyo social en mujeres pobres urbanas”, tesis de doctorado, CIESAS Occidente, Guadalajara.
- García, Brígida, y Orlandina de Oliveira, 1994, *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- García, Brígida, y Olga Rojas, 2002, “Transformaciones recientes en las familias latinoamericanas: una perspectiva sociodemográfica”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, en prensa.
- Goldscheider, Frances K., 1994, “Family Structure and Gender Role in Ageing Populations”, en United Nations, *Ageing and the Family*, Nueva York, United Nations, pp. 186-190.
- Gomes, Cristina, 1997, “Seguridad social y envejecimiento: la crisis vecina” in Cecilia Rabell (comp.), *Los retos de la población*, México, Flacso.
- Gomes, Cristina, 2001, “Dinámica demográfica, familia e instituciones. Envejecimiento poblacional en Brasil y México”, tesis de doctorado en estudios de población, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, México.
- González de la Rocha, Mercedes, 1986, *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco/CIESAS.
- González de la Rocha, Mercedes, 1999, “La reciprocidad amenazada. Un costo más de la pobreza humana” en Rocío Enríquez Rosas (comp.), *Hogar, pobreza y bienestar en México*, Guadalajara, Centro de Investigación y Formación Social/ITESO, pp. 13-36.
- Goode, W. J., 1966, *La familia*, México, UTEHA, pp. 1-41.
- Ham Chande, Roberto, 1993, “La insuficiencia de las pensiones por vejez”, *Demos, Carta Demográfica sobre México*, México.
- Ham, Chande Roberto, 1996, “De la solidaridad intergeneracional a la privatización de las pensiones”, *Demos, Carta Demográfica sobre México*, México, pp. 36-37.
- Ham, Chande Roberto, 1999, “El futuro de las pensiones. Promesas fáciles de difícil cumplimiento”, *Demos, Carta Demográfica sobre México*, México, pp. 35-56.

- Hareven, Tamara, y Kathleen Addams, 1999, "La generación de en medio. Comparación de cohortes de ayuda a padres de edad avanzada dentro de una comunidad estadounidense", *Des Acatos. Revista de Antropología Social*, CIESAS/DIF, México, pp. 50-71.
- House, James, y Robert Kahn, 1985, "Measures and Concepts of Social Support", en S. Cohen y L. Syme (comps.), *Social Support and Health*, Nueva York, Academic Press.
- INEGI, 1997, *Los hogares en México*, México, INEGI.
- Izquieta, José Luis, 1996, "La protección y ayuda mutua en las redes familiares. Tendencias y retos actuales", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 74, abril-junio, pp. 189-208.
- Kending, Hashimoto, A., y L. Coppard, 1992, *Family Support for the Elderly. The International Experience*, Oxford, Oxford University Press.
- Khasiani, Shanyisa A., 1994, "The Changing Role of the Family in Meeting the Needs of Ageing Populations in the Developing Countries, with Particular Focus on Eastern Africa", en United Nations, *Ageing and the Family*, Nueva York, United Nations, pp. 61-65.
- Knipscheer, C. P. M., Gierveld J. de Jong, T. G. van Tilburg, P. A. Dykstra (comps.), 1995, *Living Arrangements and Social Network of Older Adults*, Amsterdam, VU University Press.
- Krassoievitch, Miguel, 1998, "Redes sociales y vejez", documento preparado para el VII Simposium "Macaria: que hablen los ancianos", Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias de la Salud, 24-26 de septiembre.
- Laurell, Asa Cristina, 1996, "La nueva Ley del Seguro Social y los servicios de salud", ponencia presentada en el Seminario Análisis y Reflexión sobre las Reformas a la Seguridad Social, Colegio Nacional, México.
- Leñero, Luis, 1993, "Implicaciones intrafamiliares de la población de la tercera edad", ponencia presentada al Seminario sobre el Envejecimiento Demográfico en México, El Colegio de México.
- Leñero, Luis, 1996, "La familia y sus respuestas organizacionales ante la crisis", *La familia: investigación y política pública*, México, DIF, pp. 13-24.
- Leñero, Luis, 1998, "Tercera edad en sus implicaciones familiares y sociales", *El Cotidiano. Revista de la realidad mexicana actual*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, núm. 88, marzo-abril, pp. 42-48.

- Lomnitz, Larissa, 1975, *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI.
- López, Barajas, Ma. de la Paz, y Haydea Izazola, 1994, *El perfil censal de los hogares y las familias en México*, México, INEGI/IISUNAM.
- Mesa-Lago, Carmelo, 1999, "Política y reforma de la seguridad social en América Latina", *Nueva Sociedad*, núm. 160, Caracas, Venezuela, pp. 133-150.
- Montes de Oca, Verónica, 1996, "La familia ante el envejecimiento de la población mexicana", en Raúl Jiménez Guillén (comp.), *¿Grupo doméstico, hogar o familia?*, México, Centro Universitario de Estudios para la Familia, Universidad Autónoma de Tlaxcala, pp. 385-400.
- Montes de Oca, Verónica, 1998, "Intercambio y diferencias de género en el sistema de apoyo a la población envejecida en México", en Héctor Hiram Hernández Bringas y Catherine Menkes (coords.), *La población de México al final del siglo XX*, México, UNAM, pp. 485-500.
- Montes de Oca, Verónica, 2000, "Cómo viven los ancianos en el Distrito Federal. Sociodemografía, experiencia institucional y percepciones sobre la vejez", Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, mimeo.
- Montes de Oca, Verónica, 2001, "Envejecimiento en México: un análisis sociodemográfico de los apoyos sociales y el bienestar de los adultos mayores", tesis de doctorado, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, México, 497 pp.
- Montes de Oca, Verónica, 2003, "El significado de las redes comunitarias en la calidad de vida de hombres y mujeres adultas mayores en la ciudad de México", *Revista Notas de Población*, núm. especial sobre redes sociales de apoyo a las personas adultas mayores: el rol del Estado, la familia y la comunidad, Celade/División de Población CEPAL/Fondo de Población de las Naciones Unidas y del Gobierno de Italia, en prensa.
- Müller, Katharina, 2001, "The Political Economy of Pension Reform in Latin America", ponencia presentada en 2001 Meeting of The Latin American Studies Association, Washington D. C., 6-8 de septiembre.
- OCDE, 1988, *Aging Populations. The Social Policy Implications*, París, OCDE.
- Poo Chang, Tan, 1994, "Family Changes and the Elderly in Asia", en United Nations, *The Ageing of Asian Populations*, Nueva York, United Nations, pp. 33-39.

- Ramos, Luiz R., 1994, "Family Support for the Elderly in Latin America: The Role of the Multigenerational Household", en United Nations, *Ageing and the Family*, Nueva York, United Nations, pp. 66-72.
- Robles, Leticia, 2001, "El fenómeno de las cuidadoras: un efecto invisible del envejecimiento", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 16, núm. 3, México, El Colegio de México.
- Rubalcava, Rosa María, 1999, "Ingresos de las personas de edad y características de sus hogares", en *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, México, Conapo/Senado de la República/Cámara de Diputados, pp. 125-143.
- Salles, Vania, y Rodolfo Tuirán, 1996, "Vida familiar y democratización de los espacios privados", *La familia: investigación y política pública*, DIF, pp. 47-55.
- Scott, Anne, y G. Clare Wenger, 1996, "Género y redes de apoyo social en la vejez", en Sara Arber y Jay Ginn, 1996, *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*, Madrid, Ed. Narcea.
- Solís, Patricio, 1999, "Living Arrangements of the Elderly in Mexico" ponencia presentada en el Population Association of America Meeting, marzo.
- Stahl, Karin, 1994, "Política social en América Latina. La privatización de la crisis", *Nueva Sociedad: Pobreza y Políticas Sociales*, núm. 131, mayo-junio, Caracas, Venezuela, pp. 49-72.
- Stahl, Karin, 1996, "Anti-Poverty Programs. Making Structural Adjustment More Palatable", en *NACLA Report on the Americas*, vol. 29, núm. 6, mayo-junio, pp. 32-35.
- Tuirán, Rodolfo, y Rebeca Wong, 1993, "Transferencias familiares en el envejecimiento", en "Seminario sobre envejecimiento demográfico en México", México, Somede, mimeo.
- Tuirán, Rodolfo, 1993, "Vivir en familia: hogares y estructura familiar en México, 1976-1987", *Revista de Comercio Exterior*, vol. 43, núm. 7, julio, pp. 662-676.
- Tuirán, Rodolfo, 1995, "Cambios y arraigos tradicionales", *DEMOS. Carta Demográfica sobre México*, México, pp. 30-31.
- United Nations, 1993, *The Sex and Age Distribution of the World Populations, 1992*, Nueva York, United Nations.
- United Nations, 1994, *Ageing and the Family*, Nueva York, United Nations.

- Varley, Ann, y Maribel Blasco, 2000, "Intact or in Tatters? Family Care of Older Women and Men in Urban Mexico", *Gender and Development*, vol. 8, núm. 2, July, pp. 47-55.
- Varley, Ann, y Maribel Blasco, 2001a, "Cosechan lo que siembran. Mujeres ancianas, vivienda y relaciones familiares en el México urbano", en Cristina Gomes (comp.), *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*, México, Flacso/Miguel Angel Porrúa, pp. 301-323.
- Varley, Ann, y Maribel Blasco, 2001b, "Exhiled to the home: masculinity and ageing in urban Mexico", mimeo.
- Wong, Rebeca, 1999, "Transferencias intrafamiliares e intergeneracionales en México", en *Envejecimiento demográfico de México: retos y perspectivas*, México, Conapo/Senado de la República/Cámara de Diputados.
- Zúñiga, Elena, y Daniel Hernández, 1993, "Importancia de los hijos en la vejez y cambios en el comportamiento reproductivo: estudio en tres comunidades rurales de México", ponencia presentada en el XIII International Congress of Anthropological and Ethnological Sciences, México.



COLABORADORES

MARINA ARIZA es investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, doctora en sociología por el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Premio a la mejor tesis de Posgrado en Ciencias Sociales 1997 (nivel doctorado) de la Academia Mexicana de Ciencias. Nivel II del SNI. Áreas de interés: migración, familia, mercados de trabajo y género. Artículos recientes: “Obreras, sirvientas y prostitutas. Globalización, familia y mercados de trabajo en República Dominicana”, *Estudios Sociológicos*, El Colegio de México, vol. 2, núm. 64, enero-abril, 2004; “Tendencias y contratendencias de la feminización en México”, en Fernando Pozos (coord.), *La vulnerabilidad laboral del modelo exportador en México*, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, 2003, pp. 143-190 (en coautoría con Orlantina de Oliveira).

TERESITA DE BARBIERI es socióloga graduada en la Escuela Latinoamericana de Sociología, Flacso, Chile. Desde entonces se ha dedicado al estudio de la condición social de las mujeres y las relaciones entre los géneros, con especial referencia a América Latina. Es investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Su publicación más reciente es el libro *Género en la trabajo parlamentario. La legislatura mexicana a fines del siglo XX*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Clacso, Buenos Aires, 2003.

ROSA MARÍA CAMARENA CÓRDOVA es licenciada en actuaría por la Facultad de Ciencias de la UNAM, maestra en demografía por El Colegio de México y candidata a doctora en ciencias sociales con especialidad en estudios de población, también por El Colegio de México. Es investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y profesora en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la misma universidad. Ha sido asesora en diversas dependencias gubernamentales. Sus principales temas de investigación son los de población joven, educación, familia, género y salud reproductiva, y su investigación actual se centra en el estudio de las trayectorias de vida de las y los jóvenes mexicanos. Es autora de diversas publicaciones sobre los mismos temas.

ALEJANDRO I. CANALES es director del Centro de Estudios de Población y profesor-investigador del Departamento de Estudios Regionales del Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas de la Universidad de Guadalajara. Doctor en Ciencias Sociales, maestro en Demografía por El Colegio de México y licenciado en Economía por la Universidad de Chile. Entre sus

publicaciones más recientes destacan: *Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio*, en coedición con Susana Lerner; *El Norte de Todos. Migración y trabajo en tiempos de globalización*, en coedición con Jesús Arroyo y Patricia Vargas; *Gente grande, situación actual y perspectivas del envejecimiento en Jalisco*, en coautoría con Israel Montiel y Tarsicio Torres; *Ciudades de la frontera norte. Migración y fecundidad*, en coautoría con Gabriel Estrella y María Eugenia Zavala; y *Bahía de Banderas a futuro. Proyección de la población y estimaciones demográficas 2000- 2025*, en coautoría con Patricia Vargas.

HUBERT C. DE GRAMMONT es doctor en sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Es investigador en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM desde 1981. Actualmente es coordinador de la Unidad de Estudios sobre Empresas, Migración y Empleo (Uesemec) del mismo Instituto. Es miembro de la Academia Mexicana de Ciencias desde 1993. Ha sido profesor invitado en el Instituto de Altos Estudios sobre América Latina en París, Francia, con la cátedra Alfonso Reyes. Se ha especializado, por un lado, en los estudios del sector empresarial, el empleo y la migración en el campo; y por el otro, sobre la organización y los movimientos sociales rurales.

ROSARIO ESTEINOU es investigadora en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Licenciada en sociología por la Universidad Iberoamericana y doctora de investigación en sociología por la Università degli Studi di Torino, Italia. Ha trabajado el tema de familia por más de 10 años analizando sus formas de organización y estructuración de roles, la estructura y relaciones familiares, cultura familiar, estrategias de sobrevivencia, parentesco, formas de diferenciación entre individuo-familia-sociedad, y políticas familiares. Algunas de sus publicaciones son el libro *Familias de sectores medios: perfiles organizativos y socioculturales*; y el artículo “Fragilidad y recomposición de las relaciones familiares”, en *Desacatos*, CIESAS, 1999.

BRÍGIDA GARCÍA es, desde 1971, profesora-investigadora del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México. Es maestra en demografía por El Colegio de México y doctora en sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Investiga sobre mercados de trabajo, familia y género, temas sobre los cuales ha publicado nueve libros y unos setenta y cinco artículos y capítulos en libros especializados. Su último libro se titula *Women and the Labour Market in Changing Economies: Demographic Issues* (en colaboración con Richard Anker y Antonella Pinnelli), publicado por la Oxford University Press en mayo de 2003. Fue presidenta de la Sociedad Mexicana de Demografía (Somede) de 1994 a 1996.

JOSÉ MIGUEL GUZMÁN MOLINA es dominicano y actualmente es oficial a cargo del Área de Población y Desarrollo del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía, División de Población de CEPAL. Licenciado en estadística de la Universidad Autónoma de Santo Domingo y doctora en demografía por la Universidad de Montreal. Entre sus publicaciones más importantes se cuentan el documento sobre Envejecimiento y desarrollo, publicado por la CEPAL en 2002, el *Diagnóstico sobre la situación de salud reproductiva de adolescentes en América Latina y el Caribe*, elaborado conjuntamente con Ralph Hakkert, Juan Manuel Contreras y Martha Falconier de Moyano y publicado por el Equipo de Apoyo Técnico del UNFPA en 2001, el libro *The Fertility Transition in Latin America*, del cual fue compilador conjuntamente con Susheela Singh, Germán Rodríguez y Edith Pantelides, publicado por Oxford University Press en 1996. Ha publicado numerosos artículos en libros y revistas especializadas en temas de fecundidad, mortalidad infantil, envejecimiento, fecundidad adolescente, impactos demográficos de desastres naturales y otros temas.

RALPH HAKKERT es holandés y actualmente trabaja como asesor en Población y Reducción de la Pobreza para el Equipo de Apoyo Técnico del UNFPA para América Latina y el Caribe, que tiene su sede en México D.F. Es licenciado en matemáticas y tiene maestría en estadística matemática, ambas de la Universidad Estatal de Groningen, en Holanda. Es doctor en sociología, con especialización en demografía, de la Universidad de Cornell, en Ithaca NY, Estados Unidos. Entre sus publicaciones más importantes se cuentan *Futuro da população brasileira: projeções, previsões e técnicas*, con Laura Rodríguez Wong e Ricardo Araújo Lima (organizadores) y el *Diagnóstico sobre la situación de salud reproductiva de adolescentes en América Latina y el Caribe*, elaborado conjuntamente con José Miguel Guzmán, Juan Manuel Contreras y Martha Falconier de Moyano y publicado por el Equipo de Apoyo Técnico del UNFPA en 2001. Ha publicado artículos en libros y revistas especializadas en temas de mortalidad infantil, envejecimiento, metodología demográfica y estadística, proyecciones de población y modelaje demográfico-económico.

SARA MARÍA LARA FLORES es investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Tiene un doctorado en sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y es investigadora nacional de nivel III en el SNI. Ha realizado varias estancias de investigación en Francia y entre sus principales publicaciones están: *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana* (Procuraduría Agraria/Juan Pablos Editores, Premio de la Procuraduría Agraria a la mejor investigación de 1997), "Women's role in agrarian sector in México", *Population. Review for the*

Center for Population Studies, Bulgarian Academy of Sciences, núm. 1-2, Sofía, pp. 123-148, 2003; y “Genre, ethnicité et violence dans les migrations rurales au Mexique”, *Les Cahiers du Genre*, núm. 32, 2002, IRESKO-CNRS, París, pp. 161-180, 2002.

ELENA LAZOS CHAVERO. Licenciada en biología por la Facultad de Ciencias, UNAM, Medalla Gabino Barreda y tesis premiada por la Sociedad Botánica de México; maestra en antropología social por la ENAH y doctora en antropología y socioeconomía del desarrollo en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, Francia. Premio “Fray Bernardino de Sahagún” del INAH por la mejor investigación en antropología. Estancias de investigación en la Freie Universität de Berlín, Hanse Wissenschaftskolleg, y en la Universidad de Zürich. Ganadora de la Beca Clacso para la investigación senior “Dimensiones sociales de la tecnología genética en la agricultura mexicana”. Coordinadora de ocho proyectos de investigación financiados por DGAPA-UNAM, Conacyt y Ministerio de Cooperación Francés. Actualmente es coordinadora del equipo suizo del proyecto “Multicultural autonomy as a necessary condition for sustainable development”, financiado por la Unión Europea. Autora y coautora de tres libros y más de 30 artículos de investigación.

MARTA MIER Y TERÁN es investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM e integrante del Sistema Nacional de Investigadores. Obtuvo su doctorado en demografía de la Universidad de Montreal, Canadá. Entre sus publicaciones se encuentran cerca de 50 trabajos que han aparecido en revistas especializadas de circulación internacional y en libros de editoriales del país y del extranjero. Ha participado en seminarios y congresos nacionales e internacionales en su campo. Ha impartido cursos y fungido como directora y lectora de tesis. En los últimos años, ha coordinado proyectos y organizado grupos de investigación sobre condiciones de vida de niños y jóvenes.

VERÓNICA MONTES DE OCA ZAVALA es socióloga por la Universidad Nacional Autónoma de México. Obtuvo los grados de maestra en demografía y doctora en ciencias sociales con especialidad en población por el Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México. Es investigadora nacional del Sistema Nacional de Investigadores. Actualmente es secretaria técnica del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, donde además realiza investigación sobre el proceso de envejecimiento y las redes sociales en ámbitos rurales y urbanos. Ha publicado más de dos decenas de artículos relacionados con el proceso de envejecimiento demográfico en México y Latinoamérica, y sobre la condición social de la población adulta mayor. Tam-

bién ha participado en numerosos foros, congresos y reuniones sobre el tema a nivel nacional e internacional.

ORLANDINA DE OLIVEIRA es doctora en sociología por la Universidad de Austin, Texas. Es profesora-investigadora del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México desde su fundación. Ha publicado numerosos artículos y libros sobre mercados de trabajo, familia y género. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: “Múltiples perspectivas de análisis del trabajo femenino en América Latina”, en Viviane Brachet-Márquez (coord.), *Entre polis y mercado: el análisis sociológico de las grandes transformaciones políticas y laborales en América Latina*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 149-175; “Cambios y continuidades en el trabajo, la familia y la condición de las mujeres”, en Elena Urrutia (coord.), *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México: aportes desde diversas disciplinas*, México, PIEM/Colmex, pp. 43-86, 2002 (en coautoría con Marina Ariza); y “Trabajo e ingresos de los miembros de las familias en el México metropolitano”, en Enrique de la Garza y Carlos Salas (coords.), *La situación del trabajo en México*, México, AFL-CIO/IET/UAM/Plaza y Valdés, pp. 77-96, 2003 (en coautoría con Brígida García).

JULIETA QUILODRÁN SALGADO tiene una licenciatura en ciencias políticas y administrativas por la Universidad de Concepción, en Chile; el diplôme de démographie por el Institut de Demographie, Université de París, en Francia, y el doctorat en démographie por la Université Catholique de Louvain, en Bélgica. Es investigadora en El Colegio de México. Ha publicado *Un siglo de matrimonio en México* (El Colegio de México, 2001), *Le Mariage au Mexique: évolution nationale et typologie régionale* (Louvain, Academia-Bruylant, 1998), *Nuevas pautas reproductivas en México* (El Colegio de México, 1995), *Niveles de fecundidad y patrones de nupcialidad en México* (El Colegio de México, 1991) y *La fecundidad rural en México* (El Colegio de México, 1984). Es investigadora (nivel II) en el Sistema Nacional de Investigadores; en 1998 recibió el Premio Bienal de Investigación Demográfica por el Consejo Nacional de Población. Actualmente dirige el proyecto de investigación “Las parejas conyugales jóvenes, su formación y descendencia”, con apoyo de Conacyt.

CECILIA RABELL ROMERO es investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Antropóloga con doctorado en población por El Colegio de México. Es integrante del Sistema Nacional de Investigadores (nivel III). Actualmente, investiga sobre las relaciones entre etnicidad, familia y pobreza en zonas rurales de México; y migración indígena. Ha estudiado la familia, la escolaridad y el trabajo de niños y jóvenes. Entre sus publicaciones están “La

familia en México” en *La familia en Iberoamérica 1550-1950*, compilado por Pablo Rodríguez, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2004 (en coautoría con Pilar Gonzalbo), y la coordinación (con José Gómez de León Cruces) de *La población de México, tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, Conapo y Fondo de Cultura Económica. Actualmente termina la revisión de su libro *Oaxaca en el siglo XVIII: población, familia y economía*.

TERESA RENDÓN GAN es doctora en economía por la Facultad de Economía de la UNAM. Actualmente es profesora titular de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía de la UNAM e integrante del Sistema Nacional de Investigadores. Especialista con amplia obra de investigación en economía laboral y estudios de género. Entre sus publicaciones más recientes destacan: “Género, desarrollo y cooperación al desarrollo”, en Gerardo Fujii y Santos Ruesga, *El trabajo en un mundo globalizado*, Madrid: Editorial Síntesis, 2004; *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, México: Programa Universitario de Género/Centro de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, 2003; “Empleo, salarios y segregación por género” en Enrique de la Garza y Carlos Salas (coords.), *La situación del trabajo en México*, México: Plaza y Valdés, 2003; “Costos laborales de hombres y mujeres. El caso de México” en Lais Abramo y Rosalba Todaro (coords.), *Cuestionando un mito: Costos laborales de hombres y mujeres en América Latina*, Lima: Organización Internacional del Trabajo (OIT), 2002.

MARTHA JUDITH SÁNCHEZ GÓMEZ es investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Hizo una estancia postdoctoral en la Universidad de California en Berkeley. Obtuvo el doctorado en El Colegio de México. Ha co-coordinado varios libros, entre otros: Derechos étnicos y territoriales de la población campesina e indígena en México (en prensa), la serie de tres volúmenes de *Diversidad étnica y conflicto en América Latina y El ropaje de la tierra. Naturaleza y cultura en cinco zonas rurales*. En 1996 obtuvo el Premio Distinción Universidad Nacional para Jóvenes Investigadores de la Universidad Nacional Autónoma de México.

MARÍA VIRIDIANA SOSA MÁRQUEZ es estudiante de doctorado en El Colegio de México; es licenciada en administración de empresas por la Universidad ISEC; tiene la maestría en demografía de El Colegio de México; ha trabajado en los siguientes temas: fecundidad masculina, aborto, jefatura de hogar femenina y homogamia.

Imágenes de la familia en el cambio de siglo
editado por el
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES,
se terminó de imprimir en
CROMOCOLOR, S. A. DE C. V.,
en noviembre de 2004.

La tipografía de texto, esquemas y cuadros,
fue compuesta en tipo AGaramond de 12/14.6, 11/13.5
y 10/12 puntos, en InDesign 2.0 para P. C.

La edición consta de 1000 ejemplares
impresos en papel cultural de 60 kg.